

EL CÍRCULO MÁGICO

Katherine Neville

Los tiempos vuelven

LORENZO DE MÉDICIS

La vida misma es un círculo; todo se repite.

FRIEDERICH NIETZSCHE

Lo que se va regresa

Lema de los Ángeles del Infierno

Índice activo

Para seguir el hipervínculo: Ctrl + clic

LA CUEVA	3
ENTRADA EN EL CÍRCULO	7
EL TESTIGO	27
EL NUDO	37
LA RUNA	50
LA SERPIENTE	63
LA MATRIZ	73
EL TIOVIVO	86
LA VERDAD.....	108
EL RETORNO.....	133
EL REGALO.....	163
EL MAGO	174
EL EJE.....	184
EL VIÑEDO	201
LAS MADRES	221
LA SANGRE.....	234
ELTERRENO PERDIDO	253
URDIMBRE Y TRAMA	265
FUEGO Y HIELO.....	278
EL BIEN Y EL MAL.....	293
EL MENSAJERO.....	307
UTOPIÁ.....	318
URANO	330
LA DANZA.....	350

Título original: *The Magic Circle* Traducción:

Laura Paredes

1.ª edición: abril 1998

5.ª reimpresión: noviembre 1998

© 1998 Katherine Neville © Ediciones B, S.A., 1998

Bailen, 84 - 08009 Barcelona (España)

Printed in Spain ISBN: 84-406-8244-1 Depósito legal: B. 47.766-1998

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L. Constitució, 19 - 08014 Barcelona

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

LA CUEVA

*y no conocen el misterio futuro,
ni comprenden las cuestiones pasadas.
Y no conocen lo que les pasará;
y no salvarán sus almas del misterio futuro.*

Manuscritos del Mar Muerto,

«Profecía de los esenios»

*Ha llegado la última era de la canción de Cumas.
Del espíritu renovado de los tiempos, nace un nuevo orden.
La virgen regresa, el reinado de Saturno regresa.
Una nueva generación ha sido enviada del cielo.*

VIRGILIO, Cuarta égloga,

«Profecía mesiánica de la Sibila»

Cumas, Italia: Otoño, 1870 d.C

Era antes del anochecer. El lago volcánico Averno, situado sobre el pueblo de Cumas, parecía flotar en el aire, oculto en parte tras el velo de una neblina metálica. Entre la bruma, la superficie cristalina del lago reflejaba las nubes opalescentes que cruzaban el cielo por delante de la media luna.

Las paredes del cráter, agrestes y pobladas de arbustos, mudaban su color del rojo vivo al púrpura al llegar el crepúsculo. El aroma a azufre del lago impregnaba el aire de sensación de peligro. Todo el paisaje de este antiguo lugar sagrado parecía estar aguardando algo, algo que había sido predicho desde hacía miles de años. Algo que iba a suceder esa misma noche.

Cuando la oscuridad se hizo más profunda, una figura avanzó sigilosamente entre la vegetación por la orilla. Tres figuras más la seguían deprisa. Aunque las cuatro iban vestidas con unos resistentes pantalones de cuero, chaquetas sin mangas y cascos, resultaba evidente por la silueta y la forma de moverse que el líder era una mujer. Al hombro, llevaba un pico, un rollo de lona, cuerda gruesa y diverso material de escalada. Sus compañeros la seguían en silencio, bordeando el lago.

La mujer desapareció entre las sombras, donde un grupo tupido de árboles ocultaba un precipicio. A oscuras, palpó la cara escarpada de la roca cubierta de enredadera hasta que volvió a encontrar la grieta escondida. Con la protección de unos gruesos guantes, quitó las piedras que con tanto cuidado había colocado antes. El corazón le latía con fuerza mientras se deslizaba de lado, a través del estrecho resquicio en la roca, seguida por sus tres compañeros.

Una vez dentro, la mujer desenrolló con rapidez la lona y, con la ayuda de los demás, la introdujo en la rendija. Cuando desde el exterior de la cueva ya no se distinguía el menor asomo de luz, se sacó el casco de minero y encendió la linterna de carburo que llevaba adosada. Se echó hacia atrás la cabellera rubia y observó a sus tres rudos compañeros, cuyos ojos brillaban a la luz de la linterna. Luego, se volvió para ver la cueva.

Las paredes de la amplia caverna, horadadas en la roca de lava, se elevaban hasta más de treinta metros por encima de sus cabezas. Se quedó sin aliento cuando se dio cuenta de que estaban en el borde de una sima que se precipitaba hacia un vacío insondable. Oía el ruido del agua a lo que parecía cientos de metros a sus pies. Este era el paso que había conducido a aquellos que buscaban los misterios en las profundas entrañas del volcán extinguido. Era el legendario lugar que tantos otros habían buscado durante muchos siglos, la caverna que albergó en su día al más antiguo de todos los profetas: la sibila de Cumas.

Ahora, al recorrer la linterna por esas paredes, la mujer comprendió que no había error posible respecto a su hallazgo. La cueva era tal y como la habían descrito quienes la habían visitado en los tiempos más remotos: Heráclito, Plutarco, Pausanias y el poeta Virgilio, quien inmortalizó en verso esta gruta como la entrada de Eneas a las regiones infernales. Sabía que ella y sus tres compañeros podían muy bien ser los primeros en observar este lugar legendario desde hacía dos milenios.

Cuando el emperador Augusto accedió al poder en Roma, en el año 27 a.C, lo primero que hizo fue reunir todas las copias de los libros de sus profecías, los llamados oráculos sibilinos. Quemó los que juzgó «falsos», los que no daban apoyo a su remado o los que auspicaban en forma de profecía la vuelta de la república. Luego, ordenó que se sellara la gruta cumana. La entrada oficial, que no se hallaba allí sino en la base del volcán, quedó sepultada bajo una montaña de escombros. La humanidad perdió todo rastro de la existencia de la famosa cueva. Hasta ese instante.

La joven dejó el equipo en el suelo y se volvió a colocar el casco con su minúsculo haz de luz.

Se sacó el tosco mapa que llevaba de la chaqueta de cuero y se lo dio al más alto de los tres hombres. Se dirigió a él en voz alta por primera vez.

—Aszi, tú vendrás conmigo. Tus hermanos mayores se quedarán aquí para vigilar esta entrada. Si las cosas no van bien abajo, esta grieta será nuestro único medio de escape. —Se volvió hacia la sima y añadió impertérrita—: Yo bajaré primero.

Pero él la había cogido por la muñeca. La miró preocupado. Luego, la atrajo hacia sí y le besó con suavidad la frente.

—No, déjame bajar a mi primero, Clio —dijo—. Yo nací entre las rocas, *carita*; puedo trepar como una cabra. Mis hermanos te bajarán tras de mí. —Cuando ella se negó con un gesto, Aszi le indicó—: Da lo mismo lo que tu padre dibujara en ese mapa antes de morir, no es más que la opinión de un hombre erudito, basada sólo en la lectura de libros viejos. A pesar de todos sus viajes, tu padre no llegó a encontrar ese lugar. Y sabes muy bien que los oráculos a menudo son peligrosos. En la cueva de Delfos encontraron un montón de pitones mortíferas. Nadie sabe a lo que deberás enfrentarte en el santuario que crees que hay allá abajo.

Clio tembló ante la idea y los dos robustos jóvenes asintieron para apoyar la valentía de su hermano. Aszi encendió una segunda linterna, que fijó a su propio casco. Los hombres ataron la cuerda a una roca y el menor de los hermanos, con las manos desnudas sobre el cáñamo, usó las botas con tachuelas para limpiar la pared y desapareció con una breve y amplia sonrisa hacia las tinieblas.

Después de lo que pareció un buen rato, la cuerda se balanceó suelta, lo que les indicó que Aszi había llegado al fondo. Clio se pasó otra cuerda entre las piernas a modo de arnés, que los hermanos fijaron a la línea principal como doble protección por si resbalaba. Luego inició el descenso.

A medida que bajaba por la escarpada roca, sola y en silencio, iba estudiando el esquisto a la luz de la linterna, como si contuviera la clave de algún acertijo. «Si las paredes oyeran —pensó—, éstas revelarían miles de años de misterios. Como la propia sibila, una mujer que podía ver el pasado y el futuro.»

La Sibila, que emitió los oráculos más antiguos de la historia, vivió en muchas tierras durante decenas de generaciones. Había nacido en el monte Ida, desde donde los dioses observaron la guerra en la llanura de Troya. Más de quinientos años antes de Cristo, viajó a Roma, donde ofreció al rey Tarquino la venta de los libros con sus profecías, que abarcaban los siguientes doce mil años. Cuando éste no quiso pagar el precio que le pedía, la mujer quemó los tres primeros volúmenes, luego los tres siguientes, y así hasta que sólo quedaron tres libros. Tarquino los compró y los conservó en el templo de Júpiter, donde permanecieron hasta que el edificio se quemó, también, en el año 83 a.C, junto con su precioso contenido.

La visión de la sibila era tan profunda y de tan largo alcance que los dioses le concedieron el deseo que quisiera. Pidió vivir mil años, pero olvidó pedir juventud. Cuando se acercaba al final de la vida se había encogido tanto que sólo quedaba de ella la voz, que seguía profetizando desde una pequeña ánfora de cristal colocada en su vieja cueva de los misterios. Desde todos los rincones del mundo acudía gente para oír su canción, hasta que Augusto la silenció para siempre con arcilla napolitana.

Clio esperaba, contra todo pronóstico, que la información que su padre había obtenido del cúmulo de lecturas de textos antiguos y que sólo *alcanzó* a interpretar en su lecho de muerte resultara cierta. Tanto si lo era como si no, cumplir la última voluntad de un hombre moribundo ya le había costado todo lo que había conocido en sus pocos años de vida.

Cuando llegó al fondo, notó que las fuertes manos de Aszi la sujetaban por la cintura, para ayudarla a mantener el equilibrio sobre las rocas resbaladizas que bordeaban el río subterráneo.

Se abrieron paso durante más de una hora a través de cavernas bajo el volcán, siguiendo el camino que el padre de Clio había indicado en el mapa. Por fin, llegaron donde estaba el hueco elevado en la roca, bajo el que las sucesoras de la Sibila, chicas jóvenes de la zona, se habían sentado durante siglos en un trono dorado, convertido ahora en un montón de piedras derruidas, para transmitir las profecías que les llegaban desde la mente de la antigua

diosa.

Aszi se detuvo al lado de Clio y, de repente, se inclinó hacia ella y la besó en los labios.

—Casi eres libre —dijo sonriendo.

Sin decir nada más, subió por el montón de rocas hacia el hueco y escaló la última parte de la pendiente con las manos. Clio contuvo la respiración mientras Aszi conseguía aferrarse con las botas a la roca y le vio extender el brazo para llegar con la mano al hueco y palpar el agujero negro que se hallaba sobre su cabeza. Tras un buen rato sacó algo.

Cuando regresó, se lo dio a Clio. Era un objeto reluciente, como una ampollita, no mucho mayor que su palma. Clio nunca había creído que la voz de la Sibila estuviera dentro de un ánfora, sino más bien que la antigua ampolla contenía sus palabras proféticas. Sus profecías, había dicho Plutarco, estaban escritas en trocitos de metal, tan ligeros y frágiles que, al soltarlos, se los llevaba el viento.

Clio abrió con cuidado la ampolla y las diminutas láminas cayeron en su mano, todas del tamaño de una uña e inscritas en griego. Tocó una y miró a los ojos oscuros de Aszi, que la observaban.

—¿Qué pone? —le susurró éste.

—Está en griego —respondió sin dejar de examinar la lámina—. Dice: *En to Pan*, que significa: «Uno es todo.»

La Sibila había predicho lo que pasaría en cada momento decisivo de la historia y, más aún, cómo se relacionaba con los acontecimientos críticos del pasado. Según se decía, había anunciado los albores de una nueva era celestial, que seguiría a la suya, la era de Piscis, los peces, cuya encarnación sería un rey nacido de virgen. La Sibila podía ver conexiones misteriosas, como telarañas que cubrían miles de años, que relacionaban la era de Piscis con la de Acuario, la portadora de agua, una era que no había de llegar hasta veinte siglos más tarde, lo que *más* o menos equivalía al presente.

Clio volvió a introducir las láminas en la ampolla. Sin embargo cuando inició junto con Aszi el largo camino de regreso a la superficie a través de las cuevas, temió entender lo que ese momento significaba en realidad. Era como su padre había imaginado siempre. Al desenterrar una botella así, una botella llena de tiempo, al destapar la voz largamente muda del pasado, estaba abriendo una puerta que quizá debería haber permanecido cerrada. Una caja de Pandora.

Esa noche, la canción de la Sibila, que había yacido muda en la oscuridad bajo el volcán, había vuelto a despertar para que los humanos la oyeran de nuevo por primera vez desde hacía casi dos mil años..

ENTRADA EN EL CÍRCULO

Y Jesús] nos pidió que formáramos un círculo tomándonos unos a otros de las manos, y él se quedó en el centro y dijo: « Contestad Amén a mis palabras.» Y empezó a cantar y a decir...

Bailad todos.

Porque el universo pertenece a quien baila.

Aquel que no baila no sabe lo que sucede.

Si seguís mi baile, ved en mí, que hablo, Y cuando hayáis visto lo que yo veo, guardad silencio sobre mis misterios.

Yo salté: ¿Pero entiendes la totalidad?

Hechos de san Juan,
Nuevo Testamento Apócrifo

Jerusalén: principios de la primavera, 32 d.C.

LUNES

Poncio Pilatos tenía problemas; problemas muy graves. Pero le parecía la más amarga de las ironías que, por primera vez en los siete años de su cargo como *praefectus* romano, gobernador de Judea, los judíos no tuvieran la culpa de todo aquello.

Estaba solo, sentado por encima de la ciudad de Jerusalén, en la terraza del palacio construido por Herodes el Grande, con vistas a la pared oeste y a la entrada de Jaffa. Un sol de rigor incendiaba las hojas de los granados de los jardines reales y resaltaba el legado de Herodes: unas jaulas doradas llenas de palomas. Más allá de los jardines, la ladera del monte Sión estaba cubierta por las acacias en flor. Pero Pilatos no podía concentrarse en lo que lo rodeaba. Al cabo de media hora, tendría que pasar revista a las tropas que se iban a acuartelar allí como preparación de la semana de la fiesta judía. En estas ocasiones siempre se creaban conflictos, con tantos peregrinos en la ciudad, y temía una debacle como las que había presenciado en el pasado. Pero ése no era con mucho el mayor de sus problemas.

Para ser una persona que ostentaba un cargo tan importante, Poncio Pilatos tenía un origen sorprendentemente humilde. Como indicaba su nombre, descendía de antiguos esclavos, con un antepasado a quien se había concedido el *pilleus*, el casquete que distinguía a un hombre liberado que, gracias a las acciones nobles y al esfuerzo personal, era nombrado ciudadano del Imperio romano. Sin formación ni medios, sino mediante la combinación de inteligencia y trabajo, Poncio Pilatos había ascendido hasta incorporarse a la orden ecuestre de Roma y ahora era caballero del reino. Cuando tuvo la gran fortuna de ser descubierto por Lucio Elio Sejano, su estrella, junto con la de su protector, empezó a elevarse como un meteoro en el firmamento.

En los últimos seis años, mientras el emperador Tiberio se había mantenido en un resplandeciente retiro y se había establecido en la isla de Capri (los rumores apuntaban a que sus apetencias sexuales se dirigían hacia chicos jóvenes, bebés de pecho y un zoo exótico con animales importados), Sejano se había convertido en el hombre más poderoso, odiado y temido de Roma. Como cónsul del senado romano, Sejano tenía libertad para gobernar a su antojo y arrestaba a sus enemigos con cargos falsos, a la vez que extendía su control en el exterior asignando a sus propios candidatos para cargos en el extranjero, como era el caso de Poncio Pilatos en Judea. En una palabra, ése era el principal problema de Poncio Pilatos, porque Lucio Elio Sejano había sido muerto.

Sejano no sólo había fallecido, sino que lo habían ejecutado por traición y conspiración por orden del mismo Tiberio. Había sido acusado de seducir a la nuera del emperador, Livila, que presuntamente le habría ayudado a envenenar a su marido, el único hijo de Tiberio. Cuando el documento del emperador en Capri se leyó en voz alta ante el senado romano, el otoño anterior, el cruel y despiadado Sejano, cogido totalmente por sorpresa por la traición, se desmoronó y tuvieron que ayudarlo a salir de la cámara. Esa misma noche, por orden del senado romano, Lucio Elio Sejano fue estrangulado en prisión. Su cuerpo sin vida fue desnudado y abandonado en las escaleras del Capitolio, donde permaneció tres días para la diversión o las represalias de los ciudadanos romanos, que le escupieron, orinaron y defecaron encima, lo apuñalaron, soltaron sobre él a sus animales y, por último, lo lanzaron al Tíber para que los peces terminaran con sus restos. Pero el fin de Sejano no era el fin de la historia.

Todos los miembros de su familia fueron perseguidos y destruidos, incluso su hija pequeña, quien según las leyes romanas no podía ser ejecutada debido a que era virgen. De modo que los soldados la violaron primero para degollarla después. La mujer de la que se había

separado Sejano se suicidó; Livila, su cómplice, murió a manos de su propia familia, que la dejó encerrada en una habitación hasta que murió de hambre. Y ahora, menos de medio año después de su muerte, cualquier aliado o colaborador de Sejano que no hubiese sido ejecutado se había suicidado tomando veneno o clavándose la espada.

Poncio Pilatos no se sentía horrorizado ante estas acciones. Conocía muy bien a los romanos, aunque él no sería nunca uno de ellos. Ése fue el error que Sejano había cometido: había querido convertirse en un noble romano, casarse con un miembro de la familia imperial y ostentar su poder. Sejano había creído que su sangre enriquecería el linaje de los reyes. En lugar de eso, enriquecía el cieno del río.

Pilatos no albergaba tal tipo de esperanzas respecto a su situación inmediata. Por muy cualificado que estuviera para el puesto, por muy alejado de Roma que estuviera su cargo provincial de Judea, todo lo que debía a su anterior benefactor lo perjudicaba sobremedida, y había otras asociaciones que los conectaban entre sí. Las acciones de Pilatos respecto a los judíos, por ejemplo, podían ser consideradas como una réplica de las de Sejano, quien había iniciado su carrera política con una serie de purgas de los judíos romanos y que había terminado por prohibir por completo la presencia de judíos en Roma, una orden que había sido derogada hacía poco por orden imperial. Tiberio alegó que nunca había deseado la intolerancia hacia ninguno de sus subditos, que todo había sido obra de Sejano. Eso puso muy nervioso a Pilatos, y no sin motivos. Durante los últimos siete años, Pilatos se había enfrentado a menudo a la chusma judía que tanto detestaba.

Por algún motivo que a Poncio Pilatos se le escapaba, los judíos, a diferencia de otros pueblos colonizados, quedaban excluidos de las leyes romanas y del servicio en el ejército, y estaban exentos de casi todas las formas de impuestos, incluidas las que pagaban los samaritanos e incluso los romanos que vivían en esas provincias. Según la legislación dictada por el senado romano, un ciudadano romano podía ser ejecutado sólo por entrar sin permiso en el Templo judío.

Y cuando Pilatos tuvo que recaudar fondos para finalizar el acueducto con objeto de dar vida a esas tierras de interior, ¿qué habían hecho los condenados judíos? Se habían negado a pagar el impuesto para el acueducto, afirmando que era el deber de los romanos proveer de lo necesario a los pueblos que habían conquistado y esclavizado. (Esclavizado, eso sí que tenía gracia. Con qué rapidez habían olvidado los tiempos de Egipto y Babilonia.) Así que había «tomado prestados» los fondos que necesitaba del diezmo del templo, había terminado el acueducto, y se acabaron las lamentaciones. No se acabaron los judíos ni sus misivas a Roma, pero no tenía nada que temer. Al menos mientras Sejano estaba vivo.

Ahora había un nuevo acontecimiento a la vista. Era algo que podía salvarlo y aplacar las iras de Tiberio, cuyo brazo era largo y su fuerza implacable cuando se trataba de emprender represalias contra subordinados que habían perdido su favor.

Pilatos se levantó y anduvo por la terraza, inquieto.

Sabía de buena tinta, por medio de sus delegados, ese nido de espías e informadores vital para el gobernador colonial de cualquier pueblo sometido, que había un judío que deambulaba por esos parajes afirmando, como muchos otros, que era el *inunctio*: el anunciado. Se trataba del que los griegos llamaban *christos*, el ungido, y al que los judíos denominaban *mashiah*, que según tenía entendido significaba lo mismo. Por lo visto era algo muy antiguo en la historia de su fe: esperaban a una persona, que llegaría de repente, y creían fervientemente que los libraría del cautiverio en el que se sentían sometidos y convertiría todo el mundo en un paraíso dominado por los judíos. En los últimos tiempos, el deseo de ser ese rey anunciado parecía haber alcanzado cotas álgidas, y para Poncio Pilatos era la bendición que había estado esperando. ¡Iban a ser los propios judíos quienes lo salvarían!

Tal como estaba la situación, tanto el sanedrín, el consejo judío de ancianos, como una legión de discípulos de la secta esenia, seguidores de aquel chiflado a quien hacía unos años le había dado por sumergir a las personas en el agua, apoyaban al nuevo candidato. Corría el rumor de que Herodes Antipas, tetrarca judío de Galilea, había mandado ejecutar a aquel loco porque había dicho que su esposa, Herodías, era una furcia. También se decía que Antipas había decapitado al joven a petición de su hijastra Salomé. ¿Acaso la perfidia de aquel pueblo no

conocía límites? Antipas temía al nuevo anunciado; creía que era la reencarnación del hombre que había decapitado, que regresaba para vengarse del tetrarca.

Pero había un tercer contendiente en liza, lo que situaba a Pilatos en mejor posición: el sumo sacerdote judío Caifas, un títere de Roma con una policía más numerosa en Jerusalén que la de Pilatos, y casi con su mismo empeño en deshacerse de cualquier agitador que quisiera derrocar el Imperio Romano y el gobierno civilizado. Así pues, Caifas y Antipas odiaban y temían a este judío, y el sanedrín y los bañistas le daban apoyo. Mejor que mejor. Cuando el joven cayera, todos caerían con él.

Pilatos contempló la llanura que se extendía más allá de la pared oeste, donde ahora mismo se ponía el sol. Oyó el bullicio de las nuevas tropas que formaban en el patio como en cada festividad. Controlarían a todos los peregrinos que acudieran para celebrar el equinoccio de primavera que, como siempre, los judíos se empeñaban en equiparar con sus experiencias particulares y únicas: en este caso, el paso por sus casas de algún tipo de espíritu hacía más de mil años en Egipto.

Pilatos escuchó las órdenes del oficial de instrucción que llamaba al orden a los nuevos soldados y los ponía en su sitio. Oyó los ruidos de sus suelas de cuero moviéndose por las losas de mármol del patio. Por último, se inclinó sobre la barandilla de la terraza para ver a los soldados, que entornaron los ojos ante el sol del oeste que caía tras él como un aura feroz, de modo que sólo distinguían vagamente la silueta del prefecto. Siempre elegía esa hora del día y ese emplazamiento por este motivo.

—Soldados de Roma —dijo—, debéis estar preparados para la próxima semana, para las multitudes que peregrinarán hasta la ciudad. Debéis estar preparados para enfrentaros a acontecimientos que drían ejercer una presión desmesurada sobre el Imperio. Corren rumores sobre la presencia de agitadores, cuyo objetivo es convertir lo que debería ser una celebración pacífica en una serie de disturbios y alteraciones del orden público. Soldados de Roma, la próxima semana puede ser un período en que las acciones de cada uno de nosotros cambie el curso del Imperio, quizás incluso el curso de la historia. No olvidemos pues que nuestra primera obligación es impedir cualquier tipo de acto contra el estado o el *statu quo* por parte de quienes desean, por motivos de fervor religioso o de gloria personal, alterar el destino del Imperio Romano y cambiar el curso de nuestro sino.

MARTES

Todavía no había amanecido cuando José de Arimatea, soñoliento y agotado por el viaje, llegó a las puertas de Jerusalén. En la oscuridad de su mente, aún oía los sonidos de la noche anterior: el agua golpeando el casco de los grandes barcos, los remos sumergidos en el agua, los susurros sobre la superficie del mar a medida que la barca se aproximaba hacia la flota mercante, fondeada fuera del puerto de Joppa, a la espera de las primeras luces para entrar en el puerto.

Incluso antes de que el mensajero de Nicodemo se identificara y subiera a bordo, incluso antes de ver la nota que le había traído, José tuvo la premonición de una desgracia inminente. No se sorprendió de que la nota fuera críptica a fin de impedir que su contenido fuera visto y comprendido por otros. Pero para José despertaba miles de espectros por lo que no decía. Incluso ahora podía ver frente a él las palabras:

Date prisa. Ha llegado la hora.

NICODEMO

Había llegado la hora, decía. Pero, ¿cómo era posible?, pensaba José angustiado, ¿no era el momento!

José lanzó sensatez y precaución por la borda y despertó a la tripulación para ordenar que separaran su buque insignia del resto en ese mismo instante, en plena noche, y que condujeran el barco, solo, al puerto de Joppa.

Sus hombres discutieron acaloradamente esas órdenes, pensando sin duda que se había vuelto loco. Sin embargo, al atracar en el puerto, aún dio signos de mayor demencia. Dejó la seguridad de su valiosa carga en manos de la tripulación, algo insólito en el propietario de una flota mercante de tal tamaño, violó el toque de queda romano irrumpiendo en las calles, despertó a los criados, pidió que pusieran los arreos a los caballos y partió solo hacia la noche. Porque el sanedrín, el consejo judío de ancianos, se iba a reunir al amanecer. Y cuando lo hiciera, él tenía que estar presente a cualquier precio.

Por las peligrosas carreteras del campo, en el oscuro silencio roto sólo por el sonido de los cascos de los caballos contra la piedra, su respiración ardiente y el canto de los grillos en las arboledas lejanas, José oía el pensamiento silencioso susurrado una y otra vez en lo más profundo de su propia cabeza: ¿Qué había hecho el Maestro?

Cuando José de Arimatea entró en la ciudad, la primera neblina rojiza sangraba en el cielo sobre el monte de los Olivos y captaba las siluetas retorcidas de los viejos árboles. José golpeó la puerta con los puños para despertar al encargado de los establos y dejó los caballos para que les dieran de beber y los cepillaran. Luego, ascendió a toda prisa, de dos en dos, los escalones de piedra que conducían a la parte alta de la ciudad.

En la húmeda oscuridad previa al amanecer, observó el movimiento de las acacias bajo la brisa matinal. Cada primavera, estos árboles, con las ramas cargadas de flores, inundaban Jerusalén de un mar de oro. Surgían en huecos y arcos, y parecían penetrar todos los poros de esta ciudad laberíntica. Incluso ahora, en su ascenso a la colina por los sinuosos callejones, José percibía su fragancia oscura, como incienso difundido con un incensario, que impregnaba las umbrías grietas de la ciudad dormida y se arremolinaba en charcos a los pies del monte Sión.

Acacia: el árbol sagrado.

—Dejad que me construyan un santuario, para que pueda habitar entre ellos —recitó José en voz alta.

De repente, vio ante él a Nicodemo, alto e imponente, y se dio cuenta de que ya había llegado a la entrada del parque que rodeaba su palacio. Un criado cerró la verja tras él mientras Nicodemo, con los cabellos sueltos sobre los anchos hombros, abría los brazos hacia su amigo. José le devolvió con efusión el abrazo de bienvenida.

—Cuando era pequeño, en Arimatea —recordó José, mientras observaba el mar de ramas doradas—, a lo largo del río había hileras de *chittah*, que los romanos llaman «acacia» por sus espinas afiladas, el árbol con el que Yahvé nos ordenó construir su primer tabernáculo, los entramados y el altar, el sagrado de los sagrados, incluso el arca de la alianza. Para los gálatas y los griegos es igual de sagrada que para nosotros. La llaman «ramas doradas».

—Has estado demasiado tiempo entre paganos, amigo mío

—comentó Nicodemo, sacudiendo la cabeza—. Incluso tu aspecto es casi una blasfemia a los ojos de Dios.

Era difícil de negar, pensó José con arrepentimiento. Con la toga corta y las sandalias de lazo alto, las extremidades musculosas y morenas, la cara afeitada, la tez agrietada y curtida por el aire de mar como la de un pagano y los cabellos sin cortar, como estaba prescrito, pero retirados hacia la nuca como un escandinavo, debía de parecer mucho más un celta hiperbóreo que lo que era en realidad: un distinguido y respetado mercader judío y, como Nicodemo, miembro del consejo de «los setenta», el nombre con que se designaba al sanedrín.

—Desde que el Maestro era un niño, le has animado a seguir estas tendencias extranjeras que sólo pueden llevar a la destrucción —indicó Nicodemo, mientras empezaban a descender la colina—. A pesar de eso, estas últimas semanas he rezado para que llegaras antes de que fuera demasiado tarde. Porque quizá seas el único que pueda remediar el daño que se ha causado

este pasado año en tu ausencia.

Era cierto que José había educado al joven Maestro como si fuera su propio hijo desde que murió el padre del chico, un carpintero llamado José. Lo había llevado con él en muchos viajes al extranjero para que aprendiera la sabiduría ancestral de diversas culturas. A pesar de su papel de padre, José de Arimatea, que había ya cumplido los cuarenta años —la edad mínima para formar parte del sanedrín—, era sólo siete años mayor que su hijo adoptivo, en quien no podía dejar de pensar como el Maestro. No un simple *rabhi*, un maestro o profesor, sino el gran líder espiritual en que se había convertido. Aun así, el comentario de Nicodemo le resultaba oscuro.

—¿Algo que yo pueda remediar? He venido en cuanto he podido al recibir tu nota —le aseguró José, sin mencionar los riesgos que habían corrido su fortuna y su propia vida—. Pero he supuesto una crisis política, una emergencia, algún incidente imprevisto que había modificado nuestro plan.

Nicodemo se detuvo y observó a José con esos ojos oscuros y tristes que parecían leer los pensamientos más profundos, aunque aquel día estaban teñidos de rojo por el agotamiento, quizá por el llanto. De repente José se dio cuenta de hasta qué punto había envejecido su amigo durante aquel año de ausencia. Apoyó las manos en los hombros de Nicodemo y esperó, serio, sintiendo de nuevo ese escalofrío a pesar de que el aire era cálido y balsámico, y el cielo había pasado de lavanda a melocotón a medida que el sol se acercaba al borde. No estaba seguro de querer oír la respuesta.

—No hay ninguna crisis política —dijo Nicodemo—, por lo menos, todavía no. Pero puede que haya ocurrido algo peor; supongo que se podría hablar de crisis de fe. El mismo es la crisis, ¿sabes? Ha cambiado tanto que ni lo reconocerías. Ni su propia madre lo comprende. Ni tampoco sus discípulos más próximos, los doce, a los que llama «el círculo mágico».

—¿Ha cambiado? ¿En qué sentido? —preguntó José.

Mientras Nicodemo buscaba las palabras, José echó un vistazo hacia la ciudad, donde la brisa mecía las acacias como si fueran dedos que le acariciaban con suspiros susurrantes. Y rezó; rezó para que alguna clase de creencia, de fe, lo reconfortara frente a los hechos que presentía. En el momento en que vislumbraba un brillo de esperanza, el sol cayó sobre el monte de los Olivos en una explosión de luz, que se reflejó en las fachadas de las villas y los palacios que se elevaban en la colina del monte Sión, y penetró incluso en las calles serpenteantes de la parte baja de la ciudad. Más allá, a lo lejos, se alzaba el majestuoso templo de Salomón y, bajo él, la cámara tallada en la piedra, donde el sanedrín se reuniría esa mañana.

El templo había sido concebido en un sueño por el padre de Salomón, David, el primer rey verdadero de Israel. Reconstruido y restaurado tras cualquier tipo de desastre, ornado con los tesoros de muchos grandes reyes, era el alma del pueblo judío. Se elevaba sobre un mar de patios abiertos, con sus pilares de mármol blanco refulgiendo como bosques de árboles fantasmales bajo la luz de la mañana, y brillaba en el valle como el sol. Las tejas de oro puro, regalo de Hero-des el Grande, relucían en el tejado, deslumbraban como la nieve al amanecer y casi cegaban al observador cuando reflejaban la luz del mediodía.

Cuando su resplandor llenó el corazón de José, la voz de Nicodemo le murmuró al oído:

—Querido José, no se me ocurre otro modo de explicarlo. Creo... todos nos tememos... es como si el Maestro se hubiera vuelto loco.

La cámara tallada en la piedra estaba siempre fría y húmeda. Sus paredes rezumaban agua, que alimentaba los líquenes de colores irisados que crecían en ellas. Estaba excavada en la misma roca de la montaña del templo y su bóveda se situaba bajo el patio de los sacerdotes y el altar mayor, que en otro tiempo fue la era de David. Se llegaba a ella por una escalera de caracol de treinta y tres peldaños, tallados en la antigua roca. A José siempre le había dado la impresión de que entrar en esta cámara era en sí una forma de ritual de iniciación. Los días de verano, su frescor húmedo resultaba un alivio. En cambio, aquel día sólo aumentaba el presentimiento de infortunio que se había apoderado de José al oír las palabras de Nicodemo. Aunque el consejo solía recibir el nombre de «los setenta», de hecho contaba con setenta y un

miembros si se incluía al sumo sacerdote, cifra que se mantenía desde los tiempos de Moisés. El corpulento sumo sacerdote, José Caifas, envuelto en el chal púrpura ritual y la túnica amarilla, descendió las escaleras en primer lugar. Su báculo estaba coronado por una piña opulenta de oro puro, que simbolizaba la vida, la fertilidad y el rejuvenecimiento del pueblo. Como todos los sumos sacerdotes que lo habían precedido, Caifas era presidente oficial del sanedrín en virtud de su prestigio religioso, lo que implicaba también prestigio legal, ya que la ley y la Tora eran una sola cosa.

Desde tiempos remotos, los sumos sacerdotes descendían de la línea de los saduceos, los hijos de Sadoc, el sumo sacerdote del rey Salomón. Pero tras la ocupación romana, lo primero que hizo el rey designado por los romanos, Herodes el Grande, fue ejecutar a los vastagos de muchas familias principescas y sustituirlos en el sanedrín por sus propios designados. Esta limpieza había mejorado considerablemente la situación de los fariseos, la secta más liberal y populista de eruditos y escribas de la Tora, la secta a la que pertenecían Nicodemo y José.

Los fariseos controlaban la mayoría de votos, de modo que el líder de su secta, Gamaliel, nieto del legendario *rabh* Hil-lel, era el líder real del sanedrín. Para Caifas, éste era un trago amargo. Los fariseos no podían evitar señalar que Caifas no había alcanzado su posición por nacimiento, como la aristocracia saducea, ni por educación, como los fariseos, sino por su matrimonio con la hija de un *nasi*, un príncipe.

Había un individuo a quien el sumo sacerdote odiaba aún más que a los fariseos, pensó José con aprensión mientras seguía a sus compañeros escaleras abajo, hacia la cámara. Esa persona era el Maestro. A lo largo de los últimos tres años, Caifas había mantenido ocupada a la policía del templo, como a una jauría de perros, rastreando todos los movimientos del Maestro. Había intentado detenerlo por agitador, después de que el Maestro volcara las mesas en el patio del templo, donde, durante generaciones, la familia de José Caifas ostentaba una lucrativa concesión de venta de palomas. Sin duda, Caifas había obtenido su sinecura y había conseguido reunir la dote de la princesa judía con quien contrajo matrimonio gracias a las riquezas acumuladas con la venta de sacrificios durante los días santos y los peregrinajes.

Cuando los setenta y un miembros hubieron desfilado por la escalera y ocupado sus asientos, el sumo sacerdote dio la bendición y se retiró a un lado. El noble *rabh* Gamaliel, con los cabellos largos y las ropas lujosas ondeando a su alrededor, avanzó para declarar abierta la reunión del consejo.

—Dios nos ha asignado una tarea difícil —entonó Gamaliel con su voz teatral, profunda—. Sea cual fuere nuestra misión, sea cual fuere nuestro deseo y sea cual fuere el resultado de nuestro encuentro de hoy, sé que hablo en nombre de todos nosotros cuando digo que nadie abandonará esta habitación con un sentimiento de total satisfacción, en lo que se refiere al triste asunto de Jesús, hijo de José de Nazaret. Como nuestra carga es pesada, me gustaría empezar con un tema más inspirador. Como veis, acaba de regresar el más viajero de todos nuestros hermanos, José de Arimatea.

Los hombres de la mesa se volvieron para mirar a José. Muchos asintieron en su dirección.

—Hace un año —prosiguió Gamaliel—, José de Arimatea aceptó por encargo personal del tetrarca de Galilea, Herodes Antipas, y mío, partir en una misión secreta a Roma en nombre de los descendientes de Israel. Esa misión debía quedar incluida dentro de sus planes de viaje ordinarios, y su flota mercante se dedicaría al comercio, como de costumbre, en Britania, Iberia y Grecia. Pero a raíz de la expulsión de los judíos de Roma, pedimos a José que en lugar de eso se dirigiera directamente a Capri...

Apenas hubo mencionado Capri, los miembros del consejo intercambiaron comentarios con sus vecinos y la cámara se llenó de murmullos.

—No os mantendré en suspense, porque la mayoría ya habéis adivinado lo que voy a decir. Gracias a la ayuda del sobrino del emperador, Claudio, que conoce bien a la familia de Herodes desde hace mucho tiempo, José de Arimatea consiguió entrevistarse con el emperador Tiberio en su palacio de Capri. Durante esta entrevista, y con la ayuda de la oportuna muerte de Sejano, José de Arimatea logró convencer al emperador de la conveniencia de aprobar el regreso de los judíos a Roma.

Se alzó un inusual ruido de palmadas en la mesa, y los que se sentaban cerca de José, incluido Nicodemo, le dieron apretones amistosos en los brazos. Todos los miembros del consejo habían oído hacía meses la promulgación de ese edicto romano, pero sólo cuando José volvió sano y salvo de sus viajes, se reveló su implicación personal en el asunto.

—Me doy cuenta de que mi petición parecerá fuera de lo normal —prosiguió Gamaliel— pero como José de Arimatea nos ha rendido un servicio tan grande, y en vista de la especial naturaleza de su relación con Jesús, hijo de José de Nazaret, me gustaría empezar preguntándole cómo quiere que continúe la reunión. José es hoy el único aquí presente que puede conocer todas las circunstancias que nos han conducido a esta crisis.

No miró al sumo sacerdote, Caifas, quien a sus espaldas fruncía el ceño por esta alteración del procedimiento. Pero los demás asentían con la cabeza, de modo que José respondió.

—Os quiero dar las gracias de todo corazón. He llegado esta misma mañana, antes del amanecer, y ahora, mientras estamos aquí sentados, mi flota no habrá terminado de entrar en el puerto, ni yo he tenido tiempo de dormir, ni de bañarme o cambiarme de ropa. Ésta es la urgencia con la que enfoco la cuestión a la que nos enfrentamos. Y lo cierto es que no he tenido tiempo de enterarme de cuál es la cuestión a la que nos enfrentamos, sólo sé que Jesús, el Maestro, al que como muchos de vosotros sabéis considero mi única familia, se encuentra en una situación comprometida que nos afecta a todos.

—Tendremos que contarte la historia —afirmó Gamaliel— y hablaremos todos por turno, porque la mayoría sabemos parte de ella pero no toda. Y seré yo quien empiece a relatarla.

LA HISTORIA DEL MAESTRO

El pasado otoño, llegó solo a Jerusalén, durante la fiesta de los tabernáculos. Fue una sorpresa para cuantos lo conocían. Los discípulos le habían pedido tres veces que bajara con ellos de Galilea para difundir la palabra de Dios, como hacía en todos los acontecimientos santos, y para realizar curaciones durante las festividades. Las tres veces se negó y les pidió que partieran sin él. Sin embargo, más tarde llegó solo, en secreto, y se presentó de improviso en los patios exteriores del templo. Parecía extraño y misterioso, totalmente distinto, como si actuara guiado por algún designio interior propio.

La fiesta de los tabernáculos del equinoccio de otoño, que celebra ese primer tabernáculo de ramas de acacia ordenado por Dios en nuestro éxodo de Egipto, conmemora además los tabernáculos o tiendas rudimentarios que se construyeron en plena naturaleza y donde vivimos durante la larga peregrinación. En la fiesta de otoño, todos los jardines, patios y parques privados de Jerusalén se llenaron, como siempre, de improvisadas tiendas hechas con ramas y adornadas con flores, a cuyo través las estrellas brillan, las brisas soplan y la lluvia rocía a nuestras familias y visitas que viven y celebran toda la semana. La fiesta termina cuando se lee en el templo el último capítulo de la Tora, donde se narra la muerte de Moisés, lo cual señala el fin de un viejo ciclo, del mismo modo que la muerte de Moisés lo hizo para nuestro pueblo.

Al acabar la octava noche de fiesta, cuando el anfitrión se levanta de cenar en cada patio o jardín, la plegaria que recita es la más antigua de la tradición de la Aggada, más antigua que la propia fiesta. ¿Para qué reza? Pide a Dios un favor por haber «vivido en una tienda» du-

rante una semana: el nuevo año podría ser considerado digno de sentarse en la tienda de Leviatán. ¿Y qué significa la tienda de Leviatán? La llegada de una nueva era, la era de un reino mesiánico que se inicia con la aparición de un *mashiah*, un anunciado que derrotará a la bestia marina y usará su piel para la tienda de los justos y servirá su carne en el banquete mesiánico. Él nos liberará de la esclavitud, nos unirá bajo un reinado, devolverá el arca y glorificará el templo igual que David y Salomón. Como sucesor natural de estos poderosos príncipes, dirigirá al pueblo elegido a la gloria y traerá consigo el albor dorado, no sólo de un nuevo año sino también de un nuevo eón.

Como ves, no podía ser ninguna casualidad que el Maestro viniera solo desde Galilea para asistir a esta fiesta concreta.

Esa octava noche, apareció en el jardín de Nicodemo para la *Smichath Torah*. El parque de Nicodemo es grande y está bien provisto de árboles. Como dicta la costumbre, había muchas tiendas de ramas y flores, y las antorchas iluminaban la fiesta de modo que las puertas podían permanecer abiertas para que entraran los peregrinos y otras personas.

Al final de la fiesta, cuando Nicodemo se levantó para dar la bendición y pedir el honor de sentarse el año siguiente a la misma hora en la tienda de la bestia marina, el Maestro en persona se levantó de su asiento en una de las tiendas cercanas. Con las ropas blancas holgadas y el cabello alborotado, se dirigió hacia donde estaba Nicodemo, apartó fuentes y copas a un lado y se subió a la mesa de latón.

Alzó una vasija llena de agua y, sujetándose en la enramada con la otra mano para no perder el equilibrio, empezó a rociar agua en todas direcciones: la mesa, el suelo, y salpicó a los invitados que seguían reclinados y que se lanzaron a sus pies alarmados. Todos se asombraron o se asustaron; nadie sabía lo que significaba esa acción, ni tan siquiera podía imaginárselo. Luego, el Maestro dejó caer la vasija y con los brazos en alto, gritó:

—¡Yo soy el agua! Me vierto en vosotros; el que tenga sed que se acerque y beba de mí. Si creéis en mí, ríos de agua viva fluirán de vosotros...

Y, como recordaron más tarde los que lo presenciaron, su voz era tan rica, su dominio de las palabras tan inspirador, que nadie se dio cuenta de que no tenían la menor idea de lo que estaba hablando hasta mucho después.

Cuando la cena estaba terminando y la gente empezaba a irse, Nicodemo oyó por casualidad una conversación entre varios de sus compañeros fariseos. Se había convocado a toda prisa un consejo clandestino esa misma noche en el palacio de Caifas, en el otro extremo de la ciudad. A pesar de no haber sido invitado, Nicodemo decidió asistir porque estaba claro que incluso los seguidores más convencidos del Maestro habían quedado perplejos y aturridos por su extraño comportamiento.

A la mañana siguiente, temprano, Nicodemo fue al patio del templo para ver al Maestro antes de que nadie lo encontrara. Quería protegerlo de lo que pudiera hacer o decir, porque sus palabras solían ser mal interpretadas incluso por sus propios discípulos. La noche anterior, a pesar de las tenaces objeciones de Nicodemo y otros, incluida la propia policía del templo, Caifas había insistido en que debían buscar algún pretexto para detener al Maestro en cuanto apareciera por la mañana.

El Maestro llegó inmediatamente después que Nicodemo. Llevaba las mismas ropas blancas que durante el festejo. Apenas entró en el patio del templo, muchos de los asistentes a la reunión secreta formaron un círculo a su alrededor. Esta vez estaban más preparados. A petición de Caifas, habían traído con ellos a una mujer adúltera. La empujaron ante el Maestro y le preguntaron si opinaba que debían lapidarla, tal como dicta la ley. Era una trampa: es bien conocido que, al igual que Hil-lel, que era liberal respecto a las normas del matrimonio, en especial en lo que a las mujeres se refiere, el Maestro cree en el perdón de estos pecados cuando existe arrepentimiento.

Pero ante el asombro de todos, el Maestro no dijo nada en absoluto. En lugar de ello, se agachó en silencio y empezó a dibujar con el dedo en el polvo, como si no hubiera oído ni una palabra. Para entonces, a su alrededor se había congregado una verdadera multitud que abucheaba a la mujer y la sujetaba ante el Maestro como si se tratara de un pedazo de carne colgado de un gancho.

Lo estuvieron acosando durante lo que pareció un rato muy largo, y al final se puso en pie y miró a la multitud en silencio, con gran intensidad, a los ojos de cada persona, como si estuviera juzgando sus almas una por una. Por fin, habló.

—El que esté libre de pecado —dijo— que lance la primera piedra.

Se volvió a agachar en el polvo sin mediar más palabra y siguió dibujando con el dedo. Tras un buen rato, levantó la vista y vio a la mujer que permanecía delante de él como antes. Estaba sola.

—Ve y no vuelvas a pecar —le indicó.

Con estas palabras, Nicodemo, que lo había visto todo desde lejos, comprendió la importancia de lo que había hecho el Maestro. Había arriesgado la vida por una mujer cuya culpa sabía cierta, porque había dicho «vuelvas». El Maestro había obligado a todos los presentes a juzgarse a sí mismos, incluida la mujer, porque ella también habría tenido que darse cuenta de la importancia de lo que acababa de hacer por ella.

Cuando la mujer hubo partido y el Maestro se quedó solo, Nicodemo se le acercó, mientras seguía dibujando con el dedo en el polvo. Sentía curiosidad por ver lo que dibujaba el Maestro. Miró hacia el suelo y vio una especie de nudo: un nudo muy complicado del que no se podía adivinar el principio ni el final; parecía dar vueltas y más vueltas.

El Maestro reparó en la presencia de Nicodemo y se levantó. Con el pie borró la imagen que había dibujado. Cuando Nicodemo comentó el riesgo que había corrido al viajar solo desde Galilea sin avisar, el Maestro sonrió y se limitó a decir:

—Mi querido Nicodemo, ¿acaso te parece que estoy solo? Pues no lo estoy; he venido con mi Padre. Recuerda, el *shofar* también suena en Galilea.

Sin duda con ello se refería al día de la Expiación, celebrado semanas atrás, cuando el Maestro estaba todavía en Galilea. En esa fecha se sopló el cuerno de carnero, como cada final de año, para invitar a todos los hombres a que en el año entrante reflexionaran sobre cómo podrían actuar de forma más ajustada a la voluntad de Dios. Pero fue la forma superficial en que el Maestro mencionó esta tradición ancestral lo que dio a Nicodemo la desagradable impresión de que en la mente fértil y siempre inquieta del Maestro podía haber adquirido un nuevo significado. ¿Qué estaba planeando?

Antes de que Nicodemo pudiera seguir con ese tema, el Maestro se dirigió decididamente hacia el patio de los cambistas, en el interior del recinto del templo. Nicodemo se vio obligado a apretar el paso para seguirlo. Los que habían hostigado al Maestro fuera lo rodearon de nuevo, como podía haber esperado y parecía desear, y lo acusaron de falso testimonio. Entonces fue cuando hizo lo que desató el rumor de que tal vez se había vuelto loco.

Cuando esos hombres dijeron que descendían de la semilla de Abraham y que no necesitaban que el Maestro les proporcionara la orientación que él ofrecía con tanta liberalidad, ni les gustaba su afirmación pretenciosa de ser el mesías y el heredero de la rama de David, el Maestro tuvo la audacia de afirmar que conocía a Abraham personalmente. Es más, les dijo que cuando Abraham tuvo noticia de su misión en la tierra, se regocijó. Ellos se rieron y afirmaron que el Maestro no era bastante viejo para conocer a un hombre que, como Abraham, llevaba muerto miles de años. El Maestro los silenció con la mirada. Luego les dijo que Dios mismo los había presentado. Dijo que él, el Maestro, era el hijo de Dios: ¡la carne de Dios! Pero eso no fue todo.

Les dijo, y muchos de los que están hoy en la cámara fueron testigos de ello: «Mi Padre y yo somos uno. Antes de que Abraham fuera... ¡Yo soy!» Utilizó el nombre santo para describirse, un acto blasfemo merecedor de flagelación o de lapidación.

Pero eso fue sólo el principio. Hace tan sólo tres meses, mucho después de la fiesta, el Maestro fue reclamado en Betania, en casa del joven Lázaro, hermano de Marta y de Miriam de Magdala, que figuran entre sus discípulos más próximos. El chico estaba muy enfermo y quería ver al Maestro antes de morir. Según afirman incluso los doce, el Maestro no se comportó bien y se negó a salir de Galilea para visitar a la familia, aunque la situación era muy grave y las mujeres le suplicaron que intentara curar al chico y salvarlo así de una muerte segura. Cuando por fin llegó, hacía tres días que el muchacho había muerto. Miriam le dijo que el cadáver había

empezado a corromperse y olía mal, y ella y su hermana no permitieron que el Maestro entrara en la cripta.

De modo que se quedó fuera. Se quedó fuera y llamó a Lázaro, el joven y muerto Lázaro, hasta que lo levantó. Lo levantó de la tumba de sus padres. Lo levantó en su estado de descomposición, envuelto en las ropas funerarias putrefactas cuando el cadáver ya estaba plagado de gusanos. Lo levantó de entre los muertos.

—Dios bendito —susurró José de Arimatea cuando el relato hubo terminado. Miró con ojos vidriosos a los demás, sentados alrededor de la mesa, sin conseguir hablar. ¿Qué podía decir? Los saduceos predicaban que la muerte era el fin de la vida; los fariseos enseñaban que el hombre bueno podía ser recompensado con la vida eterna en el cielo por haber vivido justamente. Pero nadie creía en el concepto de resurrección, en devolver un cadáver descompuesto de la tumba a la existencia en la tierra. Era un horror imposible de imaginar.

Muchos de los sentados a la mesa, al ver la consternación de José, intentaron evitar su mirada. Pero el sumo sacerdote Caifás, que no había aportado nada a la historia contada por los demás, intervino con un pensamiento propio.

—Podría decirse que tu sobrino, nuestro amado Jesús, hijo de José de Nazaret, un humilde carpintero, ha desarrollado ciertos delirios de grandeza, querido José —comentó con su desagradable voz empalagosa—. En lugar de ser el líder, el profesor, el *rabh* o maestro, el rey anunciado o cualquier otra cosa que esperaran nuestros compañeros, parece que ha degenerado en un loco que se cree descendiente directo del Dios verdadero y que puede decidir quién debe vivir o morir. Me gustaría saber cómo ha podido surgir tal idea en su cerebro desquiciado.

Miró a José con una sonrisa burlona. José sabía muy bien que muchos, aunque guardaban silencio, compartían la opinión del sumo sacerdote. Dios era inefable e intangible: por lo tanto, no podía encarnarse. «¿Cómo puede haber pasado esto?», pensó José. En un año *escaso* su mundo se había desmoronado.

Tenía que ver al Maestro en persona, de inmediato. Lo conocía mejor que nadie. Siempre había creído que sólo él era capaz de ver la pureza de su alma. Tenía que verlo antes que los demás, antes de que fuera demasiado tarde.

VIERNES

La propiedad de José en el monte de los Olivos, que últimamente casi no veía debido a sus viajes, se llamaba Getsemaní. Estaba seguro de que el Maestro no llevaría a sus discípulos a Getsemaní, ni siquiera iría solo, sin su permiso. Así pues, sólo había un lugar donde podía estar en esa parte de la región: la ciudad de Betania, en casa de Lázaro y sus hermanas, Marta y Miriam de Magdala.

Tan sólo con pensar en las hermanas de Betania, José tenía que combatir emociones contradictorias. Miriam de Magdala, o María, como la llamaban los romanos, le hacía recordar todos los fracasos de su vida, como judío y como hombre. La amaba, no había ninguna duda, y en todos los sentidos la amaba como un hombre debería amar a una mujer. Aunque a sus cuarenta años era bastante mayor para ser su padre, si por él fuera, cumpliría su responsabilidad para con Dios y sembraría la tierra con los frutos de su semilla, como diría Nicodemo.

Pero Miriam amaba a otro. Y sólo José de Arimatea sabía con certeza, aunque muchos lo sospechaban, que el objeto de su amor era el Maestro. José no podía reprochárselo, porque él también lo amaba. Y por ese motivo jamás se había declarado abiertamente a ella. No lo haría mientras el Maestro viviera. A pesar de todo ello, envió un mensajero a Betania para invitarse a cenar.

El Maestro bajaría de Galilea el jueves y se había preparado una comida formal y una cena ligera para el viernes, cuando, según la respuesta de Marta, el Maestro iba a anunciar algo

importante. Tras haber levantado al joven cabeza de familia de la tumba en su anterior visita, José se preguntaba, con algo de humor negro, qué planes tendría el Maestro para su siguiente actuación.

El viernes por la mañana, José se dirigió hasta Betania, pasados unos kilómetros de Getsemaní. Cuando se detuvo en la casa tuvo una visión, o mejor dicho, una aparición: una figura de blanco, que bajaba por la colina con los brazos abiertos. Era el Maestro, lo sabía, pero por algún motivo parecía transformado. Iba rodeado de un centenar de personas, como de costumbre la mayoría mujeres, que vestían también de blanco, iban cargadas con flores y cantaban una tonada extraña pero evocadora.

José estaba sentado sin habla en su carreta. Cuando el Maestro llegó hasta él, con las ropas ondulantes como el agua sobre sus extremidades, lo miró a los ojos y sonrió. José vio en él, en ese instante, al niño que había sido.

—Querido José —dijo el Maestro, cogiéndole las manos y bajándolo de la carreta—, no sabes cuántas ganas tenía de verte.

Luego, en lugar de abrazarlo, el Maestro recorrió con sus manos los brazos de José, sus hombros, su cara, como si examinara un animal o quisiera grabarse sus rasgos en la memoria para esculpirlo. José no sabía muy bien qué pensar. Sin embargo, sentía una especie de hormigueo cálido bajo la piel, bajo la carne, en los huesos, como si se estuviera produciendo alguna acción física. Se apartó, incómodo.

Las personas que cantaban y se movían a su alrededor estorbaban a José, que no conocía a ninguna y quería alejar al Maestro para hablar de temas urgentes.

—¿Te quedarás conmigo, José? —dijo el Maestro, como si hubiese leído sus pensamientos.

—¿A cenar y a dormir, quieres decir? —preguntó José—. Sí, Marta lo ha arreglado todo. Estaré todo el tiempo que quieras; tenemos que hablar.

—Quiero decir si te quedarás conmigo —repitió el Maestro en un tono que José no fue capaz de identificar.

—¿Quedarme contigo? —dijo José—. Pues claro que sí. Ya sabes que siempre estaré contigo. Por eso tenemos que...

—¿Te quedarás conmigo, José? —volvió a preguntar el Maestro, casi como si repitiera una frase mnemotécnica. Aunque seguía sonriendo, una parte de él parecía estar lejos, a gran distancia. José sintió un escalofrío terrible.

—Deberíamos entrar —afirmó con rapidez—. No nos hemos visto desde hace mucho tiempo, tenemos muchas cosas que comentar en privado.

Apartó a los demás y condujo al Maestro por el camino hacia la casa. Enviaría a alguien para que se ocupara de los caballos. Llegaron al pórtico del gran edificio de piedra.

Al alcanzar los rincones oscuros del patio, con su estanque en forma de árbol, José asió al Maestro por el brazo. Cuando tocó con los dedos la manga de lino frío, su atención se centró por un momento en las nuevas vestiduras blancas que Nicodemo y varios más le habían mencionado. José, como importador experto de telas extranjeras, reconocía por el tacto que no se trataba de lino de Galilea, un producto famoso en todo el mundo pero asequible, que había servido para amasar las fortunas de la familia Magdala y de muchos otros galileos. Más bien se trataba de lino de Pelusio, en el norte de Egipto, más caro, casi se podría decir que precioso, porque su coste rivalizaba con otro tejido elaborado mediante un proceso también misterioso: la seda china, una tela tan exclusiva que en Roma, según la ley, sólo podía vestirla la familia imperial. ¿Cómo había llegado tal tesoro a manos del Maestro? Más extraño aún, dado su mensaje de renuncia a las tentaciones de las riquezas terrenales, ¿por qué se había quedado con esas vestiduras en lugar de venderlas y repartir el dinero entre los pobres, como había sido su costumbre incluso con regalos no tan caros?

Encontraron a Marta, la hermana mayor, con el cabello trenzado cubierto con un manto y el cuello húmedo de sudor, ajetreada entre los criados en los hogares de arcilla, en la parte posterior de la casa.

—Estoy preparando un gran festín —anunció orgullosa cuando los dos hombres llegaron y la abrazaron, abriéndose paso con cuidado entre los criados que llevaban bandejas llenas de comida—. Pescado macerado en vino —prosiguió—, panes y salsas de carne, caldo de pollo, cor-

dero asado y las primeras verduras de temporada de nuestro propio huerto. ¡Llevo días cocinando! Puesto que el Maestro, como de costumbre, ha acogido a esa multitud de visitas, he tenido que preparar más comida de lo que había previsto. Aunque la *Pesah* no es hasta la semana que viene, ésta es una ofrenda especial de nuestra familia para dar las gracias, no sólo por tu regreso a salvo del mar, José, sino también por el milagro que la fe del Maestro nos concedió hace sólo tres meses, como estoy segura de que ya sabrás, con respecto a nuestro joven Lázaro.

Marta se inclinó sobre el Maestro con cariño y no pareció notar nada extraño. Sorprendido, José lo miró también y observó que la anterior sensación de espiritualidad se había desvanecido. En su lugar, percibió esa compasión afectuosa que para José explicaba el gran número de seguidores que el Maestro había atraído en el brevísimo período de su ministerio. El Maestro parecía conocer los secretos más oscuros que se ocultaban en el interior de cada persona y poseer, con ellos, la capacidad de perdonar y absolverlo todo.

—Querido José —dijo el Maestro, sonriendo como si fuera a compartir alguna broma—, te ruego que no creas una sola palabra de lo que te acaba de contar esta mujer. Su propia fe y la de su hermana fue lo que consiguió devolver al joven Lázaro de la tierra. Yo asistí al alumbramiento como lo hace una comadrona, pero sólo Dios realiza los milagros del nacimiento y el renacimiento, sea desde el vientre o la tumba. Y sólo para aquellos cuya fe es verdadera.

—Nuestro hermano Lázaro puede contarte él mismo su experiencia —aseguró Marta a José—. Lo encontrarás en la terraza, con los otros invitados.

—Y Miriam? —preguntó José.

—Deberías hacer algo, Maestro —dijo Marta, que se mostró algo indignada—. Se ha pasado toda la mañana en la montaña contigo y los demás; ahora está en el huerto, con los discípulos de la ciudad y sus familias. Sólo le interesa esa chachara filosófica, pero la vida sigue y la realidad *nos cae* sobre los hombros a nosotros, animales de carga. Tendrás que darle una reprimenda.

El Maestro miró a Marta y, cuando habló, lo hizo con una urgencia y una intensidad apasionada que a José le pareció de lo más sorprendente.

—Amo a Miriam —dijo el Maestro a su hermana, en un tono que sonaba más a enfado que a amor—. La amo más que a mi madre, más de lo que amo a José, que me ha criado. La amo más que a ninguno de mis hermanos, incluso que a quienes han estado conmigo desde el principio. Existe un lazo, un nudo que une nuestro entendimiento, algo que debe de ser bastante fuerte para trascenderlo todo, incluso la muerte. ¿Te imaginas que la importancia de Miriam sería mayor si te ayudara a preparar una comida, aunque fuera para mil personas, en lugar de sentarse a mis pies una hora más mientras estoy con vosotros?

José se asombró mucho ante la crueldad del Maestro. ¿Cómo podía reprender a una mujer que acababa de ponerlo por las nubes por haber salvado la vida de su hermano y que se había pasado tres días cocinando para él, sus discípulos y un centenar de personas a las que no había invitado?

Vio que la barbilla de Marta empezaba a temblar y que el rostro de la mujer se contraía en una mueca de dolor. Iba a interceder por ella, pero el Maestro volvió a cambiar de actitud. Cuando Marta intentó cubrirse la cara llorosa con las manos, el Maestro le asió las muñecas, bajó la cabeza y le besó la palma de las manos, todavía cubiertas de masa y harina. Luego, la volvió a rodear con los brazos, la besó en la cabeza y la meció con suavidad, hasta que la mujer pareció calmarse y las lágrimas desaparecieron. Entonces el Maestro la apartó de él y la miró.

—Miriam ha elegido el camino correcto, Marta —le dijo en voz baja—. Deja que cada uno aporte según sus propias capacidades. No pidas nunca que se reprenda a alguien por seguir la voluntad del Padre —Y antes de que José supiera qué pasaba, el Maestro lo asió del brazo y se lo llevó con él a la terraza.

Más abajo, en los jardines, los invitados se movían por donde se habían dispuesto mesas, alfombras y otros arreglos para ellos bajo las parras que conducían al huerto. Más allá de los jardines, se alzaban los muros de piedra desgastada en los que las personas que no habían sido invitadas pero eran bien recibidas podían comer a la sombra, al lado de un riachuelo.

Bajo el emparrado, donde apuntaban los primeros brotes de vid, José vio a los pescadores de Galilea: Andrés y su hermano Simón, que hablaban entre susurros con sus compañeros Juan y Santiago Zebedeo, a quienes llamaba «trueno y relámpago» por su fuerte e impetuosa personalidad. Cerca de ellos estaba Juan Marcos, quien había acudido a la fiesta desde casa de su madre, en Jerusalén.

José se alarmó al ver a tantos de los discípulos importantes y sus familias reunidos. En especial, ahí, en Judea, donde se encontraban bajo jurisdicción romana y al alcance de Caifás. Si tenían intención de quedarse más tiempo, los tendría que llevar a su propiedad de Getsemaní, donde había siempre criados velando por la seguridad.

Tras alejar esos pensamientos, detuvo al Maestro y lo condujo tras los emparrados antes de que los demás lo hubieran visto.

—Mi querido hijo —dijo José en voz baja—, has cambiado tanto durante el año escaso que he estado de viaje, que ya no te conozco.

El Maestro dirigió la mirada hacia José. Sus ojos opalescentes, esa extraña mezcla de marrón, verde y dorado, siempre le habían parecido irreales. Eran los ojos de alguien acostumbrado a mundos distintos, fantásticos.

—Yo no he cambiado —respondió el Maestro con tristeza, aunque sin abandonar la sonrisa—. Es el mundo el que se está transformando, José. En estas épocas de cambio, tenemos que concentrarnos en la única cosa que es inmutable e imperecedera. Está llegando el día que nos ha sido anunciado desde los tiempos de Enoc, Elías y Jeremías. Y del mismo modo en que yo ayudé a devolver a Lázaro de la tumba, nuestra tarea es conducir el mundo a esta nueva era: por eso estoy aquí. Espero que os unáis a mí, todos vosotros. Espero que te quedes conmigo. Aunque no es preciso que me sigáis todos adonde tengo que ir.

José no comprendió este último comentario, pero insistió.

—Todos estamos preocupados por ti, Jesús. Escúchame, por favor. Los miembros del sanedrín me contaron que bajaste de Galilea durante la fiesta del otoño pasado. Ya sabes que el sanedrín es quien más te apoya. Cuando me fui el año pasado, creí que todo estaba arreglado, que te ungerían en la fiesta de este otoño. Tenían pensado ungerirte ellos mismos como *mashiah*, nuestro rey elegido y líder espiritual. ¿Por qué lo has cambiado todo? ¿Por qué intentas destruir lo que hombres tan sabios han planeado durante tanto tiempo?

El Maestro se frotó los ojos con la mano.

—El sanedrín no es quien más me apoya, José —dijo Jesús con voz cansada—, sino mi Padre en el cielo; yo sólo cumplo Su voluntad. Si resulta que Sus ideas no coinciden con las del sanedrín, lo siento, pero tendrán que decírselo a Él. —Dirigió a José esa misma sonrisa irónica y añadió—: Y en cuanto a lo que es inmutable e imperecedero, es como un nudo difícil de desenmarañar.

Al Maestro le gustaba esconder secretos en acertijos y José había advertido su referencia constante a los nudos. Iba a seguir ese tema cuando el velo de los zarcillos de vid que los rodeaba se abrió y vio a Miriam ante ellos, con esa sonrisa cálida y sensual que siempre lo conmovía.

Su cabellera abundante, de múltiples reflejos, le caía suelta sobre los hombros sugiriendo un libertinaje salvaje, que había llevado a los ancianos y a muchos de los discípulos a considerarla un lujo que implicaba un coste político y un peligro innecesario en el entorno del Maestro. A José le parecía que tenía algo primario, como una fuerza de la naturaleza. Era como Lilit, la que, según los textos hebreos más antiguos, fuera la primera esposa de Adán: una fruta madura que rebosaba vida, sin guardarse nada.

—José de Arimatea —exclamó y se lanzó a sus brazos de forma efusiva—. Todos te hemos echado mucho de menos, pero yo te he añorado más que nadie —le comentó con gran sinceridad. Se echó hacia atrás para mirarlo, muy seria, con esos ojos grises enormes ornados de tupidas pestañas—. El Maestro y yo lo hemos comentado a menudo. Cuando tú estás, no hay discusiones, ni lamentos, ni quejas. Tú lo arreglas y haces que todo parezca sencillo.

—Me gustaría entender qué ha cambiado desde que me fui, porque no hay duda de que algo lo ha hecho —dijo José—. Antes no había discusiones.

—Seguro que él te ha dicho que nada ha cambiado —comentó Miriam, mirando al Maestro con fingida irritación—. Todo va perfecto, gracias. ¿Es eso lo que te ha dicho? Pues no, hace

meses que se esconde, incluso de sus propios seguidores. Y todo para poder hacer una entrada triunfal en la ciudad durante la *Pesah*, el domingo que viene, rodeado de...

—¡No pensarás ir a Jerusalén, tal como están las cosas! —exclamó José, alarmado—. No me parece prudente. El sanedrín se negará a ungirte el próximo otoño si remueves más las cosas ahora, durante la Pascua.

El Maestro rodeó con un brazo a José y con el otro a Miriam y los atrajo hacia sí como si fueran niños.

—No puedo esperar hasta el otoño. Mi hora ha llegado —afirmó sin más. Luego, apretujó a José ligeramente y le susurró al oído—: Quédate conmigo, José.

Cuando el sol empezó a ponerse, el grupo de seguidores se marchó en paz hacia la colina y dejó tras de sí, en los jardines y huertos, una alfombra blanca formada por pétalos de flores.

Al oscurecer, Marta encendió las lámparas de arcilla en la terraza y los criados se dispusieron a preparar una cena frugal antes de retirarse hasta el día siguiente. Estaban los doce, además del joven Lázaro, pálido y lánguido, que apenas había hablado en todo el día.

También había algunas mujeres mayores y las dos hermanas. La madre del Maestro había enviado sus excusas, diciendo que sólo podía bajar de Galilea al final de la *Pesah*.

Cuando este pequeño grupo se hubo sentado bajo la luz vacilante, el Maestro hubo dado las gracias y todos estaban partiendo el pan ante raciones generosas de sopa caliente, Miriam se puso en pie y recogió una bonita caja de piedra tallada que había permanecido a su lado en la mesa. Se dirigió hacia donde estaba José, cerca del Maestro y le pidió que sostuviera la caja. Después, sin decir nada más, abrió la tapa e introdujo las manos mientras los demás guardaban silencio y levantaban la vista hacia ella, que se mantenía inmóvil, como un ángel de fatalidad o de profecía, a la luz de la llama.

Cuando sacó las manos llenas, todo el entorno, terraza, viñas y jardines, quedó saturado por la nube del penetrante y voluptuoso aroma del nardo índico, un ungüento que, como José sabía muy bien, suponía un dispendio mucho mayor que si hubiera cogido un puñado de oro y rubíes.

Uno a uno, los comensales comprendieron lo que iba a suceder. Simón había apartado la comida para levantarse; Santiago y Juan Zebedeo alargaron la mano para intentar detenerla. Judas se puso en pie de un salto; pero ya era demasiado tarde.

José sostenía la caja de alabastro y observaba atónito cómo Miriam, con la cara revestida de una belleza casi beatífica bajo aquella luz, vertía el ungüento sobre la cabeza del Maestro, desde donde se deslizó por la cara y el cuello hasta las vestiduras: el rito tradicional y sagrado de ungir a un rey. Luego, se arrodilló ante el Maestro. Con un gesto, pidió la caja a José y, tras sacar las sandalias al Maestro, cogió de nuevo con ambas manos líquido por el valor de una corona real y lo vertió sobre sus pies desnudos. En un gesto de sumisión y adoración totales, reunió su espléndida cabellera sedosa y la usó como un pedazo de tela para secarle los pies.

José y los demás presenciaron esta parodia extraña y horrenda, casi una inversión sexual del ritual largo tiempo honrado de la unción, pero en este caso, realizado sin la autoridad sacerdocia o solemne, y en tierra profana. ¡Y por una mujer!

Judas, el primero en hablar, expresó una versión suave de lo que sentían todos: por encima de cualquier otra consideración, estaba lo terrible de despilfarrar con tanta prodigalidad una fortuna en un ungüento tan caro.

—¡Podríamos haber vendido ese ungüento para ayudar a los pobres! —exclamó, pálido de ira.

José se volvió hacia el Maestro, intentando entender la situación.

A la luz de la llama, los ojos del Maestro tenían un brillo verde oscuro. Miraba a Miriam, arrodillada en el suelo, al lado de la rodilla de José. La miraba como si no fuera a tener nunca más ocasión de verla, como si quisiera grabarse sus rasgos en la memoria.

—¿Por qué te preocupan tanto los pobres, Judas? —preguntó el Maestro, sin apartar los ojos de Miriam—. Los pobres siempre estarán con vosotros, pero yo no.

De nuevo, José notó ese horrible escalofrío. Se sentía impotente sentado al lado del Maestro, sosteniendo inutilmente la caja de ungüento. Pero como si leyera sus pensamientos, el Maestro se dirigió hacia él.

—Más tarde Miriam te explicará lo que necesitas saber —le dijo con voz grave, casi sin mover los labios—. Pero por el momento, quiero que me consigas un animal para dirigirme a Jerusalén el domingo.

—Te lo ruego, no prosigas con este plan descabellado —murmuró José en tono de súplica—. Es peligroso. No sólo eso, sino que constituye un verdadero pecado: profanas las profecías. Aunque quiero a Miriam, tengo que señalar que ningún rey de Judea ha sido ungido en tierra profana, ni de manos de una mujer.

—No he venido para ser rey de Judea, mi querido José. Mi reino es otro y, como ya has visto, el método de unción también lo es. Pero te tengo que pedir otra cosa, amigo mío. Cuando sea la hora de la cena pascual, muchos me estarán buscando. Es peligroso revelar dónde nos reuniremos para comer esa noche. Debes ir al templo y reunir a los demás. Una vez allí, cerca de la plaza del mercado, verás a un hombre que llevará un cántaro de agua. Sigúelo.

—¿Son ésas tus únicas instrucciones? ¿Que vayamos a un sitio y sigamos a un desconocido? —preguntó José.

—Sigue al hombre del cántaro —repitió el Maestro— y todo saldrá como está previsto.

SÁBADO

Sucedió después de medianoche. Caifás nunca había de olvidar el momento en que lo despertaron, la llamada a la puerta de su habitación, cómo se levantó de la cama preguntándose qué hora sería, la sensación que lo asaltó entonces, algo de lo que había oído hablar pero que nunca había experimentado antes: ¡se le erizó el vello de la nuca! Sabía que iba a suceder algo peligroso e inquietante. Sabía, sin ser capaz de nombrarlo, que sería lo que tanto tiempo llevaba esperando.

La policía del templo, que custodiaba el palacio del sumo sacerdote, así como su persona, estaba fuera de su habitación y le comunicó que había llegado un hombre que preguntaba por él a las puertas de palacio, ahí, en un barrio vigilado de la ciudad, y entonces, en plena noche, horas después del toque de queda romano. Era un hombre misteriosamente atractivo, le dijeron, con el rostro curtido y de aspecto fuerte. No quería hablar con nadie que no fuera Caifas, el sumo sacerdote, acerca de un asunto muy privado y de la máxima urgencia.

No tenía credenciales, ni cita previa, ni explicación para su visita, y la policía del templo sabía que era su deber detenerlo e interrogarlo o echarlo. Sin embargo, sin saber por qué, no se decidían a tomar ninguna de las dos medidas.

Caifas sabía en lo más profundo de su alma que no necesitaba preguntar nada más. Del modo en que un traidor entiende a otro, José Caifas comprendió que siempre había conocido a este hombre, quizás a lo largo de toda la eternidad.

Su sirviente lo envolvió en una lujosa bata verde y, seguido por la guardia del templo, recorrió los pasillos de piedra en silencio hacia la cámara donde el desconocido lo esperaba. Caifas sabía en sus pensamientos íntimos que era el momento del destino. Sabía que su hora había llegado.

Pero luego, cuando los romanos y el sanedrín le preguntaron (le interrogaron, de hecho) sobre esa noche, curiosamente eso era todo lo que recordaba: cómo se había despertado en mitad de la noche, el trayecto por el pasillo interminable y esa sensación de destino personal que, por descontado, nunca mencionó porque eso no le incumbía a nadie más que a él. El desconocido, el encuentro, eran un recuerdo confuso para Caifas, como si la bebida le hubiera nublado el cerebro.

Al fin y al cabo, ¿por qué debería recordarlo, si sólo se habían visto un momento, esa única noche? La policía se encargó del resto: le pagaron treinta piezas de plata por el trabajo. ¿Cómo podían pretender que Caifas recordara su nombre después de tanto tiempo? Alguien de Queriyot, creía recordar, pero tampoco estaba del todo seguro. Desde una perspectiva más amplia, pensaba Caifas, en el gran tapiz que formaba la historia, ¿qué importancia tenía? Sólo el momento era importante.

Al cabo de dos mil años, sus nombres serían como partículas de polvo que cruzan una vasta llanura. Al cabo de dos mil años, nadie recordaría el menor detalle de ese suceso.

DOMINGO

Tiberio Claudio Nerón César veía en la oscuridad.

Ahora, de pie en el parapeto, en una noche sin luna ni estrellas, veía con toda claridad las líneas y venas de sus fuertes manos, que reposaban en el muro del parapeto. Sus ojos grandes y oscuros contemplaban el mar; distinguía las crestas blancas de las olas hasta la bahía de Nápoles, donde la costa permanecía en la más impenetrable oscuridad.

Había gozado de este don desde niño, lo que le había permitido ayudar a su madre a escapar a través de prados y montañas, en medio de un violento incendio forestal que ardía tan cerca que le chamuscó la cabellera, cuando las tropas de Cayo Octavio la perseguían e intentaban capturarla para que Octavio pudiera seducirla. Luego, Octavio se convirtió en Augusto, el primer emperador de Roma. Así que la madre de Tiberio se divorció de su padre, un *quaestor* que había sido comandante en la flota triunfante de Julio César en Alejandría, para convertirse en la primera emperatriz de Roma.

Así era Livia, una mujer notable, considerada como un tesoro por casi todo el Imperio. Gran propiciadora de la *pax romana* y honrada por las vírgenes vestales, Herodes Antipas construyó una ciudad con su nombre en Galilea y se había propuesto varias veces que recibiera la condición de inmortal, al igual que se había decretado para Augusto.

Pero Livia, por fin, había muerto. Y gracias a ella Tiberio era emperador, dado que, para que las ambiciones de su hijo prosperaran, había envenenado a todos los herederos legítimos que se interponían entre él y el trono. Incluido, según decían los rumores, el divino Augusto. O quizá debería decirse para que prosperaran sus propias ambiciones, que eran muchas. Tiberio se preguntaba si Livia, dondequiera que estuviese en ese momento, también era capaz de ver en la oscuridad.

Recordaba la vez que estuvo en ese mismo sitio hacía sólo un año, casi toda la noche, esperando a que encendieran las fogatas que había preparado en el Vesubio, en la península, en cuanto se tuviera la certeza en Roma de que Sejano había muerto.

Se sonrió. Era una sonrisa amarga, preñada de un odio profundo e infinito por el que pretendía ser su mejor y único amigo. El que al final lo había traicionado como todos los demás.

Parecía que habían transcurrido mil años desde que Tiberio estuvo en ese otro parapeto de su primer exilio, impuesto por él mismo en Rodas, adonde se dirigió huyendo de la furcia de su esposa, Julia, la hija de Augusto, por la que se había visto obligado a divorciarse de su amada Vipsania. La semana en que Augusto desterró a Julia y escribió para pedir a su yerno que regresara a Roma, se produjo un augurio: un águila, un ave que no se había visto nunca en Rodas, se posó en el tejado de su casa. A partir de ello, el astrólogo Trasilo predijo correctamente que Tiberio sucedería a Augusto en el trono.

Tiberio creía que el destino gobernaba el mundo y que podía conocerse por medio de la astrología, los augurios o los métodos tradicionales de adivinación, la lectura de huesos o de entrañas. Según él, como el destino estaba fijado de antemano, resultaban en vano las súplicas a los dioses, su aplacamiento con sacrificios o la costosa construcción de templos y monumentos públicos.

Tampoco servían de nada los médicos. A la edad de setenta y cuatro años, sin haber recibido tratamiento ni medicina alguna desde los treinta, Tiberio se mantenía fuerte como un toro, bien proporcionado y atractivo, con la piel propia de un joven atleta. Podía atravesar una manzana recién cogida y crujiente con cualquier dedo de ambas manos. Y se afirmaba que en sus días de campañas militares en Germania había llegado a matar de esa forma. Sin duda, había sido un soldado extraordinario y un hombre de Estado por excelencia, al menos al principio.

Pero esos días quedaban atrás. Los augurios habían cambiado, y no a su favor. Nunca podría

volver a Roma. Tan sólo un año antes del asunto de Sejano, Tiberio había intentado remontar las aguas del Tíber, pero su mascota, una pequeña serpiente llamada Claudia, que llevaba en el regazo y alimentaba de su propia mano, había aparecido una mañana en cubierta, medio comida por las hormigas. Y los augurios dijeron: «Cuidado con el populacho.»

Ahora, noche tras noche, estaba de pie en este elevado acantilado de su palacio, en una roca enorme cuya historia yacía sepultada en la antigüedad y el misterio. Se llamaba Capri: el macho cabrío. Algunos pensaban que se llamaba así en honor de Pan, mitad hombre, mitad macho cabrío, engendrado en una ninfa de las aguas por el dios Hermes. Otros pensaban que recibía ese nombre por la constelación de Capricornio, un macho cabrío que surge del mar como un pez. Y otros sin duda dirían que el nombre de la isla se debía a un emperador más parecido a un macho cabrío en celo que, dominado por la depravación sexual, escondía allí concubinas infantiles. No le importaba lo que dijeran. Las estrellas que guiaban su destino seguían siendo las mismas de su nacimiento. Eso no podía cambiar.

Aunque Tiberio había sido abogado, soldado, hombre de Estado y emperador, en el fondo era, como su sobrino Claudio, un enamorado de la historia. En el caso de Tiberio, le interesaba sobre todo la historia de los dioses, que en esos tiempos era considerada un mito por la mayoría. Y lo que más le gustaba era los relatos de los griegos.

Y ahora, tras todos esos años de exilio en este montón de piedras, años en que no había oído casi nada más que tragedias y traiciones en los asuntos cotidianos del mundo exterior; de repente, había aparecido un nuevo mito en un extremo lejano del Imperio Romano. Sabía que no era una historia nueva. Más bien se trataba de una historia de gran antigüedad; quizá del mito más antiguo del mundo, presente en todas las civilizaciones desde los inicios de la historia escrita. Era el mito de un «dios que muere», un dios que hace el máximo sacrificio: convertirse en mortal. Un dios que, por medio de la rendición de su propia vida como ser mortal, provoca la destrucción de un viejo orden y su renacimiento como un nuevo orden mundial, un nuevo eón.

Mientras oía el fragor de las olas del mar al romper contra las rocas, Tiberio observó la silueta brillante del Vesubio, de donde no había salido ni quemado lava desde tiempos inmemoriales, porque según decían sólo entraba en erupción una vez al final de cada eón.

¿Pero no estaban entrando ahora en una nueva era? ¿No era éste el nuevo eón que los astrólogos estaban esperando? Tiberio se preguntaba si viviría lo suficiente para ver cómo se desataba la fuerza del dios volcán desde las entrañas de la tierra, al cabo de poco tiempo, la única vez que sucedería entre dos eones de dos milenios cada uno: sólo una vez en un período de cuatro mil años.

En ese instante, cerca del rompiente, vio un remo, seguramente del barco que estaba esperando. Había estado observando durante media noche y ahora que veía cómo se acercaba en la tenue oscuridad que anunciaba el alba, se aferró con fuerza al muro situado ante él. Era el barco que le traía al testigo. El testigo que había presenciado la muerte del dios.

Era alto, esbelto, de tez aceitunada y ojos castaños; el cabello, negro como ala de cuervo, le colgaba lustroso y liso hasta los hombros. Llevaba una túnica de lino blanco, envuelta una vez y sujeta de forma

holgada con un cinturón de cuerda, y las ajorcas de bronce tradicionales de la gente del sur. Ante él, al otro extremo de la terraza, Tiberio estaba sentado en su trono de mármol, sobre una tarima elevada de mármol por encima del mar. Tras él formaban la guardia imperial y el capitán del barco que lo había traído por mar. Cuando cruzó la terraza y dobló la rodilla ante Tiberio, resultó obvio que estaba asustado pero que era un hombre con orgullo.

—Te llamas Tammuz y eres egipcio —dijo el emperador, al tiempo que le pedía que se levantara—. Sin embargo, dicen que eres capitán de un barco mercante que comercia entre Judea y Roma. —Al ver que el testigo guardaba silencio, Tiberio añadió—: Puedes hablar.

—Es tal como su excelencia su alteza imperial afirma —respondió Tammuz—. Mi patrón es propietario de una flota de veleros mercantes. Yo gobierno uno de los barcos, que lleva carga y también muchos pasajeros.

—Dime lo que viste con tus propias palabras. Tómate el tiempo que necesites.

—Fue una noche, tarde, después de cenar —contó Tammuz, el egipcio—. Nadie dormía; muchos de los pasajeros hablaban en cubierta y se terminaban el vino de después de la cena. Estábamos en la costa de la Grecia romana, cerca de las islas Equínadas. El viento había amainado y el barco se movía impulsado por la corriente cerca de la costa boscosa de la doble isla de Paxos, la de silueta de camello. Entonces, una voz profunda flotó sobre las aguas, la voz de Paxos, que pronunciaba mi nombre.

—El nombre de Tammuz —murmuró el emperador, como si recordara alguna melodía medio olvidada.

—Sí, mi señor —contestó Tammuz—. Al principio, no lo oí porque estaba ocupado gobernando el barco y no me di cuenta de inmediato de que me llamaba a mí. Pero la segunda vez me sorprendí, porque en aquella pequeña isla griega no me conoce nadie ni tampoco los pasajeros del barco sabían mi nombre. La tercera vez que oí la llamada, los pasajeros se miraron entre sí, porque nuestro barco era el único en esa parte del oscuro mar. Así pues, tras la tercera invocación, me serené y respondí a la voz oculta que me requería a través de las aguas.

—¿Y qué pasó cuando respondiste? —preguntó Tiberio, apartando la cara del primer rayo del alba hacia las sombras, para que los marineros y los guardias que estaban cerca no pudieran interpretar sus reacciones al oír la respuesta del egipcio.

—El que me llamaba gritó: «Cuando llegues al lado opuesto de Palodes, en tierra firme, anuncia que el gran Pan ha muerto, Tammuz.»

Tiberio se puso de pie de un salto, impresionante desde su altura, y miró a Tammuz a los ojos.

—¿Pan? —le espetó—. ¿A qué Pan te refieres?

—No es ninguna de las deidades egipcias, mi señor, aquellas en cuya creencia me educaron. Y aunque ahora, como residente del gran Imperio romano, he acabado con esas ideas paganas, me temo que no domino lo suficiente mi reciente fe de adopción. Pero según tengo entendido, Pan es el hijo medio divino de un dios llamado Hermes, al que en Egipto llamamos Tot. Y por lo tanto, como es medio divino, puede que Pan tenga capacidad para morir. Espero no cometer un sacrilegio al decir esto.

«¡Capacidad para morir! —pensó Tiberio—. ¿El dios más importante en miles de años? ¿Qué clase de historia absurda es ésta?»

Con cara inexpresiva, se frotó la mandíbula como si no pasara nada extraño, volvió a sentarse y asintió para que Tammuz prosiguiera su relato, aunque empezaba a tener el presentimiento de que algo podía ir mal, muy mal.

—Los pasajeros y la tripulación estaban tan confundidos y sorprendidos como yo —siguió contando Tammuz—. Deliberamos si tenía que hacer lo que la voz me había pedido, o si debería negarme a involucrarme en esa extraña orden. Al final, tomé una decisión: si al pasar por Palodes soplabla la brisa, seguiríamos navegando y no haría nada. Pero si el mar estaba en calma, sin viento, anunciaría de viva voz lo que me habían dicho. Cuando llegamos al otro lado de Palodes, no soplabla el viento y el mar estaba en calma, así que grité: «¡El gran Pan ha muerto!»

—¿Y después? —preguntó Tiberio, dejando por un momento las sombras para mirar de nuevo directamente a los ojos del capitán.

—De inmediato se produjeron grandes exclamaciones en tierra firme —dijo Tammuz—. Muchas voces lloraban, se lamentaban y se alzaron muchos gemidos de sorpresa e incredulidad. Parecía, mi señor, como si toda la costa y el interior estuviera de luto por alguna terrible tragedia familiar. Gritaban que era el fin del mundo: que era la muerte del macho cabrío sagrado.

¡Imposible!, estuvo a punto de soltar Tiberio, mientras esos gritos imaginados en la oscuridad retumbaban en su cerebro. ¡Era una completa locura! El primer adivino había echado las primeras suertes para saber el destino de Roma en tiempos de Rómulo y Remo, que habían sido criados por los lobos, como también se había augurado. Desde entonces, nadie había insinuado ningún acontecimiento tan sombrío como aquél. Tiberio notó que tenía la piel fría y húmeda a pesar del calor del sol matinal.

¿No era esta era el amanecer del Imperio romano que, al fin y al cabo, acababa de empezar con Augusto? Todo el mundo sabía que el «dios que muere» era un dios sólo de nombre, porque en realidad los dioses no pueden morir. Se había elegido un sustituto: un nuevo «dios» que rejuveneciera y regenerara el viejo mito. Esta vez iba a ser un pastor, un campesino o un pescador, alguien pobre que llevara un carro o un arado, no uno de los dioses más antiguos y poderosos de Frigia, Grecia o Roma. La gran civilización romana, que se había nutrido de la leche de una loba, no iba a ser destruida por un rey ermitaño, viejo y sin herederos, que acababa sus días en el exilio, en una isla bautizada con nombre de macho cabrío. No. Tenía que ser una mentira, un truco de uno de sus muchos enemigos: alguien que aspiraba a conducirlo al borde de la amarga decepción jugando a comadrona en el nacimiento de una mentira, y no de un nuevo eón. Incluso el nombre del mismo capitán, Tammuz, tenía connotaciones míticas, porque era el nombre del dios más antiguo que murió, más antiguo que Orfeo, Adonis u Osiris.

El emperador se sobrepuso, indicó a la guardia que diera algunas piezas de plata al capitán por las molestias y se volvió para dar a entender que la audiencia había finalizado. Pero cuando estaban entregando el dinero a Tammuz, Tiberio añadió:

—Si había tantos pasajeros en tu barco, habrá otros testigos que puedan confirmar tu historia, ¿no es así?

—Claro que sí, mi señor —afirmó Tammuz—. Tengo muchos testigos de lo que oí y de lo que hice. —En lo más profundo de esos ojos negros insondables, a Tiberio le pareció observar una extraña luz.

»Aparte de lo que creemos saber —prosiguió Tammuz—, hay un único testigo que os podrá decir si el gran Pan era un mortal o un dios, y si está vivo o muerto. Pero ese único testigo es sólo una voz, una voz que se alza sobre las aguas...

Tiberio hizo señas con impaciencia para que se fuera y partió hacia el aislado parapeto, su prisión. Pero mientras veía cómo conducían el capitán ladera abajo hacia el puerto, llamó a su esclavo, le entregó una moneda de oro y señaló en dirección al egipcio, en el sendero. Con rapidez, el esclavo bajó por el camino y le entregó la moneda al capitán, quien miró hacia la terraza donde estaba Tiberio.

El emperador se volvió sin hacer señal alguna y entró en sus aposentos vacíos de palacio. Una vez en ellos, vertió aceite aromático en el ánfora de su altar y lo encendió en el oficio a los dioses.

Sabía que debía encontrar la voz que gritaba en plena naturaleza. Tenía que encontrarla antes de morir. De lo contrario, Roma sería destruida.

EL TESTIGO

Únicamente yo he escapado solo para expresaros..

mi pensamiento.

Oscurecido como el agua por el viento...

Siempre hay alguien

para decírselo, ¿no es cierto?...

Alguien elegido por la oportunidad de verlo,

por la casualidad de la visión,

por la coincidencia del momento,

desprevenido, inadvertido, desarmado,

sin pensar en nada... y sucede, y lo ve...

Atrapado en esa intrincada red

de haberlo presenciado, haberlo visto...

Fui Yo.

Yo solo. Únicamente yo. El momento nos envolvió con su torcida sonrisa de terrible incredulidad.

Yo solo. Únicamente yo, para contaros...

Yo que no he comprendido nada, no he conocido

nada, no me han respondido nada.

ARCHIBALD MACLEISH, *J.B.*

Dios siempre gana.

ARCHIBALD MACLEISH, *J.B.*

Snake River, Idaho: principios de la primavera, 1989

Estaba nevando. Llevaba días nevando. Parecía que no iba a dejar de nevar nunca.

Llevaba conduciendo a través de ese espesor blanco desde antes del amanecer. A medianoche me detuve en Jackpot, Nevada, el único brillo de neón en más de ciento cincuenta kilómetros de páramos rocosos en mi larga ascensión desde California, de vuelta a Idaho y al trabajo en el complejo nuclear. En Jackpot me senté en la barra, con el martilleo de las máquinas tragaperras a mis espaldas, y me comí un bistec a la plancha muy poco hecho, me tragué un vaso de whisky escocés y lo hice bajar todo con una taza de café solo: el curalotodo que mi tío Earnest me había aconsejado siempre

La hierba era de color verde eléctrico, ese verde fantástico y reluciente que sólo se encuentra en San Francisco, y sólo en esa época del año. Contra el refulgente césped, las lápidas blancas formaban hileras ondulantes a través de la colina. Los eucaliptos oscuros se alzaban sobre el cementerio, entre las filas de losas, con sus hojas plateadas cubiertas de humedad. Mientras dejábamos atrás la carretera principal y dábamos la vuelta hacia Presidio, miré a través de las ventanillas oscuras de la limusina.

Había conducido por esta carretera muchas veces cuando estuve en la zona de la bahía. Era la única ruta posible desde el Golden Gate hasta el puerto deportivo de San Francisco y pasaba directamente por el cementerio militar al que estábamos entrando. Aquel día, mirado de cerca y a cámara lenta, todo me pareció hermoso, impresionante a la vista.

—A Sam le habría encantado estar aquí —comenté. Era lo primero que decía en voz alta en todo el trayecto.

Jersey, sentada a mi lado en la limusina, replicó con cierta brusquedad:

—Hombre, al fin y al cabo, lo está, ¿no? Si no, ¿a qué viene tanto jaleo?

para este tipo de estrés y de aflicciones. Después, salí al frío de la noche y me lancé de nuevo a la carretera.

Si no me hubiera detenido en Sierras cuando cayó la primera nieve, con el vano propósito de animar mi alma en pena dedicando un día al esquí, no me encontraría ahora en esta situación, surcando el hielo de la carretera en medio de la nada. Por lo menos era una nada que conocía bien, hasta el último bache desde esta pista de las Rocosas hasta la costa. La había recorrido con frecuencia debido a mi trabajo de experta en seguridad nuclear. Ariel Behn, la chica atómica. Pero el motivo de esta última excursión era un asunto que hubiera preferido evitarme.

Noté que mi cuerpo conectaba el piloto automático en ese tramo largo y monótono de autopista. Las aguas turbias de mi mente empezaron a devolverme a un lugar donde sabía que no quería ir. Los kilómetros iban cayendo, la nieve formaba remolinos, los neumáticos rodaban sobre la fina capa de hielo.

No podía olvidar la imagen veteada de aquella ladera cubierta de hierba en California, el diseño geométrico que formaban las lápidas diseminadas en ella, esas franjas tan estrechas de piedra y césped. Todo lo que separaba la vida de la muerte; todo lo que me separaba de Sam para siempre. A esa corta distancia, percibí el tufo que le desprendía el aliento.

—Mamá, ¿cuántas copas has tomado hoy? —pregunté—. Hueles a destilería.

—Cutty Sark —afirmó con una sonrisa—. En honor de la Marina.

—Por Dios santo, mamá, estamos en un entierro —me indigné.

—Soy irlandesa —señaló—. Es lo que hacemos en nuestros velatorios: bebemos las penas con alegría. En mi opinión, una tradición mucho más civilizada...

Ya empezaba a tener dificultades con las palabras largas. En mi interior, sentía una enorme vergüenza y esperaba que no intentara pronunciar parte del panegírico que el ejército iba a recitar al lado de la tumba. Me lo esperaba todo de ella, sobre todo en ese estado de embriaguez incipiente. Además, Augustus y Grace, mis almidonados padre y madrastra, que lo ven todo con malos ojos, iban en el coche de atrás.

Las limusinas atravesaron las verjas de hierro del cementerio de Presidio y pasaron el edificio de largo. No habría ceremonia en el interior y el ataúd ya había sido sellado por causas que obedecían, según nos habían dicho, a la seguridad nacional. Además, también nos habían dicho, de forma algo más discreta, que podría costarnos mucho reconocer a Sam. Las familias de las víctimas de bombas solían agradecer que les ahorraran el intento.

El cortejo recorrió la avenida Lincoln y siguió por el camino bordeado por eucaliptos en el extremo más alejado del cementerio. Ya había varios coches aparcados, todos con la matrícula blanca del Gobierno de Estados Unidos. Sobre el pequeño montículo había una tumba abierta, recién cavada, y un grupo de hombres de pie, a su alrededor. Uno de ellos era un capellán del ejército y otro, que lucía una trenza muy tupida y larga tenía todo el aspecto de ser el chamán que yo había pedido. Sam lo habría querido así.

Nuestras tres limusinas aparcaron delante de los automóviles del Gobierno: Jersey y yo en el coche de los familiares, Augustus y Grace detrás de nosotros y Sam en la limusina negra de delante. En un ataúd forrado de plomo. Todos salimos y empezamos a subir la colina mientras bajaban a Sam del coche fúnebre. Augustus y Grace se mantenían algo apartados, en silencio, lo que agradecí sinceramente, porque así no notarían el aliento de Jersey. A no ser que alguien encendiera una cerilla cerca de ella.

Un hombre con gafas oscuras y gabardina se separó del grupo de individuos del Gobierno y fue a decir algunas palabras a los otros dos miembros de la familia. Luego, se acercó a Jersey y a mí.

De golpe me di cuenta de que no íbamos vestidas para un entierro. Yo llevaba el único vestido negro que tenía, uno con hibiscus púrpuras y amarillos por todas partes. Jersey vestía un elegante traje de chaqueta francés, de ese especial tono azul frío, que tan característico de

ella había sido en escena porque armonizaba con el color de sus ojos. Esperaba que nadie notara nuestro lapsus de protocolo.

—Señora Behn. —El hombre se dirigió a Jersey—. Espero que no le importe esperar unos minutos más. Al presidente le gustaría asistir al funeral.

Como es de suponer, no quería decir el presidente, sino un anterior presidente: el que Jersey llamaba «el productor de cacahuets», para el que había actuado cuando ocupaba la Casa Blanca.

—¡Qué va! —respondió Jersey—. No me importa esperar si Sam no tiene ninguna objeción.

Entonces se rió y me llegó otra bocanada. Aunque no podía verle los ojos tras las gafas, observé que el hombre apretaba los labios. Lo miré en silencio sepulcral.

El helicóptero llegaba del otro lado de la carretera y se dispuso a aterrizar en la zona de Crissy Field, al lado de la bahía. Dos coches oscuros habían salido a su encuentro para recoger a nuestro ilustre invitado.

—Señora Behn —prosiguió *sotto voce* el hombre de la mirada oculta, como en una película de espías—. Tengo instrucciones para anunciarle que el presidente, en nombre de nuestra Administración actual, ha efectuado los cambios oportunos en su agenda de esta mañana. Aunque su hijo, como asesor civil, no pertenecía de forma estricta al ejército, su muerte se produjo mientras realizaba un servicio, o más bien mientras operaba en su calidad de asesor para el ejército, debería decir. Por lo tanto, nuestro Gobierno quiere rendirle los honores adecuados. Se celebrarán unas breves exequias, intervendrá la banda militar y por último se lanzarán diecisiete salvas en homenaje al difunto. Después de eso, el presidente le hará entrega de la Medalla por Servicios Distinguidos.

—¿Y qué? —soltó Jersey—. Yo no soy quien la palmó, corazón.

La ceremonia no transcurrió del todo como estaba previsto.

Una vez finalizada, Augustus y Grace se retiraron a su suite en el Mark Hopkins, en Nob Hill, y dejaron el recado de que «me esperaban» para cenar. Puesto que tan sólo era la hora de comer, llevé a Jersey al Buena Vista para que se bebiera su almuerzo. Conseguimos una mesa junto a las ventanas de la parte delantera, con vistas a los embarcaderos de la bahía.

—Ariel, bonita, siento mucho lo que pasó —dijo Jersey mientras se bebía el primer vaso de whisky como si fuera leche.

—Sentirlo no sirve de nada —afirmé, repitiendo lo que ella siempre me decía cuando yo era una niña y me portaba mal—. Voy a cenar con Augustus y Grace esta noche. ¿Qué les voy a decir?

—Que se vayan a la mierda —soltó Jersey mientras me miraba con sus famosos ojos azules, sorprendentemente claros dados sus recientes hábitos alimenticios—. Diles que los disparos me sobresaltaron. Que esos condenados disparos al oído me sobresaltaron.

—Sabías que iban a lanzar diecisiete salvas de honor —le indiqué—. Oí que el agente de seguridad te lo contaba. Estabas borracha como una cuba, por eso te caíste dentro de la tumba. ¡Dios mío, delante de toda esa gente!

Jersey levantó la vista con una expresión de orgullo herido y yo le devolví la mirada.

Pero de inmediato sentí unos deseos incontrolables y no pude reprimirme. Me puse a reír. Al principio, la cara de Jersey adoptó una expresión de sorpresa y luego también empezó a desternillarse. Nos reímos tanto que hasta se nos saltaban las lágrimas. Nos reímos hasta que nos quedamos sin aliento. Nos ahogábamos de risa y nos sujetábamos los costados al pensar en mi madre tumbada de bruces, en un agujero de casi dos metros de profundidad, antes de que hubieran podido siquiera bajar el ataúd.

—Delante del productor de cacahuets y todo —casi gritó Jersey, y eso nos provocó otro ataque de hilaridad.

—Delante de Augustus y Grace —balbuceé entre sollozos histéricos.

Nos costó mucho rato calmarnos, pero al final las carcajadas quedaron reducidas a gemidos y risitas. Me sequé las lágrimas con la servilleta y me eché para atrás con un suspiro, sujetándome el estómago, que me dolía de tanto reír.

—Me hubiera gustado que Sam te hubiera visto —le comenté, pellizcándole el brazo—. Fue de lo más surrealista, el tipo de cosas que le divertía. Se habría muerto de risa.

—Igualmente estaba muerto —dijo Jersey. Y pidió otra copa.

A las siete llegué al Mark en la limusina que Augustus me había enviado. Siempre que visitaba cualquier ciudad alquilaba un coche para no tener que rebajarse a parar un taxi. Mi padre mantenía las apariencias. Le pedí al conductor que me recogiera a las diez y me llevara de nuevo a la pequeña pensión victoriana donde me alojaba, al otro lado del puente. Sabía por experiencia que con tres horas en compañía de Augustus y Grace tendría más que suficiente.

La suite que ocupaban en el ático era enorme y estaba llena de las decoraciones florales que Grace necesitaba en cualquier parte. Cuando llamé, Augustus abrió la puerta y me miró con severidad. Mi padre estaba siempre elegante, con sus cabellos plateados y la tez morena. Llevaba una chaqueta negra de cachemir y pantalones grises, y tenía todo el aspecto del señor feudal que había estado ensayando durante toda su vida.

—Llegas tarde —comentó mientras echaba un vistazo a su reloj de oro

—. Tenías que haber venido a las seis y media para que pudiéramos hablar en privado antes de la cena.

—Con la reunión familiar de esta mañana ya he tenido bastante —le dije.

Al instante me arrepentí de haber aludido a los anteriores acontecimientos del día.

Eso es otra cosa de la que quería hablarte: tu madre —afirmó Augusto—. ¿Quieres tomar algo, primero?

He comido con Jersey —comenté—. No estoy segura de querer tomar nada que no sea agua.

Fuera donde fuera, Augustus disponía de un bar bien surtido, a pesar de que bebía poco. Quizá fue eso lo que falló cuando mi madre y él se casaron.

—Te prepararé soda con algo de vino; eso es suave —dijo y, tras agregar la soda al vino, me alargó el vaso.

—¿Dónde está Grace? —pregunté, tomando un sorbo mientras él se preparaba un whisky ligero.

—Está acostada. La trastornó mucho la pequeña debacle que organizó tu madre esta mañana. ¿Cómo voy a culparla? Fue imperdonable. —Augustus siempre se refería a Jersey como a «tu madre», a pesar de que yo era responsable de su existencia mucho más que a la inversa.

—De hecho —le dije—, me pareció que su exhibición aportó la nota de brillantez que requería este morbosos asunto. Me refiero a que no acabo de entender lo de la banda de música, las salvas y la medalla, todo porque alguien, mientras prestaba un servicio al Gobierno de Estados Unidos, salió volando en pedacitos como un rompecabezas desmembrado.

—No cambies de tema, jovencita —me reprendió mi padre con su tono de voz más autoritario—. El comportamiento de tu madre fue espantoso. Deplorable. Tuvimos suerte de que no dejaran venir a la prensa.

Augustus no usaba nunca palabras del tipo «indignante» o «humillante»; eran demasiado subjetivas e implicaban emociones personales. A él sólo le interesaba lo objetivo, lo remoto, cuestiones como las apariencias y la reputación. No los sentimientos, que eran ambiguos e imposibles de cuantificar.

En ese sentido, me parecía mucho más a él de lo que me gustaba admitir. Aun así, no podía soportar que le preocupara más el comportamiento de mi madre en un acto social que la brutal muerte de Sam.

—¿Crees que la gente grita cuando muere de esa forma? —pregunté en voz alta.

Augustus giró sobre sus talones, de modo que no pude verle la cara. Se dirigió a la puerta de la habitación.

—Despertaré a Grace —me informó por encima del hombro—, para que se prepare para cenar.

—No entiendo cómo podemos hablar —comentó Grace, con los ojos hinchados y llenos de lágrimas. Se apartó un par de cabellos rubios de la frente con el dorso de la muñeca—. No entiendo cómo podemos comer. Es del todo increíble pensar que podemos estar

sentados en un restaurante, intentando comportarnos como seres humanos.

Hasta ese instante no se me había ocurrido que alguien como Grace hubiera imaginado nunca el concepto de intentar comportarse como un ser humano. Las cosas empezaban a mejorar.

Eché un vistazo a las paredes del restaurante, que estaban formadas por entramados cubiertos de parras pintadas. Estaban salpicadas con unas cuantas lagartijas rojas dibujadas, que parecían estar disfrutando de un sol invisible. Los grupos de mesas estaban separados por grandes macetas de crisantemos frescos, flores que en los cementerios italianos se ofrecen como tributo a los muertos.

Había empezado y acabado el día en un cementerio. Esa misma tarde, había buscado la palabra en una librería. Del griego *koimeterion*, habitación para dormir; *koiman*, adormecer, y del latín *cunae*, cuna. Era agradable pensar que Sam, dondequiera que se hallase, estaría como mecido en sueños.

—¡Era tan joven! —dijo Grace entre sollozos mientras tomaba otro mordisco de *steak tartar*. Se puso bien el brazalete de diamantes y añadió la coletilla—: ¿Verdad?

El caso era que Grace no había visto a Sam en toda su vida. Hacía casi veinticinco años que mis padres se habían divorciado y Augustus se había casado con Grace hacía más de quince. Entre medio, había gran cantidad de agua pasada, incluido el hecho de que Sam se convirtiera en mi hermano sin ser hijo de mi madre ni mi padre. En mi familia, las relaciones son bastante complicadas.

Pero no tuve tiempo para pensar en ello, porque Grace había cambiado a su tema favorito: el dinero. Cuando empezó a hablar de este asunto, se le secaron las lágrimas como por arte de ensalmo y sus ojos adquirieron un brillo luminoso.

—Esta tarde hemos llamado a los abogados, desde la suite —me informó, presa de repente de un entusiasmo exultante—. Como sabes, mañana se procederá a la lectura del testamento y me parece que deberíamos decirte que tenemos buenas noticias. Aunque, como es lógico, no quieren dar los detalles, parece que eres la principal heredera.

—¡Uy, qué bien! —exclamé—. Sam no lleva muerto ni una semana y ya he obtenido beneficios. ¿Conseguiste sacarles lo rica que seré exactamente? ¿Me puedo retirar del trabajo ya, o se va a quedar Hacienda con la mayor parte?

—Sabes muy bien que Grace no quería decir eso —dijo Augustus, que estaba dibujando formas en su *crème de volaille*, mientras yo me peleaba con las alcaparras que acompañaban el salmón. Rodaban por el plato y se escapaban del tenedor—. Grace y yo sólo estamos preocupados por tu propio interés —prosiguió—. No conocía a Sam, no lo conocía bien, como mínimo, pero estoy seguro de que te quería mucho. Al fin y al cabo crecisteis como si fuerais hermanos, ¿no? Además, al ser el único heredero de Earnest, supongo que Sam gozaba de cierta comodidad financiera.

Mi difunto tío Earnest, que se había dedicado a los negocios de minería y minerales, era el hermano mayor de mi padre y tan rico como Midas. Además, al morir había dejado toda su fortuna íntegra, porque el hecho de gastar dinero carecía de interés para él. Sam era su único hijo.

Cuando mis padres se divorciaron yo era aún muy pequeña. Mi madre me llevó con ella durante varios años por todas las capitales del mundo. La recibían bien en esos lugares porque mucho antes de casarse con mi padre había sido una cantante famosa, por cuyo motivo conoció al productor de cacahuets y a otras personalidades. Los varones de la familia Behn siempre habían tenido mujeres vistosas. Pero, al igual que mi padre, solían tener problemas para convivir con ellas.

Jersey bebía desde hacía años, pero todo el mundo esperaba que las cantantes de ópera hicieran correr el champán como si fuera agua. No fue hasta que Augustus anunció su compromiso con Grace, un clon de Jersey cuando tenía su edad pero veinte años menor, que la botella salió del armario de Jersey. Mi madre viajó a Idaho para consultar diversas cuestiones financieras con mi tío Earnest, viudo y medio ermitaño (mi padre había invertido todos los ingresos de la anterior carrera musical de su esposa a su favor, una traición más del varón Behn) y, ante la sorpresa de todos, Jersey y Earnest se enamoraron.

Y yo, una niña que había crecido como Eloise en el Plaza, comiendo *paté de foie gras* antes de saber decir su nombre, me encontré de golpe en ese lugar en medio de la nada que ahora, casi veinte años más tarde, llamo hogar.

Así que la pregunta de mi padre, que parecía vaga, iba dirigida en cambio directa y al grano. Mi madre, casada con dos hermanos consecutivos, había dejado de beber en vida de Earnest. Sin embargo, como la conocía bien, Earnest había dejado toda su fortuna a Sam, con la condición de que cuidara de ella y de mí «como estimara más oportuno». Y ahora, el propio Sam estaba muerto. Lo más seguro era que su muerte me hubiera convertido en multimillonaria.

Tío Earnest había muerto hacía siete años, mientras yo estaba en la universidad, y ninguno de nosotros había visto a Sam desde entonces. Había desaparecido. Jersey y yo recibíamos un cheque todos los meses. Ella se bebía el suyo y yo ponía el mío en una cuenta y lo dejaba ahí. Mientras tanto, hice algo radical, algo que las mujeres de la familia Behn no habían hecho jamás: encontré empleo.

La primera semana que empezaba a trabajar como controladora de seguridad nuclear, tuve noticias de Sam. Me llamó a la oficina, aunque sólo Dios sabe cómo averiguó dónde estaba.

—Hola, listilla —dijo. Era como más le gustaba llamarme, ya desde pequeños—. Has roto una tradición familiar: ¿nada de notas altas ni patadas en el coro de baile?

—La vida encima del escenario no es siempre lo que una chica imagina —citó de mi amplio y no solicitado repertorio musical. Pero cómo me alegraba oír su voz—. ¿Dónde te habías metido todos estos años, hermano de sangre? Supongo que no necesitas trabajar para ganarte la vida ahora que eres el benefactor de la familia a jornada completa. Gracias por los cheques.

—De hecho —me corrigió Sam—, trabajo para varios gobiernos que debo mantener en secreto. Les rindo un servicio que nadie más puede ofrecer, con la posible excepción de aquellos a quienes he entrenado personalmente: un grupo de una persona. ¿Qué, te animarás algún día a embarcarte en una empresa conjunta?

Esa críptica insinuación de oferta de trabajo fue lo último que oí de Sam hasta que recibí la llamada del albacea testamentario.

Noté que los neumáticos empezaban a derrapar en la nieve. Todo el coche patinaba y empujaba con fuerza hacia fuera de la carretera.

La adrenalina me fluía veloz al cerebro mientras me abalanzaba sobre el volante y lo sujetaba con fuerza. Me apoyé con todo mi peso y tiré de esas impresionantes toneladas de metal desde el hombro. Pero entonces, salí disparada en dirección contraria, sin ningún control.

¡No podía salirme de la carretera! Sólo había nieve y más nieve. Estaba tan oscuro y la nieve acumulada era tanta que no podía ver lo que había en la cuneta, puede que un precipicio. Oía gritar en mi interior, como desde el fondo de un pozo: «¡Idiota, idiota!», mientras me esforzaba por recordar cuándo había visto las últimas luces en el abismo que me rodeaba. ¿Cien kilómetros atrás? ¿Ciento cincuenta?

Mientras me pasaban por la cabeza estos aterrados pensamientos pude aún, con esa capacidad dual de proceso que poseemos, organizar músculos y secreciones para intentar ganar de nuevo el control del coche. Lo dirigí de un lado a otro como un yoyó, para evitar que hiciera un trompo e intentando sentir debajo de mí, como si llevara puestos unos esquís, que los neumáticos se deslizaban por la nieve, que había formado una superficie resbaladiza y encerada sobre una capa más profunda y letal de hielo duro como el diamante.

Pareció pasar una eternidad hasta que noté que estaba ganando el combate, y el ritmo de las toneladas de metal empezó a desplazarse hacia el centro de equilibrio. Temblaba como una hoja mientras reducía la velocidad a cincuenta, a cuarenta. Respiré profundamente y ace leré de nuevo, ya que sabía como buena chica de montaña que cuando la nieve cae de ese modo nunca hay que detenerse del todo, de lo contrario es posible que no se consiga reanudar la marcha.

Avancé pues por la noche oscura y vacía, recé un par de oraciones de gracias, sacudí la cabeza, me di unas fuertes palmadas en la cara para volver a la realidad y bajé la ventanilla para dejar que la tormenta entrara y recorriera el coche por dentro. Los copos de nieve me cortaban la piel; tomé una bocanada de aire glacial y lo mantuve en los pulmones un minuto. Me froté los ojos irritados con

los guantes, me arranqué la gorra de lana que llevaba puesta y sacudí los cabellos en el aire arremolinado que circulaba en el interior del coche y que levantaba trochos de papel a su paso. Cuando subí de nuevo la ventanilla, había vuelto a la realidad, mucho más serena. ¿Qué demonios me estaba pasando?

Ni que decir tiene que sabía lo que me pasaba. Sam estaba muerto y me costaba imaginar cómo sería la vida sin su presencia. Era lo que un esquizofrénico llamaría estar «fuera de sí» de dolor. A pesar de que no había visto ni hablado con Sam en los últimos siete años, estaba siempre presente en todos mis actos. De algún modo, era la única familia que había tenido en toda mi vida. Por primera vez, me daba cuenta de que conversaba con él mentalmente en su ausencia. Ahora ya no tenía con quien hablar, ni siquiera mentalmente.

No tenía intención de reunirme con Sam en los felices terrenos de caza, por ahora. Y menos por suspender un test de inteligencia en mitad de la noche en plena carretera. Entonces observé un resplandor a lo lejos, un punto apenas visible a través de la espesa cortina de nieve. Era lo bastante grande para ser una ciudad y no había demasiadas en esta zona del desierto. Tenía que ser donde vivía.

Pero la aventura no había terminado.

Subí por la carretera que pasaba por la parte alta de aquella casa con el sótano encantador que llamaba hogar y miré hacia abajo con agotada frustración. El camino hacia la casa había desaparecido, sepultado bajo la nieve que se amontonaba hasta más arriba de las ventanas del primer piso. Por lo visto, tras kilómetros de duro combate al volante, ahora tendría que dedicarme a cavar para llegar a la casa, y no digamos para desenterrar mi piso subterráneo. Es lo que me merecía por vivir en un sótano de Idaho, como un tubérculo inmundo.

Apagué el motor y permanecí sentada, mirando abatida y en silencio hacia abajo de la escarpada colina, donde yo sabía que estaba el camino, e intentando decidir qué debía hacer. Como toda la gente de montaña, siempre llevaba suministros de emergencia en la parte trasera del coche: arena, sal y agua, ropa térmica, calzado impermeable, lo necesario para encender un fuego o para arrancar el motor, cuerdas y cadenas, pero no tenía ninguna pala. Además, aunque la hubiese tenido, sería incapaz de abrir yo sola espacio suficiente para poder descender el camino con el coche.

vi mi buzón, señalizado por la banderita levantada como un faro de esperanza entre la nieve. Entonces recordé que había olvidado detenerme a recoger el correo cuando salí con tanta rapidez para ir al funeral. Cerré la puerta del maletero y, apoyada en la manilla para no perder el equilibrio, escarbé en el montículo y saqué las cartas que se habían ido acumulando a lo largo de la semana. Había más de lo que me había imaginado. Así que me solté de la manilla e intenté recoger el bolso para lo que, sin querer, di un paso alejándome del coche.

Con ese primer paso, me hundí hasta la cintura en la nieve y seguía hundiéndome. Sentí que el miedo me atenazaba y luché contra el pánico. Sabía que si me zarandeaba sólo conseguiría hundirme más de-pnsa. Había vivido bastante tiempo en estos parajes para haber oído *hablar* de muchas personas que se habían ahogado al Seguí sin moverme, como atontada, viendo caer el manto de nieve blanda, espolvoreada sin el menor ruido a mi alrededor. «En este momento, Sam diría algo divertido —pensé—. O quizá saldría y empezaría a bailar en la nieve; una danza de la nieve, como si hiciera suya la obra de los dioses...»

Sacudí la *cabeza*, e intenté reaccionar. Oí que el teléfono sonaba en mi apartamento. Las luces de la casa principal estaban apagadas, lo que indicaba que mi excéntrico aunque adorable casero mormón había partido hacia las montañas para esquiar al día siguiente aprovechando la nieve en polvo, o bien hacia el templo para rogar que el camino se despejara solo.

Por mucho que detestara moverme por la nieve en polvo, llegué a la conclusión de que el único medio que tenía de salvar la pendiente entre la casa y el coche era esquiendo. Por fortuna, tenía las botas y los esquís de fondo en la parte trasera del automóvil, con el resto de material de supervivencia; bastaría con seguir la línea hasta donde debería de estar el camino. El abismo abierto del jardín delantero, ahora casi invisible bajo los montones de nieve, podría resultar tan profundo y mortal si me caía en él como las arenas movedizas. Además, tendría que dejar el coche allí arriba, en la carretera, toda la noche, donde podría desaparecer también si los quitanieves pasaban al amanecer antes de que pudiera

recuperarlo.

Salí y saqué los esquís del automóvil, así como el bolso y las cuatro cosas que me pareció que podría llevar a la espalda, y los dispuse en la carretera. Retrocedí para buscar las botas cuando, a través de la ventanilla lateral, hundirse en la nieve sin llegar a tocar fondo, de modo que no podían mover los brazos ni las piernas para liberarse. Y en el mismo segundo en que empecé a hundirme, se me ocurrió que había salido hacia el entierro sin contárselo casi a nadie; sólo le había dicho al jefe que había habido una muerte en la familia y había dejado al casero una nota escueta. Cabía en lo posible que, aun en el caso de que hallaran el coche, no me encontraran a mí hasta que la nieve se derritiera en primavera.

Lancé el montón de cartas a la carretera, bajo el coche para que no se hundiera y desapareciera también. Conseguí apoyar un codo en la superficie sólida y probé con la otra mano hasta que logré afianzarme con ambos brazos extendidos en la carretera. Cuando empujé hacia arriba, fue como si quisiera salir de una piscina con doscientos kilos atados a los pies: me dejé hasta la última pizca de energía que me quedaba. Me eché boca abajo en la carretera, temblorosa y acalorada por el miedo y la fatiga. No duró mucho rato; pronto, el frío se apoderó de mí a medida que el hielo que se me había pegado durante la inmersión total en el banco de nieve me saturaba las ropas, que no eran lo bastante impermeables.

Me tambaleé como pude y abrí la puerta del coche. Helada, calada hasta los huesos y extenuada al límite, me enfurecí conmigo misma. ¿No era *La hoguera*, de Jack London, de lectura obligada para los niños de montaña? Ese que va de un hombre que parte hacia la tundra a cincuenta bajo cero, sin atender a razones. Muere congelado. Muy despacio. Esa actividad no figuraba en mis planes de ese día.

Cogí las botas del coche, las até con dedos entumecidos bajo los guantes empapados, las fijé a los esquís nórdicos, largos y ligeros, metí la correspondencia en el bolso, me lo colgué al hombro y descendí hasta la puerta trasera. ¿Por qué no había hecho eso lo primero y había esperado a la mañana para encargarme del correo?

Oí el teléfono sonando de nuevo mientras me sacaba los esquís, abría la puerta y medio me caía, junto con un montón de nieve en polvo, por las escaleras empinadas que conducían a mi acogedora mazmorra. Por lo menos, era acogedora cuando me había marchado una semana atrás.

Encendí las luces y vi el hielo que cubría las ventanas por dentro, como una cascada congelada, y dibujos de escarcha sobre los espejos y los marcos de las fotografías, como algo salido de *Doctor Zhivago*. Maldije en voz baja al casero, que siempre que me iba me apagaba la calefacción para ahorrar gastos; me saqué las botas mojadas antes de pisar las alfombras, crucé a toda velocidad el cuarto de estar, con las paredes llenas de libros, y me lancé sobre unos cojines para coger el teléfono del suelo.

Enseguida, me hubiese dado de bofetadas por haber contestado: era Augustus.

—¿Por qué te fuiste? —fueron las primeras palabras que salieron de su boca—. Grace y yo nos hemos vuelto locos intentando encontrarte. ¿Dónde has estado?

—Jugando en la nieve —respondí mientras me ponía boca arriba sobre los cojines y sujetaba el auricular con el hombro—. Pensé que se había acabado la fiesta; ¿quedaba alguna otra sorpresa? —Me desabroché los pantalones mojados e intenté quitármelos para no pillar una neumonía en aquella gélida mazmorra o, lo que era más probable, que me quedara cubierta de moho. Mi aliento formaba vaho.

—Tu sentido del humor siempre me ha parecido fuera de lugar, por decirlo suavemente —me informó Augustus con frialdad—. O quizá sea sólo tu sentido de la oportunidad. Cuando desapareciste tras la lectura del testamento, llamamos al hotel y nos dijeron que habías dejado la habitación esa misma mañana, temprano. Pero en cuanto oímos el testamento, Grace y yo habíamos accedido a dar una rueda de prensa...

—¡Una rueda de prensa! —exclamé y me senté asombrada. Procuré mantener el teléfono en la oreja mientras me deshacía de *la.pa.rka* mojada y me quitaba el jersey, pero sólo capté las últimas palabras de Augustus:

«... también tienen que ser tuyos».

—¿Qué tiene que ser mío? —pregunté. Me froté con fuerza las manos sobre el cuerpo, todo

él en carne de gallina, me levanté y llevé el teléfono hasta la chimenea. Puse papel bajo los troncos que ya había apiñados mientras Augustus me contestaba.

—Los manuscritos, claro. Todo el mundo sabía que Sam los había heredado, y con lo valiosos que tienen que ser. Pero tras la muerte de Earnest nadie pudo localizar a Sam; era como si se lo hubiera tragado la tierra. Cuando intenté comentarlo antes, incluso durante la cena, después del entierro, parecías querer evitar el tema. Pero ahora que se sabe que eres no sólo la heredera principal de Sam, sino su única heredera, naturalmente las cosas han cambiado...

—¿Naturalmente? —solté con impaciencia mientras encendía una cerilla bajo la leña y observaba, aliviada, que las llamas prendían enseguida—. No tengo ni idea de qué me estás hablando.

Y lo que era más extraño, pensé, aparte de lo valiosos que pudieran ser los manuscritos, ¿por qué alguien tan celoso de su vida privada como mi padre había aceptado conceder una conferencia de prensa para hablar de ellos? Era algo más que sospechoso.

—¿Quieres decir que no sabes que existen? —preguntaba Augustus, con un tono de voz extraño—. ¿Cómo es entonces que estaba el *Washington Post*, el *London Times* y el *International Tribune*? Nosotros no teníamos nada que decir, dado que los manuscritos no obraban en poder del albacea y que tú también habías desaparecido.

—Quizá podrías darme alguna pista antes de que me muera de frío —le insinué entre el castañeteo de los dientes—. ¿Qué son estos manuscritos que Sam me ha dejado? No, déjame que adivine: las cartas de Francis Bacon a Ben Jonson, en las que Bacon admite que, como siempre habíamos sospechado, fue él quien escribió las obras de Shakespeare.

Ante mi sorpresa, Augustus permaneció impasible.

—Valen mucho más que eso —me informó. Y mi padre era un hombre que sabía muy bien el significado de la palabra «valer»—. En cuanto sepas algo de ellos, como sin duda pasará —continuó—, tienes que notificármelo a mí o a nuestros abogados de inmediato. Me parece que no te das cuenta de la situación en que estás.

«Vale —pensé—, lo volveremos a probar.» Cogí aire.

—No, supongo que no —acepté—. ¿Te importaría explicarme lo que parece que el resto del mundo ya sabe? ¿Qué son esos manuscritos?

—De Pandora —fue la escueta respuesta de Augustus. Ese nombre sonaba muy amargo en su boca, y podía muy bien serlo.

Pandora era mi abuela, la madre de mi padre, que lo abandonó nada más nacer. Aunque no llegué a conocerla, por todo lo que me habían contado, se trataba de la mujer más alegre, vistosa y escandalosa de la familia Behn. Y con nuestro árbol genealógico, la cosa tenía mérito.

—¿Pandora tenía manuscritos? —pregunté—. ¿De qué tipo?

—Pues diarios, cartas, correspondencia con gente muy importante o bastante importante, ese tipo de cosas —comentó Augustus en un tono indiferente. Luego, como si tal cosa, añadió—: Es posible que hubiera escrito unas memorias, si se le puede llamar así.

Puede que no estuviera de acuerdo con mi padre en muchas cosas, pero lo conocía lo bastante como para darme cuenta de que me estaba engañando. Debía de haber estado llamando cada quince minutos durante los dos últimos días; por eso había oído sonar dos veces el teléfono en mi breve interludio en el exterior. Si le corría tanta prisa hablar conmigo, y esos manuscritos eran tan importantes que tenía que dar una rueda de prensa, ¿por qué jugaba ahora así conmigo?

—¿A qué viene tanto interés tardío? —pregunté—. Me refiero a que la abuela lleva muerta varios años, ¿no?

—Se creía que Pandora había dejado esos manuscritos a la... otra rama de la familia —me contó, incómodo, mi padre. Empecé a pensar lo complejas que eran las relaciones de mi familia—. Earnest los debió de mantener guardados bajo llave durante décadas, porque recibió muchas ofertas —prosiguió—. Pero no podía saber su valor real porque, según parece, están escritos en algún tipo de clave. Luego, tu primo Sam...

¡Dios bendito!

Me quedé ahí de pie, frente al fuego en ropa interior, aferrada al teléfono, con la voz de mi

padre como un ruido de fondo carente de significado. Dios mío, ¡estaban cifrados! Sam había desaparecido justo después de que su padre, Earnest, falleciera. Permaneció alejado de la familia durante siete años y ahora estaba muerto. ¿Y qué había sucedido durante ese paréntesis? La herencia de Sam, que podía haber incluido los manuscritos. ¿Cuál era la profesión y la vocación de Sam? Ya desde la infancia, se había dedicado a enseñarme lo que luego me sirvió para conseguir un trabajo muy bien pagado.

Sam era criptógrafo; uno de los mejores del mundo. Si Sam conocía la existencia de los manuscritos de la abuela, le habría resultado imposible resistir la tentación de echar un vistazo, sobre todo si su padre quería averiguar el valor de aquellos escritos. Seguro que los había visto, quizá descifrado, mucho antes de que Earnest muriese. No me cabía la menor duda de ello. Así que, ¿dónde estaban ahora?

Pero había otra pregunta mucho más vital para mí en este momento, dada mi excepcional situación: ¿Qué había en los diarios de la abuela, que en teoría acababa de heredar? ¿Qué era eso tan peligroso que al parecer había acabado con la vida de Sam ?

EL NUDO

Alejandro, al ver que no conseguía desatar el nudo [gordiano], cuyos extremos estaban secretamente retorcidos y doblados en su interior, lo cortó con la espada por la mitad.

PLUTARCO

El secreto del nudo gordiano parece haber sido religioso, puede que el inefable nombre de Dionisio, una clave en un nudo atado a una correa de cuero...

Alejandro cortó de forma brutal el nudo, cuando dirigía a su ejército por Gordion para la invasión de Asia, y acabó con una antigua bendición al situar el poder de la espada por encima del de los misterios religiosos.

ROBERT GRAVES,

Los mitos griegos

Eran casi las tres de la madrugada cuando abrí los grifos de la gran bañera con patas, rezando para que las cañerías no estuvieran congeladas, y observé con alivio cómo salía el agua caliente. Eché algunas sales y jabón líquido, me desnudé y me metí dentro. La bañera estaba tan llena que el agua me llegaba a la nariz, y soplé para apartar las burbujas. Me enjaboné el cabello, maltratado por el viaje. Sabía que tenía que pensar en muchas cosas, pero mi cerebro funcionaba con una lógica muy confusa, lo que no era de extrañar después de los acontecimientos de la semana y del trauma de mi regreso a casa.

Mientras estaba sumergida en el agua, la puerta del cuarto de baño se abrió con un sonoro chirrido de bisagras y Jason entró sin avisar, lo que significaba con toda probabilidad que Olivier, mi casero, también había vuelto. Jason apenas me miró con esos penetrantes ojos verdes. Avanzó como si tal cosa y observó con desdén mi ropa interior de seda empapada en el suelo. Le puso las garras encima, como si creyera que mis bragas quedarían perfectas con un poco de serrín dentro, pero me abalancé y se las quité de las narices.

—¡Ni hablar! —dije con firmeza.

Jason saltó al borde de madera de la bañera, alargó la pata y empezó a jugar con las burbujas. Me miró con curiosidad. Era una indirecta para que lo rociara. Jason era el único gato que conocía al que le gustaba el agua, cualquier tipo de agua. Era habitual que abriera un grifo para beber; prefería el inodoro a la caja con serrín, y era famoso porque se lanzaba al Snake River, bajo las cataratas, para ir a recoger su pelotita roja de goma. Podía nadar en la corriente mejor que cualquier perro.

Pero esa noche, o mejor dicho, esa mañana, estaba demasiado cansada para secarlo, así que lo aparté del borde de la bañera, salí y me sequé. Una vez puesto el enorme y suave albornoz, con el cabello envuelto en una toalla, me dirigí a la cocina y puse a hervir un poco de agua para prepararme un ponche caliente antes de acostarme. Cogí una escoba y golpeé con ella el techo para indicarle a Olivier que había vuelto, aunque ya se lo debía de haber imaginado al ver el coche abandonado en la carretera.

—Querida mía. —La voz de Olivier me llegó desde las escaleras, con su inconfundible acento de Quebec—. He venido con raquetas desde el *jeep*, pero no estaba seguro de que

fuera buena idea enviarte ya al pequeño argonauta, por si estabas durmiendo. ¿Puedo pasar?

—De acuerdo, baja y tómate un ron caliente rápido conmigo antes de que me vaya a dormir —le respondí gritando—. Y cuéntame lo que ha pasado en el trabajo.

Olivier Maxfield y yo nos habíamos conocido cinco años antes, cuando nos asignaron al mismo proyecto. Era una amalgama extraña: ingeniero nuclear y experto *chef*, devoto del argot yanqui y de los bares de *cowboys*, además de mormón impenitente. Era hijo de una familia franco-canadiense católica, admiradora de la cocina francesa, y ahora, como genio culinario de nuestros días, la prohibición de alcohol y cafeína de los santos del último día no armonizaba demasiado con la *nouvelle* personalidad de Olivier.

La primera vez que nos vimos, Olivier me dijo que ya sabía que iba a entrar en su vida porque me había aparecido bajo la forma de la santísima Virgen en un sueño en el que el profeta Moroni y yo competíamos jugando a la máquina del millón. Al final de la primera semana de trabajo juntos, Olivier recibió una señal de que tenía que ofrecerme un alquiler barato para que me trasladara al apartamento que tenía en el piso de abajo. La máquina del millón con la que yo, como Virgen María, había vencido al profeta, apareció de forma milagrosa al ser adquirida por el bar de *cowboys* que había en la misma calle de nuestra oficina.

Quizá fuera resultado de mi original educación, pero me parecía que Olivier era tonificante en un complejo nuclear abarrotado de ingenieros y físicos, que llevaban sin excepción el almuerzo en bolsas de papel marrón y se iban a casa a las cinco en punto para poder ver repeticiones de series televisivas con los niños. No cesaban de acudir a fiestas en casa de «familias del complejo». En verano, preparaban barbacoas de hamburguesas y perritos calientes en el jardín de atrás; en invierno, tocaba espaguetis, ensaladas y pan de ajo precocinado en el comedor familiar. Era como si en este remoto desierto nadie hubiera oído hablar de ninguna otra forma de comer.

Olivier, en cambio, había vivido en Montreal y París, y había pasado un verano de prácticas en el sur de Francia con *Cordón Bien*. Si bien era algo agarrado a la hora de ofrecer servicios de casero como la calefacción y la limpieza del camino, contaba con otras cualidades. Mientras picaba, cortaba en juliana, trituraba y clarificaba la mantequilla en su enorme cocina industrial del piso de arriba para preparar las originales comidas que cocinaba para Jason y para mí como mínimo una vez a la semana, me regalaba los oídos con historias de los grandes *chefs* europeos, intercaladas con las últimas novedades de los bares de *cowboys*. Era, sin duda, todo un personaje.

—¿Qué era esa urgencia tan grande por la que te tuviste que marchar? —La atractiva sonrisa de Olivier, adornada de hoyuelos, apareció por la puerta entreabierta de las escaleras, mientras se pasaba los dedos por los rizados cabellos castaños y me miraba con sus enormes ojos oscuros—. ¿Dónde fuiste? El Tanque preguntaba por ti todos los días, pero yo no sabía nada.

«El Tanque» era el mote que todos usábamos para referirnos a mi jefe, el director general del complejo nuclear. Lo usábamos a sus espaldas, porque aunque su nombre real era Pastor Owen Dart no tenía nada de pastoril. En realidad más bien parecía algo así como el Príncipe de la Oscuridad.

Me gustaría apuntar que ese apodo no le hacía justicia. Pero para ser del todo honesta, de los diez mil empleados que trabajan en el complejo, o incluso entre los gusanos asquerosos de Washington con los que se codeaba, yo era la única a la que no había abroncado. Al menos, no todavía. Parecía que le caía bien, y me había elegido cuidadosamente para el puesto cuando yo todavía estaba en la universidad. Debido a esta afinidad inesperada, no todos mis colegas confiaban en mí, un motivo más para que Olivier, el apuesto *cowboy* mormón y *gourmet* de Quebec, fuera uno de los pocos buenos amigos con que contaba.

—Perdona —le dije, mientras vertía agua caliente por encima de la mezcla de azúcar moreno, mantequilla y ron en las dos tazas de cristal y le pasaba una—. Tuve que irme de repente; hubo una muerte inesperada en la familia.

—Dios mío, espero que nadie de los que conozco —indicó Olivier con una sonrisa galante y

reconfortante, aunque ambos sabíamos que no conocía a ningún miembro de mi familia. Sam —mencioné, intentando tragar la bebida caliente que parecía haberseme quedado atravesada en la garganta.

¡Cielo santo! ¿Tu hermano? —exclamó Olivier y se sentó en el sofá, cerca del fuego.

Mi primo —le corregí—. Mi hermanastro, de hecho. Crecimos como si fuéramos hermanos. Para mí es más que un hermano de sangre. Quiero decir, era...

Madre mía, las relaciones en tu familia son bastante complicadas —comentó Olivier, mofándose de lo que yo siempre replicaba cuando alguien preguntaba sobre mi familia—. ¿Estás segura de que eras pariente de ese tipo?

—Soy su única heredera —dije—. Con eso me basta.

—¡Ah! Entonces era rico, pero no demasiado próximo, ¿es eso? —preguntó Olivier esperanzado.

—Un poco de cada —contesté—. Puede que estuviera más unida a él que a cualquier otro miembro de la familia. —Lo que no quería decir demasiado, pero eso Olivier no lo sabía.

—¿Qué horrible debe de haber sido! Pero no lo entiendo. ¿Por qué no sabía nada de él, salvo su nombre? Por lo que sé, nunca ha venido a verte ni ha llamado en los muchos años que llevamos trabajando juntos y compartiendo esta humilde morada.

—Mi familia se comunica de forma parapsicológica —le indiqué. Jason corría entre mis piernas como loco, así que lo cogí y añadí—: No necesitamos satélites ni teléfonos móviles...

—Lo que me recuerda que tu padre te ha estado llamando varios días —interrumpió Olivier—. No decía qué quería, sólo que le llamaras enseguida.

En ese preciso instante sonó el teléfono y sobresaltó a Jason, que dio un brinco desde mis brazos.

—Sin duda, hay que ser parapsicólogo para captar nuestras vibraciones a estas horas —comentó Olivier, echando un vistazo al reloj. Mientras yo iba a contestar, se acabó la bebida y se dirigió hacia la puerta—. Te prepararé unas crepés antes del trabajo, como regalo de bienvenida —dijo por encima del hombro. Y se fue.

—Gavroche, cariño —fueron las primeras palabras que oí al descolgar. Dios mío, quizá sí que los miembros de mi familia habían adquirido de golpe poderes parapsicológicos. Era mi tío Laf. Hacía años que no sabía nada de él. Siempre me llamaba Gavroche, que en francés alude a las chicas de las calles de París que se visten y comportan como golfillos.

—¿Laf? —pregunté—. ¿Dónde estás? Por la voz, parece que estás a miles de kilómetros de distancia.

—Ahora mismo, estoy en Viena, Gavroche. —Con eso quería decir que estaba en su enorme piso del siglo XVIII con vistas al Hofburg de Viena, donde Jersey y yo nos alojábamos y donde ahora era ocho horas más tarde, es decir, las once de la mañana. Al parecer, mi tío Laf nunca llegaría a dominar la cuestión de las diferencias horarias.

—He sentido muchísimo lo de Sam, Gavroche —me dijo—. Me hubiera gustado venir al funeral, pero tu padre, claro...

—No te preocupes —le aseguré para no destapar ese nido de avispas—. Estabas ahí en espíritu y también el tío Earnest, aunque esté muerto. Conseguí un chamán para que celebrara un pequeño ritual en las exequias; luego el ejército rindió honores a Sam y Jersey se cayó dentro de la tumba abierta.

—¿Tu madre se cayó dentro de la tumba? —repitió el tío Laf con el entusiasmo de un niño de cinco años—. ¡Pero eso es fantástico! ¿Crees que lo hizo a posta?

—Iba bebida, como de costumbre —le respondí—. De todas formas, fue divertido. Tendrías que haber visto la cara de Augustus.

—Ahora sí que lamento no haber podido asistir —soltó Laf con más ilusión de la que creía capaz de reunir a un hombre de su edad, que rondaba los noventa.

No había rastro de amor entre mi padre, Augustus, y mi tío, Lafcadio Behn. Quizá porque fue con Laf, el hijastro de mi abuelo, nacido de un matrimonio previo, con quien mi abuela Pandora huyó cuando abandonó a mi padre al nacer.

Era un tema del que mi familia no hablaba nunca, ni en público ni en privado. Bueno, por lo menos era uno de los temas. De repente, se me ocurrió que podría haber ganado una fortuna,

si no acabara de heredar una de Sam, diseñando un modelo totalmente renovado de teoría de la complejidad, basado tan sólo en las relaciones existentes entre los miembros de mi familia.

—Tío Laf—dije—, quiero preguntarte una cosa. Sé que no hablamos nunca de la familia, pero quiero que sepas que Sam me lo ha dejado todo.

—Gavroche, no esperaba otra cosa de él. Eres una buena chica y te mereces toda la herencia. Yo ya vivo muy bien, no tienes que preocuparte por mí.

—No me preocupo por ti, Laf, pero quería preguntarte algo más, algo que afecta a la familia. Algo que tal vez sólo tú sepas. Algo que, según parece, Sam también me dejó, y no me refiero a propiedades ni a dinero.

Mi tío Laf se quedó tan callado que llegué a dudar de que siguiera al otro lado del teléfono. Por fin, habló.

—Gavroche, ¿te das cuenta de que graban las llamadas internacionales?

—¿Ah, sí? —le dije, aunque debido a mi profesión lo sabía muy bien—• Pero eso no influye en nuestra conversación —añadí.

Está la razón por la que he llamado, Gavroche —dijo el tío Laf en una voz que sonaba muy distinta a la de unos instantes atrás—. Lamento no haber podido asistir al entierro de Sam. Pero por una serie de coincidencias, el fin de semana que viene estaré muy cerca de ti. Iré al hotel de Sun Valley.

—¿Estarás en Sun Valley Lodge el fin de semana que viene?

Exclamé—. ¿Viajarás desde Austria hasta Sun Valley?

El trayecto de Viena a Ketchum no era agradable ni en las mejores circunstancias, pero es que Laf tenía casi noventa años. La verdad, las altas montañas y la errática meteorología hacían que el viaje desde el estado de al lado ya fuera toda una proeza. ¿En qué estaría pensando?

—Laf, a pesar de lo mucho que me gustaría verte después de tantos años, no me parece que sea una idea demasiado sensata —afirmé—. Además, ya he faltado una semana al trabajo debido al entierro y no estoy segura de poder irme.

—Cariño —dijo Laf—, creo que ya sé qué pregunta quieres hacerme. Y sé la respuesta. Así que ven, por favor.

Cuando ya se me cerraban los ojos, recordé algo en lo que no había pensado desde hacía años. Recordé la primera vez que Nube Gris me cortó. Podía ver el hilo de sangre, como un collar de rubíes diminutos en mi pierna, por donde había pasado la hoja afilada. No lloré, a pesar de que era muy pequeña. Recuerdo el color: un rojo bonito, sorprendente, una parte vital que abandonaba mi cuerpo. Pero no tenía miedo.

Desde la infancia, no había soñado con aquel suceso ni una sola vez. Ahora, mientras me sumía en un sueño agitado, la imagen me asaltó de repente, como si hubiera esperado todo ese tiempo en las sombras de mi mente.

Estaba sola en el bosque. Me había perdido y los árboles oscuros se cernían sobre mí. Del suelo húmedo se elevaba una especie de vaho que se arremolinaba en los escasos rayos de luz que quedaban. La pinaza mojada formaba una alfombra mullida bajo mis pies. Sólo tenía ocho años.

Había perdido a Sam de vista y luego había confundido su rastro. Estaba oscureciendo demasiado para poder seguir sus marcas como me había enseñado. Estaba sola y asustada. ¿Qué iba a hacer?

Esa mañana, había esperado a que llegara el alba. Había cargado la mochila con todo lo necesario: cereales para el desayuno, una manzana y un jersey de abrigo. A pesar de que no había ido nunca de excursión en serio, como mucho una acampada por la noche en el jardín, me hacía muchísima ilusión seguir en secreto a Sam en su primer día de *tiwa-titmas*.

Sam, sólo cuatro años mayor que yo, había empezado estas expediciones cuando contaba la edad que yo tenía entonces. Así que a los doce años, este viaje sería el quinto, y todos ellos en balde. Todos los de la tribu rezaban para que esta vez tuviera éxito y recibiera la visión. Pero pocos abrigaban verdaderas esperanzas. Al fin y al cabo, el padre de Sam (el tío Earnest) era un hombre blanco venido de lejos. Y cuando la madre de Sam, Nube Clara, murió siendo tan joven, el padre se llevó al niño de la reserva en Lapwai, por lo que no había podido recibir la

educación adecuada por parte de su propio pueblo. Luego, el padre había hecho lo incalificable: se había casado con una mujer anglófona (Jersey) que bebía demasiada agua de fuego. No engañó a nadie cuando apareció con una hija propia, dejó de beber e insistió con generosidad que ambos niños pasaran el verano con los abuelos de Sam en la reserva. No engañó a nadie con ese tipo de trucos.

El *tiwa-titmas* era el acontecimiento más importante para un joven nez percé. Era su iniciación a la vida y al universo. Se adoptaban toda clase de medidas para garantizar que recibiera la visión: baños calientes, vapores en la choza de barro, purgación con palitos de corteza de abedul introducidos en la garganta; sobre todo si la visión tardaba en llegar o hacía preciso varios intentos.

Sam había crecido en esas montañas y podía saludar a cada roca, arroyo y árbol como si fueran personas; como si fueran amigos. Es más, al haber realizado ya cuatro búsquedas, sabía orientarse solo, incluso en la oscuridad, incluso con los ojos vendados. En cambio yo, pequeña inútil, no era capaz de encontrar el rastro.

Y así estaba: pérdida sin remedio, empapada por un chaparrón repentino, y muerta de frío y de hambre, cansada, con los pies doloridos, insignificante y aterrada por mi propia estupidez. Me senté en una roca para analizar la situación.

El sol permanecía estático en el borde de la lejana cordillera, apenas visible a través de la tupida hilera de árboles. Cuando se pusiera, me encontraría rápidamente sumida en la más absoluta oscuridad, a unos quince kilómetros o más, calculaba yo, del lugar de donde había salido por la mañana. No tenía saco de dormir, ropas impermeables, cerillas ni comida. Si hubiera traído una brújula, ni siquiera habría sabido cómo usarla. Y lo que era peor, sabía que cuando el sol se hubiera escondido, habría roedores, serpientes, insectos y todo tipo de animales salvajes en la oscuridad, a mi lado, sin que yo pudiera hacer nada. El frío empezó a calarme los huesos a medida que el sol descendía por el cielo. Empecé a llorar con sollozos incontables, violentos, de miedo y enojo y desesperación desatados.

La única técnica que conocía, que había aprendido de Sam, era enviar y recibir mensajes en clave, como habían hecho siempre los indios: señales de humo o reflejos de la luz del sol con un espejo. Ahora que casi era oscuro, esos talentos eran inútiles. ¿O no?

Me tragué los sollozos y, a través de las lágrimas, examiné las tiras reflectoras de la mochila. Me sequé los ojos con la mano y la nariz, con la manga, y de pie, con piernas temblorosas, eché un vistazo a mi alrededor.

A través de la neblina del bosque, vi que el sol todavía no se había puesto. Pero le faltaba poco. Si podía subir lo bastante alto antes de que los últimos rayos desaparecieran, podría ver a gran distancia. Podría mirar por las colinas para encontrar el lugar adecuado; el sitio alto que Sam tenía que alcanzar antes de la puesta de sol: el círculo mágico. Era un plan descabellado, pero me pareció el único medio a mi alcance para reflejar un mensaje con la última luz y enviar mi clave al corazón del círculo mágico. Olvidé lo cansada y asustada que estaba, olvidé que Sam me había dicho que por la noche era mucho más peligroso situarse por encima de la línea de árboles que quedarse en la protección del bosque, y corrí cuanto me permitían mis piernecitas infantiles hacia los peñascos que se elevaban por encima de los árboles. Corrí contra la puesta del sol.

En el sueño, oigo los ruidos del bosque que me envuelven mientras me subo con desesperación a las rocas; las ramas y los matorrales me arañan, y de pronto se produce un crujido de algo enorme que se mueve detrás de un árbol. En el sueño, el bosque se vuelve cada vez más oscuro pero por fin consigo trepar hasta la misma cima del punto más alto, me echo para arrastrarme hasta el borde y contemplo los picos de abajo.

En la cumbre de una montaña, por debajo de mí, al otro lado de un amplio abismo, está el círculo mágico. Y en el centro, veo a Sam. En el sueño, está sentado en el suelo con sus pantalones de gamuza con flecos, los cabellos sueltos sobre los hombros y las piernas y los brazos doblados en meditación. ¡Pero me da la espalda! Está mirando al sol. ¡No ve mi señal!

Así que grito su nombre, una y otra vez, esperando que un eco lo llevará donde él está. Y luego, el grito se convierte en un chillido. Pero él está demasiado lejos... demasiado lejos.

Olivier me sacudía por los hombros. Vi que la luz entraba por las ventanas altas del sótano,

lo que significaba que parte de la nieve que las cubría se había derretido. ¿Qué hora era? Sentía la cabeza a punto de estallar. ¿Por qué me zarandeaba así Olivier?

—¿Estás bien? —me preguntó, cuando vio que abría los ojos. Parecía asustado—. Estabas chillando. Te he oído desde arriba. El pequeño argonauta se escondió bajo la nevera al oírte.

—¿Chillando? —dije—. Sólo era un sueño. No lo había tenido desde hacía años. Además, no pasó de ese modo.

—¿Qué pasó de qué modo? —se sorprendió Olivier.

De pronto recordé que Sam estaba muerto. La única forma que tenía de volverlo a ver era en sueños, y aunque el sueño fuera un recuerdo poco fiel, no tenía otra cosa. ¡Mierda! Me sentía como si la mula del *karma* me hubiera arreado una coza en toda la cabeza.

—La masa de las crepés ya está a punto —me informó Olivier—. Te las estoy preparando bien gruesas, de mantequilla, y también montones de café de achicoria y algunas de esas salchichitas tan monas y asquerosas de cerdo: colesterol suficiente para llenarte las cañerías durante toda la vida; y para redondearlo, huevos tiernos.

—En su punto —corregí a Olivier, cuyos intentos de argot yanqui daban lugar a una especie de dialecto afrancesado—. ¿Qué hora es, casero?

—Ya hace rato que ha pasado la hora del desayuno —dijo Olivier—. He esperado para llevarte al trabajo. La máquina quitanieves te ha sepultado el coche.

Tras el desayuno-almuerzo, decidí ponerme ropas de abrigo, guantes gruesos y desenterrar el coche antes de ir a trabajar. Necesitaba hacer ejercicio físico después de haberme pasado dos días conduciendo. A veces, después de que la nieve se derritiera de esta forma, venían heladas fuertes, lo que suponía un mes de dar hachazos a un automóvil congelado. Por otra parte, necesitaba estar algún tiempo sola para aclimatarme de nuevo al trabajo.

Así pues, saqué mi radiocasete portátil y lo llevé fuera donde, rodeada de dunas refulgentes de nieve y de casas adornadas con carámbanos a modo de guirnaldas, cavé en la nieve medio derretida para liberar el Honda al ritmo de Bob Seger y su *The Fire Down Below*. Y pensé sobre los diversos tipos de tejidos que elegimos para urdir el entramado de nuestros sueños y nuestras realidades.

Lo que de verdad sucedió fue que no llegué a Sam en ese bosque: él me encontró a mí. En la historia real, que no en el sueño, subí más arriba de la línea de árboles, donde el aire está demasiado enrarecido para que sobreviviera la vegetación y donde, según dicen, no se atreve a dormir ningún animal. Había luna llena y me quedé encima de una roca, bañada por la brillante luz blanca. Hacía rato que el sol se había puesto y el cielo tenía un color negro rojizo, salpicado de estrellas. Debajo, el bosque oscuro me rodeaba por completo.

No creo recordar haber vivido un miedo como aquél, ahí sola bajo la luz blanquecina, contemplando el universo. Estaba demasiado asustada para hacer caso de los retortijones de hambre. Demasiado asustada para llorar. No tengo ni idea del rato que permanecí sin poder moverme, consciente de que fueran cuales fueren los peligros para un animal pequeño como yo expuesto e indefenso allá arriba, cualquier movimiento que hiciera me acercaría más a ese bosque del que acababa de huir, negro e impenetrable, lleno de sonidos de la noche.

Y entonces, vino por el bosque, en mitad de la noche, para encontrarme. Al principio, cuando distinguí un movimiento en el margen del bosque, retrocedí de miedo. Pero cuando reconocí los pantalones de gamuza blanca de Sam, corrí el gran espacio que nos separaba y me lancé a sus brazos, llorando de alivio.

—Está bien, listilla —dijo Sam, y me separó de él para mirarme con unos ojos que a la luz de la luna adquirirían una tonalidad plateada—. Ya me contarás luego cómo se te ocurrió la idea insensata de seguirme. Has tenido suerte de que retrocediera por mi propio camino y encontrara tus huellas. Pero espero que te des cuenta de que has interrumpido mi encuentro de esta noche con los espíritus del tótem. Y encima has subido más allá de la línea de árboles, donde te advertí que no fueras nunca de noche. ¿No te contó mi abuelo, Oso Oscuro, que ni siquiera el lobo y el puma pasan ahí la noche?

Sacudí la cabeza y me sorbí las lágrimas mientras Sam me pasaba un brazo por los hombros y recogía mi mochila del suelo. Volvimos al bosque; Sam me dio la mano e intentó actuar como un guerrero.

—Es porque los espíritus del tótem viven en esa parte —me explicó Sam, a medida que avanzábamos entre el frondoso follaje. Oía el rumor de sus mocasines por el suelo húmedo—. Los animales presienten que los espíritus están ahí, aunque no puedan verlos ni olerlos. Por esa razón, si quieres reunirte con los espíritus, debes esperar en un sitio donde ni los árboles pueden vivir. Pero el lugar adonde voy está protegido por una magia especial. Como es muy tarde para llevarte de vuelta, tendrás que quedarte ahí conmigo esta noche, así que supongo que tendremos que pasar el *tiwa-titmas* juntos, tú y yo. Esperaremos en el círculo para que los espíritus se introduzcan en nosotros.

A pesar de que me sentía aliviada como el que más por haber sido rescatada de una noche a solas en Bald Mountain, ese asunto de los espíritus del tótem no me acababa de convencer.

—¿Por qué se quieren introducir en nosotros los espíritus? —Me costaba hasta preguntarlo. Sam no respondió, pero me apretujó la mano para mostrar que me había oído mientras ascendíamos por el bosque. Después de un largo rato, llegamos por fin al círculo. Entre los árboles seguía estando oscuro, pero una cascada de luz blanca cayó sobre el lugar y la luna iluminó la cima desnuda y redondeada, y el círculo de rocas. Me recordó el anfiteatro donde Jersey había actuado una vez en Roma.

Uno al lado del otro, cogidos de la mano, Sam y yo salimos del bosque. Algo extraño sucedió cuando entramos en el círculo. La luz de la luna tenía una cualidad distinta en él: centelleante y reluciente, como si hubiera trochos de plata suspendidos en el aire. Se levantó una ligera brisa, que nos trajo aire frío. Yo ya no estaba asustada, sino absolutamente fascinada por ese lugar mágico. Sentía que, de algún modo, pertenecía a ese sitio.

Llevándome de la mano, Sam me condujo al centro del círculo, y se arrodilló ante mí. Se desabrochó la bolsa del cinturón y sacó objetos que, como adiviné enseguida, eran talismanes: cuentas de colores vivos y plumas «de la suerte». Uno por uno, me los fue colocando en los cabellos. Luego dispuso unos troncos y ramas en el centro del círculo y encendió con rapidez una hoguera. Cuando acerqué las manos, de repente me di cuenta del frío que tenía; estaba helada y empapada hasta los huesos. Las llamas cálidas lamían el cielo y las chispas saltaban hacia la noche para mezclarse con las estrellas. Oí los grillos de otoño en los arbustos y alcancé a distinguir encima de mí la Osa Mayor y la Osa Menor.

—Las llamamos Osa grande y Osa pequeña —dijo Sam, que había seguido mi mirada. Se sentó con las piernas cruzadas a mi lado y atizó el fuego—. Creo que la osa puede acabar siendo mi propio espíritu del tótem, aunque nunca la he visto cara a cara.

—¿La osa? —pregunté, sorprendida.

—La osa es un tótem femenino muy importante —me explicó Sam—. Igual que la leona, protege a las crías, a veces incluso de las amenazas del padre, y les consigue alimento.

—¿Qué pasa cuando el espíritu del tótem... se introduce en ti? —quise saber, preocupada aún por el proceso—. Quiero decir, ¿te pasa algo?

Sam me dirigió una sonrisa irónica.

—No estoy seguro, listilla, no me ha pasado todavía, pero supongo que si nos pasa, lo sabremos. Mi abuelo, Oso Oscuro, me ha dicho que el espíritu del tótem se te acerca con sigilo, algunas veces con forma humana y, otras, de animal. Después, decide si estás preparado. Si lo estás, te habla y te confía tu propio nombre sagrado y secreto; un nombre que nadie más que tú sabrá jamás, a no ser que decidas compartirlo con alguien. Mi abuelo dice que ese nombre es el poder espiritual de cada guerrero, distinto y en muchos sentidos más importante que nuestra alma inmortal.

—¿Por qué no se ha introducido en ti tu espíritu del tótem ni te ha revelado tu nombre? —pregunté—. Lo has intentado con mucho empeño y durante mucho tiempo.

Los cabellos negros de Sam, que le caían brillantes sobre los hombros, le ocultaron los ojos al atizar el fuego, de modo que sólo distinguía su perfil: pestañas oscuras, pómulos pronunciados, nariz recta y mentón con hoyuelo. De golpe, a esa luz, me pareció mucho mayor de los doce años que tenía mi hermanastro. De golpe, Sam mismo parecía un antiguo tótem. Se volvió hacia mí. A la luz del fuego, sus ojos eran transparentes y profundos como diamantes. Me sonreía.

—¿Sabes por qué siempre te llamo «listilla», Ariel? —soltó, y cuando negué con la cabeza,

me dijo—: Porque, a pesar de tener sólo ocho años, la edad que yo tenía en mi primer *tiwa-titmas*, eres mucho más perspicaz de lo que yo era entonces, incluso quizá más de lo que soy ahora. Y eso no es todo; creo que también eres más valiente que yo. La primera vez que me adentré solo en este bosque sin guía, ya me conocía todas las ramas y piedras del camino. Pero a ti no te ha dado miedo lanzarte a él sola, con una confianza ciega en lo que te iba a suceder. Eso es lo que mi abuelo llama tener la fe necesaria.

—Te estaba siguiendo —señalé—. Y me parece que sólo soy un poco estúpida.

Sam se apartó los cabellos y rió.

—No, no. No eres estúpida—afirmó—. Pero quizá, listilla—añadió con su encantadora sonrisa—, quizás haberte perdido y casi muerto en el bosque sea un talismán para mí: mi pata del conejo de la suerte. —Me tiró de la coleta—. Quizás encontrarte haya cambiado mi suerte.

En efecto. Así fue como Sam se convirtió en Nube Gris y como nuestro espíritu del tótem nos bendijo con la luz, y como yo me convertí parcialmente en india al mezclar nuestras sangres. A partir de esa noche, fue como si un nudo se hubiera atado en mi interior y el sendero de mi vida tuviera que ser siempre recto y claro.

Al menos hasta ese instante.

Se ha acusado al Gobierno de Estados Unidos de malgastar el dinero de los contribuyentes, pero nunca en las instalaciones donde trabajan sus empleados. En especial, en las provincias, donde hasta el último centavo que podía proporcionar comodidad en el entorno laboral se recorta al máximo o, mejor aún, se devuelve intacto a la caja. El resultado es que se ha gastado más dinero en asfaltar los seis acres de aparcamientos que rodean nuestro complejo, donde los empleados del Gobierno dejan el coche, que en construir, amueblar, reparar, limpiar o aclimatar las oficinas donde tienen que trabajar seres humanos de carne y hueso.

Cuando entré en el aparcamiento inmenso, tras la hora de comer, con bloques de nieve agarrados aún al coche, repasé las plazas hasta donde me alcanzaba la vista. Como sospechaba, a esta hora del día, las únicas plazas disponibles en las zonas de aparcamiento para empleados parecían estar situadas en la cara occidental de Wyoming. En esta época del año, y después de haberse derretido la nieve como lo hizo esa mañana, el viento helado a última hora de la tarde podría alcanzar los cincuenta grados bajo cero; y el granizo golpeaba ya el parabrisas. Decidí correr el riesgo de que me pusieran una multa y dejar el coche delante del complejo principal, donde se encontraban unas cuantas plazas para visitas oficiales. Estaba prohibido que los empleados aparcáramos ahí y que entráramos por el vestíbulo de invitados. Pero solía convencer al guarda de seguridad para que me dejara firmar en el registro en lugar de tener que dar toda la vuelta al inmenso complejo para entrar por los controles oficiales para empleados, en la parte de atrás.

Aparqué en una de las plazas, me puse el abrigo de piel de borrego, me envolví la cara con la larga bufanda de cachemir y me encasqueté la gorra de lana hasta las orejas. Después, bajé del coche, lo cerré con llave y entré zumbando por las puertas de cristal. Y justo a tiempo, porque la ráfaga de viento que sopló en cuanto hube entrado por poco arranca la puerta de las bisagras. Conseguí cerrarla y me dirigí a la siguiente puerta del vestíbulo.

Me estaba quitando la bufanda y restregándome los ojos enrojecidos por el viento cuando lo vi de pie en el mostrador de recepción, firmando. Me quedé helada.

¿Cómo podría olvidar la letra de *Una noche encantada...* «verás un desconocido», si Jersey siempre ponía ese disco, cantado por ella misma junto a Dietrich Fischer-Dieskau en el escenario de la Salle Pleyel?

Así que ése era el desconocido. Aunque el marco no era lo que se dice idílico (el vestíbulo de visitas del Anexo de Ciencia Tecnológica), comprendí sin lugar a dudas que estaba ante el ser humano que había sido creado para mí. Era el regalo que los dioses me enviaban como consolación porque mi primo Sam había muerto. Y pensar que podía haber entrado por otra puerta. Qué sutiles son los misterios que el destino nos depara a la vuelta de cada esquina.

Tenía un aspecto algo divino, o por lo menos de la imagen que yo me había fabricado de un dios. Los cabellos oscuros le caían abundantes hasta el cuello; era alto y esbelto, con ese marcado perfil macedonio que siempre se asocia a los héroes. Vestía un abrigo de piel de ca-

mello y una bufanda de seda blanca que, desabrochados, le colgaban de los anchos hombros. Llevaba un par de guantes caros de piel italiana, que le cubrían unos dedos largos y gráciles. No era ningún ingeniero *cowboy*, de eso no había ni pajolera duda, como hubiese dicho Olivier.

Su porte tenía cierta compostura distante y regia que rozaba la arrogancia. Y cuando se volvió de la guarda de seguridad, Bella, que lo miraba con la boca abierta como un pez, y se dirigió hacia mí, vi que sus ojos, tras pestañas oscuras, eran de un purísimo color turquesa, casi añil, y de una profundidad sorprendente. Esos ojos me recorrieron, se fijaron un momento, y me di cuenta de que con ese atuendo tenía el atractivo de un oso polar.

Se acercaba hacia la salida. ¡Se iba del edificio! Supe, aterrada, que tenía que hacer algo: caer al suelo desmayada o interponerme con los brazos abiertos en medio del paso. Pero en lugar de eso, cerré los ojos y le olí al pasar: una mezcla de pino, cuero y limón que me dejó algo aturdida. Tal vez fueron imaginaciones mías, pero me pareció que murmuraba algo al pasar por mi lado: «encantadora», o quizá fue «deliciosa». O acaso fue sólo «disculpe», porque creo que le bloqueaba parte de la salida. Cuando abrí los ojos, se había ido.

Me dirigí a echar un vistazo al registro, pero cuando llegué al mostrador, Bella, que ya había recuperado la compostura, deslizó una hoja de papel sobre la página abierta. Levanté los ojos sorprendida y vi que me observaba con un aire muy poco profesional. Era más bien la mirada de una gata en celo enojada.

—Tienes que pasar por los controles, Behn —me informó, señalando la puerta que conducía al exterior—. Y el registro de dirección es confidencial.

—Todas las otras visitas pueden leer el registro y ver quién ha venido cuando firman —le indiqué—. ¿Por qué no los empleados? Nunca había oído esa norma.

—Estás en seguridad nuclear, no en seguridad de las instalaciones, por eso no lo sabes —replicó con aire despectivo, como si mi campo correspondiera a algo primitivo en comparación con el suyo.

Le arranqué el papel de debajo de las uñas pintadas de malva antes de que supiera qué había pasado. Me lo arrebató, pero demasiado tarde. Yo ya había leído su nombre: «Prof. Wolfgang K. Hauser; OIEA; Krems, Osterreich.» Tenía una vaga idea de dónde estaba Krems, Austria. Y la OIEA era la Organización Internacional de Energía Atómica, el grupo que velaba por ese sector a nivel mundial, aunque no podía decirse que hubieran tenido demasiado trabajo en los últimos años: Austria era un país desnuclearizado. Sin embargo, el Estado formaba a algunos de los mejores expertos nucleares del mundo. Estaba más que interesada en echar un buen vistazo al *curriculum vitae* del doctor Wolfgang K. Hauser. Y a algo más.

Sonreí a Bella y añadí mi nombre en el registro.

—Tengo una reunión de urgencia con mi jefe, Pastor Dart. Me pidió que viniera del otro edificio lo más rápido posible —le dije en cuanto me hube quitado la ropa de abrigo y la hube colgado en el perchero del vestíbulo.

—Eso es mentira, el doctor Dart todavía no ha vuelto de comer con algunas visitas de Washington —me informó Bella con una expresión altanera en la cara—. Lo sé porque firmó cuando se fue con ellos hace una hora. Míralo tú misma.

—Vaya, supongo que el registro de dirección ha dejado de ser confidencial —le solté con una sonrisa y crucé las puertas interiores.

Olivier estaba sentado en la oficina que compartíamos en el edificio y jugaba con el terminal del ordenador. Éramos los directores de proyecto encargados de localizar, recuperar y manejar «residuos peligrosos» como barras combustibles y otros materiales transuránicos, es decir, materiales que poseen un número atómico superior al del uranio. Les seguíamos la pista con programas diseñados para adaptarse a nuestros requisitos y desarrollados por nuestro propio grupo informático.

—¿Quién es el doctor Wolfgang K. Hauser, de la OIEA en Austria? —pregunté a Olivier cuando levantó la vista de la pantalla.

—¡Oh, no! ¿Tú también? —exclamó, empujando hacia atrás la silla giratoria y frotándose los ojos—. Sólo hace unos minutos que has vuelto al trabajo. ¿Cómo te puedes haber contagiado tan deprisa? Es como una plaga, ese tipo. Hasta la fecha, ni una sola mujer se ha

resistido a sus encantos. Estaba convencido de que serías la única que no sucumbirías. He jugado mucho dinero en ti, ¿sabes? Hemos hecho apuestas en serio.

—Es guapísimo —dije—. Pero hay algo más. Es una especie de... no sé cómo llamarlo; no es magnetismo animal...

—¡Oh, no! —gritó Olivier, se puso de pie y me apoyó las manos en los hombros—. Es mucho peor de lo que creía. Puede que haya perdido hasta el dinero de la compra.

—No habrás apostado el presupuesto para infusiones de hierbas exóticas... —sugerí con una sonrisa.

Se sentó de nuevo con la cabeza entre las manos y se lamentó. De repente, pensé que el doctor Wolfgang K. Hauser era la primera cosa en una semana que me había hecho sonreír y olvidar, durante diez minutos enteros, lo de Sam. Aunque sólo fuera por eso, ya valía la pena que Olivier hubiera perdido la apuesta y que se quedara sin unos cuantos gramos de infusiones esplendorosas de hierbas.

Olivier se levantó de un salto cuando el sistema de alarma empezó a sonar y se oyó una voz por el altavoz.

Estamos comprobando el sistema de alarma para casos de emergencia. Vamos a realizar nuestro simulacro de incendios de invierno. El simulacro será cronometrado por los bomberos locales y por los encargados de seguridad federales. Por favor, diríjense rápidamente a la salida de emergencia más cercana y esperen en el aparcamiento lo más lejos posible del edificio hasta que suene la señal de fin del simulacro.

¡Lo que faltaba! Durante los simulacros de incendio sólo podíamos usar las salidas de emergencia. Sellaban los controles y las puertas que conducían hacia el interior del edificio, donde podían quedar atrapadas personas en una emergencia real, incluida la puerta del vestíbulo donde tenía el abrigo. La temperatura exterior, muy por debajo de los treinta y cinco grados bajo cero cuando llegué, podía haber descendido aún más. Y el simulacro de incendio podía llegar a durar treinta minutos.

—Venga —dijo Olivier mientras tiraba de la *parka*—, recógelo todo y vámonos.

—Tengo el abrigo en el vestíbulo —le conté y empecé a caminar con él hacia la salida a través de la planta de despachos ya vacíos. Un mar de gente fluía por las cuatro salidas hacia el viento glacial que soplaba en el exterior.

—Estás como una cabra —me informó—. ¿Cuántas veces te tengo dicho que no entres por el vestíbulo? Ahora te convertirás en un bloque de hielo. Compartiría el abrigo contigo, pero los dos no cabemos, es demasiado ajustado. Pero nos lo podemos ir turnando hasta que el otro se empiece a poner azul.

—Tengo una *parka* corta en el coche y las llaves, aquí en el bolso —le conté—. Correré hasta el coche y pondré la calefacción. Si el simulacro se alarga demasiado, iré al bar y me tomaré un té caliente.

—Muy bien, voy contigo —comentó Olivier—. Supongo que si entraste por la puerta delantera, significa que también aparcaste de forma ilegal. —Le sonreía cuando cruzamos las puertas con todos los demás, y corrimos siguiendo la parte lateral del edificio.

Cuando fui a abrir, vi que los seguros estaban levantados. Era extraño; yo siempre cerraba el coche con llave. Puede que aquel día estuviera tan abrumada que se me olvidara. Me subí, me puse la *parka* y le di al contacto cuando Olivier entraba por el otro lado. El motor tardó en arrancar, así que había sido una suerte que me hubieran obligado a salir y encenderlo. Con este clima, con poca protección, el aceite del cárter se convierte en un cucurucho de nieve.

Fue entonces cuando observé el nudo, colgado del retrovisor.

De niños, Sam y yo estábamos muy interesados en aprender todo tipo de nudos. Me convertí casi en una experta; sin ayuda de nadie, era capaz de atar la mayoría de nudos como un marinero. Sam afirmaba que los incas de Perú utilizaban los nudos como una forma de comunicación: podían realizar cálculos matemáticos o incluso relatar historias con ellos. De niña, los utilizaba para enviar mensajes a la gente, o a mí misma, para ver si luego recordaba lo que significaban, como cuando te atas un cinta en el dedo.

Tenía la costumbre de dejar trochos de hilo o de cuerda en distintos sitios, como el retrovisor. Y cuando estaba sometida a estrés o tenía que solucionar algún problema, los

ataba y desataba, a veces formando un complejo macramé. Y a la vez que conseguía trenzar el diseño de nudos, resolvía el problema. Sin embargo, no recordaba haber visto ese trozo de cordel cuando conduje hasta casa, ni tampoco al ir al trabajo. Me estaba empezando a fallar la memoria.

Toqué el nudo mientras el coche se calentaba. Eran dos nudos, si se tenía en cuenta la parte que rodeaba el soporte del espejo: un nudo de Salomón, que significaba una decisión crítica, y un nudo corredizo, es decir, un problema escurridizo. ¿En qué estaría pensando cuando puse eso ahí? Solté el hilo y empecé a jugar con él. Olivier había puesto la radio y había sintonizado una canción *cowboy*, gangosa y horrible, de esas que tanto le gustaban. Me arrepentí de haberlo invitado a compartir mi retiro en el vehículo; al fin y al cabo nos pasábamos el noventa por ciento de la vida bajo el mismo techo, como quien dice. De pronto recordé que no había visto el rastro de la entrada y salida de Olivier, ni huellas en la nieve de nadie más, cuando subí el día anterior por la noche (corrección: esa misma mañana) a la parte de delante de la casa. Por mucho que la nieve y el viento hubieran sido constantes e intensos, algo tendría que haber indicado su presencia. Además, ¿por qué no había entrado el correo si había estado en casa todo el tiempo? La trama se complicaba.

—Olivier, ¿dónde te metiste mientras yo estaba fuera?

Olivier me miró con sus ojos oscuros y me besó con suavidad en la mejilla.

—Tengo que confesarte que conocí a una chica vaquera y no me pude resistir.

—¿Pasaste la tormenta con una chica vaquera? —pregunté, sorprendida, porque Olivier no era de los que ligan para una sola noche—. Ponme al día. ¿Es bonita? ¿Es mormona como tú? ¿Y dónde estuvo mi gato mientras sucedía todo eso?

—Dejé al pequeño argonauta con un gran bol de comida; la bebida, bueno, se la sirve él mismo. Y en cuanto a la damisela, nuestra relación se describe mejor en pretérito perfecto. Se derritió junto con la nieve y supongo que ahora está tan congelada como el hielo de aquí fuera.

Muy poético.

El fin de semana que viene tengo que ir a Sun Valley —dije—.

¿Vas a abandonar de nuevo a Jason en ese gélido sótano, o es mejor que me lo lleve conmigo?

—¿Vas a esquiar? —curioseó Olivier—. ¿Por qué no nos llevas a los dos contigo? Estaba intentando decidir dónde podría ir para aprovechar la nieve que ha caído. En Sun Valley tienen un metro de nieve en polvo en las pistas de descenso y un metro y medio en las zonas de recepción. —Olivier era un esquiador excelente y se deslizaba como una pluma sobre la nieve en polvo. Yo no conseguía dominar ese tipo de nieve, pero me encantaba verlo de lejos.

—Verás —dije—, no creo que vaya a tener mucho tiempo para estar en las pistas. Mi tío viene de visita. Quiere comentarme algunos asuntos familiares.

—¡Qué extraño! —soltó Olivier—. Parece que ahora que has heredado, tu familia, antes ausente, te presta muchísima atención. —Enseguida pareció arrepentirse de haber hecho tal comentario.

—No te preocupes —lo tranquilicé—. Estoy empezando a superarlo. Además, mi tío es muy rico. Es un director y violinista famoso.

—¿No será Lafcadio Behn? ¿Es ése tu tío? —me preguntó Olivier—. Con tan pocos Behn en el mundo, siempre me he preguntado si eras pariente de alguno de los famosos.

—Probablemente de todos ellos —comenté con una mueca.

La señal sonó cuando le estaba diciendo a Olivier que podía venir conmigo el fin de semana si así lo deseaba. Sin muchas ganas, apagué el motor para regresar al intenso frío. Al cerrar la puerta del coche, recordé que también lo había hecho en mi primer viaje hasta el vestíbulo. No eran imaginaciones mías: alguien había forzado la puerta para entrar.

Eché un vistazo al asiento trasero. Todo lo que solía llevar seguía ahí, aunque no en su sitio. Alguien había registrado el coche. Cerré la puerta de todos modos, en una especie de acto reflejo. Seguí a Olivier hasta la entrada posterior y por poco tropiezo con mi jefe, Pastor Dart, que se disponía a entrar.

—¡Ya has vuelto! —exclamó, dibujando una sonrisa en sus agresivas facciones—. Ven a mi oficina dentro de una media hora; entonces estaré libre. Si hubiera sabido que te incorporabas hoy, me habría quitado los papeles de en medio. Tengo que comentar muchas cosas contigo.

Bella, la guarda de seguridad, que iba delante de nosotros, se volvió para mirarnos por encima del hombro. Le dije al Tanque que iría y me dirigí a la oficina, donde el teléfono empezaba a sonar.

—Contesta tú —me pidió Olivier—. Se me había olvidado, antes de que llegases te llamó una periodista para hablar de unos documentos que dijo que has heredado. Pero el resto de la mañana, cada

vez que he contestado el teléfono me han colgado sin más. Será algún tarado.

Descolgué el teléfono al cuarto timbre y contesté.

—Habla con Ariel Behn, de Control de Residuos.

—Hola, listilla —me saludó esa voz cálida y conocida; una voz que creía que no volvería a oír nunca salvo en sueños—. Lo siento. Siento muchísimo haber tenido que hacerlo así, pero no estoy muerto —prosiguió Sam—. Sin embargo, es posible que pronto lo esté, si no me ayudas. Y rápido.

LA RUNA

MARSIAS: *¡Negro, negro, insufrible negro!*

¡Vete, espectro de los tiempos, vete!

Baste con que llegara más allá.

Descubrí que el secreto de la unión

de pensamiento a pensamiento, a través de infinitos años,

a través de muchas vidas, en muchas esferas,

culminó en el oscuro designio

de esta existencia que es la mía.

Sabía mi secreto. Todo lo que era... todo lo que soy.

La runa se completa cuando todo lo que seré brilla

como una sombra en el cielo...

OLIMPO: *A través de la vida, a través de la muerte, por tierra y mar sin duda os seguiré.*

ALEISTER CROWLEY, *Aha*

Tuve que sentarme, y deprisa. La sangre se me escurría del cerebro como el remolino de un fregadero, y me derrumbé en la silla. Bajé la cabeza a la altura de las rodillas para evitar desmayarme.

Sam estaba vivo. Vivo. Estaba vivo, ¿o no? ¿O acaso era un sueño? A veces pasan cosas así en los sueños, cosas que parecen muy reales. Pero la voz de Sam seguía ahí y me zumbaba en el oído, a pesar de que yo acababa de regresar de su entierro. Estaba claro que mi salud mental necesitaba un chequeo.

—¿Ariel, estás ahí? —La voz de Sam denotaba preocupación—. No te oigo respirar.

Era cierto: había dejado de respirar. Tuve que esforzarme de forma consciente para reiniciar, incluso para activar esta función fisiológica básica y automática. Tragué saliva, me agarré al brazo de la silla, me incorporé y me obligué a mí misma a responder.

—Hola —dije. Era ridículo. ¿Pero qué demonios podía decir?

—Lo siento. Sé lo que estarás pasando en este momento, Ariel —comentó Sam: nadie hasta entonces se había quedado tan corto en una afirmación—. Pero, por favor, no me hagas preguntas hasta que pueda explicártelo todo. De hecho, podrías ponerte en peligro si dices cualquier cosa, a no ser que estés sola.

—No lo estoy —le respondí con rapidez. Todo ese rato, intentaba dominar mi mente desbocada y conseguir algo parecido al control de mis biorritmos.

—Me lo suponía —dijo Sam—. Te he estado llamando toda la mañana, pero colgaba cuando contestaba otra persona. Ahora que te he localizado, lo más importante es encontrar una línea telefónica limpia. Es fundamental que te ponga al corriente de lo que ha pasado.

Podrías llamarme a casa —sugerí, y elegí las palabras con sumo cuidado.

También alejé la silla con ruedas de donde estaba Olivier, que seguía ocupado en el ordenador, de espaldas a mí.

—No es buena idea; tienes el teléfono pinchado —dijo Sam, que sabía este tipo de cosas—. La línea de la oficina está limpia, por lo menos de momento, lo suficiente para que elaboremos un plan. Tu coche tampoco es seguro —añadió, con lo que se adelantó a mi siguiente pregunta—. Alguien entró y lo registró a fondo. Te dejé esos nudos para avisarte. Espero que no hayas escondido nada de valor especial en el coche ni en casa: estoy seguro de que te están siguiendo auténticos profesionales.

¿Auténticos profesionales? ¿Qué quería decir con eso, que estaba envuelta también en esta historia de espías? Era lo único que me faltaba por oír después de todo lo que había tenido que pasar en las últimas veinticuatro horas.

—Me pareció que estaba todo bien —me limité a decir, aunque me habría gustado saber a qué se refería Sam con lo de «nada de valor especial».

Olivier se había levantado y se estaba estirando. Cuando dirigí la vista hacia mí, hice girar la silla para ponerme de cara al escritorio y empecé a simular que tomaba notas técnicas importantes de la conversación telefónica. La sangre me seguía martilleando la cabeza pero sabía que no tenía que entretener demasiado a Sam al teléfono.

—¿Qué sugieres que hagamos? —le pregunté deprisa.

—Tenemos que establecer un método para poder hablar a horas convenientes, sin que los que te siguen se den cuenta de que te traes algo entre manos. Llamar desde cabinas en la calle queda descartado, por ejemplo.

Para ser sincera, ésta había sido mi primera idea. Borra eso.

—¿Por ordenador? —sugerí mientras seguía garabateando en el bloc. Deseaba con todas mis fuerzas que Olivier se fuera a dar una vuelta.

—¿El ordenador? —dijo Sam—. No es bastante seguro. Cualquier imbécil puede introducirse en un ordenador del Gobierno, y más aún un ordenador de seguridad. Tenemos que establecer una clave multicapas para protegernos, y nos falta tiempo. Hay un bar de *cowboys* en la calle de tu oficina, el No-Name. Te llamaré ahí dentro de quince

minutos.

—Tengo una reunión con mi jefe —le informé—. Veré si...

En ese mismo instante, con un oportunismo impecable, el Tanque asomó la cabeza por la puerta.

—Me he quitado de encima los papeles antes de lo que me esperaba, Behn. Ven a mi oficina en cuanto termines lo que estás haciendo. Tenemos que comentar algo importante.—Está bien, supongo que tienes que ir —oí que Sam me decía. Olivier empezó a seguir al Tanque a la reunión. Sam añadió—: Quedemos dentro de una hora, entonces. Si todavía estás ocupada, seguiré llamando cada quince minutos más o menos hasta que consiga encontrarte. Ariel, de verdad que lo siento mucho, muchísimo. —Y colgó.

Devolví el auricular al teléfono con mano temblorosa y cuando intenté levantarme, me fallaron las piernas.

El Tanque se había detenido en la puerta y estaba hablando con Olivier:

—No te necesitaré en la reunión, sólo a Behn. Tendría que dedicarse a un proyecto urgente durante un par de semanas. Un poco de «tiroteo» para ayudar a Wolfgang Hauser de la OIEA.

Acto seguido se marchó y Olivier se sentó de nuevo con un gemido.

—¿Qué he hecho yo para merecer esto, Moroni? —preguntó con la mirada clavada en el techo como si esperara ver al profeta suspendido ahí en el aire. Luego me miró con aire de irritación—. ¿Te das cuenta de lo que esto significa? He perdido también el presupuesto de todo un año para pastas vegetales multicolores del norte de Italia y lo que dedico a los vinagres selectos con hierbas y especias.

—No sabes cuánto lo siento, Olivier —mentí y le di unos golpecitos en la espalda antes de desaparecer por la puerta en una especie de nube.

Me cago en dios. Tenía toda la pinta de que el día iba a ser muy interesante. El complejo de Idaho donde trabajaba era el principal del mundo en lo que se refiere a investigación en seguridad nuclear: es decir, estudiábamos cómo se habían producido los accidentes y cómo podían haberse evitado.

El aspecto de nuestro trabajo que había adquirido especial prominencia se enmarcaba dentro del proyecto exacto en el que Olivier y yo habíamos estado trabajando durante los últimos cinco años. Olivier y yo controlábamos la mayor base de datos existente para identificar y registrar dónde se almacenaban o enterraban materiales tóxicos, peligrosos y transuránicos. Como pioneros en ese campo, nos parecía de lo más lógico haber acumulado también las mayores reservas de humor escatológico del mundo. Ocurrencias del tipo: «Los productos de desecho de los demás nos dan de comer.»

Pero Olivier y yo no aportábamos más que el aperitivo. Las investigaciones realizadas en Idaho que de verdad nos daban de comer eran las pruebas de gran alcance sobre «fusión accidental del núcleo» y otro tipo de accidentes, en nuestros reactores en medio del desierto de lava. Aunque no era sorprendente que la Organización Internacional de Energía Atómica, organismo de control mundial, enviara a Idaho a un representante como Wolfgang Hauser para intercambiar ideas sobre esos temas, no estaba preparada para lo que me explicó el Tanque sobre esa futura misión.

—Ariel, ya sabes los problemas a los que se enfrenta la Unión Soviética en estos momentos —fueron sus primeras palabras cuando me tuvo sentada en su despacho y hubo cerrado la puerta.

—Sí, claro. Lo veo todos los días por televisión, en las noticias —contesté. Gorbachov lo tenía mal al querer introducir la libertad en un país que había mandado a prisión y ejecutado a millones de personas para evitar que hablaran siquiera del tema en una conversación de ascensor.

—La OIEA tiene miedo de que la Unión Soviética pierda el control de algunas de sus repúblicas —prosiguió el Tanque—, quiero decir que lo pierda de forma permanente, de que puedan existir grandes reservas de armas y materiales nucleares en ellas, por no decir nada de los reactores reproductores que tanto les gustan, muchos de ellos antiguos y con sistemas de control insuficientes. Si todo eso cayera en manos de gente inexperta, sin la supervisión de

autoridades centralizadas, no tendrían nada que perder y en cambio sí mucho que ganar con esa situación.

—Me ca... chis —dije—. ¿Y qué puedo hacer para ayudar?

Eché la cabeza atrás y rió, una risa sorprendentemente abierta y cálida. A pesar de su bien ganada fama, no podía evitar que la mayoría del tiempo Pastor Owen Dart me cayera bien. Excampeón de boxeo en el ejército y veterano de Vietnam, sus facciones duras, el rostro curtido y delgado, y los abundantes cabellos de color castaño claro eran emblemáticos de su carácter. Aunque no era mucho más alto que yo, el Tanque era un luchador nato que se superaba cuando estaba en aprietos. Pero me sentía aliviada de no haberlo contrariado nunca. Por desgracia para mí, eso iba a cambiar.

—¿Tu misión, quieres decir? —preguntó el Tanque—. Dejaré eso en manos de Wolf Hauser cuando regrese. Si hubiera sabido que ya estabas de vuelta, lo habría hecho esperar para que os conocierais. Va a estar fuera el resto de la semana para realizar trabajo de campo. Todo lo que te puedo avanzar, y que quede entre nosotros, es que tu participación requiere que viajes a Rusia con el doctor Hauser dentro de unas semanas; ya se han iniciado los preparativos necesarios.

¿Rusia? No podía largarme a Rusia. Sam acababa de resucitar de la tumba, huía de una brigada de asesinos a sueldo salidos de Dios sabe dónde y merodeaba a pocos metros de allí, en el aparcamiento, para dejarme mensajes en trocitos de cuerda. Sam y yo creíamos tener problemas para comunicarnos tal como estaban las cosas, pero por lo que yo sabía, en la Unión Soviética ni siquiera funcionaban los teléfonos. Por mucho que me apeteciera la idea de una escapada íntima al extranjero con el atractivo y oloroso doctor Wolfgang Hauser, sabía que tenía que acabar con ello de raíz.

—Le agradezco la oportunidad, señor —me excusé ante el Tanque—, pero la verdad es que no entiendo cómo podría ayudar en este proyecto. No he estado nunca en Rusia y no hablo el idioma. No estoy doctorada en química ni en física, así que no sabría lo que estaba clasificando aunque se me echara encima y me mordiera. Mi trabajo ha consistido siempre en seguir el rastro y controlar lo que otras personas ya habían descubierto e identificado. Además, le dije a Olivier que este trabajo sólo duraría unas semanas y que eso no me apartaría de nuestro propio proyecto.

Me había quedado sin aliento después de tanta marcha atrás, pero parecía que mi vehículo no iba a ninguna parte.

—No te preocupes —me aseguró el Tanque, en una voz nada tranquilizadora—, le tenía que decir algo a Maxfield o se habría preguntado por qué no se le había incluido en esto. Al fin y al cabo, dirigís vuestro proyecto de forma conjunta.

Exacto, tenía ganas de preguntarle por qué no habían incluido a Olivier, pero la voz del Tanque había adquirido ese tono distante que solía usar con aquellos a quienes ya había preparado el servicio fúnebre. Se había levantado y me acompañaba a la puerta. Sentí un escalofrío al pensar lo que todavía tenía que hacer.

—Lo cierto es que la OIEA te seleccionó hace meses, basándose en tu expediente y mi recomendación —añadió antes de llegar a la puerta—. Se ha comentado todo a fondo y ya está decidido. Entre nosotros, Behn, yo estaría encantado ante esta oportunidad. Es un chollo de misión. Deberías besar mi mano por habértela conseguido.

Me estaba intentando recuperar de los diversos golpes que había recibido desde la hora de comer.

—¡Pero si ni siquiera tengo el visado ruso! —solté, cuando abrió la puerta del despacho.

—Ya está solucionado —dijo el Tanque con frialdad—. Te darán el visado en el consulado de la Unión Soviética en Nueva York.

Maldición; otro intento fallido. Bueno, como mínimo me había enterado de las malas noticias antes de mantener mi charla privada con Sam. Quizás a él se le ocurriría algo, además de todo lo que ya tenía que resolver, para evitarme este viaje.

Por cierto—añadió el Tanque, en un tono más conciliador, cuando ya me iba—, creo que la semana pasada faltaste porque tenías que asistir a un entierro de alguien de la familia. Espero que nadie demasiado próximo.

—Más próximo de lo que puedo decir —respondí con una expresión evasiva y le puse la mano en el brazo—. Gracias por preguntarlo.

Al irme por el pasillo, eché un vistazo al reloj y me pregunté lo cerca que estaría Sam. Luego, fui a ponerme mi ropa térmica y me dirigí al bar No-Name.

El interior, oscuro y con paneles de madera, estaba impregnado de cerveza y humo. La máquina de discos estaba funcionando. Llegué unos veinticinco minutos antes de la hora. Me senté en una mesa cerca del teléfono de pared, pedí un Virgin Mary y esperé. Al final, sonó el teléfono. Me levanté y lo cogí antes de que se silenciara el primer timbrado.

—Ariel. —La voz de Sam parecía aliviada al oír que contestaba yo—. Me he vuelto loco desde el entierro intentando explicártelo todo, para que supieras lo que había pasado, de qué va todo esto. Pero dime, ¿cómo estás?

—Me parece que me estoy recuperando —le dije—. No sé si echarme a reír o a llorar. Estoy histérica de alegría porque estás vivo, pero furiosa por habernos hecho pasar a todos, y en especial a mí, por este suplicio. Por ahora, me tendré que creer que tuviste que hacerte pasar por muerto. ¿Lo sabe alguien más?

—Nadie puede saber que no he muerto, por ahora, excepto tú —afirmó Sam con la voz tensa como una cuerda de guitarra—. Si alguien más averigua que estoy vivo, correremos un terrible peligro.

—¿Por qué hablas en plural, rostro pálido? —citó el comentario de Tonto al Llanero Solitario cuando se vieron rodeados por apaches hostiles.

—Estoy hablando en serio, Ariel. Ahora mismo, tú corres más peligro que yo. Tenía miedo de que no volvieras directamente a Idaho, de que te marcharas sola a algún sitio y no recibieras el paquete. Cuando descubrí que teñías el teléfono pinchado y que te habían registrado el coche, no dejaba de rezar para que hubieras tenido la presencia de ánimo de ponerlo a buen recaudo...

La camarera recogía la propina de la mesa y levantaba las cejas para preguntar si quería otra bebida.

Sacudí la cabeza y dije a Sam al otro lado del hilo:

—No te entiendo. —Aunque me temía que sí. Cuando la camarera ya no podía oírnos, añadí en un susurro ronco—: ¿Qué paquete?

Se produjo un silencio terrible. Percibí la tensión a través de la línea. Cuando Sam habló, le temblaba la voz.

—No me digas que no lo has recibido, Ariel —dijo—. Por lo que más quieras, no me digas eso. Tenía que quitármelo de encima, y rápido, antes del funeral. Eras la única en quien podía confiar ciegamente. Lo metí en un buzón de correos, con tu dirección. Lo mandé como paquete postal ordinario. Estaba seguro de que nadie imaginaría una cosa tan descarada y atrevida: enviarlo por correo. Esperaba que volverías después de que llegara, que te estaría esperando en la oficina de correos. ¿Cómo es posible que no lo hayas recibido, a no ser que, quizá, no hayas recogido aún las cartas? —indicó, sin muchas esperanzas. La voz todavía le fallaba por el miedo.

—Me cago en dios, Sam —susurré—. ¿Qué me has hecho? ¿Qué me enviaste por correo? Espero que no fuera mi «herencia».

—¿Lo mencionó alguien durante el entierro? —preguntó también en un susurro, como si alguien estuviera escuchando a través de la línea.

—¿Alguien? —Tuve que controlar la voz—. Lo leyeron en voz alta en el testamento. Augustus y Grace dieron una conferencia de prensa. Los periódicos han estado llamando para intentar encontrarlo. Tío Laf viene volando desde Austria. ¿Te parece poco?

Se me estaba empezando a secar la garganta de tanto susurrar con fuerza. No me podía creer lo que le había pasado a mi, hasta hacía poco, tranquila y bien organizada vida, que ahora parecía confeti. No podía creer que Sam estuviera vivo y que yo quisiera matarlo.

—Ariel, por favor —suplicó Sam. La voz le sonaba como si se estuviera tirando de los cabellos—. ¿Has recogido el correo o no? ¿Hay alguna explicación posible para que no hayas —se le formó un nudo en la garganta— visto el paquete?

Me sentía mareada. No costaba mucho imaginarse lo que ese paquete contenía: los

manuscritos de Pandora. Los manuscritos que todo el mundo estaba tan ansioso por conseguir. Los manuscritos por los que yo creía que Sam había muerto.

—Me olvidé del correo —solté. Oí que Sam inspiraba con fuerza al otro extremo del hilo, así que añadí, irritada—: ¡Estaba algo trastornada! Tenía que ir al entierro de un pariente muy cercano. Se me olvidó.

Pues si estuvo todo este tiempo en tu buzón —siguió susurrando Sam—, ¿dónde está ahora? Fantástico. Estaba entre un montón de cachivaches en el suelo de mi cuarto de estar o bien enterrado a dos metros de profundidad, bajo la nieve. Entonces, me vino a la cabeza la imagen de cómo me hundía en la nieve y lanzaba la correspondencia a la carretera, bajo el coche. _ Vacíé el buzón cuando llegué a casa ayer por la noche —informé a Sam— y lo tiré por el suelo. No lo miré anoche, todavía está ahí.

—Dios mío —suspiró Sam—. Si tenías la línea pinchada antes de llegar a casa, seguro que ya te han registrado el piso a fondo, y puede que más de una vez, pero seguro que hoy han vuelto, después de que te fueras a trabajar. Casi me matan por ese paquete, Ariel, y sólo estarás segura mientras crean que todavía no lo has recibido. No pensé en el peligro que correrías cuando te lo mandé.

—¡Muy bonito! —exclamé—. ¿Es como una de esas cadenas de cartas, que no puedes romper o te cae una maldición eterna?

—No lo entiendes, nos caerá una maldición —respondió Sam. Nunca había oído esa nota de desesperación en él. Bajó la voz y, cuando habló, era como si lo hiciera desde el fondo de un pozo—. Es muy importante que ese paquete no caiga en malas manos, Ariel. Es más importante que nosotros, más importante que tu vida o la mía.

—Perdona, ¿cómo dices? —solté—. ¿Estás chiflado o qué? ¿Qué intentas decirme? ¿Que debería arriesgar la vida por algo que no he visto? ¿Por algo que ni siquiera quiero saber?

—Forma parte de ti y tú formas parte de ello —dijo Sam, por primera vez molesto—. Aunque lamento mucho, muchísimo, haberte metido en esto, Ariel, no se puede retroceder en el tiempo. Eres la única que puede encontrar ese paquete, y te digo que tienes que hacerlo. De lo contrario, las vidas que estarán en juego no serán sólo las nuestras, te lo aseguro.

No tenía ni idea de lo que tenía que hacer. Sólo quería salir corriendo, esconderme bajo la cama y chuparme el pulgar. Pero intenté dominarme.

—A ver, vayamos por partes. ¿Cómo era el paquete? —le pregunté.

Pareció concentrarse. Sus palabras sonaban crispadas.

—Era del tamaño de unas quinientas páginas —dijo.

—¡Eso es fantástico! No había nada así en el buzón —exclamé. Lo sabía porque había sujetado toda la correspondencia con una mano cuando empecé a hundirme en la nieve, y luego la lancé toda a la carretera—. Sólo hay una explicación: todavía no ha llegado —concluí.

—Eso nos da algo más de tiempo, pero no mucho —afirmó Sam algo lúgubre—. Puede que llegue hoy que tú no estás en casa. Pero es probable que ellos sí, o al menos que la estén vigilando.

Me moría de ganas de saber quiénes eran ellos, pero primero tenía que averiguar lo básico.

—Podría pedir que dejen de mandarme el correo a partir de hoy —empecé a decir, pero Sam me interrumpió.

—Demasiado sospechoso. Entonces deducirían que iba en el correo. Como te dije, no creo que te hagan nada hasta que estén seguros de que tienes el paquete, o lo tengan ellos, o sepan cómo va a llegar; así que de momento no corres peligro. Deberías ir a casa a la hora de siempre y mirar en el buzón como si nada, como lo harías de costumbre. Intentaré enviarte un mensaje de algún modo. Para curarnos en salud, te llamaré aquí mañana a la misma hora.

—Roger —contesté—. Pero si tienes que hablar antes conmigo, mi dirección de correo electrónico es ABehn@Nukesite. Puedes cifrar el mensaje de la forma que quieras. Basta con que me mandes, en otro mensaje, una pista de cuál has usado, ¿vale? Ah, oye, tío Laf viene este fin de semana. Voy a verme con él en Sun Valley Lodge. Me dijo que me iba a contar la historia de mi... herencia.

—Eso será muy interesante, viniendo de Laf. Toma bien los apuntes —dijo Sam—. Mi padre

no hablaba mucho de la historia de la familia, como el tuyo. Además, si vas a estar en el hotel, podemos encontrar el modo de despistar a los que te vigilan y encontrarnos en la montaña. Los dos nos conocemos el terreno como la palma de la mano.

—Muy buena idea, pero resulta que mi compañero de piso y mi gato también vendrán —le expliqué—. Bueno, ya se nos ocurrirá algo. Si vivimos el tiempo suficiente. Dios mío, Sam, estoy contenta de que estés, esto, por aquí. —No parecía capaz de cortar esta conexión umbilical verbal, a pesar de que la camarera volvía a acercarse a la mesa y yo sabía que debía colgar.

—Lo mismo digo, listilla —respondió Sam—. Espero que ambos estaremos por aquí durante mucho tiempo. Y, por favor, perdóname. Tenía que hacerlo así.

—El tiempo lo dirá —comenté.

Recé para que nos quedara bastante a los dos. Al menos lo bastante para dar con los mortíferos archivos de Pandora.

Olivier tenía que trabajar hasta tarde si quería adelantar lo suficiente para poder irse el fin de semana a esquiar, así que me pasé por la tienda de comestibles para comprar un bistec y la guarnición para la cena de Jason y mía. Cuando llegué a casa, ya era de noche, pero la luna brillaba por entre las nubes y el viento se había llevado suficiente nieve para que casi alcanzara a distinguir el camino. Bajé del coche y lancé algo de sal y gravilla. Luego, aparqué el coche y dejé salir a Jason para que probara la nieve.

Una vez que hube guardado la compra, subí por el camino con la mayor indiferencia posible hacia el buzón. Aún oía la voz de Sam diciendome que me comportara como de costumbre, aunque el corazón me latía con fuerza; observé medio ausente a Jason, que saltaba por la nieve helada que cubría aún la pendiente del jardín. Rezaba para encontrar el paquete ahí esperando, fueran cuales fuesen las terribles consecuencias que pudiera desencadenar, para poner fin al terror pegajoso que sentía cada vez que pensaba en ello.

Mientras sacaba las cartas, las nubes ocultaron de repente la luna y sumieron la carretera en la oscuridad. Incluso a tientas me di cuenta de que no había ningún paquete grande. El corazón me dio un vuelco. Eso significaba otro día dominado por el suspense, y quizás otro y otro más, mientras mi vida y la de Sam corrían peligro hasta que el paquete obrara en nuestro poder. Pero ahora sería mil veces peor, porque yo ya no vivía en la más feliz de las ignorancias.

En ese preciso instante, se hizo la luz en mi cerebro: sabía lo que no encajaba.

Nadie se había llevado el paquete misterioso de Sam. No había estado ni estaría nunca en el buzón: era imposible. Mi buzón era más pequeño que un pliego de quinientas hojas. Y como la nieve había impedido que nadie llegara a la puerta de casa para dejar un paquete, tal como había observado ayer mismo por la noche, el cartero no podía haberlo entregado. Cuando eso sucedía, dejaba un papehto amarillo para informarme que tenía que pasar por la estafeta de correos durante las horas de oficina para recogerlo.

Por muy «profesionales» que fueran los individuos a que se refería Sam, sabía que ni un delincuente ni un espía sería lo bastante tonto como para plantarse en mitad de la carretera, en una zona rural como ésta, donde todo el mundo conoce a sus vecinos, para hurgar en el buzón y llevarse un papehto amarillo. Sobre todo, si no tenían el menor indicio de que el objeto «valioso» llegaría como paquete ordinario.

Y aun en el caso de que alguien hubiera encontrado la notificación, tendría que recoger el paquete en la oficina de correos, lo que sería muy arriesgado en una población tan pequeña, donde un desconocido que quisiera llevarse la correspondencia de otra persona sería no ya chocante, sino que sin duda sería objeto de un sinfín de preguntas. Y es que los de Idaho no nos fiamos de los desconocidos. Si el paquete había llegado, el aviso amarillo seguiría en casa, entre el montón húmedo de correo, donde podrían haberlo encontrado si hubieran registrado el piso esa tarde. Aunque no encontrara el papelito esa noche, podía acercarme a la estafeta cuando abrieran, a primera hora de la mañana, para recoger el paquete en persona, con o sin resguardo.

Regresé a la casa con las cartas del día en la mano para repasar el correo de toda la semana, todavía mojado y en el suelo. Pero a mitad de camino, las nubes se abrieron un instante y los

rayos blanquecinos de la luna iluminaron el jardín. Vi a Jason sentado en las olas de nata montada que formaba la nieve, tocando una hoja con la pata. Lo llamé para que entrara conmigo para cenar. Entonces, me quedé helada.

Aquello no era una hoja, sino un papelito amarillo medio enterrado en la nieve, que debió de salir volando del montón de cartas que había lanzado a la carretera la noche anterior.

No podía estar más a la vista y aun así, menos inalcanzable. Esa capa de nieve era bastante fuerte para soportar el peso de un gato pequeño, pero era imposible que aguantara los cincuenta saludables kilos de chica atómica. Si intentaba llegar al lugar donde Jason estaba jugando con el papel, la capa se rompería y se repetiría la escena del día anterior. Tampoco podía llegar con los esquís nórdicos, como el día anterior, porque me estaban vigilando y eso resultaría más conspicuo que llamar desde cabinas telefónicas en la calle. Sam no lo aprobaría.

Sólo había una opción: esperar que la obsesión y el talento de Jason para recuperar cosas funcionaran con algo más que su pelotita roja de goma.

—Cógelo, Jason —susurré, acuclillada en el camino, y alargué la mano.

Jason me miró y movió la cola. Las nubes volvieron a unirse y nos sumieron en la oscuridad. Seguía distinguiendo la silueta del cuerpo menudo de Jason contra el blanco inmaculado de la nieve, pero con esa luz, o más bien debido a la falta de ella, ya no veía el papel. Rogué al Señor para que no lo enterrara del todo y me tocara salir al día siguiente a excavar todo el jardín para encontrarlo. Resultaría difícil hacer eso «como de costumbre», como Sam me había indicado, peor aún que la idea de los esquís nórdicos.

—Vamos, Jason —susurré algo más fuerte. Esperaba que los fisgones invisibles no estuvieran en el bosque, justo al otro lado de la carretera.

Me levanté e intenté actuar como una mujer normal que está llamando al gato para cenar. Seguí bajando por el camino con la intención de no exagerar la nota. Además, incluso el propio Jason empezaría a sospechar si empezaba a comportarme de modo demasiado normal. Estaba acostumbrado a vivir en un ambiente muy excéntrico. A pesar de todo, captó el mensaje. Antes de que pudiera llegar a la puerta trasera, ya se estaba apretujando contra mis botas como siempre que quería que lo cogiera del suelo. Me volví a agachar en la oscuridad, me quité los guantes y le acaricié la cara para notar lo que no podía ver: llevaba un trozo de papel en la boca.

«Gracias a Dios», pensé, sin querer profundizar en lo que podría suceder inmediatamente tras este hallazgo. El corazón me volvía a latir con fuerza mientras le quitaba con cuidado el papel y lo sostenía delicadamente entre dedos temblorosos.

—¡Bien hecho, gatito! —susurré. Jason ronroneó y le di unas palmaditas en la cabeza.

En ese instante, el camino quedó inundado de una luz cegadora; me ahogaba en esa luz y me quedé paralizada como una liebre ante el fulgor deslumbrante, mientras un motor gigante lanzaba rugidos desde arriba y avanzaba implacable hacia mí. Incapaz de decidir dónde refugiarme, me sentí dominada por el pánico. Jason se había escondido detrás de mí como para protegerse de un monstruo voraz. Aun así, en esa fracción de segundo, reuní la presencia de ánimo suficiente para guardarme el papelito en la manga del abrigo.

Los elevados haces de luz y el motor atronador se acercaban, entrando por el camino y cortando todas las salidas. Me quedé ahí clavada por el ruido, mientras intentaba a ciegas encontrar el coche para usarlo como barrera. Entonces, las luces y el motor se apagaron de repente, aunque seguía sin poder ver, y de nuevo quedamos sumidos en las tinieblas. La puerta de un coche se abrió y se cerró con un golpe, y oí la voz de Olivier, con su acento de Quebec:

—Pero bueno, ¿es que nunca se cansarán de jugar en la nieve? —oí que gritaba.

—¿Qué es ese monstruo? —lancé al vacío—. Los faros parecen estar a tres metros de altura. Me has dado un susto de muerte.

—Querrás decir que por poco te mato del susto —bromeó Olivier mientras su voz se acercaba a mí en la oscuridad—. Se me congeló el aceite del cárter. Supongo que la temperatura bajó demasiado. Larry, el programador, me prestó el camión hasta mañana. Lo llevé a su casa en la ciudad antes de venir hasta aquí.

Era curioso cómo Olivier se había acercado por la carretera, donde no había ni tráfico ni luz,

sin que yo hubiera visto ni oído el camión, pero estaba tan aliviada de que fuera él en lugar de la banda de espías asesinos que me esperaba, que cuando lo tuve cerca le di un abrazo, y los tres entramos juntos en la casa.

—Sólo he comprado un bistec —le indiqué en el rellano donde nuestras dos escaleras divergían—. Creí que tomarías algo rápido en la oficina.

—Quita,quita. —Movi6 la mano como negativa—. No he parado desde el desayuno; no podría tragar nada. Me ir6 a dormir, si al argonauta y a ti no os importa cenar solos. Quiz6s el sueño reparador haga milagros.

Son6 el tel6fono y Olivier arque6 una ceja. No era normal que recibiera tantas llamadas.

—Espero que mi tel6fono no est6 adoptando malas costumbres —insinu6—, o tendr6 que adaptarme al siglo xx y comprarme uno de esos endiablados contestadores autom6ticos.

Olivier y yo nos separamos; baj6 corriendo las escaleras y descolgu6 al sexto timbre.

¿Ariel Behn? —pregunt6 una mujer con una voz estridente y un afectado acento entre americano y brit6nico—. Soy Helena Voorheer-LeBlanc, del *Washington Post*. —Caray, eso s6 que era un nombre. Pero a m6 nunca me hab6an gustado las mujeres periodistas: demasiado insistentes—. Señora Behn —sigui6, sin esperar mi respuesta—espero que no le importe mi intrusi6n en estos momentos de dolor, pero he intentado localizarla en varias ocasiones en el trabajo y su familia me dio este n6mero particular. Me aseguraron que no le importar6a hablar conmigo unos minutos. ¿Le ir6a bien ahora?

—Igual que cualquier otro rato —acced6 con un suspiro.

Me estaba entrando dolor de cabeza, sin duda propiciado por la cantidad de veces que el coraz6n me hab6a dado un vuelco esa tarde. El bistec se me estaba calentando, el piso se me estaba enfriando y llevaba guardado en la manga un pedazo de papel amarillo que quemaba m6s que el nobelio, elemento con una vida media mucho mayor que la m6a propia si no le pon6a r6pido remedio. ¿Una entrevista con el *Washington Post*? ¿Qu6 demonios, por qu6 no?

—¿Qu6 le gustar6a saber, señorita... LeBlanc? —pregunt6, muy educada, mientras sacaba y examinaba la hojita amarilla que Jason hab6a recuperado. S6, era 6se. C6digo postal: San Francisco. La casilla marcada dec6a: «Paquete mayor que el buz6n.»

Me sent6 en el sof6 de piel y me quit6 el abrigo. Luego, me guard6 el papel en el bolsillo de los pantalones negros y empec6 a preparar el fuego en la chimenea, donde sol6a cocinarme la cena. Jason se subi6 a la repisa de un salto e intent6 lamerme la cara, as6 que le acaric6 las orejas un poquito. Por un breve instante, me pregunt6 de qui6n ser6a el cuerpo despedazado que yac6a en ese ata6d, bajo tierra. ¿O acaso hab6an sepultado un pedazo de plomo o una piedra en lugar de a Sam?

—Su primo deb6 de ser un hombre muy valiente —fue la siguiente aportaci6n de la señora V-LeBlanc a la conversaci6n.

—Ver6, no tengo muchas ganas de hablar sobre mi difunto primo en este momento —le indiqu6 mientras lanzaba troncos sobre las cenizas de la noche anterior—. ¿A qu6 viene este repentino inter6s por m6 y por mi familiar? Me temo que nadie me lo ha aclarado demasiado.

—Señora Behn..., Ariel, ¿le importa que la llame Ariel? Como ya sabr6, durante tres generaciones, en su familia han surgido personas c6lebres por su talento y... —¿Codicia?, me sent6a tentada de sugerir, pero ella encontr6 un t6rmino mucho m6s diplom6tico— gran influencia socioecon6mica y cultural. Sin embargo, todav6a nadie ha llevado a cabo un estudio en profundidad de una familia cuya contribuci6n...

¿El *Washington Post* quiere realizar un estudio en profundidad acerca de mi familia? —la cort6. Menuda broma—. ¿Quiere decir como una novela por entregas en el suplemento dominical?

—Ja, ja —ri6. Luego, record6 mis «momentos de dolor» y se calm6—. No, claro que no.

¿Quiere que vaya directamente al grano, señora Behn?

No deseaba otra cosa, ambas sab6amos lo que estaba buscando, pero me limit6 a decir que s6.

—Estamos interesados en los manuscritos, por supuesto. Al peri6dico le gustar6a la exclusiva

para publicarlos. Estamos dispuestos a pagar una gran cantidad, faltaría más. Pero no queremos entrar en una guerra de ofertas.

«¿Guerra de ofertas?»

—¿A qué manuscritos se refiere, en concreto? —pregunté con ingenuidad. Vamos a ponérselo un poco difícil.

Con la punta de los dedos toqué el papelito candente que llevaba en los pantalones y cerré los ojos; encendí la leña, pensando todo el rato en lo mucho que se simplificaría mi vida si por mala suerte caía en las llamas. Pero las siguientes palabras de la señora Helena Post me devolvieron a la realidad.

—Las cartas y diarios de Zoé Behn, por supuesto —decía—. Pensé que su familia había hablado con usted.

—¿Zoé Behn? —solté, medio ahogándome al pronunciar el nombre. Era mucho peor que mis más negras sospechas—. ¿Qué tiene que ver Zoé Behn en todo esto? —pregunté por fin.

—Parece imposible que no sepa exactamente lo que ha heredado, señora Behn. —Debido a su asombro, la voz de Helena había pasado de ser enérgica a casi dulce.

—¿Por qué no me pone al corriente? —le sugerí.

Contaba ahora con mi total atención. Se habían escrito muchas cosas sobre mi horrible tía Zoé, la hermanastra de mi padre, mantenida a distancia por ser la verdadera oveja negra de la familia. Casi todo lo había escrito la propia Zoé, pero ésta era la primera vez que oía hablar de ninguna carta o diario. Además, ¿acaso podía contar algo peor que lo que ya había relatado al mundo en letra impresa?

—Estuve en la rueda de prensa de San Francisco, señora Behn. —Helena respiró profundamente—. Nos informaron de que, como única heredera de su primo Samuel Behn, tenía derecho también al patrimonio que él había heredado, incluido el de su abuela, la famosa cantante de ópera Pandora Behn, y el de su tío, el magnate de la minería Earnest Behn. Ante las preguntas de la prensa en esa reciente conferencia, tanto su padre como el señor Abrahams, el albacea testamentario, afirmaron que en su opinión ese patrimonio podía incluir no sólo los escritos privados y la correspondencia de Pandora Behn con personalidades de fama mundial, sino también los de su hijastra Zoé, la reputada... —¿Prostituta? La palabra me vino a los labios, pero ella finalizó—: bailarina.

Como ya había dicho, las relaciones de mi familia son bastante complicadas.

—Helena —le dije—, puesto que les informaron de tantas cosas en esa rueda de prensa que yo tuve la mala fortuna de perderme, alguien de ustedes debe de tener alguna idea de dónde están esos manuscritos tan importantes. No fueron mencionados en la lectura del testamento, de eso puedo dar fe.

—Pues, claro, señora Behn —me respondió—. Ésa es la razón de que la llame tan pronto, porque el tiempo es de vital importancia, por supuesto. Según el albacea, en el caso de muerte de su primo, todo el patrimonio tendría que obrar en su poder en menos de una semana después de la lectura del testamento.

Me cago en dios. Mi vida corría peligro, me habían tendido una trampa y todo gracias a mi querido hermano de sangre, Sam.

De hecho, no resultaba imposible explicar mis relaciones familiares a los demás, pero desde luego era una experiencia sumamente desagradable.

Mi abuelo Hieronymus Behn, un holandés que emigró a Sudáfrica, estuvo casado dos veces. La primera, con Hermione, una rica viuda afrikáner que ya tenía un hijo varón, mi tío Lafcadio, a quien mi abuelo Hieronymus adoptó y dio su apellido. Del matrimonio de Hieronymus con Hermione nacieron dos hijos: mi tío Earnest, que nació en Sudáfrica, y mi tía Zoé, nacida en Viena, donde la familia se había trasladado tras el cambio de siglo. Por lo tanto, esos dos hijos eran hermanastros de mi tío Laf, puesto que los tres tenían la misma madre.

Según cuenta la historia, cuando Hermione cayó enferma en Viena y sus hijos eran aún pequeños, mi abuelo, a petición de su esposa, contrató a una atractiva estudiante del Wiener Musik Konservatorium para que cuidara a los niños y les diera lecciones de música. Tras la muerte de Hermione, esa joven, Pandora, se convirtió en la segunda esposa de mi abuelo y

tuvo a mi padre, Augustus. Luego los abandono a los dos para escaparse con mi tío Laf y pasó a ser la cantante de opera más famosa de la postsecesión de Viena; una cosa tras la otra. Para complicar más las cosas, se produjo el intrincado asunto de mi tía Zoé, la oveja negra de la familia. Zoé, a quien Pandora había criado y que apenas había conocido a su madre enferma y moribunda, y mucho menos a su ajetreado padre, eligió escaparse con Laf y Pandora, con lo que dio lugar de un plumazo a lo que en adelante recibiría el nombre de «cisma familiar». Sería difícil describir la posterior vida de Zoé como Reina de la Noche, la mujer de vida alegre, con mayor éxito entre los importantes y famosos desde los tiempos de Lola Montes.

Lo que me moría por averiguar, por así decirlo, era qué sabía mi tío Laf, una pieza clave en este drama familiar, de los manuscritos que yo había heredado; de quién eran, si de Pandora o de Zoé, y qué papel desempeñaban en todo aquel asunto, información que esperaba desvelar ese fin de semana. Si vivía lo bastante.

También estaba claro que Sam sabía mucho más de lo que era capaz de comunicar. Pero aún quedaba por ver por qué razón unas cuantas cartas y diarios de hacía décadas seguían siendo tan peligrosos, o por qué mi padre había dicho que estaban cifrados, cuestión que nadie más había mencionado, o por qué Sam había fingido su propia muerte —con la connivencia del Gobierno de Estados Unidos— y me había utilizado como chivo expiatorio en una charada de rueda de prensa con últimas voluntades y testamento incluidos. Aunque este último detalle me seguía dejando sin habla y me llenaba de ira impotente. Pero de momento, como no podría pedir explicaciones a Sam, ni siquiera por teléfono, hasta el día siguiente por la tarde en el bar No-Name, tendría que pensar cómo cubrirme las espaldas y conservar la vida.

El primer paso era poner fin a la conversación con Helena, la brillante periodista de investigación del *Post* (me había revelado mucho más ella a mí que yo a ella). Le dije que la avisaría en cuanto recibiera los manuscritos. El siguiente paso, vital para los acontecimientos de los futuros días, era decidir si dejaba que el paquete permaneciera un poco más en el anonimato de la oficina de correos, con lo que sólo tenía que esconder el resguardo, o si lo recogía y resolvía qué hacer con él hasta que pudiera dárselo a Sam. No cabía duda de que se merecía que se lo devolvieran con igual celo, como la patata caliente que era. Fuera cual fuese su contenido, y a estas alturas estaba segura de que no quería averiguarlo, seguramente habría sido mejor sepultarlo. Qué idiota había sido al creer que podría escapar a mi horrible familia enterrándome en Idaho, como un simple tubérculo.

Esa noche, antes de acostarme, quité el «recogedor de sueños», tejido y con plumas, del lugar donde siempre colgaba encima de la cama para alejar las pesadillas. Lo guardé en un cajón. Pensaba que si, momentos antes de dormirme, sembraba la idea en mi psique, captaría un sueño que me pondría en la mano el hilo que necesitaba para guiarme a través del laberinto en que se estaba convirtiendo mi vida.

Me desperté antes del amanecer, empapada en sudor.

Soñé que corría —no erguida, sino a cuatro patas— tan deprisa como podía entre cañas, a través de una maleza tan espesa que apenas si veía nada. Detrás de mí notaba el aliento cálido de un animal grande y oscuro, de mandíbulas poderosas y hambrientas, que me lanzaba dentelladas. Estaba aterrorizada. A través de las cañas vi que llegaba a un prado donde se alzaba un muro. ¿Podría cruzar con suficiente rapidez ese espacio abierto para saltar el muro y escapar de la bestia que me perseguía? Imprimí un poco más de energía, aunque ya tenía los pulmones a punto de estallar; recorrí el terreno de hierba y me abalancé hacia la pared.

Entonces me desperté y me senté en la cama. Jason, que se había encaramado al lecho y había conseguido situarse entre mi cuerpo y la almohada, yacía de lado, con los ojos cerrados. Sin embargo, movía las patas adelante y atrás, como si se afanara para huir de una amenaza terrible. Me eché a reír.

—Despierta, Jason —dije, y lo zarandeeé hasta que abrió los ojos.

«¿Cómo puedes llegar al extremo de sintonizar con los sueños de tu gato?», pensé. Pero, por lo menos, me había despertado con la primera decisión del día tomada. Recogería el paquete de la oficina de correos. No me quedaba más remedio. Si lo posponía y el condenado objeto acababa desapareciendo, nunca me lo perdonaría. Dónde esconderlo era

otra cuestión. La oficina no era segura: entraba y salía demasiada gente cada día. Y hasta que no viera el paquete, no sabría si podría guardar todos los documentos en un solo sitio, un cajón o un maletín, por ejemplo, ya que no había cabido en el buzón.

Cuando salí, observé aliviada que el enorme camión que Olivier había tomado prestado ya no obstruía el camino, de modo que pude dar marcha atrás con el coche sin dejar la ladera. Seguramente había salido muy temprano para recoger a Larry, el programador.

Aparqué frente a correos unos diez minutos después de que abrieran las puertas. Todavía no había coches aparcados delante. Bajé e intercambié el saludo con el empleado postal que estaba esparciendo sal por los peldaños. Los latidos del corazón y el martilleo de la cabeza retumbaban en mi interior como una entusiasta sección de timbales de los ritmos latinoamericanos. ¿Por qué estaba tan nerviosa? Nadie de allí tenía ni idea de lo que contenía el paquete.

Me dirigí al mostrador y entregué el papelito amarillo a George, el encargado. Entró en el almacén y salió con un paquete voluminoso, mayor que un bloque de quinientas hojas, envuelto en papel marrón y atado con un cordel.

— Siento que haya tenido que venir hasta aquí para recogerlo, señorita Behn—dijo George entre sus dientes separados mientras me lo daba. Se rascó la cabeza—. Me habría gustado entregárselo al hombre que envió a buscarlo ahora mismo pero dijo que usted había perdido el resguardo. Le expliqué que tendría que venir usted en persona o darle una autorización firmada. En fin, supongo que al final ha encontrado el papel.

Me quedé sorda y muda, como si hubieran apagado todos los sonidos o estuviera metida en un tarro de cristal. Sostenía el paquete en las manos, sin hablar. George me miraba como si me tuviera que dar un vaso de agua, o abanicarme, o algo.

—Ya —conseguí pronunciar. Carraspeé—. Es normal, George. De todas formas tenía que venir hacia aquí. No se preocupe. —Me encaminé hacia la puerta como si tal cosa mientras intentaba pensar el modo de hacer aquella pregunta cuya respuesta necesitaba de forma tan desesperada. Al llegar a la puerta, lo encontré—: Por cierto, le pedí a unas cuantas personas que lo recogieran si pasaban por aquí. ¿Quién vino al final? Así le diré a los demás que ya no hace falta.

Esperaba que diría «un forastero» o algo por el estilo. Pero lo que dijo me heló la sangre.

—Fue el señor Maxfield, su casero. Tiene la dirección postal después de la suya. Por eso me supo tan mal no poder darle el paquete. Pero, ya sabe, las normas son las normas.

¡Olivier! Se me formó un nudo en la garganta. Por mi cabeza desfiló la imagen de los faros de ese camión de la noche anterior. Intenté esbozar una sonrisa y le di las gracias a George. Después, salí, me subí al coche, y me quedé sentada con el paquete en el regazo.

—Todo esto es culpa tuya —le dije.

Sabía que no debía hacerlo, pero no pude resistir la tentación. Abrí la guantera y saqué el cuchillo de caza con mango de hueso que guardaba en ella y que nunca había tocado un animal. Corté el cordel y desenvolví el paquete. Estaba desesperada por saber la marca de la cicuta antes de bebérmela. Cuando vi la primera página, me puse a reír.

Estaba escrita en un idioma que no conocía, con caracteres que ni siquiera eran letras del alfabeto, aunque me sonaban de algo. Eché un vistazo rápido al resto como si fuera una baraja de naipes: unas mil hojas, todas iguales, escritas una a una con tinta negra por la misma persona. Las páginas estaban llenas de palitos muy ligeros, con puntitos y bultitos que les salían aquí y allá como formas que bailaran por el papel, como los símbolos dibujados en un *tipi* indio. ¿Qué me recordaban?

De pronto me di cuenta de lo que eran. Los había visto en un cementerio, en Irlanda, una vez que Jersey me llevó a visitar a sus antepasados. Eran runas: el lenguaje de los antiguos teutones, que habían poblado el norte de Europa. El manuscrito de las narices estaba escrito en una lengua que llevaba muerta miles de años.

Cuando esa idea estaba adquiriendo forma, divisé por el rabillo del ojo un bulto que se movía en el aparcamiento. Levanté la vista del manuscrito y vi a Olivier, que cruzaba el hielo cubierto de grava y sal en mi dirección. Lancé el manuscrito al asiento de al lado, donde parte de él se deslizó fuera del envoltorio y unas cuantas páginas revolotearon hasta el suelo del

coche. Hice caso omiso porque estaba intentando meter la llave en el contacto, pero, con los nervios, fallé dos veces. Cuando el motor arrancó, Olivier había llegado casi a la puerta de al lado. Desesperada, bajé el seguro con el codo, lo que hizo que todas las puertas se cerraran al mismo tiempo, y di marcha atrás.

Olivier agarró la manilla de la puerta y me gritó algo a través de la ventanilla, pero no le hice caso y puse la primera. Arranqué y salí del aparcamiento, tirando de Olivier hasta que por fin se soltó. Le vi la cara un instante antes de bajar por la calle. ¡Estaba mirando el manuscrito a través del cristal!

Una vez en la calle, ahora que sabía que Olivier iba tras el manuscrito, y que él sabía que yo lo tenía, me puse aún más histérica. Las probabilidades de esconderlo en algún sitio de la ciudad, a estas alturas, eran totalmente nulas. Sólo me quedaba una opción y era ocultarlo fuera de la ciudad, ¿pero dónde?

Olivier sabía que iba a reunirme con mi tío en Sun Valley el fin de semana, de modo que esta opción quedaba descartada. Tenía que coger la carretera en alguna dirección y de prisa, antes de que Olivier volviera a su automóvil y me siguiera. Lo peor que me podía pasar es que me atraparan con el manuscrito en el coche.

Sin tiempo para pensar, aunque tampoco es que me llegara ninguna idea al cerebro, me dirigí a toda velocidad por la carretera hacia Swan Valley, para cruzar el puerto Tetón y llegar a Jackson Hole.

LA SERPIENTE

SERPIENTE: *La serpiente nunca muere.*

Algún día me verás salir de esta bonita piel, una nueva serpiente

con una nueva piel más bella. Eso es nacer.

EVA: *Lo he visto. Es maravilloso.*

SERPIENTE: *Si puedo hacer eso, ¿qué no puedo hacer? Soy muy perspicaz.*

Cuando Adán y tú habláis, os oigo decir «¿Por qué?», siempre «¿Por qué?»

Veis las cosas y decís «¿Por qué?». Pero yo sueño cosas que nunca existieron;

y digo «¿Por qué no?».

GEORGE BERNARD SHAW,

De vuelta a Matusalén

En las condiciones invernales en que se encontraba la carretera, tardaría unas dos horas

largas en cruzar la frontera de Idaho y adentrarme en Wyoming. Sería la primera ocasión que tendría de pensar a fondo después de haber regresado de San Francisco. ¿Fue sólo el día anterior por la mañana?

Ya había faltado más de una semana al trabajo y en este momento mi jefe no estaba demasiado contento porque no me apetecía ir a Rusia. Si me iba sin permiso al segundo día de regresar, era posible que me quedara sin trabajo. Por otra parte, estaba la vital cita telefónica de aquella tarde en el bar No-Name. Pero con el giro inesperado que habían dado las cosas, no sabía cómo podría volver a contactar con Sam. El desastre definitivo cobró forma en mi atribulada mente antes de llegar al final del valle: no podía dejar a mi gato en la misma casa que un criminal, sobre todo teniendo en cuenta que era un criminal al que debía un mes de alquiler.

En ese extremo del valle, la carretera ascendía en espiral como un sacacorchos para encontrarse con un río que parecía surgir de la nada en el sotobosque. Me conocía cada curva y recodo de memoria. Cogía cada inclinación como en una carrera de eslalon. Fui a parar bajo la estruendosa cascada en dos niveles y descendí hacia los valles que las aguas veloces del río Snake habían excavado en la cordillera.

El Snake es uno de los más bonitos de América del Norte. A diferencia de los ríos anchos y complacientes que irrigan la región central de Estados Unidos, el Snake se comporta más bien como lo que significa su nombre: una serpiente misteriosa y sombría, que sólo se siente cómoda en las hendeduras agrestes e inaccesibles de las montañas. Serpentea en un cerrado zigzag la mayor parte de los mil quinientos kilómetros de recorrido desde Yellowstone, en Wyoming, a través de Idaho, Oregón y el estado de Washington, donde se une al inmenso Columbia en su precipitado viaje hasta el océano. Pero el brillo cristalino de la superficie del río oculta la traición de las aguas profundas, que atacan deprisa y a menudo de forma fatal. Las aguas son tan rápidas, la corriente tan fuerte y el fondo tan profundo en los puntos más inesperados que pocos de los cuerpos que ha arrastrado se han llegado a encontrar; ha engullido incluso coches enteros, que no se han recuperado jamás, de ahí los rumores de que una enorme bestia se esconde en sus aguas y devora todo lo que se lleva a su guarida.

Como era habitual en esta época del año, el valle estaba sepultado bajo una niebla espesa formada por las aguas cálidas del río al entrar en contacto con el aire gélido. Antes del último descenso, mientras se veía aún la carretera, los locales solían comprobar delante y detrás los posibles automóviles con los que podían chocar cuando los envolviera allá abajo. Fue entonces cuando lo vi, desapareciendo en una curva tras de mí: un coche gris del Gobierno con la matrícula blanca, idéntica a cientos de otras de la flota del complejo nuclear, a disposición de cualquiera de los diez mil empleados para realizar visitas a instalaciones u otros asuntos oficiales. ¿Qué hacía aquí, camino de ninguna parte? El uso de vehículos del Gobierno para actividades personales o recreativas estaba sancionado con una fuerte multa o incluso con la suspensión de empleo.

Pero quizás éste era un asunto oficial, pensé. Sam me había dicho que me vigilaban a todas horas, ¿no? Si hasta Ohvier estaba metido en el ajo, quién sabía si alguien más lo estaba. No distinguía al conductor tras el parabrisas, pero cuando vi que el coche volvía a aparecer tras la última curva, estuve segura de que me seguía. No había nadie más que yo en esa zona.

Pero conocía todos los recodos y baches de la carretera y sabía que el mejor lugar para deshacerme de él era la niebla. En cuanto llegué a la última bajada, aceleré y me sumergí en ella. Vi que mi perseguidor aumentaba la velocidad y hacía lo mismo. Una densa capa de niebla nos envolvió y quedamos aislados en su abrazo. Sólo se oía el ruido del silencio, mientras el coche seguía en eslalon por las curvas cerradas de la carretera, moviéndose como la misma serpiente a través de la neblina.

Me pareció que tardaba horas en recorrer las curvas, a través de esa blancura asfixiante como en el interior de una almohada, pero el reloj del coche me indicaba que sólo habían pasado veinte minutos. Sabía que la carretera pronto saldría de la niebla, al acercarse al paso. Ahí arriba, se bifurcaba y se podían elegir varias rutas en dirección a Jackson. Cuando apareció la primera señal de desvío, casi invisible en la neblina, salí de la carretera, apagué el motor y bajé un poco la ventanilla para escuchar.

En menos de un minuto el coche del Gobierno pasó de largo. Oí el motor y vi su silueta

plateada a través de la neblina, pero eso fue todo. Esperé cinco minutos enteros antes de reiniciar la marcha.

La carretera estaba libre en el paso, así que me tomé un breve respiro para reflexionar. Pensé en lo que debía de ser ese manuscrito que había caído en mi poder y que todos querían, y por qué estaría escrito en alfabeto rúnico. Era seguro que no se trataba de correspondencia de mi abuela Pandora ni de mi nefanda tía Zoé. Ni tampoco parecía que esas páginas recogieran los recuerdos de ninguna de las famosas leyendas con quienes se decía que se habían codeado a lo largo de sus longevas vidas. Además, a pesar de que el lenguaje céltico pudiera remontarse a miles de años de antigüedad, el documento que tenía al lado ni tan sólo empezaba a amarillear: parecía estar escrito con tinta bastante reciente. Era muy posible que el propio Sam lo hubiera escrito usando las runas para transcribir elementos principales de los documentos originales, quizá más peligrosos, y puede que también para aportar pistas acerca de dónde se encontraban los manuscritos reales en caso de que algo le sucediera.

No tenía sentido que Sam «tuviera que librarse» de aquellos papeles. Si había fingido su muerte, si todo bicho viviente sabía que yo iba a heredar sus bienes, si los periodistas estaban tan informados como para solicitar una rueda de prensa y querer comprar los derechos en exclusiva, si incluso mi casero me estaba espiando, toda la situación había sido pensada para llevar a alguien por falsos derroteros: alguien que quería los manuscritos originales por algún motivo. Y yo era el anzuelo.

Ahora sabía exactamente lo que tenía que hacer: tenía que esconder este documento en un lugar tan difícil que nadie más que yo, incluido Sam, pudiera encontrar. Y sabía muy bien dónde iba a ser.

Tenía suerte de haber traído los esquís.

En Jackson Hole, aparqué delante de los Grand Tetons, o «grandes pechos», como habían bautizado los tramperos franceses a estos picos de montaña con forma de senos de corista que apuntaban hacia el cielo. Metí el manuscrito en una de mis viejas mochilas de lona que guardaba en el maletero, agarré el mono de esquí, *laparka* y los calcetines y guantes térmicos que siempre llevaba, y me dirigí al lavabo de señoras del hotel para transformarme en la Reina de las Nieves. Luego, pedí una taza de café, conseguí algo de cambio en la cafetería e hice la llamada de rigor para explicar al Tanque mi ausencia en mi primer día entero de vuelta al trabajo. Quería asegurarme de que no se había enturecido al ver, tras nuestras ligeras discrepancias del día anterior, que no hacía acto de presencia por la oficina.

—Behn, ¿dónde estás? —me dijo en cuanto su secretaria me pasó la llamada.

—Ayer por la noche me di cuenta de que necesitaba obtener algunos datos en el complejo del oeste, desde donde le llamo —mentí.

El complejo nuclear de Arco, en pleno desierto, donde había cincuenta y dos reactores experimentales del Gobierno, estaba a tres horas de camino en dirección opuesta, al otro lado de la ciudad y de la estafeta de correos que había abandonado de forma tan apresurada. Pero al oír las siguientes palabras del Tanque comprendí lo absurdo, por innecesaria, de mi mentira.

—Le encargué a Maxfield que te buscara por todas partes en cuanto llegó esta mañana. Wolf Hauser regresó de forma inesperada a la ciudad y pasó por aquí bastante temprano. Estuvo encantado al saber que te incorporarías al proyecto y quería conocerte de inmediato, ya que iba a volver a irse de la ciudad por trabajo. Te llamamos a casa, pero ya habías salido. De modo que envié a Maxfield a la oficina de correos a ver si te encontraba...

—¿La oficina de correos? —le interrumpí, en lo que esperaba fuera un tono normal, aunque me zumbaban los oídos y tenía de nuevo la cabeza a punto de estallar.

¿Por qué la oficina de correos? Me acerqué todas mis cartas psicológicas al pecho para echarles un vistazo: ¿estaba también el Tanque metido en esto? Empezaba a desconfiar de todo el mundo, una receta con pocos visos de ser el antídoto de la paranoia. Pero él seguía hablando.

—Ayer, después de que te fueras, llamó alguien del *Washington Post* —explicó—. Dijo que había estado intentando localizarte desde hacía unos cuantos días para hablar sobre unos documentos valiosos que, según supo en una rueda de prensa, te iban a llegar; que el *Post* necesitaba hablar urgentemente contigo para comprarlos. Le aseguré que la llamarías hoy,

» Luego, cuando Hauser apareció con tanta prisa esta mañana, se me ocurrió que podías

haber ido a recoger el correo, sobre todo si estabas esperando documentos importantes. Así que envié a Maxfield de inmediato. Pero cuando te encontré... bueno, no sé qué me ha contado de tu sorprendente comportamiento.

Sabía lo que venía después: cómo me marché al volante con algunas partes del cuerpo de Olivier aferradas aún al coche y la forma en que por poco dejó el resto de él estampado en el pavimento. Había quedado como una idiota, o peor. Sin embargo, aunque la historia parecía bastante coherente, había algunas cosas que no acababan de encajar. Por ejemplo, de quién había sido la idea de recoger el paquete: del Tanque o de Olivier. Pero no veía modo de preguntarlo sin revelar al Tanque que los documentos obraban en mi poder.

—Tantas molestias y al final no he podido conocer al doctor Hauser — me disculpé ante el Tanque—. Verá, no pude evitarlo. Yo también tenía mucha prisa, así que no me di cuenta de que Olivier estaba tan pegado al coche.

—Dígale que siento haberle pasado casi por encima del pie. —Luego, añadí con mayor precaución —: El doctor Hauser y yo parecemos dos barcos que se cruzan en la noche. Las cosas han quedado bastante confusas, pero estoy segura de que nos conoceremos muy pronto. Ayer estuve pensando en este proyecto. Estoy de acuerdo en lo que me dijo, creo que podría darle a mi carrera el impulso que necesita.

No estaba alimentando el ego del Tanque. Quizá mi cerebro empezaba a embarullarse y a saturarse después de tanta histeria y estrés, y me llevaba a pensar que cualquiera que hubiera conocido iba a por mí. Quizá necesitaba un breve retiro en la Unión Soviética para introducirme en una realidad distinta a la mía, que empezaba a adoptar un aspecto muy «virtual». Había llegado el momento de un *schuss* colina abajo para depurarme los microprocesadores.

Le dije al Tanque que regresaría del complejo antes de la hora de cerrar y colgué. Me aliviaba saber que Olivier no era el espía, asesino a sueldo y posible asesino de gatos que había estado imaginando. Pero, de todas formas, tomaría las precauciones pertinentes y ocultaría el manuscrito donde nadie lo encontrara, quizá ni yo misma.

Tuve que esperar media hora el teleférico para subir. Cuando por fin llegó, había tantos pasajeros haciendo cola, que nos embutieron como sardinas. Cargado al máximo, partió rumbo a los profundos desfiladeros, colgado de un cable que no parecía lo bastante resistente. Apretujada entre inquietos esquiadores del centro del país y turistas japoneses, tenía la cara contra el cristal, lo que me permitía disfrutar de una vista excepcional de los seiscientos metros de caída libre que recorreríamos si el peso acababa superando las posibilidades de ese cacharro naranja. Lo más rápido y sencillo habría sido tomar el telesilla, pero no estaba segura de poder localizar el sitio que estaba buscando si no salía de Escila y Caribdis.

Escila y Caribdis eran mis rocas favoritas: dos gigantescos pináculos de piedra, uno al lado del otro, de modo que te obligaban a esquiarse entre ellos en cuanto dejabas la cabina, a menos que decidieras sortearlos y te adentraras en la zona de nieve en polvo, algo que yo hacía pocas veces y mucho menos aquel día, que tenía que mantener el equilibrio en esa pendiente traicionera con casi cuatro kilos y medio de manuscrito ilícito colgados a la espalda.

El paso entre las rocas negras de nueve metros de altura era estrecho, escarpado y estaba siempre helado debido al roce constante de muchos esquís. Era como un túnel sin salida, al que sólo llegaba la luz de una rendija estrecha. No había espacio suficiente para frenar o torcer los esquís, ni nada lo bastante blando donde hundir las puntas para mantener el control.

Una vez, en pleno verano, fui de excursión por estos prados e intenté ascender por el hueco entre Escila y Caribdis. Era demasiado escarpado para atacarlo a pie: se necesitaban clavos y cuerdas. Bajar por la nieve era mucho más sencillo: sólo requería nervios de acero. Tenías que agacharte, juntar las rodillas, apoyar las manos en los tobillos, mantener el equilibrio, realizar un *schuss* por el hueco y rezar para no golpear en hielo o rocas al volver a salir a la luz del día.

Salí de la cabina con el resto de sardinas. Del bosque de esquís y bastones que colgaban del lado del teleférico, recogí los míos. Esperé un poco al lado del refugio superior, sacudiéndome

la nieve de las botas, fijándome los esquís, desempañando las gafas, para ceder el paso a mis compañeros de cabina, que estaban impacientes por ponerse en marcha. Quería que la colina estuviera despejada cuando saliera del descenso, no sólo para no tener que esquivar los cuerpos que solían yacer esparcidos por la ladera más abajo de Escila y Caribdis, sino, lo más importante, para evitar que alguien me viera mientras yo buscaba mi escondite.

Sabía que faltaba al menos media hora para que llegara otra cabina, de modo que cuando las cosas se calmaron y la gente hubo desaparecido, me lancé sola colina abajo. Sólo se oía el siseo de los esquís al deslizarse sobre la nieve, mientras bajaba por la zona de descenso y me lanzaba a través del desfiladero, entre las formas mastodónticas y brillantes de Escila y Caribdis.

Conseguí mantener el rumbo hasta que salí al otro lado, cuando una ráfaga de viento me golpeó de lado y me dio de lleno en la mochila. Me tambaleé y empecé a bajar, pero levanté el esquí izquierdo y apoyé todo el peso en la rodilla derecha, hasta que las puntas del guante me rozaban el suelo. Luego cambié al otro lado y me apoyé en la rodilla izquierda, como un patinador, todavía dentro de la zona de descenso, hasta que recuperé el equilibrio.

Inspiré profundamente, examiné la línea de las colinas —la Grand Tetón que se erigía majestuosa a lo lejos y me servía de punto de referencia—, y busqué la cresta de donde tenía que descender para encontrar la hendedura que buscaba, y la cueva. En ese instante me pareció oír un suave siseo de esquís detrás de mí. Extraño, puesto que estaba en la ladera más elevada de la montaña, sin nada que permitiera ascender más arriba, y creí haber esperado a que todo el mundo se hubiera ido.

Su *wedeln* es algo defectuoso —dijo una voz áspera con acento alemán desde unos metros detrás de mí. Había muchos alemanes merodeando por las zonas de esquí, me dije. No era posible.

Pero lo era. Esquió hasta llegar a mi lado y, de nuevo, me fallaron un poco las piernas al detenerme. Se sacó las gafas, se las puso como una cinta alrededor de la manga del mono negro que llevaba y me sonrió con esos increíbles ojos turquesa.

—Buenos días, doctor Hauser —conseguí articular—. ¿Qué le trae a esquiar por aquí a media semana? —Recobré la compostura. Al fin y al cabo, era difícil que se tratara de una coincidencia, lo cual significaba que podía ser peligroso. Así que volví a iniciar el descenso por la ladera.

—Podría preguntarle lo mismo, *mademoiselle* Behn —gritó a mis espaldas, mientras imprimía velocidad para alcanzarme—. Tengo un proyecto muy importante. Y usted parece ser la culpable de que se retrase. —Levanté la vista y pensé que su boca era muy atractiva, y esos pómulos...

Dejamos de mirarnos justo a tiempo, sólo unos segundos antes de chocar contra un montículo. Nos separamos para salvar el obstáculo y cuando volvimos a reunirnos, el doctor Hauser estaba riéndose. Bajamos la colina, uno al lado del otro, en perfecta sincronía. De repente, con una fuerza y agilidad que me sorprendieron, plantó los bastones y saltó, con los dos esquís en el aire, por encima de un árbol caído en mitad del camino. No pareció perturbarlo; siguió deslizándose como en el agua por encima de los montículos de nieve.

No era difícil de explicar cómo me había reconocido y sabido mi nombre. Como el Tanque me había dicho, había revisado mi expediente, así que no sólo había visto mis datos generales, sino también mis fotografías de seguridad. Pero eso no explicaba qué estaba haciendo en esta montaña, a ciento cincuenta kilómetros de la ciudad. Como si hubiera leído mis pensamientos, cuando los senderos se bifurcaban derrapó hasta detenerse, lanzando un chorro de nieve, y se volvió hacia mí.

—La he seguido por dos estados y por esta montaña. Ya es bastante por una mañana. ¿Qué le parece si vamos al hotel que hay colina abajo y la invitó a comer? Así podríamos hablar, conocernos un poco mejor. A no ser —añadió— que lleve su almuerzo en la mochila.

—No, acepto la invitación encantada —dije, y esperé no haberme apresurado demasiado—. Y lo siento mucho. No sabía que era usted quien me seguía.

—Disculpas aceptadas —afirmó, con una inclinación de la cabeza. Pero el truco de la niebla no estuvo nada mal. Cuando desapareció, tomé por tres carreteras distintas hasta que por fin comprendí lo

que había hecho. Dígame, ¿cómo aprende una mujer joven como usted a, cómo lo llaman, despistar a alguien con tanta habilidad?

—Supongo que por eso me he dedicado al campo de la seguridad —respondí—. Siempre me han interesado las cosas que están ocultas: la idea de perseguir y descubrir, y capturar.

—A mí también —afirmó el doctor Wolfgang K. Hauser con una sonrisa enigmática.

Para cuando terminamos de comer en el restaurante en mitad de la montaña, el doctor Hauser me llamaba Ariel e insistía en que le tuteara. Me había enseñado a preparar hamacas con las *parkas*, extendiéndolas sobre los esquís y los bastones, que habíamos plantado en la nieve. Nos quedamos al sol, apartados de la pista, mojando el crujiente pan integral en la crema de ostras y tomando *Glühwein* arrutado, sazonado con clavo y espolvoreado con canela.

Wolfgang me había dado muchos consejos de esquí mientras nos dirigíamos al restaurante. Era un esquiador excelente, mejor incluso que Olivier. Yo había esquiado en pistas de todo el mundo desde pequeña y sabía reconocer a un experto en cuanto lo veía. Había pocos que tuvieran esa combinación de fuerza y gracia que daba la apariencia de realizarlo todo sin esfuerzo.

Mientras empezábamos a recoger las cosas para irnos, muy a nuestro pesar, mi nuevo colega me dirigió una mirada desconcertada.

—¿Qué debería pedirte a cambio de todas esas lecciones de esquí gratis que te he dado esta mañana?

—No deberías cobrarme nada —le dije, mientras me ataba *Xa. par-ka* a la cintura—. Todo el mundo sabe que dar clases de esquí forma parte del carácter austríaco; algo tan natural como respirar. No se cobra por lo que se hace de forma natural.

Me pareció que se reía algo incómodo.

—Pero tengo que preguntarte algo muy en serio —siguió—. Ayer, cuando entraste en el edificio, te reconocí gracias a las fotos, de hecho fue sólo por tus ojos, porque ibas tan abrigada que parecías un oso polar. —Ostras, exactamente lo que yo había pensado—. Quería hablar contigo entonces, pero no lo consideré adecuado delante de los demás.

Me quitó la mochila cuando iba a ponérmela y la dejó en el suelo; luego me apoyó las manos en los hombros. Noté que el calor de sus dedos me llegaba a la piel. Era el primer hombre que había conocido, o tan siquiera soñado, que me derretía sólo con la mirada, y ahora me estaba tocando. Pero lo que vino después me dejó sin habla.

—Ariel, sabes que pronto trabajaremos juntos, en muy estrecho contacto, en una misión vital. En esas circunstancias, me doy cuenta de que lo que te voy a decir quizá no sea demasiado aconsejable, pero río puedo evitarlo. Tengo que decirte que me será muy, pero que muy difícil, mantener una relación profesional contigo, el tipo de relación necesaria para que llevemos a cabo este proyecto. Te aseguro que no lo tenía previsto y no suelo propiciar este tipo de cosas. Lo cierto es que no me había pasado nunca antes... —Se detuvo, como si esperara que dijese algo. Cuando contuve la respiración, esperando que cayera el otro zapato, añadió—: No sé muy bien cómo decirlo, pero me gustas, Ariel. Me siento muy atraído por ti. ¿Por mí? Me cago en dios. Estaba con el agua al cuello y lo sabía. Me podía ahogar en las profundidades de esos ojos turquesa cuando me miraba con tanta intensidad. Ese tipo era peligroso en más de un sentido, y ya había demasiado peligro en mi vida sin tener que añadir ninguna clase de esquí gratis. Pero era tan... atractivo.

Olvídalo. No era atractivo, era carismático: era mágico. Lo sabía él y lo sabía cualquiera que le pusiera la vista encima. Eso no podía estar pasándome a mí, no junto con todo lo demás. No precisamente en ese momento. ¿Por qué demonios había decidido el Tanque servirme este veneno? Tenía que hacer algo para volver a la realidad. Cerré los ojos y respiré profundamente. Reuní todas mis reservas, retrocedí, de modo que me libré de sus manos e interrumpí el contacto. Abrí los ojos.

—¿Y qué pregunta es ésta? —dije.

—¿Pregunta? —se extrañó.

—Ésa pregunta tan sería que quenas hacerme hace un momento.

Wolfgang Hauser se encogió de hombros y pareció herido. Era como si no hubiera previsto el tipo de respuesta que esperaba de mí, ni lo que podía ir después en el guión.

—No confías en mí—afirmó—. Y tienes toda la razón. ¿Por qué deberías hacerlo? Te sigo como un imbécil bajo la niebla, te persigo por una pista de esquí y te llevo a rastras a comer. Sin que me des pie, te suelto mis sentimientos por ti, cuando los tendría que haber guardado en silencio. Te pido disculpas por todo ello. Pero quiero que sepas una cosa...

Esperé. Pero el ataque me cogió totalmente de improviso.

Conozco a tu tío Lafcadio Behn, de Viena —me informó—. He venido a Idaho para protegerte lo mejor que pueda. Antes de que volvieras del entierro en San Francisco, me desplazé hasta aquí para asegurarme de que te incluirían en mi proyecto, no sólo por tu experiencia personal, lo admito, sino también porque los documentos que has heredado no deben caer en malas manos. ¿Comprendes?

La madre de Dios y toda la corte celestial. ¿Qué estaba diciendo?

—Ariel —prosiguió—, te aseguro que cuando acepté esta misión, no me esperaba encontrar... —Se detuvo y me miró a los ojos un momento—. *Scheiss*, cómo he liado las cosas —suspiró finalmente, y se volvió para coger los esquís de la nieve, de modo que no pudiera verle la cara—. Será mejor que volvamos a la ciudad.

Este giro inesperado cambió los planes que había decidido hacía tan poco tiempo. Intenté encontrar alguna excusa: que debido al dolor, o a cualquier cosa, quería estar sola para pensar. Pero después de que Wolfgang y yo hubiéramos intimado tanto entre vaso y vaso de *Glühwein*, que me hubiera revelado que conocía a la rama mal vista de la familia, hubiera insinuado que yo le inspiraba una pasión ardiente, y además, hubiera echado vistazos a la mochila en más de una ocasión, me di cuenta de que se notaría demasiado que era un ardid. A pesar de que no me había preguntado lo que estaba haciendo ahí arriba, lo único que podía hacer era ganar tiempo, bajar esquiando la montaña y preocuparme acerca de dónde podía esconder el manuscrito mientras conducía sola de vuelta.

Cuando terminamos de equiparnos, Wolfgang había recuperado suficiente encanto y autocontrol para sugerir que esta vez lo siguiera yo a él. Como todo buen esquiador aprende pronto, amoldar la propia forma, la combinación rítmica de ir oscilando el peso y clavar los bastones copiando los movimientos de un esquiador experimentado, es mucho más útil que diez mil lecciones con algún profesor que te grita con acento extranjero: «¡Dobla las rodillas! ¡No agastgues los bastones!» Estaba encantada de recibir estas enseñanzas, por lo menos hasta que se dirigió hacia la nieve en polvo.

Salió hacia un lado de la pendiente preparada y cruzó a través de una arboleda de álamos cubierta por una espesa capa de nieve, en eslalon por entre los árboles. Tardé un momento en darme cuenta de que se dirigía hacia una extensa hondonada de nieve en polvo de tal calidad que atraía a millares de turistas al año. Estaba al otro extremo del bosque. Pero en todos los años que hacía que visitaba esta montaña, la había evitado como a la peste.

Ese tipo de nieve requiere técnicas de esquí totalmente distintas a las básicas del nórdico o alpino. Te tienes que echar para atrás sobre las caderas, como en un balancín, lo que obliga a las puntas del esquí a levantarse mucho sobre la nieve, de modo que no se hundan y te frenen en seco. Eso requiere una enorme flexibilidad de las rodillas y fortaleza de los muslos. Si las puntas del esquí quedan sepultadas, si te detienes, o si pillas un borde y caes, empiezas a hundirte.

Como nunca había encontrado ese ritmo especial, me sentía de lo más indefensa en ese tipo de nieve. Pero es que encima llevaba también una mochila cargada que me añadía un peso suplementario, lo que explica por qué tuve problemas en la arboleda de álamos. Viré de golpe para retroceder y volver a la pendiente que acababa de dejar. Fue entonces cuando sucedió.

Había alcanzado el extremo del bosque cuando comprendí que algo andaba mal, mucho antes de oírlo. No percibía ningún sonido, excepto quizás una especie de susurro: la tierra soltando un suspiro largo y estremecedor. Creo que las palmas de mis manos, recorridas por un hormigueo dentro del abrigo de los guantes, lo notaron antes que la parte consciente de mi cerebro. En cuanto deduje lo que pasaba, también me di cuenta de que no tenía la menor idea de lo que debía hacer.

La tierra se movía bajo mis pies, no la tierra misma, sino más bien la nieve. La montaña se

desprendía de su piel: se arrancaba de forma brutal esa cobertura de metro y medio; un montón de nieve que había tardado todo el invierno en caer. Se estaba produciendo un alud. Y entonces empezó el ruido, primero un sonido sordo; luego un rugido cuando la nieve empezó a rodar sobre sí misma, y los guijarros y las rocas empezaron a caer montaña abajo a mi alrededor. Iba lo más deprisa que podía siguiendo el lindero del bosque para seguir avanzando sin caerme, pero no sabía si debía meterme entre los árboles y correr el riesgo de que uno me cayera encima, o probar por donde estaba, mientras toda la nieve de la montaña iba cayendo como una tonelada de cemento.

Tenía la boca seca y las manos entumecidas por el pánico. Rezaba para no desmayarme y luego pensé que quizá sería mejor porque, de ese modo, cuando quedara sepultada, la arremetida rabiosa sería indolora. Avanzaba, pero sabía que la nieve lo hacía a mayor velocidad. A mi izquierda, en la ladera abierta, lanzaba rocas enormes al aire como si fueran pelotas de playa. A mi derecha, por el rabillo del ojo, veía como caían los árboles, con las raíces elevadas hacía el cielo. El alud era un ser vivo, que devoraba todo lo que le llegaba a las fauces, como la bestia del río Snake.

No conseguiría dejarlo atrás. No era buena velocista y esquiadores más hábiles que yo habían intentado vencer un alud antes sin demasiado éxito. No había nada en mi bolsa de trucos que pudiera salvarme de la devastación total, salvo seguir en pie y desplazándome. Sin embargo, era plenamente consciente de que eso ya no sería posible cuando el alud hubiera cobrado suficiente velocidad y fuerza, así que me acabaría sepultando sin más en la nieve. Y todavía llevada la condenada mochila a la espalda.

En ese instante me vinieron a la cabeza dos cosas. La primera era que, conociendo la montaña como la conocía, pronto iba a quedarme sin árboles a la derecha, esos árboles que me separaban de la hondonada de nieve en polvo, justo en la base de la ladera donde desembocaba la hondonada. La segunda era qué habría pasado con esa hondonada. Y puesto que la nieve en polvo producía con mayor rapidez que la compacta un alud incontrolable, ¿qué le habría pasado a Wolfgang Hauser?

Estas dos preguntas encontraron respuesta a la vez.

Más abajo, vi el punto donde las nieves chocaban con violencia, donde la pendiente preparada de mi izquierda y la hondonada de nieve en polvo de mi derecha descargaban masas de nieve, piedras y rocalla. En el punto de impacto, una columna de nieve se alzaba hacia el cielo.

Me dolían las piernas debido a la tensión del trayecto, y todos los tendones me exigían que me detuviera a descansar, pero sabía que pararme en ese instante significaba una muerte segura. Entonces, detecté a la derecha una figura negra que se movía por entre los árboles. La nieve arrancaba troncos sin piedad a su paso, pero aun así venía hacia mí.

—¡Ariel! —gritó por encima del rugido terrible que nos rodeaba—, ¡salta; tienes que saltar! —Eché un vistazo, desesperada, intentando ver a qué se refería y enseguida lo descubrí.

Ahí debajo, donde terminaban los árboles, se alzaba el borde de una grieta que sobresalía hacia el vacío como un trampolín. Aunque no veía lo que había más adelante, sabía lo que era: había ido muchas veces hasta esa punta y dejado que las puntas de los esquís se inclinaran sobre el borde para resbalar como una lágrima por la cara del acantilado hacia el abismo, y luego me dirigía en eslalon a través del bosque de rocas que emergían del suelo del desfiladero.

Pero a la velocidad a la que me movía en ese momento, no podría aminorar en el extremo del desfiladero para aterrizar sin problemas en la ladera. Si intentaba reducir la marcha, me aplastaría el montón de nieve. O bien descartaba por completo el desfiladero y me lo jugaba todo en la pendiente con el alud que se me echaba encima, o saltaba como me indicaba Wolfgang y rezaba para caer de pie sobre los esquís, treinta metros más abajo, y sobre la nieve en lugar de sobre roca dura y afilada.

No tenía tiempo para pensar, sólo para actuar. Me quité las sujeciones de la muñeca y dejé caer los bastones para no quedar ensartada en uno de ellos al tocar suelo. Luego, me libré de *la parka*, que llevaba atada a la cintura, para conseguir la movilidad que iba a necesitar para conseguir suficiente elevación. Sabía que no podría quitarme la condenada mochila a tiempo antes de saltar, así que tendría que llevármela: el jorobado volador de Nôtre Dame.

Me agaché para ganar velocidad y control. Al salir disparada por el acantilado, elevé el cuerpo y lo estiré del todo al viento, con los brazos echados hacia atrás y el mentón hacia delante, para poder salvar toda la distancia del acantilado y realizar un aterrizaje limpio.

Los esquís se deslizaban sobre el espacio sin fondo. Volaba hacia el desfiladero, de bajada. Era una caída libre y sabía que me tenía que concentrar y no dejar que el pánico me venciera. Me esforcé por mantener las puntas de los esquís en alto y juntas para el aterrizaje, mientras que la nieve y la rocalla caían desde el acantilado, como si fueran confeti lanzado a mi alrededor. Caí y caí. A medida que el suelo se acercaba, veía lo estrecha que era la cinta de nieve que tenía debajo, la gran cantidad de rocas que había y lo inmensas que eran. De nuevo pensé en la bestia del río y en las mandíbulas abiertas de la muerte.

Tras lo que me pareció la eternidad de una pesadilla, los esquís impactaron en la nieve pero, a la vez, mi brazo golpeó contra una roca, cuyos extremos recortados me rasgaron el mono de esquí plateado como un cuchillo dentado; sentí cómo se me separaba la carne, abierta desde el codo hasta el hombro. Reboté con violencia hacia un lado y me desequilibré. Aunque todavía no sentía dolor, noté unas punzadas terribles cuando la sangre empezó a empaparme la manga.

El bosque de rocas escarpadas desfilaba borroso ante mí. Intenté con todas mis fuerzas mantenerme en pie, pero me movía demasiado deprisa, sin bastones para apoyarme. No conseguía ganar el control. Reboté contra un borde, salí dando vueltas hacia un lado y di una vuelta de cabeza. Daba volteretas sin control, golpeaba una roca tras otra con los esquís, de modo que se me abrieron las fijaciones. Ante mi sorpresa, el grosor de la mochila me protegió en más de una ocasión cuando chocaba contra las rocas.

Mis hombros y espinillas no eran tan afortunados: se golpeaban a cada roca. Notaba cómo me aparecían las magulladuras e intenté protegerme la cabeza con el brazo herido y ensangrentado. Un esquí medio suelto se levantó y me dio un porrazo en la frente; la sangre me cubrió un ojo. Al final, salí despedida contra un megalito y me detuve, por el momento.

Estaba magullada y cubierta de sangre, empezaba a notar el dolor, pero el rugido que retumbaba sobre mi cabeza me indicaba que no era un buen momento para reponer fuerzas. Desde la montaña, la nieve y las rocas se precipitaban hacia el desfiladero. La rocalla volvía el aire tan denso que oscurecía el cielo. Hasta árboles enteros, con raíces y todo, eran lanzados al espacio sobre mi cabeza. El salto me había dado suficiente ventaja colina abajo como para tener ocasión de superar el alud, pero sólo si seguía avanzando.

Me levanté tan deprisa como pude y me puse bien los esquís, que me colgaban de los tobillos por las sujeciones de seguridad. Cerré las fijaciones y empecé a deslizarme por el pasillo de hielo y nieve, abriéndome paso entre las rocas, cuando Wolfgang Hauser me alcanzó, respirando fuerte.

—Dios mío, Ariel, estás hecha un asco —dijo jadeando.

—Estoy viva y no tengo nada roto —solté mientras corríamos uno al lado del otro para evitar el alud que ahogaba nuestras voces—. Y tú, ¿cómo estás?

—Bien —gritó—. Gracias a Dios que has saltado. Toda la hondonada se vino abajo. Cuando hubieras salido del bosque, habrías quedado atrapada entre dos avalanchas, sin nada para detenerlas.

—¡Me cago en dios! —exclamé, mirando a Wolfgang. Él rió y sacudió la cabeza.

—No podría estar más de acuerdo.

En el otro extremo del desfiladero había otro acantilado que se erguía ante nosotros. Pero una rampa de roca cubierta de nieve conducía hasta él, y la subimos con los esquís en tijera. A mitad de esa rampa, Wolfgang se detuvo y dirigió la mirada hacia el extremo del desfiladero de donde acabábamos de venir. Cuando llegué a su altura, puso su mano enguantada sobre mi hombro y, en silencio, asintió con la cabeza en esa dirección. Yo ya estaba algo mareada por la pérdida de sangre pero cuando eché la vista atrás, se me revolvió el estómago. Me agaché y me rodeé las piernas con los brazos.

Todo el valle había desaparecido por completo. El mar de piedras negras que acabábamos de sortear se había desvanecido. Lo que había sido un desfiladero estaba ahora relleno casi hasta los bordes de rocalla blanca, raíces y ramas que sobresalían como si quisieran arañar el cielo. La única marca del terreno que quedaba era el borde del acantilado por donde habíamos

saltado, a menos de dos metros por encima de lo que formaba ahora el fondo del valle. Noté que la mano de Wolfgang me acariciaba el cabello mientras yo temblaba horrorizada. Observamos cómo caían los últimos copos de nieve espolvoreados desde lo alto del acantilado y, más allá, vimos la tierra oscura de la pendiente, desprovista de su capa blanca, donde unos cuantos guijarros seguían rodando colina abajo. Era la devastación total, en menos de diez minutos. Me eché a llorar. Wolfgang me levantó sin decir nada, me abrazó y me acarició hasta que los sollozos remitieron. Después, me separó de él, me secó la sangre y las lágrimas de la cara con el guante y me rozó la frente con los labios como si curara a un niño asustado.

—Será mejor que te limpiemos y te curemos. Eres una criatura valiosa —me dijo cariñosamente, con una sonrisa. Pero las siguientes palabras del atractivo doctor Hauser, aunque igual de tiernas y solícitas me aterrorizaron—Mas que valiosa. —Eres increíble, querida. —Has salido esquiando de un alud sin soltar en ningún momento ese manuscrito de la mochila. —Cuando vió que lo miraba con verdadero terror, añadió—: No tengo que verlo para saber lo que es. Te seguí hasta la montaña para asegurarme de que no lo escondías ni lo perdías. Si lo que llevas ahí es, como supongo, el manuscrito rúnico, me pertenece: yo mismo te lo envié.

LA MATRIZ

matriz (*latín = útero*)... *que envuelve algo o da origen a algo. Fuente, origen o causa. Del griego = mater, madre.*

The Century Dictionary

En la tragedia, el mito trágico renace de la matriz de la música. Inspira las esperanzas más elevadas y promete el olvido del dolor más amargo.

FRIEDRICH NIETZSCHE

Todo el que rasga la matriz es mío.

Éxodo 34,19

Todo el mundo puede cometer un error, pero éste era de bulto. Y *mea culpa, mea culpa*, las conclusiones a las que había llegado eran todas mías.

Sam no había dicho nada de runas, ni que lo que me había enviado fuera un manuscrito, sólo que era del tamaño de un fajo de hojas. En un solo día, estuve a punto de atropellar a mi casero, huí a través de dos estados y por poco me mato en una avalancha mientras coqueteaba con un científico austriaco guapísimo. Y todo por el paquete equivocado. Prometí a los dioses que dejaría de darle tanto al bate si el destino dejaba de enviarme esas pelotas con efecto. Pero eso no solucionaba mi nueva crisis: el paquete que de verdad me había mandado Sam seguía en paradero desconocido. Y, gracias a mi reacción exagerada, era posible que a Sam le ocurriera otro tanto.

Mientras descendía, magullada y ensangrentada, la ladera de la montaña, Wolfgang me puso al corriente sobre el manuscrito rúnico que me había enviado, lo cual no era fácil sobre los esquís, sobre todo porque los dos teníamos ganas de llegar al hospital del campamento base para que me curaran. Por el camino, me contó que cuando llegó a Idaho para incorporarme al proyecto, su primera intención fue darme el manuscrito en el acto, pero yo todavía no había vuelto del entierro de Sam. Como estuve fuera tanto tiempo y sus otros compromisos le obligaron a irse de la ciudad, echó las runas al correo para que obraran en mi poder al volver. Cuando por la mañana el Tanque envió a Olivier a buscarme, Wolfgang se dirigió también a la oficina de correos. Cuando me vio salir tan alterada decidió ir en mi búsqueda.

Al llegar a la base de la montaña, le pregunté qué eran las runas que llevaba en la mochila, y qué tenía que hacer con ellas, si ni siquiera podía leerlas. Me explicó que eran la copia de un documento que mi ramilla de Europa le había pedido que me trajera y que al parecer esta ba relacionado de alguna forma con los manuscritos que acababa de heredar de mi primo Sam. Dijo que me acabaría de contar todo lo que sabía en cuanto hubiera recibido asistencia médica y nos pudiéramos sentar y hablar con calma.

Nos pasamos una hora en el hospital rodeados de botellas con olor astringente, en el pandemónium de la patrulla de esquí que iba de aquí para allá con camillas y buscas para recuperar heridos en la montaña. En medio de todo ello, dejé que los matasanos me soltaran en una mesa de metal, me acribillaran, me vendaran la cabeza y me dieran catorce puntos en el brazo.

Como es natural, Wolfgang y yo tuvimos que interrumpir nuestra charla en el caos del quirófano. Sin embargo, podía seguir pensando. Sabía que nuestro proyecto nuclear no podía ser una mera tapadera para que Wolfgang Hauser viajara con los gastos pagados a Idaho. Para empezar, era cierto que era un alto cargo de la OIEA, de lo contrario no le habrían permitido poner los pies en nuestro complejo, ni mucho menos examinar de cabo a rabo los expedientes de seguridad de una empleada como yo, que disponía también de alto nivel de autorización. De eso no había duda: no era un impostor.

Una pregunta clave seguía sin respuesta: ¿por qué había llegado el doctor Wolfgang K. Hauser a Idaho mientras yo estaba en el funeral, en San Francisco? ¿Cómo había sabido alguien por adelantado, como era el caso, que la muerte de Sam situaría esos documentos, aún por encontrar, en mis manos?

Dado que el médico me había llenado de fármacos y que llevaba el brazo en cabestrillo, decidimos que lo mejor sería que Wolfgang me llevara a casa en mi coche y que alguien de la oficina se llegara a Jack-son Hole a recoger el vehículo del Gobierno.

No recuerdo gran cosa del viaje de vuelta. El dolor me atacó en cuanto se acabaron los efectos de la anestesia. Recordé demasiado tarde, después de haber tomado la pastilla que me dio el médico, que la codeína solía provocarme una fuerte reacción. En resumen, era como si me hubieran golpeado la cabeza con un martillo. Me pasé la mayor parte del viaje fuera de combate, así que la pregunta quedó sin responder.

Cuando llegamos, ya hacía rato que había oscurecido. Aunque después no conseguía acordarme de haberle dado indicaciones para ir a casa, ni de cómo llegamos, recordaba estar sentada en el coche, en el camino de entrada, y que Wolfgang me preguntaba si podía usar el coche para regresar al hotel, o si era mejor que entrara a llamar a un taxi. Lo que contesté, como el resto, está en blanco.

Menuda sorpresa, pues, cuando me desperté al amanecer y me encontré metida en la cama, con la mochila y las ropas al lado de un mono negro de esquí que, como observé enseguida con un sobresalto, no era mío, todo ello amontonado sobre una silla al otro lado de la habitación. Bajo las sábanas, no parecía llevar nada más que la ropa interior de seda, que dejaba poco margen a la imaginación.

Me senté con las mantas revueltas a mi alrededor y vi que la cabeza greñuda, el brazo moreno y los musculosos hombros desnudos del doctor Wolfgang K. Hauser asomaban de mi saco de dormir, en el suelo. Se movió y se puso boca arriba, y distinguí sus rasgos a la primera luz de la mañana, tamizada por los travesaños de las ventanas altas: las pestañas tupidas y oscuras que sombreaban los pómulos, la nariz larga y estrecha, el mentón hendido y la boca sensual se combinaban para sugerir el perfil de una escultura romana. Incluso en reposo era el hombre más atractivo que había visto en toda mi vida. ¿Pero qué hacía durmiendo medio desnudo en el saco de dormir, en el suelo de mi habitación?

Abrió los ojos. Se volvió de lado, se incorporó en un codo y me sonrió con esos increíbles ojos turquesa, como lagunas peligrosas con corrientes ocultas. Como el río.

—Me quedé a dormir —dijo—. Espero que no lo consideres demasiado atrevido. Pero ayer, cuando te ayudé a bajar del coche, te desmayaste; te cogí justo antes de que te cayeras al suelo. Te bajé por las escaleras como pude, te saqué esas ropas medio rotas y manchadas de sangre y te metí directamente en la cama. No quise marcharme antes de que los efectos de los fármacos hubieran remitido para asegurarme de que estabas bien. ¿Lo estás?

—No estoy segura —respondí. Notaba la cabeza como si la tuviera llena de algodón y me dolía el brazo—. Pero te agradezco que te quedaras. Ayer me salvaste la vida. Si no llega a ser por ti, ahora estaría en el fondo de ese cañón bajo una montaña de nieve y rocalla. Todavía se me ponen los pelos de punta.

—No has comido nada desde ayer al mediodía —comentó Wolfgang y bajó la cremallera del saco de dormir—. Pero tengo que irme de la ciudad: gracias a lo de ayer voy retrasado respecto a mis planes. ¿Quieres que te prepare el desayuno? Sé dónde tienes las cosas en la cocina: el gato me lo mostró anoche. Se ve que esperaba que le preparara la cena, así que lo hice.

Increíble —reí—. Me salvas la vida y le das de comer a mi gato. Por cierto, ¿dónde está Jason?

Quizás está siendo discreto —soltó Wolfgang con una sonrisa de complicidad.

Salió del saco de espaldas a mí, vestido únicamente con los calzoncillos, y se puso con rapidez el mono negro de la silla. No pude dejar de observar, incluso en ese breve vistazo de espaldas, que el doctor Wolfgang K. Hauser tenía un físico imponente. Me vinieron a la mente todo tipo de visiones eróticas. Y con ellas, para mí consternación, llegó el sonrojo delator. Antes de que se volviera y viera mis pensamientos ocultos deletreados en mis mejillas ruborizadas, agarré una almohada y me cubrí la cara.

Demasiado tarde. Oí el ruido de sus pies descalzos por el suelo frío. Los muelles chirriaron cuando se sentó al borde de la cama. Me retiró la almohada y me miró con esos ojos tan profundos. Noté sus dedos en el hombro, y me atrajo hacia sí para besarme.

No era que no me hubieran besado nunca. Pero no tenía punto de comparación con los besos que me habían dado: no hubo ningún suspiro exagerado, ni labios mordidos, ni saliva, ni manoseos, ni los histrionismos que se habían producido con demasiada frecuencia en mi poco destacable pasado. En lugar de eso, cuando nuestros labios se encontraron, se liberó un flujo de energía que emanaba de él y me dejó llena de un deseo cálido y líquido. Era como

si ya hubiéramos hecho el amor y necesitáramos hacerlo de nuevo. Y otra vez más.

Me pregunté si el doctor Wolfgang K. Hauser estaría ya colocado y fuera de circulación.

—Qué bonita eres, Ariel —dijo, mientras me tocaba los cabellos con la punta de los dedos y me miraba con esos nostálgicos ojos añil—. Incluso ahora, que estás llena de cortes, arañazos y magulladuras, un total desastre, desearía hacer cosas que no he hecho con nadie con ese cuerpo tan sublime que tienes.

—Me parece... No me parece —balbuceé como idiotizada. Sin duda, un exceso de hormonas me anulaba el cerebro. Intenté serenarme para decir algo coherente, pero Wolfgang me puso un dedo sobre los labios.

—No, déjame continuar. Ayer todo salió mal porque intenté ir demasiado deprisa. No debí hacerlo. No quiero que sea así contigo. Te admiro mucho; eres muy fuerte y valiente. ¿Sabes que Jerusalén, ahora ciudad santa de tres religiones, en el pasado llevó tu nombre? En su forma más antigua, Ariel significaba «leona de Dios».

—¿Leona? —solté, recuperando mi voz real por primera vez tras ese beso—. No sé si conseguiré estar a la altura.

—Yo tampoco: Wolf significa «lobo». —Volvió a lucir una sonrisa crítica.

—Ya veo: los dos somos cazadores —dije, sonriendo a mi vez—. Pero yo salgo en solitario mientras que los tuyos van en manadas.

Soltó el mechón de mis cabellos con el que había estado jugueteando y me observó con expresión seria.

—No te estoy cazando. Pero no acabas de confiar en mí. He venido para ayudarte y protegerte, nada más. Lo que pueda sentir por tí es problema mío, no tuyo, y no debería interferir en los objetivos o en la misión de los que me han enviado.

—Hablas de los que te han enviado, pero no dices quiénes son. Además, ¿por qué nadie me dijo nada? —quise saber yo con impaciencia—. Ayer aseguraste que eras amigo del tío Lafcadio, pero él no me ha mencionado nunca tu nombre. Has de saber que lo veré este fin de semana en Sun Valley. No me costará demasiado averiguar la verdad.

—Dije que lo conocía, no que fuéramos amigos —aclaró Wolfgang Hauser, que se volvió con el rostro inexpresivo y se observó las manos. Luego se levantó y me miró. Yo seguía sentada entre las sábanas desordenadas—. ¿Has terminado?

—No del todo —dije, acalorada por el tema—. ¿Por qué resulta que todo el mundo sabía lo de mi herencia de entrada, antes de que mi primo estuviera muerto siquiera?

—Te responderé todas las preguntas, si de verdad lo quieres saber —afirmó Wolfgang con calma—. Pero déjame que te diga antes que saberlo puede ser muy, pero que muy peligroso.

—Saber las cosas no es nunca peligroso —le espeté, irritada—. Lo peligroso es ignorarlas. Sobre todo, ignorar las cosas que afectan a tu propia vida. Estoy harta de que todo el mundo me esconda cosas, afirmando que es por mi propio bien. Estoy harta de que me dejen siempre al margen.

Al decirlo me di cuenta de lo muy sentidas que eran mis palabras. En el fondo, era lo que más me incomodaba en mí vida. No era el miedo a lo desconocido ni a un paquete misterioso, por más que su contenido pudiera resultar mortífero. Era la ignorancia en sí: nunca conseguiría desenmascarar la verdad. Era esa compulsión por mantener las cosas en secreto, extendida en el sector donde trabajaba y que dominaba en mi propia familia: la idea de que no se podía hacer nada de forma abierta, que todo precisaba conspiración y connivencia.

Gracias a Sam, había llegado a dominar ese juego. Gracias a Sam, no confiaba en nadie. Y nadie podía confiar en mí.

Wolfgang me miraba con una expresión extraña. Mi repentino y apasionado arrebató también me pilló a mí por sorpresa. Hasta entonces, no me había dado cuenta de hasta qué punto estaban arraigados esos sentimientos en mi interior, ni de lo rápido que podían aflorar a la superficie.

Si eso es lo que hace falta para ganarse tu confianza, te contaré todo lo que quieras saber, sin importar el peligro que le suponga a ninguno de los dos —dijo, con lo que parecía gran sinceridad—. Porque es vital que confíes plenamente en mí aunque las respuestas no sean de tu agrado. La persona que me ha enviado y que me pidió que te diera el manuscrito de las runas —avanzó hacia la mochila, que reposaba sobre la silla—, supongo que reconocerás el

nombre, aunque no la conozcas en persona, es tu tía: Zoé Behn.

Me pregunté por qué tenía la manía de exclamar «me cago en dios» cada vez que algo me sorprendía o me preocupaba. Es decir, ¿qué significa exactamente, «cagarse en dios»? ¿Cómo podía ser que también descargásemos porquería sobre dioses y santos? E incluso, ¿estaba yo tan moralmente corrupta que no podía buscar una exclamación más imaginativa que ésa, aunque sólo fuera en la intimidad de mí mente?

Pero en mi trabajo, como dije, elaborar expresiones ingeniosas sobre los desechos era un estilo de vida, quizá porque el constante trabajo de limpieza tras una población en constante crecimiento y que cada vez desperdicia más sobre un planeta cada vez más reducido constituía una tarea pasmosamente deprimente a la que enfrentarse cada día.

Así que no era extraño que Olivier me recibiera al llegar a la oficina con el estribillo de la canción de Tom Lehrer titulada *Contaminación*, una de las favoritas del sector, gracias a líneas como «Los restos del desayuno que lanzas a la bahía, se los toman en San José para almorzar».

Olivier chasqueaba los dedos como si fueran castañuelas mientras giraba en la silla y me vio.

—¡Por mi adorado profeta Moroni —gritó—. Tienes el aspecto de algo que el argonauta hubiera llevado a casa, con perdón. ¿Qué te ha pasado? ¿Te estrellaste contra una farola en tu empeño por atropellar peatones?

—Me encontré en medio de un alud en mi empeño por perder la vida —afirmé, consciente de que la recogida del automóvil de Wolfgang desataría las malas lenguas por todo el complejo, cuando se supiera que habíamos estado esquiendo juntos todo el día—. Siento lo que pasó en correos, Olivier —proseguí—. Últimamente, no sé lo que me hago.

—¿En un alud? ¿Cuando venías de correos al trabajo? Caramba, parece que las cosas se están animando por aquí en el capítulo de aventuras. Pero no viniste a trabajar en todo el día y, cuando llegué a casa a las siete, tu coche estaba aparcado en el camino y la casa estaba a oscuras y en silencio. Jason y yo cenamos solos, preguntándonos dónde te habrías metido —comentó Olivier, que se había levantado solícito para ayudarme a sentarme y me colocó el brazo sobre el de la silla.

Así que Jason se había sacado dos cenas, una abajo y otra en la despensa para felinos *gourmets* de Olivier. Qué hábil. Ojalá fuera lo bastante humano para que pudiera ayudarme a resolver mis problemas. Pero sabía que Olivier esperaba una respuesta. Cerré los párpados y, con los dedos, presioné el vendaje que llevaba encima del ojo dolorido. Los volví a abrir y miré a Olivier.

—Espero que no especularas con el presupuesto para los pollos y el venado de granja —comenté.

Olivier se me quedó mirando con la boca abierta.

—¡No me digas! —exclamó—. ¡No me digas que...!

—¿Que he pasado la noche con el doctor Hauser? Pues sí, pero no pasó nada —puntalicé. Al fin y al cabo, con el tipo de atención que despertaba Wolfgang Hauser en una población tan pequeña, pronto lo sabría todo el mundo.

—¿Que no pasó nada? —casi gritó Olivier; cerró la puerta de un portazo y se sentó como un torbellino—. ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que me salvó la vida, Olivier —le expliqué—. Estaba herida, como ves, y me llevó a casa. Estaba inconsciente, así que se quedó. —Me sujeté la cabeza, que me dolía.

—Creo que necesito una nueva religión —concluyó Olivier, levantándose—. El profeta Moroni no parece estar demasiado conectado con el comportamiento impulsivo de las mujeres. Siempre he admirado la fe judía, por el poder de esa palabra hebrea que tienen: ¡Oy! ¿Cuál debe de ser su origen etimológico? ¿Lo sabes? ¿Por qué le hace sentir a uno tan bien ir por ahí diciendo: «oy»?

Empezó a andar arriba y abajo repitiendo: «oy-oy-oy».

Me pareció que tenía que intervenir.

—¿Iremos a Sun Valley el fin de semana? —le pregunté.

—¿Y para qué si no me quedo trabajando hasta tan tarde todos los días? —me preguntó a su vez.

—Si Wolfgang Hauser ha vuelto de su viaje, nos acompañará —le dije—. Al fin y al cabo, el

lunes empiezo a trabajar en su proyecto, y me salvó la vida.

—Oy —dijo Olivier, mirando al techo—. La jorobaste del todo, profeta mío.

Esperaba que Olivier encontrara el significado de esa palabra, oy, y pronto. Porque estaba empezando a sonar como una descripción muy acertada de mi vida, tal como se desarrollaba últimamente.

Esa mañana temprano, puesto que no podía mover aún el brazo sin tirar de los puntos, Wolfgang me llevó al trabajo. Le pedí que se detuviera por el camino en la oficina de correos y que dejara en marcha el motor mientras entraba un momento. Firmé un impreso postal para que George, el empleado, me guardara la correspondencia unos cuantos días hasta que se me curara el brazo. Le pedí que me llamara al trabajo si llegaba algún paquete grande para que el cartero no tuviera que dejar el papel de aviso en el buzón. Si había algo importante, le dije, pasaría por correos cuando volviera a casa desde el trabajo y me lo podrían cargar ellos mismos en el coche.

—Espero que no te haya sorprendido demasiado saber lo de tu tía Zoé —me había dicho Wolfgang esa mañana, mientras yo devoraba como un lobo la tortilla de nata agria y caviar que había preparado con la extraña mezcolanza de ingredientes que guardaba en la nevera—. A tu tía le gustaría mucho conocerte y que tú la conocieras. Es una mujer fascinante, con mucho encanto, aunque comprende que el resto de tu familia la considere la oveja negra.

«No me extraña», pensé. La mayoría de los detalles de la vida de Zoé eran de sobra conocidos a partir de los libros llenos de chismorreos que había publicado sobre sí misma. Por ejemplo, su carrera legendaria como una de las bailarinas más famosas de Europa, junto con compañeras como Isadora Duncan, Joséphine Baker y los Nijinski. O su vocación legendaria como una de las mujeres de vida alegre más famosas de Europa, junto con sus modelos Lola Montes, Coco Chanel y el personaje de ficción, la Dama de las Camelias. Etcétera, etcétera.

Pero hasta el desayuno de esa mañana con Wolfgang desconocía otros detalles, como el hecho de que durante la Segunda Guerra Mundial la infame tía Zoé había sido miembro de la Resistencia francesa, por no decir nada de que actuaba también como informadora para la OSS (la Oficina de Servicios Estratégicos), el primer grupo oficial de espionaje internacional de América.

Me hubiera gustado saber qué parte de todo aquello era cierta. Aunque todos esos esfuerzos se congraciaban con nuestra rama del árbol familiar, me parecía incongruente que un grupo como la OSS, que descifraba mensajes en clave y operaba en un entorno de supuesto secreto, hubiera tratado con una bocazas efusiva y chismosa de talla mundial como la tía Zoé. Pero, si bien se mira, puede que una reputación como la suya fuera la mejor tapadera. A la larga, mucho mejor que la de su predecesora filosófica y también bailarina, Mata Hari.

Si las informaciones actuales sobre Zoé eran correctas, a sus ochenta y tres años seguía viviendo y dando guerra en París, bebiendo champán y llevando una vida tan descocada y escandalosa como siempre. Era curioso que se relacionara con alguien como Wolfgang Hauser, un alto cargo de la OIEA de Viena.

Wolfgang me explicó que en marzo del año anterior, en Viena, en un encuentro internacional para conmemorar el quincuagésimo aniversario de las «tropas pacificadoras» de la Segunda Guerra Mundial, Zoé lo reclutó cuando los dos entablaron confianza en la reunión de bienvenida en un *Heuriger* local: uno de los bares ajardinados, típicos de Austria, donde se bebe el vino de la primera uva recién seleccionada y prensada. Según Wolfgang, tras unos litros de ese vino joven, Zoé confió lo bastante en él para hablarle del manuscrito rúnico. Luego le pidió ayuda.

Wolfgang dijo que Zoé había adquirido el manuscrito, del que yo tenía una copia, hacía años, aunque no le dijo cómo ni dónde, sólo que era de la época wagneriana, antes del cambio de siglo, cuando en Alemania y Austria había surgido el interés por restablecer las raíces de la cultura teutónica, supuestamente superior. Se fundaron sociedades, me explicó, que se extendieron por toda Europa para registrar y descifrar inscripciones rúnicas de antiguos monumentos de piedra.

Zoé pensaba que ese documento era excepcional y valioso, y que podía guardar alguna relación con los manuscritos que Sam había heredado del hermano de Zoé, Earnest. Incluso era posible, le había sugerido a Wolfgang, que Sam poseyera otros documentos rúnicos, y le ayudara a identificar y traducir los suyos. Pero después de la muerte de Earnest, los esfuerzos de Zoé para comentarlo con Sam habían resultado inútiles.

Debido a su situación en el ámbito nuclear internacional, Zoé esperaba que Wolfgang pudiera entrar en contacto con Sam a través de mí, y comentar ese tema sin implicar al resto de la familia, si bien Wolfgang no veía claro por qué había decidido confiar en él, un completo desconocido.

Conociendo la reputación de mi tía, los motivos me parecían bastante claros. Zoé podía tener ochenta y tres años, pero no estaba ciega. Los hombres con los que había coqueteado no siempre eran ricos, pero siempre eran de un atractivo fuera de lo común, tan espectaculares como el mismísimo Herr Wolfgang Hauser. Sí no hubiera tenido ese manuscrito de fábula en mis propias manos, habría sospechado que la vieja licenciosa se lo había inventado todo para añadir a Wolfgang como la última alhaja de su ya muy enojada corona.

Aunque había aceptado la petición de Zoé de superar las defensas de nuestra familia, con la que mi tía no se hablaba, y de buscarnos a Sam y a mí para que nos involucráramos en su proyecto, Wolfgang no actuó de inmediato, sino que esperó a encontrar un motivo legítimo que lo llevara a Idaho. No podía saber que Sam estaría muerto cuando llegara, ni cómo reaccionaría yo ante el hecho de relacionarme con uno más de esos parientes a los que solía evitar como a la peste.

No tenía sentido explicar a Wolfgang que si mi primo Sam hubiera tenido ese documento, por poco tiempo que fuera, ya lo habría descifrado. Los navajos diseñaron en la Segunda Guerra Mundial el único sistema criptográfico de este siglo que no ha podido ser descifrado. La cultura amerindia genera cierta afición a este tipo de cosas, y sabía que Sam vivía y respiraba criptografía.

Pero, como tenía que recordarme una y otra vez, yo era la única persona del mundo que sabía que Sam seguía con vida. Ahora, para deshacer este nudo en el que yo misma me había atado, sólo tenía que dar con él.

Para mi decepción, el resto de la semana transcurrió sin más dificultades. No es que esperara una persecución automovilística ni otro alud para que me rescatara del aburrimiento. El problema era que no había llegado todavía ningún paquete. Ni tampoco había podido ponerme en contacto con Sam.

Había indagado en el bar No-Name, donde pregunté de la forma más indiferente posible por las llamadas telefónicas. El camarero me dijo que había observado que el teléfono de pago de la pared había sonado unas cuantas veces a principios de esa semana. Pero nadie había atendido las llamadas y ya no volvió a ocurrir.

Todos los días repasaba el correo del ordenador, que estaba siempre vacío.

Olivier y yo tuvimos que coordinar los horarios unos cuantos días hasta que pude volver a conducir, y Wolfgang seguía fuera de la ciudad. Así que, en cierto modo, era una suerte que el paquete no llegara hasta que pudiera ir sola a recogerlo. Mientras tanto, escondí el manuscrito rúnico en un lugar donde nadie pudiera encontrarlo, bajo las diez mil narices de los funcionarios del complejo: dentro de la Normativa del DDD.

La Normativa del Departamento de Defensa era la biblia de todas las sucursales de investigación y desarrollo del Gobierno federal: treinta y cinco volúmenes encuadernados de normas y disposiciones, que debían ser consultados antes de hacer cualquier cosa, desde desarrollar un sistema informático hasta construir un reactor de agua. A los contribuyentes les costaba una fortuna producir y actualizar este documento básico. Teníamos muchos ejemplares en el complejo: había uno en la estantería de dos metros, en la parte exterior de mi despacho. Pero en los cinco años que llevaba trabajando ahí, no había visto ni una sola vez a nadie que se acercara por casualidad a echarle un vistazo, ni mucho menos que lo consultara con algún fin específico. Dicho sin rodeos, podíamos haber empapelado las paredes de los aseos con la Normativa del DDD y, aun así, dudo que alguien se fijara.

Era la única que había tratado de leérselo, pero con una vez tuve bastante. Lo que vi resultaba menos comprensible que el código fiscal modificado de Hacienda: el estilo de redacción del Estado, por excelencia. Estaba segura de que nadie encontraría el manuscrito rúnico si lo escondía ahí.

El viernes, pues, el primer día que fui capaz de conducir yo misma hacia el trabajo, me quedé hasta después de que Olivier se fuera. No le extrañó. Partíamos hacia Sun Valley al amanecer, por lo que tenía que terminar el trabajo que debía dejar listo para el fin de semana. En cuanto se marchó para preparar su equipaje, empecé a sacar volúmenes del ejemplar de la Normativa y a retirar las cubiertas. Intercalé una página de runas cada cuarenta o cincuenta páginas, en todos los volúmenes.

Acabé a las diez. Estaba contenta de no haberme herido el brazo al manejar esos libros tan pesados durante tanto rato. Me senté ante el escritorio para descansar un momento y centrar las ideas. Sin querer, le di al ratón. Los movimientos regulares del salvapantallas desaparecieron y quedaron sustituidos por una nueva pantalla, que iluminaba la habitación medio oscura.

Me la quedé mirando. Un símbolo que no había visto nunca, como un asterisco gigante, ocupaba gran parte de la pantalla:



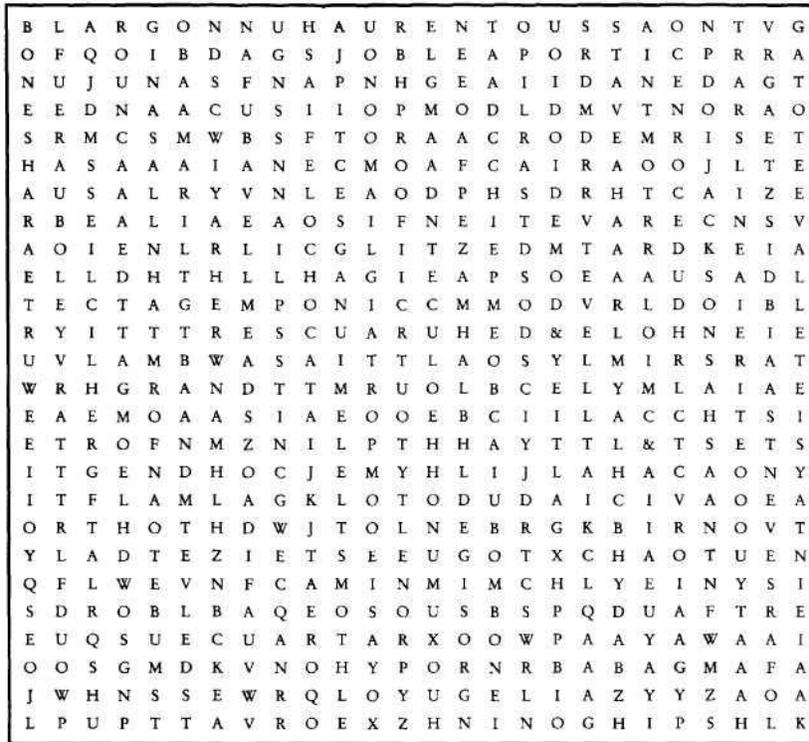
Bajo ese símbolo aparecía un interrogante.

¿Cómo había llegado eso al ordenador? No podía ser obra de nadie de la oficina; me había pasado el día sentada al escritorio.

Introduje un interrogante en el terminal para activar la Ayuda. La pantalla de Ayuda me mostró un mensaje que no había visto antes, y que estaba segura de que no formaba parte del programa: decía que comprobara el correo.

Abrí el archivo de mensajes, aunque lo acababa de vaciar del todo hacía sólo unas horas, esa misma tarde. Sin embargo, contenía un nuevo documento. Recuperé el mensaje en pantalla. Se empezó a formar despacio, como si hubiera una mano oculta dentro del tubo que compusiera la imagen. Observé fascinada y aturdida cómo las letras iban apareciendo como por arte de magia. Antes de que hubiera terminado ya sabía quién lo había puesto ahí: sólo podía haber sido Sam.

Saqué unas cuantas copias por la impresora láser para poder trabajar con ellas a mano y las estudié.



A pesar de que sabía que la primera norma de seguridad era borrar de la máquina lo más deprisa posible cualquier mensaje cifrado que recibiera, también conocía a Sam. Si Sam quería que algo se destruyera enseguida, lo habría programado para que desapareciera al imprimirlo. El hecho de que siguiera apareciendo en pantalla significaba que contenía más pistas, aparte de la secuencia de las letras en sí. Puede que ya hubiera recibido una: el asterisco.

Saqué tres lápices del cajón del escritorio, los uní con una goma elástica y los abrí en abanico para formar el diseño de un copo de nieve: la forma de un asterisco. Lo deslicé por la página para ver si, a partir de los tres ejes, se obtenía algún acróstico. No hubo suerte, pero tampoco esperaba tenerla. Hubiera sido una pista demasiado obvia y, por lo tanto, demasiado peligrosa para que Sam la dejara en el ordenador.

Mientras observaba la página de letras, me eché para atrás unos segundos para examinarlo con perspectiva. Si tienes que descifrar una clave desconocida, supone una enorme ventaja el hecho de que la persona que cifra el mensaje intente ponerse en contacto contigo. Y mucho más que hayas sido entrenado por ella, como era nuestro caso.

Ahora, por ejemplo, podía sacar algunas deducciones del mensaje que se ocultaba ante mí: Sam no habría enviado éste ni ningún otro mensaje por ordenador, método que consideraba de lo más inseguro a no ser que contuviera información importante o urgente, o ambas cosas a la vez. Es decir, a no ser que se tratara de algo que tenía que conocer sin falta antes de irme a pasar el fin de semana a Sun Valley, como Sam sabía que tenía previsto. De todos modos, había esperado una semana, para enviarlo casi a última hora del viernes por la tarde. Era evidente que no había encontrado otra forma de comunicarse y se había visto obligado a utilizar un medio en el que no confiaba. Eso me revelaba dos características fundamentales de la «personalidad» de la clave que habría usado.

En primer lugar, como pensaba que era vulnerable a la curiosidad de los demás, se trataría

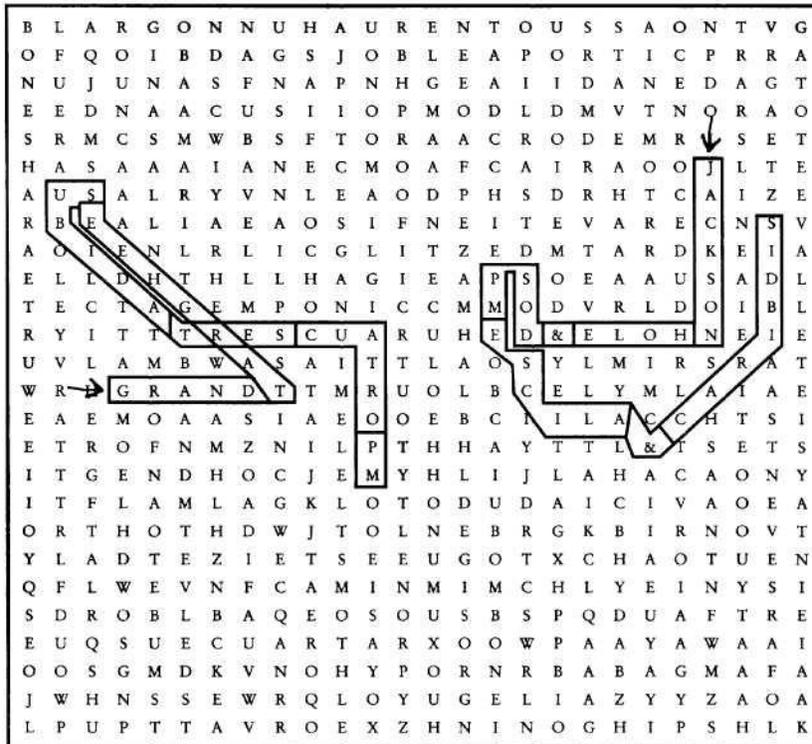
de una clave multicapas, con pistas falsas esparcidas en cada guía para que si otra persona intentaba descifrarla, le resultara largo y difícil.

En segundo lugar, dado que Sam había corrido ese riesgo obligado por las limitaciones del tiempo y la urgencia, habría adoptado un código lo bastante simple para que yo pudiera descifrarlo deprisa, de forma correcta y por mí misma.

La combinación de estos dos ingredientes vitales me indicaba que la clave para descifrar el mensaje tenía que ser algo que sólo yo pudiera ver.

Utilicé una regla para guiarme y busqué por la página. La primera pista se observaba de inmediato. Había dos elementos, y sólo dos, que no eran letras del alfabeto: dos signos «&», en las líneas doce y dieciséis. Puesto que ese signo se utiliza como símbolo de la palabra «y», quizá servían de conexión entre partes del mensaje. Aunque eso lo podía adivinar cualquiera, tenía la certeza de que ahí era donde empezaban las guías, tanto la verdadera como la falsa: es decir, en el medio. Y todavía estaba más segura de que encontraría una pista «personal» que me diría en qué lugar debía desviarme del camino evidente.

No quedé decepcionada. El signo «&» de la línea dieciséis unía las palabras *Escila y Caribdis*, y permitía



completar el mensaje *Jackson Hole, dos p. m., Escila y Caribdis*. Era una pista falsa, no sólo porque era como yo llamaba a esas rocas (otros podían saberlo también), sino porque le había dicho a Sam que iría a Sun Valley el fin de semana, no a Jackson Hole, para encontrarme con tío Laf. Pero pista falsa o no, me indicaba que el mensaje que buscaba me diría dónde intentaría verme Sam ese fin de semana. Gracias a Dios.

Había otros mensajes diseminados que se veían con facilidad, como el que empezaba con *Grand* en la línea catorce, donde decía que nos encontraríamos el domingo en Grand

Targhee, subida tres, a las cuatro p. m.

Sin embargo, me parecía mucho más probable que el mensaje real de Sam estuviera sepultado bajo el racimo de informaciones contradictorias que se abría desde el otro signo «&». Y todas ellos estaban relacionados con lugares de Sun Valley.

El signo «&» de la línea doce unía las palabras *valley* y *día*. Si se leía en orden inverso, de sudeste a norte, decía: *Sun Valley & Do (domingo)*. Luego empezaban las bifurcaciones y la cosa se complicaba.

Una ponía «mediodía», pero ahí perdí la pista. Pasado un rato, encontré la palabra *diez* escrita al revés y, si se seguía alrededor en forma de círculo, rezaba: *diez a. m. habitación treinta y siete*. Poco probable que Sam lo complicara tanto para dejar un mensaje tan sencillo. Mucho más compleja era la palabra *tarde*, que vi que se desviaba del signo «&». El mensaje que la incluía bailaba por toda la página: *Domingo tarde comedor del hotel, ocho p.m., lleva bufanda amarilla*. ¡Como si necesitara que llevara algo para identificarme! Vaya.

Además, aunque Sun Valley se extendía por tres ciudades, dos cordilleras montañosas y kilómetros de tundra esquiable donde nos podríamos encontrar, estaba segura de que Sam había dicho que nos veríamos en Baldy, la estación de esquí más importante, porque ambos nos la conocíamos al dedillo. Con todos los puntos que llevaba encima y mi actual estado físico, no me apetecía nada ponerme los esquís alpinos de nuevo. Pero parecía que no tendría más remedio.

Sabía que todavía no había encontrado el mensaje correcto. Tenía que ser el que seguía a la palabra *mediodía*. ¿Adonde se dirigía? Encontré la palabra *encontrar*, que estaba unida con un tira larga que parecía formar parte de algo mayor, pero la palabra no casaba contextualmente con esa frase. Volví a mirar. Encontré *en* y, al lado, *por* y *a*. Empezaba a bizquear, a pesar de que ahora usaba el dedo para seguir el laberinto de letras en la página que tenía delante.

Entonces, encontré una palabra real: *Toussaint*. Seguía hacia el norte desde la palabra *en*, giraba hacia el este y luego volvía hacia el sur. *Toussaint*, «el día de Todos los Santos», aunque mi limitado conocimiento de cuestiones religiosas se acababa ahí. Como sólo había asistido a la iglesia de pequeña, cuando Jersey tenía que actuar en alguna, no recordaba si esa fecha era cerca del día de los Difuntos o del Carnaval pero, en cualquier caso, ninguna de las dos caía cerca del domingo siguiente. Y las pistas de esquí tenían nombre, pero no había ninguna en Sun Valley que se llamara *Halloween* ni *Martes de Carnaval*. Sin embargo, daba la casualidad que la mayoría de laderas de Baldy llevaban el nombre de cuatro ocasiones festivas: *Vacaciones*, *Pascua*, *Primero de Mayo* y *Navidades*. Tal vez no fuera simple coincidencia.

Entrecerré los ojos y volví a estudiar la cuadrícula. Había pasado una hora con el rompecabezas y el brazo, que empezaba a curarse, me dolía y me picaba a más no poder. Pude conectar la palabra *Toussaint* con algunas palabras que había encontrado antes, como *ve* y *a través*, pero me volví a perder. ¡Maldita sea, Sam! *En Toussaint ve a través*, ¿a través de qué?

Había docenas de senderos y de laderas que se ramificaban desde las cuatro que he mencionado. Respiré profundamente, cerré los ojos empañados e imaginé el trazado de la montaña en tres dimensiones. Por ejemplo, si llegabas con el telesilla hasta Lookout, que daba a tres de las laderas anteriores, y esquiabas bordeando el telesilla, seguías un camino que, a vista de pájaro, se parecía mucho al modo en que las letras del mensaje se distribuían en la página. Y aun más, si retrocedía al principio mismo del mensaje, las palabras *Sun Valley*

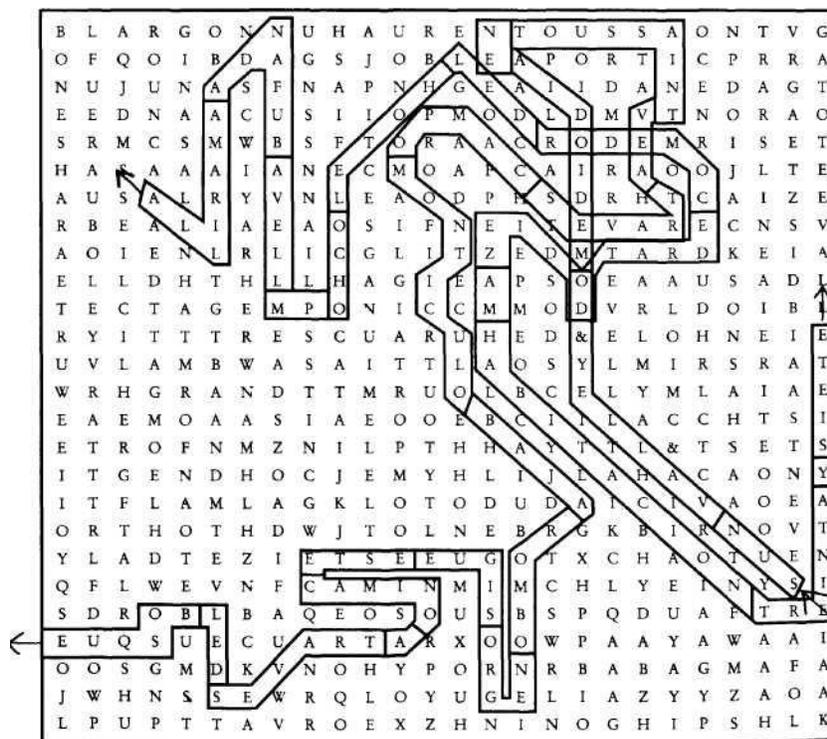
aparecían, si la memoria no me fallaba, en el mismo ángulo en que el telesilla estaba dispuesto en la montaña.

Sabía que había encontrado algo, de modo que cerré de nuevo los ojos y me concentré en la montaña. Al salir del telesilla, se llegaba a un pequeño saliente para luego cruzar un campo extenso de montículos de nieve. Abrí los ojos y busqué la palabra *montículo* cerca de donde se situaba el campo real. Tardé un minuto, pero al final la encontré, en forma de zigzag, tal y como se esquiaba por ella, después de la palabra *campo*. El corazón me empezó a latir con fuerza.

Pero todavía faltaban cosas por descifrar.

Había encontrado la palabra *baja* después de *montículo*, pero sabía que había cinco laderas mas que partían de ese campo y no recordaba sus nombres, del mismo modo que me habría sucedido con el primer grupo si no hubiera encontrado *Toussaint*. Siempre me acordaba de las características geográficas, los números de las subidas y cuantas subidas necesitabas, y también el grado de dificultad marcado en cada pista: verde, azul o negro; círculo, cuadrado o rombo. Pero eso no servía mucho en este caso.

Recordé que Sam me conocía muy bien. Tras la palabra *baja* estaba la letra *r*, y la seguí por el contorno serpenteante que formaba dos palabras: *rombo negro*. La pista con el rombo negro en la parte inferior del campo de montículos desembocaba en la base de otra subida. Si continuaba por allí, llegaría a la parte alta de la siguiente pista. Seguí las palabras de la página hasta ese punto. Ponía: *sigue este camino a través de*, y la palabra que iba hacia el norte era: *bosque*. Dado que, cuando una palabra acababa en el borde de la página, significaba *salida* llegué a la conclusión de que ese era el final del mensaje. Y que indicaba el lugar donde vería a Sam el domingo a mediodía.



Ahora se veía el dibujo entero: cogería el telesilla tres en Lookout, esquiara a través del campo de montículos y seguiría la ramificación a la izquierda hacia la pista con rombo negro, es decir, la de mayor dificultad. Era todo muy sencillo, a excepción de lo escarpada que era esa ladera, si me caía con el brazo así. La pista me conduciría por la ladera de la montaña, lejos de los turistas, hacia un bosque con pasos estrechos, donde sería fácil leer las marcas que Sam me dejara, de modo que no correría peligro si quisiera cambiarlas en el último minuto, si era preciso, para modificar mi camino.

Estaba muy orgullosa de mí misma por haber descifrado toda esa información a partir de una matriz de 26 x 26, aunque sabía que Sam era el verdadero genio, por ponerla en contexto geográfico para que sólo pudiera leerla alguien que conociera el terreno tan bien como él.

Cuando iba a borrar la matriz, que seguía en pantalla, me acordé de buscar otra capa, más profunda. Hice doble clic con el ratón en el asterisco, sin resultado. Luego, probé la primera letra de Sun Valley y, por último, hice clic en la letra de salida, la *e* de *bosque*. Acto seguido, la pantalla desapareció y mostró un mensaje:

La gnosis puede traer lamentos cerca. Firmado: *Ben Sigur*.

Ben Sigur era un anagrama de Nube Gris, el nombre del espíritu sagrado de Sam, que sólo yo conocía, al igual que I. S. Gruben y Gus B. Rein y el resto de combinaciones de las letras de nuestros nombres que usábamos para deslumbrarnos el uno al otro cuando éramos niños. Eso significaba que la otra mitad era también un anagrama y contenía la otra mitad del mensaje que me enviaba Sam.

Iba a ser una noche muy larga.

No tan larga, de hecho. Yo era muy hábil en la resolución de anagramas crípticos, algo con lo que Sam contaba.

La primera palabra clave del anagrama era *lamento* que, según el diccionario que tenía a mano, significaba queja con llanto y otras muestras de aflicción. Muy apropiado, si se tenía en cuenta que Sam estaba oficialmente muerto y que en ese instante eso era lo que yo hubiese hecho, lamentos, aunque sabía que mi hermano estaba vivo.

La otra palabra, *gnosis*, quería decir conocimiento, en especial el de tipo secreto, oculto y esotérico necesario en las transformaciones. Una vez más, se adecuaba al contexto de mi complicada genealogía, carrera profesional y la situación en que me veía a mí misma en esos momentos, sentada frente al ordenador.

La forma más sencilla y rápida de descifrar un anagrama consiste en coger todas las letras y formar grupos con ellas para ver luego qué palabras generan en común. Por ejemplo, en el mensaje de treinta y una letras de Sam *La gnosis puede traer lamentos cerca*, había el siguiente número de vocales y de consonantes: a = 4, e = 5, i = 1, o = 2, u = 1,

c = 2, d = 1, g = 1, l = 2, m = 1, n = 2, p = 1, r = 3, s = 3 y t = 2. No se podrían construir demasiadas frases coherentes con ello. Para simplificar las opciones, me había proporcionado dos pistas en las palabras *lamento* y *gnosis*.

Si un lamento era un quejido o gemido, era un sonido, un grito, quizás incluso música. Y dado que mi madre y mi abuela figuraban ambas entre las mejores cantantes de su época, era de suponer que con la palabra *lamento* Sam se refiriera a algún tipo de canción.

En el grupo de letras que Sam me había enviado había bastantes letras para escribir *cantar* no una, sino dos veces. Así que extraje las letras para formar dos veces *cantar*, y después conseguí deletrear la palabra *sígneme*. Eso me bastó: el mensaje era *Sígueme por el Cantar de los Cantares*.

Y eso iba a hacer.

Olivier tenía el *Libro del mormón* en el cajón superior, pero no había ninguna Biblia. Pero, por Dios santo, con la cantidad de religiosos fanáticos que había en el complejo, que llegaban a leerse las Escrituras a la hora del almuerzo, tenía que haber un ejemplar de la Biblia en algún sitio. Recorrí unos cuantos despachos hasta que encontré una. Pasé las páginas y encontré el libro.

Y leí: «El Cantar de los Cantares, atribuido a Salomón...»

No me pasó inadvertido que no era la única referencia de Sam a Salomón. La primera fue el nudo de Salomón que me dejó colgado del retrovisor: el primer contacto que establecía conmigo después de haber «resucitado». Como me daba la impresión de que esa noche no tenía tiempo de descifrar el significado oculto de un poema de siete páginas que había despertado el fervor en tantas personas a lo largo de los milenios, relajé mi interés y repasé por encima el texto hasta la última estrofa.

«¡Huye, amado mío, sé como la gacela o el joven cervatillo, por los montes de las balsameras...!»

Entonces supe que tenía que darme prisa para ir a la montaña.

EL TIOVIVO

¡Ay, Ariel, Ariell... y pondré en angustias a Ariel, y habrá llanto y gemido...

Pues ira tiene el Señor contra todas las naciones, y cólera contra todas sus mesnadas. Las ha anatemizado, las ha entregado a la matanza.

ISAÍAS 29,34

No se puede decir que sea más agradable ver una batalla que un tióvivo, pero no hay duda de cuál de los dos atrae más gente.

GEORGE BERNARD SHAW

La luz del sol despedía brillos negros al reflejarse en los conos volcánicos de los cráteres de la región llamada Moon National Monument. Lechos de lava, retorcidos y revueltos, se extendían por el suelo del valle mientras el coche avanzaba por la carretera vacía en dirección a Sun Valley.

Habíamos cogido mi coche porque el de Olivier aún estaba en el taller, pero conducía él. Jason permanecía sentado o apoyaba las patas delanteras sobre el salpicadero para controlar la vista panorámica y no perder detalle de la dirección que seguíamos. Yo ya tenía el brazo lo bastante bien como para conducir, por lo que Olivier se sorprendió cuando le pedí que llevara el coche los casi doscientos cincuenta kilómetros de trayecto, para poder sentarme detrás y leer la Biblia. Debió de pensar que mis problemas recientes me habían conducido a encontrar consuelo en las Sagradas Escrituras, pero no era eso lo que buscaba en el Cantar de los Cantares, que yacía abierto en mi regazo, y de todas formas tampoco parecía un relato capaz de proporcionar mucho consuelo. Me pareció extraño que Sam eligiera la Biblia para

ocultar un mensaje. Ninguno de los dos dominaba demasiado el tema religioso y este capítulo concreto, que no había leído antes, era de lo más erótico que se podía encontrar en un libro que no se vendiera como tal. La tórrida narración del romance entre el rey Salomón y Sulamita, una mujer joven que trabajaba en los viñedos, se situaría más o menos al mismo nivel que el *Kama Sutra*. Hacia el capítulo siete, el rey bebe licor del ombligo de la muchacha. Al más puro estilo de la morbosa novela gótica.

Costaba imaginarse que esos versos se leyeran en voz alta desde un púlpito, sobre todo porque si se sigue la secuencia bíblica, se encuentran situados entre lo de polvo eres y en polvo te convertirás del clesiastés y el fuego eterno de Isaías, libros ambos a los que había echado una ojeada con la esperanza de conseguir la perspectiva que me ayudara a entender lo que Sam trataba de decirme. Ni por ésas.

Cuando llegamos a Sun Valley, Olivier descargó unas cuantas bolsas y los esquís y nos registramos en recepción. Luego fui con Jason a la habitación y llamé a Laf para avisarlo de que habíamos llegado. A principios de semana había dejado un recado en el hotel para Laf, donde le informaba que quizás iría con dos amigos. Laf me había mandado un telegrama diciendo que esperaría nuestra llegada y nos invitaría a todos a comer. Pero en un mensaje posterior, Wolfgang me comunicaba que le habían entretenido en Nevada, así que hoy estaríamos sólo tío Lafcadio, Olivier y yo, o al menos eso creía.

Después de dejar el equipaje arriba, en nuestras respectivas habitaciones, Olivier y yo nos encaminamos juntos al comedor del hotel para reunimos con Laf.

La enorme chimenea de piedra del comedor, las paredes con ricos paneles, los techos altos con arañas de cristal, los manteles de damasco con cubiertos de plata maciza y cafeteras humeantes, y las amplias ventanas que mostraban los prados nevados del exterior atestiguaban una época de tranquila elegancia del período de entreguerras, cuando el ferrocarril construyó Sun Valley para atraer a los ricos y famosos al poco conocido y, por lo tanto, exótico paisaje de las Rocosas de Idaho.

El *maitre* del hotel nos acompañó hasta una gran mesa circular que habían reservado para nuestro grupo, situada en un lugar privilegiado, delante de las ventanas. Un centro de rosas rojas decoraba la mesa, la única que disponía de tal adorno en la sala. Unos cuantos comensales nos observaron con discreción mientras nos encaminábamos a nuestros asientos, nos llenaban las copas de agua de inmediato y aparecía como por arte de magia un cestito con panecillos recién hechos. El *maitre* en persona cogió el Dom Pérignon de la champanera situada al lado de la mesa y nos llenó las copas altas de champán.

—Nunca me habían tratado así aquí. Normalmente, el recibimiento es frío y la comida, aún más —comentó Olivier cuando estuvimos solos.

—¿Te refieres a la aparición instantánea del vino y a las rosas? —pregunté—. Es por el tío Lafcadio; es el príncipe de la pompa y la ostentación. Eso es un avance para que el público se anime.

En ese instante, con una sincronización impecable, Laf cruzó la puerta doble para adentrarse en el comedor. Le rodeaban el *maitre*, su ayuda de cámara, una mujer desconocida y varios camareros. Se detuvo para quitarse los guantes, dedo por dedo, antes de acercarse a nosotros. Su característica capa hasta el suelo formaba olas que absorbían a su paso la atención del resto de comensales. Al tío Laf no le gustaba confundirse con la multitud, ni era probable que lo hiciera: gozaba de gran fama y reconocimiento público favorecidos por el hecho de que su foto aparecía en muchas fundas de disco como la de Franz Liszt.

Avanzó por la sala a grandes zancadas, mientras movía ante él el bastón con empuñadura de

oro como si apartara aves de caza de su camino. Me levanté para recibirlo. Cuando alargó los brazos para abrazarme, le resbaló la capa de los hombros. Detrás de él, Volga Dragonoff, su impecable ayuda de cámara transilvano, la cogió (con un dedo, antes de que el dobladillo tocara el suelo), acto seguido la hizo oscilar en el aire y finalmente la dejó caer en su brazo, una coreografía ejecutada con tal maestría que no me cupo duda de que había sido ensayada. Laf no prestó atención a ese aparte y me *abrazó*.

—¡Gavroche, qué agradable vista para mis cansados ojos! —dijo sonriendo, y me separó un poco para verme mejor.

Al unísono, los camareros apartaron las sillas y esperaron, sin soltar el respaldo, a que nos sentáramos. Lo cual significaba que nos íbamos a quedar de pie un rato porque a Laf no le gustaba que la servidumbre le dijese lo que tenía que hacer, aunque fuera en lenguaje corporal. Se sacudió hacia atrás los cabellos blancos, largos hasta los hombros, y me miró con esos escrutadores ojos azules.

—Eres todavía más bonita que tu madre en su día —me dijo.

—Gracias, tío Laf. Tú también estás espléndido —le comenté—. Me gustaría presentarte a mi amigo Olivier Maxfield.

Antes de que Olivier pudiera hablar, la mujer joven que acompañaba a Laf se separó del grupo situado tras él. Como si le brindara ayuda para vadear un arroyo, Laf le ofreció el brazo doblado, donde ella apoyó una mano larga y elegante; una mano que, casi de forma ostentosa, carecía de pintura y de joyas, y nos sonrió.

—Encantado —dijo el tío Laf—. Gavroche, te presento a mi acompañante: Bambi.

¿Bambi? Quiero decir, la chica era todo un ejemplar, como ya había observado todo el mundo en la sala.

Se lo tenía que reconocer al tío Laf. No era la decoración exótica normal y corriente para llevar colgada de la manga, del tipo al que el tío Laf daba de comer en su establo desde que Pandora, la gran pasión de su vida, había muerto. Antes al contrario, se trataba de una de las mujeres más bonitas que había visto en mi vida, un pura sangre que quitaba el aliento. Tenía un rostro que conseguía ser escultural a la vez que sensual: ojos de mirada lánguida, labios carnosos y pómulos altos, enmarcados por una larga cabellera rubia. Llevaba un traje aterciopelado de una pieza, muy ajustado, de escote suficiente para revelar mucho de lo que había debajo, ya de por sí impresionante. Pero no era sólo su belleza voluptuosa lo que había dejado la sala en silencio. Tenía una cualidad aún menos frecuente: emanaba una especie de luminiscencia esplendorosa, como si estuviera hecha de oro puro. Sus cabellos resplandecían como una cascada cuando se movía; su piel tenía el brillo de una fruta madura y apetitosa; los ojos grandes le centelleaban desde las profundidades con un mar de destellos de oro. Sí, era sin duda un rostro que conseguía que mil barcos zarparan al mar y que las torres legendarias de Ilion ardieran en llamas.

De acuerdo, puede que fuera envidia, pero era inevitable que tuviera algún defecto. Entonces, abrió la boca y habló.

—*Grüss Gott, Fraulein Behn* —dijo—. Su *Onkel* me ha hablado mucho de usted. Conocerla era el sueño de mi vida.

Humm: el sueño de su vida. Nada del otro mundo en cuanto a objetivos se refiere. Y a pesar del acento *hochdeutsch*, sus modales rezumaban la insignificancia vacua de un niño no demasiado inteligente. Me ofreció los dedos como si fueran un trapo de cocina colgando; los ojos, que un minuto antes parecían poseer una profundidad impenetrable, ahora sólo parecían impenetrablemente ausentes. Eché un vistazo a Olivier, que se encogió de hombros

y me lanzó una vacua sonrisa algo triste. ¡Qué desperdicio de espacio en la azotea!

—Espero que os llevéis como hermanas —comentó Laf, mientras apretaba el brazo de Bambi.

Laf se volvió hacia la mesa donde esperaban los camareros, dispuesto por fin a sentarse, la señal para que el resto de nosotros le imitara. El factótum transilvano, Volga Dragonoff, capaz de adivinar el menor antojo de Laf como si estuvieran conectados por el lóbulo frontal, se hizo con una silla en el otro extremo de la sala, al lado de la puerta, y se sentó con la capa de Laf en el regazo. No había visto nunca comer a Volga con mi tío ni con nadie de la familia, ni siquiera cuando permanecieron dos días aislados en un cobertizo, en el Tirol, sin nada más que frutos secos y pasas que llevarse a la boca. Me toqué la frente con dos dedos para saludar a Volga y él hizo un gesto con la cabeza, sin sonreír. Volga no sonreía jamás.

—Bambi es una violoncelista de mucho talento —contaba Laf a Olivier, lo que atrajo mi atención. Sabía lo que quería decir con eso—. Todo el mundo sabe que la destreza con los dedos y la acción de la muñeca que sostiene el arco son distintivos de todos los grandes intérpretes de cuerda. Pero pocos se dan cuenta de que cuando se trata del violoncelo...

—Es la forma de sujetarlo con los muslos lo que de verdad cuenta —terminé la frase.

Olivier me miró, se atragantó y cogió el agua.

—Sí, claro. El cuerpo del músico tiene que convertirse en el instrumento, envolver por completo la música en un abrazo cálido y circundante de pasión —estuvo de acuerdo el tío Laf, mientras el *maitre* llegaba con las cartas.

—Ya veo —consiguió pronunciar Olivier que, asombrado, no quitaba los ojos de encima del cuerpo de diosa olímpica que tenía Bambi.

—Tomaré los *oeufs Sardou* —indicaba el tío Laf al *maitre*—. Pero con salsa bearnesa y mucho limón.

Olivier se inclinó hacia mí y me susurró:

—Está a punto de salirme una erupción.

—Quizás a los jóvenes os gustaría salir a esquiar esta tarde, después de comer, ¿qué me dices, Gavroche? —preguntó el tío Laf cuando terminó de pedir el almuerzo para Bambi como si fuera una niña.

Sacudí la *cabeza* y señalé el brazo herido.

—Pues entonces, tú y yo podremos tener una charla privada mientras los demás esquían. Pero por el momento, mientras comemos, podría contar una historia de interés más general.

—¿Una historia de la familia? —pregunté, con lo que esperaba fuera un tono de cauta reserva. ¿No me había dicho tío Laf por teléfono que lo que me tenía que contar era confidencial?

—No de la familia exactamente —respondió con una sonrisa, y me dio unas palmaditas en la mano—. De hecho, es mi propia historia, una historia que estoy seguro de que nunca has oído, porque tu padre no la sabe, como tampoco la sabía mi hermanastro Earnest. Ni Bambi tampoco, a pesar de que cree conocer todos los secretos sombríos que se ocultan tras mi vida pública y transparente.

Era una extraña caracterización para la belleza insulsa de Bambi, cuya actitud insinuaba la incapacidad de interesarse por ningún tema mucho rato seguido.

—A pesar de haber tenido una vida larga y plena, Gavroche prosiguió Laf—, todavía recuerdo cada suspiro, cada sabor, cada fragancia. Algún día tendré que explicar mi teoría de que los aromas son la llave que abre los recuerdos más tempranos. Pero los recuerdos más

poderosos son los asociados con la mayor belleza o la mayor amargura. El día que conocí a Pandora, tu abuela, se produjo una combinación de ambas circunstancias.

Varios camareros llegaron en procesión, pusieron los platos en la mesa y, de forma simultánea, levantaron las tapas con un movimiento airoso. Laf me sonrió y continuó con su relato.

Pero para explicar cómo empezó todo, primero tengo que hablar sobre la amargura y, después, sobre la belleza

— “Nací a finales del 1900, en la provincia de Natal, en la costa este de Sudáfrica. El nombre se lo puso cuatrocientos años antes Vasco da Gama para conmemorar la Navidad, porque fue ese día cuando lo avistó. Los augurios astrológicos en el momento de mi nacimiento eran extraordinarios: había cinco planetas en el signo de Sagitario, el arquero. El más importante de ellos era Urano, el portador del nuevo orden mundial, el planeta que tenía que marcar el principio de la nueva era de Acuario, que ya se nos venía encima. O se podría decir, de un nuevo desorden mundial, puesto que, desde tiempos remotos, se profetizó que la era de Acuario se iniciaría con la violenta destrucción del viejo orden, que sería aplastado y arrastrado hacia el mar como por una ola gigante. Para mi familia, en Natal, las dificultades ya habían comenzado: nací en el momento más álgido de la guerra de los bóers, el acontecimiento que bautizó este siglo con fuego y sangre.

«Durante los dos años posteriores a mi nacimiento, la guerra fue cruenta entre los colonos ingleses que llegaron más tarde y los descendientes de los anteriores inmigrantes holandeses que se llamaban a sí mismos bóers, de la palabra alemana *Bauer*, o granjero (lo que nosotros los ingleses denominaríamos palurdos o ceporros).

—¿Nosotros los ingleses, tío Laf ? —le interrumpí, sorprendida—. Tenía entendido que nuestra familia descendía de afrikáners.

—Quizá mi padrastro, tu abuelo Hieronymus Behn, tuviera derecho a reclamar ese «palurdismo» —asintió Laf, con una sonrisa irónica—. Pero mi padre verdadero era inglés y mi madre, holandesa. La mezcla de mi ascendencia y mi nacimiento en un país desgarrado por esa guerra, alcanza a explicar la amargura que sentía hacia los malditos bóers. Esa guerra era la cerilla que iba a hacer estallar una cadena de eventos que pronto envolvería al mundo, y empujaría a nuestra familia al centro mismo del caos. Sólo con pensar en esos acontecimientos, me resulta imposible subyugar la rabia y sofocar el odio implacable, violento e insondable que sentía por esos hombres.

Me cago en dios. ¿Odio implacable, violento e insondable? Hasta ese momento, como todo el mundo, consideraba a Laf un violinista de talento pero aun así superficial, cuyos problemas eran tan apremiantes como decidir qué pieza tocar con la lira mientras se quemaba Roma o en qué circunstancias sociales era adecuado que un caballero conservara puestos los pantalones. Ese cambio de tono exigía modificar tal impresión.

Observé que Olivier y Bambi también lo miraban sin apenas tocar la comida. Laf había cogido el limón, envuelto en estopilla, y le clavó el tenedor, para añadir su zumo a la salsa bearnesa. Sin embargo, tenía los ojos fijos en la nieve que empezaba a escurrirse del cielo, al otro lado de las ventanas.

—Resulta difícil comprender la profundidad y amargura de tales sentimientos, Gavroche, si no conoces la historia del extraño país donde nací —dijo—. Y digo extraño porque no empezó como país, sino como negocio, como una empresa. Recibía el nombre de la Compañía, y esa compañía creó desde el principio un mundo propio, privado y totalmente separado, en un continente oscuro y poco conocido. Creó un aislamiento tan impenetrable

como el que produce la cascara espinosa de la almendra amarga, que se convirtió en el símbolo de los bóers y de su deseo de vivir separados del resto del mundo...

LA CASCARA DE LA ALMENDRA AMARGA

Durante cientos de años, desde que la Compañía neerlandesa de las Indias Orientales estableció las primeras plazas a lo largo del cabo de Buena Esperanza, muchos bóers se dedicaron a la cría de animales, con rebaños de ganado bovino y vacuno, una ocupación que les daba mayor movilidad que a los granjeros que trabajaban la tierra. Si se cansaban de la avaricia y los caprichos tiránicos de la Compañía, sólo tenían que trasladarse a pastos más verdes, como pronto prefirieron hacer, sin importarles quién estuviera ya en las nuevas tierras que codiciaban. Y que no tenían la menor intención de compartir.

En menos de un siglo, estos bóers acabaron ocupando la mayoría de tierras que antes habitaban los hotentotes, los esclavizaron a ellos y a sus hijos, y dieron caza a los bosquimanos como si fueran animales salvajes hasta casi extinguirlos. Cuando los bóers se asentaban en un lugar durante bastante tiempo, puesto que se creían una raza superior elegida por la Divina Providencia, tenían por costumbre encerrarse en complejos residenciales, cercados con matorrales de espinas afiladas del almendro amargo, el primer símbolo evidente de *apartheid*, diseñado para impedir que los nativos entraran y se mezclaran con ellos.

La historia podía haber seguido de ese modo. Pero en 1795, los británicos conquistaron El Cabo. A petición del exiliado príncipe de Orange (Países Bajos había caído en manos del gobierno revolucionario francés), los británicos compraron la colonia de El Cabo a los neerlandeses por seis millones de libras. Los colonos bóer que residían en ella no fueron nunca consultados; no era práctica habitual en esa época. Pero, de todos modos, se sintieron ultrajados porque a partir de ese momento iban a ser tratados como una colonia sujeta al cumplimiento de las leyes de la metrópolis, lo que no concordaba con su anterior estilo de vida.

Por otra parte, empezaron a llegar más pobladores, procedentes de Gran Bretaña: colonos y hacendados con sus esposas e hijos, y los misioneros que se adentraban en la selva para atender a los nativos.

Los misioneros no tardaron en protestar e informar a Inglaterra por el tratamiento que recibían las tribus locales. Pasados menos de cuarenta años de gobierno británico, en diciembre de 1834, la Ley de Abolición de la Esclavitud concedió la libertad a todos los esclavos del imperio británico, incluidos los que poseían los bóers, una acción que era del todo inadmisibles por su parte. Y así se inició el Gran Trek.

Miles de bóers participaron en esta migración a través del río Orange, a través de Natal y hacia la selva del norte de Transvaal para huir del dominio británico, y reclamaron como suyo todo el territorio de Bechuanalandia, para lo que se enfrentaron a los belicosos zulúes. Esos bóers existían como campamento armado, siempre al borde de la anarquía pero siempre con la creencia de ser los elegidos de Dios.

La fe de los bóers en su superioridad racial era un concepto avivado con fuerza por la iglesia reformada separatista, o «Dopper», uno de cuyos partidarios más fervientes era el joven

Paulus Kruger, quien más adelante, como presidente de Transvaal, fomentaría la guerra de los bóers. Los líderes de este tipo de iglesias calvinistas estaban decididos a garantizar que la hegemonía de los bóers se impusiera y mantuviera: elegidos para siempre, puros para siempre, blancos para siempre.

Para conservar la pureza racial, la misma iglesia organizaba saqueos en Países Bajos a orfanatos de chicas jóvenes que no tuvieran perspectivas de futuro. Barcos cargados de adolescentes, muchas de ellas apenas unas niñas, zarpaban hacia las colonias de El Cabo para convertirlas en esposas de bóers desconocidos en la selva del veld. Entre ellas, a finales de invierno de 1884, se encontraba una muchacha huérfana llamada Hermione, que iba a convertirse en mi madre.

Mi madre tenía sólo dieciséis años cuando le anunciaron que la enviaban al continente africano, junto con otras chicas, para casarlas con hombres de quienes ni siquiera les dijeron los nombres.

No se sabe nada de los padres de Hermione, aunque lo más probable es que fuera ilegítima. Abandonada en la infancia, creció en un orfanato calvinista de Amsterdam, y solía rezar a Dios para que alguna casualidad singular del destino, alguna aventura, se cruzara en su camino y la liberara de una existencia estricta y anodina. Pero no sospechaba que la respuesta de Dios implicaría que la llevaran al otro lado del mundo y traficaran con ella como si fuera una res. Y su formación calvinista no le proporcionaba el menor dato de lo que el vínculo matrimonial conllevaba. Lo que captaba de los susurros de otras chicas sólo servía para aumentar sus temores.

Cuando las muchachas llegaron al puerto de Natal, sacudidas por un viaje tempestuoso, mal alimentadas y enfermas por la ansiedad de dejar atrás lo poco que conocían de la realidad, fueron recibidas por una muchedumbre de granjeros bóer borrachos, los futuros maridos, que no querían esperar a que los ancianos de la iglesia les eligieran una pareja concreta. Habían ido a captar sus presas y llevárselas a casa.

En cubierta, Hermione y el resto de chicas se apretujaron como animales asustados, al ver aterrorizadas el mar de rostros vociferantes que se agolpaban en la plancha de subida. Los pastores de a bordo gritaban a la tripulación del barco que volvieran a subir la rampa, pero sus voces quedaron ahogadas por la multitud. Hermione cerró los ojos y rezó.

Estalló el caos. Los bóers borrachos e indisciplinados irrumpieron en el barco. Las chicas fueron levantadas del suelo y cargadas sobre hombros fornidos como si fueran sacos de harina. Una niña que se agarraba a Hermione fue arrancada de ella y desapareció en silencio entre el remolino rugiente de cuerpos. La propia Hermione se acercó desesperada hacia la borda, pensando que quizá podría seguir su primera intención y casarse con el mar en lugar de con uno de esos brutales hombres apestosos.

Entonces, dos brazos la aferraron por detrás y la levantaron del suelo. Intentó lanzar patadas y defenderse a mordiscos pero su agresor invisible la llevó a través de la muchedumbre, sujetándola con mucha fuerza, mientras le gritaba obscenidades al oído. Empezó a sentirse mareada cuando la bajaba por la pasarela hacia las calles enlodadas del puerto, y empezó a perder el sentido. Entonces, algo golpeó en la cabeza a su agresor y ella cayó al suelo. Libre de su atacante, se apoyó en el suelo y se puso de pie para huir corriendo, aunque no tenía idea de hacia dónde, cuando notó una mano que le aferraba las suyas. Era una mano fría y firme, con una fuerza llena de seguridad, muy distinta de las garras ásperas que la habían sujetado antes. Por algún motivo, en lugar de soltarse y lanzarse hacia la libertad, se detuvo y miró al propietario de la mano que la asía.

Sus ojos tenían el mismo color azul claro que los de ella, y se le formaron arrugas en las comisuras cuando le sonrió con un tipo de expresión que nunca había visto antes: una sonrisa de posesión, casi de propiedad. Le apartó un mechón de cabello que le caía por la cara, un gesto íntimo, como si estuvieran solos o se conocieran desde hacía años.

—Ven conmigo —le dijo.

Eso fue todo. Ella lo siguió sin una sola pregunta, pasando con delicadeza por encima del cuerpo de su atacante. El desconocido la sentó a lomos de su caballo, montó tras ella y la estrechó con fuerza.

— Me llamo Christian Alexander, lord Stirling—le dijo al oído—Y llevo esperándote mucho, mucho tiempo.

Mi madre, Hermione, tuvo la suerte de ser una de las bellezas más sorprendentes de su época. Los cabellos rubios plateados le sirvieron para empezar con buen pie en las costas de África. Mi padre, sin embargo, no tenía nada del noble lord por el que se hacía pasar, algo que muy pocos, incluida mi madre, sabían entonces.

Christian Alexander era el quinto hijo de un vasallo rural de Hert-fordshire y sin derecho a heredar nada de nada. Pero, cuando era joven fue a Oriel, en Oxford, junto con un amigo de la infancia, el hijo de un clérigo. Y cuando su amigo zarpaba hacia África todos los años por motivos de salud, mi padre tenía la ocasión y la previsión de seguirlo. Con el tiempo, mi padre acabó convirtiéndose en su socio de más confianza. El nombre de ese amigo de la infancia era Cecil John Rhodes.

Cecil Rhodes había padecido una grave enfermedad cuando era joven, tan grave, que en su segundo viaje a África creía que le quedaban menos de seis meses de vida. Pero el trabajo al aire libre en ese clima cálido y seco le fue devolviendo poco a poco la salud con cada año que pasaba. Durante su primer viaje, a finales de la primavera de 1870, cuando ambos muchachos contaban diecisiete años, se encontraron diamantes en las granjas De Beers, mientras ellos trabajaban en la tierra. Y Cecil Rhodes tuvo visión de futuro.

Lo mismo que Paulus Kruger creía en la Divina Providencia de los bóers, Cecil Rhodes llegó a creer en el Destino Manifiesto de los británicos en África. Rhodes quería que los campos de diamantes se consolidaran bajo una compañía británica. Quería que se construyera un ferrocarril británico «de El Cabo a El Cairo» para unir los estados africanos de Gran Bretaña. Más adelante, cuando se descubrieron las enormes reservas de oro sudafricanas, también las reclamó para el imperio británico. En el ínterin, Rhodes se volvió poderoso y mi padre, gracias a su amistad, rico.

En 1884, cuando la joven Hermione de dieciséis años llegó de Holanda, mi padre tenía treinta y dos años y era rico desde hacía más de diez gracias a los diamantes. Cuando yo nací, en diciembre de 1900, mi madre había cumplido los treinta y dos. Mi padre había muerto en la guerra de los bóers.

Todo el mundo creyó que la guerra había terminado cuando se levantaron los sitios de Mafeking, Ladysmith y Kimberley. Los británicos se anexaron Transvaal y Paulus Kruger huyó a Holanda, apenas dos meses antes de mi nacimiento. Muchos británicos hicieron las maletas y volvieron a casa. Pero las guerrillas siguieron luchando en las montañas durante otro año más; los ingleses reunieron a las mujeres y a los niños de las colonias bóer insurrectas y los encarcelaron en los primeros campos de concentración mientras duró la guerra. Mi padre murió debido a las complicaciones de una herida que sufrió en Kim-berley, mientras que Rhodes falleció dos años más tarde, al perder la salud en ese mismo sitio. Kruger murió en Holanda sólo dos años después. Se trataba del fin de una era.

Pero como sucede con todo final, implicaba también un principio. En este caso estuvo marcado por el inicio de una guerra terrorista y de guerrilla, campos de concentración y prácticas de genocidio: el albor de una brillante nueva era, que tenemos que agradecer a los bóers, si bien los ingleses pronto se pusieron al mismo nivel, con muchas contribuciones nefastas de su propia cosecha.

Cuando mi padre murió, Cecil Rhodes estableció un enorme patrimonio en efectivo y derechos auxiliares en minerales a favor de mi madre, a cambio de las participaciones e intereses de mi padre en la construcción de la concesión de diamantes de De Beers. Por otra parte, le proporcionó también una generosa cantidad de su inmensa fortuna para mi educación, en agradecimiento a la muerte de mi padre en defensa de una Sudáfrica bajo control británico.

Al establecer todo eso para la desconsolada viuda Hermione Alexander, el señor Rhodes no tuvo en cuenta algunas consideraciones de peso: que mi madre no era la mujer inglesa sensata y distinguida que el nombre de lady Stirling podía sugerir, sino una pobre holandesa abandonada de niña y educada en un orfanato calvinista; que su experiencia posterior de la vida había consistido en ser mantenida en la abundancia por un marido bastante mayor que ella y que la adoraba; que sólo tenía treinta y dos años y una gran belleza, con sólo un hijo recién nacido (yo) que dependiera de ella, y que en ese momento era una de las mujeres más ricas de África y tal vez del mundo, detalle que no podía más que aumentar su atractivo.

El señor Rhodes no tuvo en cuenta estas circunstancias, ni tampoco creo que lo hiciera mi madre, porque no era de naturaleza codiciosa. Pero habría otros que, muy pronto, se preocuparían de estas cuestiones por ella. El que reaccionó con mayor rapidez fue, por supuesto, Hieronymus Behn.

Hoy en día, es imposible que los que conocen a Hieronymus como magnate industrial y negociante implacable se imaginen que, el año posterior a mi nacimiento, 1901, entró en la vida de mi madre bajo la forma de un pobre pastor calvinista que la Iglesia había enviado, en secreto, incluso cuando la guerra era encarnizada, para consolar a mi madre del dolor y volverla a encauzar al camino de su propia gente y de su fe.

Mi madre volvió al redil, según parece, en cuanto se levantaron después de rezar arrodillados la primera oración. No al redil seguro y protector de ninguna iglesia, sino a los brazos de Hieronymus Behn.

Se casaron tres meses después de haberse conocido, cuando yo tenía menos de seis meses.

Debo añadir que, religión aparte, el atractivo de Hieronymus Behn para una viuda afligida era palpable. Los daguerrotipos de la época no hacen justicia al hombre que conocí de niño. Solía intentar comparar las fotografías de mi padre, a su favor, con las de mi padrastro, pero era en vano. Mi padre me miraba desde el marco con ojos claros y pálidos, un bigote atractivo y, tanto si llevaba el uniforme militar como las ropas de un caballero, irradiaba un aire romántico y aventurero. Hieronymus Behn, en cambio, era lo que hoy llamaríamos un semental. Era el tipo de hombre capaz de desnudar a una mujer con la mirada. No tengo la menor duda de que Hieronymus Behn sabía dónde y cómo usar las manos: las utilizaría a menudo y con eficacia para llegar a los bolsillos de los demás y amasar su inmensa fortuna. ¿Cómo iba yo a sospechar entonces que había empezado por la nuestra?

Cuando se acabó la guerra y yo tenía dos años, mi madre dio a luz a mi hermano Earnest. Cuando Earnest contaba dos años y yo, cuatro, me enviaron a una *Kinderheim*, un internado, en Austria, un país al que me habían dicho que mi familia se trasladaría pronto. Cuando cumplí seis años, tuve noticia en mi escuela, en Salzburgo, de que había tenido una

hermanita llamada Zoé.

No fue hasta que tenía doce años que recibí aviso de ir a ver a mi familia, junto con un billete para Viena. Era la primera vez que vería a mi madre en ocho años. Ignoraba que también sería la última.

Supe que mi madre se estaba muriendo antes de verla.

Estaba sentado frente a una puerta enorme del salón, en una silla tapizada de cuero con el respaldo recto, esperando.

Junto a mí, a mi izquierda, esperaban dos personas que acababa de conocer: mis hermanastros Earnest y Zoé. La niña, Zoé, se agitaba inquieta en la silla y se tiraba de los tirabuzones rubios a la vez que intentaba quitarse las cintas que llevaba muy bien colocadas en los cabellos.

—¡A mamá no le gusta que lleve cintas! —se quejaba—. Está muy enferma y le rascan la cara cuando la beso.

La extraña personalidad de esa criatura no era propia de una niña-ta de seis años. Era más bien la de un soldado prusiano. Así como el serio Earnest conservaba algo del deje sudafricano que yo había perdido en los años de internado austríaco, ese pequeño monstruo hablaba en un autoritario y patricio alto alemán y poseía la autosuficiencia de Atila.

—Estoy seguro de que tu niñera no te pondría las cintas si arañaran a su señora —respondí para sosegarla y que se estuviera quieta.

Aunque parecía algo fuera de lugar llamarla «su señora», me costaba referirme a la mujer que yacía en cama al otro lado de esa puerta como a mi «madre». No estaba seguro de lo que sentiría cuando por fin la viera. Apenas la recordaba.

Nuestro hermano Earnest no decía gran cosa; permanecía sentado al lado de Zoé con las manos juntas en el regazo. Era una versión pálida y atractiva, casi sin defectos, del perfil mucho más rudo de su padre, combinada con el esplendoroso cabello rubio ceniza de nuestra madre. Era realmente hermoso, como el ángel de un cuadro, una conjunción que, en una escuela de chicos duros como la mía, no le habría resultado beneficiosa.

—Se está muriendo, ¿sabes? Puede que sea la última vez que la veamos, de modo que lo mínimo que podrían hacer es dejarle darme un beso de despedida —me informó Zoé, mientras señalaba con la manita hacia la puerta que había al otro lado del salón.

—¿Muriéndose? —le dije, y la palabra resonó en el pasillo en sombras.

Noté que se me formaba una especie de peso en el pecho. ¿Cómo podía morirse mi madre? ¡Era tan joven la última vez que la había visto! Todas las fotos que tenía en el tocador de la escuela mostraban una mujer bonita y joven. Una enfermedad, quizá sí. Pero la muerte era algo que me pillaba totalmente desprevenido.

—Es horrible —siguió Zoé—. De lo más asqueroso. Se le desparraman los sesos. No sólo los sesos; tiene algo horrendo y repugnante que le crece escondido dentro de la cabeza. Le tuvieron que hacer un agujero en el hueso de la cabeza para que no la aplastara...

—Ya basta, Zoé —dijo Earnest en voz baja. Luego me miró con tristeza, con esos ojos suyos gris pálido tras unas pestañas largas y tupidas.

Yo estaba estupefacto. Antes de que tuviera tiempo de reponerme, las puertas grandes se abrieron y Hieronymus Behn salió al pasillo. No lo había visto antes esa tarde, cuando me habían venido a recoger a la estación. Apenas si lo reconocía con aquellas patillas tan anchas que entonces estaban de moda, pero bajo ellas, los rasgos de su rostro escultural y atractivo seguían siendo viriles y fuertes, carentes de la complacencia suave que solía caracterizar en Austria a las clases más altas. Parecía dominar la situación por completo, indiferente ante los

horrores que, según la descripción de Zoé, se ocultaban tras esas puertas.

—Lafcadio, ahora puedes entrar a ver a tu madre —me comunicó Hieronymus. Pero al levantarme, me temblaron las piernas y el peso frío del pecho me subió a la garganta donde se me atragantó como si fuera un bloque de hielo.

—Voy contigo —anunció Zoé.

Se levantó a mi lado y puso su mano en la mía. Avanzó hacia las puertas llevándome a remolque, sin que mi padrastro se apartara de nuestro camino. Tenía el ceño algo fruncido y parecía a punto de decir algo. Pero entonces, Earnest se puso de pie y se unió a nosotros.

—No, entraremos todos los niños juntos —dijo con clama—. Sé que a padre le parecerá bien, ya que así como mínimo no cansaremos tanto a nuestra madre.

—Por supuesto —dijo Hieronymus tras una pausa tan breve como el latido de un corazón, y dejó espacio para que todos los niños cruzáramos las altas puertas con paneles.

Era la primera vez, pero no la última, que vería cómo la serenidad de Earnest se imponía a las intenciones claras y obstinadas de Hieronymus Behn. Nadie más lo conseguía.

A pesar de la riqueza de mi difunto padre, la grandiosidad de nuestras plantaciones en África o la excelencia de las muchas propiedades que había visto por Salzburgo, en mi joven vida no había puesto nunca los pies en una habitación tan espléndida como la que había tras esas puertas. Era tan impresionante como el interior de una catedral: el alto techo; los magníficos muebles, complementos, cortinas y tapices; los colores ricos, como si fueran joyas, de las lámparas de importación; las suaves y transparentes líneas de los jarrones de cristal, llenos de flores; el brillo tenue de las piezas pulidas de costoso Biedermeier.

Zoé me había contado, mientras esperábamos en el salón, que en los pisos inferiores de la casa ya se había instalado esa nueva fuente de energía, la electricidad, que Thomas Alva Edison en persona había colocado hacía diez años en el Palacio Schönbrunn, ahí mismo, en Viena. Pero la habitación de mi madre estaba alumbrada por el suave resplandor amarillento de las lámparas de gas y caldeada por un fuego que parpadeaba tras los paneles de una pantalla de cristal colocada frente a la chimenea, al otro lado de la habitación.

Espero no volver a ver nunca nada como esa imagen de mi madre, echada en la inmensa cama con dosel, con la cara más blanca que el cubrecama de encaje. Casi no pesaba nada. Era como una cascara vacía, a punto de convertirse en polvo y desaparecer. La cofia que llevaba no conseguía esconder que le habían afeitado la cabeza pero, gracias a Dios, ocultaba el resto de sus penalidades.

Nunca la hubiese reconocido. En mi recuerdo infantil, era una mujer bonita que me arrullaba con una voz encantadora para que me durmiera hasta que cumplí los cuatro años. Cuando entonces dirigió hacia mí esos lagrimosos ojos azules, quise cubrirme los míos y salir corriendo llorando de la habitación; quise no volver a pensar en mi infancia perdida, en un abandono que ahora ya no podría ser reparado ni remediado.

Mi padrastro se apoyó con los brazos cruzados en los paneles de madera, al lado de la puerta, y se quedó mirando fijamente la cama. Un pequeño grupo de criados se retiró hacia la chimenea; algunos lloraban en silencio o se cogían de los brazos entre sí, al vernos cruzar la habitación hacia el lecho de nuestra madre. Que Dios me perdone, pero yo sólo quería que aquella mujer se desvaneciera como si se la tragara la tierra. Como para darme apoyo, la manita de Zoé estrujó la mía y oí la voz de Earnest a mi lado cuando llegamos a la cama.

—Lafcadio está aquí, madre —dijo—. Le gustaría recibir tu bendición.

Los labios de nuestra madre se movían y Earnest volvió a ayudar, esta vez subiendo a la pequeña Zoé a la cama. Luego, llenó un vaso de agua y se lo entregó a Zoé, quien humedeció

gota a gota los labios reseco de nuestra madre. Ésta intentaba susurrar algo y Zoé se encargó de traducirlo. Me resultaba espeluznante y poco natural oír lo que quizá fueran las últimas palabras de una mujer moribunda emergiendo de la boquita de una niña de seis años.

—Lafcadio —pronunció mi madre a través de Zoé—, te bendigo de todo corazón. Quiero que sepas que siento un terrible dolor por haber estado separados durante tanto tiempo. Tu padrastro pensó... ambos pensamos que era lo mejor para tu... educación.

Incluso susurrar a través de Zoé le costaba un trabajo enorme y yo rogaba con toda mi alma que no tuviera fuerzas para continuar. De los muchos reencuentros con mi madre que había imaginado a lo largo de esos años, ninguno había sido así: ese adiós delante de espectadores, entre una familia de completos desconocidos. Era macabro; sólo deseaba que se terminara. Estaba tan consternado que estuve a punto de perderme las palabras más importantes:

—... por lo tanto, tu padrastro se ha ofrecido con gran generosidad a adoptarte y a encargarse de tu bienestar y educación, como si fueras uno de sus propios hijos. Espero que os aceptéis y os queráis como tales. Hoy mismo he firmado los papeles. Ahora eres Lafcadio Behn, hermano de Earnest y Zoé.

¿Adoptado? ¡Dios mío! ¿Cómo podía convertirme en el hijo de un hombre al que apenas conocía? ¿No tenía derecho a opinar en el asunto? ¿Iba ese oportunista infame, que había embaucado a mi madre hasta meterse en su lecho, a controlar ahora mi educación, mi vida y el patrimonio de mi familia? Aterrorizado, de repente caí en la cuenta que, cuando mi madre muriese, ya no me quedaría familia. Me invadió la ira, una ira sombría y desesperante que quizá sólo puedan sentir con tal intensidad los niños, impotentes ante su propio destino.

Iba a salir a toda prisa de la habitación en medio de lágrimas, cuando una mano me tocó con suavidad el hombro. Pensé que sería mi padrastro, que unos instantes antes estaba detrás de mí. En lugar de ello, me encontré con una criatura asombrosa, que me miraba con unos ojos verdes, claros y profundos, en cuyo interior ardía el fuego cambiante de un animal salvaje. Los cabellos oscuros y sueltos enmarcaban su rostro, que recordaba los que aparecen en la representación de las ondinas, criaturas surgidas de los reinos mágicos y centelleantes del mar. Era arrebatadora. Y a pesar de mi juventud, estaba preparado para que me arrebatara, de modo que lo olvidé todo acerca de Hieronymus Behn, de mi futuro y mi desesperación, incluso de mi madre moribunda que yacía en la cama.

Habló con un extraño acento extranjero y una voz tan musical que parecía enriquecerse de campanas ocultas.

—Así que éste es el inglesito, lord Stirling. —Me sonrió—. Soy Pandora, amiga y compañera de tu madre.

¿Eran imaginaciones mías o había recalcado la palabra «madre»? No parecía lo bastante mayor como para ser su compañera, quizá quería decir que era su dama de compañía. Pero también había dicho amiga, ¿no? Cuando Hieronymus avanzó para dirigirse a ella, Pandora pasó de largo como si no se hubiera dado cuenta y se acercó a la cama donde yacía mi madre.

Cogió a Zoé como si fuera una almohada y se la llevó al hombro sin esfuerzo aparente. Zoé volvió la cabeza para mirarme desde lo alto y arqueó una ceja con aire de sabelotodo, como si compartiéramos un secreto interesante.

—Frau Hermione —dijo Pandora a mi madre—. Si fuera un hada y le dijera que puede pedir tres deseos antes de morir, uno para cada uno de sus hijos, ¿qué pediría?

Los criados murmuraron entre sí, estupefactos sin duda como yo ante la forma tan poco ceremoniosa en que la recién llegada prescindía por completo del dueño de la casa y trataba

la muerte inminente y las últimas voluntades de la señora como si fueran poco menos que un juego de salón.

Pero mucho más sorprendente fue el cambio que experimentó mi madre. Esa palidez sepulcral quedó imbuida de color, y sus mejillas adquirieron un brillo rosado. Cuando sus ojos se cruzaron con los de Pandora, una sonrisa beatífica le iluminó la cara. Aunque puedo jurar que ninguna de las dos mujeres emitió una sola palabra, fue como si se hubiesen comunicado algo. Después de un buen rato, mi madre asintió. Cuando cerró los ojos, todavía sonreía.

Pandora, que seguía teniendo a Zoé colgada al hombro como si fuera una estola de pieles, se volvió hacia el resto de nosotros.

—Como sabéis, niños, trae mala suerte lanzar los secretos al viento: se rompe el hechizo —anunció—. Así que os revelaré el deseo de vuestra madre a cada uno en secreto.

Puede que Pandora fuera el hada o la hechicera que parecía. Hizo bajar a Zoé de su hombro a la cama y tiró de las cintas almidonadas que le adornaban el pelo, mientras sacudía la cabeza.

—Pobrecita mía, te han preparado y engalanado como a un pavo de Navidad —le dijo a Zoé, como si hubiera oído nuestra anterior conversación en el salón. Le quitó las rígidas cintas mientras le susurraba el deseo de nuestra madre al oído. Luego, añadió:

—Ve y dale un beso a tu madre para agradecerle el deseo.

Zoé gateó por la cama y obedeció.

Luego, Pandora se dirigió hacia Earnest, le susurró del mismo modo y se siguió un procedimiento idéntico.

Me costaba creer que, en lo concerniente a mí, hubiera mucho que decir en el capítulo de deseos. ¿Cómo podía mi madre desearme nada, si acababa de admitir que, a mis espaldas, me había vendido como si fuera un mueble a Hieronymus Behn, a quien le iba a faltar tiempo para destruir mis esperanzas futuras tan a fondo como había hecho con mi presente y mi pasado?

Quizá fuesen imaginaciones mías, pero diría que mi padrastro, que seguía cerca de mí, se puso tenso cuando Pandora se nos acercó con su vestido de seda gris. Por primera vez desde que había entrado en la habitación, ella no sólo pareció darse cuenta de su presencia, sino que lo miró directamente a los ojos, pero con una expresión que no alcancé a entender.

Me volvió a apoyar la mano en el hombro y se me acercó al oído, de modo que su mejilla rozaba la mía. Podía oler el aroma cálido de su piel y sentí el mismo hormigueo excitante que antes. Pero sus siguientes palabras, pronunciadas con gran énfasis, me helaron la sangre.

—No muestres ninguna reacción por lo que voy a decirte —susurro con urgencia—. Estamos todos en gran peligro debido a tu presencia aquí, tú más que nadie. No puedo explicártelo hasta que salgamos de esta casa llena de espías, de mentiras y de dolor. Intentaré arreglarlo para mañana, ¿de acuerdo?

¿Peligro? ¿Qué tipo de peligro? No entendía nada, pero asentí con la cabeza para indicar que no reaccionaría de ninguna manera. Pandora me apretó con fuerza el hombro y volvió hacia la cama para estrechar la mano de mi madre mientras se dirigía a los criados.

—Frau Behn está muy contenta de ver a sus hijos por fin reunidos —les informó—. Pero incluso una visita tan corta la ha fatigado. Será mejor que la dejemos descansar.

Antes de que los criados se marcharan, Pandora llamó a mi padrastro.

—Herr Behn, a su esposa le gustaría que ordenara el carruaje para mañana a primera hora, para que pueda llevar a los niños de excursión por Viena antes de que Lafcadio vuelva a la

escuela.

Los ojos de mi padre centellearon un momento mientras permanecía ahí de pie, a mi lado, a medio camino entre la cama y la puerta. Pareció dudar antes de inclinar ligeramente la cabeza en dirección a Pandora.

—Con mucho gusto —dijo, aunque su voz no lo expresaba. Se volvió y dejó la habitación.

Cuando salimos a la mañana siguiente, estaba nevando, pero el cielo oscuro y las inclemencias del tiempo no arredraban a Zoé, que estaba encantada de participar en algún tipo de misterio, en especial si en él estaba envuelto su nuevo hermano, a quien podía mandar e intimidar. Apenas podía esperar a que los criados terminaran de abrigoarla para llevarme a los establos donde los niños, según descubrí, contábamos con nuestro propio vehículo, un coche de cuatro caballos. Ya estaba dispuesto por instrucciones de mi padre, los caballos con los arreos puestos, a punto para la marcha, y el cochero sentado en el pescante. Los compartimientos cercanos contenían landos y cabriolés y el flamante automóvil nuevo de la familia.

Me había pasado toda la noche despierto, dando vueltas, lleno de interrogantes acerca del críptico mensaje de Pandora.

Esa mañana, en el calor del coche cerrado, mientras los cascos de los caballos golpeaban los adoquines de las calles y observaba Viena por primera vez con detalle, vi cómo Earnest se volvía varias veces para lanzar miradas a la espalda erguida del conductor a través del cristal de moscovita que nos separaba de él. Así que me mordí la lengua y esperé, mientras me iba alterando más a cada instante que pasaba. Pero, por mucho que lo intentaba, no podía imaginarme qué clase de peligro real podía acechar a un niño de doce años en un ambiente enrarecido como el de la casa Behn, rodeada de criados y riquezas.

Pandora interrumpió esos pensamientos.

—¿Habéis ido alguna vez a un parque de atracciones? —preguntó con una sonrisa—. El Volksprater, o parque del pueblo, había sido la reserva de caza del emperador José II, el que fue hermano de María Antonieta y también mecenas de Mozart. Hoy en día tiene muchas atracciones interesantes. Está el carrusel, un tiovivo que da vueltas en reuniones o de viaje, por negocios importantes. No estamos nunca a solas con madre tampoco: mi tutor, la niñera de Zoé o los criados siempre revolotean por ahí, como ayer por la noche.

—Tu madre vive casi como una prisionera en su propia casa —corroboró Pandora. Luego, al ver mi expresión añadió—: No quiero decir que la tengan encadenada en la buhardilla. Pero desde que se trasladó a Viena hace ocho años, no le han permitido estar sola. La vigila todo un ejército de criados, que le leen la correspondencia. Nunca recibe amigos ni visitas, y nunca sale de la casa sin ir acompañada.

—Pero tú dijiste que eras amiga suya —señalé.

Todos estos años le había estado dando vueltas a la cabeza para comprender el abandono de mi madre, un abandono todavía más amargo puesto que sus otros dos hijos permanecían con ella. Creía, o quería creer, que mi padrastro era el culpable de mi situación. ¿Era pues un canalla tan ruin como había imaginado? Pero las revelaciones de Pandora no habían hecho más que empezar.

—Después de casarse con tu madre hace doce años —dijo—, Hieronymus Behn invirtió la fortuna de tu padre, incluidos los intereses en minería que tu madre conservaba, en un consorcio internacional mineral e industrial con participaciones tan amplias que ya no podía dirigirse desde un lugar tan provinciano como África, sino desde una capital mundial como Viena. Tu padrastro pronto averiguó que en Viena no bastaba con poseer una esposa bella y

rica, cuyos activos podía explotar con impunidad. Para introducirse en los mejores salones era preciso contar con unas credenciales sociales impecables. En la próspera Austria católica, cualquier origen holandés pobre y calvinista tenía que ser rápidamente ocultado, junto con las historias de la ascendencia desconocida de tu madre y su educación en un orfanato. Por otra parte, se esperaban ciertas aptitudes culturales de una mujer de la posición de Hermione: un dominio de las bellas artes y de la música que ella no poseía.

»Pero esa situación resultó de agradecer. Porque, si bien en la casa siempre había alguien vigilando, Hermione podía participar en la selección de los maestros que habrían de impartirle lecciones a ella y a los niños; lecciones que le supondrían la primera oportunidad de estar a solas, aunque sólo fuera por poco tiempo, con alguien que no estuviera sometido a un control total de su marido. Así fue como nos conocimos tu madre y yo: había entrevistado a muchos instructores antes que a mí. Pero después de pasar unos minutos con cada uno de ellos, uno tras otro, no encontraba a nadie que se ajustara a los criterios que en secreto quería.

—¿En secreto? —pregunté, sorprendido.

Pandora me miró directamente a los ojos con una expresión extraña.

—Verás, tu madre estaba convencida de que sólo la satisfaría un instructor que fuera de Salzburgo.

—¿Salzburgo! —exclamé, al comprender la verdad—. ¿Mi madre quería encontrarme, pero él no la dejaba?

Pandora asintió y prosiguió.

—Yo tenía un amigo llamado August, o Gustl para abreviar, un joven intérprete de viola que estudiaba en el Conservatorio de Viena y, aparte, daba lecciones de música para pagarse el alquiler. Gustl es de una ciudad que no queda lejos de Salzburgo y sabía que yo tenía familia ahí. Cuando tu madre entrevistaba a los instructores y sacó a relucir el tema de Salzburgo, Gustl me mencionó y así fue como me convertí en profesora de música de la casa Behn.

—Y así fue como Pandora te encontró en Salzburgo —metió baza Zoé—. Por eso madre, Earnest y yo sabemos tantas cosas de ti.

—Pero nunca viniste a verme a Salzburgo —señalé.

—¿Ah, no? —dijo Pandora, arqueando una ceja.

Habíamos llegado al centro del parque. Ahí, en la confluencia de los caminos, se encontraba la noria Ferris que Earnest había mencionado. Parecía hecha de oropel, con sillitas plateadas que se balanceaban, y tan alta que desaparecía por encima de las nubes. Estaba seguro que desde allá arriba, en un día claro, podría verse todo el Ringstrasse, el círculo mágico que rodeaba la ciudad de Viena. Un poco más adelante estaba el carrusel: avestruces, jirafas y ciervos acrobáticos que parecían incongruentes en aquel lúgubre paisaje nevado. Se movía en silencio, de forma misteriosa: el círculo daba vueltas y más vueltas sin que nadie lo empujara, como si los animales nos hubieran estado esperando.

No muy lejos, sentado en un banco de piedra, había un hombre con un chaquetón y una gorra de marinero, de espaldas a nosotros. Echó a correr, como si nos esperara. Agarré a Pandora por el brazo en medio del camino.

¿Por qué me ha tenido mi padrastro alejado de mi madre durante tantos años? —pregunté—. ¿Qué madre lo permitiría? Aunque ruera una prisionera, como dices, seguro que podría haber enviado a escondidas una carta o dos en todo ese tiempo...

Calla —dijo Pandora, impaciente—. Ayer por la noche te dije que corrías peligro. Todos lo corremos, incluso en este lugar solitario, si nos oye alguien. Es por el dinero, Lafcadio, por el

dinero de tu padre: el equivalente a cincuenta millones de libras esterlinas en *kruger-rands* sudafricanos de oro y valiosos intereses en minería. Lo dejó todo a tu madre en fideicomiso para que viviera de las rentas hasta su muerte y que pasara a tus manos después. ¿No te das cuenta?, ¡se está muriendo! Él se hizo con el dinero, la obligó a firmar esos papeles de adopción, con la amenaza de dejar de proveer a los tres niños si se negaba. Ahora los remordimientos la atormentan, pues no sabe lo que será de ninguno de vosotros...

—Y Earnest y yo queremos escaparnos contigo. —Zoé terminó la frase por ella.

—¿Conmigo? —objeté, mientras las ideas se me agolpaban en la cabeza—. Pero si yo no me voy a ninguna parte. ¿Adonde podría ir? ¿Qué haría?

—Creía que podías guardar un secreto —riñó Pandora a Zoé. Le arregló un mechón de cabello que le salía del gorrito ribeteado con pieles. Luego, se dirigió a mí y dijo—: Me gustaría presentarte a mi primo Dacian Bassarides, quien te explicará el plan que tenemos en mente. En invierno, es el conservador del Prater. En verano...

Pero yo ya no atendía a sus palabras. El joven con el chaquetón se acercó, me cogió la mano enguantada con las suyas y me sonrió afectuosamente como si compartiéramos un secreto íntimo, ¡como de hecho era el caso! Yo estaba totalmente atónito. Entonces, poco a poco, las piezas empezaron a encajar en su sitio por entre la bruma que envolvía el bosque de mis pensamientos.

No le había contado a nadie mi obsesión privada, que había alimentado como una llama a lo largo de esos solitarios días de mi infancia. Desde que llegué a la escuela en Salzburgo, todos los días iba después de las clases a un bosque que había cerca y tocaba durante horas un pequeño violín, casi un juguete, que me habían regalado de niño. Ni siquiera los profesores de la escuela lo sabían.

Pero existen límites a lo que incluso el más ardiente deseo puede lograr con un instrumento tan precario, por no mencionar el limitadísimo alcance de mi instrucción, que había obtenido escuchando a hurtadillas tras las puertas del Mozarteum. Todo eso cambió un día, hacía casi un año, cuando un hombre joven y atractivo se me acercó por el bosque tocando su propio violín, con compases tan dulces y conmovedores que uno olvidaba que hubiera un violín, como si los sonidos que emitía su alma se mezclaran con el aire en un abrazo largo y apasionado. Le hacía el amor al viento.

Ese mismo día, el joven que me acababan de presentar como el primo de Pandora, Dacian Bassarides, cuyo nombre desconocía hasta ese momento, se había convertido en mi profesor. Nos encontrábamos en el bosque varias veces a la semana y en pocas palabras me enseñó a tocar. Así que ése había sido el mensajero que Pandora y mi madre habían enviado a Salzburgo para que me encontrara.

—Tu madre tiene un «último deseo» para ti, Lafcadio —dijo Pandora mientras subía a Zoé a la plataforma del tiovivo—. Cuando le informamos de tu talento, fue su propósito que te convirtieras en un gran violinista, el mejor del mundo a ser posible. Con ese objeto, ha conservado un fondo privado que tu padrino, el señor Rhodes, había dispuesto para ti de forma separada, un fondo del que tu padrastro no sabe nada. No se trata de una suma demasiado cuantiosa, pero servirá para sufragar tu educación musical cuando estés preparado. Dacian ha aceptado ayudarte los próximos años a prepararte para el conservatorio. Si tu padrastro interrumpiera tu estancia en la escuela, te encontraríamos un lugar para vivir. ¿Te parece bien este plan de tu madre?

¿Que si me parecía bien? En un solo día, mi mundo se había invertido por completo: de un futuro que parecía un campo de prisioneros con mi padrastro como carcelero había dado

paso a un fragante lecho de rosas y narcisos donde todas mis fantasías se convertirían pronto en realidad.

Se me hizo muy corto, pero debimos de pasar una hora o más dando vueltas en el tiovivo nevado. Dacian tocaba fragmentos al violín con dedos fríos (no había vapor, explicó, para tocar el órgano de vapor) y Pandora tarareaba el contrapunto a través de la bufanda, de donde su aliento surgía en forma de nubéculas. Zoé bailaba y retozaba por el círculo mientras éste giraba, y Earnest y yo cabalgábamos orgullosos en las monturas que habíamos elegido, un lobo para mí y un águila voladora para él. Mientras tanto, mis dos hermanos me hablaban en susurros de cómo podría ser la vida sin nuestra madre, una cuestión interesante desde mi punto de vista, puesto que describía todo mi pasado.

En cuanto al papel de Pandora en todo ello, o el motivo por el que había elegido a nuestra familia para dispensarle su magia de hada, seguía constituyendo un misterio. Estaba tan eufórico ante la perspectiva de ver mi sueño hecho realidad que no se me ocurrió pensar que habían de transcurrir años antes de que averiguara las respuestas a estas preguntas tan trascendentales.

Mi primera excursión familiar se vio interrumpida por la llegada de otra persona, que se acercó por el camino opuesto al que habíamos recorrido nosotros.

Dios mío, es Afortunado. Pero cómo nos habrá encontrado aquí —dijo Pandora, que se bajó la bufanda y asió a su primo del brazo.

Esta intrusión en mis sueños no tenía nada de afortunada para mi gusto. Quizás había venido a recogerlos y llevarnos a casa. Desde mi posición privilegiada, a lomos del lobo, lo observé mientras se acercaba.

Era delgado, de cara larga y pálida, sin barba ni bigote, y mayor que Pandora; tendría unos veinte años o más. Vestía un traje raído pero bien planchado y una bufanda larga con flecos, tipo artista, e iba sin abrigo a pesar del clima. Llevaba los sedosos cabellos castaños cortados al estilo «romántico», muy a la moda, así que tenía que retirárselos de la cara de vez en cuando. Se golpeaba el pecho con las manos enguantadas para entrar en calor y su aliento dejaba una breve estela tras él. Cuando se acercó, le distinguí los ojos, de un azul tan intenso que resultaba difícil desviar la mirada.

—Te he estado buscando tanto rato que por poco me convierto en un bloque de hielo, Fräulein —gritó hacia Pandora.

—Ven, Afortunado, sube al tiovivo y baila conmigo, por favor —soltó Zoé. Fue cuando comprendí que Afortunado era su nombre.

La miró con un gesto de burla.

—Los hombres de verdad no bailan, *Liebchen* —le dijo—. Además, tengo que enseñaros algo importante a todos. Lo tenemos que ver hoy. La semana que viene cerrarán el museo Hofburg para limpiarlo y efectuar reparaciones, y estos vieneses son tan *gemütlich* que, ¿quién sabe cuándo volverá a abrir? Yo ya me habré ido por entonces. Pero tengo entradas para que vayamos todos al Hofburg hoy, ¿qué os parece?

—Siento que hayas salido con este frío, Afortunado —se excusó Pandora—. Pero le prometí a Frau Behn que hoy le mostraría Viena a su hijo. Muy pronto volverá al internado.

—Así que éste es el otro hijo de Behn, el inglés medio bóer —supuso Afortunado.

Aunque no lo corregí sobre mi origen bóer, me extrañó que una persona de clase tan baja que no tenía ni abrigo, ni tan sólo chaquetón como Dacian, conociera a mi familia en Viena.

—Afortunado compartía la habitación con Gustl, Lafcadio —me explicó Pandora—. Gustl es el músico de quien te hablé, el que nos presentó a tu madre y a mí. Se conocen desde la

escuela superior y han escrito una ópera juntos.

—Pero hace muchísimo tiempo que no veo a Gustl —comentó Afortunado con una sonrisa. Se montó en el ti vivo en marcha y se abrió paso hasta mi lobo, para añadir de forma casi privada, como si compartiéramos un secreto—: Nuestros caminos son distintos. Gustl se ha desviado hacia lo mundano y yo, hacia lo divino.

Ahora que lo tenía cerca, vi que los ojos de Afortunado eran realmente extraordinarios. Me tenían casi hipnotizado. Me examinó como si su apreciación fuera a decidir el valor total de mi vida y asintió para sí mismo como si le hubiera satisfecho, lo que me hizo sentir feliz por alguna extraña razón. Entonces se volvió hacia Pandora, le cogió las manos entre las suyas y se llevó las puntas de sus dedos a los labios. Pero finalmente se besó el dorso de sus propias manos, una costumbre extraña y muy austriaca que había visto alguna vez en Salzburgo.

—Ya no escribo libretos —prosiguió—. He vuelto a pintar; mis acuarelas han conseguido cierto éxito. Por la festividad de san Miguel, estuve trabajando en unos retoques en las decoraciones doradas de la galería de Rubens, en el museo Kunsthistorisches, y una noche pasé por la calle del Hofburg justo antes de que cerraran. Allí fue donde encontré algo de un interés enorme. Desde entonces, he dedicado muchas horas todas las noches a estudiarlo en la biblioteca. He remontado el río hasta Krems y he ido a la abadía de Melk, donde he consultado también la biblioteca, que contiene unos manuscritos muy interesantes, e incluso viajé a Salzburgo para efectuar más investigaciones.

Se volvió hacia mí.

—No creo en las coincidencias, jovencito —me dijo—. Sólo creo en el destino. Por ejemplo, me parecen interesantes los animales que habéis elegido entre todo este surtido inmenso. Águila es *Earn* en alto alemán antiguo, y Earnest está montado sobre un águila, mientras que el animal que tú has elegido es un lobo. El nombre del primo de Pandora, Dacian, procede de *daci*, los hombres lobo de la antigua Dacia, una de las primeras tribus cazadoras de Europa. Ya lo ves, el estudio no sólo potencia nuestro intelecto sino el modo en que nos percibimos a nosotros mismos y a nuestra historia. Mi mote, Afortunado, es una especie de broma entre mis amigos y yo. Mi nombre de pila en alto alemán antiguo es *Athal-wulf*, que significa lobo de alta alcurnia, o afortunado, Afortunado Lobo, ¿te das cuenta? Y, originariamente, mi apellido debía de significar lo mismo que bóer: *Heideler*, «hombre del monte», igual que *Bauer*, «el que vive de la tierra»...

—Un momento, para el carro, amigo... ¿estás diciendo que ese chico era Adolf Hitler? —grité e interrumpí de lleno la historia de tío Laf con un gesto de la mano, mientras permanecíamos sentados en el comedor del hotel de Sun Valley.

Cuando Laf se limitó a sonreír, miré a Olivier y a Bambi, quienes mostraban una expresión petrificada, como una trucha que acaba de darse cuenta de que ya no respira en el agua.

Casi había acabado la historia, Gavroche —me reprochó tío Laf.

—Para mí se acabó del todo —le dije, y tras apartar la tortilla de salmón ahumado que había dejado a medias, me dispuse a levantarme.

— ¿Adonde vas? —preguntó tío Laf en tono amable.

Oliver se estaba peleando con la servilleta mientras intentaba de cidir si era mi invitado o el de tío Laf. Le indiqué que permaneciera sentado.

—Afuera, a dar un paseo —respondí—. Necesito respirar un poco de aire fresco antes de que me pidas que me trague nada más.

—No te pido que te tragues nada, excepto un poco de champán —dijo, todavía sonriente y dándome palmaditas en el brazo sano—. Luego te acompañaré a dar un paseo, ¿o te apetece

más un baño? Mientras, tu amigo podría mostrarle a Bambi la montaña. Eso es, si no te importa.

Laf arqueó las cejas a modo de pregunta hacia Olivier, que se puso de pie como un rayo. Después de una tromba de camareros, abrigos, agradecimientos y abrazos, Bambi y Olivier desaparecieron hacia las laderas, mientras que Laf y yo nos encaminamos hacia la pared externa de cristal de la piscina termal, rodeada de montañas y con el cielo por techo. Volga Dragonoff nos estaba esperando con los trajes de baño.

Cuando por fin estuvimos solos, gozando de las relajantes y humeantes aguas termales, pregunté:

—¿Cómo nos has podido contar una historia tan ridícula como ésta en la comida, tío Laf? Olivier no sólo es amigo mío, sino que también es un compañero de trabajo. A partir de ahora, se imaginará que mis familiares están aún más locos de lo que estáis en realidad.

—¿Locos? Yo no le veo nada de loco a mi historia —objetó Laf—. Era todo la pura verdad, hasta la última sílaba.

Sumergió la cabeza en el agua. Al salir, llevaba los cabellos plateados aplastados hacia atrás, lo que acentuaba la fenomenal estructura ósea de su cara y esos penetrantes ojos azules. Pensé lo atractivo que debió de ser en su juventud. No era de extrañar que Pandora se hubiera enamorado de él. ¿Pero no era eso parte del problema?

—Todo lo que has contado es un mito —indiqué a Laf—, sobre todo en lo concerniente a nuestra familia. Es la primera vez que oigo que tu padre fuera inglés, y mucho menos que tuviera una fortuna que ascendiera a unos cien millones de dólares. Y si Pandora odiaba tanto como dices a mi abuelo Hieronymus, ¿por qué acabó casándose con él ese mismo año, cuando tú tenías sólo doce, y siguió con él el tiempo suficiente para darle un hijo?

—Me imagino la versión que contará Augustus de esta historia —dijo Laf, con la primera nota de cinismo hasta entonces—. Ya que estamos solos, te seré franco. Aunque no me gusta ser yo quien te revele lo de tu abuelo, Gavroche, me has hecho una pregunta, y muy pertinente: por qué Pandora se caso con un hombre tan despreciable.

»Cuando esa tarde volvimos a la casa de Viena, nos comunicaron que mi madre había fallecido en nuestra ausencia. Los dos más pequeños estaban desolados, fuera de sí, y los enviaron pronto a la cama. A la mañana siguiente, antes del amanecer, varios criados me condujeron hasta el tren y me llevaron por la fuerza de vuelta a Salzburgo.

Ese día fue el último que vería a Pandora en mucho tiempo, porque se la llevaron de Viena y luego estalló la Primera Guerra Mundial. Hasta cinco años más tarde no supe que mi padrastro la había violado esa misma noche, más de una vez. Que la había obligado a casarse con él, amenazándola de revelar cosas que la pondrían en grave peligro tanto a ella como a su familia.

—¿Qué estás diciendo? —exclamé—. ¿Te has vuelto loco?

—No, pero es cierto que en ese momento temí perder el juicio —respondió con una sonrisa agrisada. Y por el modo en que lo dijo supe que era verdad, y me pregunté por qué nadie me lo había contado antes.

—¿Por qué no terminas la historia, tío Laf? Siento lo que dije antes. De verdad que me gustaría saberlo todo —le pedí, tras moverme por el agua para ponerle una mano en el hombro.

—Déjame que empiece de nuevo: Afortunado estaba sentado con nosotros en el carruaje hacia Hofburg para ver las colecciones de armas y el descubrimiento de un tesoro antiguo, misterioso y fascinante...

LA ESPADA Y LA LANZA

A lo largo de muchos siglos, los Habsburgo de Austria habían formado un imperio inmenso gracias a una serie de brillantes matrimonios con mujeres que eran herederas de países como España, Hungría y otros. El palacio de invierno de los Habsburgo, que ahora forma parte del Hofburg, fue convertido en museo para mostrar al público las joyas, la plata y las muchas colecciones acumuladas durante siglos por la casa real.

Esa colección, una de las más extensas del mundo, tenía un interés especial para Afortunado. Había dicho que creía en el destino, y en el carruaje, de camino hacia el museo, nos recalcó a los niños que el destino del pueblo de habla alemana nunca debería haber estado sujeto al gobierno de esta dinastía de matrimonios mixtos, que había generado la población variopinta que veíamos por las calles de la capital. Pero eso forma parte de otra historia sobre Adolf que, por desgracia, todo el mundo conoce.

Lo que viene más al caso, Afortunado había descubierto en el Hofburg dos reliquias que le habían fascinado: una espada y una lanza.

Estos dos objetos, que consideraba tan antiguos y valiosos, estaban relegados de forma sorprendente a un rincón, en una simple vitrina de cristal, casi como abandonados. La espada era larga y curva, con una empuñadura con aspecto más medieval que antiguo. La lanza era pequeña, negra y discreta, con una rudimentaria cazoleta del color del latón, que mantenía unido el mango y el asta. Los niños las contemplamos un rato, hasta que Earnest le pidió a Afortunado que nos contara su importancia.

—Estas piezas —dijo en una voz casi de ensueño— se remontan a dos mil años como mínimo, puede que mucho más. Es de sobra conocido que ya existían en tiempos de Cristo y es muy probable que las manejaran sus propios discípulos. Se cree que la espada es la que blandió san Pedro en el huerto de Getsemaní para cortar la oreja al guardia del templo. Jesús le dijo que la envainara porque «quien a hierro mata a hierro muere».

»Pero la lanza es todavía más interesante —prosiguió Afortunado—. La llevaba un centurión romano llamado Cayo Casio Longino, que se encontraba bajo las órdenes de Poncio Pilatos. Longino atravesó el costado de Cristo con esta misma lanza, para asegurarse de que estaba muerto y vieron cómo le manaba el líquido de la herida...

Contemplé la cara larga y pálida de Afortunado reflejada en el cristal de la vitrina ante nosotros. Seguía como en sueños, con la mirada perdida en aquellas armas. Tenía las pupilas dilatadas, lo que exageraba la cualidad hipnótica de esos intensos ojos azules tras las pestañas tupidas y oscuras. Pero Pandora, que estaba en el lado opuesto de la vitrina, rompió el hechizo.

—En la tarjeta que hay aquí dentro —nos informó con frialdad— dice que se supone que la espada perteneció a Atila rey de los hunos, y la lanza a Federico I Barbarroja, personajes destacados de la historia germánica y el mito teutón. También pone que según dice la leyenda, cuando esas armas han obrado en poder de un solo guerrero, como al parecer fue el caso de Carlomagno, ese guerrero se ha convertido en el líder de todo el mundo civilizado.

—¿Es por eso que los Habsburgo gobiernan en tantos países? Porque ahora les pertenecen las dos, ¿no? —pregunté a Pandora, entusiasmado por ese pequeño apunte de los misterios

de la antigua leyenda.

Pero Afortunado, cuyo trance al parecer también se había roto, respondió por ella.

—Dice que debe poseerlas un guerrero —soltó—. Los llamados Habsburgo hacen honor a su nombre: una percha de halcón, pero no un halcón. Se posan siempre que pueden y despluman a otros para preparar su nido. No son cazadores, ni líderes de un pueblo valiente y orgulloso. Por lo que he averiguado, no basta con poseer estos dos objetos para el tipo de poder del que habláis. Existen muchas otras reliquias, antiguas como el polvo de los eones, y sólo cuando estén todas reunidas en las manos de un hombre se transformará el mundo entero. Creo que ese momento se acerca.

Los niños observamos con respeto renovado las dos armas de la vitrina. Pero en mi fuero interno me preguntaba cómo podría tener lugar tal transformación si el resto de «tesoros antiguos» era tan frágil, estaba igual de deteriorado y tenía un aspecto tan poco importante como esos dos objetos.

—Si se acerca el momento —dijo una voz baja desde detrás de mi hombro—, entonces seguro que sabes cuáles son los otros objetos que andas buscando.

Nos volvimos y vimos que quien hablaba era el primo joven de Pandora, mi profesor de violín, Dacian Bassarides, que había permanecido tan silencioso durante todo el viaje que casi lo habíamos olvidado.

Afortunado asintió con la cabeza, entusiasmado.

—Creo que hay trece en total. Unos son platos, otros prendas de vestir, útiles o implementos bélicos, hay una piedra preciosa y una especie de juego de azar. A pesar de que mis estudios me han indicado cómo pueden haber sido encubiertos a través de los años, estoy seguro de que la última vez que estuvieron juntos fue en la época de Cristo: en otras palabras, en la última nueva era. Por ese motivo proseguí mis estudios en Melk y en Salzburgo, porque aquí en el río y en la parte alta de las montañas de Salzkammergut se sitúan los lugares de nuestra tierra donde habitaron los pueblos antiguos, y sabía que el mensaje que buscaba no podía andar lejos. Y encontré información escrita en las runas...

—¿Las runas? —dije, incómoda. Vi que Laf no sólo se había detenido, sino que parecía haberse desplazado a otro mundo.

—Un manuscrito en runas. Supongo que es «algo» que Sam te dejó en su testamento —dijo Laf, regresando del mar de sus terribles recuerdos—. Afortunado, o Adolf, quería recopilarlo y descifrarlo ya entonces, en vísperas de la Primera Guerra Mundial en Viena, una tarea que yo esperaba que no consiguiera nunca. Pero otra persona lo hizo.

—Me parece que no lo tengo gracias a Sam —dije, aunque no podía desvelar que Sam seguía vivo ni que había hablado con él—. En cambio he recibido un documento escrito en runas de manos de un amigo tuyo, aunque todavía no he tenido ocasión de... —¿Un amigo mío? —preguntó Laf—. ¿Qué amigo?

—Wolfgang Hauser, es de Viena...

—¿Qué me estás diciendo, Gavroche?

A través del vapor vi que la cara de Laf palidecía bajo su bronceado.

—Wolfgang Hauser no es amigo mío —prosiguió—. ¿Cómo ha podido conseguir ese manuscrito? ¿De dónde lo habrá sacado?

No sé si mi expresión reveló hasta qué punto me sentía aturdida, pero cuando miré a Laf, me preguntó:

—Oh, Gavroche, pero ¿qué has hecho?

Esperaba que la respuesta no acabara siendo «meter la pata hasta el fondo», aunque

empezaba a tener toda la pinta.

—Tío Laf, quiero que me digas quién es exactamente Wolfgang Hauser, y cómo lo conociste —dije, seleccionando con mucho cuidado las palabras a pesar de que estaba del todo segura de que no quería oír la respuesta.

—No lo conozco —me informó Laf—. Sólo lo he visto un par de veces. Es un favorito de Zoé, uno de esos jóvenes atractivos que le gusta llevar como adornos colgados de la muñeca.

Me aplaudí a mí misma por mantenerme impasible ante esta cruel descripción de la última gran pasión de mi vida, así como por pasar por alto el hecho evidente de que se podría hacer el mismo comentario acerca de tío Laf y Bambi.

—Conozco a tu tía Zoé, sin embargo —continuó Laf—. No fue nunca la reina de la noche que le gustaba aparentar, muy al contrario. Eso fue una forma inteligente de venderla, un programa de propaganda concebido a la medida de Zoé, la bailarina más famosa de su época, por el vendedor más inteligente de nuestro siglo. Ella y su benefactor se pasaron décadas intentando conseguir el manuscrito de Pandora, quien de verdad lo había reunido. Quizá ya hayas adivinado que el mentor de Zoé, su mejor amigo y confidente más próximo durante veinticinco años, no fue otro que Adolf Hitler.

Laf se detuvo y me observó. Para entonces ya tenía el corazón en un puño y comprendí que tenía que salir del calor de la piscina o acabaría desmayándome. Las siguientes palabras de Laf parecieron retumbar a través del agua.

—Es imposible que Zoé o Wolfgang Hauser tengan una copia de ese manuscrito. Cualquier cosa que perteneciera a Earnest, él la protegió toda su vida. —Luego, tras una pausa, añadió—: Espero que no se lo hayas confiado a Hauser, Gavroche, o que siquiera lo hayas dejado sin vigilancia en la misma habitación que él. Si lo has hecho, has puesto en peligro todo aquello por lo que Pandora y Earnest arriesgaron sus vidas, y que puede habérselas costado, como a tu primo Sam.

LA VERDAD

Si las circunstancias me conducen a ello, encontraré donde se oculta la verdad, aunque esté oculta en el centro.

SHAKESPEARE,

Hamlet

JESÚS: *Para esto nací, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio de la verdad.*

Todo el que es discípulo de la verdad, me escucha a mí.

PILATOS: *¿ Qué es la verdad?*

Evangelio según san Juan 18, 37-38

Por lo tanto, el esfuerzo de llegar a la verdad y, en especial, a la verdad sobre los dioses, es una nostalgia de lo divino.

PLUTARCO

Obras morales

Es una especie de hobby que tengo: la verdad.

CARY GRANT, en el papel del experto ladrón

John Robie en *Atrapa a un ladrón*

Judea: primavera del año 33 d. C.

EL PRIMER APÓSTOL

Jesús resucitó en la madrugada, el primer día de la semana, y se apareció primero a María Magdalena...y ellos [sus discípulos], al oír que vivía y que había sido visto por ella, no creyeron.

Evangelio según san Marcos 16, 9-10

—¿Pero qué es la verdad? ¿Cómo pretende José de Arimatea que recordemos algo que pasó hace más de un año? —preguntó Juan Zebedeo a su hermano mayor Santiago.

Los hermanos habían dejado atrás el puerto de Joppa y el barco en el que Santiago acababa de regresar de su misión de un año en Celtiberia. Tomaron la carretera rocosa que abandonaba la ciudad.

—Cuando visité las islas de Britania con José —afirmó Santiago—, me comentó que a su entender había algún elemento clave que faltaba en la historia de los últimos días del Maestro. Ya sabes que el Maestro decía siempre que su legado consistiría en compartir sus «misterios» con sus discípulos más verdaderos. A José se le ocurrió que quizás el Maestro, al darse cuenta de que el tiempo que le quedaba con nosotros era corto, impartió esos secretos, pero como hablaba en parábolas, ninguno de nosotros captó el significado que se escondía en sus palabras.

»Por eso me he apresurado a venir desde Celtiberia para traer la carta en que José pide a Miriam de Magdala que investigue este asunto. Y espera que nosotros, tú, Simón Pedro y yo, como los tres sucesores elegidos del Maestro, le ofrezcamos nuestro apoyo.

santiago y su hermano menor, Juan Zebedeo, junto con sus asociados Simón Pedro y su hermano Andrés, habían sido los primeros discípulos que el Maestro reclutó para su misión. Cuando los encontró por las costas del lago Galilea, les pidió que dejaran las redes y lo siguieran: él les enseñaría a convertirse en «pescadores de hombres». Así que los hermanos Zebedeo, los primeros elegidos, esperaban recibir un trato especial. Y en efecto, siempre lo habían recibido, al menos hasta hacía poco tiempo.

Ese año le había costado un alto precio, pensó Juan con amargura. Su hermano mayor había estado fuera demasiado tiempo y a él todavía le quedaba mucho que aprender.

—¿Podrías explicarme qué tiene que ver Miriam de Magdala en todo esto? —preguntó Santiago—. ¿Por qué tiene que ser ella el mensajero oficial?

—José siempre ha apoyado a Miriam en su reivindicación de ser el primer apóstol: la primera en ver al Maestro tras su muerte, resucitado de la tumba esa mañana en el huerto de José, en Getsemaní —respondió Santiago—. Siempre quejose se refiere a Miriam, la sigue llamando el Primer Mensajero, apóstol de los apóstoles. Y tanto si creemos que el Maestro honró de tal modo a Miriam, como si no lo hacemos, a fuer de honestos debemos admitir que ese tipo de cosas no era contraria a su carácter. Lo cierto es que no se diferenciaría demasiado de los honores que el Maestro dispensó constantemente a Miriam a lo largo de su vida.

—¡Honores y besos! —saltó Juan—. Todo el mundo sabe que yo era el discípulo más querido del Maestro. Me trataba como si fuera su hijo y me abrazaba más a menudo incluso que a Miriam. ¿No me encomendó a mí el cuidado de su madre cuando él muriese, como si fuera su propio hijo?

»Y el Maestro dijo que tú y yo beberíamos de su cáliz cuando llegara el reino de los cielos, un honor tan grande como cualquiera de los que concedió a Miriam.

—Me da miedo esa copa, Juan —dijo Santiago en voz baja—. Quizás harías bien en temerla

también.

—Todo ha cambiado desde que te fuiste de Judea, Santiago —dijo el hombre más joven—. Incluso nuestro triunvirato ha dejado de existir. Pedro afirma que sólo una «roca» puede ser la piedra angular y que él fue el elegido por el Maestro. Existen facciones, celos, resentimientos, el amigo se enfrenta al amigo. Si este último año te hubieras quedado aquí, en Jerusalén, puede que las cosas no hubieran alcanzado esta situación deplorable.

—Lamento oír eso —afirmó Santiago—. Pero seguro que las cosas no han cambiado tanto que no se puedan remediar.

Puso las manos en los hombros de su hermano menor, tal como solía hacerlo el Maestro. Una oleada de pesar invadió a Juan. ¡Como echaba de menos la simplicidad y la fortaleza del Maestro!

—No lo entiendes, Santiago —dijo Juan—. Miriam se ha convertido en la espina particular de Pedro. Lleva muchos meses recluida en Betania, con su familia, y no la ve nadie. Pedro se siente más molesto que nunca con ella, por la relación especial que la unía al Maestro. Lo ha cambiado todo por su causa: las mujeres no predicán ni curan, ni siquiera van de misión al extranjero, a no ser que las acompañe un apóstol varón.

»Y deben llevar los cabellos cubiertos, porque se dice que la tentación de la falta de recato y las libertades permitidas cuando el Maestro estaba vivo eran demasiado grandes y llevarían a la mayoría de mujeres a la lascivia.

—Pero ¿acaso intentas decirme que Simón Pedro ha creado estas normas por decisión propia? —le interrumpió Santiago.

—Con el apoyo de otros, aunque te aseguro que yo no figuro entre ellos. Santiago, tienes que comprender que mientras tú y José buscáis la verdad, otros se consideran en posesión de ella. Se está hilando una saga para explicar cada palabra y cada acción del Maestro y, muchas veces, lo hacen precisamente aquellos que nunca lo comprendieron o incluso ni tan sólo lo conocieron.

»Esas historias crean confusión, son contradictorias y, a veces, mentiras descaradas. Se ha llegado a sugerir, por ejemplo, que los siete demonios que el Maestro expulsó de Miriam no eran meros castigos de orgullo o vanidad por su educación o belleza, sino que eran algo mucho peor, algo corrupto...

—¿Pero, cómo pueden permitirlo? —exclamó Santiago—. ¿Cómo puede Pedro permitirlo? ¿No teme que el Maestro le prohíba la entrada en el reino?

—Recuerda que Simón Pedro es quien tiene las llaves del reino dijo Juan con una sonrisita amarga—. Se las dio el Maestro, tal como él se encarga de recordar a todo el mundo. Como ves, hermano, has llegado en el momento preciso.

Brigantium: verano del año 34 d.c.

LAS PALABRAS

*Se levantará nación contra nación, y reino contra reino... surgirán falsos cristos y falsos profetas... el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, y las estrellas irán cayendo del cielo, y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas
-Es menester que el evangelio sea predicado a todas las naciones... El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán.*

JESÚS DE NAZARET
Evangelio según san Marcos 13, 8-31

José de Arimatea se encontraba en lo alto de un acantilado, sobre la bahía de Brigantium, observando la última luz del ocaso occidental, mientras el barco de Santiago Zebedeo avanzaba hacia la niebla y se desvanecía en el mar. Brigantium, antes el centro de culto de la gran diosa celta Brígida, era el último puerto celta del continente que seguía existiendo desde tiempos remotos. Gran parte de Iberia había obrado en poder de los romanos durante cientos de años, desde las guerras púnicas. Pero esta alejada sección noroccidental no fue tomada hasta la reciente época de Augusto, en medio de gran amargura y derramamiento de sangre, y el coraje de los nativos distaba mucho de haber sido reducido.

Daba lo mismo que se les llamara celtas, keltoi, gallegos, gálatas, galli o galos: estas tribus paganas, como los romanos los consideraban, habían dejado su huella en civilizaciones desde ahí hasta la lejana Frigia, muchas de ellas fundadas por ellos mismos. Los excelentes artesanos celtas seguían influyendo en los menestrales desde Escandinavia a Mauritania; los gallardos guerreros celtas habían hostigado el continente con tantas invasiones a lo largo de los años, que los romanos habían diseñado, sólo para contenerlos a ellos, el sistema de legiones que controlaba la mayor parte del mundo. Y la función de conservar su historia y su fe, de mantener vivas sus palabras, recaía sobre los druidas, hombres como el que en ese momento se encontraba junto a José en el acantilado.

La niebla fría y oscura que siempre envolvía esa costa, incluso en verano, engulló el barco. Pero desde ahí arriba, José distinguía aún la playa, con la superficie sólo hollada por los embates de las olas, cuyas líneas finas desaparecían las unas bajo las otras, de modo muy

parecido a las palabras del Maestro, pensó.

Aunque el Maestro les había pedido siempre que no grabaran sus palabras en piedra sino que las conservaran en sus pensamientos, cabía en lo posible que esas palabras hubieran desaparecido de la mente de los hombres, porque no había ningún *druí*, como su acompañante, preparado para mantenerlas vivas en su corazón.

Si ése era el caso, tal vez lo único que quedara de las palabras del Maestro fueran las que Miriam de Magdala había reunido durante el año anterior y que ahora yacían selladas dentro del ánfora de arcilla en la red de pescar que tenía a los pies: los recuerdos de aquellos que habían visto y oído al Maestro durante su última semana en la tierra.

José y el *druí* habían ascendido bajo la niebla fría y húmeda de verano hasta este mirador aislado para observar la partida del barco antes de comentar su propia misión. José se volvió por primera vez hacia su acompañante.

A la luz sesgada del ocaso, la cara angulosa y ruda del *druí* poseía el tinte del cobre bruñido. Llevaba los cabellos de color rojizo peinados en muchas trenzas de gran complejidad que le caían sobre los anchos hombros y el corpulento pecho. Aunque vestía la túnica celta holgada, al igual quejóse, sobre un hombro llevaba sujeto con un broche dorado un manto elaborado por completo con pieles de zorro, la insignia de una persona importante del clan del zorro. Su cuello y brazos musculosos estaban rodeados por los gruesos e intrincados torques de oro labrado que siempre lucía y que indicaban la condición de un príncipe o de un sacerdote: como *druí*, se le consideraba ambas cosas.

Era Lovernios, príncipe de los zorros, un hombre en quien José había confiado a lo largo de toda su vida y, a excepción del Maestro, el más sabio que había conocido. José esperaba que su gran sabiduría les permitiera superar la crisis que se les avecinaba.

—Ya casi se ha acabado, Lovern —dijo José.

—Acabado, quizá —respondió Lovernios—. Pero cada final implica un inicio, como Esus de Nazaret me indicó cuando lo trajiste a vivir con nosotros, de niño. Dijo que durante sus viajes contigo había aprendido que todo el mundo se resiste a los cambios. —Y con una sonrisa inquisitiva añadió—: Me gustaría saber si entiendes lo que eso significa.

Supongo que significa —respondió José—, que al igual que Miriam de Magdala, eres de la opinión que el Maestro está vivo: que experimentó la transformación de la muerte pero, aun así, sigue de algún modo entre nosotros.

—Recuerda esta frase: «Siempre estaré con vosotros, hasta el fin del mundo» —se limitó a decir el *druí*, encogiéndose de hombros.

— En espíritu, sí, es posible —concedió José—, pero no que eche a andar y se ponga la carne como si fuera una capa, como afirman algunos. No, mi sabio amigo, no es una superstición primitiva lo que me ha traído hasta aquí. Voy en pos de la verdad.

—Lo que buscas, amigo mío —dijo Lovernios, sacudiendo la cabeza—, no lo encontrarás nunca en esas vasijas de arcilla que están a tus pies: sólo contienen palabras.

—Pero fuiste tú mismo el primero en enseñarme la magia que los druidas confieren a las palabras —objetó José—. Dijiste que las palabras poseen en sí mismas el poder de matar o de curar. Rezo para que alguno de estos recuerdos revele el último mensaje que nos transmitió el Maestro, al igual que él rezaba para que sus palabras no cayeran en el olvido.

—La escritura no facilita la memoria, sino que la destruye —afirmó Lovernios—. Ése es el motivo de que nuestro pueblo limite el uso del lenguaje escrito a las funciones sacramentales: proteger o santificar un lugar, destruir a un enemigo, invocar a los elementos, o realizar magia. Las grandes verdades no pueden ponerse por escrito, ni grabar las ideas en

piedra. Puedes abrir tus vasijas de arcilla, amigo mío, pero sólo encontrarás recuerdos de recuerdos, sombras de sombras.

—Ya en su infancia, el Maestro contaba con la memoria de un *druí* —dijo José—. Se sabía la Tora de memoria y era capaz de recitarla sin descanso. En los viajes largos por mar, solía leerle historias y también las memorizaba. Su favorita era las Odas Píticas de Píndaro, en especial la frase: «*Kairos* y la ola no esperan a nadie.» En griego, hay dos palabras para «tiempo»: *chronos* y *kairos*. La primera alude al tiempo, según el sol cruza los cielos. Pero *kairos* significa el «momento necesario», el instante crítico en que uno debe subirse a la ola o ser arrasado por ella y quedar totalmente destruido. Era este segundo significado el que el Maestro consideraba tan importante.

»La última vez que lo vi, cuando fui a decirle que le había preparado un asno blanco como me había pedido para que lo montara en su entrada en Jerusalén al domingo siguiente, me dijo: "Así pues, está todo hecho, José, y yo iré a encontrarme con mi *kairos*." Esas fueron las últimas palabras que me dijo antes de morir.

José parpadeó para hacer caer las lágrimas de los ojos y tragó con fuerza. Luego, añadió en un susurro:

—Le echo mucho de menos, Lovernios.

El príncipe celta se volvió hacia José. A pesar de que los dos eran de la misma edad y casi de igual estatura, lo rodeó con los brazos y lo meció como a un niño, igual que el Maestro solía hacer cuando las palabras parecían insuficientes.

—Entonces sólo nos cabe esperar que esos destellos de palabras, aunque no todos sean ciertos, sirvan al menos para aliviar el dolor de tu corazón —dijo Lovernios por fin.

José miró a su amigo y asintió. Luego se agachó hacia la red y extrajo el ánfora que Miriam había marcado como la primera de la serie. Rompió el sello del recipiente de arcilla, sacó el rollo, lo abrió y empezó a leer en voz alta:

A: *José de Arimatea*
en Glastonbury, Britania

De: *Miriam de Magdala*
en Betania, Judea

Mi muy amado José:

Muchas gracias por tu carta, que Santiago Zebedeo me trajo tras visitarte. Lamento haber tardado un año entero en cumplir tu petición, pero como sin duda Santiago ya te habrá contado, por aquí todo ha cambiado, todo.

¡Oh, José, cómo te echo de menos! Y qué agradecida te estoy por haberme encomendado esta tarea. Pareces ser el único que recuerda lo mucho que el Maestro confiaba en las mujeres. ¿Quiénes si no las mujeres, financiaron su misión, le ofrecieron cobijo, viajaron, enseñaron, curaron y velaron a su lado? Junto con su madre Miriam, lo seguimos en su camino hacia Gólgota, lloramos bajo la cruz hasta que murió y fuimos al sepulcro a lavar su cuerpo y amortajarlo con hierbas especiales y con el delicado lino de Magdala. En resumen, las mujeres fuimos las únicas que permanecemos con el Maestro hasta el fin. Incluso más allá del fin, hasta que su espíritu ascendió a los cielos.

José, perdona que te revele estos sentimientos turbulentos. Pero cuando llegaste hasta mí a través de las aguas con tu carta, me sentí como una mujer que se ahoga y es rescatada en el

último instante. Estoy de acuerdo contigo en que algo importante sucedió durante los últimos días del Maestro y todavía lamento más no poder acudir a Britania de inmediato como deseas. Pero esta demora podría resultar una bendición, porque he descubierto algo que no se menciona en ninguno de los recuerdos que he recuperado para ti: está relacionado con Efeso.

La madre del Maestro, que ha sido como una madre para mí, está tan inquieta como el resto de nosotros al ver en lo que se ha convertido el legado de su hijo en tan poco tiempo. Está decidida a trasladarse a Éfeso, en la costa jónica, y me ha pedido que la acompañe y me quede con ella este año hasta que se haya establecido totalmente.

Su protector, el joven Juan Zebedeo, a quien el maestro solía llamar *parthenos*, o «virgen que se sonroja», parece un hombre adulto.

Nos ha construido una casita de piedra en Ortigia, en la montaña de la Codorniz, en las afueras de la ciudad: ¿quizá lo recuerdas de tus viajes? Estoy segura de que el Maestro sí, porque él mismo eligió ese lugar y se lo dijo a su madre poco antes de morir. Es extraño que escogiera ese sitio: me han dicho que la casa está sólo a un tiro de piedra del pozo sagrado que, según creen los griegos, señala el punto donde nació su diosa Artemisa (o Diana, como la llaman los romanos). Pero aún hay más.

Todos los años, en la fiesta de Eostre, el equinoccio de primavera, cuando se celebra el nacimiento de la diosa, Ortigia se convierte en centro de peregrinación de todo el mundo griego. Los niños recorren la montaña en busca de los legendarios huevos rojos de Eostre, símbolos de suerte y fertilidad, consagrados a la diosa. Resulta irónico que esta festividad se celebre durante nuestra Pascua: la misma semana en que hace dos años murió el Maestro. Así que esta diosa pagana y sus ritos parecen estar relacionados con el recuerdo de la muerte del Maestro y también con lo único que, como te dije, falta en todos los otros relatos: una historia que el Maestro nos contó en la montaña, el día que viniste a mi casa hace dos años, cuando regresaste después de haber pasado un año en el mar.

—Cuando era joven —nos contó el Maestro esa mañana, en lo alto del prado floreado—, viajé a muchos países y conocí muchos pueblos extranjeros. Aprendí que las personas del norte poseen una palabra para lo que consideran cierto: «dru», que también significa creencia, y «troth», promesa. Así que, como en nuestra tradición judaica, la verdad, la justicia y la fe son una misma cosa, y los sacerdotes son también los legisladores. Del mismo modo que nuestros antepasados en épocas remotas, cuando uno de sus sacerdotes imparte justicia, se sitúa bajo el *duru*, el árbol que nosotros llamamos roble. Sus sacerdotes reciben el nombre de *D'ru* o *D'ruid*, en plural, que significa «el que revela la verdad».

»Al igual que los antiguos hebreos, estos hombres del norte consideran sagrado el número trece, el número de meses que tiene un año según el calendario lunar. Como la decimotercera luna señala el fin del año, ése es el número que identificamos con el cambio, el número de un nuevo ciclo, el número del renacimiento y la esperanza. Este número en sí es la esencia de la verdad en la historia de Jacob, que luchó con el ángel de Dios y fue transformado en "Isra'el". Como todo el mundo tiende a olvidar, nuestro antepasado Jacob no tuvo doce hijos, sino trece.

Luego, como si lo hubiera explicado todo con gran claridad y la sesión hubiera finalizado, el Maestro pareció retirarse a un reino interior, y se volvió, dispuesto a partir.

—Pero, Maestro —gritó Simón Pedro—. Debe de haber algún error. Admito que desconozco por completo estos hombres del roble de quienes hablas. Pero entre nuestro propio pueblo, la Tora establece que hay doce tribus de Israel, no trece como has dicho. ¡Es algo que jamás

ha sido puesto en duda!

—Pedro, Pedro, Dios te dio orejas. ¡Deberías recompensárselo usándolas! —dijo el Maestro, que reía a la vez que estrujaba el hombro de Pedro.

Al ver a Pedro cabizbajo, el Maestro añadió:

—No he dicho nada de trece tribus; sólo he mencionado trece hijos. Escucha la historia con nuevos oídos: pregúntate por qué ese hecho debería representar la esencia de la verdad que yo estaba buscando.

El Maestro se dirigió hacia donde yo estaba sentada con los demás, en el amplio círculo de hierba, me puso una mano en la cabeza y me sonrió.

—Puede que un día Miriam halle la respuesta —dijo el Maestro a Pedro—. Siempre he considerado a Miriam el decimotercer discípulo. Pero un día ella será mi primer apóstol: trece y uno, la finalización de un ciclo. Alfa y omega, el primero y el último. —Y finalmente añadió, como si se le ocurriera en el último momento—: El hijo olvidado de Jacob, del que os he hablado, se llamaba Dina. A mi entender, Dina encarna en ella misma la esencia de la verdad en la historia. Su nombre, como el de su hermano Dan, significa juez.

El Maestro adoptó esa sonrisa extraña, se volvió y bajó la montaña, y nosotros lo seguimos.

José, sabes tan bien como yo que el Maestro nunca usaba una parábola o una paradoja para confundir e impresionar: su método siempre tenía un motivo. Creía que sólo si buscábamos la verdad y llegábamos a ella por nuestros propios medios, comprenderíamos del todo la verdad que encontraríamos, la absorberíamos y formaríamos parte de nosotros.

Esa mañana el Maestro dejó claro que el número trece estaba relacionado con el calendario lunar hebreo y, por lo tanto, con el concepto de cambio estacional. ¿Pero por qué no mencionó también lo que sin duda sabía: que el nombre romano de Dina es Diana? ¿Y por qué no nos contó el plan que te he comentado: que quería que su madre viviera un día en un robleto famoso de Ortigia? ¿Que su casa se alzaría junto a un pozo en el punto exacto donde nació la diosa de la luna, Artemisa, llamada también Diana de los efesios, patrona de las fuentes y los pozos, cuyos ritos se realizan en robledos en todo el mundo griego? No, no puede ser casualidad que fuera la última historia que el maestro contó a su rebaño en lo que resultó ser el último día en que estuvimos todos reunidos. El único error fue mío, al no darme cuenta antes.

José, sé que esta historia y los informes que te mando proporcionarán forraje abundante a tu mente y que, antes de que nos volvamos a ver, ya lo habrás digerido por completo. Yo, por mi parte, procuraré averiguar más cosas sobre los motivos privados del Maestro, porque estoy convencida de que los tuvo, al enviar a su madre al hogar de esta famosa diosa efesia. Quizá tú y yo juntos podamos encontrar la parte del nudo que falta para atar entre sí estos acontecimientos, aparentemente diversos y diseminados, de los últimos días del Maestro.

Por ahora, José, esperó que Dios te acompañe y te envíe mis ojos, mis oídos, mi corazón y mi bendición, para que puedas ver, oír, amar y creer como el Maestro deseaba que hiciéramos.

MIRIAM DE MAGDALA

Cuando José levantó los ojos de esta carta, el sol había descendido bajo el horizonte, manchando el mar del color rojo de la sangre. La niebla se arremolinaba sobre las aguas como vapores sulfúricos que se elevaran de las profundidades. Lovernios estaba a su lado, en silencio y con la mirada puesta en la impresionante vista, como perdido en sus

pensamientos.

—Hay algo en ese relato que Miriam no menciona —dijo José—. Si bien es cierto que Dina era uno de los trece hijos de Jacob, no fue la decimotercera en nacer. En la Tora, la secuencia de nacimiento, por lo menos entre los hijos de una tribu, es muy importante. Dina fue la última hija nacida de la esposa de mayor edad de Jacob, Lía, pero no la decimotercera.

—Así pues, ¿tu antepasado tenía más de una esposa? —preguntó Lovernios con interés. La poligamia entre los keltos era poco frecuente, e inaceptable en la clase de los druidas.

—Jacob tuvo dos esposas y dos concubinas —explicó José—. Ya te dije que la memoria del Maestro era notable, en especial en lo que concierne a la Tora. Todos los números de la Tora son importantes, porque el alfabeto hebreo, como el griego, se basa en números. Estoy de acuerdo en que el Maestro quería que viéramos la historia de Dina desde muchos ángulos.

—Cuéntamela entonces —pidió Lovernios.

Anochece y la niebla cubre la playa. Pronto oscurecerá, de modo que Lovernios recogió algunos arbustos y unas cuantas ramas, e hizo chocar el sílex que había sacado de la bolsa para preparar con rapidez una hoguera improvisada. Los dos hombres se sentaron en una roca cercana y José empezó su relato.

LA DECIMOTERCERA TRIBU

La historia se inicia cuando nuestro antepasado Jacob era un hombre joven. Por dos veces, Jacob había robado a su hermano gemelo Esaú, mayor que él, su derecho de primogenitura. Cuando supo que Esaú había amenazado con matarlo en cuanto su padre muriera, Jacob huyó de la tierra de Canaán y partió rumbo al norte, hacia el país de la tribu de su madre. Al llegar a las montañas cercanas al río Eufrates, lo primero que vio fue a una hermosa pastora que llevaba las ovejas a un pozo, y se enamoró de ella. Se trataba de su propia prima, Raquel, la hija menor del hermano de su madre, Labán. Sin demora, Jacob pidió la mano de la chica en matrimonio. Jacob tuvo que trabajar siete años para su tío para ganarse a Raquel como esposa. Pero al amanecer siguiente a la noche de su boda, descubrió que lo habían engañado: la mujer con la que había yacido esa noche había sustituido a Raquel aprovechando la oscuridad; se trataba de su hermana bizca, Lía, que según la costumbre del norte, debía casarse antes por ser la mayor. Cuando su tío Labán le ofreció a Raquel como segunda esposa, Jacob accedió a pagar su dote trabajando siete años más en los campos de Labán. El número siete constituye también un número importante en la historia de nuestro pueblo. Dios creó el mundo y descansó al séptimo día. El número siete señala el cumplimiento y la finalización de todas las empresas creativas, el número de la sabiduría divina. Por lo tanto, es importante que el número siete corresponda a la secuencia de nacimiento de la única hija de Jacob, como también lo son los eventos clave que llevaron a su nacimiento:

Mientras Dios desoía el deseo de Raquel de tener hijos, su hermana Lía dio a luz a cuatro varones. Raquel ofreció a Jacob su criada Bilhá, quien le dio dos hijos varones más. Puesto que Jacob ya no acudía a la cama de Lía, ésta le ofreció su propia criada Zilpá, que también tuvo dos hijos de Jacob, mientras que la infeliz Raquel seguía estéril. Pero las cosas iban a cambiar.

Un día, el hijo mayor, Rubén, encontró unas mandragoras en los campos de trigo y se las

llevó a su madre, Lía. Las mandragoras favorecen la concepción y están asociadas a la tentación de Eva. Raquel le pidió a Lía que las compartiera con ella, pero Lía sólo accedió con la condición de recuperar los favores de Jacob como esposo. La desesperada Raquel consintió, tras lo cual Lía dio a luz a dos hijos varones más. Y entonces fue cuando se produjo el acontecimiento crucial. El séptimo y último hijo de Lía, el decimoprimer de los hijos de Jacob, fue una niña, que recibió el nombre de Dina.

Al nacer Dina, la fertilidad de Lía y la esterilidad de Raquel tocaron ambas a su fin. El primer hijo de Raquel, José, más adelante virrey de Egipto, se convirtió por tanto en el duodécimo hijo de Jacob. Y su último hijo fue Benjamín, cuyo alumbramiento provocó la muerte de Raquel y significó el final del ciclo familiar. Su número era el trece.

La secuencia en que nacieron los niños, el modo en que Jacob los bendijo antes de morir e incluso el modo en que, más adelante, Moisés bendijo a las tribus en el desierto son importantes, como bien es sabido, en la historia de nuestro pueblo. Pero Dina no vuelve a aparecer en la narración hasta que su padre Jacob regresa de su exilio voluntario en el norte y lleva de nuevo a su familia a Canaán.

Jacob compró tierras de un príncipe local, Hamor, construyó un pozo —que hoy todavía se conserva— a los pies del monte sagrado de Garizim y se estableció con su familia en la tierra de Canaán. Un día, cuando Dina atravesaba los campos de trigo para reunirse con algunas de las chicas locales, el hijo de Hamor, Siquem, la vio y la quiso, y la deshonró allí mismo, en el campo. Pero cuando Siquem se dio cuenta de que estaba enamorado de Dina, la llevó a casa y le pidió a su padre, Hamor, que dispusiera lo necesario para que pudieran casarse.

Hamor fue a ver al padre y a los hermanos de Dina y les ofreció la mitad de sus propiedades si permitían el matrimonio. Jacob y sus hijos accedieron, pero sólo si todos los varones del clan cananeo aceptaban ser circuncidados como establece el rito judío. Sin embargo, dos de los hermanos de Dina mintieron, porque en cuanto los varones cananeos se hubieron sometido a esta operación, Simeón y Leví se abatieron sobre sus hogares, mataron a todos los hombres, se llevaron a Dina por la fuerza de casa de sus captores, saquearon y destruyeron las viviendas, y partieron con las mujeres y los niños, las ovejas y los bueyes, y las riquezas materiales. La familia de Jacob se vio obligada a huir de Canaán por miedo a un castigo por ese engaño y esa masacre sangrienta.

Sabemos dos cosas más respecto a este relato:

Jacob y su familia abandonaron Canaán para no regresar nunca más. Cerca del pozo que cavaron, el pozo de Jacob, creció el roble de Siquem, donde un día Moisés ordenaría a los hebreos que erigieran su primer altar al regresar de Egipto a la tierra prometida. Bajo ese árbol, ahora famoso, Jacob enterró todas las ropas, joyas y tesoros, incluidos ídolos y estatuas, todas las pertenencias de sus esposas, concubinas, criados y cautivos de Canaán, para que todos ellos pudieran ponerse ropas limpias y empezar una nueva vida antes de entrar en la tierra del pueblo de su padre.

Entre la tierra de Canaán que dejaron atrás y la tierra de Judea, que se extendía ante ellos, cerca de Belén, Raquel dio a luz al duodécimo y último hijo, a quien ella llamó Ben-Oní pero Jacob denominó Benjamín y, después, murió.

—y qué fue de Dina, la causa de todos esos cambios de fortuna, de esos principios y finales e inversiones de destino? —quiso saber Lovernios, cuando José hubo terminado su relato.

—No sabremos nunca lo que sintió respecto a la traición cometida por sus hermanos en su nombre, porque es la última vez que se la menciona en la Tora —explicó José—. Pero los

objetos que fueron enterrados bajo el roble suelen recibir el nombre de «legado de Dina», puesto que cambiaron el sino del pueblo hebreo y le arrancaron su pasado e incluso su identidad. Desde ese día de hace casi dos mil años en que abandonó Canaán, la actual Samaría, y entró en Hebrón, la actual Judea, renació a una vida nueva y diferente.

—¿Crees que ése era el mensaje oculto de Esus de Nazaret? —le preguntó Lovernios—. ¿Arrancarnos nuestro pasado y renacer a un nuevo modo de vida?

—Eso es lo que espero averiguar con el contenido de esos cilindros —respondió José.

—Me parece que, a partir de la carta de esta mujer ya puedo adivinar lo que pensaba Esus de Nazaret y por qué contó ese relato a sus discípulos —afirmó el príncipe—. Está relacionado con el pozo de Jacob que mencionaste, y con el árbol.

José observó esos ojos azules, que casi parecían lagunas negras a la luz de la hoguera.

—Mi gente también tiene robles, amigo mío —comentó Lovernios—, arboledas que poseen sin excepción un pozo sagrado, alimentado por una fuente sagrada. Y en cada uno de esos lugares santos rendimos tributo a una diosa especial. Su nombre no es ni Dina ni Diana, sino Danu. Mi propia tribu, por ejemplo, los *Tuatha De Danaan*, es el pueblo de Danu, lo que parece demasiado relacionado para ser una simple casualidad. Danu es la gran virgen, madre de todas las «aguas encontradas», es decir, del agua dulce como la de esas fuentes y pozos. Su nombre significa «el regalo», porque esa agua es vida en sí. Y le rendimos tributo de forma muy similar a como lo hacía tu antepasado Jacob, sólo que nosotros no enterramos nuestro tesoro bajo un roble, sino que lo lanzamos en el pozo cercano al roble, donde es recibido por los brazos abiertos de la diosa.

¿De verdad crees que el mensaje final del Maestro era...? —empezó a decir José.

—¿Lo que podría decirse infiel o pagano? —Lovernios terminó por él la frase con una sonrisa irónica—. Me parece que nunca llegaste a comprenderlo; ninguno de vosotros, ni siquiera en su infancia. Lo veáis como un gran filósofo, un profeta poderoso, un rey salvador.

— Pero yo lo veía como *un fili*, un profeta, ve a otro, con los ojos descubiertos: como quien dice, desnudo. Desnudo como cuando llegamos a este mundo y desnudo como cuando morimos. Un *fili* puede ver el alma del otro y el alma de tu Esus de Nazaret era antigua. Pero había algo más...

—¿Algo más? —dijo José, aunque le daba cierto temor preguntar.

El príncipe de los zorros miró fijamente el fuego y observó las chispas que se movían como seres vivos por el suelo antes de deslizarse en silencio hacia el cielo oscuro de la noche. José tuvo una sensación extraña antes de oír las palabras que le susurró el *druí*:

—Hay un dios en él.

José soltó el aire de repente, como si le hubieran dado un golpe fuerte.

—¿Un dios? —masculló—. Pero Lovernios, sabes que para nuestro pueblo no existe más que un Dios: Rey de Reyes, Señor de lo Sagrado, el Único cuyo nombre no se pronuncia, cuya imagen no se reproduce nunca, cuyo aliento creó el mundo y quien se creó a Sí mismo diciendo simplemente «Yo soy». ¿Sugieres que ese Dios podría haberse introducido en un ser humano vivo?

—Me temo que vi su parecido con otro dios —afirmó el príncipe despacio—. Porque incluso su nombre es el del gran dios celta Esus, señor del más allá, de la riqueza surgida de la tierra. Los sacrificios humanos, o dicho de forma más precisa, los que se sacrifican a sí mismos a Esus deben colgar de un árbol para adquirir la sabiduría verdadera y el conocimiento de la inmortalidad. Wotan, un dios del lejano norte, colgó nueve días de un árbol para conseguir el secreto de las runas, el misterio de todos los misterios. Tu Esus de Nazaret colgó nueve

horas, pero la idea es la misma. Creo que era un chamán del más alto grado, que se sacrificó a sí mismo para entrar en el círculo mágico donde radica la verdad, con objeto de conseguir la sabiduría divina y la inmortalidad espiritual.

—¿Que se sacrificó a sí mismo? ¿Por la sabiduría? ¿Por alguna clase de inmortalidad? —gritó José de Arimatea, que se levantó agitado. Era cierto que entre los romanos se comentaba que los keltoi celebraban sacrificios humanos, pero era la primera vez que un *druí* lo mencionaba ante él—. No, no. Es del todo imposible. Jesús tal vez era un Maestro pero yo lo crié, lo consideraba como mi único hijo. Lo conocía mejor que a nadie. No le habría dado nunca la espalda a la humanidad, ni se habría alejado de la misión de su vida, que consistía en buscar la salvación de sus congéneres a través del amor aquí mismo, en la tierra. Siempre persiguió la vida y la luz. No me pidas que crea que el Maestro pudo emprender algún ritual bárbaro y sombrío para invocar a los dioses sanguinarios de nuestros antepasados.

Lovernios también se había levantado. Apoyó las manos en los hombros de José y le miró fijamente a los ojos antes de hablar.

—Pero eso es exactamente lo que tú crees, amigo mío —dijo.

Cuando José retrocedió y protestó, Lovernios añadió—: Es lo que has estado temiendo, ¿no? ¿Por qué si no esperaste hasta que Santiago Zebedeo se hubo marchado para abrir esos cilindros de arcilla? Por qué me hiciste venir desde las islas para estar a tu lado cuando los abrieras?

Sin esperar la respuesta de José, el príncipe se agachó, cogió la red llena con ánforas de arcilla y la acercó a la hoguera para examinarlas.

—La única cuestión que nos queda por resolver es si debemos leerlo o quemarlo —dijo a José—. Tu Maestro ha tomado un camino que conozco bien. Entre nuestra gente, sólo aquellos que han sido elegidos por el destino pueden seguir el camino de un *druí*, o mensajero de los dioses. Es un camino que prepara para el autosacrificio que, a mi parecer, tu Esus siempre quiso hacer por la humanidad. Ese camino, como he dicho, confiere también al mensajero la sabiduría y la verdad esenciales para la consecución de ese objetivo. Pero existe otro camino, un camino mucho más peligroso que, si se sigue con éxito, conlleva un conocimiento y un poder mucho mayores.

—¿Qué tipo de poder? —preguntó José.

Lovernios dejó la red en el suelo y miró a José con tristeza.

—Tenemos que descubrir cuáles fueron con exactitud esos objetos que tus antepasados enterraron bajo las raíces del roble en Samaría y dónde están ahora: si han permanecido sepultados bajo tierra durante estos últimos dos milenios, porque mucho me temo que no. Sospecho que la historia que Esus de Nazaret trataba de contarnos no es tan sencilla como la violación de Dina y la venganza que llevaron a cabo sus hermanos. Creo que la esencia de la verdad de su historia se relaciona con una transformación de tipo mucho más importante y que los objetos que Jacob enterró pueden ser la clave del misterio.

—Pero fui yo quien te habló de esas cosas —objetó José—. El Maestro no habló nunca de ellas. Además, sólo eran ropas, joyas, tesoros personales y los dioses de los criados de la casa, y han permanecido enterrados durante dos mil años. ¿Cómo podrían estar relacionados con ninguna transformación y menos aún explicar las acciones del Maestro?

Dijiste que el lugar donde estaban enterrados se situaba junto a un pozo sagrado y bajo un roble sagrado, y que fueron enterrados precisamente para cambiar la identidad de las tribus descendientes de Jacob. Eso sugiere que no se trataba de meros bienes personales, sino de talismanes dotados con el carisma de cada miembro individual de la tribu — explicó

Lovernios—. El iniciado que elige el difícil paso del que te he hablado debe poseer antes esos talismanes. Deben reunirse una fuerza común para invocar los misterios antiguos. Estoy seguro de que ése era el objetivo de tu Maestro, y si eligió seguir ese camino por tu pueblo, él mismo tuvo que conseguir los talismanes de tus antepasados. Pero tanto si consiguió como si no su objetivo final de transformación, esos objetos deben ser devueltos de nuevo a la tierra para propiciar la voluntad de los dioses.

—No lo entiendo —protestó José—. Sugieres que el Maestro desenterró unos objetos que podían llevar milenios sepultados, o que quizá jamás existieron, para conseguir algún tipo de poder. Pero, Lovernios, el Maestro era en vida capaz de proezas tales como levantar al joven Lázaro de entre los muertos. Y tras su propia muerte, se apareció a Miriam como en vida real. ¿Qué poderes podrían superar los que ya poseía?

Los últimos parpadeos del fuego se habían consumido y por acuerdo tácito ambos hombres empezaron a apagar las brasas y se dispusieron a regresar al barco de José. Lovernios cargó con la red llena de ánforas de arcilla, que colgaba de su ancho hombro. José sólo distinguía la silueta del cuerpo musculoso del otro hombre. La voz de Lovernios le llegó con suavidad a través de la oscuridad.

—Cuando te dije que tu Maestro estaba poseído por un dios, no fui del todo preciso —comentó—. El druida cree que uno tiene que ser un dios para poder dar nacimiento a una nueva era.

Antioquía: otoño del año 35 d. C.

LA HORA DE LA VERDAD

¿Y por qué consideran a Saturno padre de la Verdad?

¿Es que creen que... Saturno (Kronos) es el tiempo (chronos), y que el tiempo descubre la verdad? ¿O porque es probable que la legendaria era de Saturno...

una era de gran rectitud, se compusiera básicamente de verdad?

PLUTARCO,

Cuestiones romanas

Lucio Vitelio, el recién nombrado legado imperial de la provincia romana de Siria, paseaba

arriba y abajo en sus cámaras. Esas inmensas salas oficiales, donde se despachaban todos los asuntos de las legiones romanas de Antioquía, daban al patio que las unía a los barracones de los oficiales de la tercera legión. Cada vez que Vitelio pasaba por esas ventanas lanzaba una maldición entre dientes. En cada ocasión, su escriba levantaba la vista un instante y, acto seguido, volvía al dictado que tenía delante para comprobar si se había secado todo. Estaba intentando quitar un borrón cuando entró el guadarnés.

—¿Se puede saber dónde se ha metido Marcelo? —explotó Vitelio— ¡Envié a buscarlo hace casi una hora! Como si no tuviera bastantes preocupaciones, tras llegar y encontrarme este estado de caos: primero los condenados partos y ahora los judíos?

—Excelencia, me envía para decir que sólo se demorará un poco más

— Se disculpó el guadarnés, con una rodilla en el suelo—. Son los demás oficiales: están discutiendo con él. No quieren que vaya a Judea si va a haber algo más que la vista, afirman. No quieren un juicio público...

—¿No quieren un juicio público? —La cara de Vitelio adquirió un tono colorado—. ¡Haz el favor de recordarles quién es el legado romano!

Detrás de él, el escriba se retorció en la silla y miraba con ansiedad hacia el portal, como deseoso de escapar.

—Déjalo —añadió furioso Vitelio—. ¡Puestos así, yo mismo refrescaré la memoria a mis oficiales sobre quién manda aquí!

Se dirigió hacia la puerta y casi se dio de bruces con el oficial legionario Marcelo, que entraba en ese momento.

—Siento haberme retrasado, señor —dijo el oficial, mientras se ajustaba el manto y hacía una reverencia—. Pero como sabrá, desde la anexión de Capadocia por parte de Roma, el cuerpo de oficiales ha tenido que realizar un esfuerzo tremendo para mantener el orden en las tropas y entre los partos que nos acosan a lo largo de toda la frontera en el norte. Y ahora se presenta este asunto con *elpraefectus Iudaeae*, Poncio Pilatos...

Marcelo se pasó los dedos por los cabellos cortos y sacudió la cabeza.

Francamente —prosiguió—, los oficiales temen que si llevamos a Pilatos a juicio público como está previsto, los desórdenes civiles puedan sacudir toda la región del sur. Ese hombre es un polvorín político. Desde el principio, sus actos han sido una provocación constante. Saqueó los fondos del templo judío, profanó los terrenos del templo y las ropas sacerdotales, construyó un acueducto que cruzaba un cementerio judío y, hace unos años, llegó a crucificar a un popular predicador judío al lado de varios criminales comunes. Es una persecución implacable a los judíos, lo que resulta insoportable en el administrador de una provincia romana, y lo último ha sido la masacre en Samaría. Espero que comprenda que los oficiales tienen motivos para estar preocupados. Constituye un dilema terrible. Si el tribunal declara culpable a Pilatos, los judíos se envalentonarán al ver que han conseguido por fin un triunfo sobre Roma. Pero si se le declara inocente del asesinato despiadado de esos más de cien judíos samaritanos, no sería de extrañar que se produjeran disturbios públicos.

—Mi querido Marcelo, me he informado bien de los detalles del caso, créeme —afirmó el legado, y le indicó que se sentara—. Podrías habernos ahorrado a ambos una gran cantidad de tiempo y de inconvenientes si hubieras venido en cuanto te llamé, puesto que ya he tomado una decisión. No hay mucho que pueda o deba hacerse respecto a los excesos anteriores de Pilatos. Pero en lo que se refiere a este último delito, Pilatos será conducido a Roma, donde será juzgado.

—¿Ante el senado? —preguntó Marcelo sorprendido—. ¿Pero cómo es posible? Pilatos está

bajo su jurisdicción, la del legado imperial. Es un gobernador militar provincial.

—Y miembro de la orden ecuestre —añadió Vitelio—. Por lo tanto, puede ser juzgado ante un tribunal militar formado por sus pares y recibir la censura o la sentencia del senado romano.

Marcelo sonrió abiertamente ante esa solución tan inteligente para un problema que hasta entonces le parecía irresoluble. Pero en ese momento se dio cuenta de que el guadarnés y el escriba seguían en la habitación con ellos.

—Puedes retirarte —instruyó Vitelio al guadarnés, quien salió enseguida. Y añadió al escriba: —Quiero que leas al oficial Marcelo lo que te he dictado hasta ahora de mi comunicado a Capri.

El escriba se levantó, abrió el rollo y leyó en voz alta:

*A: Tiberio César
Emperador de Roma
en Capreae*

*De: Lucio Vitelio,
Legado imperial romano
en Antioquía*

Venerada Excelencia:

La presente es para notificar a Su Excelencia que, por la autoridad que me ha sido conferida como legado colonial de la provincia romana de Siria, he destituido a Poncio Pilatos de su cargo como prefecto de Judea, relevándolo de cualquier servicio en las provincias orientales del Imperio. Debido a la gravedad de los cargos y a la contundencia de las pruebas contra Pilatos, así como a la intensidad del sentimiento popular hacia él, he ordenado su regreso a Roma para que sea juzgado ante un tribunal militar de la orden ecuestre y que sea censurado si se considera oportuno, por el senado romano. Para sustituir al anterior prefecto he designado a un oficial de alto rango de la tercera legión, de nombre Marcelo, con una larga hoja de servicios, que creo que Su Excelencia encontrará impecable.

Adjunto el informe correspondiente a un mes de investigaciones llevadas a cabo por nuestra junta militar regional a raíz de una queja presentada ante la legión por el consejo samaritano de Siquem, en que se acusaba a Pilatos de crímenes contra la población civil y algunos de sus líderes. Creo que este informe justificará y apoyará por completo la acción que he emprendido. Ofrezco mis plegarias a los dioses para la continuada salud de Su Excelencia, así como la de la familia imperial. Y me permito enviar mi más afectuoso saludo a mi hijo Aulo, por quien quemaré un puñado de mirra para que pueda continuar complaciendo a Su Excelencia como copero, bailarín y compañero del resto de jóvenes de la isla de Capreae. Sin otro particular, os saluda un siervo devoto y agradecido del Imperio romano,

Antioquía

Lucio VITELIO, legado imperial,

Informe de la investigación de la Tercera Legión de Antioquía
referente a las acusaciones de:
El Consejo de Siquem, Samaría,
contra el Praefectus Iudaeae Poncio Pilatos

El consejo civil de Siquem ha presentado una queja por escrito contra Poncio Pilatos, prefecto romano de Judea, por ordenar el mes pasado la represión violenta que provocó la muerte de ciento veintisiete civiles samaritanos (hombres, mujeres y niños) durante una peregrinación religiosa de más de cuatro mil personas a la montaña de Garizim, sagrada para los hebreos. La queja denuncia asimismo que el prefecto Pilatos ordenó la detención, tortura y posterior ejecución de algunos de los ciudadanos más prominentes de Samaría, quienes habían sido arrestados con anterioridad en ese lugar de acuerdo con sus instrucciones. Samaría, de gran importancia política, es la región central de la provincia romana de Palestina, que separa la provincia romana de Judea de la Tetrarquía de Galilea gobernada por Herodes Antipas. La ciudad principal, Siquem, se encuentra entre dos importantes emplazamientos religiosos: los montes Ebal y Garizim. Entre judíos y samaritanos existe un odio ancestral. Durante siglos, sólo los samaritanos han mantenido una antigua forma de culto hebreo que se centra en el monte Garizim e incluye la veneración de la paloma y del roble sagrado. Todos los hebreos, incluidos los de Judea, están de acuerdo en que el monte Garizim es un lugar santo e importante en la historia de su fe. Lo denominan *Tabbur Ha'ares*, que significa el centro geográfico absoluto de la tierra, el lugar donde convergen los cuatro lados, o lo que nosotros llamaríamos *Axis Mundi*. Según la leyenda, ciertos vasos sacramentales y otros tesoros del primer templo del rey Salomón, en Judea, fueron rescatados del templo durante su destrucción y enterrados en ese lugar y, cuando los judíos volvieron tras la esclavitud en Egipto, su líder espiritual, Moisés, les ordenó que colocaran ahí las reliquias sagradas del primer tabernáculo que construyeron en plena naturaleza, incluida la famosa Arca de la Alianza e incluso el propio tabernáculo. Las diversas ramas de hebreos coinciden también en creer que su antepasado Jacob abrió el pozo de agua dulce cerca de Siquem, todavía célebre por sus propiedades curativas, y que al llegar a estas tierras construyó en ese punto su primer altar.

Los hebreos de todas opiniones creen asimismo desde hace tiempo que esas reliquias sagradas saldrán a la luz en los albores del milenio posterior a Moisés, que según su calendario está muy cerca. El mes pasado, después de que un profeta samaritano anunciara que los objetos saldrían a la superficie durante el equinoccio de otoño, se congregó una multitud de cuatro mil personas que se dirigieron a la montaña.

Al oír todo esto, Poncio Pilatos mandó llamar a una guarnición de soldados romanos destacados en la cercana Cesárea y les ordenó que se disfrazaran de peregrinos y se encaminaran al lugar santo. Cuando los peregrinos iniciaron el ascenso a la montaña

sagrada, los soldados terminaron con muchos de ellos por orden de Pilatos. Otros, sobre todo los ricos y prominentes, fueron llevados más tarde como rehenes a Cesárea, donde los interrogaron acerca del motivo del peregrinaje y los ejecutaron sumariamente, también por orden de Pilatos.

Cuando este tribunal lo interrogó, Pilatos sostuvo que estaba intentando contener disturbios civiles porque le habían informado de antemano que muchos de los peregrinos llevarían armas. Pero, puesto que los samaritanos y otros suelen ir armados para protegerse de los bandoleros que asolan la región, y que muchos de los masacrados en Garizim eran mujeres y niños desarmados, se estimó que esta explicación era insatisfactoria. El prefecto ha permanecido confinado en Antioquía a la espera de futuras actuaciones.

Los interrogadores de este tribunal acordaron, basados en el relato de soldados romanos presentes en los interrogatorios de los samaritanos capturados, que el interés real del prefecto era averiguar si los objetos de la cultura hebrea antes mencionados podían estar enterrados. A la vista de esa posibilidad, ordenamos a una falange auxiliar de la tercera legión que acudiera a la zona para registrar el monte Garizim. Su informe indica que encontraron numerosos puntos de la montaña donde la tierra había sido removida hacía poco. Puesto que los peregrinos no habían iniciado aún su ascenso cuando fueron atacados por los soldados romanos, resulta evidente que ese trabajo ha sido obra de otros, quizá por orden del propio Pilatos. Pero no se encontraron las antiguas reliquias santas.

Roma: primavera del año 37 d. C.

LA VÍBORA

Estoy alimentando una víbora para el pueblo romano, y un Faetón para el mundo entero.

Que me odien, a condición de que me teman.

TIBERIO, en conversación con CAYO CALÍGULA

—¡Qué sorpresas tan fascinantes nos brinda la vida, cuando menos lo esperamos! —observó el emperador Cayo, con aparente cordialidad, a su tío Claudio.

Paseaban cogidos del brazo por el Campo de Marte y a lo largo del Tíber hacia el mausoleo de Augusto, donde el templo dedicado a Augusto el dios seguía a medio construir tras la muerte de Tiberio. Cayo se sonrió, como si algo le hiciera gracia. Inspiró profundamente el aroma de la hierba primaveral y continuó:

—Y pensar que hace sólo un mes todavía me consideraban el «pequeño Calígula», o «nacido en una bota», criado por mi padre en el campamento, en medio de soldados —dijo—. Y que a los dieciocho no era más que uno de los bailarines que el abuelo tenía para su regocijo junto con su harén en esa roca espantosa de Capri. Y mírame hoy, a los veinticuatro años, gobierno el vasto Imperio romano. ¿No estaría orgullosa mi madre?

De pronto, su cara se ensombreció llena de ira y soltó con eran ferocidad:

—Si le hubieran dejado vivir el tiempo suficiente para verlo.

Dada la historia de la familia imperial, Claudio apenas se sorprendió por este cambio de humor tan súbito y violento. Dio una palmadita suave a su sobrino en el brazo mientras avanzaban. Al igual que el joven emperador, a quien todo el mundo seguía llamando con cariño Calígula, Claudio se había pasado la vida preguntándose quién iba a ser el siguiente, incluido él mismo, en ser asesinado, y qué otro miembro de la familia se encargaría de ello. Se rumoreaba con insistencia, por ejemplo, que antes de suceder al trono, Tiberio había asesinado a Germánico, el padre de Calígula y hermano de Claudio para impedir que, como hijo adoptivo suyo que contaba con el favor de Augusto, heredara el trono en su lugar. Pero ésa era la última muerte de un miembro de la familia cuyas causas no pasaron de ser rumor, incluidos los dos hermanos de Calígula y su madre Agripina, a quien Tiberio ordenó desterrar, apalear y dejar morir de hambre.

—Algunos sospecharán de mi complicidad, claro —añadió Calígula, refiriéndose a la muerte de su abuelo adoptivo—. Es cierto que yo estaba presente cuando Tiberio se detuvo en la casa de campo de Misenum la noche en que murió de repente. Fue un caso de indigestión, después de tres días de banquete continuo por la carretera. Pero admito que tiene un aire sospechoso, como de veneno, y no hay duda de que tenía motivos como el que más para cargarme al viejo carcamal. Al fin y al cabo, él había mandado asesinar a casi todos aquellos con los que había cenado alguna vez.

—Bueno, pues si ése es el caso y todos creen que lo hiciste —bromeó Claudio con brillo en los ojos—, me gustaría saber qué fantásticas recompensas te dispensarán el senado y los ciudadanos de Roma. ¿Sabías que durante las fiestas inaugurales, las calles se llenaron de gente que gritaban «Tiberio al Tíber»? Como en los buenos tiempos de Sejano: todo lo que sube tiene que bajar.

—¡No digas eso! —gritó Calígula. Retiró el brazo y dirigió a Claudio una mirada desprovista de toda expresión humana. Después, con una sonrisa que dejó helado a Claudio, comentó—: ¿Sabes que me acuesto con mi hermana?

Claudio se quedó sin habla. Se sabía que de pequeño Calígula había padecido ataques en los que caía al suelo con espuma en la boca, un síntoma frecuente en los cesares. Pero ahora, ahí de pie en medio del césped del Campo de Marte, con el aire fresco y el cielo azul de un día aparentemente normal de primavera, Claudio comprendió que no se encontraba frente a una locura corriente. Se dio cuenta de que debía emitir alguna respuesta a la observación de su sobrino y lo hizo sin demora.

—¡Cielo santo! —se rió—. Pues, no; no lo habría imaginado nunca. ¡Menuda sorpresa! Pero, ¿cómo iba a imaginarlo? Me refiero a que has dicho «mi hermana», pero de hecho tienes tres, y todas igual de encantadoras.

—La familia tiene razón en lo que dicen de ti, tío Claudio —afirmó Calígula con frialdad—. Eres un completo idiota. Ahora me arrepiento de haberte nombrado primer cónsul para gobernar conmigo el Estado. Siempre has sido el que mejor me ha caído de la familia pero podía haber elegido a alguien más astuto.

—Bueno, hombre, siempre estás a tiempo de cambiar el nombramiento, aunque yo estoy más que encantado por el honor —se apresuró a comentar Claudio, que no sabía qué hacer. Esperó y rezó a los dioses para que lo guiaran, hasta que su sobrino se decidió por fin a continuar.

—No te estoy hablando de mi hermana, ¿No lo entiendes? Me refiero a la diosa —susurró

Calígula muy bajito, a pesar de que los guardias apostados alrededor del campo quedaban tan lejos que no hubiesen podido oírlos aunque hubiesen gritado.

—¡Ah, la diosa! —exclamó Claudio, intentando no esquivar la mirada de Calígula, cuyos ojos oscuros le quemaban como si fueran brasas incandescentes.

—¡La diosa! —gritó Calígula, con los puños cerrados por la ira y la expresión de nuevo oscurecida—. ¿No lo entiendes? No puedo convertir a una simple mortal en mi emperatriz. Los hermanos y hermanas mortales no se casan. Pero los dioses se casan siempre con sus hermanas. Siempre ha sido así, ¡es su costumbre! Por eso sabemos que somos dioses auténticos, porque todos se acuestan con sus hermanas.

—Claro —soltó Claudio, golpeándose la cabeza con la mano como si acabara de descubrir algo—. Pero no dijiste la diosa, por eso estaba desconcertado. Tu hermana la diosa. Claro. ¡Te refieres a... Drusila!

Dicho esto, Claudio rogó como un desesperado a todas las diosas de verdad que le vinieron a la cabeza que ésa fuera la respuesta correcta.

Calígula sonrió.

—Tío Claudio —drjo—, eres un zorro. Lo sabías desde el principio pero simulabas que no para que te lo dijera. Ven, déjame que te cuente todas las ideas que tengo sobre cómo deberíamos salvar al Imperio.

Las ideas de Calígula sobre cómo salvar el Imperio eran increíbles incluso para Claudio, cuya predilección por las mujeres caras y los banquetes desaforados era de sobra conocida. En la hora que pasaron juntos por el mausoleo y templo de Augusto, comentando cómo podría completarse la estructura, Claudio calculó con rapidez el coste que esas ideas supondrían. Calígula ya había obsequiado al comediante Mnester y a muchos otros de sus favoritos con joyas exquisitas. Y cuando liberó a Herodes Agripa, cuñado del tetrarca galileo Herodes Antipas, de la prisión donde se había consumido durante seis meses por orden de Tiberio, Calígula había sustituido en público las cadenas de hierro que había llevado durante su cautiverio por otras de oro de igual peso. Aunque sólo llevara a cabo una pequeña parte de sus otros proyectos como planeaba, agotaría toda la fortuna privada de Tiberio, un legado de veintisiete millones de piezas de oro, y reduciría también de forma considerable el erario público, calculó Claudio.

—Aquí en Roma, completaré el templo de Augusto y el teatro de Pompeyo —decía el joven emperador, que lo iba contando con los dedos—. Ampliaré el palacio imperial por la colina capitolina, lo conectaré con el templo de Castor y Pólux, añadiré un acueducto para los jardines y erigiré un nuevo anfiteatro para que Mnester actúe en él. En Siracusa, reconstruiré todos los templos en ruinas. Cavaré un canal que cruce el istmo de Grecia, restauraré el palacio de Polícrates en la isla de Samos, traeré de vuelta la estatua de Júpiter del Olimpo a Roma, donde debe estar, y también tengo pensado erigir un nuevo didimeo a Apolo en Éfeso, cuyo diseño y construcción supervisaré yo mismo en persona.

Siguió así toda la mañana hasta que llegaron a palacio. Sólo entonces, una vez que estuvieron en los aposentos privados de Calígula, pudo Claudio preguntar algo que le había rondado por la cabeza mientras escuchaba a su sobrino.

—¡Qué dechado de altruismo para el pueblo romano, mi querido Cayo! —dijo a Calígula, que se había sentado en un trono enojado en lo alto de unos peldaños, de modo que quedaba unos cuantos metros más arriba que Claudio y éste tenía que esforzarse para que lo oyera—. Sin duda eso los recompensará por el amor y la fe que te han dispensado —prosiguió Claudio—. Y dices que hasta has dispuesto que vuelva a haber pan y circo con el esplendor

de antaño. ¡Tiberio había interrumpido todas esas cosas! Pero el papel de recaudador de impuestos no es muy de tu estilo. Así que, sin duda habrás ideado alguna forma inteligente de llenar las arcas.

—¿Le hablarías a un dios de escarbar dinero? —fue la desdeñosa respuesta de Calígula.

Cogió el rayo dorado de Júpiter que tanto le gustaba llevar en los actos públicos de Estado y, con la punta, empezó a limpiarse las uñas, pensativo.

—Muy bien, como eres mi cónsul, supongo que debería contártelo —concedió, mirando a Claudio desde lo alto de su trono dorado—. ¿Recuerdas a Publio Vitelio, el ayuda de campo de mi padre, Germánico? Estuvo con él cuando murió, con sólo treinta y tres años, en su última campaña en Siria.

—Conocía muy bien a Publio —afirmó Claudio—. Era el aliado en quien más confiaba mi hermano, incluso al morir. Tú no eras más que un niño entonces, así que quizá no sepas que fue él quien llevó a juicio a Pisón, un agente y amigo de Tiberio, acusado de envenenar a tu padre. Tiberio podría haber sido acusado también de asesinato si no hubiese quemado las instrucciones secretas de Pisón cuando se las mostraron. Pero Tiberio tenía mucha memoria para este tipo de traiciones y no olvidó con facilidad a la familia de Vitelio. Más adelante, Publio fue arrestado y acusado de participar en la conspiración de Sejano. Intentó cortarse las venas y, después, cayó enfermo y murió en prisión. Luego, su hermano Quinto, el senador, fue degradado públicamente en una de esas purgas senatoriales exigidas por Tiberio.

—¿Y no te resulta extraño que el abuelo destruyera a dos hermanos de una familia y, luego, no mucho antes de morir él a su vez, nombrara al hermano más joven legado imperial en Siria? —preguntó Calígula despacio.

—¿Lucio Vitelio? —dijo Claudio, arqueando una ceja—. Supongo que, como todo el mundo en Roma, di por sentado que su nombramiento era una especie de... favor personal.

Tras una breve pausa, añadió incómodo:

—Por lo del joven Aulo, ya sabes.

—Claro, ¿quien podría merecer honores más elevados que el padre de alguien como Aulo? —soltó Calígula con sarcasmo—. Al fin y al cabo, el chico tuvo la generosidad de perder la virginidad con Tiberio cuando contaba sólo dieciséis años. Lo sé porque yo estaba presente. Pero no me refiero a eso.

Calígula se levantó, descendió los escalones y anduvo por la habitación, mientras iba golpeando la palma de su mano con el rayo. Luego, lo dejó en una mesa, cogió una jarra llena de vino, vertió un poco en una copa y tocó una campanilla que había cerca. El catador, un niño de unos nueve o diez años, entró de inmediato y probó el vino, mientras Calígula llenaba dos copas más hasta el borde. Cogió una e hizo un gesto a su tío para que tomara la otra, luego esperó a que el catador hiciera una reverencia y se fuera. Ante el asombro de Claudio, su sobrino abrió entonces una caja grande que había sobre la mesa, saco de ella dos valiosas perlas, del tamaño de su pulgar, y las dejó caer en las copas de vino para que se disolvieran.

Me han traído los papeles de Tiberio desde Caprí y los he leído ocios —retomó la conversación Calígula, después de beber y secarse los labios—. Había uno muy interesante de Lucio Vitelio, escrito justo después de haberse hecho cargo de su nombramiento en Siria, hace más de un año. Se refiere a unos objetos de gran valor que habían pertenecido en su día a los judíos y que estaban enterrados en lo alto de una especie de montaña sagrada en Samaria; objetos que, al parecer, el anterior protegido de Sejano, Poncio Pilatos, había

intentado conseguir. Por lo que se ve, Pilatos asesinó a varias personas para conseguirlos. Claudio, el único miembro pobre de la familia real, estaba pensando si podría recuperar la perla antes de que se disolviera sin que su sobrino se enterara. Pero se lo pensó mejor y dio un sorbo al vino así realzado.

—¿Y según Vitelio, qué eran exactamente esos objetos? ¿Y qué ha sido de Poncio Pilatos? —preguntó.

—Pilatos fue destituido de su cargo y retenido bajo custodia en Antioquía por lo menos diez meses, a la espera de un barco del ejército que lo llevara directamente a Roma —explicó Calígula—. Llegó aquí la misma semana en que murió el abuelo, de modo que ordené que lo trajeran para interrogarlo, aunque no me hacía ninguna falta porque ya había conseguido encajar algunas piezas de la historia por mi cuenta hacía tiempo, y había adivinado otras cosas. Como sabrás, lo primero que hice como emperador, tras el funeral, fue liberar de la cárcel a Herodes Agripa y ofrecerle las tetrarquías de Lisania y de Filipo en Siria, así como el título de rey. Le he dado instrucciones para que, a su regreso, realice un servicio para mí. Claudio empezó a pensar que se le había despejado la cabeza con ese primer sorbo de vino, porque acababa de comprender que su sobrino, obsesionado por la divinidad, quizá no estuviera tan loco como parecía, «*in vino veritas*», pensó, y dio otro saludable trago.

—Hay que recordar que viví seis años con el abuelo en Capri, donde vi y oí muchas cosas, y no todo era pura disipación —siguió contando Calígula—. Hace cinco años sucedió algo. Tal vez lo recuerdes. Tiberio mandó traer a Roma a un capitán de barco egipcio y luego se entrevistó con él en Capri...

—¿Te refieres al mismo egipcio que se presentó ante el senado, el que afirmaba que había oído, mientras navegaba cerca de Grecia una noche en las proximidades del equinoccio de primavera, que el gran dios Pan había muerto? —preguntó Claudio, muy interesado. Tomó otro traguito.

—Sí, el mismo —contestó Calígula—. El abuelo se mantuvo muy reservado respecto a ese encuentro y nunca lo comentó. Pero yo sabía que lo que le había dicho el egipcio lo había cambiado. Un día, hablé de ello con el marido de mi hermana Drusila...

—La diosa —dijo Claudio, con hipo, pero Calígula no le hizo caso.

—Hace cinco años —prosiguió—, cuando mi cuñado Lucio Casio Longino era cónsul aquí en Roma, su hermano, un oficial llamado Cayo Casio Longino, prestaba servicio en la tercera legión en Siria. La misma semana del equinoccio de primavera era el oficial al cargo asignado a Poncio Pilatos para una ejecución pública en Jerusalén. Recordaba que allí sucedió algo muy extraño.

—¿Quieres decir que ese rumor sobre la muerte del gran dios Pan puede estar relacionado con los valiosos objetos que buscaba Pilatos? —dijo Claudio, algo aturdido por el vino—. ¿Y que, por algo que te contó tu cuñado, sacaste de la cárcel a Herodes Agripa y lo nombraste rey, para que pueda resolver el misterio de lo que ha sido de ellos?

—¡Exacto! —gritó Calígula, que cogió el rayo y lo lanzó hacia arriba como si quisiera clavarlo en el techo—. Tío Claudio, puede que seas el borrachín que dice la gente, pero no eres idiota. ¡Eres un genio!

Tomó a Claudio del brazo, lo condujo hacia el trono y ambos se sentaron en los peldaños mientras el hombre más joven se inclinaba hacia su tío.

—Como decía, hace cinco años, el viernes antes del equinoccio, Pilatos ordenó crucificar a un agitador judío junto con varios criminales. Sabía que por la ley estaba obligado a bajar los cuerpos antes del anochecer, puesto que estaba a punto de empezar el *sabbat* judío y luego

ya no se podrían retirar. Me han dicho que la forma de acelerar la muerte consiste en romperles las piernas para que los pulmones se colapsen y la persona se asfixie.

Quizás era la bebida, pensó Claudio, pero le pareció que la luz de la habitación había disminuido y que los ojos de su sobrino habían adoptado un brillo extraño al describir ese desagradable procedimiento. Tomó un trago más.

—Era la primera crucifixión de Cayo Casio Longino —siguió Calígula—, así que cuando llegó el momento de rematar a los condenados, se limitó a montar en su caballo y a atravesar al que estaba en el centro para acabar de una vez. Pero, después, Cayo observó con extrañeza la lanza que llevaba en la mano. Alguno de los soldados debía de habérsela dado antes de dirigirse al lugar de la ejecución, porque no era la suya. Era vieja y estaba torcida, y además parecía ser de algún metal primitivo. Recuerda que la empuñadura estaba unida a la hoja con un material que recordaba el intestino de zorro. No le dió más vueltas hasta que se retiraron los cadáveres y regresó al cuartel general de Pilatos, antes de partir de vuelta a Antioquía. Pilatos le preguntó si tenía la lanza con el pretexto de que era una especie de elemento oficial de gala que tenía que guardar, aunque dudo que eso fuera probable. Y entonces Cayo se dio cuenta de que había desaparecido.

¿Crees que era uno de los objetos? —intervino Claudio, a quien empezaban a doler los ojos, debido al vino o a la súbita oscuridad de la habitación—. Aunque no me parece demasiado preciosa ni misteriosa. ¿Se sabe de dónde procedía?

—Lo que me indica que es misteriosa es que desapareció y nunca más se encontró —dijo Calígula—. Lo que me indica que era preciosa es que Poncio Pilatos la quería unos cuantos años antes de la masacre de la montaña, lo que también significa que a su entender algunos de esos objetos ya habían salido a la superficie. En cuanto a lo de saber de dónde procedía o dónde fue a parar, sospecho que mi abuelo estaba intentando averiguarlo cuando murió al detenerse en Misenum en su apresurada vuelta a casa, en Capri. Y tengo motivos para sospechar que se encontraba muy cerca de la respuesta antes de morir.

—¿Tiberio? —soltó Claudio. Dejó por fin la copa y observó a su sobrino en esa tenue luz tan opresiva—. Pero si poseía veintisiete millones en oro. ¿Por qué iba a llegar a esos extremos para conseguir mayores riquezas?

—Cuando dije que creía que esos objetos eran valiosos, no me refería a la riqueza material, sino a algo más, algo que no he revelado a nadie, ni siquiera a Drusila —aclaró Calígula—. Cuando Tiberio llegó a Misenum la noche de su muerte, yo no estaba allí por casualidad: lo estaba esperando. Aunque abandonaba Capri en contadas ocasiones, ahora llevaba meses fuera, pero nadie sabía dónde con exactitud. Descubrí que Tiberio había ido a esas islas llamadas Paxos, las mismas donde el capitán egipcio había oído ese grito estremecedor. Y me parece que sé lo que esperaba encontrar.

»En las islas de Paxos, cerca de la costa griega, se levanta una piedra enorme, como esas que existen en tierras celtas. Posee grabados en una lengua desaparecida, que se creía que nadie podía descifrar. Pero Tiberio consideró que conocía a alguien que sí podía, alguien que estaría tan interesado como él en hacerlo y que le debía un gran favor. Tú sabes quién es, tío Claudio. Tú mismo lo llevaste a Capri unos años atrás para que pidiera ese favor: que el abuelo derogara el decreto de Sejano y permitiera a los judíos regresar a Roma.

—¡José de Arimatea! ¿El rico mercader judío, amigo de Herodes Agripa? ¿Y qué sabe él de todo esto? —exclamó Claudio.

—José de Arimatea parece haber sabido lo bastante para encontrarse en Paxos con Tiberio y pasar estos últimos meses descifrando las claves grabadas en la piedra —respondió

Calígula—. Cuando el abuelo se puso enfermo esa noche, durante la cena, permanecí en su habitación para cuidarlo y oí lo que decía en sueños, o mejor dicho, lo que afloraba de sus pesadillas en esas últimas horas de agonía dolorosa y febril. ¿Te lo cuento? Porque lo tengo todo escrito. Soy el único del mundo que lo sabe, de momento.

Cuando Calígula sonrió, Claudio intentó devolverle el gesto, pero no se notaba los labios. En ese momento no le cabía la menor duda de la causa de la muerte de Tiberio. Sólo esperaba que el vino que acababa de tragarse no estuviera también envenenado. Se sentía enfermo de verdad. Mientras Calígula le apretaba la mano, le pareció que la habitación se oscurecía aún más. La única luz en la que podía seguir concentrándose era el extraño brillo que surgía de las profundidades de los ojos de su sobrino.

—por supuesto —consiguió susurrar mientras las tinieblas lo envolvían.

LOS TRECE OBJETOS SAGRADOS

Cada eón, cuando en el punto vernal el sol empieza a salir contra el fondo de una nueva constelación astral, un dios desciende a la tierra y nace encarnado en un mortal. El dios vive hasta madurar entre los mortales y luego se deja sacrificar, de modo que se desprende de la prisión de su cuerpo y vuelve al universo. Antes de morir, el dios transmite la sabiduría universal a un único ser mortal elegido.

Pero para que la sabiduría divina sea manifiesta en el tiempo cronológico de la tierra, debe estar tejida en una tela de nudos que representan las intersecciones del espíritu y la materia a través del universo. Sólo el verdadero iniciado, aquel que haya sido aleccionado por el dios, sabrá cómo hacerlo. Para establecer esta conexión, deben reunirse en un mismo sitio trece objetos sagrados. Cada objeto cumple una función específica en el ritual del renacimiento de la nueva era, y cada uno de estos objetos tiene que ser ungido con el líquido divino antes de ser utilizado. Los objetos para la era siguiente son:

La lanza

La espada

El clavo

La copa

La piedra

La caja

El caldero

La fuente

La prenda de vestir

El telar

El arnés

La rueda

El tablero de juego

Aquel que reúna estos objetos sin poseer la sabiduría eterna puede desencadenar una era de violencia y terror, en lugar de una época de unidad cósmica.

—¿Lo ves? —dijo Calígula al terminar esta parrafada—. ¿Qué te había, dicho de la lanza en la crucifixión de Judea? Fíjate que el primer objeto de la lista es una lanza. ¿Te das cuenta de lo que significa? Tiberio creía que Pan era el dios que se había dejado sacrificar para dar comienzo a un nuevo eón: el dios macho cabrío, el dios que se identificaba más directamente con la isla de Capri o con él mismo.

»Pero después de haber traducido la piedra de Paxos, resultó que eran los judíos, querido tío, quienes habían proporcionado el cuerpo de carne y hueso necesario para tal transición. ¿No son los judíos los que viajan por todo el mundo para estudiar lenguas antiguas y poder traducir así los misterios? Y puede que también para reunir estos objetos de poder infinito. ¿Acaso creías que tu José de Arimatea no sabía lo que hacía cuando rogó a Tiberio el regreso de su pueblo a Roma? ¿Imaginabas que no sabía lo que hacía cuando robó el cadáver de ese judío crucificado en Judea? Porque eso fue lo que hizo, además de apropiarse de la lanza con la que Cayo Casio Longino lo había atravesado.

—Cielo santo, ¿Cayo? ¡No sigas, por favor! —soltó Claudio, agachando la cabeza hacia el regazo y con el estómago revuelto por el exceso de emociones y de vino—. Tráeme una pluma; tengo que vomitar.

—¿Es que no te puedes concentrar ni un momentito en algo? —exclamó su sobrino, que se levantó y le acercó un cuenco y una pluma de avestruz de una mesilla.

Claudio levantó la cabeza y agitó la pluma en el aire para desenredarla. Después, abrió la boca y se hizo cosquillas en el fondo de la garganta hasta que le vinieron arcadas y el vino que contenía su estómago cayó en el cuenco.

—Eso está mejor. Ahora tengo la cabeza clara —informó a Calígula—. Pero, en nombre de Baco, dime qué significa todo esto.

—Significa que mientras Herodes Agripa va a Judea a descubrir dónde pueden estar los otros objetos, tú y yo nos vamos a Britania a ver a José de Arimatea y conseguir esa lanza —dijo Calígula.

EL RETORNO

Fu/Retorno: El punto de inflexión

Hexagrama 24

El momento de oscuridad ha pasado. El solsticio de invierno trae la victoria de la luz. Tras una época de decadencia viene el punto de inflexión. La luz potente que había sido desterrada regresa. Existe movimiento, pero no es debido a la fuerza...

La idea del regreso se basa en la evolución de la naturaleza. El movimiento es cíclico y la evolución se completa a sí misma... Todo resulta de sí mismo en el momento indicado.

RICHARD WILHELM,

I Ching

Cuanto más sabe uno, cuanto más comprende, más se da cuenta de que todo gira en un círculo.

JOHANN WOLFGANG VON GOETHE

Todavía tenía los nervios de punta, a pesar de haber estado en remojo en la piscina caliente durante más de una hora. Y es que con el detallado informe de tío Laf sobre los colaboracionistas nazis y los violadores bóers que adornaban mi árbol genealógico, por no mencionar a mi adorable y canosa tía Zoé en París, que había bailado hasta robar el corazón de Adolf Hitler, la historia de mi familia empezaba a tener cada vez más el aspecto del tipo de cosas de las que me ocupaba en mi trabajo: algo que había sido sepultado y mantenido bajo tierra medio siglo, y cuyo contenido empezaba a rezumar.

Cuando Laf se marchó a hacer la siesta, volví a mi habitación para estar sola y reflexionar un poco. Tenía muchas cosas en las que pensar.

Sabía que mi primo y hermano de sangre había fingido su propio asesinato y me había usado como cabeza de turco, pero ahora daba la impresión de que lo había hecho usando el manuscrito que su propio padre, al igual que mi abuela Pandora, había custodiado con tanto celo; un manuscrito que mi padre y mi madrastra, ayudados e instigados por la prensa mundial, querían conseguir y publicar para obtener beneficios. Y aunque no tenía demasiado claro aún de qué se trataba ese misterioso manuscrito, parecía estar fuera de toda duda que el documento que había intercalado por toda la Normativa del DDD la noche anterior me había sido enviado por Sam.

Había tirado el papel marrón que lo envolvía, así que no podía comprobar el matasellos. Pero en cuanto Laf lo mencionó, se me apareció una imagen vivida: en el resguardo amarillo de correos que Jason había recuperado de la nieve, el código postal del remitente empezaba por 941, lo que significaba que venía de San Francisco. De modo que la afirmación de Wolfgang Hauser respecto a que me lo había mandado él desde Idaho era mentira, como quizá todo lo que me había contado.

Me maldecía por haberme prendado de otra cara bonita y me juré que ni con la ayuda de otro alud me volvería a pillar desprevenida. Puede que ya fuera demasiado tarde para reparar el daño, ahora que sabía que el documento me lo había enviado Sam. Wolfgang había estado con el manuscrito toda la noche y, como yo estaba dormida, ignoraba si lo había examinado, o incluso microfilmado o sacado cualquier otro tipo de copia. Así pues, había completado el círculo para llegar donde estaba una semana atrás: entre Escila y Caribdis, un lugar rocoso y duro.

Al abrir la puerta de la habitación del hotel, me di cuenta de que me había olvidado por completo de Jason. Estaba sentado en medio de la cama de matrimonio y tenía un aspecto de lo más enfadado.

—¡Miau! —soltó en un tono lleno de furia felina.

Yo sabía, por supuesto, por qué estaba tan furioso. No le faltaba comida, ¡pero me había ido a nadar sin él! El olor del cloro me delataba.

—Muy bien, Jason, ¿qué te parece si a cambio te doy un buen baño? —sugerí.

En lugar de salir zumbando hacia el aseo para abrir el grifo, como era su costumbre cada vez que oía la palabra «baño», trotó por delante de mí, recogió del suelo un papelito rosa que yo casi había pisado (dominaba a la perfección el truco de recoger papeles ahora) y, tras ponerme las patas en la rodilla, me lo ofreció: un mensaje telefónico que me habían dejado por debajo de la puerta. Al leerlo el corazón me dio un vuelco.

A: *Ariel Behn*

De: *Salomón*

Lo siento, pero es imposible el almuerzo a mediodía como estaba previsto. Para hacer una nueva reserva, por favor llame al (214) 178-0217.

Fantástico. Ahora Sam cambiaba de repente nuestra cita a mediodía. Y ese número de teléfono falso, según deduje, me informaría cómo.

Era la tercera vez que Sam mencionaba al rey Salomón, cuyos versos bíblicos no había tenido aún ocasión de examinar con detalle para encontrar significados ocultos. Pero esta nota parecía un cambio apresurado de última hora y no algo que requiriera un gran esfuerzo para descifrarlo. Y Sam podía estar seguro de que el nombre, tras mi experiencia con su clave de la noche anterior, iba a significar algo para mí que nadie más captaría a primera vista: que el «número de teléfono» del señor Salomón indicaba el Cantar de los Cantares.

Con un suspiro, abrí el bolso, saqué la Biblia que traía conmigo y la llevé al cuarto de baño, donde puse el tapón en la bañera y empecé a llenarla de agua para Jason. Mientras esperaba, volví a mirar la nota y abrí el libro. El Cantar de los Cantares de Salomón sólo tiene ocho capítulos. Por lo tanto, el «prefijo» 214 se refería al capítulo 2, versículo 14:

*Paloma mía, en las grietas de la roca,
en escarpados escondrijos,
déjame oír tu voz;
porque tu voz es dulce
y gracioso tu semblante.*

Sam no llegaría a oír mi dulce voz ni a ver mi gracioso semblante si no era un poquitín más preciso en sus instrucciones. Lo era, en el capítulo 1, versículos 7 y 8. Recordaba que en ese trozo la joven, la del ombligo atractivo, pregunta a su amante dónde almorzará al día siguiente y él le explica cómo encontrarlo:

*Indícame, amor de mi alma,
dónde apacientas el rebaño,
dónde lo llevas a sestar a mediodía,
para que no vaya yo como errante
tras los rebaños de tus compañeros
Si no lo sabes, ¡oh la más bella de las mujeres!,
sigue las huellas de las ovejas
y lleva a pacer tus cabritas*

junto al jacal de los pastores.

Bueno, no había ningún punto de la montaña que llevara un nombre relacionado con pastores, cabras ni cualquier otro tipo de rebaños. Pero había una zona de pastos al final de la carretera, cuyo nombre, Sheep Meadow, guardaba relación con las ovejas. Ahí se plantaban tiendas de música y de arte en verano, y en invierno era un área muy concurrida para practicar esquí nórdico: un campo llano y abierto, de tacú acceso desde la carretera. Así que éste era el nuevo lugar de mi cita con Sam. Pero me parecía más que extraño que Sam optara por cambiar el anterior escenario, de gran complejidad y resguardado, por un punto muy visible desde la carretera principal. Es decir, parecía raro hasta que leí el capítulo 2, versículo 17, que indicaba cuándo debíamos vernos:

*Antes que sople la brisa del día
y se huyan las sombras,
vuelve, sé semejante,
amado mío, a una gacela
o aun joven cervatillo
por los montes de Béter*

¿Antes de que sople la brisa del día y huyan las sombras? ¿Como sucede antes del amanecer? Entendía por qué Sam consideraba que un encuentro a mediodía era demasiado llamativo. Y las subidas para esquiadores, que conducían al punto designado inicialmente, no abrían hasta las nueve. Pero, ¿cómo iba a conducir cinco kilómetros hasta Sheep Meadow, sacar los esquís alpinos del coche e irme a dar un garbeo sola antes del alba sin llamar la atención? Pensé que Sam había perdido la razón por completo.

Tuve suerte y todos los de mi grupo decidieron irse a dormir temprano también.

Por lo visto, cuando Olivier vio lo bien que esquiaba Bambi, quiso superarse a sí mismo para impresionarla y la había llevado por todas las pistas negras de la montaña. Había vuelto exhausto porque no estaba acostumbrado a un *Sturm und Drang* tan intensivo.

Como Bambi había estado esquiando todo el día, el único rato que les quedaba a ella y a Laf para la práctica diaria que los músicos necesitan de forma compulsiva era un descanso de dos horas antes de la cena. La dirección nos dejó la Sala del Sol, con el piano. Yo hice lo que pude con el poco acompañamiento de Schubert y de Mozart que aún podía tocar, mientras Olivier miraba a Bambi y Volga Dragonoff pasaba las páginas. Laf torció el gesto a menudo ante mi técnica en decadencia y tocó tan bien como siempre, mientras que Bambi nos sorprendió con la clase de virtuosismo que pocas veces se oye en un concierto. Le di crédito por algo más que una buena sujeción con los muslos. Me preguntaba si no me habría equivocado en mi primera apreciación.

Cuando salimos de la sala para dirigirnos a cenar, la terraza estaba llena de huéspedes del hotel que habían estado escuchando y que aplaudieron a rabiar, inundaron a Laf con una retahíla de «le vi en» y le pidieron el autógrafo en menús del restaurante, sobres del hotel e incluso billetes del telesilla.

—Gavroche, me parece que será mejor que esta noche cene en mi *suite* y os deje solos a los jóvenes. Ya no soy un niño y mi cuerpo se resiente del viaje desde Viena. Quedemos para el desayuno y os contaré algo más de la historia —dijo Laf cuando por fin los hurras habían

remitido y los huéspedes, desaparecido.

—De acuerdo, tío Laf —acepté, mientras me preguntaba cuánto más de la historia sería capaz de soportar—, pero que no sea demasiado pronto. Por la mañana tendré un poco de trabajo.

«Algo como ir a pastar por los prados a las cinco de la madrugada», pensé.

Bambi se excusó y se fue con Laf y Volga a la *suite*. Y cuando iba a entrar en el comedor, Olivier me sorprendió saltándose también la cena.

—Lo admito —me comentó—. Mi cuerpo «se resiente» de mi viaje por la montaña de hoy. Me duele todo. He pensado que podría ir a la piscina de agua caliente antes de que cierre y después pedir una sopa en la habitación e irme a dormir.

Miré el reloj y vi que eran casi las diez, así que decidí seguir su ejemplo.

Hacia las once, Jason y yo habíamos compartido algo de pasta con marisco y pan de ajo, escuchado la previsión del tiempo que indicó que al día siguiente el sol saldría a las seis y media, y ya estábamos en la cama, donde yo leía adormilada, dando los últimos sorbos al vino que me había traído del servicio de habitaciones, a punto de apagar la luz.

De repente, Jason irguió la cabeza, aunque un momento antes había estado enroscado en la almohada. Con las orejas levantadas, observaba la puerta del pasillo como si esperara que entrara alguien. Me miró un momento, pero yo no oía nada fuera. Sin un solo ruido, recorrió la cama, saltó al suelo, avanzó hacia la puerta y se volvió para mirarme otra vez. Sin duda, había alguien ahí fuera.

Respiré profundamente. Después, aparté las sábanas y me levanté, cogí la bata que colgaba de una silla cercana, me la puse y me dirigí a la puerta. Jason, que seguía alerta, no se equivocaba nunca cuando una visita estaba a punto de llamar. Por otra parte, si alguien estaba a punto de llamar, ¿por qué no lo hacía?

Acerqué el ojo a la mirilla y vi un rostro conocido, si bien inesperado. Agarré el pomo y abrí la puerta de golpe.

Ahí, en la luz suave del pasillo, estaba la bella y rubia Bambi, con sus enormes ojos pálidos y candidos, y el rostro enmarcado por los cabellos dorados. Iba vestida con un salto de cama largo de terciopelo negro, cortado según las líneas simples de una chaqueta de esmoquin y con puntillas y lazos que le caían en cascada en el cuello y las muñecas. También vi que escondía una mano a la espalda.

De golpe, presa de pánico, me vino a la cabeza una idea absurda pero que parecía muy probable: ¡escondía una pistola! Iba a echarme hacia atrás y cerrarle la puerta en las narices. En ese instante, mostró la otra mano. En ella sujetaba una botella de Rémy Martin y dos copitas de coñac.

—¿Te apetece un coñac? —preguntó con una sonrisa—. Es una especie de oferta de paz, aunque no sólo por mí.

—Mañana tengo que levantarme pronto —empecé.

—Yo también —intervino Bambi deprisa—. Pero tengo que contarte una cosa, y preferiría no decírtela en medio del pasillo. ¿Puedo pasar?

Retrocedí sin ganas y la dejé entrar.

A pesar de la belleza impresionante de esa mujer y de su demostrada calidad artística, había algo en ella que me molestaba, y no era sólo su comportamiento simplón. De hecho, dadas esas otras cualidades, se me ocurrió que tal vez utilizaba esa vaguedad para camuflar la vulnerabilidad, de forma parecida a lo que hacía Jersey con la bebida.

Me acerqué hacia la mesa donde Bambi estaba sirviendo el coñac pero me quedé de pie.

Levanté la copa, brindamos y di un sorbo.

—¿Qué es lo que no podías decirme en el pasillo? —pregunté.

—Siéntate, por favor —me pidió con una voz muy suave.

Había usado un tono tan relajante que hasta que estuve medio sentada no me di cuenta de que había tenido el mismo efecto que si una mano muy experta le hubiera dado a las riendas. Decidí escuchar a la señorita Bambi con algo más de atención.

—Me gustaría caerte bien —me aseguré—. Espero que seamos amigas.

En la luz suave de la habitación, esos ojos claros, que parecían nadar en agua con motitas doradas, le quedaban medio ocultos por la sombra de las pestañas. No acertaba a adivinar lo que le pasaba por la cabeza, pero de repente tuve la sensación de que era muy, pero que muy importante averiguarlo, y que la franqueza era la mejor forma.

—No es que me caigas mal, pero no comprendo a alguien como tú —admití—. Y eso me hace sentir incómoda contigo. Aparentas ser de una manera, pero hablas de otra y actúas de otra distinta. Tengo la impresión de que no eres lo que parecen.

—Quizá tú tampoco —dijo Bambi y se agachó para tocar la cabeza de Jason con esos dedos largos y finos. Jason no ronroneó, pero tampoco se marchó.

—No estábamos hablando de mí—objeté—. Pero como estoy segura de que dedujiste de nuestra conversación en la comida, crecí en una familia que nunca ha estado muy unida. Si parezco misteriosa cuando estoy con alguno de mis parientes, puede que sólo sea mi forma de alejarme de las controversias familiares. Por ese motivo he elegido mi propio camino, un rumbo distinto a los demás.

—¿Eso crees? —preguntó enigmática. Luego, añadió—: Lo ves, estamos hablando de ti. Y me importa lo que opines de mí. Cuando te dije que me gustaría caerte bien, no me refería a que esperaba que fuéramos como hermanas, por repetir las palabras de tu tío. Quería sólo explicar que en las presentes circunstancias, resultaría, ¿cómo decirlo? bastante difícil que no fuéramos, como mínimo, amigas.

—Oye, míra—comenté, tras otro traguíto de coñac, que era excelente—. No hay motivo para que nos preocupemos por si vamos a entablar o no amistad. Al fin y al cabo es la primera vez en años que estoy con Laf, así que no es probable que volvamos a vernos después de este fin de semana.

—En eso te equivocas —afirmó, sonriendo—. Pero antes de que te lo explique, me gustaría que me dijeras qué es lo que te hace sentir «incómoda» de mi persona. Si no te molesta, claro.

Miré esos ojos claros de nuevo, pero me seguían resultando impenetrables. Esta chica era todo un caso, pero decidí que si eso era lo que quería, lo iba a tener, aunque consistiera en una bofetada en plena cara.

—Muy bien, quizá te parecerá demasiado personal —le dije—, pero eres tú la que ha venido en mitad de la noche con el coñac para charlar. La vida de tío Laf no es un libro cerrado, así que serás consciente de que ha estado con muchas mujeres, a cual más atractiva, y muchas de ellas, como mi abuela Pandora, con gran talento también. Pero tú eres distinta de las demás: creo que tienes un talento fuera de lo común. Esta noche tu interpretación fue excepcional, de primera categoría y, dada mi formación, estoy en condición de juzgarlo. No entiendo por qué alguien con esa habilidad va a preferir ser un mero adorno, una bagatela, aunque sea de alguien con tanto talento, fama y encanto como tío Laf. Mi abuela no lo habría hecho y, francamente, no consigo entender por qué tú has elegido este camino. Imagino que eso es lo que me hace sentir incómoda. Creo que detrás de esta historia se

oculta algo aún no revelado.

—Ya entiendo. Bueno, quizás estés en lo cierto —comentó Bambi, mientras se observaba las manos. Cuando levantó la vista, no sonreía.

—Tu tío Lafcadio es muy importante para mí, Fräulein Behn — prosiguió—. El y yo nos comprendemos a la perfección. Pero eso es otra cuestión. No es el motivo por el que he venido sola aquí esta noche para pedirte tu amistad.

Esperé. Esos ojos moteados de oro no dejaban de apuntarme. La noticia me cayó como un rayo.

— Fräulein Behn —anunció Bambi—, me da miedo el interés de mi hermano por ti. Si no haces algo pronto, esa relación nos pondrá en peligro a todos.

Me quedé de piedra. Era lo último que me habría imaginado, pero de repente comprendí con una certeza terrible por qué Bambi me resultaba tan familiar.

—¿Tu hermano? —solté como pude, aunque no era preciso ser un ilustre científico para imaginarse de quién se trataba.

—Permíteme que me presente como Dios manda, Fräulein Behn —dijo—. Me llamo Bettina Brauhilde von Hauser y Wolfgang es mi único hermano.

Heilige Scheiss, fue lo único que se me ocurrió cuando me vi enfrentada a ese giro de los acontecimientos. Así pues, Bambi era el apodo que tío Laf usaba para Bettina, lo mismo que Gavroche conmigo. Lo cierto era que había oído hablar de una tal Bettina von Hauser, una joven violoncelista que empezaba a despuntar en el circuito de conciertos mundial, aunque nunca se me habría pasado por la cabeza que Bambi fuera Bettina, ni relacionar a ninguna de las dos con mi peligrosa pasión, Wolfgang Hauser.

Esta sorpresa nada agradable hacía que recelara de todos aún más que antes, sobre todo de tío Laf, cuyo comportamiento era algo sospechoso a posteriori. Si Laf le tuviera tanta confianza a Bambi, se lo contaría todo, como a mí. ¿Por qué había esperado entonces a que ella no estuviera para hablar en la piscina de Hitler y de las runas? Y cuando mencioné a Wolfgang, ¿por qué me advirtió en su contra, sin siquiera insinuar que era pariente de Bambi? Y si Laf creía que tía Zoé, incondicional de la SS, estaba tan compinchada con el hermano de Bambi, ¿por qué la había llevado por medio mundo para verme?

Y ahí estaba Bambi, recorriendo el hotel a hurtadillas en medio de la noche ataviada con su espléndida lencería, con una botella de coñac en la mano para revelarme a espaldas de Laf, unas cuantas cosas que él quizá no sabía, y muchas otras que no se había tomado la molestia de comentarme. Puesto que Bambi había indicado de forma muy clara que se «comprendían a la perfección», tenía que suponer que yo era la única en esa trama familiar que no tenía ni idea de lo que estaba sucediendo, Pero, desde luego, pensaba averiguarlo.

Por fortuna, poseía una valiosa arma secreta: mi doble fondo. Es decir, a pesar de mi menor edad, peso y experiencia, podía dejar fuera de combate a cualquier vaquero tomándome los tequilas necesarios y seguir de pie, cruzar por la puerta como si nada y recordar por la mañana todo lo que se había dicho la noche anterior. Así que media botella de Rémy Martin no me suponía ningún reto. Esperaba que ese talento me resultara útil en el interrogatorio de Bambi. Serví otra ronda de bebidas.

Hacia las tres de la madrugada, el coñac había desaparecido, y Bambi también. Había perdido el conocimiento a media frase, sentada muy erguida en la silla, pero la levanté y la llevé de regreso al laberinto de la *suite* en el extremo opuesto del hotel. No podía dejarla en la habitación y arriesgarme a que se despertara al cabo de unas horas, cuando me hubiera ido. Pero en tres horas de fraternal interrogatorio, si bien alcoholizado, había averiguado

más de lo que esperaba, incluidas auténticas revelaciones.

Wolfgang Hauser no era austriaco; él y su hermana eran alemanes, nacidos en Nuremberg, educados en esa ciudad y en Suiza y, más tarde, en Viena, él en el ámbito científico y ella en el musical. Su familia, aunque no podía considerarse rica, era una de las más antiguas de Europa. La partícula *von* figuraba en su apellido desde hacía cientos de años, aunque Wolfgang había prescindido de ella porque, según me explicó Bambi, no le parecía muy adecuada en las cuestiones profesionales. Su vida, tal como la describía ella, era idílica en comparación con la mía, hasta que se involucraron con la familia Behn.

Resultó que Bambi había sido la protegida de tío Laf durante más de diez años, desde que ella contaba quince. Cuando todos se dieron cuenta del talento que tenía y él le ofreció pagarle los mejores profesores y organizar su educación y preparación él mismo, la familia de Bambi tuvo que dejarla vivir con Laf en Viena. Wolfgang solía visitar ahí a su hermana, de modo que la afirmación de Laf de que apenas lo conocía no podía ser cierta.

Pero hacía sólo siete años sucedió algo que cambió esta limitada relación familiar. Tras terminar los estudios, Wolfgang empezó a trabajar como asesor de la industria nuclear, un empleo que lo obligaba a viajar fuera de Viena cada vez más a menudo. Y un día, al volver de un viaje, Wolfgang fue a visitar a su hermana en el apartamento de tío Laf con vistas al Hofburg. Wolfgang contó a Laf y a Bambi que iba a dejar su trabajo por un puesto en la Organización Internacional de Energía Atómica. Quería invitarlos a ambos a comer a un restaurante cercano para celebrarlo.

—Después del almuerzo —dijo Bambi—, Wolf preguntó si nos apetecía ir con él al Hofburg. Nos llevó a la *Wunderkammer* para ver las joyas y después visitamos las famosas colecciones de la antigua Éfeso que se exhiben ahora en ese museo, y también el *Schatzhammer* para ver el *Reichswaffen*.

—A ver la colección de armas reales —intervine.

No había olvidado la historia que Laf me había contado en la piscina ese mediodía sobre su visita, hacía más de setenta y cinco años, a esas mismas salas del Hofburg, en compañía de Adolf Hitler.

—*ja*— confirmó Bambi—. Mi hermano nos llevó a ver una espada y una lanza y le preguntó a tu tío: «¿Sabíais Pandora y tú lo de los objetos sagrados?»

Pero Lafcadio no respondió, de modo que Wolf explicó que él mismo llevaba tiempo interesado en esos objetos. La historia era de sobra conocida en Nuremberg: Adolf Hitler había sacado muchos de esos objetos del tesoro imperial en Viena, como por ejemplo, la insignia del Primer Reich, la corona imperial, el orbe y el cetro, la espada imperial, y otros más, y los había llevado al castillo de Nuremberg. Fue lo primero que hizo Hitler después de, ¿cómo se dice?, el *Anschluss*.

—La anexión de Austria por Alemania en 1938 —la informé.

¿Había sido pura coincidencia que sólo un año atrás, en marzo de 1988, en el cincuenta aniversario de ese mismo acontecimiento, tía Zoé llegara a Viena con sus compañeros «pacificadores» de la Segunda Guerra Mundial y conociera a Herr doctor Wolfgang K. Hauser? No me lo pareció, sobre todo cuando Bambi me contó que Laf no quiso saber nada más de Wolfgang y se había negado a volverlo a ver o a dejarlo entrar en la casa después de que insistiera en que, si Pandora había mantenido ese piso tan caro en Hofburg durante la guerra y había seguido actuando en la Opera de Viena, tenía que ser porque sabía algo importante acerca de los objetos sagrados. Algo que los conectaba con Nuremberg, puede que incluso con Hitler.

—Tú y Wolfgang crecisteis en Nuremberg, donde se juzgó a todos los nazis tras la guerra. ¿Acaso se mencionaron esos objetos en las vistas?

—No lo sé —respondió Bambi, con un codo apoyado en la mesa para mantener el equilibrio—. Los juicios de Nuremberg, la guerra, todo sucedió antes de que Wolfgang y yo hubiéramos nacido. Pero incluso después de la guerra, todo el mundo en Nuremberg sabía lo de las reliquias. Las guardaban en una sala del castillo. Hitler creía que eran sagradas y que poseían poderes misteriosos relacionados con los antiguos linajes alemanes. Hitler tenía un piso en Nuremberg, donde se alojaba cuando iba de visita para asistir a los mítines. El piso estaba cerca del centro de la ciudad, al lado de la Ópera, y las ventanas daban al castillo, de modo que desde la habitación podía mirar el lugar donde reposaban los objetos sagrados. Muchas veces se mostraban en esos grandes mítines políticos del Partido Nazi, en el campo del zepelín. Permanecieron en Nuremberg y no fueron devueltos a Austria hasta después de finalizada la guerra.

¡Nuremberg, claro! Hasta ese momento se me había olvidado por completo, pero ahora me parecía de una claridad meridiana: todas esas secuencias de mítines por la noche, con las banderas y los estandartes enormes y los focos dirigidos al cielo, y millares de personas alineadas en bloques cuadrados para formar un tablero de ajedrez viviente, todos esos famosos mítines se habían celebrado en Nuremberg. Eso suscitaba otra pregunta.

Miré el coñac y vi que la botella estaba casi vacía pero no quería que Bambi se quedara roque antes de averiguar lo que necesitaba saber, así que serví el resto en mi propia copa.

—¿Por qué en Nuremberg? —le pregunté—. Es una ciudad de provincias, que queda algo apartada de las rutas concurridas, a cientos de kilómetros de ninguna parte, ¿no? ¿Por qué iba a llevar Hitler esos objetos a un lugar tan remoto? Y puestos a preguntar, ¿por qué celebraba ahí sus mítines?

Bambi me observó, con los ojos aún muy abiertos pero algo nublados por el coñac.

—Nuremberg es el eje —afirmó—. ¿No lo sabías?

—¿El eje? ¿Te refieres a que es donde las potencias del Eje se encontraban durante la guerra? Tenía entendido que se solían reunir en Roma o en Viena o...

—Quiero decir el eje —me interrumpió—. El eje del mundo, el lugar donde se cree que confluyen las líneas geománticas del poder. Su nombre antiguo era *Nornenberg*, «la montaña de las Nornas». En nuestra historia, se creía que las tres nornas, diosas del destino (Urd, Verdandi y Skuld: pasado, presente y futuro) vivían desde el albor de los tiempos en esa montaña. Custodiaban el huso del destino; tejían la historia de nuestro destino en un tejido confeccionado totalmente con runas. Esas mujeres son como jueces y el tapiz rúnico constituye el juicio real de Nuremberg, porque el relato que escriben decidirá el destino del mundo en los últimos días: *die Gotterdammerung*, «el crepúsculo de los dioses», el relato de lo que sucederá al final de los tiempos.

Quizás había sido ingenuo por mi parte suponer que podría desatar los nudos de un laberinto tan tortuoso con sólo desenmarañar mis relaciones familiares. Pero no podía pasar por alto que mis parientes más cercanos parecían estar metidos hasta las cejas en este *Scheiss* cósmico, mitológico, nacionalsocialista.

No era de extrañar que un desconocido como Bambi supiera tantos detalles repugnantes sobre mi familia que yo, por mi parte, ignoraba por completo. Al fin y al cabo, me había pasado la vida procurando alejarme de ella. Por lo que se veía ahora, tenía razones más que legítimas, aunque hasta entonces las ignorara, para hacerlo.

Pero me admiraba que, si el relato de Bambi era cierto, Laf, Pandora y Zoé hubieran salido

tan bien parados después de la desaparición de Hitler. En el París de la posguerra, afeitaban la cabeza a las mujeres francesas que se habían mostrado demasiado cariñosas con la Gestapo, las obligaban a marchar por las calles y las abucheaban. Los músicos de muchos países, con sólo que hubieran actuado para los nazis durante la ocupación, eran desacreditados en público tras la guerra y su reputación quedaba arruinada. Y aquellos que se habían situado cerca del poder, como Wolfgang creía que era el caso de Pandora, habían recibido largas condenas o habían sido ahorcados. Eso suscitaba una pregunta importante: si Pandora permaneció en Viena y se convirtió en la cantante de ópera favorita de Hitler durante la guerra, como había dicho Bambi, ¿por qué iba tío Laf a mencionar su nombre al mismo tiempo, y mucho menos a destacar el hecho de que Zoé también conocía bien al Führer, en lugar de distanciarse él mismo y su rama de la familia todo lo posible?

Existía aún una coincidencia extraña y casi aterradora en esta saga interfamiliar. Fue lo último que vi en mi mente, instantes antes de arañar unas pocas horas de sueño antes de mi cita en los prados con ese rebaño de ovejas.

Bambi me dijo que hacía siete años, es decir en 1982, se había producido la confrontación entre su hermano Wolfgang y tío Laf en Viena. Y también habían transcurrido exactamente siete años desde la muerte de tío Earnest: el mismo año en que Sam había heredado el manuscrito rúnico y había desaparecido de repente, sin que se volviera a saber nada de él. Hasta ese momento.

Bajo la luz previa al amanecer, la nieve reflejaba un blanco azulado fantasmagórico contra el fondo negro y siniestro del bosque. La luna seguía colgada del cielo azul de Prusia plagado de estrellas, como si fuera un adorno. El aire olía a frío y peligro, como ocurrir siempre en esta época del año antes del alba. Había seguido nevando durante la noche, y no había huellas recientes en el prado. Esquíé hasta el centro del espacio abierto, retrocedí un poco con los esquís y eché un vistazo entre los árboles.

Entonces, una bola de nieve me dio en la espalda, con bastante fuerza como para hacerme saltar la gorra de lana y enviarme un escalofrío por la espalda. Al darme la vuelta, vi una forma que se recortaba contra la línea del bosque; cruzó un breve instante la luz de la luna y volvió a adentrarse en el bosque. Pero el brazo levantado me indicó que era Sam y que tenía que seguirlo. Cogí la gorra, me la metí en el bolsillo, atravesé los pastos y me sumergí en el entramado de abetos y abedules por donde lo había visto desaparecer.

Me detuve a escuchar. Se oyó el ulular de un buho, procedente de un lísero terraplén, así que lo seguí, adentrándome hacia donde la oscuridad era casi impenetrable. Cuando volví a detenerme, indecisa, oí un susurro cerca de mí:

—Toma esto y sigúeme, Ariel.

Me agarró la muñeca, me colocó el disco del bastón de esquí en la mano y partió delante de mí en las tinieblas. Con los dos bastones en la otra mano, lo seguí a ciegas, incapaz de ver adonde me llevaba. Avanzamos en eslalon por entre los árboles un buen rato y después iniciamos la ascensión hacia el prado alto. Cuando por fin llegamos al espacio amplio, el cielo se había iluminado de un azul cobalto y casi distinguía la silueta de Sam que me precedía.

Se dio la vuelta, puso las puntas de los esquís entre los míos, como dedos entrelazados, y me rodeó con los brazos tal como yo hice con él en esa montaña casi dieciocho años atrás. Olía a piel curtida y morena, y a humo de leña. Sepultó el rostro entre mis cabellos sueltos y

susurró.

—Gracias a Dios, Ariel. Estás viva, estás a salvo.

—No gracias a ti —gruñí contra su hombro.

Me separó de él y me observó en la oscuridad anterior al alba, con sólo el brillo blanquecino de la luna y ese extraño reflejo de la nieve.

No había visto a Sam en más de siete años. En esa época era todavía casi un niño. Debería de haber imaginado que habría cambiado en todo ese tiempo. Y ahí estaba: alto, con los hombros anchos, con unas facciones hermosas y enérgicas, el perfil esculpido de Earnest, los cabellos negros y largos de su madre cayéndole sobre los hombros y la belleza misteriosa de esos ojos plateados que parecían iluminados desde el interior. Con cierto pesar vi que quien tenía ante mí ya no era mi joven mentor y hermano de sangre, sino un hombre increíblemente atractivo. Y la sorpresa con que me miraba me mostraba que su reacción ante mí debía de ser muy parecida.

—¿Qué ha sido de ese palillo con las rodillas despellejadas que me seguía a todas partes? —dijo con una sonrisa algo incómoda—. Dios mío, listilla, estás que tumbas de espaldas.

—Tú sí que has estado a punto de tumbarme con esa bola de nieve repliqué, igual de incómoda. Me resultaba difícil mirar a Sam hasta que pudiera hacerme a la idea de que ambos nos habíamos convertido en adultos.

Lo siento —se excusó, mirándome aún como si fuera casi una desconocida—. Parece que eso es lo único que puedo decirte últimamente, Ariel, lo mucho que siento todo lo que ha pasado. Lo mucho que siento haberte metido en esto.

—Sentirlo no sirve de nada —volví a citar a Jersey una vez más, pero sonreí y él me devolvió el gesto. Supe que se lo tenía que decir de inmediato. — Sam, hay algo que yo también siento, algo que lamento más que nada en el mundo —le informé—. Espero no haberlo estropeado todo ni habernos puesto en demasiado peligro, pero cometí un error idiota y estúpido y terrible: dejé a alguien a solas toda la noche con el manuscrito rúnico...

Sam me había observado con una creciente expresión de horror mientras yo le soltaba esa letanía de remordimientos abyectos, hasta que llegué a los particulares al final. Y entonces me llevé una sorpresa.

—¿Qué manuscrito rúnico? —me preguntó.

Tenía esa impresión bastante interesante de que si el corazón se me seguía desplazando de forma vertiginosa a la parte inferior del abdomen, tarde o temprano dejaría de latirme por completo y se dedicaría simplemente a desplazarse arriba y abajo como un yoyó. Pero unos kilómetros de esquí nórdico con Sam por los prados obraron como un masaje torácico. Cuando llegamos a la cabaña, estaba bien, o al menos había recuperado la capacidad de hablar.

Averigüé la razón por la que Sam había cambiado los planes para nuestra cita de hoy. Últimamente se sentía tan en peligro que no iba a los hoteles, de modo que desde su «muerte» había dormido en cabañas de caza y en cobertizos diseminados por todo Idaho, abandonados o fuera de uso en esa época del año. Había llegado a Sun Valley un poco antes que yo y había averiguado que cerca de la montaña de esquí no había ningún refugio de estas características, así que exploró el lugar hasta que encontró aquél, a unos tres kilómetros de la carretera principal. Pero la mayor parte de la zona quedaba muy abierta y me podrían seguir con facilidad, a no ser que llegara tan pronto que casi no hubiera luz para ver.

Una vez que llegamos a la cabaña desierta donde Sam había pasado la noche, nos quitamos

los esquís, sacudimos la nieve de las fijaciones, plantamos los esquís y los bastones en la nieve, en la parte de atrás, y entramos. Sam atizó las brasas del fuego de la noche anterior y le lanzó unos cuantos troncos más. No había otro medio de calefacción ni tampoco agua corriente, sólo una bomba en el exterior, junto a la puerta. Sam le dió a la manivela para llenar un cacharro con agua, que puso al fuego para preparar café instantáneo. Después, acercó un taburete al lado de la silla con el asiento de rafia donde yo ya me había instalado.

—Sé que no debes de entender mucho de lo que he hecho ni por que lo he hecho —dijo—. Pero antes de explicarte todo lo que ha sucedido, necesito que me pongas al corriente de esta última semana: por que no acudiste al lugar donde yo debía llamarte, qué sabes sobre el paquete desaparecido y todo lo que hayas averiguado hasta ahora de Laf.

—De acuerdo —accedí a regañadientes, a pesar del millón de preguntas que necesitaba plantearle—. Pero primero, si tú no me enviaste el manuscrito que mencioné, tengo que saber algo enseguida, porque he conocido a una persona que me dijo que me lo había enviado. ¿Has oído hablar de un tal doctor Wolfgang K. Hauser?

Sam lució una sonrisa torcida de inmediato.

—¡Así que lo conoces! —añadí.

Pero Sam sacudió la cabeza.

—Ha sido, no sé, supongo que el modo en que dijiste su nombre.

—Sam me miraba con una expresión extraña—. Supongo que siempre te he considerado mi hermanita de sangre, mi alma gemela. Pero ahora siento... Quiero decir, ¿quién es ese individuo, Ariel? ¿Tienes que contarme algo?

Noté que la sangre me teñía las mejillas. Esa condenada piel irlandesa que había heredado de Jersey traicionaba todas mis emociones en cuanto se producían. Me cubrí el rostro con las manos. Sam me las retiró y abrí los ojos.

—Dios mío, Ariel, ¿estás enamorada de él? —dijo. Se levantó y empezó a andar formando un círculo, mientras se frotaba la frente con la mano y yo seguía sentada sin saber qué decir.

Sam volvió a sentarse y se inclinó hacia mí con urgencia.

—Ariel, aparte de cualquier otra cosa que pueda pensar de la situación, no es el mejor momento para que surja un romance. Dices que acabas de conocer a este hombre. ¿Sabes algo de él? ¿De su pasado? ¿Tienes idea de lo peligrosa que puede resultarnos esta "amistad" tuya tan inoportuna?

Me molestó tanto ese arrebató que me dieron ganas de lanzarle algo a la cabeza. Me levanté en el mismo instante en que la cafetera hervía. Sam cogió un guante al vuelo para salvarlo de las llamas. Eso nos concedió un momento para calmarnos.

—No he dicho que estuviera enamorada de nadie —repliqué con la voz más tranquila que conseguí emitir.

—No hacía falta —comentó Sam.

Estaba ocupado con la cafetera, sin mirarme. Luego, se volvió, de modo que no podía verle la cara, y empezó a poner cucharadas de café instantáneo en las tazas. Como si hablara consigo mismo, dijo por fin:

—Me acabo de dar cuenta de que ahora mismo entiendo mejor tus emociones que las mías. Cuando se volvió hacia mí con las dos tazas de café, lucía una sonrisa algo tensa. Me pasó la taza y me despeinó los cabellos como solía nacer cuando éramos niños.

—Perdona, lo siento —siguió—. No tengo derecho a decirte a quien tienes que querer, ni a interrogarte del modo en que acabo de hacerlo. Supongo que me has pillado por sorpresa. Eres lo bastante inteligente para no enamorarte de alguien que nos pueda poner a ambos en

peligro. ¿Y quién sabe? Quizás haya alguna relación en esta situación que nos sirva para salir del embrollo en que nos he metido, una vez la encontremos. Por cierto, ese Wolfgang K. Hauser, por pura curiosidad, ¿te dijo qué significa la K?

Sorprendida, sacudí la cabeza.

—No. ¿Por qué? ¿Es importante?

—Supongo que no —respondió Sam—. Pero la próxima vez que lo veas, pregúntaselo. Y ahora cuéntame lo que pasó esta semana pasada.

Así que cogí aliento, nos sentamos de nuevo y puse a Sam al corriente de todo lo que había sucedido. Bueno, de casi todo. Después de su reacción por la forma en que mencioné siquiera el nombre de Wolfgang, suprimí el detalle de que había pasado la noche conmigo y con el manuscrito. Pero en el resto, fui honesta.

Para cuando terminé ese resumen exhaustivo, yo misma había empezado a darme cuenta del papel tan fundamental que Wolfgang Hauser desempeñaba en la historia. Pero quizá se debiera a que, hasta entonces, la trama se había desarrollado alrededor del paquete equivocado. El paquete que me había enviado Sam seguía perdido. Y estaba a punto de descubrir lo peligroso que era.

—No me puedo creer que siga sin aparecer —dijo Sam en tono grave, leyendo mis pensamientos—. Pero hay algo que no encaja.

Le pregunté a Sam por qué el contenido del paquete era tan valioso que parecía que todo el mundo quería apoderarse de él, incluidos los miembros de nuestra propia familia que no se habían hablado entre sí en años, y tan peligroso que había tenido que fingir su propia muerte.

—Si tuviera todas las respuestas —afirmó Sam con una sonrisa lúgubre—, no nos veríamos obligados a escondernos en esta cabaña aislada para hablar, después de habernos pasado una semana embarullando las cosas con claves secretas.

—¡Embarullando las cosas! —dije contrariada—. Eres tú quien ha embarullado las cosas, con tu funeral amañado, tus anagramas bíblicos y encuentros secretos. Pero después de todo lo que he tenido que pasar esta última semana, quiero respuestas y las quiero ahora. ¿Que hay en ese paquete y por qué me lo enviaste?

—Es mi herencia —soltó Sam como si así quedara todo claro—. Escúchame, Ariel, por favor. Debes entender todo lo que tengo que contarte. Hace siete años, justo antes de morir, mi padre me habló por primera vez de lo que Pandora le había dejado. No lo había comentado antes, dijo, porque las condiciones del testamento de Pandora especificaban que debía mantener el legado en secreto. Así que lo había guardado en una caja de seguridad de un banco de San Francisco, donde se encontraba el bufete de abogados de la familia. Cuando mi padre murió, retiré la caja del banco y la traje aquí a Idaho para estudiarla. Contenía muchos manuscritos viejos y excepcionales que Pandora había reunido a lo largo de su vida. El paquete que te envíe contenía copias de estos...

—¿Copias? —grité—. Fingiste tu muerte, nuestras vidas corren peligro, ¿y todo por un puñado de duplicados de algo?

—Son las únicas copias —dijo Sam, demasiado impaciente para mi gusto, teniendo en cuenta que había tardado tanto tiempo en dar explicaciones—. Cuando dije que los originales eran viejos y excepcionales, debería de haber dicho antiguos. Estaban guardados en una caja herméticamente sellada para evitar su descomposición. Hay rollos de papiro y de lino, o de metales como el cobre o el estaño. Unos pocos están escritos en tablas de madera o en planchas de metal. A mi juicio, por los materiales y lenguas usados (griego, hebreo, latín,

sánscrito, acadio, arameo e incluso ugarítico), esos manuscritos se originaron en muchas regiones del mundo y fueron escritos en un amplio margen de tiempo. Enseguida comprendí que lo que tenía en las manos poseía un valor incalculable. Pero también deduje, como mi padre debió de hacer, que entrañaba algún tipo de peligro. Muchos se han desintegrado bastante con los años, convertidos ya casi en polvo, y no pueden fotografiarse con facilidad sin un equipo caro y un proceso complicado. De modo que realicé copias de cada uno, yo mismo, a mano, lo que supuso un trabajo de muchos años, para poder empezar a traducirlos. Luego guardé las copias en la caja de seguridad y oculté los originales donde no creo que nadie los encuentre. Por lo menos, no hasta que haya finalizado la traducción.

—¿Has podido traducir muchos? —pregunté.

—Bastantes —respondió Sam—. Pero son un conjunto de documentos sin relación aparente. Cartas, relatos, testimonios, informes. Burocracia de la Roma imperial. Leyendas celtas y teutonas. Descripciones de fiestas tracias y de cenas en Judea, relatos de dioses y diosas paganos del norte de Grecia. Y todo ello sin ningún hilo conector. Sin embargo, tiene que haber algo o, para empezar, Pandora no los habría reunido.

La cabeza me iba a toda velocidad pero se limitaba a dar círculos.

¿Como podían estar esos documentos relacionados con la trama de conspiración neonazi que había imaginado después de oír a Laf y a Bambi. Todos los acontecimientos que habían descrito sucedían en este último siglo, mientras que idiomas como el ugarítico, por lo que yo sabía, no se hablaban desde hacía milenios. Pensé en las norñas en su gruta oculta en la montaña de Nuremberg, tejiendo e hilando la estrategia mortífera de los días finales del mundo. ¿Pero qué sucedería si una vez terminada, nadie era capaz de leerla?

Mientras Sam tomaba otro sorbo de café tibio, me imaginé la frustración que un criptógrafo tan experimentado como él debía de sentir al quitarle la piel a la cebolla y contemplar las capas que faltaban para llegar al núcleo.

—Si no has conseguido encontrar una relación entre esos manuscritos de Pandora tras años de intentarlo —dije—, ¿por qué todo el mundo cree que son tan valiosos y peligrosos? ¿Podrían estar relacionados con los objetos del Hofburg, los que dicen que Hitler quería reunir?

—Ya se me había ocurrido —afirmó Sam—. Pero considero más importante averiguar de dónde proceden los documentos, cómo los obtuvo Pandora y por qué quiso tenerlos en primer lugar. Y quizá lo más importante sea saber por qué, de entre todas las personas, se los legó a mi padre.

—Yo también me he hecho esa pregunta desde que me enteré de toda la cuestión de los documentos —admití—. ¿Lo sabes?

—Puede —dijo Sam—. Pero me gustaría que me contaras qué piensas tú de ello. Hasta ahora no había podido comentar mi teoría con nadie. Tiene que ver con el testamento de Pandora. Cuando Pandora murió, mi padre tuvo que desplazarse a Europa para la lectura del testamento, como heredero principal. Eso le sorprendió. Al fin y al cabo, fue su madrastra sólo durante el poco tiempo que estuvo casada con Hieronymus. No lo había visto desde que se produjo el «cisma familiar». De hecho, estarás de acuerdo conmigo, Ariel, en que tío Laf debe de ver la historia de nuestra familia desde un punto de vista muy distinto al de nuestros padres, Earnest y Augustus. No creo que la tuvieran en tan alta estima, después de irse y dejarlos en Viena a cargo de su padre.

«*Sacrée merde*», pensé, una vez más enfrentada a la historia compleja y amarga de la familia. Pero de golpe se me ocurrió algo: ¿era posible que Pandora hubiese tenido en cuenta la

profunda amargura y complejidad de nuestras interrelaciones familiares? Se lo pregunté a Sam.

—Ya me lo parecía, pero cuando me contaste esas historias hace un rato, todo encajó —dijo Sam—. Creo que se encuentra en la base de todo, me refiero al cisma familiar. Analicémoslo con detalle. Al principio fue Pandora quien de un plumazo creó la división al irse con Laf y Zoé. El hecho de que abandonara a tu padre cuando sólo era un recién nacido ha sido una espina clavada en nuestra familia, un acto que podría explicar su actual comportamiento frío e interesado. A lo largo de toda su vida, Pandora se esforzó por mantener la división familiar. Sabemos que luego dejó a mi padre esos documentos antiguos y excepcionales que te he descrito. Y según tu amigo Hauser, Zoé tiene el original de un tipo de manuscrito rúnico del que tú has recibido una copia. Ignoramos qué heredó Laf de Pandora, aparte del piso con vistas al Hofburg, lo que en sí puede ser interesante, pero sabemos que conocía la existencia de un manuscrito rúnico, aunque no estaba al corriente de que obraba en poder de Zoé.

Se detuvo y me sonrió.

—Ya lo ves, listilla, todo eso nos lleva a una simple pregunta: si tuvieras que esconder algo y quisieras que permaneciera oculto incluso tras tu muerte, ¿ves alguna forma más segura que dividirlo entre cuatro hermanos como Lafcadio, Earnest, Zoé y Augustus, cuya animadversión entre sí se remonta, en algunos casos, hasta la cuna?

Directo en el clavo. A partir del momento en que creyeron que yo había «heredado», todos los miembros de la familia empezaron a enviar emisarios de aquí para allá o a llegar desde Europa o a llamar pasada la medianoche para interrogarme. Incluso Olivier había observado el comportamiento inusual de mis parientes. Y una familia como la nuestra, con heridas tan antiguas, que se movía en un ambiente de sospecha y resentimiento, era perfecta para que Pandora repartiera ese botín sin que nadie sospechara quién tenía qué.

Pero algo más me preocupaba.

—¿Qué te llevó a tomar la decisión drástica de simular tu muerte? —pregunté a Sam—. No sólo la muerte, sino a montar incluso un entierro por todo lo alto, con la familia, la banda militar, los altos dignatarios, la prensa, ¿por qué una exhibición tan impresionante? ¿Cómo metiste al Gobierno en ello? ¿Y por qué pusiste en peligro mi vida enviándome esos documentos y dejando que todos lo supieran?

—Por favor, Ariel —dijo Sam, cogiéndome la mano entre las suyas.

—Te juro por mí vida que no te habría expuesto a ese peligro si hubiera tenido otra elección. Pero desde hace un año sé que alguien me sigue. Y el mes pasado en San Francisco alguien intentó matarme. No hay error posible. Me pusieron una bomba en el coche.

—¿Una bomba? —grité.

Cuando asimilé esta información, me asaltó un pánico mayor. Ya me había preguntado qué habría en ese ataúd de Presidio en San Francisco, si Sam no había muerto. Ahora se lo pregunté a Sam, con voz temblorosa.

Dios mío, ¿quieres decir que mataron a otro en tu lugar? ¿Es eso, Sam?

— Sí— respondió despacio—. Mataron a una persona en Chinatown en el coche que yo había alquilado.

Los ojos de Sam adquirieron un aspecto ausente y su tono era distante, como si estuviera filtrando los recuerdos a través de una pantalla de niebla.

—Tienes que comprender, Ariel, que aunque no he trabajado nunca directamente para el Gobierno ni el ejército, en los años que he actuado como asesor independiente he entrenado a muchos de los criptólogos internos y he colaborado con el Departamento de Estado. A

menudo he realizado trabajos de descifrado, que deben ser rápidos, limpios y silenciosos, para las distintas secciones. Debido a ello, conozco a muchas personas y sé muchos secretos.

»El hombre que murió en esa explosión era amigo mío, un funcionario de alto nivel con el que había trabajado durante años. Se llamaba Theron Vane. Hace un año, le pedí que asignara a uno de sus agentes para que intentara averiguar quién me seguía y por qué. El mes pasado, Theron me pidió que fuera a San Francisco de inmediato: el agente que había asignado a mi caso había muerto en circunstancias misteriosas. La agencia había sellado el piso alquilado que usaba como tapadera de su oficina. Es política del Gobierno limpiar esos lugares y recoger o destruir los informes antes de que caigan en manos de nadie. Pero en este caso, Theron consideró que lo que pudieran encontrar estaría tan relacionado conmigo como con la muerte del agente. Fuimos al lugar con cuidado. Lo revisé todo, incluido lo que había en el ordenador, y destruí los datos.

»A partir de lo que descubrimos, decidimos que lo más rápido y menos llamativo sería que me dirigiera a pie a la siguiente parada y que Theron diera la vuelta a la manzana con mi coche para recogerme. Pero una vez fuera, me detuve en la entrada del edificio para comprobar, por indicación suya, que no hubieran echado cartas en el buzón mientras estábamos dentro. Estaba a mitad de los peldaños cuando Theron puso el coche en marcha y el vehículo explotó...

Sam se detuvo, se puso una mano sobre los ojos y se frotó las sienas. Yo no sabía qué decir. No me moví hasta que bajó la mano y me miró lleno de dolor.

—No puedo explicar lo horrible que fue, Ariel—dijo—. Conocía a Theron Vane desde hacía casi diez años; había sido un buen amigo. Pero sabía que la bomba iba dirigida a mí, así que tuve que dejarlo ahí como si fuera yo, hecho pedazos en la calzada para que vinieran otros a recogerlo y lo metieran en una bolsa como si fuera basura. No puedes imaginarte lo mal que me sentí.

Lo podía imaginar con tal realismo que me eché a temblar como una hoja. Pero a diferencia de dos semanas atrás, cuando creí que era Sam quien estaba muerto, el peligro que se cernía sobre nosotros me golpeó con fuerza. No se trataba de un entierro ficticio, ni tan sólo de un accidente, sino de un asesinato real, una muerte violenta que habían planeado para Sam. Y si el mentor de Sam era un funcionario de alto nivel en el ámbito de los servicios de inteligencia, seguro que era mucho más capaz de protegerse que yo. Ahora resultaba evidente que las muchas precauciones que Sam había adoptado no eran exageradas en absoluto.

—¿Por qué crees que la bomba iba dirigida a ti? —pregunté.

—En el ordenador de ese piso encontré un número que, hasta entonces, pensaba que sólo yo conocía: el número de una caja de seguridad de un banco, situado a unas cuantas manzanas de ahí —respondió Sam—. Evidentemente, quien había intentado matarme había averiguado que los manuscritos que yo había copiado se ocultaban en ese banco de Chinatown, y estaba seguro de que podría conseguirlos, y quizá con mayor facilidad si yo estaba muerto.

»Cuando la bomba estalló me dirigí hacia ese banco a retirar los manuscritos; la coincidencia era demasiado grande. Fui al banco, cogí los manuscritos y un paquete acolchado de correos que me proporcionaron, le puse sellos que compré en una máquina automática y lo metí en el buzón más cercano con la dirección de la única persona en quien sabía que podía confiar ciegamente: tú. Luego, llamé desde una cabina telefónica al superior de Theron y le informé de toda la historia. Fue decisión del Gobierno simular mi muerte. He roto mi palabra y mi tapadera al contactar con alguien, y en especial contigo, un miembro de la familia.

Sam me dirigió una mirada enigmática.

—¿La familia? ¿Qué tiene que ver la familia en esto? —me sorprendí. Volvía a tener la certeza de que en realidad no quería saberlo.

—Hay una única cosa que encaja en todo este rompecabezas y que lo relaciona con nuestra familia —explicó Sam—. En mi opinión, sigue siendo el testamento de Pandora. Puesto que estamos de acuerdo en que lo más seguro es que legara algo importante a tres de nuestros parientes, nos queda una pregunta: ¿qué le dejó al cuarto, su único hijo?

Me atraganté y noté que adquiría un tono verdoso.

—¿A Augustus? ¿Mi padre? —dije—. ¿Por qué le iba a dejar nada? Al fin y al cabo lo abandonó al nacer, ¿no?

—Bueno —soltó Sam con una sonrisa irónica—, es el único de la familia, excepto tú y yo, de quien no hemos hablado. Cuando murió Pandora, yo sólo tenía cuatro años y tú ni siquiera habías nacido, así que me gustaría poner las cosas en perspectiva. ¿No te resulta extraño que mi padre, Earnest, el hijo mayor de Hieronymus Behn, heredara solo los intereses mineros en Idaho, mientras que el tuyo, el menor, acabara con un imperio mundial en concesiones minerales y manufactureras?

—¿Estás intentando decirme que en tu opinión mi padre está involucrado en todo esto? —exclamé incrédula a la vez que retiraba mi mano. Cuando me levanté, Sam permaneció sentado, pero seguía observándome atentamente. La cabeza me daba vueltas pero él no había terminado aún.

—Creo que tienes que llegar a algunas respuestas, aunque sea por ti misma. ¿Por qué crees que en cuanto Augustus pensó que yo estaba muerto contactó con el albacea de mi patrimonio, como me dijiste, para averiguar qué te había dejado? ¿Por qué celebró una rueda de prensa en San Francisco para divulgar el contenido de mi testamento? ¿Por qué te llamó día tras día a Idaho y, cuando consiguió hablar contigo, te advirtió de que lo avisaras en cuanto recibieras los manuscritos que yo te había dejado? ¿Cómo llegó Augustus a saber nada de los manuscritos?

—¡Pero todos sabíamos que existían! —grité—. Los mencionaron en tu.,.

Iba a decir: «testamento». Pero de repente caí en la cuenta, con un impacto frío y terrible, de que en la lectura del testamento no se había hecho la menor mención sobre los particulares de esos papeles ni del contenido de la herencia, sólo que yo era la única beneficiaria. Pero eso levantaba una sospecha aún más aterradora: si yo era la única heredera de Sam, ¿por qué había acudido Augustus a la lectura del testamento? ¿Por qué había concedido una conferencia de prensa? Y puesto que mi padre no había visto a Sam desde hacía años, ni a su propio hermano Earnest muchos años antes de su muerte, ¿por qué se había presentado al entierro de Sam?

Sam estaba sentado asintiendo con la cabeza, pero ya no sonreía.

—Supongo que ahora, a partir de lo que has observado de su comportamiento tras el funeral, ya imaginarás por qué es tan importante que todos los de nuestra familia, en especial tu padre, crean que estoy muerto —añadió Sam. Se levantó y me miró directamente a los ojos.

—¿Estás loco? —dije—. De acuerdo, admito que Augustus es un imbécil y que su comportamiento necesita una explicación. Pero no pensarás de verdad que te ha seguido e intentado matarte por esos manuscritos, por mucho que crea que valen. Incluso suponiendo por un momento que eso que sugieres fuera cierto, que Augustus fuera capaz de tal cosa, ¿por qué no habría actuado antes para apoderarse de los manuscritos? Al fin y al cabo, Earnest los heredó décadas atrás y los conservó durante casi veinte años.

—Puede que Augustus no imaginara que los tenía mi padre —sugirió Sam—. Tampoco parecía saber nadie que yo los tenía hasta que empezaron a seguirme hace un año...

Un año atrás. Hacía un año alguien empezó a seguir a Sam. Hacía un año Sam contactó con su amigo del Gobierno y dos personas habían muerto tal vez debido a ello. ¿Pero qué otro suceso importante se produjo hacía un año? Lo tenía en algún rincón de la cabeza. Me devané los sesos. Lo vi enseguida, y varias cosas más encajaron en su sitio con la misma precisión que los clavos en un ataúd.

Lo que había sucedido hacía un año exacto, en marzo de 1988, fue que Wolfgang Hauser conoció a tía Zoé en un *Anschluss* en Viena. Y Zoé le reveló que ella poseía otro manuscrito, ¡un manuscrito rúnico!

De modo que Sam tenía razón en algo: mi padre había heredado algo de Pandora veinticinco años atrás y luego, de algún modo, había averiguado que Zoé había heredado a su vez. No se requería mucho para deducir, como Sam y yo acabábamos de hacer, que había más de una pieza en ese rompecabezas. Ni para llegar a la conclusión que las otras piezas habían recaído de forma parecida a través del testamento de Pandora en diversos miembros de la familia.

Augustus fue quien me había dicho que los manuscritos eran de Pandora y que estaban escritos en algún tipo de clave. Acto seguido recibí, de forma demasiado casual, una llamada de la señora Helena no-sé-qué-Moniker del *Washington Post*, que había obtenido mi número particular gracias a mi padre y que me comentó que los manuscritos podían ser de Zoé. ¿Cómo podía saber si trabajaba de verdad para el *Post* y no para mi padre? Aun así, nada de eso demostraba que Augustus fuera culpable de intentar reunir esos manuscritos divididos, y mucho menos que fuera por ahí poniendo bombas de forma despiadada.

—¿Sabes quién fue el albacea del patrimonio de Pandora? —pregunté a Sam.

—¡Exacto! Ése es el punto fundamental.

Me aferró los brazos. El dolor me recorrió el hombro; torcí el gesto y no pude evitar un grito. Sam me soltó enseguida, asustado.

—¿Qué te pasa? —preguntó.

—Catorce puntos. Por poco quedo sepultada en un alud —le informé—. Uno de los acontecimientos menos dramáticos de la semana pasada que no incluí en mi relato anterior.

Cogí aliento y me toqué el brazo, que no dejaba de lanzarme punzadas bajo las ropas.

Sam me miraba preocupado. Me acarició los cabellos con ternura, a la vez que sacudía la cabeza.

Ya casi está curado; estoy bien —le tranquilicé—. Pero se me ocurrió que Pandora tenía que confiar mucho en alguien para encargarle que entregara tras su muerte unos documentos que se había pasado la vida reuniendo y protegiendo.

La misma conclusión a la que llegué yo, y más aún dadas las excepcionales circunstancias —corroboró Sam—. Mi propia madre, Nube Clara, había muerto sólo unos meses antes que Pandora. Mi padre y yo estábamos muy tristes, y yo no había viajado nunca hasta un lugar tan lejano como Europa. Por lo tanto, mi padre solicitó que le enviaran por correo los documentos legales que tuviera que firmar para recibir el legado. Ante su sorpresa le indicaron que era imposible: el testamento de Pandora estipulaba que mi padre tenía que firmar y recibir el legado del albacea en persona. Así que los dos viajamos a Viena.

—Así pues, el albacea desempeñaría una función importante —supuse—. ¿Quién era?

—El hombre que fue el primer profesor de violín de Laf —respondió Sam—. El romántico y sombrío primo de Pandora, Dacian Bassarides, quien la acompañó con los niños al tiiovivo del Prater y después fue con ellos al Hofburg a ver las armas. Cuando mi padre y yo viajamos

a Viena con motivo del testamento, yo sólo tenía cuatro años y Dacian Bassarides pasaba de los setenta, pero nunca olvidaré su cara. Tenía un atractivo salvaje. Salvaje, palabra que Laf usó para describir a la joven Pandora.

»Hay otra cuestión interesante: según Laf, Hitler comentó a los niños en el ti vivo que *Earn* significa "águila" en alto alemán antiguo y *Dad*, "lobo". Esas palabras parecen importantes. Unos cuantos manuscritos que he traducido están relacionados con la familia del emperador romano Augusto.

»Me encantaría saber quién le puso ese mismo nombre a tu padre. Supongo que sabes lo que significa en griego el apellido de Pandora: Bassarides.

Negué con la cabeza.

—Piel de zorro —explicó Sam—. Pero he averiguado que la raíz procede de una palabra beréber de Libia, *bassara*, que significa «raposa», la hembra del zorro. De forma muy similar al modo en que Laf describió a Pandora, un animal salvaje. Irónico, ¿no crees?

—«Cazadnos las raposas, las pequeñas raposillas que devastan las viñas, pues nuestras viñas están en flor» —citó del Cantar de los Cantares, de Salomón.

Sam me miró asombrado y lució esa sonrisa deslumbrante de aprobación que de pequeña siempre me hacía sentir como si acabara de hacer algo de lo más inteligente.

—¡De modo que comprendiste mi mensaje! —exclamó—. Sabía que lo conseguirías, listilla, pero no creía que hubieras tenido tiempo para completarlo tan deprisa.

—No lo comprendí —le contradije, aunque las ideas se me seguían agolpando en la cabeza—. Sólo descifré lo suficiente para averiguar cuál era el punto de encuentro esta mañana, no lo demás que querías que supiera.

—Pero es eso, ¿no lo ves? —dijo Sam—. Ésa es la ironía. La pequeña raposa, Pandora, acabó por devastar las viñas, como mínimo los últimos veinticinco años en que consiguió mantener separados con tanto éxito esos manuscritos. No empecé a entender lo que había hecho hasta que ya te había enviado el paquete.

Luego, su sonrisa se desvaneció y me miró a la tenue luz de la hoguera con esos ojos plateados.

—Ariel, me parece que los dos sabemos lo que tenemos que hacer —añadió en voz baja.

Sentía el corazón en un puño pero sabía que tenía razón. Si ese rompecabezas era tan peligroso y antiguo que todos lo querían, no estaríamos a salvo hasta que supiéramos con exactitud de qué se trataba.

—Si el paquete que enviaste no llega a aparecer —comenté— supongo que tendrás que reconstruirlo todo a partir de los originales que escondiste y de las runas de Zoé.

—Eso puede esperar, ya que por lo menos sabemos que los originales existen —dijo Sam—. Pero, Ariel, si alguien quiere conseguir esos manuscritos con tal desesperación que nuestras vidas corren auténtico peligro, es prioritario que sepamos en qué consisten las cuatro divisiones y por qué las reunió Pandora. Tengo que ver a la única persona que puede responder esa pregunta: su primo y albacea, Dacian Bassarides.

—¿Por qué supones que Dacian Bassarides sigue vivo? —pregunté—. Si era más o menos de la misma edad que Pandora, estará a punto de llegar al siglo, ahí en Viena. ¿Y cómo vas a encontrarlo? Piensa que han pasado veinticinco años desde que lo viste. El rastro estará un poco frío a estas alturas, digo yo.

—Al contrario —comentó Sam—. Dacian Bassarides está vivo y coleando a sus noventa y cinco años, y aún se le recuerda en ciertos círculos. Hace medio siglo era un reputado violinista con ese tempestuoso estilo Paganini: le solían llamar «príncipe de los zorros». Si no

has oído hablar de él es sólo porque, aunque actuaba en público, por alguna razón se negó a grabar discos. Hasta esta mañana ignoraba que también había sido maestro de Laf. Pero en lo concerniente a dónde se le puede encontrar ahora, he pensado que tu amigo Hauser podría habértelo dicho. Según tengo entendido, durante los últimos cincuenta años, incluso durante la guerra, Dacian Bassarides ha tenido su base permanente en Francia y sigue siendo muy amigo de Zoé, que en la actualidad es octogenaria. Si alguien puede concertar una cita con Dacian, es ella.

Sabía que para Sam era demasiado peligroso viajar a París en busca de Dacian Bassarides. Tendría que pasar los controles de inmigración y de seguridad de dos países bajo identidad falsa. Pero pronto se me ocurrió una solución para ese problema.

¿No había dicho Wolfgang Hauser que quería ayudarme a «proteger» mi herencia y que esperaba que conociera a tía Zoé en París para averiguar más cosas? Puesto que el Tanque nos enviaba a Rusia en una misión del Gobierno, tal vez podríamos arreglarlo para hacer una escala en París y visitar a tía Zoé. A Sam no pareció entusiasmarle demasiado la idea de que pasara unos días de abril en París con Wolfgang, pero había sido idea suya que interrogáramos a Dacian Bassarides. Y ésta era la forma más sencilla.

Acordamos que Sam pasaría las próximas semanas, mientras yo realizaba el viaje franco-ruso, sacudiendo el árbol familiar a hurtadillas para ver si conseguía que cayeran unas cuantas manzanas podridas, y que sería buena idea que visitara a su abuelo Oso Oscuro en la reserva de los nez percé en Lapwai. A pesar de que ninguno de los dos había visto a Oso Oscuro desde hacía años, pensamos que nos aportaría datos sobre el padre de Sam, Earnest, cuando vivió en Lapwai antes de que Sam naciera, una información que arrojaría luz sobre como mínimo un miembro involucrado en el cisma familiar que, como sabíamos, había heredado manuscritos.

Pero comprendí que mi familia reunía más que excentricidad, fama y contiendas. Había algo misterioso que parecía yacer enterrado en su mismo núcleo. Para explorar ese núcleo necesitábamos obtener datos nuevos de una fuente externa imparcial. Entonces pensé en la Iglesia de Jesucristo de los santos del último día.

Pocas personas de fuera, o «gentiles», saben que la iglesia mormona posee cerca de Salt Lake City una información genealógica exhaustiva, donde guardan registros de linajes familiares que se remontan hasta los tiempos de Caín y Set. Olivier me contó que conservan esos registros en el ordenador; las líneas de sangre mundiales tejidas en tecnología de microchip, escondidas en cuevas a prueba de bomba en el interior de una montaña de Utah.

«Como los tapices de las legendarias nornas de Nuremberg», pensé.

Aunque las misiones estaban preparadas, Sam y yo seguíamos teniendo el problema de cómo íbamos a establecer contacto una vez que dejáramos esa cabaña y nos separáramos, lo que no tenía fácil solución porque no teníamos ni idea de dónde iba a estar al día siguiente por la mañana ninguno de los dos. Sam elaboró un plan: todos los días, dondequiera que estuviese, encontraría una tienda de servicio de fax y me enviaría uno al ordenador de mi oficina, con un nombre falso pero un número auténtico donde podría enviarle a mi vez un fax. Yo iría tan bien a una tienda y se lo mandaría con cualquier información nueva junto con una clave que debería descifrar y un número donde él pudiera responder. Eso funcionaría a corto plazo, dado que hay tiendas que ofrecen servicio de fax en todas las ciudades del mundo, salvo quizás en la Unión Soviética, cuando estuviera ahí.

Cuando Sam extinguió el fuego y salimos de la cabaña, a pesar de que sólo habíamos permanecido dentro algo más de una hora, la luz del sol se reflejaba en la nieve y el prado

era deslumbrante. Antes de ponerme las gafas oscuras para protegerme de ese fulgor, Sam me pasó el brazo por el cuello, me atrajo hacia sí y me besó los cabellos. Después, me apartó un poco.

—Recuerda que te quiero, listilla —me dijo muy serio—. No te enfrentes a más aludes; quiero que regreses de una pieza. Y no estoy demasiado seguro de lo de que te marches a París...

—Yo también te quiero —afirmé, sonriente. Me puse las gafas y le di la mano—. Mientras tanto, hermano de sangre, que el espíritu de la Gran Osa ande en las huellas de tus mocasines. Y antes de que nos separemos, júrame por su tótem que tú también irás con mucho cuidado.

Sam me sonrió también y levantó la mano, con la palma hacia mí.

—Palabra de honor —declaró.

Estaba llegando a la parte alta del prado, cuando vi su silueta contra la nieve medio azulada de la zona inferior del prado, una figura atlética en un elegante mono de esquí negro, con gafas del mismo color y los cabellos despeinados por la brisa de la mañana. No necesitaba verle la cara. Nadie más se movería con tal gracia y agilidad en la nieve. Sin lugar a dudas se trataba de Wolfgang Hauser. Y se dirigía hacia mí, siguiendo mis huellas, las únicas que había aún en la nieve caída durante la noche; de eso estaba segura.

Me cago en dios. Por suerte Sam y yo habíamos subido por caminos distintos. Pero a la velocidad con que se movía Wolfgang, en pocos instantes habría llegado al lugar del bosque donde las huellas de Sam se unían a las mías. ¿Cómo iba a explicar por qué o con quién había ido a esquiar a este punto solitario antes del amanecer? La pregunta sobre qué estaba haciendo allí Wolfgang, cuando se suponía que estaba a casi mil kilómetros, en Nevada, tendría que esperar.

Asustada, salí como un rayo del borde y me adentré por el bosque. No se me había ocurrido que debería regresar por el mismo camino que había seguido por la mañana. Ni siquiera estaba segura de donde estaban mis huellas en el bosque o, puesto que entonces era de noche, dónde nos habíamos encontrado exactamente Sam y yo. Mi único deseo era encontrar a Wolfgang antes de que él llegara a ese punto y surgiera un tema de conversación sumamente delicado. Me movía tan deprisa por entre los árboles que lo pasé de largo.

—¡Ariel! —oí con efecto Doppler y me detuve en seco, de modo que por poco me la pego contra un árbol.

Retrocedí con cuidado a través de los árboles. Wolfgang, que se deslizaba entre ellos, iba separando a su paso las ramas de abeto cubiertas de la nieve de la noche. Cada vez que soltaba una rama, su carga caía en el suelo con un sonido suave y sordo. Cuando nos reunimos bajo la luz veteada, me observó con una expresión inquisitiva pero adusta, de modo que decidí ser la primera en hablar.

—Vaya, doctor Hauser, qué sorpresa —solté, intentando mostrar una sonrisa, aunque aún no sabía si había descubierto nuestras huellas—. Nos encontramos en los lugares más inusitados, ¿no es cierto? Creía que en estos momentos estabas en Nevada.

—Te dije que vendría si podía —replicó en un tono algo irritado—. He conducido toda la noche para llegar.

—Claro, y has decidido relajarte un poco del viaje dando una vuelta con los esquís en medio de ninguna parte —comenté con sequedad.

—No juegues conmigo, Ariel. He ido a tu habitación en cuanto he llegado al hotel; todavía

no había salido el sol. Cuando he visto que no estabas, me he preocupado mucho por lo que pudiera haberte pasado. Pero antes de dar la alarma general, he ido al aparcamiento y he visto que tu coche tampoco estaba. Ayer por la noche nevó: las únicas huellas del aparcamiento conducían en esta dirección, así que he venido y he encontrado el coche en el bosque. He seguido tus huellas hasta aquí. Y ahora te toca a ti explicarme por qué has salido a esquiar sola antes del amanecer, a kilómetros del hotel.

Vaya, así que creía que estaba esquiando sola, lo que significaba que no había llegado a nuestras huellas. Eso me libraba del siguiente paso, algo para lo que ya me había preparado: mentir sin reparos. Pero eso no me sacaba del bosque...

—Esperaba que un poco de ejercicio me ayudara a eliminar parte del coñac que tu hermana y yo nos tragamos en mi habitación ayer por la noche —le dije. Y era cierto.

—¿Bettina? ¿Está Bettina en el hotel? —exclamó sorprendido, de modo que supe que había tocado la tecla adecuada.

—Pillamos una buena —expliqué, pero cuando vi que Wolfgang no parecía entenderlo, se lo traduje—: Nos emborrachamos juntas y le saqué información sobre ti. Ahora comprendo por qué me dijiste que conocías a tío Lafcadio, pero que no eras amigo suyo. Pero en nuestra larga conversación sobre el tema de mi familia, quizá podrías haber mencionado que tu hermana lleva viviendo con mi tío los últimos diez años.

—Lo siento —se disculpó Wolfgang, sacudiendo la cabeza como si se estuviera despertando, como de hecho era posible que se sintiera sí era cierto que había estado conduciendo toda la noche. Me miró con ojos azules, profundos y nublados—. Hace mucho tiempo que no veo a Bettina. Supongo que también te diría eso, ¿no? —añadió.

—Sí, pero seguro que me gustará más tu explicación. Quiero decir que, ¿por qué iban dos personas como tú y Bamb... tu hermana a distanciarse tanto, sólo por los histrionismos exagerados de tío Laf?

—De hecho, sigo viendo a mi hermana de vez en cuando —afirmó Wolfgang, sin responder a mi pregunta—. Pero me sorprende saber que Lafcadio la ha traído desde Viena. Seguramente no esperaba encontrarme por aquí también.

—Pues ahora lo sabrá —dije—. Desayunaremos todos juntos y veremos qué clase de fuegos artificiales empiezan a estallar.

Wolfgang clavó los bastones en la nieve y me puso las manos en los hombros.

—Eres muy valiente al planear un encuentro así. ¿Te he dicho que te eché de menos y que Nevada es un lugar horrible como pocos?

—Creía que a los alemanes les encantaban las luces de neón —solté.

—¿Los alemanes? —preguntó Wolfgang, apartando las manos de mis hombros—. ¿Quién te lo dijo? Oh, Bettina. Vaya, sí que la emborrachaste.

Le sonreí y me encogí de hombros.

—Es mi técnica de interrogatorio favorita: la aprendí en el pecho de mi madre —admití—. Por cierto, puesto que tú y yo somos casi parientes gracias a la relación de mi tío y tu hermana, he pensado que podría adoptar un tono más personal y preguntarte cosas que me gustaría saber de ti, como por ejemplo, ¿qué significa la K de tu nombre?

Wolfgang seguía sonriendo, pero arqueó una ceja, lleno de curiosidad.

Es mi segundo nombre: Kaspar. ¿Por qué me lo preguntas?

¿Como Casper, el fantasma simpático? —pregunté entre risas.

Como Gaspar en alemán. Ya sabes: Melchor, Gaspar y Baltasar, los tres Reyes Magos que llevaron regalos al niño Jesús. —Luego, añadió: ¿Quién te sugirió que me preguntaras eso?

Caray, tal vez era muy hábil interrogando a borrachos, pero también era la persona más torpe del mundo a la hora de responder preguntas inesperadas. Probé con un despeje.

—Supongo que no lo sabes, pero tengo una memoria fotográfica —respondí, eludiendo la pregunta—. Vi tu nombre en el registro complejo, incluido lo de Herr Doctor, y el hecho de que estás des tinado en Krems, en Austria. Por cierto, ¿dónde demonios queda Krems ?

Parloteaba alegremente con la esperanza de escabullirme de la mirada penetrante y suspicaz de Wolfgang.

—Pues es donde iremos juntos el martes —dijo Wolfgang—. Ya lo verás por ti misma. Intenté no reaccionar, porque me empezaba a doler la cabeza por el efecto del alcohol que no había eliminado esquiando.

—¿Este martes? —pregunté, algo histérica. No me podía volver a pasar lo mismo. Ahora no. Justo cuando acababa de encontrar a Sam y no tenía modo de establecer contacto otra vez hasta que él me encontrara a mí. Insistí—: ¿O sea que pasado mañana nos vamos a Austria?

Wolfgang asintió y cuando habló fue con cierta urgencia.

—Pastor Dart me llamó ayer a Nevada. Nos había intentado localizar a los dos, a ti y a mí, y se sintió aliviado cuando le dije que sabía cómo localizarte —me explicó—. Nuestro avión hacia Viena sale de Nueva York el lunes, es decir, mañana por la noche, a última hora. Para tomar ese vuelo tenemos que viajar todo el día; por eso me he pasado la noche conduciendo desde Nevada hasta aquí, para recogerte por el camino y que nos diera tiempo a ambos a hacer el equipaje. Pensé que, como me dijiste que Maxfield también estaría aquí, él podría volver más tarde con tu coche y tú venirte conmigo. Tenemos que comentar muchas cosas antes de salir del país. Nos queda tiempo para desayunar, por supuesto, pero tenemos que...

—¡Un momento! —grité con la manopla en alto—. ¿Se puede saber por qué nos vamos juntos de repente a Viena? ¿O se me ha escapado algo?

—¿No te lo he dicho? —preguntó, y sonrió algo avergonzado—. La embajada nos ha concedido los visados soviéticos. Viena es nuestra primera escala camino de Leningrado.

Wolfgang me había traído un libro de frases en ruso para viajeros y me lo leí mientras me conducía de vuelta a Sun Valley. Deseaba encontrar algunas palabras rusas que expresaran con exactitud mi estado de ánimo. Encontré las palabras para estreñimiento (*zahpoer*), para diarrea (*pabnoes*) y para intestino (*Kyee-SHESCH-nyeeek*). Desde mi punto de vista, esta última se acercaba bastante a la cosa en sí. Sin embargo, a pesar de que sabía que Wolfgang hablaba el ruso con gran fluidez, me resultaba incómodo pedirle que me tradujera la expresión «me cago en dios».

Describir el desayuno como bastante tenso sería quedarse muy corto. Laf me fulminó con la mirada cuando aparecí con Wolfgang, y Bambi y su hermano se abrazaron. Después, Olivier se pasó la comida entera echándome miradas cuando averiguó en rápida sucesión que: a) Bambi era la hermana de Wolfgang; b) Wolfgang me iba a llevar aquel mismo día de vuelta a casa, mientras que Olivier se haría cargo de mi coche y mi gato, y c) Wolfgang y yo nos íbamos al amanecer para un viaje idílico juntos a la Unión Soviética.

Pero Laf se animó un poco cuando le informé de que nuestra primera parada era Viena, donde él tenía previsto llegar desde San Francisco el lunes por la noche, y que le iría a ver por sí le había quedado algo por contarme. Antes de que nos marcháramos, sin embargo, lo llevé aparte.

—Sé lo que sientes respecto al hermano de Bambi —dije—. Pero puesto que vamos a ir juntos a Viena en viaje de trabajo, me gustaría que hicieras una excepción en este caso y nos invitaras a ambos a tu casa. ¿Hay algo más de la situación familiar que consideres que tengo que saber ahora mismo?

—Gavroche, tienes los ojos de tu madre Jersey —respondió Laf con un suspiro—, esos ojos azules de los que siempre ha estado tan orgullosa. Pero los tuyos se parecen más a los de Pandora, los ojos de un leopardo, porque son del más puro color verde. No culpo a Wolfgang: no conozco a ningún hombre capaz de resistirse a unos ojos como los tuyos. Yo no lo sería. Pero, Gavroche, tienes que asegurarte de que vas a resistirte a los hombres hasta que sepas exactamente en qué situación te has metido.

Y eso fue todo lo que Laf me dijo, aunque sabía que había sido sincero conmigo. Le preocupaba yo, no ninguna contienda con la familia de Bambi o con la nuestra.

Besé a Laf, abracé a Bambi, le cedí Jason a Olivier y estreché la mano del silencioso Volga Dragonoff, que nunca sonreía. Mientras recorríamos los doscientos cincuenta kilómetros bordeando el río Snake de vuelta hacia mi sótano, me pregunté en qué demonios me estaba metiendo. Y cómo demonios iba a contactar con Sam antes de irme al día siguiente.

En el camino, Wolfgang me contó lo de nuestro inminente viaje, en el último momento había conseguido una escala en Viena camino de Rusia y por un motivo, pero no el que había dado al Tanque.

Aunque la OIEA tenía su base en Viena, la oficina de Wolfgang estaba en Krems, una ciudad medieval en la parte alta del Danubio, al principio de Wachau, el valle vinícola más famoso de toda Austria, Wolfgang convenció al Tanque de que teníamos que presentarnos ahí y revisar muchos documentos que incluían la filosofía de la OIEA, así como nuestra misión concreta en la URSS, antes de que pudiera llevarme a Rusia. Y parece ser que el Tanque se lo tragó.

No había recordado Krems antes, pero cuando Wolfgang mencionó el valle Wachau, me vino a la memoria de cuando era niña. Más allá, había otra parte del valle del Danubio, el *Nivelungengau*, donde habían vivido una vez los primeros y mágicos habitantes de Austria. Formaba parte del escenario de *El anillo del nibelungo*, la tetralogía de Richard Wagner cuya versión grabada en disco por mi abuela Pandora gozaba de fama mundial.

También recordaba que en Wachau, Jersey y yo habíamos ascendido un sendero escarpado a través de un bosque por encima del gris azulado Danubio hacia las ruinas de Dürnstein, el castillo donde Ricardo Corazón de León había sido capturado al regresar a casa de las Cruzadas y donde permaneció prisionero durante trece meses hasta el pago del rescate.

Pero el motivo privado de Wolfgang para ir a Krems se centraba en otro lugar de Wachau: la famosa abadía de Melk.

Melk, que había sido castillo fortaleza de la casa de Babenberg, los predecesores de los Habsburgo, convertido posteriormente en una abadía benedictina, poseía una biblioteca de casi cien mil volúmenes, la mayoría de ellos antiguos. Según Wolfgang, cuyo relato coincidía con el que me había contado Laf en la piscina, fue en Melk donde Adolf Hitler inició sus investigaciones personales sobre la historia secreta de las runas, como las del manuscrito de tía Zoé. Al parecer, Zoé le había pedido que me llevara a Melk para que investigáramos por nuestra cuenta.

Llegamos hacia las cinco y Wolfgang me dejó en la puerta de mi piso. Acordamos encontrarnos en el aeropuerto a las nueve y media para tomar el vuelo de las diez hacia Salt

Lake. Eso nos dejaba la tarde para hacer los preparativos del viaje. Traté de concentrarme en lo que necesitaría llevar para dos semanas, gran parte de ellas en la Unión Soviética, donde no había estado nunca en esa época del año. Tenía la sensación de que se me olvidaría algo. El folleto de viajes que Wolfgang me dio aconsejaba llevar agua embotellada y mucho papel higiénico, de modo que eso fue lo primero que puse en el equipaje. Y aunque no sabía demasiado sobre Leningrado a principios de primavera, recordaba que Viena en abril no era como París: hacía mucho frío y había que ir bien abrigado.

Todo el rato intentaba ordenar mis pensamientos y averiguar cómo podría ponerme en contacto con Sam. Se me ocurrió que Sam igual me enviaba algo al ordenador antes del día siguiente por la mañana para comprobar el sistema por adelantado. Podría ir a recoger ese mensaje de camino al aeropuerto y, aunque entonces no tuviera tiempo, como mínimo sabría dónde enviar el mensaje de respuesta al llegar a Salt Lake, o desde el aeropuerto Kennedy en Nueva York. Además, me di cuenta de que sería mejor no largarme sin despedirme, sino pasarme antes por la oficina para recibir instrucciones de última hora de mi jefe, Pastor Dart.

Dejé las maletas hechas al lado de la puerta principal y, cuando iba a entrar de nuevo, oí a Olivier en el piso de arriba. Estaba dando golpes con los esquís, de modo que subí con la bata y los mocasines ribeteados de piel para ver si podía ayudarlo.

—Me imagino que no has tomado nada desde esta mañana —fue su primer comentario, y era cierto, se me había olvidado—. Iba a preparar una *mousse* de trucha ahumada con pan de centeno al eneldo para cenar, para el pequeño argonauta y para mí, para compadecernos por tu marcha de mañana. Supongo que después estaremos los dos solos, como solteros, ¿pero te apetece tomar algo con nosotros ahora?

—Me encantaría —asentí.

A pesar de que estaba agotada, caí en la cuenta de que quizá no tendría tiempo para desayunar al día siguiente y lo más seguro era que sólo hubiera cacahuets en el avión hasta pasado mediodía. Además, quería disculparme con Olivier por cómo había transcurrido el fin de semana, aunque pronto descubrí que no era necesario.

—¿Te apetece que prepare un ponche caliente para acompañarlo? —sugerí.

—*Bien sur*. Te perdono en parte, querida mía, por haberme presentado a la bella y generosa Bambita. Creo que me he enamorado, y eso que no se parece en nada a la vaquera que siempre imaginé que acabaría robándome el corazón —dijo con una sonrisa, mientras dejaba los esquís en su rejilla y colgaba los bastones por el asa.

—Pero yo diría que tío Lafcadio y ella forman pareja —indiqué— Y viven en Viena, lo que queda bastante lejos.

—Ningún problema —comentó Olivier—. Los días de esquí de tu tío se han acabado, aunque los de tocar no. Estoy dispuesto a seguir a esa mujer por las laderas como un esclavo el resto de mi vida, sólo para ver cómo practica el *wedeln*, ¿sabes? Y ahora que has hecho tan buenas migas con su hermano, puede que venga a visitarnos pronto.

Bajé para calentar algo de burdeos y sumergirle unas cuantas bolsas de *Glühwein* de mi provisión permanente para preparar mi versión simplificada de vino caliente sazonado. Mientras miraba el brebaje que se calentaba, me vino a la cabeza algo que casi se me había olvidado.

Crucé el amplio y frío salón hacia la pared de libros y hojeé el volumen que contenía la H de la manoseada *Encyclopaedia Britannica* hasta que encontré la entrada que buscaba. Me sorprendió ver que había existido una persona real llamada Kaspar Hauser. Su historia era de

lo más extravagante:

HAUSER, KASPAR

Joven famoso por las circunstancias que rodearon su vida, de un misterio aparentemente inexplicable. Apareció vestido con atuendo campesino en las calles de Nuremberg el 26 de mayo de 1828, con aire indefenso y perplejo...

Le encontraron dos cartas encima: una de un trabajador pobre, que afirmaba que había recibido al chico en custodia en octubre de 1812, que tal como había acordado le había enseñado a leer y escribir y lo había educado en el cristianismo, pero que hasta la fecha establecida para renunciar a la custodia lo había mantenido recluso [y otra carta] de su madre en que afirmaba que el chico había nacido el 30 de abril de 1812, que se llamaba Kaspar y que su padre, un oficial de caballería del 6.º regimiento de Nuremberg, estaba muerto.

[El joven] mostraba repugnancia a todos los alimentos salvo el pan y el agua, parecía ignorar todos los objetos externos y escribía su nombre, Kaspar Hauser.

El artículo proseguía y explicaba que Kaspar Hauser atrajo la atención de la comunidad científica internacional cuando se supo que había crecido en una jaula y que no se podía localizar ni a su familia ni al trabajador que lo había criado. En esa época, surgió un gran interés científico en toda Alemania por cuestiones como los «niños de la naturaleza» criados por animales salvajes, así como por el «sonambulismo, el magnetismo animal y teorías similares de lo oculto y extraño». Un maestro local acogió a Hauser en su casa, en Nuremberg, pero:

El 17 de octubre de 1829 se descubrió que había recibido una herida en la frente que, según él mismo afirmaba, le había infligido un hombre con la cara tiznada.

El científico británico lord Stanhope acudió a ver al chico y, debido a su interés, lo trasladó al hogar de un juez en Ansbach, donde podría estudiarlo más de cerca. El público olvidó su caso hasta que el 14 de diciembre de 1833, un desconocido abordó a Kaspar Hauser y le hirió de gravedad en el lado izquierdo del tórax. El joven murió al cabo de tres o cuatro días.

Al parecer, se escribieron muchos libros sobre Kaspar Hauser en los ciento cincuenta años subsiguientes, con conjeturas descabelladas que sostenían desde que había sido asesinado por el propio lord Stanhope hasta que Kaspar Hauser era un heredero legítimo al trono de Alemania. La enciclopedia insinuaba que toda la historia era un «engaño» y descartaba los hechos históricos por constituir «en cualquier caso una total confusión».

Pero mi confusión la había creado Wolfgang K. Hauser, que era de Nuremberg como su tocayo, al darme la impresión errónea de que su segundo nombre estaba relacionado con los Reyes Magos de la Biblia, sin mencionar un personaje histórico lo bastante conocido como para merecer una entrada en la *Encyclopaedia Britannica*. En cuanto a una mayor conexión con un muchacho que había sido educado como si fuera un animal, ¿acaso la traducción de Wolfgang no era «el que corre con los lobos»?

Eché un vistazo al otro lado de la habitación y vi a Jason, que estaba olisqueando las maletas que yo había dejado al lado de la puerta. Al ver dos maletas Jason sabía que yo estaría fuera más de un fin de semana, de modo que temí que se orinara de forma flagrante en ellas, como había hecho en anteriores ocasiones cuando sospechaba que no vendría conmigo.

—Ni se te ocurra —le advertí. Lo levanté del suelo, quité el *Glühwein* burbujeante del fuego y corrí escaleras arriba hasta la cocina cálida de Olivier—: Será mejor que vigiles a mi

compañero de piso mientras esté fuera —le indiqué—. Me parece que me está cogiendo rencor porque me voy, y ya sabes lo que eso significa.

—Se puede quedar aquí conmigo —sugirió Olivier, mientras untaba una puntita de tostada con *mousse* y se la daba a Jason—. Así gastaré menos en calefacción abajo. ¿Y qué me dices del correo? ¿Te dará tiempo mañana a pedir que te lo retengan, o prefieres que yo... ? ¿Qué pasa?

¡Por todos los diablos, sabía que se me olvidaba algo! Abrí la boca para meter el trocito de tostada que había dejado a medio camino y lo mastiqué para tener la boca ocupada. Vertí el vino humeante en las tazas y di un gran trago mientras mi cerebro rizaba el rizo tratando de resolver con rapidez ese desastre.

—No pasa nada —dije por fin a Olivier—. Me he acordado de que tengo que poner una cosa en la maleta, eso es todo. Pero mañana tendré tiempo de solucionarlo, y de pedir que me retengan el correo, y de pasarme por la oficina también.

Gracias a la misericordia de los cielos era cierto: la oficina de correos abría a las nueve y no tenía que estar en el aeropuerto para embarcar hasta las nueve y media. Pero podía haber sido de otro modo, en cuyo caso, me habría visto en serios aprietos, después de haberse acumulado el correo durante dos semanas mientras yo me dedicaba a corretear por la Unión Soviética. ¿Se puede saber en qué estaría pensando ?

Cuando terminé de comer y bajé al sótano, me maldije a mí misma de todas las maneras posibles por haber tenido la presencia de ánimo de poner un despertador y un pijama en el equipaje y casi olvidar lo que podía matarnos a Sam y a mí. ¿De qué servía tener una memoria fotográfica para las banalidades si luego lo importante se me iba de la cabeza?

A la mañana siguiente llegué a la oficina a las ocho y media, con las maletas y el pasaporte en el maletero del coche. Esta vez aparqué en el extremo opuesto del edificio y entré por los controles para empleados del complejo. No tenía la intención de volverme a quedar a la intemperie sin el abrigo, ahora que estaba a punto de partir hacia la Unión Soviética. Pero cuando llegué a las primeras puertas y coloqué la tarjeta en el monitor, no se oyó el clic que indicaba que el guarda de seguridad de la entrada, al otro lado del edificio, había abierto las puertas siguientes. Me estaba congelando. Me di la vuelta para mirar hacia el objetivo de la cámara y grité: «¿Hay alguien?» Se suponía que tenía que haber guardias de servicio todo el día.

Oí un ruido de fondo y la voz de Bella sonó por el intercomunicador.

—No te veo bien para identificarte con la tarjeta —me informó altanera en tono oficial—. Tendrás que mirar a la cámara: ya conoces las normas.

—Por lo que más quieras, Bella, ya sabes quién soy —protesté—. ¡Hace muchísimo frío!

—Ponte en posición y manten la tarjeta delante del monitor para que pueda completar la identificación, o no entras —insistió.

La muy cerda. Me contorsioné para «adoptar la pose». Sin duda, Bella era una de los que habían oído que la semana anterior había estado esquiando con Wolfgang Hauser en Jackson Hole y ahora se desquitaba demorándome ahí. Tardó un buen rato en identificar a alguien a quien veía todos los días. Cuando por fin oí el clic de la puerta, la abrí de golpe. Pero, mientras la cruzaba, sonreí a la cámara y levanté el dedo corazón frente al objetivo. Oí que Bella tomaba aire con fuerza y balbuceaba histérica detrás de mí hasta que las puertas de cristal apagaron su voz.

Sabía que no podría hacer gran cosa. Los encargados de la seguridad de las instalaciones no podían abandonar su puesto hasta que terminaban el turno. Si le tocaba ahora, no saldría

hasta las diez de la mañana, cuando yo ya estaría en el avión.

Me dirigí a mi oficina y comprobé los mensajes en el correo electrónico.

Tal y como me esperaba, había uno de Sam (Empresa Gran Osa) seguido de un número de teléfono con un prefijo de Idaho, es probable que en algún punto entre Sun Valley y la reserva de Lap-wai. Lo memoricé, lo borré del ordenador y me disponía a ir a ver al Tanque para despedirme cuando asomó la cabeza con expresión de asombro.

—Behn, acabo de recibir una llamada de seguridad pidiendo que te lleve a la oficina del director de inmediato —me comentó—. Me sorprende verte aquí. ¿No tienes que marcharte con Wolf Hauser en el vuelo de las diez? El director afirma que has cometido algún tipo de infracción. ¿Me podrías explicar de qué va todo esto?

—Pues... sí, ahora voy de camino al aeropuerto —expliqué con una terrible sensación—. Sólo he venido para despedirme de usted.

Maldita Bella, ¿pretendía empapelarme? Sabía lo que significaba una infracción de seguridad en un complejo nuclear. Podía llevar horas completar la revisión inicial. La palabra de un guarda de seguridad era la ley. Si su acusación prosperaba, me podían suspender del trabajo. ¿Pero qué me estaba pasando? ¿Por qué no lo había dejado correr y había cruzado el control sin darle mayor importancia? ¿Por qué le había tenido que hacer ese gesto?

Mientras el Tanque me acompañaba a la oficina del director de seguridad, yo pensaba cómo demonios, aun en el caso de que saliera de ésta con tiempo suficiente para coger el avión, iba a llegar a la oficina de correos para que me retuvieran la correspondencia. Me pregunté si sería posible someterme a un trasplante de cerebro o que me suministraran un complemento hormonal que redujera la agresividad femenina. Me pregunté si podía dejarme caer al suelo y simular que estaba sufriendo un ataque.

Cuando entramos, Peterson Flange, el director de seguridad, estaba sentado ante su escritorio. Como nunca había visto a Peterson Flange sin estar sentado a su escritorio, a veces dudaba de que tuviera piernas.

—Controladora Behn, esta mañana he recibido una acusación contra usted por una infracción muy grave de seguridad —empezó a abroncarme el director.

El Tanque arqueó las cejas al mirarme, sorprendido sin duda de que hubiera podido incurrir en una infracción grave si sólo había estado en el edificio unos instantes. Yo me hacía la misma pregunta: había suspendido un nuevo test de inteligencia.

—Behn tiene que salir esta misma mañana para un proyecto muy importante —informó el Tanque a Flange, mientras consultaba el reloj —Su avión sale en menos de una hora. Espero que no sea tan grave como sugieres.

—La guarda de seguridad que ha informado de la infracción ha sido relevada de su cargo y se reunirá con nosotros enseguida " —dijo Flange.

Y entonces, Bella entró como una exhalación.

—Me mandaste a la mierda —gritó, mientras movía una de sus uñas pintadas de color malva delante de mis narices en cuanto me vio.

—Ni más ni menos que lo que haces tú ahora —le indiqué—. Sólo que puede que yo usara otro dedo.

—¿Pero qué dice esta mujer? —preguntó el Tanque señalando a Bella. Había adoptado esa voz de «no me busques las cosquillas» a la vez que fulminaba con la mirada al director de seguridad.

Pero yo sabía que estaba en un buen lío. Aunque el Tanque era el director de todo el complejo nuclear, el personal de seguridad dependía directamente de la sección de

Seguridad Nacional del FBI. Peterson Flange podía anular las decisiones del Tanque y detenerme en seco si decidía proseguir con ese asunto, lo que indignaría al Tanque conmigo porque tendría que sermonearme y rellenar informes y muchas otras tonterías. Tenía que pensar rápido.

—Controladora Behn —dijo Peterson Flange—, la guarda de seguridad la acusa de haberle realizado un gesto obscuro y amenazador a través de la cámara de seguridad en los controles de entrada cuando ella, en cumplimiento de su deber, sólo trataba de identificarla con la tarjeta.

—Lo tengo grabado —me espetó Bella—, de modo que no te molestes en negarlo.

Su actitud me sacó de quicio. Me volví hacia Peterson Flange y le pregunté con amabilidad:

—¿Y puede decirme qué amenaza exacta interpretó su guarda de seguridad con ese gesto?

Se me quedó mirando asombrado y se puso de pie de golpe. Vaya, pues sí que tenía piernas.

—¡La seguridad es el aspecto de mayor importancia en este complejo, controladora Behn! —bramó—. ¡No es una cuestión fútil!

Procuraba recordar qué quería decir fútil, si era algo serio o algo banal, cuando el Tanque interrumpió esa conversación tan interesante.

—¿Qué es lo que le hiciste, Behn? —me preguntó.

—La mandé a tomar por el saco a través de la cámara de seguridad, señor, porque no me dejaba pasar por el control —expliqué—. Me estaba tocando las narices y tenía miedo de que si tardábamos mucho más tiempo, igual perdía el avión.

—¡Que le estaba tocando las na...! —A Peterson Flange le estaba dando un soponcio y se derrumbó de nuevo en la silla. Así que quizás era sólo que el asiento estaba provisto de muelles.

Pastor Dart me observaba cubriéndose la boca con la mano. Si no lo conociera tan bien, habría jurado que se reía. Por último la situación se calmó y el Tanque tomó las riendas.

—En mi opinión —anunció con su mejor voz de «no me fastidies o te voy a jorobar»—, la controladora Behn merece un aviso verbal, nada más. A nivel privado me parece pertinente mencionar que acaba de sufrir una pérdida familiar y que, en cuanto regresó del entierro, se enteró de que debía partir en una semana para una misión importante al extranjero en colaboración con el doctor Hauser, nuestro enlace con la OIEA. Me rogó que la excusara de la misión pero yo...

Se detuvo porque Bella se había abalanzado sobre el escritorio del director y le estaba gritando en plena cara.

—¡Tiene que empapelarla! ¡No puede permitir que se vaya de viaje con él!

Peterson Flange lanzó una mirada avergonzada a Dart y sacudió una mano.

—Me encargaré yo mismo de este tema —concedió, mientras el Tanque y yo nos disponíamos a marcharnos.

—Más adelante, me darás las explicaciones oportunas, Behn. Pero ahora será mejor que cojas ese avión con Hauser —dijo el Tanque y, cuando me iba, sacudió la cabeza con una sonrisa y añadió—: No me puedo creer lo que hiciste. Pero por favor, que no se repita.

Sólo me quedaban veinte minutos para ir de la oficina al aeropuerto, que estaba a unos diez minutos largos, sin contar el rodeo que tenía que dar. Detuve el coche a la puerta de la oficina postal, sin molestarme en aparcar. Bajé del coche y subí corriendo los peldaños. George, el empleado de correos, estaba detrás del mostrador cuando entré, pero había unas

cuantas personas haciendo cola.

—George, me tendría que retener el correo unas semanas —grité por encima de las cabezas—. Le rellenaré el impreso. ¿Es demasiado tarde para retener también el de hoy?

Oh, señorita Behn, lo siento —se excusó George, mientras pesaba sobres y les ponía sellos para los otros clientes—. Fue culpa mía, pero intenté arreglarlo. Espere un momento y esta vez lo hago bien.

Hizo sonar un timbre en el mostrador y me volvió a asaltar esa sensación terrible. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué era lo que George me tenía que arreglar? ¿Qué era lo que iba a hacer bien? Estaba muy asustada pero de todas formas le rellené el formulario y se lo di.

De dentro salió otro empleado y recogió los resguardos de los que abian ido a buscar envíos. George desapareció y volvió con un paquete. No se parecía demasiado al otro que había recibido la semana anterior, pero estaba en un sobre acolchado, grande y maltrecho, como el que Sam había descrito, del tamaño de unas mil hojas.

—La semana pasada me confundí de paquete —explicó George—. Éste era el que correspondía al resguardo que traje, pero no lo comprobé. El otro llegó el mismo día que usted vino y todavía no habíamos preparado el aviso. El sábado, comprobamos los paquetes pendientes para devolver al remitente los que no habían sido reclamados y, por suerte, estaba yo aquí y me di cuenta de mi error. No sabe cuánto lo siento, señorita Behn.

Me entregó el paquete y apreté los dientes antes de mirarlo. Sabía que sólo me quedaban diez minutos para llegar al aeropuerto y coger el avión a Europa con Wolfgang Hauser. Me obligué a mí misma a mirar el paquete. El matasellos era de San Francisco, como el resguardo que había encontrado en la nieve. Y esta vez no había error posible: la letra que contenía era la de Sam.

EL REGALO

Donde mejor se intuye el peligro [para el que da y el que recibe es] en el derecho y el idioma germánicos antiguos. Eso explica el doble significado de la palabra regalo en todas esas lenguas: por una parte regalo y por la otra, veneno...

Este tema del regalo letal, el presente o el objeto que se convierte en veneno, es fundamental en el folclore germánico. El oro del Rin es mortal para el que lo conquista, la copa de Hagen resulta mortífera para el héroe que bebe de ella. Un millar de historias y leyendas de este tipo, tanto germánicas como celtas, siguen acechando nuestras sensibilidades.

MARCEL MAUSS,

The Gift

[Cuando Prometeo robó el fuego de los dioses, como represalia] Zeus ordenó al legendario artesano Hefesto que creara un regalo: combinar suciedad y agua y formar una bella muchacha que fuera idéntica a las diosas inmortales... luego, Zeus ordenó a Hermes que la llenara de engaño y artimañas descaradas... Hermes llamó a esta mujer «Pandora»: la que da todos los regalos.

Epimeteo había olvidado que su hermano Prometeo le había advertido que nunca aceptara un regalo de manos de Zeus olímpico, que lo devolviera por si resultaba un mal para la humanidad.

Pero Epimeteo aceptó el regalo. Sólo después, cuando el mal fue el suyo, lo comprendió.

HESÍODO,

Los trabajos y los días

Timeo Dañaos et dona ferentes. (Temo a los griegos, incluso a los que hacen regalos.)

VIRGILIO,

Eneida

Salí como un rayo de la oficina de correos, me subí al coche y me dirigí a toda pastilla al aeropuerto. Me detuve en el aparcamiento, bajé, agarré mis bártulos y crucé con rapidez el pavimento helado. Una vez dentro, busqué con desesperación las dos zonas de puertas. Al fondo, cerca de seguridad en la puerta B vi a Wolfgang gesticulando en medio de una acalorada discusión con uno de los auxiliares de tierra.

—Gracias a Dios —soltó aliviado en cuanto me vio, pero enseguida me di cuenta de que estaba enfadado. Se dirigió deprisa al auxiliar—: ¿Es demasiado tarde?

—Un segundo —respondió el hombre y descolgó el teléfono para llamar a la cabina. Desde detrás, Wolfgang me observaba enojado. El hombre escuchó y luego asintió—. Aún hay la escalera, pero será mejor que se den prisa en subir, amigo —nos dijo finalmente—. Tenemos un horario que cumplir.

Pasó las maletas por el escáner y nos cortó los billetes. Corrimos por la pista y subimos los peldaños de metal. En el mismo instante en que nos abrochábamos los cinturones de seguridad, el avión empezó a moverse.

—Espero que tengas una buena excusa —comentó Wolfgang mientras nos dirigíamos hacia la pista de despegue—. Sabías que no había otro vuelo hacia Salt Lake en tres horas. Me he pasado la última media hora hablando sin parar para convencerlos de que retuvieran el avión; ¡podríamos haber perdido los enlaces! ¿En qué estabas pensando?

El pulso, todavía desbocado por la carrera, me martilleaba en los oídos; respiraba agitadamente; apenas podía hablar.

—Verás... tuve que hacer... un recado importante... de camino.

—¿Un recado? —soltó Wolfgang, incrédulo.

Iba a añadir algo más pero entonces los motores empezaron a acelerar para el despegue. Seguía moviendo los labios, así que le indiqué que no lo oía. Se volvió enfurruñado, sacó unos papeles del maletín y los repasó mientras el avión aceleraba por la pista y se elevaba. No volvimos a hablar en los cuarenta minutos que duró el viaje, tranquilo pero ensordecedor, hasta Salt Lake. Me convenía. Tenía mucho en que pensar.

No había duda de que el paquete que contenía mi bolso de lona, ahora bajo el asiento del avión, era el regalo que mi abuela Pandora había legado a tío Earnest, quien lo había pasado a Sam; un regalo tan peligroso que el recuento de cadáveres no sólo incluía a un par de co-

legas de Sam, sino acaso también a Pandora y a Earnest; un regalo tan destructivo que, por unos segundos de diferencia, podría haber acabado también con Sam. Ahora el regalo estaba en mis manos.

Puesto que ya no confiaba en que amigos, colegas y, de forma muy especial, la mayoría de miembros de mi propia familia tuvieran cerca este regalo venenoso, era comprensible que me hubiera mostrado reacia a dejárselo a George, ante la mirada de una docena de clientes. Incapaz de encontrar un escondrijo en el escaso tiempo que me quedaba entre la oficina de correos y el aeropuerto, me veía ahora enfrentada al problema de qué hacer con mi letal herencia antes de llegar a la Unión Soviética, donde sabía que sería examinado a fondo y probablemente confiscado, lo cual supondría un peligro aún mayor para todos los implicados. Sobre todo, para mí.

Obsesionada con esta idea, lo primero que se me ocurrió fue destruirlo. Pensé en varios métodos por si tenía que eliminarlo deprisa: muerte por agua, muerte por fuego. Pero para cuando llegamos a Salt Lake, las opciones se habían reducido drásticamente. No era nada factible tirar mil páginas al inodoro, ni encender una hoguera de cuatro kilos en ninguno de los aeropuertos por los que pasaríamos en las siguientes veinticuatro horas. Y destruirlo tampoco me garantizaba que pudiera respirar más tranquila, dado que no tenía idea de quién quería los manuscritos ni por qué. ¿Cómo iba a anunciar que el objeto del deseo de todo el mundo ya no existía? Además, si lo hacía, podría resultar mortal para Sam, el único que sabía dónde estaban escondidos los originales.

La solución parecía ser ocultar el paquete como había hecho con el primero, donde a nadie se le ocurriera buscarlo.

Sabía que la consigna del aeropuerto de Salt Lake, a diferencia de aquellas en las que los personajes de las películas esconden su botín, funcionaba, más como un parquímetro con un margen de unas horas como máximo. Incluso aunque tuviera tiempo de dividir el paquete en otros más pequeños y de enviármelos a mí misma, se trataba de una opción tan arriesgada como la de haberlo dejado en la oficina de correos, con Olivier, el Tanque y Dios sabe quién más husmeando. Me estaba quedando sin ideas.

En el aeropuerto de Salt Lake me volví a disculpar por mi retraso ante el aún contrariado Wolfgang. Cuando hubimos facturado las maletas más voluminosas hacia Viena, hice un viaje a los servicios y abrí el paquete de Sam: garabatos extrañísimos en caracteres desconocidos, pero con la caligrafía reconocible de Sam. Lo metí entre los documentos de trabajo dentro de mi cartera, me colgué el pesado bolso al hombro y procuré mantener la cabeza despejada hasta el vuelo. Antes de dejar la sala de espera, usé el teléfono para enviar un fax con un breve mensaje para Sam: «Recibí tu regalo. Supone mayor bendición dar que recibir.» Un mensaje desde el aeropuerto de Salt Lake le daría la pista de que ya había emprendido el viaje con Wolfgang. Añadí que cualquier fax recibido en mi ausencia sería remitido.

Wolfgang me esperaba a la entrada de la cafetería, como habíamos quedado. Sostenía dos vasos de papel humeantes.

—He conseguido algo de té para beber en la puerta. Hay demasiada gente para esperar aquí —indicó.

Por encima de su hombro vi hileras de mesas que a tan temprana hora ya congregaban a un buen número de hermanos misioneros mormones, hombres jóvenes con las mejillas rosadas, que sorbían agua helada mientras esperaban el vuelo, vestidos con camisas blancas, trajes y corbatas oscuros, y con las mochilas del uniforme atiborradas con material para ganar

adeptos.

Día tras día, un año sí y otro también, esos jóvenes hermanos misioneros se dispersaban por el globo como las semillas del diente de león, con la misión de propagar las buenas palabras emitidas por la Iglesia de Jesucristo de los santos del último día directamente desde su corazón, aquí en Salt Lake City.

—No convierten a demasiados austríacos a su fe —comentó Wolfgang mientras nos encaminamos por el pasillo a nuestra puerta—. En un país tan católico, las conversiones a otras fes no son frecuentes. Pero en este aeropuerto siempre hay muchísimos de estos jóvenes yendo y viniendo. A mí me resultan sumamente extraños.

No tan extraños, sólo distintos —le dije, mientras quitaba la tapa del té y daba el primer sorbo: quemaba—. Por ejemplo, has conocido a mi casero, Olivier. Es mormón. Aunque es más lo que ellos llamarían un mormón «Jack», es decir, que no sigue las normas. A veces toma café o alcohol, a pesar de que lo tienen prohibido. Y si bien no es lo que se dice un donjuán, afirma que tampoco se ha mantenido virgen.

—¿Virgen? —preguntó Wolfgang con recelo—. ¿Es eso habitual?

—No soy ninguna experta, te lo aseguro —afirmé entre risas—. Pero según Olivier es algo más o menos voluntario, para mantener el cuerpo y el alma puros. Se ve que es una forma de prepararse para la salvación y el milenio.

—¿El milenio? —se sorprendió Wolfgang—. No lo entiendo.

—Forma parte de su instrucción —le expliqué—. Los católicos tienen el catecismo, ¿no? Bueno, pues según tengo entendido el suyo es éste: el día de hoy señala el principio del fin, el mundo se está deteniendo. Vivimos los últimos días en que el mundo que conocemos dejará de existir. Sólo aquellos que han sido purificados y confesado su fe en que «Jesús, el Cristo», como ellos dicen, es la Luz y el Camino, se salvarán cuando regrese a la tierra a juzgar y a castigar, a traer con él la nueva era. Se están preparando con el bautismo, con la limpieza y la purga en los últimos días, para poder resucitar en un cuerpo nuevo y etéreo, y recibir así la vida eterna. De ahí el nombre de Santos del Último Día.

—El último día es una idea antigua y muy extendida —estuvo de acuerdo Wolfgang—. A lo largo de la historia, ha sido el núcleo de las creencias de casi todos los pueblos de la tierra; escatología, de *eschatos*, lo último, lo máximo, lo extremo. En el catolicismo la doctrina es *Parousia*: la «presencia» o segunda venida, cuando el salvador reaparece y conduce el juicio final.

Luego de forma inesperada añadió:

—¿Crees en ello?

—¿Te refieres al apocalipsis: «Vendré deprisa» y todo lo demás? —pregunté, siempre incómoda de flirtear usando la fe. ¿No era ya bastante complicado? Después añadí—: Esa promesa fue hecha hace dos mil años y algunas personas que conozco todavía contienen la respiración. Es preciso algo más tangible para engancharme a mí.

—¿En qué crees, entonces? —quiso saber Wolfgang.

—No estoy segura —admití—. Crecí entre los indios nez percé. Su sabiduría es lo más parecido a una educación religiosa que he recibido. Supongo que creo lo que ellos creen, en cuanto a la idea de una nueva era.

Terminé de explicarme mientras andábamos por el pasillo: —Como la mayoría de tribus, los nez percé creen que los nativos americanos son el pueblo elegido para dar lugar a la transición. A finales del siglo pasado hubo un profeta llamado Wovoka, un paiute de Nevada. Durante una enfermedad tuvo una visión que le reveló lo que sucedería al final de los

tiempos, que para los paiute señalaría el inicio del nuevo eón. Wovoka aprendió una danza visionaria e inspirada que permite a las personas cruzar la frontera entre el mundo tangible y el espiritual. Las personas tenían que bailar cogidas de la mano, en círculo cinco días seguidos, todos los años. Lo llamó *wanagi wacipi*, la danza del espíritu.

»Los bailarines invocan al hijo del Gran Espíritu; éste llegará como un torbellino y todos los *wasichu*, vosotros los hijos de lengua bífida de los europeos, que destrozáis todo lo que tocáis, seréis borrados de la faz de la tierra. Los espíritus ancestrales regresarán a la tierra, junto con el bison que fue asesinado sin piedad por el hombre blanco. La Madre Tierra vuelve a ser bella y vivimos en armonía con la naturaleza, como se veía en las visiones antiguas.

—Es muy bonito —afirmó Wolfgang—. ¿Y de verdad es eso lo que crees, esa imagen armónica del paraíso recuperado?

—Creo que ya va siendo hora de que alguien empiece a creer en ello —le aseguré—. Aquí en el tercer planeta hemos ensuciado nuestro propio nido. Por eso elegí el trabajo que hago. El control de residuos es mi tipo de purificación ritual: ayudar a limpiar las cosas.

Sam me había indicado una vez que ninguna civilización en la historia, por muy poderosa que fuera, había logrado sobrevivir largo tiempo sin un buen sistema de cañerías decentes. Roma controlaba la mitad del mundo con los acueductos, agua y sistemas de residuos. Cuando Gandhi quiso liberar a la India de los británicos, lo primero que hizo fue poner a todo el mundo de rodillas para limpiar los inodoros.

Se lo conté a Wolfgang y se rió. Llegamos a la puerta. Dejó el maletín en el suelo de la sala de preembarque y chocó el vaso de papel lleno de té contra el mío como si fuera un brindis con champán.

—Salvar al mundo controlando los residuos está muy de acuerdo con la misión de mi compañía, la OIEA —dijo con una sonrisa—. Pero en el fondo, los hombres siguen siendo igual en todas partes. No consigo ver cómo es posible que purificarse como eligen los mormones, o limpiar la suciedad de otros como el Mahatma Gandhi, o bailar en las praderas, como aconsejan tus indios americanos, cambie demasiado el comportamiento humano o pueda originar la reforma mundial.

—Pero estamos hablando de creencias, no de comportamientos señalé—. Cuando las cosas se reducen a la tierra, los resultados no son nunca tal y como planeamos. Por ejemplo, a ti la idea de la danza del espíritu te pareció bonita pero mira lo que fue de ella. La danza incorporaba tantos elementos paradisíacos que pronto la adoptaron los arapajó, los oglala, los shoshón, y sobre todo los dakota, que al final fueron destruidos.

—¿Destruídos? ¿Qué quieres decir? —preguntó Wolfgang, con expresión confundida.

—Hombre, pues que los mataron —repliqué sorprendida. Me resultaba difícil de creer que hubiera alguien que no conociera la historia—. Es uno de los temas más amargos de la historia de los nativos americanos pero, en su origen, fue consecuencia de creencias confrontadas. Se prohibió a las personas que cazaran, se las reunió y se las metió en reservas y se las obligó a cultivar la tierra. Luego, justo antes del cambio de siglo, llegó la gran hambruna. Se morían de hambre a millares, de modo que bailaron y bailaron. Las danzas se volvieron salvajes e histéricas; la gente entraba en trance mientras, desesperada, intentaba que volviera el pasado mágico, arcádico, cuando la tierra y sus hijos formaban un solo ser. Creían que las camisas mágicas que llevaban repelerían las balas de los soldados. Los colonos blancos temían esa nueva religión porque pensaban que esas danzas eran de guerra, así que prohibieron la danza del espíritu. Cuando los dakota encontraron un lugar más alejado para

seguir con la danza, las tropas del Gobierno los atacaron y acabaron con familias enteras, les dispararon y los masacraron: hombres, mujeres y niños, hasta los más pequeños. Seguro que has oído hablar de la matanza de 1890 de todos los bailarines del espíritu en Wounded Knee. —¿Masacrados, por bailar? —exclamó Wolfgang, incrédulo y horrorizado.

—Resulta difícil de creer —acepté y añadí con sarcasmo—, pero el Gobierno federal ha adoptado a menudo una línea dura con estos temas regionales.

Luego me di de bofetadas por tratar de forma simplista algo que era, como se merecía ser para Sam y la mayoría de nativos americanos, su propia visión personal del holocausto y del apocalipsis unidos en uno.

—Esa historia es realmente sorprendente —comentó Wolfgang—. ¿Así pues, los descendientes de los civilizados blancos europeos son los malos de la película?

—No te lo puedes imaginar —corroboré—. Pero me has preguntado en qué creo yo, de modo que supongo que me quedaré con la convencional sabiduría tribal: me gustaría que hubiese algo como la danza del espíritu que nos trajera una renovación de la armonía entre nosotros y nuestra abuela la tierra, como la llaman los nativos americanos. Por supuesto, yo no serviría de gran ayuda para traerla: no soy muy buena bailarina.

Wolfgang sonrió.

—¿Cómo es posible, si tu tía Zoé fue una de las mejores bailarinas de este siglo? —dijo—. Y parece poseer muchas cualidades similares. Tienes el cuerpo de una bailarina: los huesos, el movimiento de los músculos, tu forma de esquiar por ejemplo...

—Pero me da miedo esquiar en la nieve en polvo —puntualice — Soy muy descontrolada. No se puede ser descontrolado y ser buen bailarín. La madre de Sam, aunque no la conocí, era nez percé de pura sangre. Cuando éramos pequeños, Sam y yo realizamos la ceremonia para convertirnos en «hermanos de sangre». Yo quería unirme a la tribu y ser una nez percé oficial, pero el abuelo de Sam no lo aprobaba porque me negaba a bailar. Un recién llegado a la tribu debe convertirse en lo que los hopi llaman *hoya*, que es el nombre de un baile de iniciación. Significa «listo para volar del nido», como un pajarillo.

—Pero yo te he visto lanzarte desde un acantilado —afirmó Wolfgang, que seguía sonriendo—. Sin embargo, te imaginas que no puedes liberarte lo bastante para bailar en la nieve en polvo. —¿Ves qué cosa tan poderosa son las creencias que es de hecho a través de tu propia elección que has decidido que puedes hacer una cosa pero no la otra?

—Al menos sé qué creo del abuelo de Sam —proseguí, evitando la observación de Wolfgang—. Creo que su esperanza real era distanciar a Sam, su único nieto, de mi lado de la familia. Somos algo peculiares. Pero desde el punto de vista de Oso Oscuro, Sam y yo empezábamos a estar demasiado unidos para su tranquilidad. Los nez percé son estrictos en cuanto a las líneas de sangre. Como prima de Sam, me habría considerado fruta prohibida: el matrimonio endogámico no está permitido ni entre parientes más lejanos...

—¿Matrimonio? —me interrumpió Wolfgang—. Pero si dijiste que sólo eras una niña por aquel entonces.

Maldita sea. Notaba cómo se me asomaba la sangre a las mejillas e intenté agachar la cabeza. Wolfgang me puso un dedo bajo la barbilla y me levantó la cara hacia la suya.

—Yo también creo algo, preciosa —me dijo—. Si este primo tuyo no hubiese fallecido de forma prematura, creo que estaría bastante alarmado por esta confesión ruborizada.

Y entonces, gracias a Dios, anunciaron nuestro vuelo por el altavoz.

Durante el largo vuelo a Nueva York, Wolfgang rellenó algunos huecos que se había saltado el día anterior respecto a nuestra misión inminente en la Unión Soviética para la

Organización Internacional de Energía Atómica. Pero en cuanto a las circunstancias que rodeaban la OIEA, yo ya sabía bastantes cosas.

Cualquiera que se moviera como yo en el campo nuclear recibía el nombre de «atómico» y era desdeñado y despreciado por casi todos. Lo refleja la popularidad en países como Estados Unidos de eslógans como «Sin atómicos es lo mejor» o «El único atómico bueno es el atómico muerto»: sabiduría profunda de la escuela de filosofía de los amantes de los adhesivos.

La misión principal de la empresa de Wolfgang consistía en canalizar los materiales nucleares hacia usos positivos y pacíficos. Entre ellos, el diagnóstico y tratamiento de enfermedades, la eliminación de pesticidas tóxicos del siglo pasado a través de programas como la esterilización de insectos, y el desarrollo de la energía atómica, que ahora produce el diecisiete por ciento de la electricidad en el mundo a la vez que reduce de forma considerable la contaminación por combustibles fósiles así como la explotación a cielo abierto y la deforestación. Y todo ello daba a la organización el empuje necesario para asegurarse asimismo la protección de los materiales susceptibles de uso militar. Y un reciente fiasco nuclear podría haber empujado esa puerta para abrirla algo más.

Seis meses después del accidente de 1986 en Ucrania, la OIEA empezó a solicitar información temprana de todos los accidentes que amenazaban con tener efectos «transfronterizos», como el desastre de Chernobil, que la Unión Soviética negaba hasta que se detectó la radiación por todo el norte de Europa. Un año más tarde, la OIEA creó un programa para asesorar a los estados miembros sobre los peligros de residuos como los que Olivier y yo manejábamos diariamente en nuestro trabajo. Hacía sólo unos meses, la organización incorporó medidas mucho más duras contra el transporte y vertido ilegal de residuos radiactivos.

Pero, aunque el desastre de Chernobil había desencadenado muchos de estos cambios, el público en general no llegó a conocer sus causas exactas. Chernobil era un reactor reproductor, del tipo que los gobiernos soviético y estadounidense, entre otros, habían apoyado durante largo tiempo, pero que la gente temía de forma instintiva y generalizada. Quizá con buen motivo.

Tal como su nombre sugiere, un reactor reproductor produce más combustible del que consume, al igual que la técnica de los legendarios hombres de la montaña de las Rocosas para dar volumen a una sopa que un día expliqué a Olivier, la masa fermentada usada en el pan de levadura. Se coge un poquito de levadura nuclear, un material fisi-ble como el plutonio 239 y se le añade grupos de material corriente como el uranio 238, que en sí mismo no es utilizable como combustible. Se obtiene así una mayor cantidad de levadura (más plutonio) que se puede reciclar como combustible nuclear o destinarse a la construcción de bombas.

Debido a que los reproductores son tan viables a nivel comercial, los rusos los habían utilizado durante décadas, y también nosotros en Estados Unidos. ¿Dónde había ido a parar todo ese plutonio? En el caso de mi país, durante la Guerra Fría no era ningún secreto: se reciclaba en cabezas nucleares, tantas como para que todo el mundo en América hubiera podido tener unas cuantas en el garaje. Pero en cuanto a los residuos rusos, tenía la impresión de que lo averiguaríamos pronto, cuando llegáramos a Viena.

La Organización Internacional de Energía Atómica se encuentra en Wagramer Strasse, al lado del Donaupark, en una isla rodeada por los brazos de los viejos y nuevos meandros del Danubio. Al otro lado de la extensión cristalina del río se sitúa el Prater con su famosa noria Ferris, el mismo parque de atracciones donde, setenta y cinco años atrás, mi abuela Pandora

pasó la mañana en ese tiovivo con tío Laf y Adolf Hitler.

A las nueve de la mañana del martes, el colega de Wolfgang, Lars Fennish, esperaba en el *Flughafen* para recogernos a nosotros y las maletas y llevarnos a la ciudad para las reuniones del día. Después de ese viaje largo, agotador y con pocas horas de sueño, me senté en el asiento de atrás, sin ganas de hablar. De modo que mientras los dos hombres charlaban en alemán sobre nuestra agenda y planes del día, observé por las ventanas azuladas la vista deprimente del paisaje suburbano. A medida que nos aproximábamos a Viena, me invadió la nostalgia y me sumergí en el pasado.

Habían pasado casi diez años desde que estuve en Viena, pero hasta ese momento no me había dado cuenta de cómo echaba de menos la ciudad de mi niñez: todas esas navidades y vacaciones pasadas con Jersey en el medio musical de tío Laf, comiendo galletas, abriendo regalos con lazos y buscando huevos de Pascua. Mi imagen personal de Viena era más rica y con muchas más capas que la imagen sensiblera que la ciudad ofrecía al resto del mundo: como decía tío Laf, «la ciudad del *Strudel und Schnitzel und Schlag*». Yo veía una Viena distinta, impregnada de muchas tradiciones, empapada de sabores y aromas de culturas tan diversas que no podía pensar nunca en ella sin sentirme inundada, como ahora, por esa sensación de su historia mágica.

Desde sus inicios, Viena había sido la puerta cultural que a la vez une y separa este, oeste, norte y sur: un punto de fusión y fisión. La tierra que hoy en día llamamos Austria (Österreich, o el reino oriental) se llamaba en otros tiempos Ostmark: la marca oriental, los límites donde el reciente mundo occidental finalizaba y empezaba el misterioso este. Pero la palabra *Mark* también significa «tierra fronteriza», en este caso, esos pantanos neblinosos a lo largo del río Danubio.

Con un recorrido de dos mil setecientos kilómetros desde la Selva Negra hasta el mar Negro, el Danubio es el curso de agua más importante que conecta Europa occidental y oriental. Su nombre romano *Ister*, o matriz, se usa aún para describir el delta aluvial que separa Rumania de la Unión Soviética. Sin embargo, al margen del nombre del río en muchas lenguas a lo largo de los siglos (Donau, Dunav, Danuvius, Dunarea, Dunaj, Danubio), el nombre celta más antiguo del que todos ellos derivan era Danu: «el regalo».

El regalo del agua no reconocía fronteras y ofrecía en abundancia su regalo de vida a todos los pueblos. Y había otro regalo que se había cosechado durante milenios en las riberas del Danubio, un tesoro de oro negro sobre el que se habían levantado las riquezas de la mismísima Viena, y que le había dado nombre a la ciudad: *Vindobona*, vino bueno.

Aún ahora, en la cima de las colinas que rodean Viena, podía ver hileras y más hileras de vid, cultivada a partir de viejas y retorcidas cepas, intercaladas con gavillas de granos amarillos de la cosecha de otoño, regalo de la diosa Ceres. Pero el vino era el regalo de otra deidad, Dioniso. Su regalo aliviaba el dolor, originaba sueños y, algunas veces, volvía locos a los hombres; inventó la danza y sus seguidores más notorios fueron mujeres que bailaban con frenesí. Así pues, para mí, si alguna ciudad pertenecía a este dios concreto, era Viena, la tierra del «vino, las mujeres y la canción».

Yo misma, a corta edad, me las tuve con esta misma divinidad aquí en Viena, cuando Jersey cantó una matine en la Wiener Staatsoper de la ópera de Richard Strauss, *Ariadna de Naxos*.

Ariadna, abandonada en la isla de Naxos por su gran amor Teseo, se plantea el suicidio, hasta que entra en escena Dioniso para rescatarla. Esa tarde Jersey, en el papel de Ariadna, cantaba «Eres el capitán de un barco azabache que navega por el curso oscuro...». Ariadna

cree que el personaje que se le aparece de repente es el dios de la muerte, que ha venido a llevarla con Hades. No se da cuenta de que es Dioniso, que está enamorado de ella y quiere casarse con ella, y que la llevará al cielo y lanzará su diadema de boda entre las estrellas como una brillante constelación.

Pero yo era tan pequeña que no entendía la situación mejor que Ariadna. Imagino que por ello realicé la primera y única actuación pública de mi vida, una que no he conseguido que mi familia, como mínimo, llegue a olvidar. Creí de verdad que ese terrible príncipe de las tinieblas (el tenor) se iba a llevar a mi madre a una tortura eterna en el fuego del infierno, ¡así que me subí al escenario e intenté rescatarla. El teatro se vino abajo. Con una humillación inolvidable, los tramoyistas me sacaron a la fuerza. Gracias a Dios, tío Laf estaba ahí para rescatarme..

Después, dejamos a Jersey firmando autógrafos en su camerino lleno de flores y, en cuanto nos fuimos, se disculparía sin duda ante su atónito público por el comportamiento improvisado de su hija. Laf se me llevó para animarme con *Sachertorte mit Schlagobers*, seguido de un paseo por el anillo que rodea Viena. Cuando llegamos a una fuente, Laf se sentó al borde del agua y, tras atraerme hacia sí, me miró con una media sonrisa irónica.

—Gavroche, cariño —dijo—, te daré un consejo: no hiques nunca los dientes en la pierna de alguien como Baco, como hiciste hoy. Te lo menciono no sólo porque puede que este tenor en concreto no quiera volver a salir nunca más a escena con tu madre, sino también porque Baco, o llamado también Dioniso, es un gran dios.

Y luego añadió para tranquilizarme:

—Aunque ese cantante sólo simulaba ser él.

—Siento haber mordido a ese hombre que cantaba con mamá —admití. Pero estaba intrigada—. Dices que solamente simulaba ser un dios, ¿quiere eso decir que hay un Di... oh... ni... sus real?

Había intentado pronunciar bien el nombre. Y cuando Laf sonrió y asintió, me asaltaron muchas preguntas:

—¿Lo has visto alguna vez? ¿Cómo es?

—No todo el mundo cree en su existencia, Gavroche —afirmó Laf muy serio—. Creen que forma parte de un cuento de hadas. Pero para tu abuela Pandora era muy especial. Te contaré lo que ella creía: el dios sólo se presenta a quienes le piden ayuda. Pero tienes que necesitar de verdad esa ayuda antes de pedirla. Monta un animal que es su compañero más próximo, una pantera negra con ojos verde esmeralda.

Yo estaba entusiasmada. La imagen del tenor cuya pantorrilla había mordido hacía apenas una hora se había desvanecido por completo. Estaba impaciente para ver a ese dios viviente llegar por la Karntner Strasse a lomos de ese animal de la selva, hasta el mismo corazón de Viena.

—Si necesito de verdad su ayuda y viene a rescatarme, tío Laf, ¿crees que se me llevará, como a Ariadna?

—Estoy seguro de ello, Gavroche, si eso es lo que deseas. Pero primero tengo que decirte algo. El dios Dioniso amaba a Ariadna y, como ella era mortal, vino a buscarla a la tierra. Pero cuando un gran dios viene a la tierra, puede causar todo tipo de problemas. Por lo tanto, tienes que asegurarte de no pedirle nunca ayuda a no ser que la necesites de verdad, no como ese niño que gritaba que venía el lobo. ¿Comprendes?

—De acuerdo, lo intentaré —accedí—. ¿Pero qué tipo de problemas

— ¿Y si me equivoco sin querer? ¿Pasará algo malo?

Lar me cogió la mano y me miró a los ojos como si estuviera observando a través de los eones.

—Con ojos como los tuyos, Gavroche, del color del mar —afirmó—, te aseguro que si cometieras ese error, hasta un dios dudaría en culparte. Pero tu abuela creía que la llegada de Dioniso estaba muy cerca. Y como se trata del dios de la humedad, las fuentes y los manantiales y los ríos, si se le llama, vendrá y liberará las aguas. La lluvia caerá como en tiempos de Noé y los ríos inundarán sus orillas...

De repente me vino a la cabeza la imagen del chico que gritaba que venía el lobo cuando no era cierto. De repente, temí esos poderes que Laf dijo que la abuela podía invocar y que insinuaba que yo también.

—¿Quieres decir que el mundo podría inundarse y quedar sumergido bajo el agua si alguien pidiera ayuda antes de necesitarla de verdad? ¿Alguien como yo? —dije.

Laf permaneció en silencio un momento. Cuando habló, no me tranquilizó.

—Creo, Gavroche, que sabrás cuándo es el momento adecuado para pedir ayuda —dijo en voz baja—. Y estoy seguro de que el mismo dios sabrá con exactitud cuándo tiene que acudir.

No había pensado mucho en este episodio de mi niñez en los últimos veinte años. Pero ahora, al cruzar hacia la isla y acercarnos a nuestro destino, eché un vistazo a la cartera de lona a mi lado, en el asiento de atrás, el bolso que contenía los manuscritos de Pandora.

Cruzamos el control de seguridad y llegamos ante la Organización Internacional de Energía Atómica. Al bajar del coche, cogida aún del bolso letal, en mi mente retumbó por un instante lo que tío Laf dijo hacía tanto tiempo en Viena: que sabría cuándo llamar al dios. Y me pregunté si el momento crítico había llegado.

Quizá no estuviera segura sobre el momento crítico, pero a la hora del almuerzo tenía una idea bastante clara de dónde se encontraba el lugar crítico: en la URSS, en una región comúnmente llamada Estepa Amarilla. En los libros de geografía recibía el nombre de Asia Central.

Tal como lo contaba Lars Fennish, al igual que sus colegas, en una sala de juntas de la OIEA para nuestra «breve» reunión de varias horas destinada a recibir instrucciones, era una de las regiones más misteriosas y volátiles del mundo.

Esta franja del mundo de la que hablábamos, mostrada en un mapa en cuatro colores en una pared cercana, incluía las repúblicas soviéticas de Turkmenistán, Tadzhiistán, Uzbekistán, Kirguizistán y Kazajistán, un grupo que unido poseía algunas de las montañas más elevadas del mundo, datos recientes de agitación religiosa y pluricultural y una antigua historia de guerras y violencia intertribales.

También contaban con vecinos notables. Los que estaban al otro lado de la barrera incluían a China, miembro de la liga de los «cinco grandes» con armas atómicas; también la India, nación que afirmaba no poseer armas nucleares y que sólo había «hecho explotar un dispositivo pacífico» pocos años atrás, sin olvidar Pakistán, Afganistán e Irán, un trío a quienes les habría encantado unirse al club. No era el lugar más relajante para ir de visita.

El elemento más crucial para el futuro de la humanidad era también la misión principal de la Organización Internacional de Energía Atómica: asegurarse de que los materiales de posible uso militar no se dirigieran hacia la «proliferación», es decir, más bombas en manos de cada vez más países. Hasta esa reunión no se me había ocurrido que la OIEA no conseguiría jamás este objetivo, a pesar del apoyo total de Estados Unidos y sus aliados, sin la cooperación añadida, incluso el empujón con mano de acero, de la Unión Soviética en

términos parecidos para equilibrar el eje este-oeste. Saber que la URSS había aportado ese apoyo en las últimas décadas fue mi primera sorpresa. La segunda, muy reveladora, era que la misión de Wolfgang y mía en la URSS no había sido iniciativa de la OIEA, sino que los propios soviéticos nos habían invitado.

Es cierto que en los últimos años, en especial tras una catástrofe de la magnitud de Chernobil, los rusos podían haberse vuelto algo más propicios a la intervención externa de elementos como la OIEA. Pero *glasnost* y *perestroika* a un lado, las relaciones externas de los soviéticos no eran tan amistosas como sus relaciones públicas daban a entender. ¿Por qué querían los soviéticos invertir de golpe su postura de guerra fría y pedirnos con timidez que inspeccionáramos su ropa interior?

Para cuando habíamos completado las instrucciones, había averiguado que la respuesta a esa y otras preguntas tenía que ver con una camarilla de la que no había oído hablar antes. Se llamaba el Grupo de los 77 y su ambición, según parece, era unirse al club que controlaba todo el material de uso militar en el mundo.

A la una de la tarde, Wolfgang y yo escapamos por fin de la sala de reuniones, dimos las gracias con gentileza a Lars y a sus amigos por torturarnos esas tres horas y nos dirigimos a almorzar. Tras el sueño y el desayuno escasos, seguido de horas de instrucciones intensivas, estaba más que dispuesta a tomar una buena comida en un ambiente *gemütlich*. Por fortuna, los cafés vieneses no dejaban casi nunca de servir comidas.

Dejamos el equipaje en las oficinas centrales de la OIEA para recogerlo más tarde y cogimos un taxi. Bajamos en el canal y nos encaminamos a pie hacia el famoso Café Central, donde Wolfgang creía que seguirían guardándonos la reserva para el almuerzo. Aunque me sentía incómoda paseando el pesado bolso por las calles adoquinadas de Viena, por lo menos llevaba calzado cómodo. Y andar me iba bien. Antes de que hubiéramos avanzado mucho, la niebla tonificante del canal me había despejado la cabeza, lo que me permitía concentrar un poco mis pensamientos.

—Cuéntame algo más de este Grupo de los 77 —sugerí a Wolfgang—. Tiene la pinta de ser una especie de escuadrón de la muerte del Tercer Mundo que intenta apoderarse de todo el plutonio líquido que pueda. ¿De dónde salió?

—Aquí en Viena hace mucho tiempo que los conocemos —me explicó—. Empezaron como setenta y siete países en vías de desarrollo, todos miembros de las Naciones Unidas, que se unieron a principio de los años sesenta en un grupo de presión para promover la cooperación entre los países del Tercer Mundo. Hoy en día, a pesar de que se siguen llamando el Grupo de los 77, han doblado prácticamente el número de miembros y han aprendido a votar en bloque, por lo que se han vuelto mucho más poderosos. Aunque muchos de ellos pertenecen también a la OIEA, la organización se mantiene al margen de este tipo de grupos con intereses especiales por la sencilla razón de que los miembros de su junta proceden en su mayoría de naciones muy industrializadas a nivel nuclear, que se muestran prudentes sobre con quién compartir su pericia atómica.

—¿Así, crees que a los soviéticos les preocupa que el Grupo de los 77 pueda agitar las repúblicas de Asia central?

—Quizá —respondió Wolfgang—. Hay alguien que nos podría contar mucho más, si quisiera. Conoce bien a esa gente. Iba a encontrarse con nosotros para comer y espero que nos siga esperando. Fue muy difícil concertar el horario: es viejo y obstinado, y se negó a hablar con nadie de esta cuestión excepto tú. Por eso estaba tan trastornado cuando creía que perderías el avión de Idaho. Todo el mundo ha puesto mucho esfuerzo en la coordinación de

este viaje, ¿sabes?

—Eso parece —convine.

No tenía ni idea de lo que estaba pasando. A medida que avanzábamos por las calles, la niebla que nos envolvía se había espesado. Aunque Wolfgang hablaba, su voz parecía distante y sólo capté las últimas palabras.

—... ayer por la noche desde París, mientras tú y yo viajábamos hacia aquí. Creía que era fundamental verte en persona.

—¿Quién vino desde París ayer por la noche? —pregunté.

—Vamos a conocer a tu abuelo —dijo Wolfgang.

—Eso es imposible. Hieronymus Behn lleva muerto treinta años —objeté.

—No me refiero al hombre que tú crees que era tu abuelo —soltó—. Me refiero al hombre que voló desde París ayer por la noche para conocerte, el hombre que engendró a tu padre Augustus en tu abuela Pandora, quizás el único hombre al que ella quiso de verdad.

Puede que fuera la niebla, o la falta de sueño y comida, pero de repente me sentí mareada, como si acabara de bajarme de un tiiovivo y las cosas siguieran dando vueltas. Wolfgang me puso la mano bajo el brazo, como para que no me cayera, pero su voz siguió hablando.

—No estaba seguro de cuánto tenía que contarte antes, pero ése es el motivo real por el que fui a buscarte a Idaho —me comunicó—. Como te expliqué ese primer día en la montaña, los documentos que has heredado no pueden caer en malas manos. El hombre que vas a conocer sabe mucho del misterio que entrañan. Pero antes, creí que debía prepararte, porque podrías... bueno, hay algo de él que resulta difícil describir, pero voy a intentarlo. Es como un personaje antiguo en posesión de poderes mágicos, como una especie de mago. Pero seguramente ya sospechas quién es tu abuelo. Se llama Dacian Bassarides.

EL MAGO

Mago se deriva de Maja, el espejo en el que según la mitología hindú Brahma se contempla a sí mismo y a su poder y maravillas desde toda la eternidad. De ahí también nuestros términos magia, mágico, imagen, imaginación, que implican la concreción en una forma... las potencias de la materia viva, sin estructura, primigenia. El mago, pues, es alguien que estudia las operaciones de la vida eterna.

CHARLES WILLIAM HECKETHORN,

The secrets societies

Es él quien puede deber su vínculo al mundo de las imágenes y las apariencias, estar ligado a ellas de forma sensual, voluptuosa, pecaminosa, y aun así ser a la vez consciente de que pertenece al mundo de la idea y el espíritu, lo mismo que el mago que convierte la apariencia en transparente para que la idea y el espíritu sean visibles a través de ella.

THOMAS MANN

El hombre es superior a las estrellas si vive en el poder de la sabiduría superior. Esa persona, que domina sobre el cielo y la tierra por medio de la voluntad, es un mago. Y la magia no es brujería, sino sabiduría suprema.

PARACELSO

En su propio círculo mágico deambula el hombre maravilloso, y nos dibuja con él para que nos maravillemos y participemos.

WOLFGANG GOETHE

Wolfgang pretendía «prepararme» para conocer a Dacian Bassarides. ¿Pero cómo habría podido estar preparada para los acontecimientos de las últimas dos semanas? Y ahora esto: la revelación de que mi insoportable y arrogante padre podía ser fruto de los amores ilícitos de mi abuela, en lugar del hijo legítimo de Hieronymus Behn.

Mientras avanzábamos por el laberinto de calles adoquinadas hacia el Café Central, Wolfgang pareció entender que yo necesitaba un poco de paz y tranquilidad. Estaba harta de todas esas sorpresas sobre mi horrenda familia. Y no podía decirse que contribuyera a mi paz espiritual el hecho de que cada nuevo dato suscitara más preguntas. Por ejemplo, si Dacian Bassarides era de verdad mi abuelo y Hieronymus Behn lo sabía, ¿por qué había criado Hieronymus a mi padre Augustus como a las niñas de sus ojos, y no sólo lo prefería a su hijastro Laf, sino también a sus propios hijos legítimos, Zoé y Earnest?

Desde un punto de vista más general, Dacian Bassarides había desempeñado un papel fundamental en todas y cada una de las escenas. Por ejemplo, si el patrimonio de Pandora se había dividido entre los miembros de la familia Behn sin que nadie supiera quién había recibido qué, como Sam y yo nos figurábamos, entonces, como albacea de ese patrimonio, Dacian podía muy bien ser la única persona viva que supiera cómo estaban conectados esos manuscritos y con quién.

Recordé que cuando tío Laf me dio su versión de la saga familiar, describió a Dacian como su primer profesor de violín, el primo joven y atractivo de Pandora que los dejó subir en el tiovivo del Prater y que luego acompañó al Hofburg a los niños y a Pandora, con su amigo «Afortunado», para que vieran la lanza de Carlomagno y la espada de Atila.

Esa era la historia básica, que no llenaba ningún vacío. Uno de esos vacíos, sin embargo, podía ser una conexión que a Laf se le había escapado. Según su testimonio, en ese paseo por el Prater Dacian parecía tener una amistad tan íntima con Afortunado como la misma Pandora. Más tarde, en el museo, fue su pregunta discreta pero oportuna acerca de «esos otros objetos que andas buscando» lo que sacó a relucir cuáles eran los elementos que Hitler consideraba sagrados (fuentes, útiles y demás) y reveló cómo y dónde había llevado a cabo su búsqueda.

Pero si el primo de Pandora se encontraba realmente en el centro de la trama, como Sam había insinuado y yo misma empezaba a creer, ¿por qué motivo había recaído este papel protagonista sobre Dacian Bassarides?

El Café Central se había renovado por completo hacía poco. La parte de atrás seguía todavía en obras, como atestiguaba algo de polvo y el ruido intermitente de sierras. Pero desde mi última visita, habían desaparecido los viejos paneles oscuros, el papel de pared aterciopelado y los apliques poco luminosos, y el lugar se había convertido en un espacio abierto y lleno de luz.

A medida que cruzábamos la sala, la niebla del exterior se levantó; una luz pálida se filtró por los ventanales y se reflejó en la vitrina de metal y cristal, llena de deliciosos pastelitos vieneses. En las mesas de mármol diseminadas por el local, la gente ocupaba sillas rígidas y leía periódicos ensartados en unos palos de madera brillante, tan estirados como si los acabaran de lavar y planchar. La figura de yeso pintada, que representaba a un vienes de mediana edad, estaba sentada sola en su mesa habitual, cerca de la puerta, con una copa de café de yeso en la mesa.

Wolfgang y yo cruzamos hacia el comedor elevado de la parte trasera, donde las mesas con bancos laterales estaban dispuestas con un mantel blanco, impecable, cubiertos relucientes y

un jarro con flores recién cortadas. El *maitre* nos acompañó a la nuestra, retiró la indicación de reservado y tomó nota del vino y del agua embotellada que queríamos. —Esperaba que ya estuviera aquí —dijo Wolfgang cuando llegaron las bebidas. El vino me relajó un poco, pero Wolfgang tenía la cabeza en otra parte. Miraba alrededor de la habitación, se apoyó en el respaldo y empezó a doblar la servilleta una y otra vez con movimientos impacientes.

—Lo siento —se disculpó—. Como hemos llegado tarde, es posible que ya esté aquí. Voy a intentar averiguarlo. Mientras tanto, ¿por qué no pides algún aperitivo para empezar? Le pediré al camarero que te atienda.

Sorbí algo más de vino mientras estudiaba el menú. No estoy segura de si pasó mucho tiempo pero, cuando me decidía a buscar yo misma al camarero, una sombra se proyectó sobre la mesa. Levanté la vista y vi una figura alta envuelta en un loden verde. El sombrero de ala ancha le ocultaba la cara bajo la luz que entraba por las ventanas a su espalda, de modo que no distinguí sus facciones. Llevaba una cartera de piel muy parecida a la mía colgada del hombro. Dejó la bolsa en la punta del banco que Wolfgang había dejado libre.

—¿Me permite? —preguntó en voz baja. Sin esperar a que asintiera con la cabeza, se desabrochó el abrigo y lo colgó en una percha cercana. Busqué nerviosa a Wolfgang para averiguar qué lo demoraba. La voz suave añadió—: Acabo de ver a nuestro amigo, Herr Hauser, en la cocina. Me tomé la libertad de pedirle que nos dejara solos.

Me volví para protestar, pero se había sentado en el banco de delante y se había quitado el sombrero. Por primera vez, lo vi con claridad y me quedé fascinada.

Nunca había visto un rostro igual. A pesar de estar erosionado como la piedra antigua, tenía el aspecto de una máscara eterna de belleza esculpida y poder enorme. Los cabellos largos hacia atrás, casi negros pero mezclados con mechones plateados, realzaban una mandíbula fuerte y unos pómulos altos, y después le caían en cuerdas trenzadas sobre los hombros.

Vestía un chaleco acolchado de cuero y una camisa con amplias mangas blancas, abierta en el cuello para mostrar una sarta de cuentas de varios colores con intrincados grabados. El chaleco tenía bordados aves y motivos animales en colores vivos y vibrantes: azafrán, carmín, ciruela, azur, escarlata y calabaza, colores de un bosque primario.

Sus ojos viejos, bajo las cejas espesas, eran de una profundidad y enormidad que sólo podían ser igualados por las gemas más exquisitas; lagunas de colores mezclados, púrpura oscuro y verde esmeralda y marfil, con una llama que ardía en su interior. De todas las descripciones de él que había oído, la que se ajustaba más era la de Wolfgang.

—Tu mirada me hace sentir algo cohibido —afirmó.

Antes de que pudiera contestar, alargó la mano y me quitó el menú, y de paso se encargó también de la copa de vino.

—Me he tomado otra libertad —prosiguió con esa voz suave y con un acento exótico—. Te he traído unos cuantos Cotes du Rhone de mis viñedos en Aviñón. Los tuve en la cocina un rato para que, ¿cómo se dice? respiraran. Antes de aceptar marcharse, nuestro amigo Wolfgang insistió en que no habías tomado nada en todo el día y que tendrías que acompañarlo con algo de comida. Espero que te guste el *Tafelspitz*.

El camarero dejó con discreción la nueva botella en la mesa junto con copas limpias, vertió el vino en ellas y desapareció deprisa mientras Dacian continuaba.

—Puesto que eres mi única heredera, mi viñedo y sus vinos serán tuyos algún día, de modo que me alegra que los conozcas, y estoy encantado de conocerte. ¿Quizá debería presentarme? Soy tu abuelo, Dacian Bassarides. Y considero que una nieta tan encantadora es un regalo mejor que todos los vinos de Vaocluse.

«Me cago en dios —pensé mientras chocábamos las copas—. Sólo me faltaba ser heredera de otro legado. Si todas mis herencias resultan como la última, no estaré aquí para recibir nada.»

—Yo también estoy encantada de conocerte —dije a Dacian Bassarides, y no por simple cortesía—. Pero me gustaría aclarar que me he enterado de la relación que nos une hace tan sólo un momento, así que espero que comprendas que todavía no me he recuperado de la impresión. Mi abuela Pandora murió antes de que yo naciera. En mi familia casi no se habla de ella, por lo que sé tan poco de Pandora como de ti. Pero si de verdad eres mi abuelo, no entiendo por qué me lo han escondido todos estos años. ¿Lo saben los demás?

—Pues claro que te habrá causado impresión —concedió Dacian, con un movimiento de sus dedos, largos y gráciles.

«Dedos de violinista», recordé.

—Te lo explicaré todo —prosiguió—. Incluso algunas cosas que quizá preferirías no saber, aunque yo siempre he preferido la crudeza de los hechos a la más bella de las ficciones. Dime lo que ya sabes y te contaré el resto.

—Me temo que no sé casi nada —afirmé—. Todo lo que me han dicho de ese lado de la familia es que tú y Pandora erais primos; que ella estudiaba música en Viena y trabajó como dama de compañía o como tutora en la casa Behn, y que tú enseñaste a tocar el violín a tío Lafcadio. Dice que eras un maestro joven pero excepcional.

—Todo un cumplido. Aquí llega nuestra comida —dijo—. Mientras comemos, te lo contaré todo. No es tan misterioso como cabría suponer.

El camarero dispuso un despliegue de fuentes cubiertas. Descubrió mi *Tafelspitz*, ese tradicional plato austríaco compuesto de ternera hervida acompañada de salsa fría de manzana con rábano, patatas calientes avinagradas, espinacas con bechamel y ensalada fresca con alubias blancas. Tenía un aspecto fabuloso y olía de maravilla. Pero el plato de Dacian me resultaba desconocido. Le pregunté qué era.

—Es la mejor forma de conocer a la gente: ver lo que comen —comentó—. Por ejemplo, en esta sopera hay una sopa húngara fría de cerezas amargas. El plato por el que me has preguntado se llama

cevapcici, una especie de *kebab* preparado con ternera, cordero, ajo, cebolla y *paprikesh* cortados; se prepara sobre brasas de vid, lo que le confiere el sabor de los viñedos. En Dalmacia afirman que lo inventaron los serbios, pero en realidad es anterior. Quienes idearon este plato fueron los dacios, mis tocayos, una antigua tribu que habitó en su día Macedonia, ahora parte de Yugoslavia. Se les conocía por el oriente hasta el mar Caspio, donde ellos mismos se denominaban *dad*: los lobos. A nosotros los lobos nos gusta mucho comer carne, y por este rasgo nos reconocerás.

Dicho esto, clavó el tenedor en uno de los trozos y lo envolvió con esos magníficos dientes blancos.

Mientras el primer mordisco de *Tafelspitz* se me deshacía en la boca, me di cuenta de que tenía un hambre de lobo. Dacian elegía cosas de los diversos platos y me las pasaba. Me apetecía todo lo que veía, pero tenía que volver al tema en cuestión.

—¿Entonces, eres de los Balcanes y no de Austria? —quise saber.

—Bueno, mi nombre procede de los dacios, pero mi gente es de ascendencia romaní. ¿Y quién sabe de dónde procedían originariamente los *rom*? —dijo, encogiéndose de hombros.

—¿Romaní? —pregunté—. ¿Se llaman así por Roma? ¿O te refieres a Rumania?

—Romaní es el nombre de nuestra lengua, de raíces sánscritas, y también es como nos

designamos a nosotros mismos algunas veces, aunque los demás nos han llamado de muchas formas a lo largo de los años: bohemios, cingaros, flamencos, tártaros...

Como seguía perpleja, siguió explicándose:

—La mayoría nos designa con el nombre común de gitanos, porque en un principio se creía que nuestros orígenes se situaban en Egipto, aunque las teorías al respecto son muy variadas: la India, Persia, Asia central, Mongolia exterior, el Polo Sur, incluso lugares imaginarios que no existieron jamás. Había quien afirmaba que procedíamos del espacio sideral. ¡Y quienes opinaban que nos deberían devolver a él lo antes posible!

—¿Así, Pandora y tú sois gitanos?

Admito que estaba confusa. Una hora antes, tenía una madre irlandesa y un padre que creía medio austríaco y medio holandés. Ahora, de golpe, era la descendiente ilegítima de un par de primos gitanos, que abandonaron a mi padre al nacer. Pero por aturdida que estuviese sobre mis antepasados, no tenía motivo para dudar de cómo se describía a sí mismo Dacian Bassarides: tenía el aspecto tan salvaje que todo el mundo había mencionado.

—Los detalles de nuestra familia no deben compartirse nunca con los payos, los otros, los de fuera —me previno Dacian, muy serio—. Por ese motivo he pedido a nuestro amigo Hauser que se marchara. Pero, en respuesta a tu pregunta: sí, éramos *rom*. Aunque Pandora creció y vivió en parte entre los payos, su corazón siguió perteneciendo siempre a nuestro pueblo. La conocía desde la infancia. Cantaba de forma tan maravillosa que ya tenía los rasgos de una gran diva. ¿Sabías que en sánscrito ese término define a un ángel, mientras que en persa significa demonio? Pandora era un poco las dos cosas.

»En cuanto al origen de los *rom*, nuestras sagas afirman que llegamos a la tierra hace eones, procedentes de un hogar que todavía puede encontrarse en el cielo de la noche: la constelación Orion, el cazador poderoso. O, de modo más exacto, de las tres estrellas que componen el cinturón en su centro (el omphalos, el ombligo o cordón umbilical de Orion) llamadas los Tres Reyes porque brillan como la estrella que guió a los Reyes Magos hasta Belén. En Egipto, Orion correspondía al dios Osiris, en la India a Varuna, en Grecia a Urano y en los países nórdicos al Huso del tiempo. En todas las culturas se le conoce como el mensajero, el guía principal para cualquier transición hacia una nueva era.

No iba a dejarme llevar por las ramas ahora que la trama se complicaba. Y la historia de Dacian estaba cubierta por algo más que polvo de estrellas. ¿Cómo podían ser él y Pandora gitanos, cuando por todos los relatos que había oído, los nazis concedían a este pueblo un lugar más bajo en su tótem de la evolución que a los católicos, los comunistas, los homosexuales o los judíos?

—Si tú y Pandora erais gitanos —dije—, ¿cómo pudo vivir ella como y donde lo hizo, y rodearse del tipo de personas con quien lo hizo, tanto antes como durante la Segunda Guerra Mundial?

Dacian me observaba con una extraña sonrisa.

—¿Y cómo vivió? Creía que no sabías casi nada de ella.

—No —acepté—. Lo que quise decir es: ¿cómo pudieron Pandora y Laf permanecer en ese lujoso piso de Viena durante toda la guerra (he estado ahí y sé cómo es) y llevar un estilo de vida tan opulento? ¿Cómo pudo relacionarse con nazis? Y no me refiero a hacerse pasar por una vienesa de clase alta en lugar de por una gitana, sino ¿cómo pudo permitirse quedarse en Viena cuando su propia gente era...?

Bajé la voz y concreté mi pregunta:

—¿Cómo pudo quedarse aquí como la cantante de ópera favorita de Hitler?

Dacian contempló las copas de vino como si acabara de descubrir que estaban vacías; las llenó él mismo. Como sabía lo meticulosos que son los camareros vieneses en este sentido, supuse que les había ordenado que no se acercaran.

—¿Es eso lo que te han contado? —preguntó, como si hablara consigo mismo—. Qué interesante. Me gustaría saber dónde lo has oído, porque esta historia tiene que ser el resultado de la colaboración de unas cuantas mentes creativas.

Me miró y añadió:

—Muy creativas. De lo más apropiado para una descendiente, como tú, de un linaje originario de la constelación de Orion.

—¿Me estás diciendo que nada de eso es verdad?

—Te estoy diciendo que cada media verdad es también media mentira —manifestó, con cierta reserva—. No confundas nunca las creencias de las personas con la realidad. La única verdad que vale la pena explorar es la que nos acerca más al centro.

—¿Al centro de qué? —pregunté.

—Del círculo de la misma verdad —respondió Dacian.

—¿Me ayudarás a desprenderme de esas medias verdades y creencias que he reunido, y echarás algo de luz sobre mi propia realidad?

—Sí, aunque resulta difícil responder bien a las preguntas si no se formulan adecuadamente. De forma inesperada, puso sus manos sobre las mías, que reposaban a cada lado de mi plato. Noté que la electricidad me traspasaba la piel y los huesos y me infundía calor. Pero antes de que pudiera hablar, llamó al camarero y le dijo en alemán algo que no comprendí.

—Le he pedido que nos traiga un postre —comentó—. Uno muy bueno, con montones de chocolate. Lleva el nombre de un famoso violinista gitano del siglo pasado, Rigó Jancsi, que rompió el corazón de todas las nobles de Viena, y no sólo por cómo tocaba Paganini.

Se rió y sacudió la cabeza, pero cuando retiró sus manos de las mías, me observó con gran atención.

Sin una palabra, sacó algo del bolsillo interior del chaleco y me lo dio. En mi mano abierta yacía un pequeño medallón de oro, de forma ovalada, grabado con el diseño de un animal volador parecido al que Dacian llevaba en el chaleco. Tenía un cierre a cada lado; cuando presioné uno, se abrió. Dentro había una imagen bastante vieja, una fotografía reluciente, pintada a mano sobre metal como los daguerrotipos con capa de platino de finales del siglo pasado. Pero a diferencia de muchas imágenes de esa época, en que las personas aparecían con la expresión petrificada de un salmón, ésta tenía, con sus tonos reales, la frescura de un retrato reciente.

La cara era sin duda la del joven Dacian Bassarides. Observé, algo sobrecogida, ese magnetismo que todos me habían descrito, en esa cápsula del tiempo procedente de su juventud, su primitivismo elemental saltaba como una fuerza de la naturaleza. Tenía los cabellos negros sueltos hacia atrás y la camisa abierta para mostrar el tórax y el poderoso cuello. Su rostro atractivo, con la nariz recta y delgada, los intensos ojos oscuros y los labios entreabiertos desprendían una esencia salvaje e inquietante que me trajo a la mente la pantera de Laf, la compañera del dios.

Pero cuando volví a presionar y se abrió la otra tapa, por poco se me cae el medallón. ¡Era como verme reflejada en un espejo!

La cara que contenía poseía la misma tez pálida «irlandesa» que yo, mis rebeldes cabellos negros y los ojos verde pálido. Pero es que además, todos los detalles, incluso el hoyuelo idéntico en la barbilla, casaban a la perfección. Aunque las ropas eran de otro tiempo y lugar,

tuve la sensación de ir por la calle y encontrarme por sorpresa con mi propia hermana gemela.

Dacian Bassandes me seguía observando con atención. Por fin, habló.

—Eres igual que ella —dijo sin más—. Wolfgang Hauser ya me lo había advertido, pero aun así no estaba preparado. Te estuve observando desde la parte trasera del restaurante antes de poder acercarme a la mesa y conocerte. No sabría cómo explicar lo que siento, es como un vértigo, como caer en el túnel del tiempo...

Se quedó en silencio.

—Debiste de quererla mucho.

Cuando lo dije, me vinieron de golpe a la cabeza todos los aspectos espinosos que eso suscitaba en cuanto a él y al papel que había representado en relación con mi familia. Pero por muy brutal que fuera, no quedaba más remedio; tenía que preguntarlo.

—Si tú y la abuela crecisteis juntos, os queríais y ella iba a tener un hijo tuyo, ¿por qué se casó con Hieronymus Behn? Creía que lo despreciaba. ¿Y por qué se fugó luego con Lafcadio, después de que naciera el niño, y lo abandonó también?—Como te he dicho antes, resulta difícil responder preguntas si no están bien formuladas —contestó con una sonrisa irónica—. No tienes que creerte todo lo que oigas y mucho menos de mis labios: al fin y al cabo, soy un *rom*. Pero te explicaré lo que pueda, porque creo que tienes derecho a saberlo. Es más, tienes que saberlo todo, si quieres proteger esos papeles que hay en tu bolso, bajo la mesa.

De alguna forma, un gran trago de vino se me desvió hacia la tráquea. Me ahogaba y alargué la mano hacia el agua, pensando si tenía visión de rayos X o, quizá, podía leerme la mente.

—Wolfgang Hauser me habló de ellos cuando nos cruzamos en la cocina —dijo, leyéndome la mente—. Cuando vio el bolso examinado en dos aduanas y en el control de seguridad de la OIEA, le extraño que llevaras tantos papeles para el trabajo. Hizo una suposición razonable. Pero ya volveremos a eso. Para responderte a la pregunta, Pandora era mi amante y la madre de mi único hijo, pero no era mi prima, sino mi esposa. Esas fotografías que tienes en la mano son del día de nuestra boda.

—¿Estabas casado con Pandora? —solté atónita—. ¿Pero cuándo fue eso?

—Como verás, en esa foto ella aparenta unos dieciocho o veinte años—afirmó—. Pero de hecho tenía trece, y yo dieciséis, el día que nos casamos. Entonces era diferente: las chicas muy jóvenes ya eran mujeres y, por otra parte, los matrimonios tempranos son bastante habituales entre los *rom*. A la edad de trece años, Pandora era una mujer, te lo aseguro. Luego, cuando yo tenía veinte y ella diecisiete, se marchó, y nuestro hijo Augustus nació en la casa de Hieronymus Behn.

En mi cerebro hervían millones de preguntas, pero en ese momento llegó el camarero con el postre de chocolate con nombre de violinista gitano, un bol de *Schlagobers* y una botella de *grappa*, ese embriagador licor italiano elaborado con semillas de uva fermentadas y que es el doble de fuerte que el coñac. Cuando el camarero se marchó, moví la mano para indicar que no quería beber nada más; ya estaba a punto de darme algo sin necesidad de tomar más copas. Dacian me llenó el vaso de todos modos, luego levantó el suyo e hizo chinchín con el mío.

—Tómalo. Puede que lo necesites antes de que acabe —dijo.

—¿Todavía no has acabado? —susurré muy bajito aunque, cuando miré a mi alrededor, vi

que éramos los únicos comensales que quedábamos en esa parte del restaurante y que los camareros, con la servilleta doblada sobre el brazo, se encontraban a una distancia discreta, en el otro extremo de la habitación, hablando entre sí.

Después de todo ese tema de las creencias que casaban con la realidad, de repente me di cuenta de lo que creía: de todo lo que no había querido averiguar hasta entonces, ésta iba a ser la peor parte. Esperaba estar equivocada pero no depositaba demasiada fe en ello. Cerré los ojos un momento. Cuando los abrí, Dacian Bassarides estaba sentado a mi lado, cerrándome la salida del banco. Apoyó una mano sobre mi hombro y de nuevo sentí su energía. Lo tenía tan cerca que percibí su cálido perfume, como la fragancia de la salvia y las hogueras, como el aroma húmedo de las selvas donde vive la pantera divina.

—Sé que lo que te he contado te ha impresionado y puede que incluso asustado, Ariel, pero era sólo parte de lo que he venido a revelarte desde Francia —afirmó con gravedad. Cogió el relicario, lo cerró y se lo guardó en el bolsillo del chaleco—. Es imprescindible que oigas todo lo que tengo que contarte, por muy desagradable que sea. Cerrar los ojos y los oídos en este momento es una decisión peligrosa para cualquiera de nosotros, sobre todo para ti.

No puedo tomar ninguna decisión —me quejé con amargura—. No creo que pueda soportar nada más.

—Ya lo creo que puedes —dijo—. Eres la única nieta de Pandora, y la mía también. Lo sepas o no, naciste para tener lo que se podría llamar una cita con el destino; un viaje que ya has iniciado. Pero mi pueblo distingue entre destino y sino. No creemos que las personas nazcan con un «sino» que las lleve a actuar según un guión escrito por una mano superior, sino que cada uno de nosotros posee un destino, una pauta preexistente que, en el fondo de nuestro corazón, deseamos cumplir algún día. No obstante, para verte a ti mismo en esa nueva forma, esa vasija superior, como quien dice, tienes que reconocer que es tu destino y buscarlo en consecuencia, al igual que un cisne que ha crecido entre gallinas debe darse cuenta de que su destino es aprender a nadar y a volar, o no dejará de ser un ave pedestre que escarba entre el polvo toda su vida.

Por algún motivo, la comparación me irritó. ¿Cómo se atrevía a sugerir que algo en nuestra sangre «de cisne» merecía una «vasija superior»? Tomé un saludable trago de *grappa* y me volví hacia él.

—Mira, quizá mi «destino» sea ser la única meta de Pandora —le dije, contrariada—. Quizá mi «destino» sea parecerme tanto a ella. Y quizá sea cierto que nací justo después de que ella muriese. Pero eso no me convierte en algún tipo de reencarnación o de clon suyo, ni quiere decir que su destino esté de algún modo relacionado con el mío. No existe ninguna «forma» o «pauta» en mi interior que me induzca a realizar ni tan sólo una de las crueldades que al parecer os hizo a ti y a todos los que se relacionaron con ella.

Dacian me observó un momento con los ojos muy abiertos. Después, se echó a reír, de un modo algo frío.

—A eso me refería al decirte que no creyeras todo lo que oías, y de nuevo es el resultado de no hacer bien las preguntas —concluyó. Al ver que yo no decía nada, añadió—: Tienes que entender que ninguno de nosotros fue un peón. Ni Hieronymus Behn, ni yo. Ni Pandora, Lafcadio, Earnest o Zoé. Como tú, teníamos opciones. Pero una opción implica una decisión, y las decisiones generan acontecimientos. Cuando ya se ha producido un acontecimiento, es demasiado tarde para retroceder en el tiempo y cambiarlo. Sin embargo, nunca es tarde para examinar las lecciones de la historia.

—Me he negado a examinar la historia familiar toda mi vida —le informé—. Si lo he logrado

durante tanto tiempo, ¿por qué iba a empezar ahora?

—Quizá porque la ignorancia no es ningún logro —me sugirió Dacian.

¿No era eso lo que yo decía siempre? Extendí las manos para mostrarle que aceptaba que siguiera.

—Justo antes de que nos casáramos —empezó Dacian—, Pandora y yo supimos, horrorizados, que algo de gran valor que pertenecía a su familia, algo de una importancia inmensa, había caído por medio de engaños en manos de un hombre llamado Hieronymus Behn. Pandora estaba obsesionada por recuperarlo, misión que ambos emprendimos a pesar de que éramos conscientes de las posibles penalidades que podíamos sufrir. Nos llevó tiempo encontrarlo y, cuando por fin dimos con ello, comprendimos que para lograr nuestro objetivo necesitaríamos conseguir acceso a su casa y ganarnos la confianza de la familia. Trabé amistad con Lafcadio en su escuela de Salzburgo y Pandora conoció a Hermione y a los niños, hasta que por último se trasladó a vivir en casa de los Behn en Viena. Pero nadie podía saber que cuando nuestros esfuerzos estuvieran a punto de dar fruto, Hermione iba a caer gravemente enferma. La dolencia del cerebro acabó con ella muy deprisa y la misma noche que murió, Hieronymus violó a Pandora y la obligó a casarse con él sin demora. Era un hombre de la peor calaña. Pero cuando se casó con él, Pandora ya estaba casada conmigo. Durante cierto tiempo, yo no podía aceptar que nos sometiera a todos a ese destino, porque no puede haber nada peor que ver cómo tu esposa embarazada es ultrajada por otro hombre, que después la expulsa de forma ignominiosa a la vez que secuestra al niño... —

¿Secuestra? —dije, estupefacta—. ¿Qué quieres decir?

—Que a tu padre no lo abandonó nadie —me aclaró—. Cuando Hieronymus Behn descubrió que Pandora había conseguido recuperar lo que estaba buscando, la echó a la calle, cerró la casa y huyó con nuestro hijo. Augustus fue retenido como rehén para cobrar un rescate que Pandora y yo no habríamos podido pagar nunca aunque hubiéramos dispuesto de los medios para hacerlo.

—¡Rescate! —exclamé. De pronto lo comprendí todo. Ninguno de los dos dirigió la mirada al bolso que yacía entre nosotros bajo la mesa. Estaba tan desorientada que cuando habló me costó un minuto procesar lo que dijo.

—Puede que no sepas con exactitud lo que llevas en la cartera —comentó—, pero debes tener una idea muy clara de su valor y peligro. Si no fuera así, lo habrías vendido, o quemado, o dejado atrás al venir. No habrías adquirido nunca un compromiso tan importante como llevarlo contigo por medio mundo. Así que cuando Wolfgang Hauser dijo que creía que obraba en tu poder y decidí contártelo todo sobre nuestra familia, incluido lo de nuestras raíces romanís, le pedí enseguida que se fuera. La información sobre esos papeles que obran en tu poder para mí significa algo que, por fortuna, a él se le escapa. Le pedí que se reuniera con nosotros cerca del café, dentro de un cuarto de hora.

Se detuvo y me miró directamente a los ojos. Cuando oí sus siguientes palabras, me quedé helada.

—Sólo puedes haber sabido la importancia de esos documentos hace poco, y de labios de alguien que tuviera algo más que una simple idea superficial de su significado real. Puesto que no fui yo y que los otros se han llevado el secreto a la tumba, me imagino que lo has sabido por la última persona que los tuvo en sus manos. Lo que sugiere que tu primo Samuel está vivo y que no hace mucho que has hablado con él.

EL EJE

Las ramas y la fruta del... Árbol del mundo se muestran en el arte y los mitos de Grecia, pero sus raíces se encuentran en Asia... El Árbol del mundo es un símbolo que complementa, o a veces se superpone, al de la Montaña central, y ambas figuras son sólo formas más elaboradas del Eje cósmico o Pilar del mundo.

E.A.S.

BUTTERWORTH,

The Tree at the Navel of the Earth

En un universo en que los planetas giran alrededor de los soles y las lunas dan vueltas alrededor de los planetas, donde la fuerza sola domina siempre a la debilidad y la obliga a ser una esclava obediente si no quiere que la aplaste, no pueden existir leyes especiales para el hombre. Para él prevalecen también los principios eternos de esta sabiduría última. Puede intentar comprenderlos, pero escapar a ellos, jamás.

ADOLF HITLER,

Mi lucha

Estaba hecha un lío. Un auténtico lío. Me sentía enferma de verdad. ¿Cómo podía haber sido tan ingenua como para imaginar que una inocente chica atómica como yo, sin entrenamiento alguno en espionaje, iba a salvar esos peligrosos manuscritos y a proteger a Sam de paso, si las dos primeras personas que me habían visto habían deducido de inmediato lo que acarreaba en el bolso?

Procuré disimular el remolino de emociones que me asaltaba mientras el camarero llegaba con la nota. Sólo Dios sabe cómo logré arrastrarme para salir del banco, ponerme el abrigo y navegar a lo largo del restaurante. Dacian Bassarides me siguió sin decir palabra. En medio de la Herrengasse, me aferré con una fuerza desesperada a mi bolso letal.

—Tus temores son casi palpables —dijo Dacian—. Pero el miedo es una cosa necesaria y saludable. Agudiza la consciencia, es algo que no debe reprimirse...

—No lo entiendes —lo interrumpí con urgencia—. Si tú y Wolf-gang habéis adivinado que tengo estos papeles, es posible que otros también lo hayan descubierto. Sam está en un peligro terrible, han intentado matarlo. Pero ni siquiera sé qué son estos manuscritos, ni mucho menos cómo protegerlos. ¡No sé en quién confiar!

—La respuesta es sencilla —sentenció Dacian y, con calma, me tomó la mano y se la puso bajo el brazo—. Tienes que confiar en la única persona que sabe lo que son y que puede aconsejarte, al menos de momento, qué debes hacer con ellos, y en ambos casos resulta que soy yo. Además, puesto que nuestro amigo Herr Hauser sabe que tienes estos papeles, sería un error levantar sus sospechas simulando que no es cierto. Confía en él hasta lo que ya ha sospechado; un gesto que puede acabar siendo oportuno en otros sentidos. Pero nos está esperando cerca de aquí, así que será mejor que nos reunamos con él. Hay algo que os quiero enseñar a ambos.

Intenté calmarme mientras Dacian, que seguía acariciándome la mano, me conducía por las calles estrechas hacia donde el Graben desembocaba en la Kärntner Strasse, otra avenida de tiendas de moda, y la Stephansplatz se abría en abanico para mostrar la vistosa joya de su centro: San Esteban, la catedral dorada de múltiples agujas, que constituye el corazón del anillo de Viena.

Wolfgang andaba arriba y abajo en la esquina donde confluían las dos calles. Se miraba el reloj y buscaba entre la gente. Me vino a la cabeza la primera vez que lo vi, con ese mismo elegante abrigo de piel de camello, la bufanda de seda y los guantes de piel, en el Anexo de Ciencia Tecnológica del complejo nuclear, en Idaho, Dios mío, ¿hacía sólo una semana? Parecía como si hubiese transcurrido un millón de años desde entonces.

—¿Conoces el significado de la palabra «eón», o dicho de modo más correcto, de *aion* en

griego? —me preguntó Dacian—. Guarda relación con la razón de traerlos a ambos a esta esquina.

—Es un margen amplio de tiempo —respondí—. Mayor que un milenio.

Wolfgang nos divisó y cruzó por entre la multitud en movimiento con expresión de alivio. Pero tras echarme un simple vistazo, sus ojos mostraron preocupación.

—Lamento haber aceptado dejarlos solos —me dijo—. Ya estabas agotada antes. —Luego, se volvió hacia Dacian y le espetó—: Tiene un aspecto horrible, ¿qué le has dicho?

—Vaya, hombre, muchas gracias —comenté con una sonrisa irónica. Pero sabía que si mi tensión era tan palpable, tenía que reponerme de prisa.

—Vamos, vamos. Ariel ha sobrevivido al trance de pasar una hora con un miembro de su propia familia. Una experiencia no muy agradable pero que ha superado a la perfección —tranquilizó Dacian a Wolfgang.

—Nos hemos atiborrado de comida y de filosofía —comenté a Wolfgang—. Ahora empezábamos a abordar el milenio; Dacian estaba a punto de explicarme lo que significa la palabra griega *aion*.

Wolfgang observó a Dacian sorprendido.

—Pero si Ariel y yo hablábamos de eso mismo ayer en Utah —manifestó—. La llegada de este nuevo siglo será también el inicio de una nueva «era» o eón; un ciclo de dos mil años.

—Ésa es la opinión generalizada: un amplio margen, un ciclo recurrente, de *aéyum*, un círculo completo o eje —afirmó Dacian—. *i sro* para los antiguos griegos la palabra *aion* quería decir algo más: humedad, el ciclo de la vida misma que empieza y termina en agua. Imaginaban un río de aguas vivas que rodeaba la tierra como una serpiente que se muerde la cola. El *aion* de la tierra estaba formado por ríos, manantiales, pozos y aguas subterráneas que manaban de las profundidades y brotaban al exterior para crear y alimentar todas las formas de vida. Los egipcios creían que nacimos de las lágrimas de los dioses y que el propio Zodíaco era un río circular, cuyo eje era la cola de la Osa Menor, lo que nos lleva a lo que os quería mostrar, aquí mismo.

De vuelta en la esquina donde Wolfgang nos esperaba, Dacian señaló un recipiente cilíndrico de cristal montado en la pared de un discreto edificio gris. Contenía un objeto retorcido de aproximadamente un metro de largo, con la piel llena de bultos negros, como si estuviera afectado de hongos. Parecía enroscarse, lleno de vida. Incluso al otro lado del cristal, noté un escalofrío de repulsión al mirarlo.

—¿Qué es? —pregunté a Dacian.

Fue Wolfgang quien respondió:

—Es muy famoso: se trata del *Stock-im-Eisen*. *Stock* significa cepa y *Eisen*, hierro. Es el tronco de un árbol de quinientos años de antigüedad, tachonado con tantos clavos de carpintero anticuados, de cabeza cuadrada, que ya no se ve la madera. Según se dice, formaba parte de la tradición de algún gremio de herreros. Naglergasse, el callejón de los fabricantes de clavos, no queda lejos. Esta cepa se encontró hace poco, cuando se construía el *U-bahn*. También encontraron una capilla antigua, que se puede admirar, perfectamente restaurada, en el mismo metro. Nadie ha llegado a saber por qué los enterraron a tanta profundidad hace siglos, ni quién lo hizo.

—Casi nadie —sentenció Dacian con una sonrisa misteriosa—. Pero es tarde, y os tengo que enseñar otro clavo en el tesoro del Hofburg. Por el camino os contaré algo de árboles y clavos.

Nos dirigimos a pie por la amplia Kárantner Strasse, llena de turistas que nos rodeaban en

medio de la luz del crepúsculo.

—En muchas culturas —empezó Dacian—, se creía que el clavo poseía una propiedad sagrada de enlace, que unía entre sí reinos opuestos: el fuego y el agua, el espíritu y la materia. Dado que en los primeros textos el árbol solía considerarse como el Eje del mundo, que canalizaba la energía entre el cielo y la tierra, el clavo recibía el nombre de bisagra o pivote de Dios, que sujetaba esa energía. En hebreo, el nombre del mismo Dios contiene la palabra clavo: una palabra de seis letras *Yahweh*, que se deletrea *Yod-He-Vau-He*, donde *vau* significa «clavo». Y en alemán, *Stock* no sólo significa «cepa» o «tronco», sino también, «palo», «varilla», «vid» y «colmena». Y las abejas están relacionadas con los árboles huecos. La relación que vincula estos elementos es de vital importancia. No sé si sería por las abejas, pero me zumbaba la cabeza. El Zodíaco era un zoológico de animales arquetípicos, pero el nuevo eón del que hablábamos tenía que estar simbolizado por un hombre, Acuario, el portador de agua, que vertía un chorro de ese líquido en la boca de un pez. Y según Dacian, existía algo que lo conectaba todo: el cielo giratorio, los árboles y los clavos, las aguas en movimiento, las Osas y puede que hasta Orion, el cazador poderoso. De pronto me pareció entenderlo todo.

—¿La diosa Diana? —pregunté.

Dacian me dirigió una mirada sorprendida.

—Exacto —corroboró con aprobación—. Pero retrocede por el camino que has seguido. El recorrido suele ser tan importante como la conclusión.

—¿Qué conclusión? —exclamó Wolfgang, que se volvió hacia mí—. Perdonadme si no consigo ver qué relación guarda una diosa romana con los árboles y los clavos.

—Diana, o Artemisa en griego, correspondía a la Osa Mayor y la Osa Menor, las osas que giran alrededor del polo celeste, es decir, el eje —le expliqué—. También conducía el carro de la luna, mientras que su hermano, Apolo, guiaba el del sol. Era una cazadora virgen, que seguía a sus presas de noche con su propia jauría de perros. En las primeras religiones, el acto de cazar y devorar un animal establecía una unidad con ese animal. Por lo tanto, Artemisa era la patrona de todos los animales totémicos. Hoy en día sigue gobernando los cielos, como su nombre indica: *arktos* es oso y *themis* es ley.

—Más que ley, *themis* es justicia —me corrigió Dacian—. Es una distinción importante. El oráculo de Delfos era Temistos, quien no sólo sabía la verdad, sino que podía profetizar y traducir la justicia suprema de los dioses.

—Esto explicaría su conexión con las abejas —empecé a añadir.

—Por favor, no tengo ni idea de qué estáis hablando —interrumpió Wolfgang, descorazonado.

—Las abejas eran profetisas —continué—. Débora, del Antiguo Testamento, y Melisa, un nombre para el oráculo de Delfos y también para Artemisa, significan «abeja». Las abejas se identificaban también con la virgen porque se creía que se creaban a sí mismas a través de la partenogénesis, sin cópula.

—Cierto —asintió Dacian—. La virgen es importante en el eón que estamos finalizando. Hace dos mil años, cuando esta era empezó, la diosa virgen era adorada en todo el mundo. Los romanos la llamaban Diana de Éfeso: su templo griego en Éfeso, el Artemision, era una de las siete maravillas del mundo. La famosa estatua de la diosa, a cuyo culto se opuso de forma tan acalorada san Pablo por considerar lo idolátrico, sigue en pie hoy en día, con sus vestiduras grabadas con animales y aves, así como con sus proféticas abejas. Una nueva encarnación de esa misma diosa forma junto con su hijo, el «pescador de almas de

hombres», el eje del eón que termina: la era de Piscis, el pez. La constelación situada frente a Piscis en el círculo zodiacal es Virgo, la virgen.

—¿Jesús y la Virgen María forman dúo debido a que esas constelaciones están una frente a la otra en el Zodíaco? —pregunté, intrigada como siempre que se descifraba ante mí una clave que yo no había visto. Intuí que Wolfgang también estaba interesado.

—Las doce constelaciones del Zodíaco son, en realidad, de tamaños muy variables —indicó Dacian—. Los astrólogos dividen el cielo en doce partes iguales sin más, como si fuera un pastel, y adjudican una constelación a cada porción, que constituye su «dominio». Dado que la Tierra está inclinada sobre su eje, cada eón de dos mil años, durante los equinoccios de primavera y de otoño, los dos días del año en que el día y la noche duran lo mismo, la salida del sol parece cambiar de una de estas franjas del cielo a otra, retrocediendo por los signos del Zodíaco. Es decir que en cada nueva era el sol aparece en el signo que precede al que debería seguir si el sol dibujara su recorrido normal en el margen de un año corriente. Por ese motivo la sucesión de eones se denomina precesión de los equinoccios.

»A lo largo del último ciclo de dos mil años, hemos presenciado durante los equinoccios que el sol sale contra las constelaciones duales que dominan de forma conjunta esta era: Piscis en el equinoccio de primavera y Virgo, en el de otoño. En este sentido, el carácter de la era está definido por las constelaciones que la rigen. Lo que podría definirse como mitología celestial. »Resulta muy interesante que las leyendas de todos los pueblos guarden una relación tan estrecha con las imágenes arquetípicas vinculadas a cada nuevo eón. La era de Géminis, por ejemplo, constituyó un período histórico notable por las leyendas de gemelos: Rómulo y Remo, Castor y Pólux. La era siguiente, la de Tauro, el toro, estaba representada de forma simbólica por el dios buey egipcio Apis, el becerro de oro de Moisés y el toro blanco del mar que engendró al Mi-notauro, en Creta. La era de Aries, el carnero, está vinculada con el vellocino de oro que buscaban los argonautas de Jasón, con los cuernos de carnero de Alejandro Magno y otros iniciados de los misterios egipcios posteriores. Y por supuesto, Jesús el Cordero, que fue el pivote principal de la transición entre la era de Aries y la que ahora acaba: la de Piscis.

»Los símbolos de peces han penetrado también a lo largo de este eon. Está el Rey Pescador, quien custodiaba el Santo Grial que busca el rey Arturo y los caballeros de la Tabla Redonda. Aunque el cáliz del Grial sería un símbolo más adecuado para la nueva era entrante, por lo de verter líquido, ¿comprendes?

Habíamos acortado camino cruzando por una plaza abierta con una fuente barroca, que salpicaba agua por todas partes. Sabía que nos acercábamos al Ring.

—¿Qué sabes de la era de Acuario? —pregunté a Dacian.

—Desde el principio, la imagen de esta era ha sido la de una inundación —me informó Dacian—. No un diluvio como el que vivió Noé en el Génesis, en que la tierra quedó sumergida bajo el agua como castigo de los cielos por los pecados de la humanidad, sino que será, en cambio, una época de sacudidas inesperadas en el tejido de todo el orden social. El líquido que vierte el portador de agua adopta la forma de una ola de mar gigantesca de liberación: las aguas de la tierra aumentarán de nivel y fluirán manantiales de libertad desatados contra todos los lazos de la tiranía, como mínimo para aquellos que buscan tal liberación. Por lo tanto, no es casualidad que Urano, el planeta que rige esta era entrante, fuera descubierto en los albores de la Revolución Francesa.

»Según los antiguos, el inicio de la siguiente era vendrá marcado por las aguas que avanzarán

sin barreras. Aquellos que construyan diques para contenerlas, que levanten muros para resistirse al cambio, que sean represivos, inflexibles o intolerantes, aquellos que quieran dar marcha atrás al reloj y regresar a una era dorada que nunca existió serán destruidos por la ola gigante de transformación. Sólo aquellos que aprendan a bailar sobre las aguas sobrevivirán.

—Lo que el agua se llevó —dije, con una sonrisa—. Pero se han escrito tantos libros, canciones y obras de teatro sobre la era de Acuario desde la generación de mi madre. La mostraban como una época de... ¿cómo lo llamaban? «El poder de la paz y el amor.» Lo que tú describes tiene más el aspecto de una revolución real.

—Una revolución también describe un círculo —señaló Dacian—. Pero las ideas que has mencionado son fantasías más decadentes que los bombones espolvoreados con azúcar: sus valores no se amoldan en absoluto a la era. De hecho, son esos conceptos «utópicos» los que resultan extremadamente peligrosos dadas las circunstancias. Recuerda que utopía, *ou-topos*, equivale a «no lugar». Y si lo analizas con atención, es ahí donde existe cada «era dorada» legendaria.

—¿Cómo puede ser peligroso soñar con un mundo mejor? —quise saber.

—No lo es, siempre que el mundo sea de verdad mejor para todos. Y siempre que se trate del mundo real, no sólo de un sueño —respondió Dacian—. En este año, 1989, se cumplen dos siglos desde que los ideales utópicos de Jean-Jacques Rousseau marcaron el inicio de la Revolución Francesa que acabamos de mencionar. La salida del sol en el equinoccio de primavera se situaba entonces a cinco grados de la cúspide, el punto del círculo zodiacal que indica la entrada del sol en el signo de Acuario, lo bastante cerca para sentir el tirón de la era entrante. Sin embargo, veinticinco años después del derramamiento de sangre, se restableció la monarquía francesa, seguida de más décadas de desórdenes.

»Más adelante, 1933, el año en que Hitler ascendió al poder, nos situó a un grado de la cuenta atrás hacia la nueva era. Ahora mismo nos encontramos a una décima parte de grado de la cúspide de la era de Acuario: ya está sucediendo.

—¿O sea que Napoleón y Hitler están conectados con el nuevo eón? —comenté—. Pues no encajarían en la imagen de idealistas utópicos de nadie.

—¿Ah, no? —Dacian arqueó una ceja—. En cambio, es eso lo que fueron.

—¡Un momento! —exclamé—. ¡No me dirás que admiras a esos individuos!

—Sólo te comento lo peligroso que puede llegar a ser el idealismo, incluso la espiritualidad, si se cultivan en el invernadero equivocado —añadió Dacian con cierta prevención—. Los idealistas que empiezan queriendo crear una civilización superior suelen acabar convencidos de que tienen que mejorar las culturas y las sociedades. Y de forma invariable, la cosa termina como está mandado, separando el grano de la paja a través de la genética, de la eugenesia, sea lo que sea, para crear una raza mejor de seres humanos.

Con esas solemnes palabras, llegamos al Hofburg. Wolfgang compró las entradas y accedimos juntos a la *Schatzkammer*.

Anduvimos por entre las salas de vitrinas enormes de cristal, repletas de joyas de la corona, de insignias imperiales, de trajes y relicarios: la milenaria corona octagonal, cuajada de piedras preciosas, del Sacro Imperio Romano, con la figura de *Rex Salomón* grabada en el lado, la corona y el orbe de los Habsburgo con el AEIOU (*Austriae est imperare orbi universo*: Austria es soberana sobre el mundo entero) y otras modestas baratijas familiares. Por fin llegamos a la cámara final, con las espadas de estado y otras armas ceremoniales imperiales.

Ahí, sobre un trozo de terciopelo rojo, en una vitrina de reducidas dimensiones colocada

contra la pared, había, junto con otros elementos que parecían contar con mayor valor e interés, un objeto pequeño en forma de daga, formado por dos piezas toscamente elaboradas con algún tipo de hierro y unidas entre sí por algo similar al catgut. El mango estaba diseñado para acoplarse en un asta, la sección central quedaba rodeada por una anilla estrecha de latón: la imagen exacta de la lanza que Laf había descrito de la visita que hizo cuando era niño, casi ochenta años atrás.

—No parece gran cosa, ¿verdad? —comentó Dacian, a mi lado, mientras contemplábamos la vitrina.

—Sin embargo —afirmó Wolfgang, a mi otro lado—, se cree que fue la famosa lanza de Longino. Se han escrito muchos libros sobre el tema. Cayo Casio Longino era el centurión romano que, según se dice, atravesó el costado de Cristo con esta misma arma. Dicen que bajo la anilla de latón se encuentra uno de los clavos de la crucifixión, que fue arrancado del cuerpo de Cristo. También se afirma que la espada de Carlomagno, en la vitrina de al lado, y que por lo visto perteneció a Atila, el rey de los hunos, es la misma que hace dos mil años san Pedro blandió en el huerto de Getsemaní.

—Eso son sandeces —dijo Dacian—. La espada es un sable medieval, no es ni mucho menos un arma hebrea o romana. Y la lanza que tenemos aquí delante no es más que una reproducción. También se han escrito muchos libros sobre el tema. Todo el mundo la codiciaba, hasta el propio Adolf Hitler, por los poderes misteriosos que poseía. Se sabe que Hitler se llevó la espada auténtica de Longino a Nuremberg, junto con otros tesoros similares que había reunido, y encargó que se hicieran reproducciones de todos ellos; esas copias son las que vemos ahora. Desde entonces, todo el que siente interés por el poder o la gloria busca los originales, incluidos los Windsor durante su largo exilio y el general americano George Patton, que estudió esta parte de la historia antigua y que puso el castillo de Nuremberg patas arriba para encontrarlos en cuanto llegó al final de la guerra. Pero los objetos auténticos habían desaparecido.

—No creerás esas historias de que Hitler seguía con vida tras la guerra y conservaba los objetos sagrados con él —comentó Wolfgang a Dacian.

—Como ves —me dijo Dacian con una sonrisa—, hay muchas historias en circulación. Algunas sostienen la supervivencia prolongada, más allá de la muerte, de casi todos aquellos que a lo largo de la historia se han relacionado con esos objetos, desde Hitler a Jesucristo. Dado que las religiones y los movimientos políticos, que me confieso incapaz de distinguir, se basan en gran parte en esos relatos, declino hacer ningún comentario. No encuentro ese tema importante ni interesante. Lo que sí resulta interesante, en cambio, es la razón que movió a gente como Hitler o Patton a querer los llamados objetos sagrados. Sólo una persona puede responder esa pregunta.

—¿Insinúas que sabes dónde están esos objetos sagrados? —preguntó Wolfgang. Ni que decir tiene que quería oír también la respuesta a esa pregunta, pero Dacian no picó.

—Como le conté antes a Ariel —explicó con calma—, es el proceso de la búsqueda, no el resultado, lo que de verdad es importante.

—Pero si los objetos sagrados no son el objetivo —soltó Wolfgang desconcertado—, ¿cuál es, entonces?

Dacian adoptó una expresión lúgubre y sacudió la cabeza.

—No cuál —repitió—. Ni qué, ni quién, ni cómo, ni dónde, ni cuándo, sino por qué: ésa es la pregunta. Sin embargo, puesto que los hechos parecen importarnos tanto, os diré lo que sé. De hecho, ya lo he dispuesto así para cuando terminemos aquí.

Me puso un dedo bajo el mentón.

—En cuanto Wolfgang me informó de lo que podías llevar auestas, reservé por teléfono un lugar, desde el restaurante. Sólo falta un minuto para nuestra cita, a las tres en punto, a unos cuantos pasos de aquí, en la Josefsplatz. Tenemos el lugar para nosotros solos durante una hora, hasta las cuatro, cuando cierran, y puede que nos lleve ese tiempo. Espero que nuestro amigo Wolfgang no se sienta decepcionado porque no se trate de los hechos tal cual; la historia contiene mucha información de más, así como algunos rumores y unas cuantas conjeturas de mi parte. Os lo contaré mientras los dos os deshacéis de esos peligrosos papeles.

¡Deshacernos de los papeles! Me atraganté y clavé con fuerza los dedos en el bolso. Wolfgang también estaba estupefacto.

—Sé razonable, bonita —dijo Dacian—. No te los puedes llevar a la Unión Soviética. En la aduana confiscan por sistema todo aquello que no identifican, hasta los resguardos de aparcamiento. Ni los puedes esparcir por las calles de Viena, ni confiarnoslos a Wolfgang ni a mí porque mañana los dos salimos también del país. Por lo tanto, te insto a que elijas la única solución que se me ocurre con tan poca antelación: ocultarlos en un lugar donde no es probable que nadie los encuentre pronto, entre los libros únicos de la Biblioteca Nacional de Austria.

La Nationalbibliothek, construida entre 1730 y 1740, es una de las bibliotecas más impresionantes del mundo, no sólo por su tamaño o su esplendor, sino a causa de su belleza sobrenatural, como de cuento de hadas, y por la naturaleza exótica de su colección de libros únicos, desde Avicena hasta Zeno, que la sitúa en segundo lugar de importancia por detrás sólo de la del Vaticano.

Apenas la había visitado de niña, pero aún recordaba con nitidez la arquitectura barroca con toques crema y el asombroso trampantojo pastel del techo de la elevada cúpula. Sin olvidar la sorpresa más fantástica del mundo para un niño: las estanterías eran puertas, con paneles llenos de libros a cada lado, que se abrían para revelar cámaras secretas alineadas con más libros, cada una de ellas con una mesa larga, sillas y grandes ventanales que daban al patio, y en las que los estudiosos se podían encerrar y trabajar en privado durante horas. Dacian había reservado una de estas salas.

—Es un buen plan —me aseguró Wolfgang cuando estuvimos los tres instalados en la habitación—. No se me habría ocurrido nada mejor en tan poco tiempo.

Cuando lo hube analizado, estuve de acuerdo en que, por arriesgado que fuera, Dacian había dado con una solución plausible para proteger los manuscritos. Aun en el caso de que todo el mundo descubriera que estaban ocultos ahí, un cálculo rápido hecho a partir del cartel que había ante mí me indicó que la colección de libros, folios, manuscritos, mapas, periódicos e incunables de la biblioteca ascendía a unos cuatro millones de ejemplares. Eso, y el hecho de que los almacenes donde los guardaban estaban cerrados al público, implicaba que recuperar las páginas diseminadas sería un proyecto de proporciones colosales para cualquiera que estuviese interesado.

Durante diez minutos rellenamos tarjetas con docenas de títulos y los entregamos a los bibliotecarios, a la espera de que nos trajeran los libros. Cuando estuvimos solos, inserté páginas del texto en los libros que cogía de las estanterías de esa habitación. Para mayor precaución, propuse que cuando hubiésemos terminado destruyéramos las tarjetas y no conserváramos ninguna lista.

—¿Pero cómo los volveremos a encontrar? —objetó Wolfgang—. Recuperar mil páginas a

fuerza de ir probando entre tantos libros llevaría años y años a un montón de gente.

—Eso es lo que pretendo —corroboré.

No me parecía necesario mencionar de nuevo mi memoria fotográfica, pero era capaz de recordar una lista de hasta quinientos objetos, como el autor y el título de cada libro en el que insertáramos algunas páginas, hasta unos tres meses. Si no podía regresar antes, escribiría la lista, la volvería a memorizar y la destruiría.

Más urgente era la cuestión de Dacian. Como había mencionado en la *Schatzkammer*, debía regresar a París, de modo que esta sesión en la biblioteca iba a ser la última durante bastante tiempo y necesitaba averiguar muchas cosas antes de que se marchara. Tendría que andar y masticar chicle a la vez; dividir el cerebro para prestar atención a Dacian mientras memorizaba la lista de libros. Acerqué la silla a la suya, al lado de la ventana. Wolfgang se quedó en la puerta para recoger los libros a medida que llegaban. Me pasaba cada montón, sin dejar de cerciorarse de que no nos oía nadie. Al empezar a rellenar los volúmenes con páginas dobladas de manuscrito, asentí a Dacian para que prosiguiera.

—Intentaré contestar las preguntas de los dos —empezó—. Los trece objetos sagrados en los que Wolfgang está interesado y el significado de los papeles de Pandora, en poder de Ariel. Ambas respuestas se centran en una parte remota del mundo actualmente poco visitada y en aquella época poco comprendida. Aunque en su día esa región contaba con la mayor cultura, ahora su pasado yace enterrado bajo el polvo de los siglos. Las grandes potencias se la han disputado sin cesar y sus líneas de demarcación siguen siendo motivo de conflicto. Pero como algunos han aprendido a la fuerza, se trata de una tierra tan salvaje y misteriosa que su gente, como la pantera, no puede ser domada.

Se volvió para mirarme con esos ojos color verde oscuro.

—Me refiero a un lugar, que según tengo entendido, ambos investigaréis durante vuestra estancia en Rusia. De modo que nuestro encuentro de hoy es afortunado. Soy uno de los pocos que puede narrar su historia y, lo que es más importante, el significado más profundo que se esconde tras esa historia, porque yo mismo nací ahí hace casi un siglo.

—¿Naciste en Asia central? —pregunté sorprendida.

—Sí. Y el sánscrito fue la primera lengua de esa región, una clave importante. Déjame que te muestre una imagen más clara de mi patria.

Dacian extrajo de su cartera un pedazo de cuero enrollado y atado con correa de gamuza. Lo soltó y me lo tendió. Parecía tan frágil que dudaba en tocarlo, así que Dacian lo extendió en la mesa. Wolfgang se acercó para observarlo.

Era un mapa antiguo, dibujado y pintado a mano con mucho cuidado pero sin ninguna línea fronteriza. El mapa que había estudiado esa mañana representaba más o menos el mismo territorio, por lo que me orientaba topográficamente por el terreno incluso sin los nombres: los mares interiores eran el Aral y el Caspio, los principales cursos fluviales, el Oxus y el Indo, mientras que las cadenas montañosas eran el Hindú Kus, el Pamir y el Himalaya. Las únicas líneas señaladas, de puntos, tal vez indicaban rutas principales de viaje. Pero también había unos cuantos círculos que indicaban características geográficas: unas pocas reconocibles, como el monte Everest. Sin embargo, resultaba difícil adivinar el resto sin esas demarcaciones artificiales que establecen las fronteras nacionales a las que estamos tan acostumbrados. En previsión de ello, Dacian desplegó una capa de tejido translúcido con las fronteras actuales y la colocó sobre el mapa para que las regiones separadas cobraran vida.

—A lo largo de los siglos, han vivido en esta zona tantos pueblos que uno pierde la consciencia de lo que es importante —explicó—. Estos círculos del mapa son los lugares de

una vuelta a la normalidad.

—Eso es porque nadie ha hecho la pregunta clave: ¿por qué motivo se dirigieron ahí los soviéticos? —dijo Dacian—. La respuesta es simple. Igual que Hitler cincuenta años antes, buscaban la ciudad sagrada.

Wolfgang y yo dejamos de rellenar libros un momento, con los ojos fijos en Dacian. Él dio unos golpecitos en el mapa como si pensara y nos obsequió con una sonrisa esquiva.

—Las ciudades mágicas han abundado siempre en esta región —comentó—. Algunas están históricamente documentadas, mientras que otras constituyen especulación o mito, como la Chan-du mongol, el Xanadu de Kublai Kan, descrita por Marco Polo, o el retiro himalayano de Shangri La, que según la leyenda aparece sólo una vez cada milenio. Luego, la región más occidental de China, la república de Xing-jiang: en la década de los veinte, el místico ruso Nikolái Roerich registró relatos que recogió desde Cachemira hasta la Xinxiang china y el Tíbet sobre la fabulosa ciudad hundida de Shambala, una versión oriental de la Atlántida. Se creía que la tierra se había tragado esta ciudad milagrosa, que pronto volvería a emerger para marcar el nacimiento de un nuevo eón.

Dacian tenía los ojos cerrados, pero mientras deslizaba el dedo sobre el mapa, parecía capaz de ver cada uno de los puntos que tocaba. Aunque había admitido que narraba mitos, parecían resultarle tan reales que me tenía fascinada. Tuve que hacer un esfuerzo para volver a prestar atención a los papeles que se suponía estaba escondiendo.

—Es aquí, en Nepal, donde durante miles de años los budistas han creído que está enterrada la ciudad perdida de Agharti, en el interior del Kangchenjunga —prosiguió—, el tercer pico más alto del mundo, cuyo nombre significa «los cinco tesoros de la gran nieve». Después, al sur de la segunda montaña más elevada del mundo, el K2, en la zona que reclaman China, la India y Pakistán, se esconde otro tesoro misterioso junto con manuscritos sagrados. El legendario ocultista Alesteir Crowley, que fue el primero en intentar el ascenso a esta montaña en el año 1901, iba en su busca. Y la montaña más mágica de la región es el monte Pamir, llamado antes pico Stalin y ahora, pico Comunismo, en Tadjikistán. Con casi siete mil quinientos metros de altitud, constituye el pico más elevado de la Unión Soviética. Los persas zoroástricos consideraban esta montaña el eje principal de un entramado de poder que conectaba puntos sagrados de Europa y el Mediterráneo con los del Próximo Oriente y Asia, un mecanismo que sólo puede activarse, según opina mucha gente, si concurren las circunstancias adecuadas, como sucederá en el cambio de este nuevo eón.

»Pero el más interesante de todos esos lugares sagrados fue una ciudad fundada por Alejandro Magno hacia el año 330 a.C. cerca de la actual frontera ruso-afgana. De acuerdo con la leyenda, hace miles de años existió una ciudad de gran misterio y magia en ese punto: la última de las siete ciudades legendarias de Salomón.

—¿Del rey Salomón? —soltó Wolfgang en un tono extraño—. ¿Cómo es posible?

Se levanto, habló con tranquilidad con el bibliotecario que había en el exterior, cerró las puertas cargadas de libros y regresó para sentarse a mi lado.

Yo seguí incluyendo las páginas de Pandora dentro de volúmenes, con la cabeza agachada, para que no me vieran la cara. Sabía que esta referencia a Salomón no era un comentario casual de Dacian, como tampoco las muchas alusiones de Sam: el nudo de Salomón que me dejó en el retrovisor del coche, los anagramas y el número de teléfono que me dirigían al Cantar de los Cantares. Mucha información recibida, ¿pero qué significaba? Me sentía como un reactor en el punto de masa crítica. Estaba ahí sentada intentando introducir mis barras de control y concentrarme en las conexiones. Le pasé mi montón de libros a Wolfgang, que

me entregó otro.

—Es una parte del mundo que poca gente vincularía a Salomón —concedió Dacian—. Aun así, una cordillera entera que corre entre el valle del Indo y Afganistán, al sur de donde se cree que estaba la ciudad oculta, recibe su nombre: los montes Sulaymán. Los antiguos consideraban su trono, el *takht-i-Suliman*, situado en un cráter hueco de la cima, como otro eje que conectaba el cielo con la tierra.

»En cuanto a Salomón, se suele confundir mito y realidad: se afirma que era un mago con dominio sobre el agua, la tierra, el viento y el fuego; que comprendía el lenguaje de los animales y utilizó los servicios de hormigas y abejas para construir el templo de Jerusalén, y que las palomas y los videntes diseñaron su ciudad mágica del sol en Asia central, un lugar que Alejandro Magno buscó con insistencia por muchos países. Cuando Salomón llevó a Balkis, la reina de Saba, de viaje todas las ciudades que había creado, a bordo de una alfombra mágica donde había colocado un trono real, y la reina volvió la mirada hacia su patria, el genio de Salomón arrancó la cima de la montaña y depositó ahí el trono para que tuviera mejor vista. En 1883 se documentó la existencia de un *takht-i-Suliman* auténtico en una expedición de reconocimiento de la zona. En tiempos de Alejandro existía también un templo persa de fuego en ese mismo lugar. El vínculo con el culto al fuego es importante en nuestra historia. Alejandro y Salomón, ambos con un pie en la historia y otro en la leyenda, están relacionados entre sí de otras maneras: en la tradición hindú, budista, tibetana tántrica, cristiana nestoriana y hasta en el libro sagrado del islam, el Qur'án.

—¿Salomón y Alejandro están mencionados en el Corán? —me sorprendí.

—Ya lo creo —contestó Dacian—. Uno de los objetos sagrados que tanto intrigan a Wolfgang está descrito en el Corán: una piedra verde, mágica y luminosa que, según se cree, cayó del cielo hace millones de años. Salomón, iniciado en los secretos de los magos persas, se hizo montar un pedacito de esa piedra en un anillo que llevó puesto a todas horas, hasta su muerte. Alejandro buscó esta piedra por los poderes que dispensaba sobre el cielo y la tierra.

Sin dejar de escucharlo, empecé de nuevo a rellenar los libros, y Dacian inició su relato.

LA PIEDRA

Nació a las doce de una sofocante noche de verano del 356 a.C, en Pela, Macedonia. Lo llamaron Alejandro.

Antes de su nacimiento, la sibila predijo la muerte sanguinaria de Asia a manos de alguien que estaba a punto de llegar. Se cuenta que, con sus primeros llantos, el Artemision, el gran templo de Artemisa en Efeso, ardió en llamas de forma espontánea y quedó totalmente destruido. Los magos de Zaratustra, que fueron testigos de ese incendio, según nos relata Plutarco, lloraron, esperaron y se golpearon los rostros, y profetizaron la caída del vasto Imperio persa, que empezó en esa misma hora.

La madre de Alejandro, Olimpia, princesa de Epiro, era sacerdotisa de los misterios órficos de la vida y la muerte. Cuando Olimpia contaba trece años, conoció al padre de Alejandro, Filipo II de Macedonia, en la isla de Samotracia, en su iniciación a los misterios dionisiacos más oscuros que gobernaban los meses de invierno. En el momento de su matrimonio con Filipo, cinco años más tarde, Olimpia era también devota de los rituales de las bacantes, las

seguidoras de Dioniso, el dios del vino, en cuya patria, Tracia, recibían el nombre de *bassarides* por las pieles de zorro que vestían (y poco más) cuando bailaban con frenesí en las colinas toda la noche, borrachas de vino sin diluir, sedientas de sangre y arrebatadas de lujuria. Poseídas por el dios, las *bassarides* capturaban animales salvajes con las manos y los descuartizaban con los dientes. En esos momentos, recibían el nombre de ménades, las frenéticas.

Olimpia solía compartir su lecho con la serpiente del oráculo, una pitón adulta, costumbre que atemorizaba tanto a su marido que, durante cierto tiempo pospuso la concepción de un hijo. Pero el oráculo indicó a Filipo que perdería un ojo por contemplar a su esposa en una cópula con el reptil sagrado, un acontecimiento místico en que el rayo de Zeus le abría la matriz y de ella surgían llamas, que anunciaban un niño que un día prendería fuego al Este. Según el oráculo el matrimonio debía consumarse. Su hijo uniría los cuatro lados y despertaría al dragón de la fuerza latente en la tierra, de modo que se iniciaría una nueva era. Alejandro era rubio, sonrosado y atractivo, con una figura elegante y un ojo gris azulado y el otro, castaño oscuro. Tenía una mirada dulce e irradiaba una fragancia agradable y maravillosa por la boca y por todos los poros de la piel debido a su naturaleza cálida y apasionada. La educación que recibió de Aristóteles el joven príncipe incluyó la formación en la metafísica y en los secretos de los magos persas. Pronto se mostró más inteligente de lo que correspondía a su edad. Su madre Olimpia le enseñó los misterios. Se convirtió en un corredor veloz, un jinete espléndido, un hábil guerrero y era admirado por todo el reino de su padre.

Pero cuando cumplió los dieciocho, la vida de Alejandro cambió. Su padre se divorció de su madre, la desterró y se casó con una joven macedonia, Cleopatra, quien pronto le ofreció un nuevo heredero en la línea sucesoria. Olimpia, presa de ira, recurrió a sus poderes mágicos, que eran extraordinarios. Mediante estratagemas y maldiciones consiguió que uno de los amantes masculinos de Filipo lo asesinara, de modo que Alejandro pudiese acceder al trono. Alejandro contaba veinte años cuando, debido a la muerte de su padre, se convirtió en rey de Macedonia.

Lo primero que hizo fue llevar a sus vecinos Iliria y Tracia al redil macedonio. Luego incendió la ciudad rebelde de Tebas, en la zona central de Grecia, y esclavizó a su población. En la costa jónica de la actual Turquía, las ciudades griegas habían estado sometidas al vasallaje persa durante más de ciento cincuenta años. Alejandro se decidió a derrotar a los persas y a restablecer la democracia y, en algunos casos la autonomía, en las anteriores colonias griegas. Su misión inicial, romper el dominio del Imperio persa que había durado doscientos años en el mundo oriental y occidental, fue pronto sustituida por la de dominar el mundo. Su misión última sería la de unirse con el líquido divino: convertirse en un dios viviente.

Los ejércitos de Alejandro se introdujeron en Asia a través de Frigia (la actual Anatolia, en la Turquía central) y llegaron a Gordion. En el siglo VIII A.C, cuatrocientos años antes de Alejandro, un oráculo anunció al pueblo de Frigia que un día aparecería su rey verdadero y que se le reconocería por el hecho de que, al entrar por las puertas de la ciudad, un cuervo se posaría en su carro. Un pastor, Gordias, se aproximó por la carretera del este. Al llegar a la primera ciudad, un cuervo profético se posó en el yugo de su carro de bueyes y entraron juntos en la villa. La gente aclamó a Gordias y lo acompañó al templo, donde lo coronaron rey. Pronto se descubrió que nadie era capaz de desatar el complejo nudo de la correa de cuero que unía el yugo al timón del carro. El oráculo predijo que quien desatara el nudo se convertiría en el señor de toda Asia. Se trataba del nudo gordiano que, cuatrocientos años

después, Alejandro cortaría por la mitad con su espada.

Gordias se casó con la profetisa del oráculo de Cibeles, nombre que significa a la vez cueva y cubo, la gran diosa madre de toda la creación desde la época glaciaria. Cibeles había nacido en el monte Ida, en la costa jónica, desde donde los dioses observaron la guerra de Troya, pero su trono principal se encontraba en Pesinunte, a sólo veinte kilómetros de Gordion, donde se conservaba como una piedra meteorítica negra. Ciento veinte años después de la muerte de Alejandro, esta roca fue llevada a Roma y conservada en la colina palatina para protegerla frente a Aníbal y sus fuerzas durante las guerras púnicas. Permaneció allí, ejerciendo el poder frigio, hasta bien entrada la época de los cesares.

Gordias y su esposa profetisa adoptaron al hijo medio mortal de la diosa Cibeles, un chico llamado Midas porque, al igual que la diosa, había nacido en el monte Ida. Midas se convirtió en el segundo rey de Frigia. Cuando aún era un muchacho, Midas viajó acompañado por el centauro Sileno, tutor del dios Dioniso, a Hiperbórea, una tierra mágica situada más allá del viento del norte, relacionada con la estrella polar y el eje del mundo. A su regreso, Dioniso recompensó a Midas concediéndole un deseo. Midas pidió convertir en oro lo que tocara. En la actualidad todavía fluye oro en los ríos en los que un día se bañó.

En el año 333 a.C, cuando Alejandro cortó el nudo gordiano, visitó la tumba del rey Midas, el templo de Cibeles, para ver la piedra negra y, por último, el templo del dios patrón de los reyes frigios, Dioniso. Tras haberse refrescado en los manantiales y pozos de los dioses orientales, procedió a conquistar el Este: Siria, Egipto, Mesopotamia, Persia, Asia central e India.

El acontecimiento más relevante de esas campañas se produjo en Asia central, en la Roca Sin Pájaros, ciudad construida sobre una torre de roca de dos mil metros de altura, que era considerada el pilar que sostenía el cielo; tan alta que era imposible atacarla con una catapulta. Alejandro seleccionó trescientos soldados de las regiones montañosas de Macedonia, capaces de escalar a mano los acantilados y los muros de la ciudad; una vez arriba, dispararon flechas a los defensores, quienes se rindieron.

El Corán explica que en algún lugar cercano a este punto, Alejandro construyó unas inmensas puertas de hierro para cerrar un paso de montaña difícil frente a la tribu de Gog, procedente del país de Ma-gog, tribu que más adelante se denominaría mongol. También fue en ese lugar donde construyó su ciudad santa, sobre el anterior emplazamiento de la séptima ciudad de Salomón. Se dice que la piedra sagrada de Salomón permanece enterrada como piedra angular, lo que permite a la ciudad emerger en los albores de cada nuevo eón.

Una vez pacificada la región situada más allá del Oxus, una tropa de nobles llegó procedente de Nisa, un valle al otro lado del Hindu Kus. Cuando vieron a Alejandro, estaba en plena batalla con la armadura puesta y cubierto de polvo. No obstante todos se quedaron sin habla y se postraron en el suelo sobrecogidos porque reconocieron en él esas cualidades divinas que ya habían detectado los sumos sacerdotes egipcios y, cómo no, los magos persas. Los nobles de Nisa invitaron a Alejandro y a sus hombres a visitar su país, que según afirmaban era el lugar de nacimiento del «dios de Nisa», Dioniso, también dios principal de Macedonia. Se cuenta que la visita de Alejandro a Nisa supuso el punto de inflexión en su corta pero influyente vida. Acercarse a ese valle verde que se extendía entre cordilleras montañosas era como entrar en un terreno mágico y perdido. El valle no sólo se vanagloriaba de sus viñedos exclusivos y de los vinos embriagadores que a Alejandro le encantaba beber, sino que también era el único lugar de esa parte del mundo donde crecía la hiedra, planta consagrada al dios.

La vid representa el viaje al mundo exterior, la búsqueda. La hiedra describe el viaje interior, el laberinto. Alejandro y sus soldados, siempre dispuestos a brindar por el dios principal de su lugar de nacimiento, se tocaron con una corona de hiedra sagrada y bebieron, festejaron y bailaron por las colinas para celebrar esa nueva invasión de la India, ya que según la leyenda, el dios Dioniso fue el primero en cruzar el Indo a lomos de su pantera perfumada.

La carrera de Alejandro fue breve, pero los dados del oráculo habían sido echados antes de su nacimiento. En trece años y muchas campañas conquistó la mayoría del mundo conocido. Luego, a los treinta y tres años, falleció en Babilonia. Debido a que su vasto imperio, conseguido a base de esfuerzo, se dismanteló inmediatamente tras su muerte, los historiadores son de la opinión de que no dejó nada aparte de su leyenda dorada. Se equivocan. En esos trece años consiguió su objetivo: mezclar Oriente y Occidente, espíritu y materia, filosofías y líneas de sangre. En todas las capitales conquistadas, oficiaba matrimonios públicos en masa entre oficiales grecomacedonios y mujeres nobles nativas; él mismo eligió varias esposas entre las persas.

Se sabe también que Alejandro era un iniciado en el esoterismo oriental. En Egipto, los sumos sacerdotes de Zeus Júpiter Amón reconocieron en él la encarnación de ese dios y le impusieron los cuernos de carnero de la figura vinculada en los tres continentes con Marte, el planeta de la guerra, y con la era actual de Aries, el carnero. En el norte, en las tierras de los escintios (en Asia central, la parte del mundo de que estamos hablando), lo llamaban *Zulqarnain*: «el dios bicorne». Ese término significa también «señor de los dos senderos» o dos épocas, es decir, aquel que gobernará la transición entre dos eones.

—La madre de Alejandro, Olimpia, le dijo que era la semilla de la serpiente del poder, la fuerza cósmica —finalizó Dacian—. La ambición que le había inculcado de pequeño creció hasta convertirse en una sed inagotable de dominación. Con este objeto construyó una ciudad sagrada en cada «punto de acupuntura» en el entramado de poder del mundo. Alejandro creyó que si clavaba una aguja en esos puntos de la columna vertebral de la tierra, como si introdujera el vastago de un clavo en un árbol, eso le permitiría dominar el «dragón de las fuerzas» de la tierra, y que quien poseyera la piedra sagrada de la nueva era y la colocara precisamente en el centro del entramado originaría la última revolución de la rueda del eón y lo tendría bajo su control y dominio, así como el resto de la tierra. Eso era tan importante que Alejandro interrumpía sus campañas para supervisar cada escena ríto antes de empezar a construir e insistía en bautizar cada ciudad él mismo, hasta un total de setenta, antes de morir.

—¿Setenta ciudades? —preguntó Wolfgang, levantando la vista del libro que estaba relleno.

—Un número interesante, ¿verdad? —corroboró Dacian—. Con las siete ciudades anteriores de Salomón, suman setenta y siete puntos del entramado, un número de lo más mágico.

No se me había escapado el paralelismo entre las setenta y siete ciudades de Alejandro y Salomón y el Grupo de los 77 países no alineados del que me habían informado a lo largo de la mañana. Cuando pasé a Wolfgang el libro que acababa de rellenar, la puerta se abrió hacia dentro y un bibliotecario asomó la cabeza para anunciarnos que era la hora de cerrar. Dacian enrolló el mapa de piel y lo devolvió a la bolsa, mientras Wolfgang apilaba con cuidado el último montón de libros y se dirigía con él hacia la puerta.

—Aunque hubiera existido algún tipo de entramado que dominara esas energías misteriosas, ¿que importancia tendría controlarlas? —pregunté a Dacian.

—Recuerda que Salomón era considerado el señor de los cuatro lados, no sólo de la tierra,

sino también de los cuatro elementos —afirmó—. Así pues, poseía los poderes de un ser inmortal. Y en su corto margen de tiempo, Alejandro se convirtió en el primer hombre occidental que fue considerado un dios viviente antes de su muerte.

—¿Insinúas que hay dioses que vienen a la tierra bajo forma humana? —dije—. Me encantan esos viejos mitos, pero estamos a finales del siglo veinte.

—Exactamente el momento en que se espera su llegada —sentenció Dacian.

Salimos a la calle ya oscura y la puerta de la biblioteca se cerró detrás de nosotros. Dacian parecía agotado a la luz dorada de la primera farola que acababa de encenderse sobre nuestras cabezas, pero su cara seguía siendo muy atractiva.

—Tengo que dejaros enseguida; estoy muy cansado —anunció—. Pero os volveré a ver, es decir, si los dioses de los que hemos hablado lo permiten. Si bien me he limitado a arañar la superficie de lo que necesitáis saber, por lo menos está arañada para que podáis echar un vistazo a través del cristal. No me preocuparía por esos manuscritos. No sirven de mucho por sí solos. No basta con leer; es preciso comprender. Esa capacidad, como os digo, no sólo requiere una mente inquisidora, sino también algo más.

—¿Algo más? Como saber formular bien las preguntas —dije—. Pero antes, en el Hofburg, nos contaste que eras la única persona que podría explicar por qué todo el mundo quiere esos manuscritos, y los objetos sagrados también, que sólo tú podrías indicar por qué son tan peligrosos. Así que la pregunta es, ¿por qué no lo has hecho?

—Afirmé que sólo una persona podía responder la pregunta, no que esa persona fuera yo —aclaró Dacian—. ¿Recuerdas que dije que el sánscrito era la clave del misterio? ¿Y que el antiguo templo de fuego construido en el emplazamiento del trono de Salomón en Afganistan era asimismo importante? Ambas cosas se relacionan con esa calidad que he denominado «algo más». Queda mejor descrita con la palabra sánscrita *salubha*, que significa «la forma de la polilla o el saltamontes», volar hacia el fuego, correr sin pensar en el peligro, como hace la salamandra. Nadar corriente arriba como el salmón. Poseer los poderes de la sal.

—¿La sal? —me sorprendí.

—La sal, la mercancía más valiosa del mundo antiguo —respondió Dacian—. Los romanos pagaban con ella a sus soldados: de ahí la palabra actual «salario». El asentamiento celta más antiguo en Austria, uno de los primeros y más ricos de Europa fue Hallstatt, situada en el Salzkammergut, «región de la cámara de sal», bastante cerca de donde nació nuestro amigo Afortunado y donde vivió al final de su vida. Su nombre revela su fuente de salud: como el alemán *Salz* o el alemán antiguo *Halle*, *hal* era nombre celta de la sal.

Con un escalofrío recordé las palabras de Afortunado a Dacian, según me había contado Laf: que en el río y en Salzkammergut se encontraría el mensaje de los pueblos remotos, escritos en runas... Pero, ¿qué era preciso para revelar ese mensaje? Conocía la existencia de lagos salados y manantiales salinos en la parte alta de los Alpes austriacos, y las minas de sal subterráneas y cristalinas, como la cueva de Merlín, como esas setenta y siete ciudades legendarias.

—¿Así que cuando Hitler construyó esa casa en la zona de Salzburgo trataba de dar con alguna fuerza, como las ciudades ocultas de Alejandro y el rey Salomón? ¿Pero qué era? —quise saber.

—Todas esas cosas —comentó Dacian—, Salomón, la salamandra, el salmón, incluso la ciudad de Salzburgo, tienen una cosa en común. Ya sea sal, Salz, sau o sault, se limita a «salto», es decir, brincar, botar, bailar.

—Me temo que eso es como un salto mortal sin red para mí —afirmé.

—Se trata del pequeño ingrediente que pedí: *sal sapiente*, «sal sabia», la sal de la sabiduría —concluyó Dacian—. Espolvorea un poco y te conferirá los saltos de la intuición, como aquellos que caracterizaban al rey Salomón, un baile mental lleno de energía centelleante. Como el salmón que salta corriente arriba, como en un salto de fe.

«¡Oigo a mi amado! —Oí el Cantar de los Cantares, atribuido a Salomón, retumbar en mi mente—. Helo aquí que viene saltando por los montes, triscando por los collados.»

Dacian se volvió hacia mí y me puso las manos en los hombros con ademán ceremonioso, casi como si me impusiera una condecoración o me pasara una antorcha. Luego, miró por encima de mi hombro a Wolfgang con una sonrisa enigmática.

—Ariel —me dijo—, no te queda más remedio. ¡Tendrás que aprender a bailar!

Y desapareció entre las sombras de la noche.

—Me acabo de acordar de una cosa —dijo Wolfgang, cuando Dacian se hubo ido—. Estaba tan hipnotizado por ese hombre que casi se me olvida. Regresé a la oficina mientras comíais y te habían remitido este fax desde tu oficina en Estados Unidos. Espero que no sea nada urgente.

Se puso la mano en el bolsillo y me alargó un papel doblado. Lo abrí bajo la luz amarilla de la farola.

Se ha completado la primera fase de nuestro proyecto y el archivo de la información para la segunda fase está en proceso. Por favor, indique cómo debemos hacerle llegar comunicaciones futuras a medida que progrese. Podrá ponerse en contacto con nuestro equipo en el número arriba mencionado a partir de mañana.

Atentamente,

R.F. BURTON, Seguro de calidad

Sir Richard Francis Burton, orientalista y explorador incansable, había sido uno de mis autores favoritos durante mi infancia. Había leído todo lo que había escrito o traducido, incluido los dieciséis volúmenes de su versión de *Las mil y una noches*. Sin duda, el mensaje era de Sam. Aunque no podía detenerme a analizar el contenido ahí, al lado de una farola de Viena, con Wolfgang echando un vistazo, era un comunicado bastante simple del que adiviné varias cosas de entrada:

Primera fase «completada» significaba que Sam había visto a su abuelo, Oso Oscuro, en la reserva de los nez percé en Lapwai y que había averiguado algo bastante importante sobre su padre Earnest: de lo contrario no habría corrido el riesgo de comunicarse conmigo tan abiertamente aunque yo le había dicho que podía hacerlo. En cuanto a la segunda fase: que firmara el mensaje como sir Richard Burton lo decía todo. Además de los muchos libros que Burton había escrito sobre sus recorridos por escenarios exóticos como Medina, La Meca y las fuentes del Nilo, había escrito también acerca de su peregrinaje a la ciudad de los santos, es decir, los santos del último día.

De modo que el fax me indicaba que al día siguiente a esa misma hora, Sam estaría

comprobando el resto de nuestra historia familiar en esa otra famosa tierra de sal, la versión americana de Salzburgo: Salt Lake City, en Utah.

EL VIÑEDO

En respuesta a un oráculo de la diosa [Cibeles], Dioniso aprendió de una serpiente el uso de las uvas. Después, inventó el método más primitivo de elaboración de vino.

KARL KERENYI,

Dionysos

Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el viñador.

JESÚS DE NAZARET,

Evangelio según san Juan 15,1

Y añadió Dios... Pongo mi arco en las nubes, y servirá de señal de la alianza entre yo y la tierra... Y me acordaré de la alianza... y no habrá más aguas diluviales para exterminar toda la carne... Noé se dedicó a la labranza y plantó una viña. Bebió del vino...

Génesis 9,12-21

«Alianza entre Dios y Noé»

De mañana iremos a las viñas, veremos si la vid está en cierne, si las yemas se abren, si florecen los granados; allí te entregaré el don de mis amores.

Cantar de los Cantares 7,13

Ya había anochecido cuando Wolfgang y yo avanzábamos por la carretera que partía de la ciudad bordeando el Danubio. El cielo azul oscuro estaba salpicado con unas cuantas estrellas; dejamos atrás la redondeada luna amarilla que se elevaba sobre la ciudad de Viena. No hablamos demasiado durante el viaje. Aunque yo estaba emocionalmente agotada, no podía cerrar los ojos. Pronto, las luces de la ciudad se hubieron desvanecido y seguimos el curso ancho y suave del río en dirección oeste, hacia la tierra vinícola de Wachau. Wolfgang conducía con la misma precisión grácil y sincronizada que mostraba al esquiar, y me dediqué a mirar a través de la ventanilla la superficie cristalina del río a un lado y los pueblos que se arracimaban por la colina como casas de *hobbit* junto a la carretera, al otro lado. En menos de una hora llegamos a la ciudad de Krems, donde se encontraba la oficina de Wolfgang. Para entonces, la luna estaba en lo alto del cielo y bañaba de luz las cimas colindantes. Tomamos un desvío de la carretera principal que ascendía por la colina hacia la encantadora

ciudad amurallada de Krems, con su interesante surtido de edificios blanqueados, cuya mezcolanza de estilos se distinguía a la perfección bajo la luz brillante de la luna: renacentista, gótico, barroco, románico. Cruzamos la ciudad y el Hóher Markt, con sus palacios de campo y museos cuadrados pero, para mi sorpresa, Wolfgang abandonó la ciudad por una carretera más estrecha y tortuosa que conducía hacia el campo lleno de viñedos situado en una colina por encima del pueblo. Observé su perfil, recortado contra el reflejo verde de las luces del salpicadero.

Tenía entendido que íbamos a parar en tu oficina para repasar la agenda de mañana — comenté.

Sí, pero tengo la oficina en casa —explicó Wolfgang, sin apartar los ojos de la carretera—. No queda lejos, sólo a unos cuantos kilómetros. Llegaremos enseguida.

La carretera se había estrechado aún más y parecía que se le acababa el pavimento a medida que avanzábamos por la colina escarpada y nos alejábamos más y más del río y de los núcleos habitados. Pasamos por delante de una pequeña choza de barro con el techo de paja, construida al lado de la carretera, del tipo que usan los recolectores de uva para guardar las cestas y los útiles, y donde se cobijan durante esas lluvias torrenciales y súbitas tan frecuentes en la colina. Más allá no quedaba rastro de la civilización salvo, claro está, las hileras continuadas de vid en cultivo.

Cuando llegamos a la cima, las viñas se interrumpieron repentinamente, y la carretera terminaba en un puente que cruzaba un amplio riachuelo. Una nube ocultó momentáneamente la luna, por lo que costaba distinguir la silueta del muro de piedra, sólido y muy alto, que parecía cerrar el paso en la orilla opuesta.

Wolfgang detuvo el coche delante del puente y bajó. Pensé que quizá yo debía hacer lo mismo. Pero, de repente, se encendieron una serie de focos, que llenaron el paisaje de una luz dorada como en un teatro al aire libre. A través del parabrisas, contemplé estupefacta la vista.

Lo que había tomado por una pared alta para separar los pastos era en cambio la muralla almenada de un antiguo *Burg* austriaco, una construcción de piedra parecida a una fortaleza, y lo que confundí con un riachuelo era, de hecho, un foso a medio llenar, con los muros musgosos de granito que desaparecían bajo el agua. En la muralla se encajaban unas puertas altas de madera, que estaban abiertas y me permitían ver el interior ahora iluminado: un patio amplio, cubierto de hierba, un viejo roble que extendía sus ramas por encima del césped y, más adelante, la forma circular de piedra de un auténtico castillo medieval.

Wolfgang regresó al coche sin mediar palabra, puso la primera y condujo despacio por encima del puente levadizo y a través de la entrada abierta. Aparcó en la hierba, bajo el roble, justo al lado de un viejo pozo de piedra. Luego, apagó el motor y me miró casi con timidez.

—¿Tu casa? —dije, atónita.

—¿No se dice en inglés que para un hombre su casa es su castillo? —me preguntó—. Pues en mi caso, lo que heredé fue un bonito montón de pedruscos que casi mil años atrás formaban un castillo en este lugar, por encima de lo que un día sería la ciudad de Krems. He invertido diez años y la mayor parte de mis ratos libres y de mis ingresos para encontrar expertos que me ayudaran a restaurarlo. Aparte de ellos y de Bettina, que opina que estoy loco por hacer esto, eres la única persona que he traído. Dime, ¿te gusta?

—¡Es increíble! —exclamé.

Salí del coche para verlo mejor. Wolfgang se unió a mí mientras paseaba por el patio para

estudiar todos los detalles. Era cierto que los castillos en ruinas coronaban casi todas las colinas de Alemania y Austria. Eran tan bonitos y tenían una vista tan espléndida que nunca había entendido por qué nadie se tomaba la molestia de restaurarlos. Ahora comprobaba los esfuerzos que debían de haberse puesto en éste. Era evidente que hasta las piedras de las murallas estaban talladas, colocadas y unidas con argamasa a mano.

Cuando Wolfgang abrió las puertas del castillo, me dejó entrar y encendió las luces, me quedé más atónita todavía.

Estábamos en una gran torre circular con el suelo de pizarra; el techo se levantaba a unos veinte metros por encima de nuestras cabezas, con un complejo tragaluz abovedado en la parte superior a modo de caleidoscopio, a cuyo través se divisaba el cielo nocturno. El interior estaba iluminado por diversas luces adosadas que centelleaban, como estrellas, desde hornacinas abiertas en los muros de piedra. Un andamio de metal se elevaba del suelo como una escultura abstracta hasta la parte superior de la torre, y en él se apoyaba un surtido de estructuras de múltiples formas, que recordaban casitas en un árbol y sobresalían de la pared de piedra exterior formando ángulos diversos. Cada «casita» estaba rodeada por una pared curvada de madera encerada a mano, con tonalidades graduales y cálidas. Y cada una disponía de una parte de pared de plexiglás: un ventanal del suelo al techo que daba al espacio central abierto y se curvaba en parte por el techo como si fuera una claraboya para dejar entrar la luz de arriba. Al principio no me di cuenta, pero estas habitaciones estaban conectadas por una escalera de caracol con peldaños de madera que recorría el perímetro circular de la pared exterior. El resultado quitaba el aliento.

—Me recuerda esas ciudades subterráneas que mencionó Dacian —afirmé—. Como una cueva mágica escondida en el interior de una montaña.

—Y sin embargo, de día, se llena por completo de luz —comentó Wolfgang—. En las aberturas de estilo medieval, troneras y aspilleras, he instalado cristales y añadido claraboyas, ya lo verás. Mañana, mientras desayunemos, el sol lo iluminará todo.

—¿Pasaremos aquí la noche? —Intenté reprimir la agitación que me provocaba la idea.

Estaba seguro de que estarías demasiado cansada para regresar a casa de tu tío Lafcadio como tenías previsto —me dijo—. Además, mi casa queda tan cerca de la abadía donde pensamos ir mañana por la mañana...

Me parece bien —afirmé—, si no te causa demasiadas molestias.

—Está todo preparado —me aseguró—. Tomaremos una cena ligera en un restaurante del viñedo, aquí debajo. Tiene vistas al río. Pero primero, me gustaría enseñarte el resto del castillo... si te apetece, claro.

—Estaré encantada —asentí—. No he visto nada igual en mi vida.

El suelo de pizarra de la torre medía unos quince metros de diámetro. En el centro, había una zona dispuesta como comedor, con una mesa baja de roble rodeada de sillas tapizadas. Un poco más lejos, frente a la entrada desde donde lo observaba todo, estaba la cocina, delimitada por metros de estanterías abiertas llenas de vasos, platos y especias. A lo largo de la pared de la cocina había mostradores de madera gruesa, interrumpidos sólo por una cocina tipo chimenea, con una salida de humos construida en la pared exterior, como era de esperar en un castillo. Las escaleras cercanas que ascendían por la pared de la torre conducían al primer nivel, la biblioteca.

Aunque algo mayor que las habitaciones superiores, la biblioteca se abría en forma de semicírculo, que descansaba asimismo sobre un andamiaje y se sujetaba en la pared de la torre para mantener la estabilidad. Gran parte del muro de piedra estaba ocupado por una

gran chimenea ya preparada con leña. Wolfgang se arrodilló ante el hogar, abrió la salida de humos y con un palito largo encendió el fuego.

Delante de la chimenea se encontraba un sofá de piel, con muchos cojines y una mesita de café en forma de bumerán donde reposaban libros apilados. Alfombras turcas de colores pálidos cubrían el suelo. De hecho, no había librerías, pero el escritorio Biedermeier estaba lleno de papeles y útiles de escritura, y los libros se amontonaban en mesas, sillas, hasta en el suelo, por toda la habitación.

Después del siguiente tramo curvado de escaleras, en el segundo nivel estaba la habitación que Wolfgang me había destinado, con una cama grande y confortable, un armario, un sofá y un baño anexo. Las dos habitaciones superiores servían para dormir, a la vez que como despacho y sala, y por la abundancia de papeles y materiales de investigación, el ordenador y demás equipo que vi en una de ellas, era obvio que Wolfgang la usaba como oficina. Todas las habitaciones disponían de varias aspilleras altas provistas de ventanas con vistas al patio de césped.

El piso superior, bajo el tragaluz, era la *suite* de Wolfgang, que contaba como mi habitación con un gran baño privado. Pero por lo demás, era excepcional. Estaba suspendida a unos quince metros del suelo y tenía la forma de un anillo rodeado por la pared exterior del castillo, con una abertura central de unos tres metros y medio protegida por una barandilla de madera encerada a mano. Por la noche, como era el caso, la luz de las lámparas destellantes adosadas a los muros de la torre, que se reflejaba desde abajo, así como la que llegaba a través de las paredes de cristal, procedente de las habitaciones inferiores, parecía flotar a nuestros pies como si estuviéramos por encima de las nubes.

Recorrimos el espacio circular para que pudiera verlo bien. Una plataforma elevada formaba la cama en un lado, mientras que una zona para sentarse, con armarios y espacio para vestirse, ocupaba el otro. Entre ambos, un enorme telescopio metálico apuntaba hacia el cielo.

El muro de piedra de la torre sobresalía hacia el exterior a la altura de la cintura, y contenía intercaladas troneras, esas aberturas características de los torreones de las fortificaciones medievales, desde donde los sitiados podían lanzar piedras pesadas a los asaltantes. Wolfgang había equipado esas aberturas con cristales que se abrían hacia el interior y que podían cerrarse como persianas.

La *suite* tenía un techo mucho más alto que el resto de habitaciones, puesto que estaba situada bajo las fuertes vigas angulares que se entrecruzaban por la bóveda de claraboyas biseladas.

Como Wolfgang había indicado, de día el impresionante techo de tragaluces aportaría luz adicional a toda la torre. Ahora, la sorprendente disposición estelar del cielo nocturno recordaba un bol gigante de luz a cuyo través brillaba todo el universo plagado de estrellas. Era algo extraordinario.

—A veces, cuando estoy en la cama por la noche, intento imaginar lo que debió de sentir Ulises, perdido y vagando todos esos años, con el silencio del espacio profundo y la indiferencia fría e inmóvil de las estrellas como únicos compañeros —dijo Wolfgang.

—Pero en una habitación así —comenté—, me imagino que si estás muy callado puedes llegar a oír cantar las constelaciones: la música de la bóveda celeste.

—Prefiero las voces humanas —objetó Wolfgang.

Me tomó la mano y me condujo por la habitación. Abrió una de las ventanas de la pared externa para dejar entrar el aire fresco, frío, del río. Apagó las luces de fuera, que seguían

iluminando las murallas y el patio exterior, y pudimos contemplar el paisaje. Estábamos uno al lado del otro mirando las luces centelleantes que se disponían por las colinas ondulantes y, más allá, el doble zigzag luminoso que dibujaba el contorno serpenteante del Danubio. En el río, la reflexión circular de la luna se dividía en cintas de plata que iluminaban la superficie de las aguas profundas y oscuras. En ese lugar mágico, por primera vez desde hacía semanas, empecé a sentirme en paz.

Wolfgang se volvió hacia mí en silencio y me puso las manos en los hombros. Contra el brillo de la noche, sus ojos reflejaban la luz como los cristales traslúcidos de la aguamarina. Se estaba generando una oleada de sentimientos entre nosotros; oía cómo su murmullo se iba convirtiendo en rugido. Wolfgang habló por fin.

—A menudo, se me hace difícil mirarte —comentó—. Te pareces tanto a ella que resulta abrumador.

¿Me parecía a ella? ¿Qué significaba eso?

Seguía descansando las manos suavemente sobre mis hombros y observaba el río, como en sueños.

—Mi padre me llevó a verla cuando no era más que un niño —prosiguió—. Recuerdo que cantó *Das himmlische Leben*, de Mahler. Después, cuando mi padre me llevó al camerino para que le regalara el ramo que le había llevado, me miró con esos ojos.

Luego, con una voz extraña, entrecortada, finalizó:

—Tus ojos. La primera vez que te vi en Idaho, a pesar de que ibas abrigada como un oso polar y lo único que pude verte fueron los ojos, quedé fascinado.

Me cago en dios. ¿Cómo era posible? ¿Estaba ese hombre que me tenía obsesionada enamorado de mi abuela? Con la semanita que había pasado, lo único que se me ocurría para poner remedio a cómo me sentía era catapultarme a través de esa tronera abierta como una bola de cañón medieval.

Y para empeorar las cosas, aunque no necesitaba demasiada ayuda para eso, mi endemoniada sangre tempestuosa, de mezcla irlandesa y gitana, se asomaba de nuevo a mi rostro delator. Me volví de golpe y las manos de Wolfgang cayeron de mis hombros.

—¿Qué he dicho? —preguntó sorprendido, volviéndome a girar hacia él antes de que pudiese controlarme. Cuando vio mi expresión, se mostró confuso—. No es lo que te imaginas —afirmó muy serio—. Entonces yo era sólo un niño. ¿Cómo iba a sentir lo mismo que ahora que soy adulto?

Y mientras se pasaba los dedos por los cabellos, añadió con voz descorazonada:

—Contigo nunca consigo explicarme bien, Ariel. Si pudiera...

Me agarró ambos brazos por debajo del codo y yo solté un grito cuando un pinchazo terrible me recorrió el brazo. Hice una mueca de dolor.

Wolfgang me soltó de inmediato.

—¿Qué te pasa? —preguntó alarmado.

Me toqué el brazo con cuidado y sonreí entre lágrimas.

—¡Dios mío, no llevarás aún esos puntos! —exclamó.

—Tenía hora en el médico para que me los quitara ayer por la mañana —le expliqué mientras tomaba aire para intentar superar el dolor—. Pero para entonces ya estábamos en Utah.

—Si me lo hubieras dicho, lo podríamos haber solucionado antes, en Viena —comentó—. Supongo que lo entiendes; hay que quitar esos puntos. Aun en el caso de que se disuelvan se te podría infectar el brazo, o algo peor. Tenemos una agenda tan apretada antes de partir

para Rusia... ¿Te parece que lo haga yo? ¿Ahora mismo?

—¿Tú? —solté, mirando a Wolfgang con terror auténtico.

—Por favor, qué cara has puesto —se rió—. Tengo todo lo necesario: desinfectante, pomada, pinzas y tijeras. Es un procedimiento muy simple. En el internado trabajé en la enfermería y los chicos siempre necesitan que les den y les quiten puntos. Te aseguro que lo he hecho cientos de veces. Pero antes, traeré las cosas del coche para no tener que preocuparnos de ello después. Tardaré un poco en preparar lo demás en la cocina.

Abrió la puerta de un armario cercano y sacó un albornoz grueso y suave.

—¿Por qué no te desnudas aquí y te pones esto para no manchar te la ropa? —sugirió—. Baja y espérame en la biblioteca. Ya estará caldeada. Además, está más cerca de la cocina y es el lugar con mejor luz.

Dicho esto, se fue.

No sé qué se me había ocurrido que pasaría esa noche, pero «estoy enamorado de tu abuela», seguido de «¿quieres que te quite los puntos?» no era exactamente el rumbo que esperaba que tomaran los acontecimientos.

Por otro lado, puede que fuera buena idea librarme de los picores y las punzadas de esos últimos días. Además, quitarme los puntos me brindaría tiempo y margen para aceptar el hecho de que este hombre por el que me sentía tan atraída estuviera en contacto más estrecho con cualquiera relacionado con mi familia que conmigo.

Me dirigí al cuarto de baño de Wolfgang, me quité el vestido de lana y observé en el espejo la franja morada que me cubría desde el codo hasta el hombro, señalada con catorce puntos negros con forma de araña. Tenía los párpados hinchados y la nariz colorada a causa de esas lágrimas inesperadas. Estaba hecha un desastre. Cogí un cepillo con el mango de madera y me lo pasé por los cabellos varias veces, me mojé la cara con agua, me coloqué el albornoz y bajé las escaleras.

Cuando llegué a la biblioteca, el fuego crepitaba alegre y la habitación olía a resina. Avancé hasta el escritorio abierto y recorrí con los dedos el montón de libros que reposaba en él. Me fijé en uno que parecía antiguo y especial, con relieves de oro y una bonita cubierta de piel, casi del mismo tono amarillento que el sofá. Tenía puesto un punto. Lo extraje del montón y lo abrí.

La primera página estaba iluminada con el título:

Leyenda Aurea
La leyenda dorada: Lecturas de los santos
por Jacobus de Voraigne
1260 d.C.

Contenía horripilantes grabados de hombres y mujeres en distintas fases de tortura o crucifixión. Fui donde estaba el punto: santo número 146, san Jerónimo. Me sorprendió saber que su nombre en latín era Hieronymus, como el hombre que, hasta hacía poco, creía que era el padre de mi padre.

Aparte de su renombre por revisar la liturgia eclesiástica hace mil quinientos años bajo el reinado del emperador Teodosio, san Hieronymus, como Androcles, su antecesor en el famoso relato romano, curó la pata de un león herido. Eso me recordaba algo que había mencionado antes Dacian, pero en ese momento no conseguía recordar exactamente qué.

Entonces, Wolf gang entró cargado con una bandeja llena de frascos de medicinas, un recipiente con instrumental quirúrgico sumergido en desinfectante, una botella de coñac y una copita. Se había subido las mangas de la camisa y llevaba la corbata desabrochada alrededor del cuello abierto. En el brazo sostenía un montón de toallas. Dejó la bandeja en la mesita, delante del sofá donde me había sentado y puse el libro junto a ella. Cuando Wolf gang lo vio, sonrió y comentó:

—Ya veo, algo de lectura como preparación al martirio.

Acercó una lámpara de pie al sofá, extendió unas cuantas toallas en los cojines y se sentó a mi lado. Luego, con un rápido movimiento, soltó el cinturón del albornoz, que se abrió. Yo sólo llevaba puesta la ropa interior, bastante escasa. Al ver mi cara, me sonrió con ironía.

—¿Debería cerrar los ojos para proceder? —preguntó con educación burlona mientras me sacaba el brazo de debajo del albornoz y lo volvía a cerrar con discreción—. Y ahora deja que el doctor Hauser lo examine de cerca.

Me levantó el brazo hacia la luz y observó con atención la herida. Estaba tan cerca que podía oler la fragancia de pino y limón, pero también vi la expresión de su rostro.

—Siento tener que decírtelo, pero tiene muy mal aspecto —comentó—. Ha cicatrizado demasiado deprisa y la piel ha crecido en exceso en muchos sitios. Si no te sacamos los puntos ahora no hará mas que empeorar. Pero, por desgracia, tardaré un poco más de lo que me había imaginado y puede que también te vaya a doler más. Te los tengo que extraer con cuidado para asegurarme de que la herida no vuelva a abrirse. Bebe un poco de coñac. Si te duele demasiado, muerde una toalla.

—.¡sj, sería mejor que lo dejáramos? —sugerí esperanzada.

Wolfgang sacudió la cabeza. Me soltó el brazo con suavidad, sirvió coñac de la licorera que había en la bandeja y me pasó la copa.

—Mira, he traído muchas toallas para envolvete, pero tendrás que acostarte de lado en el sofá para disponer de un buen ángulo de ataque. Bebe antes un poco de esto; te calmará.

Tenía el estómago revuelto, pero me tomé el coñac como me pedía. Luego, me eché en el sofá cubierto de toallas, tan mullido que parecía que tuviera brazos para mecirme, y dejé que Wolfgang me tapara con más toallas. Puso mi brazo en la parte superior. Cerré los ojos; el fuego era tan cálido que notaba como si las llamas me acariciaran los párpados. Intenté relajarme.

Al principio, el dolor fue una sensación distante y fría gracias al antiséptico que me cubría la piel, pero pronto se volvió punzante. Cuando noté el ligero tirón de las pinzas en el primer punto, me pregunté si un pez tendría esa misma sensación cuando se traga el anzuelo y se lo clava en la carne: no un dolor intenso ni miedo aún, sólo la ligera impresión de que algo va mal, muy mal.

Desde el primer tirón fue como rayar un cristal con una aguja. El dolor me penetraba hasta los huesos con una sensación lenta y molesta. Procuré no estremecerme para no empeorar la situación, pero las punzadas sordas y rítmicas eran casi imposibles de soportar. Aunque tenía los ojos cerrados, notaba que las lágrimas se me agolpaban tras las pestañas. Respiraba hondo para armarme de valor frente a cada nuevo ataque.

Después de lo que pareció una eternidad, los tirones cesaron. Abrí los ojos y las lágrimas contenidas se deslizaron a borbotones por mis mejillas para caer sobre la toalla que cubría el sofá. Tenía aún los dientes apretados por el dolor y el estómago hecho un nudo. Sabía que si intentaba hablar, estallaría en sollozos. Inspiré y solté el aire despacio.

—El primero ha sido difícil, pero he conseguido quitarlo limpiamente —dijo Wolfgang.

—¡El primero! —protesté, intentando incorporarme en el codo bueno—. ¿Por qué no me cortas el brazo de un hachazo y acabamos antes?

—No me gusta hacerte daño —me aseguró—. Pero te los tengo que quitar. Ya llevan ahí demasiado tiempo.

Wolfgang me llevó el coñac a los labios. Tomé un gran trago y me atraganté un poco. Me secó una lágrima con el dedo y me miró en silencio mientras yo bebía algo más. Le devolví la copa.

—Cuando Bettina y yo éramos pequeños, si tenía que hacer algo desagradable, nuestra madre solía decirnos que un beso lo cura todo —me contó.

Se inclinó y acercó los labios al lugar de donde había extraído el punto. Cerré los ojos y sentí que el calor me subía por el brazo.

—¿Qué tal? —me preguntó en voz baja.

Asentí sin decir nada.

—Pues los demás también tendrán que recibir un beso. Será mejor que acabemos, ¿no te parece?

Volví a echarme en el sofá, preparada para que reiniciara el ataque. Para cada punto, se producía un dolor demoledor cuando tiraba con cuidado con las pinzas para liberar la sutura de la piel y luego el ruido de tijeras que anunciaba el último tirón. Tras cada tijeretazo, Wolfgang se agachaba para besar el lugar de donde había salido el punto. Intenté llevar la cuenta, pero pasados cinco o diez minutos no sabía si había atacado treinta o trescientos en lugar de los trece restantes. Sin embargo, los besos me aliviaban misteriosamente.

Tras la última arremetida, Wolfgang me dio un ligero masaje en el brazo hasta que la sangre regresó para eliminar el dolor. Después limpió la zona con un desinfectante de olor muy fresco. Una vez que hubo terminado, me senté a su lado, me ayudó a poner el brazo en la manga y me cerró de nuevo el albornoz.

—No habrá sido nada agradable. Has sido muy valiente esta última semana, pero ya se acabó —dijo, acariciándome el hombro sano—. Sólo son algo más de las siete, así que tienes tiempo de sobra para bañarte y descansar un poco si te apetece, antes de que tengamos que pensar en la cena. ¿Cómo estás?

—Bien, un poco cansada —comenté. Pero aunque quería hacerlo, de hecho no me movía del sitio.

Wolfgang me miró preocupado con una expresión que no conseguí descifrar. Era cierto que estaba algo aturdida por los tragos de coñac mezclados con la megadosis de endorfinas naturales que había liberado durante la media hora de dolor intenso y continuado. Me recliné contra los cojines mientras intentaba sobreponerme. Wolfgang alargó la mano y rizó un mechón de mis cabellos entre las puntas de sus dedos, pensativo. Pasado un momento, habló, como si hubiera llegado a una conclusión en privado.

—Soy consciente de que no es el mejor momento, Ariel, pero no sé cuándo llegará el momento oportuno. Si no es ahora, quizá nunca... —Se detuvo y cerró los ojos un instante—. Dios mío, no sé cómo plantearlo. Dame un sorbo de ese coñac.

Se inclinó por delante de mí, cogió la copa medio llena de la mesa y dio un trago. Luego, dejó la copa de nuevo y se volvió hacia mí con esos increíbles ojos turquesa y dijo:

—La primera vez que te vi en el Anexo de Ciencia Tecnológica, en el complejo nuclear, ¿oíste lo que te dije al pasar? —me pregunto. —No del todo —afirmé, aunque recordaba a la perfección que esperaba que hubiera dicho «encantadora» o «deliciosa», lo que quedaba algo

lejos de mi aspecto o estado de ánimo actual. Sin embargo no me esperaba lo que vino a continuación.

—Dije «éxtasis». En ese momento, tuve la tentación de abandonar toda la misión. Y te aseguro que a algunos les gustaría que lo hiciera, incluso ahora. Mi reacción hacia ti ha sido tan... no sé muy bien cómo decirlo, ha sido inmediata. Supongo que sabes hacia dónde va encaminada esta incómoda confesión.

Se detuvo porque me puse en pie de golpe, nerviosa. Ahí me tenías, una chica que rehuía hundir los esquís en la nieve en polvo, y me invitaban una vez más a saltar sin pensármelo desde otra altura peligrosa. Sentí que me invadía el pánico a pesar de mis esfuerzos por combatirlo. Podía estar confusa, pero no hacía falta ser Albert Einstein para adivinar lo que quería que Wolfgang hiciese en aquel momento, y lo que al parecer también él deseaba.

Intenté analizar la situación. ¿Qué otro hombre me llevaría al otro lado del mundo y me invitaría a pasar la noche en su propio castillo? ¿Qué otro hombre me miraría como lo hacía Wolfgang en ese instante, en mi penoso estado, mugrienta y magullada por mis periplos y peripecias, y seguir deseándome? ¿Qué otro hombre rezumaba esa fragancia embriagadora de pino, limón y cuero que me hacía sentir deseos de embeberme y ahogarme en ella? ¿Cuál era mi problema?

Pero en el fondo, sabía muy bien cuál era.

Wolfgang se levantó y se puso frente a mí sin tocarme. Me observó con esos ojos de rayos X que me producían los mismos efectos que la kriptonita a Superman: rodillas flojas y cabeza hueca. Teníamos los labios algo entreabiertos.

Sin otra palabra me rodeó con sus brazos y enterró sus manos en mis cabellos. Mis labios tocaron los suyos; con su boca en la mía parecía beberse el alma y llevarse todo lo que había en mi mente excepto el calor de sus labios que me descendía por la garganta. El albornoz me resbaló de los hombros y cayó para formar un estanque alrededor de mis pies desnudos. Sus dientes me arañaban el hombro y sus manos recorrían mi cuerpo donde había retirado la ropa interior. No podía respirar.

Me aparté.

—Tengo miedo —susurré.

Me cogió por la muñeca y me besó la palma de la mano.

—¿Acaso crees que yo no? —me preguntó, muy serio—. Pero sólo tenemos que recordar algo, Ariel. No mires atrás.

«No mires atrás, la única norma que los dioses dictaron a Orfeo antes de que se adentrara en los infiernos para recuperar a su gran amor, Eurídice», pensé con un escalofrío.

—No estoy mirando atrás —mentí. Luego bajé los ojos, demasiado tarde.

—Ya lo creo que sí, amor mío —dijo Wolfgang, mientras me levantaba la cara—. Estás mirando a una sombra que se ha interpuesto entre nosotros desde que nos conocimos, la sombra de tu fallecido primo, Sam. Pero después de esta noche, se habrá acabado y espero que nunca, ni una sola vez, vuelvas a mirar atrás.

De acuerdo, quizás estaba loca. Esa noche pensé que quizás había perdido un poco la razón. Wolfgang había abierto una herida distinta a la que unían esos puntos del brazo, una herida que era profunda y que sangraba en silencio en mi interior, por lo que no sabía con exactitud el daño que me había causado. Ese trauma no superado, que hasta entonces había conseguido esconderme a mí misma, era el hecho de que podía estar algo más que enamorada de mi primo Sam. ¿Y en qué me convertía eso? En una chica atómica hecha un lío.

Pero esas emociones contradictorias que se dedicaban a luchar bajo mi pecho quedaron olvidadas esa noche, como mínimo en parte, junto con todo lo demás, por algo que Wolfgang desató y que no sabía, ni tan sólo sospechaba, que hubiera en mí. Cuando nuestros dos cuerpos se encontraron y se unieron en el calor de la pasión, se despertó en mí una mezcla de dolor, ansia y anhelo que actuó en mis venas como una droga, de forma que con cada nuevo sabor aumentaba mi deseo por él. Alimentamos mutuamente nuestros fuegos con obsesión hambrienta hasta que todos los músculos de mi cuerpo temblaron agotados.

Por fin, Wolfgang se echó inmóvil, con la cara recostada en mi estómago, y permanecimos así sobre la suave alfombra turca frente a la chimenea. Teníamos la piel impregnada de humedad y el brillo centelleante del fuego bruñía su cuerpo musculoso y terso como si estuviera bañado en bronce. Deslicé mi mano por la curva de su espalda, desde los hombros hasta la cintura, y se estremeció.

—Ariel, por favor. —Levantó la cabeza despeinada con una sonrisa—. Será mejor que estés segura de lo que haces si empiezas de nuevo. Eres una hechicera que me ha embrujado.

—Eres tú el que tiene la varita mágica —dije, entre risas.

Wolfgang se apoyó en las caderas y me incorporó. El fuego había quedado reducido a ascuas. A pesar de nuestros ejercicios recientes, la habitación se estaba enfriando.

—Alguien tiene que usar el sentido común un momento —afirmó Wolfgang, que me volvió a poner el albornoz sobre los hombros—. Necesitas algo que te relaje.

—Lo que estabas haciendo hasta ahora funcionaba de maravilla —le aseguré.

Wolfgang sacudió la cabeza, y sonrió. Me puso de pie, me abrazó y me condujo a mi habitación, hacia el cuarto de baño, donde me volvió a dejar y nos preparó un baño caliente. Echó muchas sales, cogió ropas limpias y las dejó cerca de la bañera. Cuando nos sumergimos en las aguas aromáticas, Wolfgang empapó una esponja de mar y dejó caer el agua caliente sobre mis hombros y mis pechos.

—Eres la mujer más deseable que he visto —sentenció, y me besó el hombro desde atrás—. Pero tenemos que ser prácticos. Sólo son las nueve. ¿Tienes mucho apetito?

—Un hambre canina —respondí. Hasta entonces no me había dado cuenta.

Después de habernos bañado y secado, nos pusimos las ropas cálidas y bajamos a pie por los viñedos hasta el restaurante que había mencionado, con vistas al río. Cuando llegamos, otro fuego quemaba alegre en la chimenea.

Tomamos una sopa caliente y una ensalada verde junto con una *raclette*, ese plato de queso fundido con un sabor muy rico, las patatas al vapor y pepinillos en vinagre. Lo tomamos del plato con trocitos de pan crujiente, lamimos el jugo avinagrado de los dedos del otro y lo acompañamos todo con un Riesling seco excelente.

Cuando regresábamos a través de los viñedos eran algo más de las diez. Una ligera bruma se elevaba desde el río, y parte de la neblina se deslizaba como un espectro entre las hileras de viñas recortadas que empezaban a brotar. El aire tenía un toque gélido, pero la tierra olía fresca y nueva con ese aroma especial de las noches frías y húmedas que anuncia la llegada de la primavera. Wolfgang me sacó un guante y me cogió la mano entre las suyas. Sentí que su calor me invadía como cada vez que me tocaba. Me sonrió mientras andábamos, pero en ese momento la niebla cruzó por delante de la luna y nos envolvió la oscuridad.

Me pareció oír el crujir de una rama, un poco por detrás de nosotros, algo más abajo de la colina. De repente sentí el frío del miedo, sin saber por qué. Me detuve, solté mi mano y escuché. ¿Quién podía ir por el camino a esas horas de la noche?

La mano de Wolfgang me estrujó el hombro: también lo había oído.

—Espera aquí y no te muevas —dijo con calma—. Vuelvo enseguida.

¿Que no me moviera? Estaba aterrada. Wolfgang desapareció en la oscuridad.

Me agaché entre dos viñas y me concentré en los ruidos de la noche, como Sam me había enseñado. Por ejemplo, era capaz de identificar los distintos cantos de una docena o más de insectos entre el rumor de fondo del movimiento lento de las aguas del río que cruzaba por el fondo del valle. Pero por debajo de esos sonidos de la naturaleza, capté los susurros de dos voces masculinas. Sólo capté fragmentos, alguien dijo la palabra «ella» y después oí «mañana».

Cuando mis ojos se habían acostumbrado por completo a la oscuridad, la niebla se alejó y la ladera de la colina quedó iluminada por la luz plateada de la luna. Unos veinte metros más abajo de donde estaba agachada, había dos hombres juntos entre las hileras de vid. Uno era Wolfgang; cuando me puse de pie y me vio, levantó el brazo y me saludó, luego se separó de la otra figura y se encaminó colina arriba en mi dirección. Eché un vistazo al otro hombre. El sombrero con pliegues le ensombrecía el rostro, así que no pude distinguirlo con esa luz, pero cuando me dió la espalda para marcharse colina abajo, había algo en su modo de andar, con ese cuerpo algo más bajo y enjuto...

Wolfgang llegó donde yo estaba. Me abrazó, me levantó del suelo y me hizo dar media vuelta. Luego, me bajó y me besó en los labios.

—Si te vieras con esa luz plateada —comentó—. Eres tan bonita que no me puedo creer que seas real y que seas mía.

—¿Quién era ese hombre que nos seguía? —pregunté—. Me resultó conocido.

—Oh, no. Era Hans, que se encarga de la finca —me indicó—. De día, trabaja en el pueblo de al lado y echa un vistazo aquí cuando vuelve de noche. A veces, como hoy, es muy tarde, pero alguien le dijo que había visto luces en el castillo. Iba a comprobarlo todo antes de irse a la cama. Supongo que se me olvidó avisarlo de que estaría en casa y, desde luego, no está acostumbrado a encontrarse con huéspedes.

Wolfgang me miró y me pasó el brazo alrededor del hombro, mientras iniciábamos de nuevo la ascensión por la colina.

—Y ahora, mi querida huésped, me parece que es hora de que nos vayamos también a la cama —añadió, estrechando el círculo que formaba su brazo—, aunque no necesariamente a dormir.

A la larga dormimos, aunque no fue hasta pasada la medianoche, entre montones de edredones de plumas en la cama de Wolfgang, en lo alto de la torre, bajo el inmenso dosel de estrellas. La odisea de pasión tempestuosa de esa noche me había despejado las ideas, por no mencionar los poros. Me había relajado por fin a pesar de no tener ni idea de lo que me depararía el día siguiente, ni mucho menos el resto de mi vida. Wolfgang yacía sobre las almohadas exhausto, lo que no era extraño con un brazo extendido en diagonal por encima de mi caja torácica, y me acariciaba con la mano un mechón de cabellos que reposaba en mi hombro, mientras se sumergía en un sueño tranquilo. Yo estaba echada de espaldas y observaba el cielo de la medianoche, salpicado de estrellas. Reconocí la constelación de Orión, justo encima de nosotros, el «hogar de los romaní» de Dacian, con sus tres estrellas brillantes en el centro del reloj de arena: Melchor, Gaspar y Baltasar.

Lo último que recuerdo es que contemplaba en el cielo esa enorme serpiente de luz que, según me contó Sam, los antiguos creían que había sido creada a partir de la leche que manaba de los pechos de la diosa primaria, Rea: la Vía Láctea. Me vino a la memoria la primera vez que estuve despierta toda la noche para verla; la noche del *tiwa-titmas* de Sam

hacía ya tantos años. Y luego, sin darme cuenta, regresé una vez más al sueño...

Era muy tarde pero aún no había amanecido. Sam y yo nos habíamos mantenido despiertos casi toda la noche, sin dejar de atizar y alimentar el fuego mientras esperábamos a los espíritus del tótem. Esa última hora, habíamos permanecido muy quietos, sentados con las piernas cruzadas en el suelo uno al lado del otro, con las puntas de los dedos en contacto y la esperanza de que antes de que terminara la noche, Sam recibiera por fin la visión que había deseado una y otra vez durante los últimos cinco años. La luna se sostenía a poca altura en el horizonte del oeste y las ascuas del fuego eran un simple brillo.

De pronto lo oí. No estaba segura, pero parecía el sonido de una respiración muy cercana. Me puse tensa y Sam me estrechó los dedos para advertirme que siguiera inmóvil. Contuve el aliento. Me pareció más cerca, justo tras la oreja: un sonido fuerte, trabajoso, seguido del aroma cálido y embriagador de algo poderoso y salvaje. Un instante después, detecté un movimiento con el rabillo del ojo. Mantuve la mirada fija delante de mí, temerosa de mover siquiera las pestañas aunque el corazón me latía desbocado. Cuando el movimiento borroso se solidificó ante mi campo de visión, por poco me desmayo del susto: ¡era un puma adulto, un león de las montañas! y estaba a sólo unos metros de distancia.

Sam me estrujó con más fuerza la mano para asegurarse de que no me movería, pero el terror me atenazaba de tal forma que, aunque hubiese querido levantarme, no estaba segura de que las piernas me hubiesen respondido, ni de lo que habría hecho en caso afirmativo. El felino se movió por el círculo a cámara lenta, sin ningún ruido salvo esa respiración gutural y regular, casi un ronroneo. Luego, se detuvo junto al fuego que se extinguía y, despacio, con gracia, se volvió para mirarme directamente.

En ese instante sucedieron muchas cosas a la vez. Se oyó un crujido fuerte entre los arbustos, en el lado opuesto del círculo. El puma volvió la cabeza con rapidez hacia el ruido y dudó. Mientras Sam me apretaba los dedos, una sombra oscura se abrió paso a través de la maleza y entró en el círculo: ¡era un oseño!

El puma, con un fuerte bufido, se dirigió hacia él. De repente, un enorme oso hembra salió de detrás de un arbusto en pos de la cría hacia el círculo abierto. Con un movimiento circular de la pata, colocó a su hijo tras ella y retrocedió sobre las patas traseras: una silueta enorme que ocultaba la luna. El asombrado puma se desplazó de lado, llegó al borde de la colina y desapareció por entre el bosque en sombras. Sam y yo seguíamos inmóviles mientras la osa madre posaba las patas delanteras en el suelo y se movía hacia lo que quedaba de nuestra hoguera. Olfateó unas cuantas veces mi mochila y hurgó en ella con las patas hasta que encontró la manzana. La cogió con la boca, se dirigió al oseño y se la dio. Luego, lo empujó con el hocico por delante de ella para que regresara hacia la fronda.

Sam y yo permanecemos en el más absoluto silencio toda la media hora siguiente hasta que empezó a clarear. Por último, Sam se movió, me estrujó la mano y susurró:

—Supongo que tú también has pasado el *tiwa-titmas* esta noche, listilla. No sé lo que andarías buscando el puma, pero sin duda encontró al humano correcto: Ariel, valiente y atrevida como un león.

—¡Y también han venido tus osas totémicas! —susurré a mi vez, agitada.

Se levantó y me puso en pie y, después, me estrechó en un fuerte abrazo.

—Hemos entrado juntos en el círculo mágico y los hemos visto, Ariel: el león y la Osa grande y la Osa pequeña. ¿Sabes qué significa eso? Nuestros tótems han venido para indicarnos que son nuestros de verdad. Al llegar el alba, estrecharemos el lazo mezclando nuestros fluidos, como hermanos de sangre. Después de eso, todo cambiara para los dos —me aseguró—. Ya

lo verás.

Y todo había cambiado, como Sam me prometió. Pero de eso hacía casi dieciocho años y esa noche, en el lecho de Wolfgang, bajo el círculo giratorio del cielo, fue la primera vez desde la infancia que mi tótem vino a mí en sueños.

Y justo antes de adormecerme al amanecer, me pareció vislumbrar la relación que había estado buscando por la noche, la de san Hieronymus y el león herido. Tal como Dacian había indicado el día anterior, los antiguos consideraban que el signo zodiacal situado frente al que «rige» cada nuevo eón regía también de forma simbólica la era entrante, al igual que la Virgen María había ejercido igual influencia simbólica entre los cristianos. Puesto que sabía que el signo zodiacal situado frente a Acuario era Leo, el león, quizá mi sueño significaba que mi leona totémica había venido para llevarme de nuevo al círculo mágico.

A la mañana siguiente, cuando me desperté, no tardé en descubrir que ya no estaba en la cima de una montaña con Sam viendo la salida del sol. Estaba sola en la cama de la habitación superior del castillo de Wolfgang, rodeada de almohadas y cubierta de edredones, pero el sol ya inundaba la habitación. ¿Qué hora sería? Me senté, asustada.

Entonces llegó Wolfgang, vestido con unos pantalones y un jersey de cachemira gris de cuello alto, con la bandeja de la noche anterior, esta vez cargada con un par de tazas y platos, una jarra de chocolate humeante y una cestita con bollos y cruasanes calientes. Cogí un bollo crujiente mientras Wolfgang se sentaba en la cama y servía el chocolate a la taza.

—¿Qué planes tenemos hoy? —le pregunté—. Al final, ayer no llegamos a comentarlos como teníamos pensado.

—El vuelo a Leningrado sale a las cinco de la tarde y la abadía de Melk no abre hasta las diez de la mañana, dentro de poco más de una hora, lo que nos deja unas cuantas horas de estudio antes de desplazarnos al aeropuerto.

—¿Te dio Zoé alguna pista sobre lo que teníamos que buscar? —quise saber.

—Una relación de los documentos que tu abuela rescató y atesoró todos esos años —respondió Wolfgang—. La abadía de Melk contiene una inmensa colección medieval que podría aportarnos el hilo conductor que nos falta.

—Pero si la biblioteca de la abadía posee tantos libros como la que visitamos ayer, ¿cómo vamos a encontrar nada en unas pocas horas? —objeté.

—Como tus parientes, cuento con que tú encontrarás lo que estamos buscando.

Esa enigmática respuesta fue todo lo que Wolfgang tuvo tiempo de decir si quería ducharme, vestirme y ponerme en marcha antes de que la abadía abriera. Estaba a punto para irme cuando recordé una cosa, y pregunté si podía usar el fax de su oficina para responder el que había recibido de Estados Unidos.

Bajé al pequeño despacho e intenté organizar mis pensamientos. Quería comunicar los acontecimientos más importantes del día anterior a Sam pero sabía que primero tenía que enfrentarme a algo. Me resultaba muy extraño pensar en Sam y mucho más escribirle, teniendo en cuenta mi entorno y mis actividades recientes. Parecerá ridículo, pero sabía que si alguien podía captar mis vibraciones, tórridas o de cualquier otro tipo, incluso separados por miles de kilómetros de fibra óptica, ése era Sam.

Se me ocurrió que quizá ya lo había hecho. No me pasó desapercibido que la leona no había sido la única en visitarme en sueños durante la noche. Sam y sus animales totémicos habían caminado también junto a las huellas de mis mocasines.

Alejé esos pensamientos de la cabeza e intenté redactar una nota con doble sentido; algo corto, dulce y concreto, y que contuviera la máxima información posible. Como últimamente

Sam se denominaba a sí mismo sir Richard Francis Burton, el resultado fue el siguiente:

Apreciado Dr. Burton:

Gracias por su informe. Parece que su equipo va por buen camino. Yo también voy por delante del calendario establecido en nuestra última reunión: los archivos completados ocuparían el espacio de una ballena. Si surgieran problemas en mi ausencia, puede contactar conmigo directamente a través de la OIEA, en el número de fax indicado a continuación. Salgo para Rusia a las 5 p.m. de hoy, hora de Viena.

Atentamente,
ARIEL BEHN

Pensé que la mayor parte sería muy clara para Sam: que había recibido su fax y lo había comprendido. Lo único que habíamos «establecido» en nuestra última reunión, puesto que no sabíamos aún dónde estaban los papeles de Pandora, fue que trataría de hablar en persona con Dacian Bassarides para sacarle información. Así que la afirmación de que iba adelantada respecto al calendario, le indicaría que lo había conseguido. Con la referencia a la ballena (que era depositario de la memoria del clan totémico) Sam sabría que había escondido a salvo el «regalo» que, como le había anunciado en mi anterior fax, obraba en mi poder.

Aunque me hubiera gustado mucho comunicarle más cosas, al considerar la posibilidad de cifrar en tan poco tiempo las complejidades que había averiguado sobre el resto de mi familia, por no mencionar los objetos sagrados, las ciudades legendarias y las constelaciones zodiacales, confieso que me vi incapaz. Pero por lo menos ahora Sam sabría que el juego había empezado. Después de romper y quemar el mensaje original en la chimenea y de dispersar los restos entre las cenizas frías (mejor prevenir que lamentar) me dirigí fuera y me encontré con Wolfgang, que ya estaba cruzando el patio para recogerme.

—Ya podemos irnos —anunció—. He cargado el equipaje en el coche para no tener que volver al castillo. Podemos ir directamente desde Melk al aeropuerto. Claus tiene la llave y lo arreglará todo cuando nos hayamos ido.

—¿Quién es Claus? —pregunté.

—El encargado de la finca —contestó Wolfgang. Abrió la puerta del coche y me ayudó a subir. Fue a la parte trasera, cerró el maletero y se sentó al volante.

—Tenía entendido que se llamaba Hans —mencioné mientras ponía la llave en el contacto y ajustaba el *starter*.

—¿Quién? —dijo. Sacó el coche de debajo del árbol y avanzó por el césped, para cruzar el puente levadizo con cuidado.

—El hombre a quien acabas de llamar Claus —insistí—. Ayer por la noche, cuando el encargado nos siguió por la colina, me dijiste que se llamaba Hans.

Consideré innecesario expresar que de todas formas ese individuo no había dejado de parecerme algo sospechoso.

—Eso es: Hans Claus —confirmó Wolfgang—. En esta zona es más habitual llamar a las personas por el apellido, pero quizás ayer por la noche no lo hice así.

—¿Estás seguro de que no es Claus Hans? —sugerí.

Wolfgang me miró con una ceja arqueada y una sonrisa confusa.

—¿Me estás interrogando? No estoy acostumbrado, pero te aseguro que conozco muy bien el nombre de mis empleados.

—Muy bien —accedí—. ¿Qué me dices de tu nombre? No mencionaste que existió una persona real llamada Kaspar Hauser.

—Creí que ya lo sabías —afirmó, mientras conducía colina abajo a través de los viñedos—. El chico salvaje de Nuremberg lo llaman. La leyenda de Kaspar Hauser es muy famosa en Alemania.

—Ahora ya lo sé; me he informado —indicó—. En cambio, insinuaste que te llamabas así por uno de los Reyes Magos de la Biblia. Quizá sepas más cosas de ese tal Kaspar Hauser que yo, pero diría que se ganó la fama por su pasado enigmático y su misterioso asesinato. Me parece extraño que alguien quiera cargar a un niño con cualquiera de esas dos asociaciones. Wolfgang rió.

—¡Yo también he pensado en él! Ayer me quedé de piedra con la historia de Dacian Bassarides sobre las siete ciudades ocultas de Salomón. Sospecho que Kaspar Hauser y la ciudad de Nuremberg están relacionados con esas ciudades, y quizá también lo estén Adolf Hitler y los objetos sagrados que buscaba en Melk. Iba a comentarlo ayer por la noche pero no sé qué pasó que se me fue de la cabeza.

Y con una sonrisa, añadió:

—Después de haber escuchado a Dacian, creo que lo que conecta todas esas cosas es la *Hagalrune*.

—¿La *Hagalrune* —pregunté.

—En alemán antiguo, *Hagal* significaba granizo, es decir, una piedra de hielo, uno de los dos símbolos importantes del poder ario: el fuego y el hielo —explicó Wolfgang—. Desde tiempos remotos, la esvástica simboliza el poder del fuego. Está grabada en muchos de los templos del fuego orientales como el que mencionó Dacian. Y lo que es más importante, se considera que Nuremberg, la ciudad donde Kaspar Hauser apareció por primera vez, es el centro geomántico absoluto de Alemania: las tres líneas que forman la runa *Hagal* cruzan desde otras partes de Europa y Asia para encontrarse en Nuremberg y formar el caldero del poder.

Sentí un escalofrío cuando Wolfgang levantó la mano del volante y dibujó un signo en el aire con el dedo, la imagen exacta que había aparecido en la pantalla del ordenador la noche que Sam empezó a hablar conmigo en clave:

\ | /
/ | \

El corazón me latía con fuerza. Deseaba poder hablar con Sam. Me levanté el cuello del abrigo, más para hacer algo con las manos que para calentarme. Wolfgang no pareció darse cuenta; volvió a poner la mano en el volante y siguió hablando mientras conducía.

—Esa localización de la runa *Hagal* en Nuremberg resulta vital en todo lo que dijo o hizo Adolf Hitler —me contó—. En cuanto Hitler llegó a canciller alemán, lo primero que hizo fue formar un departamento de *Rutengänger*, ¿cómo se diría?, adivinos de agua.

—Los llamamos zahoris —aclaré—. Es una antigua práctica entre los nativos americanos: usan una varilla de sauce o de avellano en forma de Y que llevan entre las puntas de los dedos mientras van por el terreno en busca de agua subterránea.

—Sí, exacto —corroboró Wolfgang—. Sólo que esos hombres del departamento alemán

buscaban algo más que agua: buscaban las fuentes del poder en el interior de la tierra; fuerzas de energía que el Führer quería encontrar para aumentar sus propios poderes. Si observas esas viejas películas de Hitler, verás a qué me refiero. Va de pie en el coche descapotable que circula por la calle, con la multitud aclamándolo a su alrededor, pero antes de que el coche se detenga por completo, retrocede y avanza hasta situarse en el punto exacto.

»Los zahoris de Hitler se adelantaban para medir las fuerzas y localizar el lugar más propicio para detener el coche, y para encontrar asimismo el edificio adecuado, o la ventana o balcón para que pronunciara un discurso. Esas fuerzas lo protegían frente a posibles atentados y aumentaban a la vez su energía. Ya sabes la cantidad de intentos de asesinato que fracasaron, incluso bombas colocadas a su lado en una habitación cerrada. Eso fue debido al entramado de poder que lo escudaba. Y desde tiempos remotos se sabe que no hay nada más poderoso que las fuerzas que más adelante Adolf Hitler quiso dominar, ahí en Nuremberg.

—Sea lo que sea lo que Dacian cree, no dirás en serio que Hitler sobrevivió a los múltiples intentos de asesinato debido a la extraña fuerza de una «runa granizo», ¿verdad? —pregunté.

—Te cuento lo que él creía, y tengo muchas pruebas que lo demuestran —me aseguró. Y empezó a narrarlas de camino a Melk.

LA RUNA GRANIZO

En una época no tan lejana, al final de las guerras napoleónicas, no era del todo extraño criar a un niño abandonado, como Kaspar Hauser, en una jaula. Se conocen muchos casos de niños que fueron criados por animales salvajes. Pero hasta el caso de Kaspar Hauser pocos habían sido objeto de estudio científico.

En muchas fraternidades o grupos secretos existía un ritual de práctica relativamente frecuente que implicaba el derramamiento de sangre real. Se infligían a la vez tres tipos de muerte para propiciar a los dioses de tres reinos: fuego, aire y agua. Estaban simbolizados por golpes en la cabeza, el tórax y los genitales. Sólo sabemos que Kaspar Hauser recibió los dos primeros.

Tras su muerte, se divulgó la creencia de que el chico descendía de la nobleza o la realeza y que había sido secuestrado al nacer y educado por campesinos en condiciones terribles, confinado a un espacio tan reducido que no podía ni ponerse en pie, y alimentado a base de pan de cebada y agua, lo que de forma muy interesante se corresponde a los alimentos que antiguamente se proporcionaban a los animales al prepararlos para el sacrificio. Dicho de otro modo, es muy probable que Kaspar Hauser fuera víctima de un misterioso ritual pagano que salió a la superficie en Nuremberg a principios de la era moderna. Cien años más tarde, Adolf Hitler quedó totalmente fascinado por las implicaciones de esta historia.

Hacia finales del siglo pasado, más o menos cuando nació Hitler, en 1889, resurgió en toda Alemania un movimiento que abogaba por profundizar en las raíces *vólkisch* del pueblo germánico, los campesinos o gente corriente, como se describían en las leyendas nórdicas y en los relatos alemanes, y por renovar los valores tradicionales y las costumbres que servirían para captar la esencia misma del alma teutona y recuperar una época dorada.

Por aquel entonces, los pueblos de habla germana creían que durante miles de años se había urdido una trama secreta en su contra, debido a un deseo de las tribus de origen mediterráneo (por ejemplo, los romanos durante el Imperio o los árabes en la España

medieval) de conquistar a todos los pueblos nórdicos, es decir, los llamados de raza aria, y perpetrar un genocidio cultural contra ellos. También se afirmaba que los antepasados teutones disponían de una cultura superior a los del Mediterráneo, y que habían mantenido una sangre más pura, al no mancillarla con contactos híbridos con otros grupos, de forma muy parecida a la actual casta brahmán de la India.

A pesar de esta supuesta superioridad nórdica, el alfabeto rúnico fue de aparición tardía, hacia el año 300 a.C, y puede que los teutones lo tomaran de los celtas o de otro grupo. Sin embargo, al igual que con culturas anteriores, la escritura y las mismas runas recibieron un significado mágico, incluso divino.

La *Hagalrune* es la novena letra del alfabeto rúnico. El nueve es un número muy poderoso en la cultura nórdica: el *Hávámál*, parte de la famosa *Edda* islandesa, relata que el dios nórdico Wotan tuvo que permanecer colgado del Árbol del mundo durante nueve días con sus respectivas noches para iniciarse en el poder y misterio de las runas.

El número nueve era el más importante para Hitler. El nueve de noviembre guardaba para él un significado místico. Tal como dijo: «El nueve de noviembre de 1923 fue el día más importante de mi vida.» Era el día en que el *putsch* de Munich terminó con él en prisión, donde escribió *Mein Kampf*. Pero el nueve de noviembre es una fecha importante en la historia del mundo occidental. Es la fecha del golpe de estado de Napoleón que desembocó en la Revolución Francesa, de la muerte de Charles de Gaulle, de la revolución alemana que provocó la abdicación del kaiser Guillermo tras finalizar la Primera Guerra Mundial, de la abdicación de Luis III de Baviera, quien fundó el segundo Reich, y también de la *Kristallnacht*, esa noche de 1938 en que se produjo la rotura de cristales contra los judíos en Austria y Alemania.

La runa *Hagal* posee también otros significados importantes. Corresponde a un sonido equivalente al de la letra *h* de las lenguas germánicas, una letra que no existe en el alfabeto griego. Por ella empiezan, y no es casualidad, los apellidos de Adolf Hitler y Kaspar Hauser. Hitler consideraba que esa runa era un talismán mágico, tal como lo demuestra la curiosa circunstancia de que su círculo más próximo estaba formado por nombres que empezaban asimismo por H:

Heinrich Himmler, el ocultista, jefe de la muy temida *Scutztaffel*, o S. S.; «Putzi» Hanfstaengl, jefe del gabinete de prensa internacional nazi; Reinhard Heydrich, el carnicero de Praga, líder del S. D., cuyo asesinato durante la guerra condujo a la masacre nazi de un pueblo entero en Checoslovaquia, y el amigo más íntimo de Hitler, Rudolf Hess, quien le ayudó a redactar el libro *Mein Kampf* y más adelante se convirtió en el segundo del Führer. Hess nació y se crió en Egipto, donde asimiló muchas enseñanzas ocultas. También presentó a Hitler a su antiguo profesor Karl Haushofer, fundador de la geopolítica alemana y teórico favorito de los nazis. También estaba el filósofo nazi Martin Heidegger, y el fotógrafo personal de Hitler, Heinrich Hoffmann, que fue fundamental en su ascenso y que presentó a Hitler a su ayudante, Eva Braun, la mujer con la que el Führer se casaría antes de morir. Y en el ámbito científico, el químico Otto Hahn, quien junto con Lise Mietner llevó a cabo el primer experimento con éxito de fisión nuclear, así como Werner Heisenberg, que estaba al mando del proyecto de bomba atómica de Hitler.

Había muchos que compartían los intereses iniciales de Hitler, como Hans Horbiger, padre de la *Welteislehre* o teoría del mundo glaciario, la idea de que las épocas glaciares fueron causadas por colisiones planetarias y que, antes de cada era, las ciudades legendarias de la Atlántida, Hiperbórea y Última Thule se hundieron o desaparecieron bajo tierra junto con

toda su población. Durante esos cataclismos, mares enormes se habían convertido en desiertos, como el de Gobi, donde hoy en día subsisten y se desarrollan reinos subterráneos, como las ciudades perdidas de Salomón que Dacian mencionó. Horbiger sostenía que el Señor del mundo surgiría en los albores del próximo eón; una teoría tan popular que los nazis legitimaron su estudio en forma de ciencia oficial.

Otro contacto de Hitler relacionado con la runa *Hagal* fue el reputado astrólogo y físico Erik Jan Hanussen, quien preparó el horóscopo de Hitler en Navidades de 1932. Él y Hitler se habían conocido ya en 1926, en el hogar de una persona influyente y rica de Berlín, y Hanussen lo aconsejó desde entonces, sobre todo en las técnicas de declamación y de expresión corporal para conseguir el máximo efecto hipnótico sobre grandes masas. En el horóscopo de ese año Hanussen le predijo éxito, pero sólo si se superaban las muchas «fuerzas adversas» que se oponían a Hitler en ese momento. Hitler se impondría si comía la raíz de una mandragora enterrada a la luz de la luna llena en un jardín de su ciudad natal, Braunau am Inn. Hanussen viajó en persona hasta ahí, enterró la raíz y se la ofreció a Hitler el día de Año Nuevo en la cabaña alquilada que ocupaba en la zona de Salzburgo.

La misma noche en que recibió el horóscopo y comió la raíz de mandragora, Adolf Hitler acudió con Eva Braun, Putzi Hanfstaengl y otros amigos a ver una representación de la ópera de Richard Wagner *Die Meistersinger von Nürnberg*. Según anotó después Hanfstaengl en su diario, Hitler pronunció tras la ópera un extenso comentario (es de sobra conocido que había memorizado todas las obras de Wagner) sobre el significado oculto que el compositor había incorporado al libreto. Cuando Hitler se marchó de la cena esa noche, firmó en el libro de visitas de Hanfstaengl y quiso destacar la fecha: 1 de enero de 1933. Dijo a su amigo Putzi: «Este año nos pertenece.» A partir de ese momento, la fortuna de Hitler cambió. El primer mes de 1933, Adolf Hitler pasó de ser un payaso histérico muy caricaturizado, que dirigía un partido político dividido e impopular, a jurar el cargo de canciller alemán el trece de enero. Hacía cien años que el suelo de Alemania fue consagrado, en 1833, con el derramamiento de la «sangre real» de Kaspar Hauser.

Cuando Wolfgang hubo terminado esta historia, habíamos recorrido la larga carretera que circulaba por las colinas y el prado abierto hacia la abadía de paredes blancas y doradas de Melk, en la cima, sobre el valle vasto y fértil del río Danubio. Avanzamos hacia una zona de estacionamiento de grava. Wolfgang apagó el motor y se volvió hacia mí.

—Todavía falta una H ligada al poder de la runa *Hagal*, y que quizá sea la más importante de todas —dijo—. Durante el período en que el joven Adolf Hitler vivió como un artista en Viena, el famoso padre del paganismo alemán, Guido von List, también residía en esa ciudad. List había pasado por una experiencia mística en 1902, cuando superaba los cincuenta años. Mientras se recuperaba de una operación de cataratas, se quedó ciego once meses. En ese tiempo creyó haber redescubierto, gracias a una revelación sobrenatural, los significados, orígenes y poderes de las runas, perdidos desde hacía tantos años. También afirmaba que había recibido la información de una orden selecta de sacerdotes de Wotan que existió en Alemania en tiempos remotos, y pronto estableció una orden actualizada de ese sacerdocio.

»En el siglo I, el historiador Tácito había dividido a los germanos en tres tribus. List afirmaba que esas "tribus" eran en realidad castas: la del círculo exterior, los ingevones, estaba formada por granjeros; la siguiente, los istevones, por militares; pero el círculo interior, los hermiones, estaba compuesto por reyes sacerdotes sagrados que custodiaban el secreto de las runas.

»Algunas personas tenían esos conceptos en tan alta estima que en 1908 se creó la Sociedad List para la Conservación del Patrimonio Cultural Alemán, entre cuyos miembros figuraban algunas de las personas más ricas y prominentes del mundo de habla germánica. Su seguimiento ferviente era casi como una nueva religión. Más adelante, se convirtió en una fuerza importante en el entusiasta movimiento nacionalista que originó la Primera Guerra Mundial. En 1911, List formó dentro de la Sociedad un círculo interior selecto, basado en el sacerdocio pagano. Para conferirle un nombre con tintes más alemanes, lo llamó *Armanenschaft*. Sólo los miembros de este sacerdocio eran totalmente conscientes de que la runa *Hagal* era el poder secreto, tácito, contenido en su nombre...

Wolfgang se detuvo y me miró como si esperara una respuesta.

—¿Te refieres al nombre de Hermione? —dije, con cuidado.

Por supuesto, me había percatado del parecido de ese sacerdocio teutón llamado *Armanenschaft* de principios de siglo con el nombre de un antepasado de mi propia familia, Hermione. Y también observé, con cierta incomodidad, que la antigua huérfana y emigrante holandesa había constituido hasta entonces un personaje vago que no parecía haber hecho gran cosa con su reconocida belleza, aparte de casarse dos veces, heredar dinero y morir joven.

—Un nombre interesante, ¿no crees? —comentó, con una enigmática sonrisa—. En mitología, era la hija de Helena de Troya, abandonada a los nueve años de edad cuando Helena se fugó con Paris y empezó la guerra de Troya. En griego, la palabra *herm* significa «pilar», el significado real de esas tribus antiguas en el centro geográfico absoluto de Alemania y, por supuesto, el nombre del sacerdocio rúnico: los pilares. Ya lo ves, si Hermione significa «reina pilar», es la mujer a cuyo alrededor gira todo. Aquella que, en sí misma, tiene que ser el Eje.

LAS MADRES

MEFISTÓFELES:

*Te descubriré un gran misterio.
Hay diosas en tronos solitarios, sublimes
más allá del tiempo, más allá del espacio.
Sólo pensar en ellas se me hiela la sangre.
¡Son las Madres!*

FAUSTO:

*¡Las Madres, las Madres! ¡Qué bien suena!
¿Cómo las encontraré?*

MEFISTÓFELES:

*No hay camino hacia lo inalcanzable, ni ruta
para lo inaccesible.
No hay cerrojos, ni llaves, ni barreras.
¿Puedes imaginarte rodeado por el vacío?...
Toma esta llave para distinguir el camino verdadero
del resto.
Sigúelo. Te llevará hasta las Madres.*

JOHANN WOLFGANG GOETHE,
Fausto

*Quien osa (amar) el sufrimiento
y abrazar la forma de la Muerte, bailar la danza de la destrucción,
para él, viene la Madre.*

VIVEKANANDA

Tal vez mi abuela Pandora había desencadenado los acontecimientos al diseminar el contenido de esa caja entre los miembros de mi familia, pero ahora daba la impresión de que no era la única contendiente en liza. Me habían martilleado sin cesar que había dos madres, Pandora y Hermione, que habían generado todos esos otros beneficiarios del legado de mi abuela. Como los clavos martilleados en el *Stock-im-Eisen*, creía que ese nuevo eje, Hermione, la reina pilar, me ayudaría a dar con algo.

Si lo analizaba con detenimiento, ¿qué sabía de Hermione Behn, la madre de Zoé, Earnest y Lafcadio? Poco importaba si las historias que me habían contado sobre ella eran ciertas; si como afirmaba Laf había sido una pobre huérfana holandesa y luego una viuda rica sudafricana, o si como mantenía Wolfgang era la tocaya de un sacerdocio secreto ario consagrado a las runas y al dios Wotan, el *Armanenschaft*. Hasta el momento, todo lo que se refería a ella me resultaba incomprensible.

Pero por supuesto, la pista que rescaté de todas las opiniones, mitos y puede que fantasías con que me habían obsequiado esos días era la misma pista que Hitler debió de buscar aquí, en la abadía de Melk: si Hermione connotaba eje en griego, y si existía de verdad alguna conexión entre geografía y mitología como todo el mundo creía, entonces la Hermione importante, la que debería buscar, no iba a aparecer en la guía telefónica, en el álbum familiar ni en la historia de las tribus germánicas. Tenía que encontrarla en un mapa.

Cuando Wolfgang y yo entramos en el vestíbulo de la biblioteca, lo vi de inmediato: en la pared opuesta, tras un cristal, había un mapa antiguo de Europa anotado en grafía germánica medieval. Me acerqué

con Wolfgang y me quedé de pie ante él. ¿Estaría ahí hacía setenta y cinco años, cuando el joven Adolf Hitler entró por esa puerta?

La leyenda impresa en la pared indicaba en alemán, en francés y en inglés que databa del siglo IX, de la época de Carlomagno, y que mostraba importantes emplazamientos religiosos de toda Europa: iglesias, capillas y santuarios establecidos desde los inicios de la era cristiana. Puesto que un nombre griego como Hermione sugería algún lugar de Grecia, sólo tuve que echar un rápido vistazo para localizarlo.

Hermione era un puerto de mar en la costa sudeste del Peloponeso. En este mapa, había marcada una iglesia cristiana en esa localidad mediante una crucecita y una fecha del siglo I. Encontré interesante que estuviera rodeada por otros cuatro emplazamientos que estaban identificados con el dios sol Apolo, como si lo que había sido un centro pagano importante se hubiese transformado, como describía el día anterior Dacian Bassarides, para pasar del culto de los dioses del eón anterior al de los del nuevo. Si eso era correcto, los lugares santos

de la era de Aries quedarían ahora sustituidos por emplazamientos de la nueva era que se había iniciado hacía dos mil años: Piscis, el pescador de hombres y su madre Virgo, la virgen celestial.

Si Hermione representaba un eje en el entramado mundial incluso antes del cristianismo, tendría que estar conectada con emplazamientos paganos anteriores que ostentaran símbolos como Aries, el carnero, o Tauro, el toro. Hermione se situaba frente a Creta, donde había florecido una cultura anterior, la minoica, que coexistió con la egipcia. Tracé una línea desde Hermione hasta Creta, donde Zeus, el padre de los dioses, fue alimentado en el monte Ida por la cabra Amaltea, cuya imagen Zeus colocó con cariño entre las estrellas de otra constelación: Capricornio. Pero sabía que había otro dios cuyo culto en forma de toro había influido igualmente en Creta, el mismo dios que Laf me había asegurado que conocería cuando lo llamara en caso de necesidad: Dioniso.

Con toda esa información, cuando tracé el eje Creta-Hermione hacia el noroeste, mientras Wolfgang observaba, encontré más que interesante que se dirigiera de lleno al corazón del emplazamiento religioso más poderoso de los tiempos antiguos, un emplazamiento compartido por dos grandes dioses: Apolo en verano y Dioniso durante los meses largos y oscuros de invierno, hasta que el sol regresaba de la tierra de los muertos. Ese lugar era, por supuesto, Delfos.

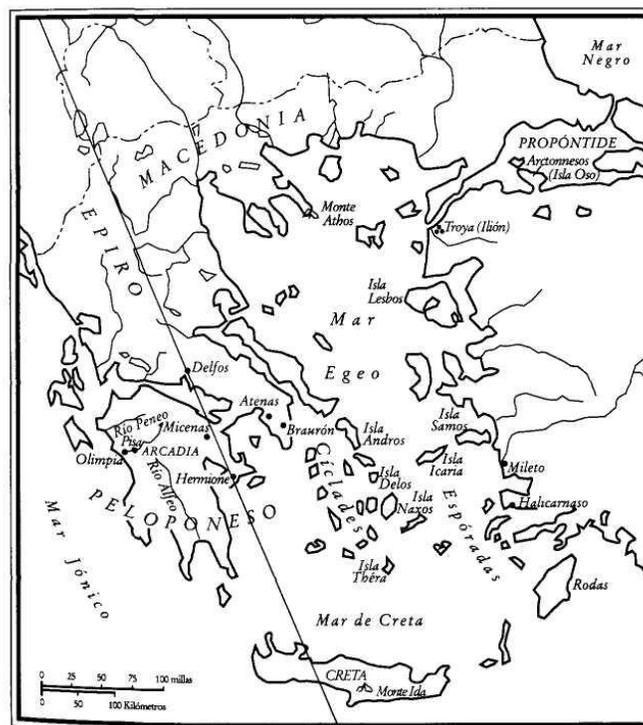
Ahí se encontraba la profetisa inspirada por la pitón, la Pitia, el oráculo de Delfos. Durante miles de años, esas sucesivas portavoces de Apolo habían predicho acontecimientos y recomendado actuaciones que los griegos habían seguido a pies juntillas. Ningún escritor de la época dudaba de que el oráculo de Delfos pudiera detectar el entramado temporal que abarcaba pasado, presente y futuro. Así que un emplazamiento como Hermione, que unía lugares tan importantes como Delfos y el monte Ida de Creta, podía muy bien haber sido el eje.

Señalé una X invisible con el dedo a través del eje, para formar un asterisco de seis puntas, una runa *Hagal* como la que Wolfgang había dibujado antes en el aire.

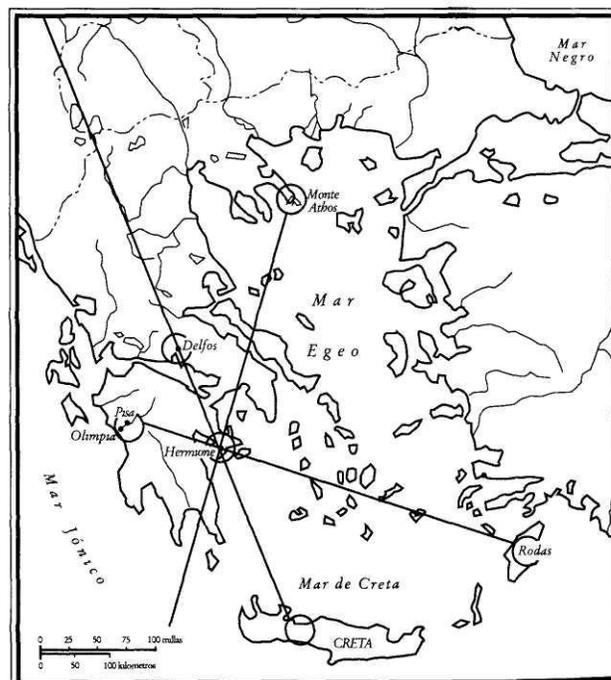
Llegados a este punto, no parecía ninguna casualidad que la primera línea pasara por Eleusis, tierra de los misterios de Eleusis, siguiera por la península macedonia, donde el monte Athos se proyecta hacia el Egeo, un lugar que en el mapa aparecía cubierto por docenas de

crucecitas. Athos, veinte construidos por el mecenas de san sido en su día un de manuscritos de forma repetida eslavos en guerras

un grupo famoso de monasterios emperador Teodosio, Hieronymus, había depósito importante antiguos, saqueados por los turcos y los innúmeros balcánicas.



Gracias a su situación poco usual, equidistante del monte Olimpo, en la península griega, y Troya, en la turca, era visible desde ambos territorios. ¿Quizás Athos constituía otro eje? La otra línea de mi asterisco era todavía más interesante. Conducía a Olimpia, en el río Alfeo, cuna de los juegos olímpicos. Había pasado ahí un fin de semana tras un concierto de Jersey en Atenas. Habíamos recorrido las ruinas bajo el monte Kronion. Aparte de los famosos restos de Olimpia, como el templo de Zeus, existía una reliquia que me impresionó vivamente: el Heraion, templo de la diosa Hera, esposa y hermana de Zeus. A pesar de estar construido en madera enlucida y de ser menos sobrecogedor que el santuario de Zeus, el Heraion original había sido erigido en el año 1000 a.C. y era el templo más antiguo que existía en Grecia.



Entonces supe por qué el nombre de Hermione me resultaba tan familiar (no sólo por la familia). En los mitos, Hermione era el lugar que Hera y Zeus pisaron primero cuando llegaron a Grecia desde Creta, el punto de entrada de los dioses olímpicos al continente europeo.

Wolfgang, que había estado observando en silencio mientras mi dedo recorría el mapa tras el cristal, se volvió hacia mí.

—Increíble —confesó—. He pasado muchas veces junto a este mapa y nunca descubrí la conexión que has detectado a simple vista.

Un guarda uniformado llegó y abrió las grandes puertas interiores; Wolfgang y yo entramos en la biblioteca barroca, de color dorado y blanco, de la abadía de Melk. Una pared de ventanales en el lado opuesto daba a una terraza color de terracota; más adelante, se veía el Danubio, con su brillante superficie bajo el sol de la mañana, que llenaba la inmensa biblioteca con una luz intensa. Un conservador limpiaba una de las vitrinas de cristal que dividían la sala y un hombre de cabellos grises, con sotana de sacerdote, arreglaba los libros encuadernados en cuero en una estantería algo más alejada. Cuando entramos se volvió, sonrió y se acercó a nosotros. Me resultaba algo familiar.

—Espero que no te importe —dijo Wolfgang, cogiéndome el brazo—. He pedido que alguien nos ayude.

Se adelantó para saludarlo.

—*Professore Hauser* —dijo el sacerdote, que hablaba con un florido acento italiano—. Me alegro de que usted y su colega americana hayan podido venir pronto como les pedí. Ya les he preparado algunas cosas para que las vean. Pero *scusa, signorina*, no me he presentado: soy el padre Virgilio, el archivero de la biblioteca. Espero que perdonará que hable tan mal su idioma, ¿sí? Soy de Trieste.

Y después, con una risa algo extraña, añadió:

—Virgilio es un buen nombre para un guía: como Virgilio en la *Divina Commedia*, ¿cierto?

—¿El que acompañó a Dante por el Paraíso? —pregunté.

—No, ésa fue Beatriz, una joven encantadora, me imagino que muy parecida a usted —respondió, con gentileza—. El poeta Virgilio, lamento decirlo, lo guió por el Purgatorio, el Limbo y el Infierno. ¡Espero que su experiencia conmigo sea mejor!

Y, como si se lo pensara mejor, concluyó con una risotada:

—Pero Dante tenía un tercer guía que muchos no recuerdan; uno cuyos trabajos se conservan en nuestra colección.

—¿Quién fue ese tercer guía? —quise saber.

—San Bernardo de Claraval. Un personaje de lo más interesante —afirmó el padre Virgilio—. Aunque fue canonizado, muchos lo consideraban un falso profeta, le acusaron de ser el Príncipe de las Tinieblas. Inició la desastrosa segunda cruzada, que terminó con la destrucción de los ejércitos cruzados y el regreso de la tierra sagrada al islam. Bernardo inauguró también la infame orden del Temple, cuya misión era defender el templo de Salomón en Jerusalén frente a los sarracenos; doscientos años más tarde, fue suprimida por herejía. Aquí en Melk conservamos algunos textos iluminados de los muchos sermones que san Bernardo pronunció sobre el Cantar de los Cantares, dedicados al rey Salomón.

Cuando el padre Virgilio se dio la vuelta y se alejó por la larga habitación, las cosas empezaron a encajar en mi cabeza y no por esa mención del Cantar de los Cantares. Mientras seguíamos a nuestro pastor, repasé los libros alineados en los estantes situados a

mi derecha y el contenido de las imponentes vitrinas de mi izquierda. Me devané los sesos para identificar qué me inquietaba sobre ese sacerdote vestido de negro. Para empezar, Wolfgang no había mencionado a ningún guía espiritual en los planes del día, ni tampoco ninguna orden de caballeros de la que tuviera que informarme a fondo. Examiné a Virgilio mientras lo seguíamos y de pronto me irrité profundamente.

Sin esos hábitos de monje, pero si le añadías un sombrero negro con pliegues, el padre Virgilio era la viva imagen de otra persona. Recordé también que esas palabras susurradas que oí en el viñedo la noche anterior eran en inglés y no en alemán. Para cuando el padre Virgilio se detuvo ante una gran vitrina cerca del fondo de la sala y se volvió hacia nosotros, yo estaba que echaba chispas, furiosa con Wolf-

—¿No le parece una obra de arte excelente? —preguntó, señalando el manuscrito pintado a mano de forma muy detallada y rica que había tras el cristal y dirigiendo la mirada de Wolfgang a mí con ojos húmedos mientras se acariciaba el crucifijo.

Asentí con una sonrisa irónica, y a continuación dije en mi defectuoso alemán:

—*Also, Vater, wenn Sie trun hier mit uns sind, was tut heute Hans Clausf* («Así pues, si está aquí con nosotros ahora, padre, ¿qué hará hoy Hans Claus?»)

El sacerdote miró confundido a Wolfgang, que se volvió hacia mí y soltó:

—*Ich wusste nicht dass du Deutsch konntest.* («No tenía ni idea de que supieras alemán.»)

—*Nicht sehr viel, aber sicherlich mehr ais unser óstereichischer Archivar hier* —afirmé, con frialdad. («No mucho, pero seguro que más que nuestro archivero austríaco aquí presente.»)

—Supongo que nos ha ayudado bastante por ahora, padre —indicó Wolfgang al sacerdote—. ¿Le importaría esperar en el anexo mientras mi colega y yo comentamos unos detalles?

Virgilio hizo un par de reverencias, soltó un par de *scusas* rápidos y se apresuró a irse de la habitación.

Wolfgang se había inclinado sobre la vitrina con los brazos cruzados y observaba el manuscrito dorado. Sus rasgos patricios y atractivos se reflejaban en el cristal.

—Es espléndido, ¿no te parece? —observó, como si nada hubiera pasado—. Pero, por supuesto, esta copia fue elaborada varios cientos de años después de la muerte de san Bernardo...

—¡Wolfgang! —exclamé para interrumpir sus divagaciones.

Se irguió y fijó en mí esos ojos turquesa, claros y candidos.

—Esa mañana en mi piso de Idaho, recuerdo que me aseguraste que me contarías siempre la verdad. ¿Qué está pasando aquí?

La forma en que me miraba habría derretido el iceberg del Titanic y confieso que hizo estragos en mí, pero ésa no era toda la munición que escondía en la manga.

—Te quiero, Ariel —anunció, así de sencillo y directo—. Si te digo que hay cosas en las que tienes que confiar en mí sin más, espero que me creas, que creas en mí. ¿Lo comprendes? ¿No es eso suficiente? —inquirió.

—Me temo que no —aseguré con firmeza.

Para ser honesta con él, no mostró sorpresa, sino atención total, como si esperara algo. No estaba segura de cómo expresar lo inevitable.

—Ayer por la noche creía que me estaba enamorando de ti también —me sinceré.

Entornó los ojos, lo mismo que cuando se cruzó conmigo ese primer día en el vestíbulo del Anexo. Pero no podía contener mi desengaño, así que proseguí:

—¿Cómo pudiste hacerme el amor de esa forma —dije, tras echar un vistazo para asegurarme de que nadie nos oía— y luego darte la vuelta y mentirme como hiciste en el

viñedo? ¿Quién es ese maldito «padre Virgilio» que nos sigue como si fuera un fantasma? Wolfgang se frotó los ojos con una mano.

—Supongo que te mereces una explicación —concedió y me volvió a mirar con una expresión abierta—. El padre Virgilio es de verdad un sacerdote de Trieste; lo conozco desde hace años. Ha trabajado para mí, si bien no en lo que te dije antes. En los últimos tiempos, ha investigado para mí aquí, en esta biblioteca. Y quería que lo conocieras, pero no ayer por la noche cuando... cuando tenía otras cosas en mente. Al fin y al cabo, es sacerdote. Sonrió con cierta timidez.

—Entonces ¿a santo de qué toda esa historia de Hans Claus esta mañana, si sabías que veníamos aquí a verlo?

—Ayer por la noche me preocupó que reconocieras a Virgilio —explicó Wolfgang—. Y esta mañana cuando me confundí y tú te diste cuenta, ya era demasiado tarde para cambiar de planes. ¿Cómo iba a imaginar que serías capaz de identificarlo, con sólo un vistazo en la oscuridad y a esa distancia?

Volvía a tener esa sensación de *déja-vu* mientras le daba vueltas a la cabeza para recordar por qué me sonaba «de antes» el padre Virgilio. Pero no tuve que preguntarlo.

—Tienes todo el derecho a despreciarme por lo que he hecho —se disculpó Wolfgang—. Pero tuve tan poco tiempo cuando supe que no comería contigo y con Dacian Bassarides... ¡ese hombre es tan imprevisible! No me habría sorprendido si se hubiera esfumado contigo y no te hubiera vuelto a ver. Por fortuna, había elegido un restaurante donde me conocen lo bastante como para aceptar a Virgilio como «empleado temporal» para que estuviera pendiente de ti durante esa tarde...

¡De modo que era eso! Ahora entendía que me hubiera sonado aquel hombre en el viñedo. En mi preocupación frenética del día anterior por la tarde en el Café Central, apenas observé las caras que me rodeaban y, sin embargo, debí de registrar esa misma figura que se acercó a la mesa para servirnos, quizás unas seis veces en total. Ahora, debatiéndose entre el alivio y la preocupación, me preguntaba qué parte de nuestra conversación habría oído el improvisado ayudante de camarero durante la comida. Aunque daba la impresión de que Wolfgang había procurado simplemente protegerme de las rarezas de mi misterioso abuelo, me maldije a mí misma por no haber sido más precavida, como Sam me había enseñado a lo largo de toda mi niñez.

Pero no tuve ocasión de profundizar en esos pensamientos. El padre Virgilio asomó la cabeza por la puerta de entrada y decidió que las aguas ya habían vuelto a su cauce y que ya podía regresar. Al verlo, Wolfgang se inclinó hacia mí y habló con rapidez.

—Si sabes leer latín la mitad de bien que hablas alemán, no tendría que comentar delante de Virgilio la primera línea de este manuscrito de san Bernardo: podría resultarle violento.

Bajé la vista hacia el libro y sacudí la cabeza.

—¿Qué pone? —pregunté.

—El amor divino se consigue a partir del amor carnal —tradujo Wolfgang con una sonrisa cómplice—. Después, cuando tengamos un momento libre, me gustaría comprobarlo.

El padre Virgilio llegó con un mapa actual de Europa y lo desplegó en una mesa situada ante nosotros.

—Es importante que desde tiempos remotos —afirmó—, una osa fuera el tótem de una tribu misteriosa de esta región que expresaba una reverencia casi mística por una sustancia con muchas propiedades alquímicas: la sal.

LAS OSAS

A los siete años, llevaba las vasijas sagradas... y cuando cumplí diez era una chica osa de Artemisa en Braurón, vestida con el atuendo de seda color azafrán.

ARISTÓFANES,
Lisístrata

Bernardo Sorrel (el apellido del santo) nació el año 1091 d.C, al inicio de las cruzadas. Descendía de nobles ricos del Franco Condado por parte de padre y de los duques borgoñones de Montbard («montaña del oso») por parte de madre. El castillo de la familia, Fontaine, estaba situado cerca de Dijon, al norte de Borgoña y Troyes, en la provincia de la Champagne, una región de viñedos plantados con cepas romanas que habían sido cultivados ininterrumpidamente desde tiempos remotos.

El padre de Bernardo murió en la primera cruzada. El joven sufrió un colapso nervioso cuando su madre murió también mientras él estaba en el colegio. A los veintidós años, Bernardo se unió a la orden benedictina. Su salud siempre había sido frágil y no tardó en caer enfermo, pero recibió una pequeña cabana en la finca cercana de su protector Hugo de Troyes, conde de Champagne, cuando se recuperó. Al año siguiente, el conde Hugo visitó Tierra Santa para contemplar en persona el reino cristianizado de Jerusalén que se había establecido al finalizar con éxito la primera cruzada. A su regreso, el conde cedió de inmediato parte de su propiedad a la Iglesia: el valle agreste de Claraval, a orillas del río Aube. En ese lugar, a los veinticuatro años, Bernardo Sorrel fundó una abadía y se convirtió en el primer abad de Claraval. En nuestra historia es pertinente mencionar que Claraval está situada en el corazón de la región que antiguamente comprendía las actuales zonas francesas de la Borgoña, Champagne, Franco Condado y Alsacia-Lorena y las porciones adyacentes de Luxemburgo, Bélgica y Suiza. En su día, esa región estuvo gobernada por los salios, cuyo nombre significa «pueblo de la sal».

Los francos salios, al igual que los emperadores romanos en época Augusto, afirmaban que sus antepasados procedían de Troya, en Oriente Próximo, lo que queda atestiguado por topónimos como froyes o París. La antigua Troya posee asimismo conexiones profundas con la sal. Limitada al este por la cadena montañosa de Ida, sus llanuras estaban bañadas por el río Tuzla, cuyo nombre anterior al turco era Salniois, nombres que significan «sal».

Los salios afirmaban que su antepasado Meroveo, el Nacido en el Mar, era hijo de una virgen que había sido fecundada mientras nadaba en aguas saladas. Sus descendientes, los merovingios, vivieron en la época del rey Arturo. Se creía que al igual que ese rey británico poseía poderes mágicos relacionados con el eje polar y sus dos osas celestiales. El nombre de Arturo significa oso y los merovingios adoptaron como estandarte de combate la figura de una osa rampante en actitud de ataque.

Esta conexión entre la sal y las osas se remonta a dos diosas depositarias de un antiguo misterio. La primera es Afrodita quien, como Meroveo, surgió «nacida de la espuma» del agua salada del mar. Governa el amanecer y el lucero del alba. La segunda es Artemisa, la osa virgen, cuyo símbolo es la luna y que por la noche origina las mareas. Eso forma un eje entre la mañana y la noche y también entre el polo celestial de la osa y el mar insondable.

No es casualidad que muchos topónimos de la región describan aspectos de ambas cosas o estén relacionados con ellos. Claraval significa valle de luz y Aube, el río que cruza Claraval, quiere decir amanecer. De igual o mayor importancia son los nombres que empiezan por *are-*, *ark-*, *art-* o *arth*, como Ardenas, llamada así en honor de Arduin-na, una versión belga de Artemisa, y el *bar* o *ber* alemán que figura en topónimos como Berna o Berlín. Por supuesto, todos esos nombres significan oso, lo mismo que Bernardo.

En sus primeros diez años como abad, Bernardo de Claraval ascendió con rapidez, se podría decir que milagrosamente, hasta convertirse en el eclesiástico más destacado de Francia y confidente de los papas. Cuando contingentes independientes de italianos y franceses eligieron a dos papas distintos, Bernardo evitó el cisma y consiguió sentar en el trono pontificio a su propio candidato, Inocencio II. Ese éxito fue seguido de la elección de un anterior monje de Claraval llamado Eugenio como siguiente papa, a quien Bernardo instruyó la preparación de la segunda cruzada. Bernardo desempeñó asimismo un papel decisivo en la obtención de la sanción de la Iglesia a la Orden del Temple, una orden fundada conjuntamente por su tío Andrés de Montbard y su protector el conde Hugo de Troyes.

Las cruzadas se habían iniciado un milenio después de Cristo y duraron unos doscientos años. Su misión consistía en reclamar la Tierra Santa a los «infieles», *ai-Islam*, y unir las iglesias oriental y occidental, es decir Constantinopla y Roma, con un centro de interés común en Jerusalén. Poseía importancia específica conseguir el control occidental sobre los centros religiosos clave, como el templo de Salomón.

El Templo Real de Salomón, erigido hacia el año 1000 a.C, fue destruido por los caldeos unos quinientos años más tarde. A pesar de que fue reconstruido, se perdieron muchas reliquias santas, incluida el Arca de la Alianza de tiempos de Moisés, que había sido traída de vuelta a Jerusalén por el padre de Salomón, David. El segundo templo, restaurado por Herodes el Grande justo antes de la época de Cristo, fue arrasado por los romanos durante la rebelión de los judíos del año 70 d.C. y no se llegó a reconstruir. De modo que el «templo» custodiado por los templarios en las cruzadas era de hecho una de las dos estructuras islámicas levantadas en el sigloVIII: la *Masyid el-Aqsa*, o Mezquita Mayor y la algo anterior Cúpula de la Roca, lugar de la era de David y del primer altar hebreo en Tierra Santa.

Bajo ambos emplazamientos circulaba un sistema de conducciones de agua, cuevas y túneles, cuya construcción se inició antes de la época de David y que, según se menciona muchas veces en la Biblia, forman una estructura por toda la montaña del Templo. En esas catacumbas se sitúan también los «establos de Salomón», unas cuevas usadas por los templarios con capacidad para cobijar dos mil caballos. Uno de los manuscritos del mar Muerto, en Qumrán, el manuscrito de cobre, relaciona un inventario de tesoros que en su día se ocultaron en estas cuevas, incluidos muchos manuscritos y reliquias sagradas hebreas, así como la lanza que atravesó el costado de Cristo.

Esa lanza fue descubierta por los primeros cruzados mientras sitiaban Antioquía. Al quedar atrapados más de un mes por los sarracenos entre los dos recintos amurallados, recurrieron a la carne de caballo y de los animales de carga, y muchos murieron de hambre. Pero un monje tuvo la visión de que la famosa lanza estaba enterrada en la iglesia de San Pedro, bajo sus pies. Los cruzados exhumaron la lanza y la llevaron ante ellos como un estandarte. Sus poderes les permitieron conquistar Antioquía y avanzar con éxito para tomar Jerusalén.

El nombre de franco (*Franko*, en alto alemán), significaba lanza, mientras que los vecinos de los francos, los sajones, se llamaban *Sako*, es decir, espada. Esas tribus de guerreros germánicos demostraron ser tan formidables que los cronistas árabes llamaban francos a

todos los cruzados.

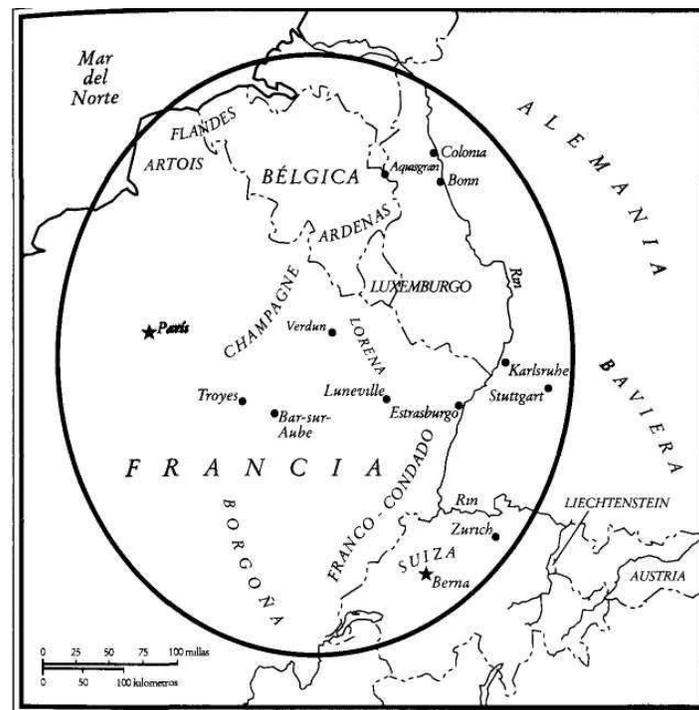
—A pesar de que la segunda cruzada, animada por Bernardo de Claraval, había resultado un desastre —concluyó el padre Virgilio—, los templarios siguieron floreciendo durante toda su vida. El abad de Claraval se propuso entonces la curiosa tarea de escribir cien sermones alegóricos y místicos sobre el Cantar de los Cantares, de los que concluyó ochenta y seis antes de su muerte. Más singular aún es que Bernardo se identificara a sí mismo con Sulamita, la virgen negra del poema, mientras que la Iglesia era, por supuesto, Salomón, su amado rey. Hay quien considera que los cantares son la forma cifrada de un antiguo ritual de iniciación esotérica, que habría servido de clave a los misterios religiosos y que Bernardo había descifrado. Aun así, la Iglesia tenía a Bernardo en tal consideración que lo canonizó sólo veinte años después de su muerte en 1153.

—¿Qué sucedió con la Orden del Temple que él había contribuido a fundar? —le pregunté—. Ha comentado que sus caballeros fueron después considerados culpables de herejía y que la orden se suprimió.

—Se han escrito cientos de libros sobre su destino —explicó Virgilio—. Estaba tirado por una estrella que ascendió deprisa, brilló con intensidad durante dos siglos y luego desapareció con la misma rapidez con la que había surgido. El encargo inicial del papa era proteger a los peregrinos que viajaban a Tierra Santa y mantener la seguridad del Templo de la Montaña. Pero esos pobres caballeros de Jerusalén y el templo del rey Salomón se convirtieron pronto en los primeros banqueros europeos. Con el tiempo, las cabezas coronadas de Europa les cedieron propiedades acreedoras de un diezmo. Muy involucrados en política, se mantuvieron independientes de la Iglesia y el Estado. A la larga, esas dos instituciones acusaron a los templarios de herejía, traición y desviaciones sexuales de cariz satánico. Capturaron hasta el último de sus miembros y la Inquisición los torturó y quemó en la hoguera.

»En cuanto al inmenso tesoro de los templarios —prosiguió—, según se dice, contenía reliquias sagradas de enorme poder, como la espada de san Pedro y la lanza de Longino, por no mencionar el propio Santo Grial; reliquias que los caballeros distinguidos buscaron a lo largo de toda la Edad Media, desde Galaad hasta Parsifal. Sin embargo, el paradero de ese tesoro es un misterio que hasta la fecha permanece sin resolver.

Ni que decir tiene que no se me escapaban los paralelismos entre las historias medievales del padre Virgilio y todos los detalles que me habían soltado los demás. Había referencias a Salomón y su templo, que los relacionaba con todos desde la reina de Saba hasta los cruzados. Pero el relato de Virgilio parecía señalar también en otra dirección: una vez más, hacia un mapa. A pesar de que no conseguía ver el trazado completo, esperaba atar como mínimo algunos cabos sueltos. Y Wolfgang lo hizo por mí mientras observábamos el mapa de Virgilio extendido ante nosotros en la mesa.



—Es increíble lo claras que se ven las cosas cuando miras un mapa —dijo Wolfgang—. Ahora me doy cuenta de cuántas viejas epopeyas (la *Edda* islandesa, incluso las primeras leyendas del Grial de Chrétien de Troyes) describen batallas y aventuras localizadas en esta región. Cuando Richard Wagner escribió la tetralogía de *El anillo del nibelungo* que tanto admiraba Hitler, se basó en la epopeya germana llamada *Nibelungenlied*, que relata cómo la Tormenta del Este, Atila rey de los hunos, recibió los ataques de los nibelungos, quienes no eran otros que los merovingios.

—Pero todo eso sucedió mucho antes de las cruzadas —indicó—. Aunque estemos hablando de la misma región, ¿cómo se relaciona con Bernardo o los templarios, cientos de años posteriores?

—Todo está formado a partir de lo que sucedió antes —sentenció Virgilio—. En este caso, está relacionado con los tres reinos: el que estableció el padre de Salomón, en Jerusalén; el reino creado por los merovingios en la Europa del siglo v, y el reino cristiano de Jerusalén, fundado cinco siglos después, durante las cruzadas, por hombres que procedían de la misma región de Francia. Existen muchas teorías, pero todas se reducen a una cosa: la sangre. —¿La sangre? —pregunté.

—Algunos afirman que los merovingios llevaban sangre sagrada —afirmó—. Un linaje que descendía quizá del hermano de Cristo, Santiago, o incluso de un matrimonio secreto entre Magdalena y el mismo Jesús. Otros sostienen que la sangre del Salvador fue recogida por José de Arimatea en el Santo Grial, recipiente que más adelante Magdalena trasladó a Francia y conservó para cuando llegara el día en que la ciencia pudiera recomponer con ella un ser humano.

—¿Se refiere a algo como la recreación del ADN, o clonación? —solté con una mueca.

—Esos puntos de vista no sólo son heréticos sino, si me permiten la expresión, bastante ridículos —replicó Virgilio con una sonrisa irónica—. Hay un dato curioso que sí conocemos

sobre las líneas de sangre: que todos los reyes de Jerusalén durante los años de dominio cristiano descendían de una mujer, Ida de Lorena.

No se me había pasado por alto que existían dos montes Ida de importancia. El primero, en Creta, era el lugar natal de Zeus, un destacado centro de culto a Dioniso que conectaba asimismo con Hermione en el mapa. El segundo, en la costa de la actual Turquía, era el lugar donde se celebró el juicio de Paris; desde su cima los dioses observaron el progreso de la guerra de Troya. Y ahora, una tercera Ida, según Virgilio, era la antepasada de todos los reyes que gobernaron Jerusalén a lo largo de doscientos años. Una mujer oriunda de la misma región de la que estábamos hablando. Y por lo visto, eso no era todo.

—La gran historia de la alta Edad Media en Europa no fue la de las cruzadas —explicó Virgilio—, sino el feudo sanguíneo entre dos familias conocidas en los libros de historia por los nombres italianos de güelfos y gibelinos. Pero en realidad eran alemanes: duques de Baviera llamados Welf, que significa «cachorro» u «osezno», y los Hohenstaufen sajones denominados Waiblingen, o «colmena». Sólo un hombre, que casualmente era también protegido de Bernardo de Claraval, aunaba la sangre de esos adversarios. Se trataba de Federico Barbarroja, que sobrevivió a la desastrosa segunda cruzada de Bernardo para convertirse en emperador del Sacro Imperio.

»Como primer gobernante que llevaba la sangre de esas dos importantes tribus germanas, cuyas batallas particulares habían definido la historia de la Edad Media, Barbarroja era considerado el salvador del pueblo alemán, el líder que un día los había de unir para gobernar el mundo.

»Se dedicó a convertir Alemania en una gran potencia y a los sesenta y seis años preparó la tercera cruzada. Sin embargo, de camino hacia Tierra Santa, murió ahogado en misteriosas circunstancias mientras se bañaba en las aguas de un río al sur de Turquía. Su famosa leyenda sostiene que Barbarroja reposa ahora en el interior de la montaña de Khyffhäuser, en el centro de Alemania, y que un día acudirá en auxilio de los pueblos alemanes cuando más lo necesiten.

Virgilio puso las manos en el mapa y me preguntó:

—¿No le recuerda eso otra historia?

Sacudí la cabeza mientras Wolfgang posaba el dedo en el mapa y trazaba despacio un círculo alrededor de la región de la que había hablado Virgilio. Cuando oí sus siguientes palabras, me quedé helada.

—Según el arquitecto de Hitler, Albert Speer, era precisamente en esta zona donde Heinrich Himmler quería crear, tras la victoria alemana en la guerra, un «estado paralelo de la SS» —me explicó Wolfgang—. Himmler pensaba establecer en él soldados de alto rango de las tropas de asalto con esposas de raza pura, elegidas por la rama de investigación genealógica de la SS, para que ellos y sus hijos formaran un Reich independiente. Deseaba purificar la sangre y reavivar los antiguos lazos místicos con la tierra: tierra y sangre.

Lo miré horrorizada, pero no había terminado.

—Por ese mismo motivo Hitler bautizó su ataque al este como operación Barbarroja, para despertar el espíritu dormido del emperador Federico, que llevaba tantos años en la montaña. Quería invocar la sangre mágica de los largo tiempo desaparecidos merovingios: iniciar un nuevo orden mundial utópico basado en la sangre.

LA SANGRE

Se creía que la sangre que corría por las venas [merovingias] les confería poderes mágicos: podían hacer crecer las cosechas al caminar por los campos, podían interpretar las canciones de los pájaros y las llamadas de los animales salvajes y eran invencibles en combate, siempre que no les cortaran los cabellos...

Pipino [el primer carolingio] carecía de los poderes mágicos inherentes a la sangre real. Así pues buscó la bendición de la Iglesia... para mostrar que su reinado no procedía de la sangre, sino de Dios. Pipino se convirtió así en el primer monarca que gobernó por la gracia de Dios. Para subrayar la importancia de este acto, Pipino fue ungido en dos ocasiones, la segunda junto con sus dos hijos [Carlomagno] y Carlomán, [para unir] el nuevo concepto de monarquía y de derecho divino a la noción germana de poder mágico transmitido en la sangre.

MARTIN KITCHEN,

Cambridge Illustrated History of Germany

Tiberíades, Galilea: primavera del año 39 d.C.

INTROITO

Durante ese tiempo [Herodes Antipas] vivía sometido casi por completo a la influencia de una mujer que le motivó una serie de desgracias.

EMIL SCHURER,

The History of the Jewish

People in the Age of Jesús Christ

Tras todas las aflicciones que maldicen nuestra vida, se esconde una mujer.

GILBERT Y SULLIVAN

Herodes Antipas, tetrarca de Galilea y de Perea, estaba de pie con los brazos abiertos en el centro de la cámara real, como todas las mañanas, mientras tres de sus esclavos personales lo preparaban para su aparición en la cámara de recepción para escuchar demandas. Le unieron las cintas del peto dorado a las pesadas cadenas de Estado y le dispusieron las vestiduras ceremoniales rojas sobre los hombros. Una vez finalizado el atuendo, los esclavos se arrodillaron y se retiraron por indicación de su liberto, Ático, que acompañaba a los guardas apostados fuera para seguir al tetrarca en el paseo desde el ala privada del inmenso palacio en Tiberíades.

Esta larga caminata en silencio era el único momento del día en que Herodes Antipas disponía de tiempo para pensar, y en ese momento tenía que meditar muchas cosas. Ya sabía lo que le aguardaba en la cámara: el recién llegado mensajero imperial despachado por el emperador Calígula desde su residencia de verano en Baia; un emperador que, como Antipas no podía permitirse olvidar, se consideraba a sí mismo un dios.

De todos los males que le habían sucedido a Antipas en los últimos tiempos, éste podía muy bien ser el peor. Y en este caso, como en crisis anteriores, el eje se centraba en su propia familia. Quizá lo llevaban en la sangre, pensó Antipas con cierto sarcasmo. Como muchos habían observado, la breve historia de la dinastía herodiana no estaba exenta de problemas de consanguinidad. Ya fuera mediante la endogamia, los feudos sanguíneos, las sangrías o los baños de sangre absolutos, daba la impresión de que a los Herodes les gustaba que las cosas quedaran en familia. Esta úlcera en el linaje herodiano procedía directamente del padre de Antipas, Herodes el Grande, un hombre sumido en su propia sensualidad y codicia, que había aplacado sus ansias de riqueza y poder con la sangre de sus parientes: un grupo que comprendía diez esposas y docenas de hijos a muchos de los cuales exterminó con una eficacia reservada para los animales sacrificados.

El mismo Herodes Antipas había figurado en un lugar muy secundario en la línea sucesoria. Pero debido a la súbita escasez de herederos existente a la muerte de su padre hacía cuarenta años, el reino quedó distribuido entre él, su hermano Arquelao y su hermanastro Filipo de Jerusalén. Tras la muerte de estos dos hermanos, Antipas se convirtió a los sesenta años en el último Herodes que seguía poseyendo tierras judías. Pero todo eso había cambiado debido en gran parte a las maquinaciones de su ambiciosa esposa Herodías. Antipas sabía que desde el principio había caído sobre él una maldición por el amor, la lujuria, la pasión obsesiva que le inspiraba una mujer que era su sobrina y que, cuando la había conocido, estaba casada con otro de sus hermanastros herodianos, Herodes Filipo de Roma. Aparte de lo mortificante que pudiera resultar a sus subditos judíos que le robara la esposa a su hermano, la herida se exacerbó todavía más cuando Antipas repudió a su primera esposa, una princesa de sangre real.

Para colmo de males, ante la insistencia de Herodías y de su hija Salomé, diez años atrás Antipas había ordenado la ejecución de un líder espiritual de las bases de la comunidad esenia, cuyo único delito consistía en haber llamado prostituta a la mujer del tetrarca en público. Herodías, siempre ávida de poder, no satisfecha con haber decapitado a ese hombre para salvar su reputación, volvía al ataque, esta vez dentro de su propia familia, con la que llevaba largo tiempo enemistada.

Hacía más de cuarenta años, cuando Herodes el Grande ordenó ejecutar al padre de Herodías, ésta y su hermano Agripa fueron conducidos por su madre a Roma, donde crecieron junto con los hijos de la familia imperial. Agripa, que a la sazón rondaba los cincuenta, se había echado a perder por completo. Era un derrochador disoluto, cuyo único logro consistía en haber adquirido los gustos de un rey. Y ahí estaba la raíz del problema. Porque gracias a su amistad con Calígula, ahora Agripa, el hombre que sería un rey, era rey de verdad.

Cuando murió Tiberio le sucedió el malvado Calígula, uno de los efebos que había bailado para él. El nuevo emperador liberó a Agripa de la cárcel y le obsequió con tierras y títulos con el mismo desenfreno con que había dilapidado en un año el legado de Tiberio, que consistía en veintisiete millones de sestercios de oro. Entre otros regalos, Calígula ofreció a Agripa unas tierras que en opinión de Herodías deberían haber recaído en manos de su marido Antipas, incluida la tierra sagrada donde se encontraba la tumba de Abel, el hijo de Adán y Eva, el lugar donde la humanidad había vertido la primera sangre.

Los pueblos hebreos habían luchado siempre contra la paradoja de la sangre. ¿Acaso no les había prohibido su Dios el derramamiento de ningún tipo de sangre en el mandamiento «No matarás»? Puede que Antipas fuera sólo el hijo judío converso de madre samaritana pero, con mandamiento o sin él, esa circunstancia había resultado ser tanto su prueba personal como su maldición particular. Y estaba a punto de ponerlo a prueba o maldecirlo una vez más.

Herodes Antipas conocía bien el veneno de las ansias de poder que corría por las venas de sus ambiciosos familiares y sobre todo de su esposa Herodías. Humillada por el hecho de que su hermano hubiera sido proclamado rey cuando su marido era un mero tetrarca, no había dejado de insistir hasta que Antipas mandó una delegación desde Galilea hasta Roma con regalos para el codicioso emperador, en un intento de sobornarlo para que le dispensara el mismo trato. Pero esa acción se había vuelto en su contra. El mensajero de Calígula, que acababa de llegar de Baia, traía una lista de mayores contribuciones que el tetrarca debía cumplir. En esa lista se incluía algo que le encogió el corazón porque se trataba de un objeto

que, al margen de su valor, poseía un gran significado para él y nadie más.

Se remontaba a cuando habían ido al palacio construido por Herodes el Grande en Machareus, al este del mar Muerto, para celebrar el cumpleaños de Antipas. Los acompañaba la encantadora hija de Herodías, Salomé, que todavía era muy joven. Salomé bailó en honor del acontecimiento. Por supuesto, Herodías había elegido Machareus para esa celebración a sabiendas de que era la misma fortaleza donde llevaba tiempo en prisión su odiado enemigo. Así que, tras un baile fascinante, Salomé le pidió el favor.

Esa escena horrenda todavía acechaba en las pesadillas de Antipas, incluso ahora, tantos años después, le trastornaba pensar en ello. Herodías, cuya ira no se había aplacado con esa horripilante muerte, había querido saborear un triunfo mayor y ordenó que le trajeran la cabeza cortada de su víctima al gran salón donde cenaban; ¡Dios mío, la habían dispuesto como la cabeza de un lechón en una fuente! Pero a pesar del horror y la repugnancia, había algo más, en esa escena que Antipas no había comentado con nadie en todos esos años, a pesar de que había pensado en ello muchas veces. Se trataba de la fuente.

Antipas reconoció ese objeto de sus años de juventud. Era una reliquia que encontraron enterrada en el Templo de la Montaña durante la costosa ampliación y reconstrucción del segundo templo que los arquitectos de su padre Herodes el Grande llevaron a cabo durante ocho años. Se creía que formaba parte del tesoro original del rey Salomón, quizás enterrada a toda prisa durante la destrucción del templo original. Pero su padre Herodes siempre había bromeado (Antipas sentía un escalofrío cada vez que se acordaba) afirmando que se trataba del escudo que Perseo había usado contra la Medusa con cabeza de serpiente para convertirla en piedra.

Para él, ese objeto espantoso estaría siempre unido con la cabeza cortada de la víctima de su esposa, esa cara estática y descarnada, con los ojos abiertos y los cabellos cubiertos aún de sangre.

Se preguntó cómo habría llegado a oídos de Calígula lo de la fuente dorada. Y por qué en nombre de Dios ese joven, que ahora se consideraba a sí mismo un dios, la solicitaba como parte de su tributo.

Roma: mediodía, 24 de enero del año 41 d. C.

ESPÍRITU Y MATERIA

No es ninguna paradoja, sino una gran verdad confirmada a lo largo de toda la historia, que la cultura humana sólo avanza mediante el e-frentamiento de extremos opuestos.

J. J. BACHOFEN

Es la diferencia de opiniones lo que propicia las carreras de caballos.

MARK TWAIN

Herodes Agripa ascendía por la colina con dificultades, jadeando y con la frente empapada en sudor, mientras el corazón le latía con fuerza contra las costillas. Iba acompañado por un solo soldado de la guardia pretoriana para compartir la carga. Le aterrizzaba que pudieran reconocerlo. Al fin y al cabo, se había hecho a plena luz del día. Y aún le daba más miedo que alguien sospechara qué era exactamente lo que cargaban bajo esa manta. Quién se habría imaginado, pensó Agripa, que alguien tan ágil y grácil, un bailarín, un joven que había sido aclamado como espíritu o dios, pesaría tanto como un saco de piedras. Pero esas treinta puñaladas en la cara, estómago y genitales del difunto Cayo César, que tan sólo veinte minutos atrás estaba vivo y coleando en la columnata, habrían convencido a cualquiera de que el emperador Calígula había sido cualquier cosa menos un dios.

El cadáver estaba aún caliente mientras lo transportaban por el monte Esquilino en dirección a los jardines lamíacos, pero la toga empapada de sangre, que ya adquiría rigidez con el aire frío de enero, se adhería a la manta. Agripa se percataba de que, como la muerte del emperador se había debido a circunstancias violentas, no sería posible celebrar un funeral de Estado, pero esperaba que como mínimo pudieran llevar a cabo un entierro rápido y poco ostentoso antes de que la multitud enloquecida encontrara el cuerpo y se dedicara al deporte romano favorito: la profanación de los muertos.

El brutal asesinato se había producido ante el mismo Agripa. Acababa de abandonar con Claudio y Calígula el auditorio, donde habían estado viendo los juegos palatinos. Calígula se detuvo para observar a unos muchachos ensayar una danza de guerra troyana, que iba a interpretarse para los que volvieran después de comer. Fue entonces cuando se produjo el ataque.

Un nutrido grupo de hombres; un grupo que, ante el asombro de Agripa, incluía los guardaespaldas germanos y tracios elegidos personalmente por el emperador, cayeron en masa sobre Calígula con lanzas y jabalinas, lanzando blasfemias y, mientras éste intentaba seguir con vida, lo despedazaron. Claudio se apresuró a esconderse tras una cortina del hermaeum, donde lo encontró la guardia pretoriana, que lo condujo fuera de las puertas de la ciudad para su mayor seguridad.

En el subsiguiente caos, parte del grupo se marchó con rapidez para acabar con la esposa y el hijo de Calígula, mientras los conspiradores que pertenecían al senado romano se apresuraban a convocar una sesión de urgencia con la intención de apoyar la reinstauración de la república. Había sucedido todo tan deprisa, en cuestión de segundos, que Agripa todavía se sentía confundido mientras subía la colina hasta llegar por fin a las sombras que ofrecían las hojas de los jardines y dejar la carga en el suelo. Se sentó en una piedra y se secó la frente mientras el guardia empezaba a cavar.

Había sido pura casualidad que Agripa se encontrara en Roma ese día aciago.

Dos años antes, Calígula desterró a Herodes Antipas y a su esposa Herodías, la hermana de Agripa, a Lugdunum, en el sur de la Galia, por pedirle demasiados favores. Ahora su tío Antipas estaba muerto y con él Herodías, de modo que Agripa controlaba unos dominios que, aunque lejos de estar unidos, se acercaban a la extensión de lo que una vez había poseído su abuelo Herodes el Grande. Y con ellos, también había heredado la mayoría de quebraderos de cabeza, entre los que destacaban los muchos conflictos que surgían entre sus superiores romanos y sus subditos judíos, fervientes religiosos.

El roce más reciente, el que había llevado a Agripa a Roma esa semana, había sido la decisión del emperador Calígula de «dar una lección a los judíos» por todas las complicaciones que habían originado a los conquistadores romanos. Calígula tenía previsto conseguirlo eri-

giendo una colosal estatua de piedra de él mismo como Cayo el Dios, ¡en el recinto del templo de Jerusalén!

Según algunos rumores, la estatua ya iba de camino en barco hacia el puerto de Jopa. Agripa tendría que enfrentarse a auténticos alborotos en cuanto tal efigie desembarcara en suelo judío, de modo que partió hacia Roma de inmediato para ver si podía cambiar el curso de los acontecimientos que ya se habían puesto en marcha.

Al fin y al cabo, ¿no se había criado Agripa junto con Claudio, tío de Calígula, en el seno mismo de la familia imperial? Y también se había mantenido lo bastante unido a Calígula durante todos esos años como para haber recibido como recompensa cadenas de oro y joyas, sin olvidar un reino. Así pues, tenía motivos para esperar que, con la ayuda de Claudio, lograría convencer al joven emperador en ese asunto. Pero al llegar a Roma, Agripa no estaba preparado para descubrir al hombre en que se había convertido el emperador.

La primera noche dormía plácidamente cuando, pasadas las doce, la guardia de palacio lo despertó. Lo obligaron a vestirse y lo condujeron a la fuerza al auditorio del edificio, donde se encontró a un grupo de senadores y prominentes hombres de Estado, así como al tío del emperador, Claudio, que también habían sido arrancados de la seguridad de sus hogares en plena noche.

Temblaban de miedo mientras los soldados encendían la mecha de lámparas de aceite en el escenario situado ante ellos. Claudio iba a decir algo cuando, entre una gran fanfarria de flautas y platillos, el emperador salió a escena vestido de Venus, con una toga corta de seda y una peluca de cabellos largos y rubios. Cantó una bonita canción que él mismo había compuesto, interpretó una danza y desapareció.

—Lleva así desde la muerte de su hermana Drusila —contó Claudio a Agripa, cuando abandonaron la sala—. Apenas duerme tres horas por la noche, deambula por palacio y aulla al cielo para invitar a la diosa de la luna a que comparta el lecho con él y sustituya a su hermana en sus brazos. Como recordarás, Drusila murió el diez de junio, todavía no hace tres años. Calígula se mostró inconsolable y durmió junto al cadáver días seguidos, sin querer alejarse de su lado. Luego partió solo en carro a través de Campania, embarcó hacia Siracusa y desapareció durante un mes. No se afeitó ni se cortó los cabellos; cuando regresó tenía el aspecto y la conducta de un hombre salvaje. Desde entonces las cosas han empeorado.

—Dios santo —exclamó Agripa—. ¿Qué podría ser peor que lo que me acabas de contar?

—Muchas cosas —respondió Claudio—. Durante el período de luto oficial por la muerte de Drusila, decretó que reír, bañarse o comer con la familia eran delitos capitales, y exigió que todos los juramentos de Estado se hicieran en nombre de su divinidad. Acusó a sus dos hermanas de traición, las desterró a las islas pónicas y vendió sus casas, joyas y esclavos para conseguir dinero. Luego construyó un establo de marfil y joyas para su caballo de carreras Incitato. Suele ofrecer banquetes en los que Incitato, que cena cebada dorada, es el invitado de honor. Ha requisado y liquidado propiedades de la gente con el menor pretexto y ha abierto un burdel en el ala oeste del palacio imperial. Yo mismo lo he visto a menudo correr descalzo e incluso revolcarse en el suelo, en esos montones de monedas de oro que atesora.

»El año pasado, organizó una expedición militar por la Galia y Germania, con la intención expresa de conquistar Britania. Pero tras un invierno largo y adverso y una marcha de seis meses, cuando las legiones llegaron por fin al Canal, Cayo sólo les ordenó que recogieran miles de conchas marinas y, después, iniciaron el regreso a Roma.

—¡Pero si Calígula había planeado esa misión desde que falleció Tiberio y él se convirtió en

emperador! —exclamó Agripa—. ¿Por qué la abandonó, y de forma tan extraña? ¿Se ha vuelto loco?

—Más bien predestinado, y él lo sabe —respondió Claudio, serio—. En los últimos tiempos, los augurios no le han sido propicios. En los idus de marzo, un rayo cayó en el capitolio de Capua; después, cuando Cayo sacrificaba un flamenco, su sangre lo salpicó. Sula, el astrólogo le trazó el horóscopo el pasado mes de agosto para su cumpleaños y afirmó que tenía que prepararse para morir pronto. Esa misma noche, Mnester bailó la tragedia que se representó la noche que el padre de Alejandro, Filipo de Macedonia, fue asesinado.

—No creerás que esas cosas ejercen ninguna influencia, ¿verdad? —preguntó Agripa, al tiempo que recordaba de su juventud la obsesión que la familia imperial siempre había sentido, al igual que casi todos los romanos, por los augurios leídos en las entrañas de aves y otros animales, y por cualquier otra forma de profecía. ¿No era cierto que conservaban los antiguos libros de los Oráculos sibilinos recubiertos de oro?

—¿Y qué más da lo que yo crea? —soltó Claudio—. No lo entiendes. Si mi sobrino muere ahora, con todo lo que hemos averiguado, puede que yo mismo tenga que invadir Britania.

Antioquía: Pascua judía, año 42 d.C.

EPÍSTOLAS DE LOS APÓSTOLES

*A: María Marcos
en Jerusalén, provincia romana de Judea De: Juan Marcos
en Antioquía, Siria*

Reverenciada y querida madre:

¿Qué puedo decir? Han cambiado tantas cosas en este último año aquí, en nuestra iglesia de Antioquía, que no sé por dónde empezar. Más difícil resulta pensar que la Pascua de esta semana es la décima desde la muerte del Maestro, me inquieta sólo pensarlo.

Aunque yo era un niño, aún recuerdo con gran claridad al Maestro en sus visitas constantes a nuestro hogar. Y especialmente vivida es la imagen de la última cena que él y sus discípulos tomaron juntos en nuestra casa.

Me sentí muy orgulloso de que me eligiera a mí para ir a la fuente con el cántaro de agua de modo que, cuando llegaran los discípulos, me siguieran para saber dónde debían encontrarse. Y es ese recuerdo el que me induce a escribirte hoy.

Tío Bernabé, que me pide como siempre que te mande recuerdos fraternales de su parte, me comenta que este verano, cuando cumpla veintiún años, tendrá suficientes conocimientos sobre el trabajo del Maestro, además de un latín y un griego lo bastante avanzados para acompañarlo en mi primera misión oficial entre los gentiles. Por supuesto, es una noticia excelente y sé que estarás orgullosa de que haya llegado tan lejos en ésta, nuestra segunda iglesia en importancia fuera de Jerusalén. Pero hay una cuestión que amarga en parte esa alegría, y me gustaría que me aconsejaras. Por favor, no lo comentes con nadie, ni siquiera

con tus amigos más íntimos, como Simón Pedro. Te lo pido por motivos que pronto comprenderás.

Por petición expresa de tío Bernabé, ha llegado a Antioquía un hombre para trabajar en nuestra iglesia. Es un judío de la diáspora de la tribu de Benjamín que creció en el norte, en Cilicia. De joven estudió con el *rabh* Gamaliel en el templo de Jerusalén, de modo que tal vez lo conozcas. Se llama Saúl de Tarso y, madre, él es el problema. Temo que las cosas empeorarán si no lo impedimos.

Me apresuro a añadir desde el principio que Saúl de Tarso tiene muchas cualidades positivas: ha recibido una educación extraordinaria, no sólo en la Tora, la Misná y hebreo clásico, sino que también habla con fluidez latín, griego, púnico y arameo. Procede de una familia rica y respetable del sector textil, que ostenta la concesión principal para suministrar a las legiones romanas de la zona oriental esa tela áspera de pelo de cabra, el *cilicium*, que usan para confeccionar cualquier cosa, desde tiendas a zapatos. Como consecuencia de ello, la familia goza de ciudadanía romana hereditaria. Resulta obvio que las ventajas de relacionarse con Saúl de Tarso explican gran parte de la atracción de tío Bernabé por él.

Y de ahí proviene mi principal conflicto, madre. Porque Saúl de Tarso debe considerarse sobre todo un hombre de privilegio ya desde su nacimiento: rico, instruido, ciudadano romano y que ha viajado mucho. ¿Y a qué cosa se oponía más el Maestro por ser contraria al reino? En una palabra: al privilegio, y muy especialmente a este tipo de privilegio en concreto. Para subrayar el contraste tendré que ser más específico sobre las circunstancias que precedieron a la conversión de Saúl a nuestra orden, y observa que no digo «nuestra creencia» porque ese hombre posee una serie de creencias propias. Te aseguro que todo lo que voy a contarte lo he recogido de sus propios labios.

Mientras estudiaba con Gamaliel en Jerusalén, Saúl entró en contacto por primera vez con las diversas facciones activistas de la región (zelotes, sicarios, esenios) que luchan para liberarse del yugo romano. Y también estaba expuesto a aquellos que, como el primo del Maestro, el Bautista, habían incluso «vuelto a la naturaleza», vestían pieles como los hombres salvajes y subsistían a base de langostas y miel. En opinión de Saúl, los más infames de todos ellos eran el Maestro y sus seguidores.

Saúl, como hombre sofisticado de la cosmopolita Cilicia, sentía gran repugnancia por esos campesinos tan primitivos. Si bien era judío, ¿no gozaba del mayor honor en la tierra: la ciudadanía del Imperio romano, el único pasaporte al mundo civilizado? Consideraba que eran poco más que terroristas. Sus peticiones históricas de libertad frente al dominio romano, tanto religioso como político, lo enfurecían hasta lo indecible. Por una mísera libertad que creían desear, eran implacables a la hora de enfrentar a los judíos provinciales contra el inmenso Imperio romano. Alguien tenía que detenerlos.

Saúl solicitó permiso a su profesor Gamahel para darles caza; quería conducirlos hasta el templo donde podrían juzgarlos por herejía, algo que la ley romana permitía, y lapidarlos. Pero Gamaliel le respondió que eso contravenía lo prescrito de forma expresa por la ley judía, tal como se había establecido en tiempos del abuelo de Gamaliel, el gran Hil-lél. Saúl abandonó sus estudios contrariado e invadido por la ira y trasladó su petición al *zador* nombrado por los romanos, Caifas, quien se alegró de contar con un nuevo miembro para su misión particular de colaborar con los romanos en la supresión de los agitadores que se opusieran a su gobierno. Saúl pronto demostró ser el candidato perfecto para esa persecución sanguinaria.

No te lo creerás cuando te lo diga, madre, pero Saúl de Tarso estaba entre los que gritaban

pidiendo sangre en el exterior del palacio de Pilatos la noche en que juzgaron al Maestro. Poco después, Saúl volvía a estar ahí con la multitud que apedreó a nuestro compatriota Esteban hasta la muerte, aunque ahora afirma que no llegó a lanzar una sola piedra, sino que se limitaba a sujetar los mantos a los demás para que pudieran apuntar mejor. Ese hombre es un desaprensivo y la historia sobre su «conversión» es la más inverosímil de todas.

A pesar de sus muchos talentos, Saúl de Tarso posee un defecto físico grave. Está afectado por la enfermedad de las caídas, la afección de los cesares que los griegos denominan *epilepsia* (poseído por una fuerza exterior). Lo he visto con mis propios ojos y no fue nada agradable. Un momento estaba pronunciando un discurso con expresiva locuacidad y al siguiente yacía en el suelo soltando espumarajos, con los ojos desorbitados, mientras emitía un sonido gutural como si estuviera poseído por los demonios. Ha llegado el punto en que no quiere viajar sin su médico. En la historia de su conversión a las enseñanzas del Maestro, que es muy colorida, extraña e imposible de verificar, interviene este tipo de ataque. Saúl sostiene que poco después de lapidar a Esteban se encontraba de misión en Damasco para espiar a algunos de los nuestros por orden del sumo sacerdote Caifás. Pero cuando Saúl llegó a las puertas de la ciudad, sufrió uno de esos ataques. Cayó al suelo y quedó cegado por una luz brillante. Luego, oyó la voz del Maestro, que le preguntaba por qué lo perseguía.

Algunos de nuestros seguidores encontraron a Saúl en medio de la carretera y lo llevaron a la ciudad de Damasco, donde lo atendieron. Y aunque estuvo ciego unos cuantos días, por fin consiguieron devolverle la vista. Después de eso se adentró en la naturaleza y permaneció ahí varios años, pero se niega a comentar qué hacía.

Sin embargo, el resultado fue que al final se convenció a sí mismo de que había recibido una llamada personal del Maestro que le confería una perspicacia especial en exclusiva. De modo que se dirigió a Jerusalén para encontrarse con Santiago, el hermano del Maestro, y con Simón Pedro para anunciarles su intención de convertirse en líder de nuestra Iglesia, basado sólo en esa supuesta visión superior. Según tengo entendido, se lo quitaron de encima, así que habló con tío Bernabé como líder independiente de la iglesia del norte.

Lo que quiero decirte, madre, es que ese retazo de tela parece del tipo que sólo un tejedor excelente como Saúl de Tarso sería capaz de confeccionar. ¿Qué plan sería mejor que introducirse en el seno de la comunidad que uno está atacando? ¿Presentarse como un regalo milagroso y cruzar las puertas de Damasco como un caballo de Troya? ¿Conquistar como lo hace un gusano, desde el interior! ¿Cómo es posible que Bernabé se haya dejado engañar por un charlatán tan evidente o por un plan tan conspicuo?

Pero si eso fuera todo lo que ha hecho, no te escribiría esta carta. Es algo mucho peor y que considero muy mala señal. ¿Te acuerdas de que hace ocho o nueve años, poco después de la muerte del Maestro, Miriam de Magdala vino a instancias de José de Arimatea y nos pidió a cada uno que le relatáramos lo que recordábamos de la última semana del Maestro en la tierra? Aunque entonces era un niño, también tuve que contarle todo lo que sabía, lo que al parecer fue una suerte.

El año pasado recibí una carta de Miriam antes de que se marchara de Éfeso para unirse a su hermano y su hermana en la misión que han iniciado en Galia. En ella, Miriam me contó que había sellado muchos rollos con esos testimonios en cilindros de arcilla y los había remitido, a través de Santiago Zebedeo, a José de Arimatea en Britania. Al principio no comprendí el resto de su carta, pero cuando Saúl de Tarso reveló saber algo de esos documentos y empezó a preguntar sobre ellos, analicé con más detalle su significado.

Al final, Miriam recibió noticias de José en el sentido de que los documentos, junto con la

información que había obtenido por su cuenta, le habían permitido formarse una idea mucho más fidedigna que a la muerte del Maestro. Aunque José ha decidido no comentarle los detalles de esa información hasta que llegue a tierras celtas, Miriam me comentó lo que José ya le había revelado: según parece, al hacer las veces de portador de agua en la cena de la última Pascua, yo oí o vi algo, o tal vez incluso lo hice, que permitió ampliar esa idea. Pero el secreto que no entendí hasta leer la carta de Miriam está relacionado con las últimas instrucciones que me dio el Maestro esa noche aciaga de hace exactamente diez años y en lo que esas directrices significaban en realidad.

Me dijo que fuera a la fuente de la Serpiente con un cántaro grande y que cuando los otros llegaran y me siguieran, pasara por la puerta Esenia y les condujera hasta nuestra casa en el monte Sión. Les había indicado que buscaran algo: que siguieran al portador de agua. Pero hasta que Miriam me lo indicó no me percaté de que el portador de agua es también una constelación, además del símbolo de la era mundial que sigue a ésta.

«Porque soy alfa y omega, el primero y el último», había dicho el Maestro. ¿Quería conectarse con el principio y el final del eón actual?

Esa pregunta me lleva de nuevo a Saúl de Tarso, madre. A pesar de que he vivido cerca de él durante casi un año, sigue siendo un enigma. Pero ahora tengo la impresión de que una clave ha salido a la luz: se ha cambiado el nombre de Saúl a Pablo. Algunos piensan que tan sólo está copiando la singularidad del Maestro de bautizar con motes a todos sus discípulos. En cambio yo creo que he descifrado la verdad. En realidad, tiene que ver con la pasión del Maestro por el significado oculto de los números: la *geomatria*. He calculado el significado oculto que puede haber dado lugar a tal cambio simbólico.

El valor numérico de Saúl en letras hebreas suma noventa, lo que equivale a la letra *tzaddi*, una letra que representa la constelación astrológica de Acuario. En la numerología hebrea, Pablo posee en cambio el valor de ciento diez, *qoph-yod*, que equivale al signo del pez y la virgen, es decir a la nueva era de Piscis y Virgo en la que acabamos de entrar.

En la numerología griega, el significado de las letras es muy parecido: Saulos, con el valor de novecientos uno, equivale a *Iakkhos* (Baco o Dioniso), el portador de agua que no nos trae esta era, sino la siguiente; mientras que Paulos, o setecientos ochenta y uno, simboliza por una parte a Sofía o Virgo y por la otra a *ophis*, la serpiente o animal marino, es decir, el pez. De ahí, madre, que a mi entender con ese cambio de nombre, de Saúl a Pablo, pretende anunciarse a sí mismo en lugar del Maestro como encarnación de la era entrante.

A: *Miriam de Magdala*
en *Massalia, provincia romana de Galia*

De: *María Marcos*
en *Jerusalén, provincia romana de Judea*

Querida Miriam:

Me gustaría disculparme por el desorden de mi caligrafía y mis pensamientos. A pesar de que cada semana zarpa un barco de Jopa con destino a Massalia, sé que no tienes previsto permanecer en la costa de Galia mucho tiempo y que pronto te reunirás con el resto de tu familia en los Pirineos, de modo que me apresuro a remitirte esta carta de inmediato.

Te adjunto asimismo la carta que acabo de recibir de mi hijo. Como verás, me pide que no cuente sus palabras a nadie. Sin embargo su carta ha desencadenado en mí unos

sentimientos de inquietud demasiado fuertes, Miriam.

Hay cosas que debería haberte relatado antes en tu calidad de apóstol o mensajero. Sin embargo, admito que esas cuestiones significaban poco para mí hasta que la reciente carta de Juan me llenó de recuerdos sobre acontecimientos que ocurrieron la última semana de la vida del Maestro. En concreto, lo que sucedió la última noche.

Como sin duda ya sabes gracias a los informes que has recibido de los demás, incluso antes de leer esta carta de Juan, la cena de la última Pascua a la que asistió el Maestro se celebró aquí, en mi residencia situada en la parte alta de la ciudad. Pero lo que quizá no sepa nadie, excepto yo, es la atención con la que el Maestro preparó en persona esa comida hasta el último detalle. Nos dio instrucciones muy precisas acerca de lo que quería en la habitación superior de mi hogar, donde había decidido que se celebrara la cena: algunas de sus disposiciones eran tan ostentosas que me sorprendieron. El Maestro no dejaba de insistir en que era de la máxima importancia que todo sucediera antes, durante y después de la cena tal y como había pedido. Después añadió, en estricta confidencia, que tras la cena esperaba retirarse a la cueva de la finca de José en Getsemaní para realizar un ritual de iniciación. Ahora eso adquiere una nueva importancia.

La noche de la cena, también a petición del Maestro, dispusimos que Rosa y mis criados prepararan la comida y llevaran los platos al piso de arriba, pero que para estar más en privado no pasaran de la puerta, sino que mi hijo Juan y yo sirviéramos a los invitados. Eso explica por qué tuve la fortuna de ver y oír todo lo que sucedió en esa más que destacada comida. Poco después lo escribí a modo de historia. Ahora, por primera vez, veo esa noche bajo una luz totalmente distinta. Puede que te sorprenda lo que voy a decirte, Miriam, pero al repasar las notas que tomé ese día me he percatado de que, aunque no estuviste presente, la mayoría de los acontecimientos que se produjeron durante esa extraña cena giraban en torno a ti.

Por supuesto, desde hace tiempo estoy convencida de que existe una explicación válida para que no se te pidiera que asistieras a lo que el Maestro sabía sin duda que iba a ser su última cena con sus discípulos. Al fin y al cabo, todo el mundo sabía que eras su discípulo elegido. Solía llamarte «alfa y omega», ¿no? Además, fuiste el primer testigo de su ascenso al seno de Dios tras su muerte. Pero a mi entender, Miriam, el factor decisivo es que mucho antes de la cena ya estabas iniciada en los misterios.

Sin duda recibiste muchos informes de esos acontecimientos por parte de los demás invitados, pero esos relatos pueden haber quedado teñidos por su propia participación, de modo que tal vez carezcan del punto crucial. De hecho, es posible que toda la comida y los eventos que la rodearon estuvieran diseñados por el Maestro a modo de prueba para los otros discípulos, como mi hijo especuló una vez, para averiguar cuáles de ellos iban a resultar grano y cuáles paja: es decir, quiénes demostrarían ser al final de esa velada y de la vida del Maestro merecedores de la transformación que siempre había ofrecido a los que superaran esas pruebas. Te he escrito la historia como un observador ajeno a ella. Quiero que juzgues por ti misma.

LA ULTIMA CENA

Unos cuantos días antes de la Pascua, por razones que sólo él conocía, el Maestro indicó a

sus discípulos por qué medios tenían que entrar en la ciudad esa noche para localizar el lugar de la cena: esperar en la fuente de la Serpiente, cerca de la puerta Esenia, al sur de la ciudad. Hasta ahí llegaría un hombre que llevaría un cántaro de agua que los conduciría, uno por uno, al punto de encuentro. Mediante este recurso, el Maestro se aseguraba de que sólo los doce estarían presentes en la cena. Por lo tanto, al llegar él en último lugar, el Maestro sería el decimotercero.

Ese secretismo provocó cierta controversia porque suponía una forma poco ortodoxa de preparar una comida ritual cuyas normas habían sido entregadas directamente por Dios a Moisés hacía más de mil años. ¿Cómo podían saber, por ejemplo, que la comida estaría preparada según la Tora, con las normas adecuadas de limpieza y de técnicas culinarias? Además, según la Misná, la levadura tiene que buscarse a la luz de una vela y separarse la noche anterior, ¿quién se aseguraría de ello? El Maestro hacía caso omiso de esas objeciones. Se encogía de hombros y se limitaba a decir que estaba todo preparado.

Fue una sorpresa que el portador de agua fuera el joven Juan Marcos, el hijo de diez años de María Marcos, quien junto con su hermano Bernabé de Chipre figuraba entre los protectores más ricos del Maestro. Su residencia palaciega en la ladera occidental del monte Sión había sido durante años el segundo domicilio de Simón Pedro cuando no estaba en Galilea, y las «charlas junto al hogar» del Maestro con sus discípulos, en las que los criados servían comida abundante, solían durar hasta altas horas de la noche.

Pero en esa ocasión, había una sorpresa reservada. Cuando Rosa, el ama de llaves de María Marcos, recibía a cada discípulo en la puerta, otro criado lo acompañaba, no al comedor sino a una habitación desconocida, escaleras arriba, bajo las mismas vigas de la casa. Esa habitación estaba equipada con muebles caros, como los que ninguno de ellos había visto antes en una casa particular: mesas bajas de mármol con incrustaciones exóticas de piedras coloreadas que brillaban a la luz amarilla de las lámparas persas que colgaban del techo; gruesas alfombras de la costa Jónica y tapicería multicolor que recordaba la costa del norte de África, con enormes urnas llenas de vino espumoso y enormes samovars de té dispuestos por toda la habitación.

Aunque muchos de los doce eran profesionales de éxito, recaudadores de impuestos como Mateo o acaudalados propietarios de flotas pesqueras, como Simón y Andrés Zebedeo, ese esplendor exagerado que parecía acercarse al nivel de decadencia romano los impresionó sobremanera. Permanecieron de pie, incómodos, recorriendo con la mirada la habitación superior de María Marcos y observando los sofás romanos donde se podían reclinar tres personas juntas mientras cenaban, demasiado estupefactos para servirse vino ni charlar demasiado hasta que por fin llegó el Maestro.

Este se mostró algo preocupado y pidió a los otros que se sentaran. Pero él no hizo lo mismo, sino que anduvo arriba y abajo al lado de la puerta como si esperara que sucediera algo. Los criados trajeron cuencos con agua y toallas. Cuando se hubieron marchado y la puerta estuvo cerrada, el Maestro cogió sin hablar un cuenco y una toalla y los depositó en una mesa cercana. Entonces se desnudó por completo, se sujetó la toalla alrededor de la cintura, se arrodilló en el suelo ante Judas y empezó a lavarle los pies. Los otros estaban muy violentos y algo más que sorprendidos. Y aún más cuando vieron que tenía intención de repetirlo con cada uno de ellos. Uno por uno, se situaba ante ellos para lavarles los pies y se los secaba con la toalla mientras lo observaban confundidos. Pero cuando le llegó el turno a Simón Pedro, el discípulo se levantó con rapidez y se negó gritando:

—¡No, nunca, no deberías lavarme los pies! ¡Los míos, no!

—Se ve que no tenemos nada en común, pues —dijo el Maestro con calma, sin sonreír—. Si creéis que soy vuestro Maestro, deberíais seguir mi ejemplo. Espero que hagáis lo mismo cuando ya no esté aquí para mostraros lo que es el amor. Quien cree que no le queda nada por aprender y se considera más importante que quien le envió, es un criado arrogante, Pedro. Cuando me haya ido, espero que reconocerán a mis seguidores porque se servirán entre sí y querrán a la humanidad.

—¡Lávame entonces, Maestro! —exclamó Pedro con entusiasmo mientras se apresuraba a sentarse de nuevo—. No sólo los pies, lávame las manos y la cabeza también.

El Maestro se echó a reír.

—Sólo lo que está sucio —comentó.

Miró a Judas con una sonrisa enigmática y añadió lo siguiente:

—La mayoría de lo que veo aquí está limpio, pero no todo.

Más adelante muchos interpretaron que ese comentario hacía referencia al dinero «sucio» que Judas había aceptado a cambio de traicionarlo. El Maestro volvió a ponerse las ropas de lino y se sentó en el sofá entre Simón Pedro y el joven Juan Zebedeo, a quien había apodado cariñosamente *comoparthenos*, «la virgen», por su inocencia infantil y a veces rebelde. El Maestro habló a lo largo de casi toda la comida con una gran intensidad, y comió poco salvo algunos sorbos del vino ritual y unos cuantos mordiscos de los alimentos simbólicos tradicionales.

En cuanto a lo que decía, su principal interés era recitar, como dictaba la larga tradición, la historia de la Pascua y el éxodo de nuestro pueblo desde Egipto. Pero a pesar del profundo interés del Maestro por la ley rabínica, a los presentes les pareció que daba un énfasis especial a los alimentos y la bebida relacionados con esa comida ritual, y en especial a las cosas prohibidas por Dios, sobre todo la levadura. Esto es lo que dijo el Maestro:

LA LEVADURA

Éstas son las cosas con las que un hombre cumple sus obligaciones para con la Pascua: cebada, trigo, escanda, centeno y avena.

Pesajim 2, Misná 5

En tiempos remotos, los dos días santos que llamamos Pesah y Matsot, la Pascua y la fiesta del pan ázimo, eran acontecimientos separados, no como ahora. La fiesta del pan ázimo era la tradición más remota, que databa de la época de Abraham y Noé, y no fue hasta más adelante que se incorporó al ritual de la Pascua que conmemora la huida de nuestro pueblo de la esclavitud en Egipto.

Nuestro pueblo tomó la primera comida de la Pesah con prisas, mientras se preparaba para la huida. Habían pintado en el dintel el símbolo *tau* con sangre de cordero, tal como se les había instruido, para que cuando el Señor pasara exterminara a los primogénitos varones de los egipcios y no a los suyos. También se les prohibió que tomaran levadura en el período anterior a la huida.

La ley se refiere a cinco cereales concretos: cebada, trigo, escanda, centeno y avena. La harina de todos ellos, en contacto con el agua durante algo más de un breve instante, se convierte en levadura. Dios comunicó a Moisés y a Aarón que la gente no debía «comer levadura, tocar

levadura, usar levadura ni guardar levadura en casa» durante siete días, desde el catorce del mes de nisán hasta la noche del veintiuno, cuando se irían de Egipto. Dios prometió que echaría de Israel para siempre a los que le desobedecieran.

¿Por qué era tan importante este extraño mandamiento? Y puesto que la fiesta del pan ázimo es anterior a la salida de Moisés de Egipto, el ritual de buscar la levadura es más antiguo que el reconocimiento de un solo Dios verdadero por parte de los judíos. ¿Qué significa eso?

El número de granos que consideramos levadura (cinco) era importante para los griegos, que lo denominaban *quintessence*: «la quintaesencia», el grado más elevado de realidad al que todos los demás aspiran. La estrella de cinco puntas, el pentáculo, con un pentágono en el centro, era el símbolo de Pitágoras y también del rey Salomón. Representa la sabiduría, reflejada en la manzana, una forma natural que esconde el símbolo en su centro. Y dentro de ese símbolo, el sello auténtico de Salomón, se encuentra el secreto de la llama eterna.

El proceso de la levadura aumenta algo a un nivel superior y lo transforma. Observamos que durante la primera Pascua, Dios prohibió la levadura terrenal a los judíos para favorecer una transformación a un estadio superior, lo que nos permitió alcanzar ese pan celestial que Pitágoras denominaba la levadura eterna, un alimento conocido también como *manna*, sabiduría, *sapienta*, la Palabra de Dios. Está relacionado con un elemento misterioso e invisible llamado éter, que los antiguos consideraban que unía el universo: el eje.

Miriam, me gustaría decirte que cuando el Maestro terminó esta historia, nadie en la habitación superior de mi casa hizo el menor ruido. El Maestro observó despacio entre su círculo de discípulos y en medio de ese silencio absoluto hizo una pregunta inesperada.

—¿Sabe alguien la identidad verdadera de «la Sulamita»? —dijo—. Me refiero a la enamorada de belleza morena y misteriosa del rey Salomón en el Cantar de los Cantares. Sulamita significa Salem-ite, porque vivía en una ciudad, y Salem era uno de los primeros nombres de Jerusalén. Cuando Salomón le pidió a Dios que le concediera la mano de esa mujer, quizás era anterior a la ciudad. ¿Así que quién era en realidad?

Tras un momento de silencio incómodo, Simón Pedro respondió por los demás.

—Pero Maestro —objetó—, durante mil años, desde los tiempos de Salomón, los rabinos y los sacerdotes han debatido la cuestión de esa famosa mujer que no era ni una reina ni una concubina real oficial, sino sólo una campesina que cuidaba de los viñedos. Y los esfuerzos de esos hombres sabios han sido en vano. ¿Cómo esperas que nosotros, aquí en esta habitación, sin instrucción en los aspectos eruditos de la Tora, obtengamos mejores resultados?

La respuesta del Maestro, aunque pronunciada en el mismo tono suave, golpeó con tal fuerza a Pedro que casi retrocedió.

—Miriam de Magdala sabría la respuesta —sonrió el Maestro—. Es un problema intrincado, como un nudo. Pero quizá recordaréis que la noche antes de que Salomón empezara la construcción del templo, Dios se le apareció en sueños y le dijo que le pidiera lo que quisiera. El joven rey contestó que su único deseo era la mano de Sulamita en matrimonio.

—Perdóname, Maestro —le interrumpió el joven Juan Zebedeo—, pero creo que no fue así. Como todo el mundo sabe, la primera esposa de Salomón fue la hija del faraón. Además, esa noche Salomón sólo pidió una cosa a Dios y no fue el matrimonio, sino la sabiduría.

—Exacto —corroboró el Maestro, que seguía sonriendo—. Y si bien Salomón tenía muchas esposas, la que ocupaba el primer lugar en su corazón, como muy bien has indicado, era la belleza morena y misteriosa con quien celebra sus esponsales en el Cantar de los Cantares. ¿A qué novia mejor que la sabiduría podría desear unirse un rey para el resto de sus días? En

el Cantar de los Cantares, ella misma nos revela que su símbolo es la estrella de cinco puntas que Salomón acepta más adelante como su propio sello: «Ponme como sello sobre tu corazón, como sello sobre tu brazo, porque el amor es fuerte como la muerte... sus dardos son dardos de fuego.» Ésa es la llama secreta, la levadura eterna —concluyó el Maestro—. Para los griegos, el lucero del alba era Artemisa o Atenea, vírgenes destacadas por su sabiduría. La estrella de la noche era Afrodita, la diosa del amor. Como sabemos que esas dos estrellas son la misma, eso nos indica que en tiempos remotos, los hombres poseían la clave del misterio más elevado: el conocimiento de que la sabiduría y el amor son una sola cosa, un conocimiento que nos permite trascender incluso la muerte.

Los que estábamos en la habitación permanecemos en el más absoluto de los silencios, sorprendidos, mientras el Maestro acariciaba los cabellos del joven Juan Zebedeo que, reclinado en el sofá cerca de él, parecía estar muy confundido. Luego, el Maestro pidió a mi hijo que le sirviera más vino.

—Perdóname, Maestro —dijo Felipe de Betsaida—. Tus palabras parecen abarcar acontecimientos pasados, presentes y futuros, por lo que nunca sé muy bien cómo interpretar lo que dices. Pero cuando hablas de amor, ¿te refieres a que nuestro amor por lo divino, si se comprende y alimenta de forma adecuada podría permitirnos trascender incluso la muerte? Y sin embargo, estaremos de acuerdo en que el Cantar de los Cantares, al igual que el rey histórico, sugeriría una imagen del amor muy distinta, sensual, casi se podría decir que carnal, un retrato que no se ajusta demasiado a la imagen del reino que has anunciado que llegaría.

—Sin duda, Felipe —afirmó el Maestro—. Y ahí es precisamente donde radica el misterio.

Isla de Mona, Britania: otoño del año 44 d.C.

*A: Miriam de Magdala
en Lugdunum, Galia*

*De: José de Arimatea
en Mona, mar de Irlanda, Britania*

Querida Miriam:

Como verás, recibí tu último paquete, aunque tardó bastante tiempo en llegarme. Debido a la «conquista» del sur de Britania el año pasado por parte del emperador Claudio, he trasladado temporalmente la base de actividades al norte, un bastión druídico donde hemos contado con gran apoyo. No he corrido nunca peligro físico porque los romanos desembarcaron y conquistaron las tierras sin derramamiento de sangre, sin combates ni heridos. Los romanos llegaron y se fueron en cuestión de pocos meses, y sólo dejaron tras ellos unas cuantas legiones para iniciar la construcción. De todos modos, temí por la seguridad de los objetos que obran en mi poder y que, como sabes, poseen cierto valor. Lo que nos conduce al tema de tu carta.

En cuanto a tu oferta, a pesar de lo mucho que me apetece verte en persona, no creo que sea un buen momento para que te desplaces hasta aquí desde Galia. Más adelante te lo comentaré con más detalle. Pero déjame primero que te comunique mi gran gratitud por la

nueva información que me has aportado y que he revisado con suma atención.

A medida que nuestro grupo inicial se ve diezmado por los romanos o sus títeres (la ejecución brutal de Santiago Zebedeo la primavera pasada a manos de Herodes Agripa o el encarcelamiento de Simón Pedro, seguido de su exilio voluntario en el norte), estoy cada vez más convencido de que es muy importante que consigamos obtener una visión más amplia de lo que quería lograr el Maestro en esa infausta última semana de su vida.

Además, con esas advertencias de falsos profetas, resulta evidente que Jesús debió de prever que alguien como ese tal Saúl de Tarso de quien habla Juan Marcos en su carta podría aparecer en escena después de su muerte e intentar alterar todo su mensaje de esa forma. Así que he procurado unir este nuevo relato que me enviaste de la última cena del Maestro y sus discípulos con la información que había recogido con anterioridad. Y coincido en que ahora podemos ver con mayor claridad hacia dónde se dirigía su mensaje.

En primer lugar, la presentación del Maestro como siervo divino cuya tarea principal es limpiar de forma ritual el templo y los que van a entrar en él. Sumisión. Y luego, la comparación de su cuerpo y sangre con el pan y el vino, un gesto característico de Isaac, como si se ofreciera a sí mismo en materia y espíritu en lugar del sacrificio ritual acostumbrado en esas ocasiones. Autosacrificio.

Lástima que su detención se produjera tan pronto, esa noche en mi huerto, y que no pudiera completar la iniciación de Juan Zebedeo como era su intención. (Entiendo muy bien que Juan se sienta dolido contigo puesto que eres el único discípulo que recibió la iniciación completa directamente del Maestro.)

Por último, seguro que por la carta de María Marcos habrás adivinado como yo que si el Maestro planeó todos los detalles de la comida, es más que probable que hiciera lo mismo con todos los otros acontecimientos de esa semana. Quizá su insistencia en reunirse en la habitación superior estaba destinada a disimular la importancia que tenían para él algunos objetos concretos, como por ejemplo, el cáliz del que bebió en casa de María y que, por lo que me dijiste, ella te confió a petición del Maestro. Se me ocurre ahora que es como si lo hubiera dispuesto de forma que cada uno de nosotros conservara uno de los objetos que tocó, o que lo tocaron, en las últimas horas que pasó en la tierra, para que lo conserváramos en un lugar especial hasta su regreso. Por ejemplo, las vestiduras que llevaba y que Nicodemo guardó después de lavar el cuerpo. O la punta de lanza que le atravesó el costado y que me instruyó para que retirara del asta de la jabalina de ese centurión romano y la guardara, como he hecho hasta el presente. Creo que esos objetos disponen de algún poder sagrado y quizá sean más antiguos de lo que nos imaginamos.

Otras personas me han confiado unos cuantos objetos, como ya sabes, porque Britania era uno de los pocos lugares que se mantenía independiente de la ocupación o la influencia romanas, es decir, hasta ahora. Por este motivo, Miriam, me da miedo que viajes hasta aquí con el cáliz. Creo que ha llegado el momento de comunicarte cierta información que deberías saber por si me sucediera algo.

¿Te acuerdas de que hace doce años, justo antes de la muerte del Maestro, yo acababa de regresar de viaje? El sanedrín me había encargado una misión especial en Capri, donde conseguí que el emperador Tiberio accediera a mi petición y permitiera el regreso a Roma de los judíos desterrados. Lo que quizá no sepas es que quien me acompañó a Capri y actuó como mi abogado en esa petición no fue otro que el hombre que acaba de invadir Britania: Claudio.

Por otra parte, como nuestro recién acuñado emperador sabe muy bien, esa entrevista con su

tío Tiberio no fue la última que mantuvimos. Lo cierto es que estuve con Tiberio en las islas de Paxos menos de una semana antes de su muerte. Y si Claudio ha averiguado lo que hicimos, puede que tuviera más de un motivo para realizar su reciente expedición a Britania. Ha dejado atrás tres legiones, muy ocupadas en la construcción de carreteras y municipios como preparación a la larga ocupación de Britania que sin duda prevé. Han obligado a trabajar a los nativos para construir un templo en Camulodunum. Puede que el emperador Claudio no haya encontrado lo que buscaba, pero parece que tiene intención de realizar una visita más amplia en el futuro.

Roma: primavera del año 56 d. C.

CONFLAGRATIO

Mientras yo siga vivo, que el fuego consuma la tierra si quiere.

NERÓN

Los largos cabellos rubios caían sobre los hombros del emperador Nerón, rizo a rizo, como una cascada turbulenta, mientras los esclavos le desataban las cintas y se los soltaban. Estaba sentado desnudo delante de un espejo de cuerpo entero y se observaba analíticamente con unos fríos ojos azules.

Sí, era cierto. Empezaba a parecerse a Febo Apolo, como todo el mundo afirmaba. Tenía los rasgos del rostro tan marcados que casi eran preciosos. Se coloreó un poco de rojo los labios para acentuar su aspecto voluptuoso. Eso explicaba su atractivo, casi desde la infancia, para hombres y mujeres por igual.

Después de sacudir los cabellos sueltos, que le llegaban casi hasta la cintura, se levantó para admirar mejor su notable físico en el espejo: esos músculos fuertes y tonificados por varios años de competición en lucha en las Olimpiadas de Grecia, donde había ganado varias medallas de primera clase. Ah, sí, que no se le pasara por alto; se inclinó y anotó: «Conceder la libertad a la provincia de Olimpia.»

Pensar que todavía le faltaban unos años para cumplir los veinte y ya gobernaba el mayor imperio de la historia mundial, y era sin duda el único emperador que tenía la voz de un ángel en el cuerpo de un dios. Todo eso gracias a que su bonita madre, Agripina, había sido lo bastante inteligente para casarse con su tío Claudio, que después murió de forma muy oportuna al comer esas setas que por casualidad *prvn* venenosas. Nerón había deificado a Claudio poco después y como parte del panegírico explicó que era lo correcto ya que, al fin y al cabo, las setas eran el alimento de los dioses. Los criados le acabaron de pasar la toga de seda púrpura por la cabeza, le arreglaron los rizos y terminaron de colocarle la capa salpicada de dorados sobre los hombros, cuando su madre llegó a los aposentos privados. Estaba tan bonita como siempre así que la estrechó entre sus brazos en un fuerte abrazo y le dio un beso en los labios.

—No te crearás lo que he preparado para nosotros esta noche, cariño —anunció Nerón, mientras se separaba para poder observarla mejor.

Luego, le desabrochó el cinturón que mantenía cerrada la toga y retiró la tela para dejarle al

descubierto los pechos.

«Los dorados senos gemelos de una diosa —pensó—. Al fin y al cabo no había cumplido aún los cuarenta, ¿no?»

Los siervos y los esclavos desviaron la mirada con discreción mientras Nerón inclinaba la cabeza rubia hacia los pechos de su madre y los acariciaba con la lengua, como una serpiente, hasta que sus pezones adquirieron turgencia. Dejó que ella lo tocara bajo la toga, como le gustaba. Su madre era la única que sabía cómo excitarlo de verdad. Pero, pasado un momento, le retiró la mano con suavidad.

—Esta noche no, cariño —dijo—. Por lo menos, todavía no. Cenaremos en la torre de Mecenas, tú y yo solos, en la habitación de arriba. He preparado un espectáculo que empezará dentro de un rato, cuando anochezca, y si nos entretenemos nos perderíamos la primera parte.

Nerón estaba embelesado por la belleza de las llamas. Cuando se le ocurrió la idea de librarse de esas destartadas casas de madera desperdigadas por toda Roma que estropeaban la vista de su nuevo palacio, no se había imaginado que el fuego sería de tal belleza. Tenía que acordarse de anotar lo que sentía en el diario. Al pensar en el diario, recordó algo que quería comentar con Agripina.

—Ayer estuve repasando alguno de los inmensos montones de papeles de Claudio y ¿a que no dirías qué encontré, madre? —comentó —¡El viejo carcamal escribía un diario! Te lo juro, con todo tipo de pensamientos libidinosos y muy pocas acciones. Me he pasado toda la noche leyéndolo y he averiguado algo de lo más interesante. Parece ser que antes de su muerte prematura, tu hermano Calígula estaba sobre la pista de un poderoso secreto. No se lo había contado ni a tu hermana Drusila, a pesar de que estaban tan unidos. En cambio se lo comentó a Claudio, por lo que indica el diario. Puesto que tú y Julia estabais desterradas no se podría decir que fuerais confidentes de Calígula, pero se me ocurrió que quizá sabrías algo a través de Claudio.

—En este caso no —afirmó con calma la madre de Nerón, sorbiendo el vino mientras admiraba las siete colinas de la ciudad que permanecían en tinieblas salpicadas por muchas hogueras que iban aumentando de brillo—. Pero ahora que lo mencionas, el marido de Drusila, Lucio, me contó algo cuando regresé a Roma para enterrar a mi hermano. El hermano de Lucio, Cayo, había sido centurión en la provincia romana de Judea bajo el reinado de Tiberio hacía más de veinte años y había presidido la ejecución de uno de esos molestos fanáticos religiosos judíos que en estos últimos tiempos estás lanzando a los leones. Según parece, ya entonces existían agitadores y su cabecilla original era el individuo aquel que Cayo crucificó. Pero lo más interesante del caso es que aquel fanático no murió debido a la crucifixión, sino a resultas de que Cayo le clavó la jabalina, que luego desapareció de forma inexplicable. Se ve que los judíos creían que la jabalina poseía algún poder misterioso de naturaleza religiosa. No saqué mucho en claro del resto, así que me temo que eso es todo lo que puedo contarte.

Agripina dejó la copa de vino y se sentó en el regazo de Nerón, igual que solía hacer con Claudio cuando quería salirse con la suya o arreglárselas para obtener un favor importante. Nerón sospechó de inmediato, pero cuando su madre le frotó las partes íntimas con las manos y le chupó el cuello, notó que se excitaba. Maldición, justo cuando quería prestar más atención no sólo al maravilloso espectáculo que había organizado, sino también y más importante, al tema de conversación que había sido abandonado con tan poca ceremonia por esa treta sexual. Agripina se había abierto la parte delantera del vestido y sus manzanas

doradas se mostraban apetitosas otra vez fuera de su cesta. Las tenía casi en la cara. Inspiró profundamente y se levantó, de modo que lanzó a esa arpía al suelo entre las sedas de su atuendo.

—No me creo que no sepas nada más —soltó Nerón, que se apartó la larga melena rubia por detrás del hombro y observó los petulantes ojos azules de su madre—. Claudio afirma en su diario que Calígula obtuvo esa información no sólo de ese cuñado tuyo, como dices, sino también de Tiberio. Hace una lista de todos los objetos, trece en total, y sostiene que aunque no son tesoros, poseen en cambio algún

tipo de fuerza poderosa. ¡Hace años, Claudio llegó a invadir Britania para intentar hacerse con ellos! Tienes que saber algo, quizá lo que valen incluso.

Se agachó y agarró a Agripina por los brazos para levantarla del suelo. Intentó mantener los ojos fijos en su cara y lejos de las bonitas _ curvas de la piel dorada, medio desnuda, de su cuerpo cálido y sensual que ahora acariciaba la luz procedente del incendio devastador que asolaba las colinas de Roma a través de la ventana. Agripina sonrió con aire felino, luego le rodeó el pulgar con la boca y se lo chupó de forma erótica, como solía hacer cuando era aún un niño. Nerón notó que le fallaban las rodillas, pero se mantuvo firme y retiró el pulgar.

—Necesitaré un barco nuevo para poder ir y venir con facilidad de mi propiedad en Bauli —mencionó Agripina, tras recoger la copa de vino como si no hubiese ocurrido nada desde su último sorbo.

—Hecho —afirmó Nerón, mientras pensaba cómo iba a encontrar de prisa a alguien que supiera cómo construir un barco que se fuera a pique. Esa mujer tenía demasiado poder sobre él, y encima era consciente de ello. Pero si había eliminado a Claudio, ¿por qué no podía hacer lo mismo con Agripina? Y entonces sería libre por fin, con mayor poder que nadie en el mundo. Lo que lo llevó de nuevo al tema.

»Por lo que te dijo Lucio, ¿qué tipo de poder "de naturaleza religiosa" tenía la jabalina, según los judíos? —preguntó a su madre.

—Lucio lo había estudiado bastante —contestó ésta—. Guardaba relación con varios objetos que los judíos se habían llevado de Babilonia o Egipto, y con algunos secretos de sus religiones misteriosas. Creo que tenía algo que ver con el renacimiento, si esos objetos obraban juntos en las manos adecuadas.

—¿De verdad creen eso los judíos? —quiso saber Nerón—. ¿O es sólo lo que pensaba Longino?

—Se ve que tenían que colocarse en el punto correcto —afirmó Agripina—. Un lugar de poder, como las cuevas de Eleusis, o la de Subaico, en las afueras de Roma, frente al sitio donde te construyes el palacio de verano. Y, por supuesto, también tiene que ser en el momento adecuado.

—¿El momento? —comentó Nerón—. ¿Te refieres a la mañana, la tarde o la noche? ¿O a alguna época del año: primavera, otoño?

—No, nada de eso —dijo Agripina—. Lucio afirmó que era un concepto persa o egipcio. —Sonrió y luego añadió mientras le acariciaba el brazo—: Me refiero a la idea de que tiene que hacerse durante el cambio de eón, en la cúspide entre una época celestial y otra.

—Pero entonces —exclamó Nerón, observando las llamas enfurecidas que devoraban en esos momentos la ciudad eterna—, ¿eso significa que tenemos que reunir esos objetos enseguida!

ELTERRENO PERDIDO

Tales momentos, tales ojeadas concretas a grandes panoramas de lo inalcanzable... expresiones del tipo domain perdu o el pays sans nom [describen] mucho más que cierto tipo de paisaje arquetípico o de perspectiva emocional... Primero captamos la paradoja negra que yace en el corazón de la condición humana [cuando nos damos cuenta] de que la satisfacción del deseo

implica también la muerte del deseo.

JOHN FOWLES,
prefacio a *El gran Maullines* de Alain-Fournier

Sólo cuando Wolfgang y yo finalizamos el trayecto de dos horas al aeropuerto en el extremo opuesto de Viena, aparcamos el coche, facturamos las maletas, pasamos por la aduana y nos embarcamos en el vuelo hacia Leningrado, tuve la oportunidad de organizar todas mis notas mentales de lo que sabía del misterio de Pandora.

Me sentía como un participante en un concurso milenario, a la búsqueda de pistas dispersas a lo largo de continentes y eones. Pero lo que había empezado como una desconcertante serie de hechos inconexos se mostraba ahora como un sendero más claro que conectaba

puntos geográficos en el mapa con animales totémicos, los animales con constelaciones del cielo y las constelaciones con dioses, cuyos nombres eran la clave. Así pues, mientras observaba por la ventanilla del avión Leningrado, esa ciudad acuática surcada de canales que ahora se extendía bajo nuestras alas, encontré adecuado que esta tierra en la que estábamos aterrizando tuviera como símbolo, mascota y animal totémico el oso ruso.

Por primera vez caí en la cuenta de que había estado en una gran cantidad de ciudades sin haberlas visto como sus habitantes, ni siquiera como los turistas. Porque dada la condición de Jersey y Laf como intérpretes de primera clase mundial, incluso en la Rusia de los momentos álgidos de la ahora decreciente Guerra Fría, sus viajes habían consistido siempre en una procesión interminable de limusinas con conductor y champán.

También mi padre, en las contadas ocasiones en las que lo había acompañado al extranjero, prefería encerrarse en las fortalezas amuralladas de los hoteles para conseguir el refugio que sólo el dinero puede comprar, como esa semana en San Francisco. Así que, si bien había presenciado las fachadas relucientes tejidas por la historia, el misterio y la magia de muchos puntos del planeta, me había perdido casi toda la suciedad, la monotonía y las incomodidades que ofrecen un retrato mucho más ajustado a la realidad.

Esa noche, Wolfgang y yo esperábamos bajo la lluvia en los peldaños de granito del aeropuerto de Leningrado, junto con más de un centenar de individuos sombríos del tipo bloque oriental para pasar de uno en uno por la aduana, montada en el interior del aeropuerto tras unos paneles de cristal. Entonces empecé a ver por primera vez una imagen totalmente distinta.

Ésa era la Unión Soviética que reflejaban los libros de estadística del Departamento de Estado como los que Wolfgang me había dejado; un país con una población que superaba en un treinta por ciento la estadounidense, que habitaba una superficie de más del doble, pero que subsistía con una cuarta parte de nuestra renta anual per cápita y producía sólo una tercera parte de nuestro producto nacional bruto per cápita, con un índice de natalidad bastante superior y una menor esperanza de vida.

Y Leningrado, la ciudad esplendorosa de Catalina la Grande y Pedro I, que había surgido sobre las aguas como una Venecia del norte, parecía ahora retroceder hacia los pestilentes pantanos de donde había sido arrebatada. Como sucedía con la mayoría de ciudades soviéticas, los habitantes de Leningrado se pasaban la vida haciendo cola y esperando en lo que, a ojos occidentales, era una contagiosa e inexplicable atrofia colectiva.

Habían pasado casi setenta y cinco años desde la revolución rusa y me preguntaba cuánto tiempo podía resistir un pueblo tan hartado de su propia existencia el control sobre las creencias y unos métodos de represión con los que no estaba de acuerdo. Puede que nuestro viaje me respondería en parte esa pregunta.

En el aeropuerto nos recogió para llevarnos al hotel una mujer joven uniformada aunque de aspecto poco oficial que pertenecía al Intourist, un grupo que según se rumoreaba constituía la rama hospitalaria del KGB. De camino, Wolfgang insinuó de forma enigmática que el Gobierno soviético no aprobaría que un par de compañeros de trabajo solteros practicasen en sus instalaciones lo que él y yo habíamos practicado, y casi perfeccionado, la noche anterior en su castillo. Capté el mensaje pero no la idea global hasta que eché un vistazo al lugar.

El «hotel» con aspecto de barracón que nuestros anfitriones, el sector nuclear soviético, nos ofrecía gentilmente durante nuestra estancia, tenía todo el encanto de una penitenciaría federal de EE.UU. Tenía muchas plantas, todas idénticas, y largos pasillos con el suelo de

linóleo gris iluminados por fluorescentes que, a juzgar por los ruiditos y los parpadeos, contenían los mismos tubos que el día que los instalaron.

Tras un repaso rápido a la agenda del día siguiente, me separaron de Wolfgang y una matrona de las tropas de asalto, que imaginé que se llamaría Svetlana, me acompañó a mi propia ala. Al llegar a mi *boudoir de soir*, me aseguró con un acusado acento que pasaría la noche de guardia en el piso de abajo, me enseñó tres veces cómo encerrarme con llave y esperó fuera de la puerta hasta oír que lo hacía.

Fue entonces cuando me di cuenta de que tenía un apetito voraz, ya que no había tomado nada desde los cruasanes con chocolate de la mañana. Rebusqué en el bolso hasta que encontré unos cuantos frutos secos y una botella de agua, engullí lo suficiente para acallar mi estómago hambriento, me desnudé en aquel cuarto húmedo, frío y tan poco agradable, saqué unas cuantas cosas de la maleta y me acosté.

Oí que llamaban bajito a la puerta. Eché un vistazo al reloj de viaje en el escritorio de la habitación fría y poco amueblada. No le había cambiado aún la hora, así que marcaba las diez y media, hora de Viena, lo que sería pasada la medianoche en Leningrado. Wolfgang me había dejado muy claro que la etiqueta soviética prohibía las escapaditas a hurtadillas con ánimo de jugar a un poco. Así que, ¿quién demonios podía ser a esas horas?

Me puse la bata sobre el pijama y me acerqué para abrir la puerta. Svetlana estaba al otro lado, con un aire tímido e incómodo que contrastaba con su anterior imagen de sargento. Lanzó una mirada a ambos lados y me mostró unos labios apretados, en lo que supuse que sería la versión soviética de una sonrisa.

—Pog favog —dijo en voz baja, casi de forma confidencial—. Pog favog, alguiang quiege hablag con vusted.

Gesticulaba hacia un lado con la mano, como si esperara de verdad que saliera al pasillo, abandonara mi poco confortable pero hasta cierto punto segura habitación, y la siguiera en mitad de la noche hacia una cita indeterminada.

—¿Quién es ese alguien? —Me cubrí con la bata hasta la barbilla mientras retrocedía un paso sin soltar el pomo de la puerta.

—Alguiang —insistió en un susurro, mirando nerviosa a su alrededor—. Está muy ugente, tiene que hablag con vusted ahoga, enseguida. Pog favog, venga con mí, está abajo escalegas...

—No voy a moverme de aquí si no me dice quién quiere hablar conmigo —le aseguré mientras sacudía la cabeza enérgicamente para dar mayor énfasis a mis palabras—. ¿Sabe algo de esto el doctor Hauser?

—¡No, no tiene sabeg nada! —soltó, con un tono que sólo podía interpretarse, en cualquier lengua, como de auténtico miedo. ¿Qué demonios pasaba?

Svetlana se hurgó en el bolsillo y sacó una tarjeta de visita que me pasó por delante de las narices un breve instante antes de volverla a esconder. Apenas tuve tiempo de leer las dos palabras que llevaba impresas: Volga Dragonoff.

¡Dios mío, Volga, el ayuda de cámara de tío Laf! ¿Le habría pasado algo a Laf en los pocos días que habían pasado desde que nos vimos en Sun Valley? ¿Qué otra cosa podía estar haciendo Volga aquí para verse conmigo a medianoche en el norte de Rusia? ¿Cómo había entablado tanta amistad con la señora Llaves del Reino, hasta el punto de conseguir que se saltara las normas sólo por él?

Para empeorar las cosas, mi guardaespaldas soviética mostraba una actitud de lo más sospechosa. Sus ojos ansiosos se movían sin descanso y volvió a efectuar el gesto de «pog

favog sigue a mí», con lo que me contagié el nerviosismo. A pesar de todo, decidí que lo mejor sería averiguar qué estaba pasando. Cogí las botas forradas de piel de al lado de la puerta, me las puse, me coloqué el abrigo encima de la bata, salí al pasillo y dejé que Svetlana cerrara «oficialmente» la puerta a mis espaldas. Mi aliento formaba nubéculas a la luz tenue de los fluorescentes mientras la seguía por el pasillo. Me puse los guantes mientras bajábamos los dos tramos de escaleras.

Volga me esperaba en el vestíbulo, envuelto en un abrigo grueso y oscuro. Cuando avancé para saludarlo y fijé la vista en su rostro curtido y sobrio que nunca sonreía, me di cuenta de que en los veinte años y pico que conocía a ese hombre, ayuda de cámara, factótum y compañero inseparable de mi tío, no habríamos intercambiado más de unas veinte palabras, lo que confería mayor extrañeza si cabe a esa inesperada cita. Volga inclinó la cabeza, consultó el reloj y dijo unas palabras en ruso a mi acompañante, quien cruzó el vestíbulo, abrió una puerta, encendió unas cuantas luces y nos dejó solos. Volga sostuvo la puerta para que yo entrara primero y me siguió. Se trataba de un comedor inmenso, lleno de mesas largas dispuestas ya para el desayuno. Volga me acercó una silla, se sentó, se sacó un frasco del bolsillo y me lo ofreció.

—Beba esto. Es *slivovitz* mezclado con agua caliente; así entrará en calor mientras hablamos.

—¿Qué hace aquí en plena noche, Volga? —dije, aceptando el frasco, aunque sólo fuera para calentarme las manos—. No le habrá pasado nada a tío Laf, ¿verdad?

—Cuando no tuvimos noticias tuyas ayer, ni tampoco llegó por la noche a casa del maestro en Viena como estaba previsto, se alarmó —explicó Volga—. Hoy le ha parecido conveniente contactar con su colega en Idaho, el señor Olivier Maxfield, en su oficina. Pero debido a la diferencia Horaria, ocho horas, era demasiado tarde cuando se ha enterado de que ya había salido de Viena en dirección a Leningrado.

—¿Y dónde está tío Laf, entonces? —quise saber. Tenía el estómago revuelto. Desenrosqué el tapón del frasco y tomé un trago del licor, que me hizo entrar en calor.

—El maestro deseaba venir en persona para explicar la urgencia de la situación —me aseguró Volga—, pero no tenía renovado el visado soviético. Como yo soy transilvano y el Gobierno rumano goza de un «pacto amistoso» con la Unión Soviética, he podido venir con un breve margen de aviso. He llegado con el último avión procedente de Viena, pero el procedimiento de entrada ocasiona un mayor retraso. Le pido disculpas, pero es que el maestro insistió en que la viera enseguida, esta misma noche. Le envía esta nota para confirmar mis palabras.

Volga me entregó un sobre. Mientras lo abría y desplegaba la nota, le pregunté:

—¿Cómo ha conseguido que esa sargento me dejara salir de la jaula para encontrarnos a estas horas de la noche?

—Por el miedo —dijo Volga, enigmáticamente—. Conozco a esta gente; entiendo muy bien sus maneras.

No comenté nada y leí la nota de Laf:

Querida Gavroche:

Que no vinieras me sugiere que prescindiste de mi consejo y que quizás ayer cometiste una locura. Sin embargo, te mando mi amor.

Por favor, escucha con mucha atención todo lo que Volga te contará, porque es muy importante. Debería habértelo comentado antes de que te fueras de Sun Valley, pero no quise hacerlo delante de la persona con la que llegaste y, luego, tuviste que partir de repente. Tu colega, el señor Olivier Maxfield, me comenta que también quiere ponerse en contacto

contigo. Me pide que te diga que necesita hablar contigo en privado de otro asunto, y cuanto antes.

Tu tío LAFCADIO

—¿Mencionó Olivier de qué quería hablarme? —pregunté a Volga, con la esperanza de que no le pasara nada a Jason, mi gato.

—Creo que era algún asunto de trabajo —comentó y añadió—: Tengo poco tiempo y mucho que contar. Y no me gustaría que cayera enferma por estar levantada tan tarde con este frío. Por lo tanto, empezaré sin más demora. Pero como las paredes rusas como estas que nos rodean suelen tener oídos, le ruego que no me haga preguntas hasta que haya terminado, y aun entonces, por favor, vaya con cuidado con lo que dice.

Asentí con la cabeza, seguí libando la bebida caliente que me había traído y me envolví más con el abrigo para que Volga empezara lo que a mi entender muy bien podía ser el discurso más largo de su reclusa vida.

—Antes que nada —dijo—, debería saber que al principio yo no trabajaba para el maestro, sino para su abuela, la *daeva*. Me encontró cuando ella ya era una cantante famosa y yo, un chico huérfano a causa de la Primera Guerra Mundial que trabajaba para ganar algo de dinero por las calles de París.

—¿Pandora le acogió cuando usted era pequeño? —exclamé, sorprendida.

Además de Laf y Zoé, parecía una carga excesiva para una mujer joven que, si la edad que le atribuyó Dacian era exacta, debía de contar poco más de veinte años al final de la guerra.

—¿Y cómo llegó ella a París? —añadí—. Tenía entendido que vivía en Viena.

—Para comprender la naturaleza de nuestras relaciones, tengo que explicar algo sobre mí y mi gente —casi se disculpó Volga—. Forma parte de la historia.

De repente se me ocurrió que el pétreo Volga Dragonoff podía saber más, o por lo menos, sentirse más predispuesto a compartir lo que sabía, que el resto de mi reticente y desconfiada familia. Estar con él así a solas de madrugada en un comedor desierto y gélido podía acabar siendo mi mejor oportunidad para echar un vistazo bajo la tapa que lo cubría todo.

—Se ha tenido que tomar muchas molestias para venir, Volga. Estaré encantada de oír todo lo que me quiera contar —afirmé con gran sinceridad mientras me sacaba un guante y me soplaba los dedos para calentarlos.

—Nací en Transilvania, de donde era originario el pueblo de mi madre pero no el de mi padre —empezó Volga—. Mi padre era de una región triangular que abarca desde el monte Ararat, cerca de la frontera entre Turquía e Irán, hasta el Cáucaso georgiano y Armenia. En esta pequeña franja de terreno había florecido lo que hace un siglo era ya una especie de hombres en vías de extinción a la que mi padre pertenecía: los *ashokbi*, «bardos» o «poetas», entrenados para conservar en la memoria toda la historia y genealogía de nuestro pueblo, que se remontaba hasta Gilgamesh el sumerio.

»En la niñez de mi padre intervinieron varios personajes que mas adelante y durante muchos años se cruzarían en el camino de nuestra familia en momentos cruciales, y con la suya también. Cuando todavía era un niño, mi padre empezó sus estudios en Alexandropol bajo la tutela de un reputado *ashokh*, padre de un chico de la misma edad que mi padre. Ese hijo llegaría a ser el famoso esotérico Georges Ivanovitch Gurdjieff. Algunos años después, llegó otro chico de Gori, en Georgia, para quedarse junto con mi padre en la familia Gurdjieff. Se trataba del joven Iósiv Dzhugachvili, que se preparaba para un camino que pronto rechazó: el sacerdocio ortodoxo. Más adelante, Iósiv sería también famoso bajo su nuevo nombre de

"Hombre de acero": Stalin.

—Un momento, Volga —interrumpí, poniendo la mano enguantada en su brazo—. ¿Su padre se crió con Gurdjieff y Stalin?

Para ser sincera, tal como me iba la vida últimamente, que los antepasados de Volga superaran a mi familia en cuanto a originalidad me dejaba atónita.

—Puede que sea difícil de imaginar —dijo Volga—. Pero esa pequeña parte del mundo tenía una poderosa mezcla de, ¿cómo diría?, caldo de cultivo. Mi padre vivió ahí hasta casi los cuarenta años. Luego, durante la revolución de 1905, cruzó el mar Negro hacia Rumania, donde conoció a mi madre y nací yo.

—Pero la revolución rusa no se produjo hasta 1917 —señalé. Incluso yo sabía esa parte de la historia del siglo xx, o como mínimo, eso creía.

—Se refiere a la segunda revolución rusa —rebatí Volga—. La primera, en enero de 1905, se inició como una revuelta agraria y una huelga general que culminó en el Domingo Rojo, cuando el brutal programa zarista de rusificación de todos los pueblos sometidos llevó a una masacre que llevaba tiempo germinando. Mi padre se vio obligado a huir de Rusia. Sin embargo, como *asbokh*, jamás olvidó sus raíces.

»Cuando nací en 1910, en Transilvania, me bautizaron con el nombre de Volga, la denominación eslava para el río más largo de Rusia o de todo el continente europeo. Su nombre más antiguo era *Rba*, como Amón-Ra, el dios egipcio del sol. Pero el nombre tártaro para este río, *Attila*, significa hierro, de donde el azote de los dioses obtuvo su nombre...

—¿Se llama igual que Atila, rey de los hunos? ¿Como en el *Nibe-lungenlied*? —pregunté.

Recordaba esa parte de información de esa misma tarde. Los me-rovingsios-nibelungos habían luchado contra Atila por la misma región que más adelante ambicionaría el oficial de la SS Heinrich Himmler, una conexión que parecía lo bastante importante como para seguirla. Me temblaban los dedos, y no sólo de frío. A pesar del alcance de mi apetito y cansancio, estaba realmente concentrada en la dirección que estaba tomando el relato.

—Correcto —confirmó Volga con una inclinación afirmativa de la cabeza—. Su abuela procedía de esa parte del mundo que, desde tiempos inmemoriales, todos querían poseer. Incluso ahora, esa lucha no ha cesado ni mucho menos. Durante los últimos cientos de años, alemanes, franceses, turcos, así como británicos y rusos han pugnado por las tierras que Gengis Kan, y antes que él mi tocayo Atila, había conquistado siglos atrás: Asia central. Una versión más reciente de esta lucha fue la que acabó con la vida de mi padre y nos unió a mí y a su abuela Pandora en París cuando yo sólo contaba diez años de edad.

—¿Se refiere a la lucha por Asia central? —solté mientras la imagen que empezaba a vislumbrar cobraba coherencia.

Tragué saliva con la garganta seca y decidí correr el riesgo. Aunque Volga no supiera de qué estaba hablando, a estas alturas yo tenía poco que perder.

—¿Sabe cómo se relaciona toda esta historia, geografía, mito y leyenda con mi abuela? —pregunté—. ¿Sabe de qué tratan sus manuscritos?

Volga asintió, pero ya no sonreía. Con sus siguientes palabras, comprendí por qué.

—Yo mismo fui educado desde niño como un *ashokh* —me informó—. Conocía la historia no escrita de nuestro pueblo. Cuando mis padres murieron en la Primera Guerra Mundial, durante la llamada crisis de los Balcanes, el mundo vivía una época de cambios constantes. A mí me acogió un grupo de gitanos que huían de la región; me ganaba la vida como los otros niños gitanos: pedía limosna. Los habitantes prerromanos de Transilvania se llamaban *daci*, o lobos, así que no me sorprendió que el hombre de entre veinte y treinta años que me

adoptó en la tribu respondiera al nombre de Dacian. Era un violinista excelente y más adelante instruyó a un chico joven que recogimos en Salzburgo hacia finales de la guerra, llamado Lafcadio Behn.

Iba a decir algo, pero apreté los labios con firmeza y lo dejé continuar.

—Cuando Dacian empezó a entender para lo que me habían educado y que a pesar de mi juventud tal vez conocía una leyenda antigua que poca gente había oído nunca, dijo que tenía que viajar a Francia para conocer a su «prima» Pandora. Que tenía que contarle todo lo que sabía y que ella decidiría qué debíamos hacer.

—¿Y se lo contó cuando llegó? —dije, casi sin aliento.

—Pues claro que sí —afirmó Volga—. El mundo sería un lugar muy distinto hoy en día, como ya debe de imaginarse, si yo no hubiera conocido a su abuela cuando la conocí o si no hubiéramos aceptado todos ayudarla en su principal misión.

Me sorprendió que el sobrio Volga Dragonoff se inclinara hacia mí y me cogiera con firmeza las manos entre las suyas, igual que había hecho Dacian en Viena. Sus manos, bajo los guantes, eran fuertes y cálidas, y por primera vez desde hacía semanas aquel hombre me aportó una sensación de seguridad y confianza.

—Ahora le diré algo que no sabe nadie, quizá ni siquiera su tío — me contó—. Mi apellido, Dragonoff, no era el nombre de mi padre,

que se llamaba Ararat, como el monte. Su abuela me lo comunicó como una especie de honor o de título. «Igual que el padre del rey Arturo, Uther Pendragon. Significa el que puede dominar y controlar todas las fuerzas del dragón todopoderoso que yace bajo la superficie de la tierra», me dijo.

—¿Por qué afirmó eso de usted? —pregunté con voz ahogada, casi en un susurro.

Volga me miró con sus ojos oscuros, como si pensara en algo remoto y lejano, demasiado borroso para que yo lo distinguiera.

—Porque le revelé lo que ahora le revelaré a usted —dijo por fin, sin que le pesara en absoluto. Enseguida dirigió la mirada hacia la puerta y él añadió—: No debe temer lo que pueda significar para los demás: sólo un iniciado percibe el alcance real de esta revelación.

—Pero yo no soy una iniciada de nada, Volga —le aseguré.

—Se equivoca —comentó con una media sonrisa—. Posee ciertas cualidades que su abuela tuvo en su día. Hace un instante ha encontrado un hilo común en pautas de la historia antigua, la leyenda medieval y la política contemporánea. La habilidad de establecer esas conexiones es una técnica necesaria para un *ashokh*. Pero la facultad innata no basta; también es preciso recibir el entrenamiento adecuado. Veo que los ha recibido hasta un nivel avanzado, aunque tal vez no sea usted consciente de ello. Veamos si no se siente capaz de detectar otro nivel oculto en el relato que voy a contarle.

LA HISTORIA SECRETA

Existió una vez un lobo azulado que había nacido con el destino determinado por el Cielo. Su compañera era un gamo hembra. Llegaron, pasaron por el Tenggis...

En el momento en que [su descendiente] nació, sostenía en su mano derecha un coágulo del tamaño de un nudillo. [Recibió] el nombre de Timuyin [herrero].

The Secret History of the Mongols,

trad. por FRANCIS WOODMAN CLEAVES

En las culturas nómadas como en las de las estepas, se considera que el cielo es un dios. El eje en el que pivota el universo es la estrella polar, en el extremo de la cola de la Osa Menor. Se afirma que el destino de un líder consiste en subyugar y unir las «cuatro esquinas», los cuatro cuadrantes de la humanidad en la tierra, que se corresponden con los cuatro cuartos del cielo nocturno.

La función más importante en el mundo nómada es la del herrero. Existe la creencia de que los dioses le enseñan directamente el oficio de fabricar las herramientas, las armas y los utensilios tan esenciales para esa ardua existencia. En tal sistema de creencias, todos los que nacen para ser líderes nacieron antes herreros; se les considera, como al griego Hefesto, medio magos, medio dioses. El largo gobierno de la dinastía mongola era conocida por los propios mongoles como la monarquía herrera.

En el año 1160, nació un personaje misterioso junto a un manantial de agua dulce cercano al río Onón, en las praderas de los nómadas mongoles. Según afirma la leyenda, sus antepasados eran un lobo azul y una hembra de gamo. Se llamaba Timuyin, que significa herrero, como Atila, que vivió con anterioridad, significaba hierro.

Cuando Timuyin tenía nueve años, su padre le preparó el matrimonio con una chica de una tribu vecina, pero durante el viaje de regreso de su padre, se detuvo a cenar en la estepa con algunos tártaros que lo envenenaron. Debido a su juventud, Timuyin y sus hermanos perdieron contacto con la tribu de su padre, que se marchó y abandonó a los muchachos y a su madre viuda en la miseria. La familia se retiró a la montaña santa de Burqan Qaldun, en el nacimiento del río Onón, donde buscaba alimento. Todos los días Timuyin rezaba a la montaña:

Oh, Tangri eterna, estoy armado para vengar la sangre de mis ancestros... Si apruebas lo que hago, concédeme la ayuda de tu fortaleza.

Y Tangri le habló. Cuando Timuyin se hizo adulto y contrajo matrimonio con su prometida, consiguió unir a las tribus mongolas y reducir a sus enemigos, los tártaros, a una mera colección de huesos que decoraban los campos de batalla que dejaba a sus espaldas. Conquistó una tercera parte de China y la mayoría de la estepa oriental. Los chamanes revelaron a los pueblos mongoles que Timuyin estaba destinado a gobernar un día el mundo, a convertirse en el gran líder que uniría las cuatro esquinas, tal como había sido anunciado desde los albores del tiempo.

Y lo cierto es que a los treinta y seis años, tras muchas batallas victoriosas, Timuyin el herrero fue elegido el primer gran Kan que uniría todas las tribus bajo un *tuq*, o «estandarte». Su título como Kan fue Gengis, de la palabra uigur *tengiz*, que al igual que la tibetana *dalai* significa «mar». Sus seguidores se llamaron a sí mismos *kok mongol*, «los mongoles azules», por su poderoso protector, el dios del cielo Tangri. Se creía que el blanco estandarte mágico que seguían, con sus nueve colas de yac, estaba imbuido de poderes chamánicos y poseía un *sulde*, un alma o genio propios, que conducía a Gengis Kan y a los *kok mongol* hacia la conquista del sedentario mundo civilizado.

Más adelante se afirmó que, desde el momento en que nació, se había dispuesto que bajo Gengis Kan, Oriente y Occidente se entrelazarían como la urdimbre y la trama de un complejo tapiz, anudado de forma tan inextricable que sería inseparable en el futuro. Antes de que hubieran terminado, el imperio mongol se extendía desde los cursos fluviales del centro de Europa hasta el océano Pacífico. Gengis Kan había hecho honor a su título de gobernante de los mares.

Había conquistado las tierras de los hindúes, los budistas y los taoístas, de los musulmanes, los cristianos y los judíos, pero conservó hasta el final su propia fe animista y su culto a ríos y montañas. Descartó los peregrinajes costosos y las luchas religiosas por lugares como La Meca y Jerusalén por considerarlos una estupidez, dado que el dios Tangri existía en todas partes. Declaró ilegales el bautismo y la ablución ritual, porque contaminaban la fuente sagrada de toda vida: el agua. Demolió grandes extensiones de China e Irán, arrasando todo vestigio de civilización anterior, incluida la vida humana y animal, el arte, la arquitectura y los libros. Despreciaba la decadencia de la vida en las ciudades y quemó amplias zonas de terreno cultivado para devolverles la apariencia de esas tierras esteparias, limpias y áridas, en las que tan cómodo se sentía.

Aunque analfabeto, Gengis era consciente del poder de la palabra escrita. Ordenó que redactaran en forma de ley su propio código moral y lo aplicó con tal rigor que se afirmaba que mientras él vivió, una virgen con una fuente de oro en la cabeza podía recorrer toda la ruta de la seda sin sufrir ningún ataque. Mandó codificar la historia y la genealogía de los mongoles en los sagrados libros azules que colocó en cuevas para que los encontraran las generaciones futuras. También analizó y registró con detalle la sabiduría antigua de los chamanes, magos y sacerdotes de todas las tierras que conquistaba, y depositó asimismo el resultado en cuevas.

Se afirma que esos documentos, una vez unidos, proporcionan la clave de secretos remotos de un enorme poder; secretos de una naturaleza tan orgánica que, cuando se desentierren, demolerán las pretensiones de las actuales religiones «organizadas», que han cristalizado a lo largo de los siglos atrapadas en su propio dogma inextricable, en sus rituales y ritos petrificados.

Según se dice, lo que Gengis, el herrero que se convirtió en océano, ocultó en realidad en las cuevas es una tradición que trasciende todas las fes y contiene la esencia de cada una de ellas. Quienes han deseado dominar ese poder han buscado esas grutas y su contenido hasta nuestros días.

Gurdjieff sostenía que había encontrado algunos de esos documentos antes de principios de siglo, cuando viajaba por Xinjiang y Tadzhiquistán, en algún punto del Pamir. También estaba el famoso ocultista y estudioso de la magia negra británico Aleister Crowley, que posteriormente fue expulsado de Alemania e Italia por Hitler y Mussolini, dos hombres que temían la amenaza que esos conocimientos oscuros suponían para sus planes. En primavera de 1901, Crowley era el jefe de la expedición anglo-austriaca que intentó la primera ascensión al Chogori, o K2, en la frontera entre China y Pakistán, un intento fallido para encontrar esas cuevas.

Tras la revolución de octubre, primero Lenin y después Stalin procuraron recuperar esos territorios, que habían obrado en poder de los zares y se habían perdido durante la revolución rusa. Luego, en la década de los veinte, entre la Primera y la Segunda Guerra Mundial, el místico ruso Nikolái Roerish oyó hablar de los documentos mientras viajaba por Mongolia, el Tíbet y Cachemira. También lo informaron de que estaban dispersados por Asia central, Afganistán y el Tíbet, y que cuando salieran a la superficie, las ciudades ocultas de Shangri La, Shambala y Aghartha emergerían. Pero existía otra ciudad escondida que se hundió bajo un lago misterioso cuando los mongoles invadieron Rusia por primera vez: Kítezhe, la ciudad rusa del Grial, que también surgirá de las aguas para dar comienzo a la transición hacia una nueva era...

Volga no podía haber dado más en el clavo al mencionar si yo sería capaz de encontrar un

«nivel oculto» en la historia que me tenía que contar. Debió de observar ahora el efecto de lo que había dicho, porque de repente se interrumpió.

La historia de Kítezhe se narra en la famosa ópera de Rimski-Kórsakov. Jersey tenía el papel protagonista de lady Fevronia, salvadora de la ciudad, la última vez que visitamos Leningrado. Se trata del relato de dos ciudades, la primera destruida por el nieto de Gengis Kan en sus diez años de expoliación y saqueo de las tierras situadas entre el Volga y el Danubio, una conquista seguida por la supresión durante largo tiempo de Rusia, primero bajo las hordas mongolas y, después, bajo el reinado igualmente brutal de los turcos de Timur Lang.

Las esperanzas de la Rusia cristiana se mantuvieron vivas durante trescientos años hasta que Iván el Grande la liberó, a través del mito de la segunda ciudad, Gran Kítezhe. Las plegarias de lady Fevronia, una doncella inocente del bosque, otorgaron a la ciudad la protección de la Virgen María, que la cubrió con un lago a través de cuyas aguas cristalinas puede verse, pero no alcanzarse ni dañarse. De forma idéntica al Grial, a Kítezhe sólo pueden llegar los fieles como Fevronia, que aceptan el concepto de «vida sin tiempo» y que habitarán en la ciudad restaurada cuando emerja elevándose sobre las aguas como una nueva Jerusalén en los albores de una nueva era, como sucede al final de la ópera.

En este caso, sabía que la ciudad perdida no era un simple paisaje mental. En esa misma región, se acababan de descubrir ciudades perdidas de los jazares, que Stalin había sepultado bajo el agua mediante la reconducción de ríos. Eso desencadenó en mi interior una imagen que iba adquiriendo relieve: algo que parecía saltar con cada giro metafísico-metafórico-mítico-místico en esa persecución milenaria de los «objetos sagrados»; algo que tenía que ser la esencia de la verdad oculta de los manuscritos de Pandora.

—Todas esas leyendas, *Kítezhe*, *Edda*, *Nibelungenlied*, las sagas del Grial de Wolfram von Eschenbach y de Chrétien de Troyes, están relacionadas entre sí de algún modo, ¿verdad Volga? —comenté.

Volga asintió despacio, pero siguió observándome, así que proseguí:

—Entonces debe de significar algo que, a pesar de ser un puñado de leyendas, se sitúe en el contexto de muchos datos históricos verificables. Sin olvidar que, al parecer, todo el mundo anda buscando desde hace muchísimo tiempo los objetos, los lugares y los acontecimientos descritos en esos relatos, desde poderosos líderes políticos hasta místicos misteriosos.

Me pareció ver un brillo extraño en las profundidades de los ojos negros de Volga.

—Muy bien, ya lo tengo —anuncié y me levanté de golpe.

Todavía veía mi aliento en el aire, pero no me apetecía otro traguito de *slivovitz* todavía. Anduve arriba y abajo mientras Volga seguía sentado en silencio. Empecé a hablar:

—Nórdico, teutónico, eslavo, celta, semítico, indoeuropeo, ario, grecorromano, drávida, tracio, persa, arameo, ugarítico. Pandora averiguó cómo se relacionaban, ¿verdad? Por ese motivo dividió los manuscritos entre cuatro personas de una misma familia que nunca se hablaban entre sí, de modo que nadie los reuniera y descubriera lo que ella había visto.

Me detuve y fijé la vista en Volga, a sabiendas de que quizás había revelado demasiado de lo que sabía y de lo que no sabía. Al fin y al cabo, ¿no lo había enviado Laf a que me contara cosas, y no a la inversa? Pero cuando lo miré, Volga mostraba una expresión extraña.

—Hay una cosa muy importante en lo que acaba de decir, más importante que el resto —me indicó—. ¿Sabe cuál es?

Como resultaba obvio que yo estaba perdida, prosiguió:

—El número cuatro. Cuatro personas, cuatro esquinas, cuatro cuartos, cuatro grupos de

documentos. El tiempo es fundamental porque se acerca el eón. Y usted no ha visto juntas todas las partes que reunió Pandora.

—Por lo que tengo entendido, nadie las ha visto —señalé.

—Por eso he venido a Rusia esta noche —concluyó Volga con cautela.

El corazón me latía con fuerza y opté por volverme a sentar despacio.

—En Idaho, no estaba preparada para aceptar esta misión que ahora veo en sus ojos. Espero que no sea demasiado tarde. Existe una persona que ha tenido acceso a todos los documentos durante muchos años, o como mínimo a las personas que los poseían. Aunque, como ha comentado usted, esas cuatro personas (Lafcadio, Augustus, Earnest y Zoé) no estaban en contacto entre sí, en cambio estaban en contacto con ella.

Lo miré sin dar crédito a mis oídos. Sólo podía estar hablando de una persona. Pero, entonces, gracias a Dios, recordé un detalle que hacía que la sugerencia fuera imposible.

—Es verdad que Jersey estuvo casada con mi padre, Augustus, y que después lo estuvo con tío Earnest —admití—. Y también que vivimos temporadas con tío Laf durante el período que medió entre ambos matrimonios, cuando yo era una niña. Pero Jersey no tuvo nada que ver con la horrenda tía Zoé, en París. Por lo que yo sé, ni siquiera se conocen.

Si las paredes rusas tenían oídos, sería preciso contar con un «iniciado» para traducir la respuesta de Volga.

—Siento tener que ser yo quien se lo diga, pero es bastante urgente que lo sepa —sentenció Volga con firmeza—. Su madre, Jersey, es hija de Zoé Behn.

URDIMBRE Y TRAMA

[Cuando las moiras tejen el destino], la longitud de la vida de un hombre... está representada por... lo vertical, es decir, los hilos de la urdimbre. ¿[Pero], qué hay de la trama, esos hilos que están... anudados alrededor de los hilos individuales de la urdimbre? Sería natural ver en ellos las distintas fases de la fortuna que le corresponden mientras vive, y la última de las cuales es la muerte.

Las viejas diosas noruegas, las nornas, hilan el destino de los hombres cuando nacen... Los eslavos tenían también [tales] diosas... y por lo visto, también los antiguos hindús y los gitanos... Las nornas no sólo hilan y ribetean, sino que también tejen. Su tela cuelga sobre la cabeza de todos los hombres.

RICHARD BROXTON ONIANS,

The Origins of European Thought

El budismo es a la vez una filosofía y una práctica. La filosofía budista es rica y profunda. La práctica budista se denomina tantra. Tantra es una palabra sánscrita que significa «tejer».
... Los pensadores más profundos de la civilización india descubrieron que las palabras y los

conceptos sólo los llevarían hasta ahí. A partir de ese punto debía aplicarse una práctica, cuya experiencia era inefable.

... Tantra no significa el final del pensamiento racional. Significa la integración del pensamiento... en mayores espectros de consciencia.

GARY ZUKAV,

La danza de los maestros del wu li

Resultó que la revelación de Volga Dragonoff fue la primera de todas las sorpresas familiares recientes que no me provocó ninguna sensación terrible. De hecho, había algunos aspectos de esta nueva imagen, basada en lo que ahora sabía de mi familia por parte de madre, que tenían visos de ser ciertos. Esperaba que incluso me ayudarían a colocar en su lugar unas cuantas piezas del rompecabezas.

Cuando yo tenía dos años, mi madre abandonó a mi padre y me llevó con ella. En los siguientes veinte años y pico, Augustus dividió su tiempo entre su propiedad en Pensilvania y las elegantes oficinas de Nueva York que eran la sede del imperio familiar: el legado de Hieronymus Behn. Jersey volvió a su esplendorosa vida de actuaciones a través de las capitales europeas. Yo seguí su estela turbulenta durante los siguientes seis años, hasta su posterior matrimonio con tío Ear-nest. Apenas vi a Augustus después de la separación. El nunca había sido demasiado propenso a comentar temas familiares, así que la única información que poseía sobre el matrimonio de mis padres o de la vida anterior de mi madre me había llegado a través de los ojos color azul frío de Jersey.

Jersey nació en 1930, en el período de entreguerras, hija de madre francesa y padre irlandés, en la isla de su nombre en el canal de la Mancha. Las islas Anglonormandas, frente a la costa de Normandía, fueron indefendibles para los británicos desde el momento en que Francia se rindió a los alemanes en 1940. Los habitantes fueron evacuados a medida que lo solicitaban pero muchos pusieron reparos, en especial los residentes en Jersey, donde más de un ochenta por ciento de la población decidió quedarse. Como era de esperar fueron objeto de deportaciones o de expolios cuando Alemania ocupó y fortificó las islas para crear la «mano de hierro del muro occidental». Los que se negaron a ser evacuados no fueron liberados por los británicos hasta casi el final de la guerra. Pero para entonces, mi madre no figuraba entre ellos.

Al principio de la invasión francesa, según decía la historia, la madre de Jersey acudió en ayuda de su familia y quedó atrapada en el interior de Francia. El padre de Jersey, un piloto

irlandés que protegió el cielo inglés durante la batalla de Inglaterra, fue abatido por la Luftwaffe poco después. Jersey, que en aquella época contaba diez años, se convirtió de hecho en huérfana y fue evacuada a la fuerza por los británicos hacia Londres. Luego, durante el bombardeo alemán en Gran Bretaña, en el que llovió fuego alemán sobre la población civil, para garantizar su seguridad la enviaron con otros niños ingleses (los llamados «fardos de Gran Bretaña») a familias de Estados Unidos hasta que la guerra hubiera terminado. Para entonces, la madre de Jersey, que era miembro de la Resistencia, fue declarada «desaparecida en acción» en Francia.

La historia repetida a lo largo de todos esos años siempre terminaba con una Jersey llorosa que evitaba cualquier comentario recordándonos la valentía de sus malogrados padres y el dolor que le causaba recordar esos tiempos difíciles y penosos. Para apoyar esa imagen había gran cantidad de pruebas circunstanciales, incluidos anuncios, carteles de teatro y críticas con detalles de las primerísimas apariciones públicas de Jersey en América. A los diez años fue adoptada por una familia de Nueva Inglaterra. Cuando Jersey tenía unos doce años, edad en que se descubren muchos prodigios musicales, sus nuevos padres se percataron de que poseía una increíble voz para el canto. En verano de 1945, cuando la guerra llegaba a su fin, Jersey mintió sobre su edad (quince años) para presentarse a la selección del papel protagonista de Margot en *La canción del desierto*, un musical de Sigmund Romberg que había estado de gira por provincias desde los inicios de la historia y que necesitaba conseguir savia nueva. El difícil papel era ideal para una joven soprano como Jersey.

En la noche de estreno en un lugar recóndito, nuestra Cenicienta fue descubierta por un cazatalentos proverbial de Nueva York, que supo captar la profundidad y el registro de esos tonos frescos, como campanillas, que más adelante permitirían distinguir la voz de Jersey entre docenas de otras jóvenes sopranos. El agente firmó con Jersey y aseguró a todos que terminaría los estudios secundarios a pesar de la carrera brillante que él le pronosticaba. Le consiguió un profesor de canto de gran prestigio profesional y el resto, como suele decirse, ya es historia.

Lo que necesitaba descubrir ahora era la historia secreta, como Volga Dragonoff la definiría: la historia desconocida, si existía, que se ocultaba tras la trayectoria pública de mi madre. Pero con toda honestidad, si se tomaba dato por dato, no había demasiados detalles de la vida bien documentada de Jersey que contradijeran la afirmación de Volga: que la sensacional bailarina y mujer de vida alegre Zoé Behn era la madre de Jersey.

Por ejemplo, un cálculo rápido me indicó que si Laf había nacido a principios de siglo y Zoé tenía seis años cuando él cumplió doce, entonces, cuando mi madre nació en la isla de Jersey en 1930, Zoé habría tenido veinticuatro, la edad perfecta para escaparse a una isla con un atractivo piloto irlandés y concebir un hijo. ¿Y no me había contado Wolfgang que Zoé era miembro de la Resistencia francesa? También resultaba verosímil que Zoé, que había vivido la mayor parte de su extravagante y bien documentada vida en Francia, pudiera tener una hija de diez años en la relativa seguridad de las islas Anglonormandas, si temía por otra persona cuya integridad podía estar amenazada debido a la ocupación alemana. Pero sólo para empezar mi larga lista de preguntas, ¿quién era ese alguien? Por otra parte, aunque miles de familias habían quedado separadas por la guerra y a muchas les resultó imposible localizar a los familiares perdidos durante varias décadas, hacía casi cincuenta años desde que ocurrieron los acontecimientos descritos. Era muy sospechoso, por no decir inimaginable, que en todo ese tiempo ni Jersey ni Zoé supieran que la otra llevaba una vida de éxitos en Viena y en París respectivamente.

A eso se le tenía que añadir el hecho significativo de que mi madre había estado casada con dos hombres llamados Behn y que había vivido asimismo con un tercero, tío Laf. Por poco que Jersey afirmara saber, o supiera de hecho, sobre sus raíces, ¿cómo se le podía haber escapado el detalle de que tres de los hombres con los que había vivido eran los hermanos de su madre y, por lo tanto, sus propios tíos? Y si Volga y Laf sabían tanto de los asuntos familiares, ¿era ése también el caso de los dos maridos de Jersey, tío Earnest y mi padre Augustus?

Sin embargo, no saqué mucho más de Volga acerca de estas cuestiones. O bien no disponía de más información, o no estaba dispuesto a contármelo.

—Tendrá que preguntárselo a su madre —repetía cuando insistí sobre el tema—. Es ella quien debe decirle lo que quiera. Quizá tenía motivos para no hablar hasta ahora.

Cuando mi paciencia y mi resistencia estaban casi agotadas, mi guardiana Svetlana regresó, gesticulando frenéticamente, desesperada por volverme a encerrar en mi habitación antes de que alguien nos pillara en el comedor. Antes de despedirnos, le di las gracias a Volga por lo que me había revelado. Escribí una breve nota a tío Laf para asegurarle que intentaría avisarlo cuando regresara a Viena. Añadía como explicación que lo apretado de mi agenda y la distancia entre la OIEA y Melk me habían impedido mantener mi promesa anterior.

De vuelta en mi habitación, no pude dormir, y no sólo debido al estómago vacío, el frío que reinaba en la habitación o el agotamiento mental. Antes al contrario, ese insomnio era consecuencia de un cerebro hiperactivo. Tenía muchas cosas importantes en las que pensar sobre esa estructura de errores, omisiones, mitos y mentiras que componían mi vida. Al llegar el amanecer, sin duda volverían a ponerme en acción las importunidades de la vida que llamarían de nuevo a mi puerta. Pero no estaría a punto para atender ninguna novedad hasta que hubiera reagrupado y averiguado dónde me encontraba en ese instante. Desde el momento en que Volga mencionó a mi madre como posible contendiente en liza, se me ocurrió que, al igual que sucedía con Hermione, Jersey no era sólo un nombre sino también un lugar; un lugar, si la memoria no me fallaba, con bastantes piedras celtas erigidas como para habilitarlo como punto clave en el misterioso entramado del poder. Y me había servido para darme cuenta de que todo ese tiempo podía haber estado mirando en la dirección equivocada: hacia abajo en lugar de hacia arriba. Los constructores antiguos que diseñaron las pirámides de Egipto o el templo de Salomón no necesitaban mapas ni compases para emplazar sus estructuras. A lo largo de un período de miles de años usaron el mismo instrumental tanto para navegar por los desiertos como por los océanos. Constituía también lo único que necesitaban para señalar puntos precisos de la tierra: la bóveda celeste con sus estrellas pintadas en la noche. Así que de nuevo, historia, misterio y mitología me conducían hacia un punto clave, a la vez que me indicaban la dirección adecuada. Hacia las estrellas.

Pero antes de acostarme, rebusqué una botella de agua mineral para lavarme los dientes y observé en el fondo del bolso la Biblia que había tomado para ir a Sun Valley. Al verla recordé una conversación que había mantenido con Sam bajo las estrellas una noche antes de marcharme a la universidad. Aunque no podía saberlo entonces, fue la última vez que vi a Sam hasta el fin de semana anterior, en la cima de otra montaña de Idaho. Saqué la Biblia del bolso, la dejé sobre el borde agrietado de porcelana del lavabo y hojeé las páginas hasta que encontré el libro de Job. Oía la voz de Sam en mi interior...

—¿Recuerdas la historia de Job? —me preguntó mientras contemplábamos juntos el cielo nocturno.

Parecía un comentario extraño para alguien que no leía la Biblia. Todo lo que yo sabía era

que Yahvé le había hecho un flaco favor a Job al dar a Satán carta blanca para torturar al «siervo de Dios» como le complaciera; parecía bastante cruel, y eso fue lo que le dije a Sam.

—Sin embargo, a pesar de la prueba que soportó, curiosamente al final Job sólo tuvo una confrontación real con Dios —afirmó Sam—. Le hizo una pregunta famosa: «¿Dónde se encuentra la sabiduría y dónde está el discernimiento?» ¿Recuerdas lo que responde Dios a la sencilla petición de discernimiento que le hace Job?

Cuando dije que no con la cabeza, Sam me cogió la mano con la suya, levantó la otra y trazó un círculo con ella para incluir todo el firmamento, la disposición centelleante de estrellas que había permanecido tan remota e inmutable durante millones de años.

—Ésa fue la respuesta que recibió Job —me contó Sam—. Dios llega en medio de una tormenta terrible y página tras página enumera todos sus logros. Lo ha creado todo, desde el granizo a los caballos, pasando por los huevos de avestruz, por no mencionar el propio universo. Job no consigue decir nada ante tal grandilocuencia, ni creo que lo desee en ese momento, después del trance por el que acaba de pasar. El comportamiento de Dios en esa ocasión parece incomprensible y los filósofos lo han estudiado durante miles de años. Pero yo diría que he encontrado una pista interesante...

Sam me miró bajo la luz de las estrellas con sus ojos gris pálido y citó:

—«¿Dónde estabas tú cuando yo fundaba la tierra?... ¿Quién fijó sus dimensiones o quién ha tendido sobre ella una cuerda?... ¿Dictas tú las leyes de los cielos o estableces su influjo sobre la tierra?»

Cuando no hice comentario alguno, añadió:

—Es una respuesta bastante concreta para una pregunta bastante concreta, ¿no crees?

—Pero lo que Job preguntaba era dónde se encontraba la sabiduría —indiqué—. ¿Cómo responde a eso vanagloriarse de la creación del mundo?

—Eso es lo que ha confundido a los sabios y filósofos de todos los eones: ¿Qué quería decir Dios? —concedió Sam con una sonrisa—. Pero como dijo mi poeta filósofo favorito, «al final los filósofos se van siempre por la misma puerta por donde entraron». Por otra parte, para los que saben leer un mapa de carreteras, sugiero que lo que Dios contesta es una respuesta. Piénsalo. Es como si Dios dijera que las coordenadas dibujadas en el firmamento sirven de guía hacia la sabiduría terrenal: «Así en la tierra como en el cielo.» ¿Lo entiendes?

Quizá no lo entendiera entonces, pero ahora me parecía que sí. Si el emplazamiento de unos lugares santos respecto a los otros seguía la pauta de las constelaciones, era incluso posible visualizar cómo a lo largo del tiempo el mapa celestial se había ido convirtiendo en el mapa de la tierra que, a su vez, conectaría la geografía con el significado arquetípico de las constelaciones celestiales: tótems, altares y dioses.

Y también comprendí algo más: sólo me quedaban tres horas de sueño antes de averiguar qué relación guardaba todo eso con la Unión Soviética, la energía nuclear y Asia central. Pero por primera vez empezaba a notar que la urdimbre y la trama estaban unidas para formar un diseño.

Wolfgang me llamó por el teléfono interior a tiempo para que los dos mantuviéramos una breve conversación antes de nuestra reunión de las nueve con los científicos nucleares soviéticos. Lo encontré solo en un rincón del comedor donde unas horas antes me había entrevistado con Volga, sentado en el extremo de una de las mesas largas, de espaldas a la pared. Crucé por las filas de hombres de negocios rusos, vestidos con trajes negros que no les sentaban demasiado bien y agrupados para tomar bols de cereales calientes y beber café en silencio. Cuando Wolfgang me vio, dejó la servilleta en la mesa y se levantó para que me

sentara a su lado. Me sirvió un poco de café caliente pero, al hablarme, su tono era sorprendentemente frío.

—No creo que entiendas del todo nuestra posición en Rusia —dijo—. No es habitual que inviten a occidentales para comentar un tema tan delicado y ya te expliqué que vigilarían nuestro comportamiento. ¿En qué pensabas para tener una cita secreta por la noche en el hotel? ¿Quién era?

—Fui la primera en sorprenderme cuando apareció. Ya llevaba puesto el pijama —le aseguré—. Era el ayuda de cámara de tío Laf, Volga. Mi tío estaba preocupado porque ni siquiera lo telefoneé cuando estuve en Viena. Debería haberlo llamado.

—¿Su ayuda de cámara? —soltó Wolfgang, incrédulo—. Pero me dijeron que estuvisteis horas juntos, ¡hasta casi el amanecer! ¿Se puede saber qué te dijo para estar tanto rato?

No estaba segura de lo que quería que Wolfgang supiera de la charla de la noche anterior y no me gustó su tono. ¿No era bastante que me hubiera pasado una semana durmiendo poco y me quedara ayer sin cenar para que luego me encontrara con un tercer grado a la hora del desayuno? Así que cuando una mujer bigotuda trajo a la mesa una sopera y una cestita con pan, me serví un cucharón de copos de avena calientes, me puse un trozo de tostada en la boca y no respondí. Con el estómago lleno, me sentí algo mejor.

—Lo siento, Wolfgang, pero ya sabes lo que opina de ti tío Lafcadio —expliqué—. Estaba muy preocupado al saber que tú y yo estábamos juntos y solos en Viena. Cuando no tuvo noticias mías, llamó incluso a la oficina, en Idaho, para intentar averiguar lo que había sido de mí.

—¿Llamó a tu oficina? —me interrumpió Wolfgang—. ¿Pero con quién habló?

—Con mi casero, Olivier Maxfield. Se conocen —dije—. Había algunas cosas que Laf quería comentarme. Lo intentó primero en Sun Valley y después en Viena, sin éxito. Por eso envió a Volga a verme.

—¿Qué tipo de cosas? —preguntó Wolfgang despacio, mientras sorbía el café.

—Asuntos de familia —comenté—. Muy personales.

Observé el bol de cereales, ya casi helados. La noche anterior había aprendido que nunca se sabe cuándo recibiría la siguiente comida, así que me tomé otro bocado. Lo hice bajar con un poco de ese café amargo. No sabía muy bien cómo decir lo que quería, de modo que lo solté tal cual:

—Wolfgang, cuando vayamos a Viena, en lugar de volar directamente de vuelta a Idaho, quiero desviarme, sólo un día. —Guardé silencio y me miró—. Quiero que me conciertes una cita para conocer a tía Zoé en París.

Después del desayuno nos recogieron delante de la encantadora penitenciaría que ahora llamábamos hogar, en una furgoneta que recordaba un tanque con ventanas. Llevaba un conductor y una nueva «acompañante» femenina del Intourist que se aseguraría de que íbamos donde se suponía. Para refrescarme la memoria, saqué el archivo de la OIEA y comprobé la agenda y el mapa adjunto.

La primera reunión de la mañana era a una hora de Leningrado, en dirección al Báltico: la central nuclear de Sosnovy Bor, cerca del palacio veraniego de Catalina la Grande, donde visitaríamos lo que en América llamaríamos un reactor comercial, de los que producen electricidad para el consumo público.

Por el camino, se me ocurrió que era la primera vez desde San Francisco que me libraba de la llovizna, la niebla, el hielo y la nieve, y podía ver con libertad el paisaje que me rodeaba. A lo largo del río se veía el Ermitage, una sombra brillante de color verde guisante que se

reflejaba invertido en el Nevá, como la ciudad legendaria de Kítezhe mencionada por Volga, sumergida en las profundidades hasta el último día, en que volverá a emerger por encima de las aguas. Unas nubes esponjosas flotaban a través del cielo turquesa. La arquitectura esquelética de los árboles que bordeaban la carretera, con las ramas cubiertas con diamantes de la lluvia de la noche anterior, eran signo del invierno, pero la tierra estaba húmeda y desprendía una rica fragancia de vida que entraba por las ventanillas medio abiertas de la furgoneta.

Esa mañana, de buenas a primeras, mientras un grupo de ingenieros y físicos impecables con nombres como Yuri y Boris nos guiaba por la inmensa central de Sosnovy Bor, descubrí con gran interés el motivo exacto que había impulsado a la Unión Soviética a invitarnos. Ese mes de abril, durante una visita a Londres, Mijaíl Gorbachov, quizás entusiasmado por el espíritu de la *glasnost* y la *perestroika*, había sorprendido a todo el mundo al anunciar la decisión de la Unión Soviética de interrumpir de forma unilateral la producción de uranio muy enriquecido que se usa en las cabezas nucleares y de cerrar algunos reactores soviéticos de producción de plutonio. Esa tarde, durante mi primera inmersión en el principal gabinete estratégico soviético, el Instituto de Física Nuclear de Leningrado, la historia empezó a adquirir una escala importante. En otra de esas inacabables reuniones informativas que tanto les gustan a los científicos nucleares de todo el mundo, el director del instituto, un tal Yevgeni Molotov, un hombre atractivo si bien algo chupado de cara que guardaba un parecido inquietante con Bela Lugosi, nos informó de los detalles.

Empezaba con la misma lucha a la que Volga Dragonoff había aludido la noche anterior, una contienda librada durante los últimos dos milenios y que seguía viva hoy en día. La parte del mundo implicada, una vez más Asia central, había perdido parte de su misterio en el proceso. Los británicos, junto con los rusos y otros, habían emprendido ese tira y afloja durante los pasados quinientos años y lo habían bautizado con un nombre. Lo llamaban el Gran Juego.

EL GRAN JUEGO

A lo largo de la historia del saber humano, han existido dos concepciones relativas a la ley del desarrollo del universo: la concepción metafísica [idealista] y la dialéctica [materialista], que constituyen dos puntos de vista opuestos del mundo. [En el materialismo dialéctico], la causa fundamental del desarrollo no es externa sino interna, que radica en la contradicción de la cosa en sí.

MAO

ZEDONG

Oriente es Oriente y Occidente es Occidente, y no se llegarán a encontrar.

RUDYARD KIPLING

Oriente nos ayudara a conquistar Occidente.

VLADÍMIR ILICH ULIANOV (Lenin)

Iván III de Rusia, descendiente de Alejandro Nevski, conmocionó por primera vez en más de doscientos años la situación al negarse a pagar el tributo de la Horda de Oro en 1480. Poco antes de que Iván se liberara del yugo mongol, Constantinopla había cambiado también de dueños al caer en manos turcas. Iván se casó con Zoé, la única sobrina del último emperador cristiano de Bizancio. Cuando Constantinopla obró en poder de los turcos, se atribuyó a sí mismo la corona espiritual de cabeza de la Iglesia oriental y de defensor de la fe.

Esa astuta boda política entre la Iglesia y el Estado tuvo lugar en lo que sería un importante momento histórico para Europa occidental: el año 1492, cuando Colón zarpó hacia tierras desconocidas y los Reyes Católicos expulsaron a los moros y los judíos de España, lo que acabó con setecientos años de fusión de las culturas meridional y oriental, y volvió el rostro de Europa hacia el oeste. Eso señaló el principio del fin del sistema feudal y encendió la llama del nacionalismo, que conllevó una oleada de expansión colonial.

Una isla del norte fue algo lenta a la hora de lanzarse a este juego de acaparar tierras. La reina Isabel I no fundó oficialmente la Compañía Inglesa de las Indias Orientales hasta el 31 de diciembre de 1600. La creó para competir con los holandeses, quienes ya lo hacían con los españoles y los portugueses y habían conseguido acaparar el monopolio casi absoluto del comercio de especias con Malaysia y las islas de las Especias. Al cabo de cincuenta años, las compañías comerciales colegiadas de las Indias habían aparecido también en Dinamarca, Francia, Suecia y Escocia. La «joya de la corona» de Inglaterra era la India, con su gran cantidad de tesoros, unos recursos naturales que parecían inagotables y los puertos de aguas cálidas. Pero entonces los rusos ya se habían percatado también de esas ventajas.

Hasta las muchas reformas de Pedro el Grande en el siglo XVIII, los pueblos rusos tenían un aspecto más asiático que europeo, con sus vestimentas largas, los cabellos y las barbas sin cortar, las mujeres recluidas y los exóticos ritos religiosos. Aun así, con su temor paranoico a quedar rodeados de nuevo como durante los «siglos perdidos» de dominación mongola, esos feudos antes en retroceso lograron expandir sus fronteras al impresionante ritmo de treinta mil kilómetros cuadrados al año. Dos siglos después de la muerte de Pedro, en 1725, habían absorbido casi toda la gran variedad de culturas en una franja de varios miles de kilómetros a la redonda, de modo que habían avanzado por el este a través de Siberia hasta llegar al mar de Bering, y también por el oeste, donde se habían apoderado de todo o de las partes manejables de Lituania, Polonia, Finlandia, Letonia, Estonia, Livonia, Carelia y Laponia.

Una Gran Bretaña atemorizada extendió su influencia hacia el norte y el este, hacia Punjab y Cachemira, y se anexionó Birmania, Nepal, Bhután, Sikkim y Baluchistán, y realizó incursiones importantes en Afganistán y el Tíbet. Ocupó Egipto y Chipre, y la Compañía Inglesa de las Indias Orientales fue disuelta. Victoria, coronada emperatriz de la India, disponía de un imperio donde nunca se ponía el sol.

Como contrapartida, al principio de la Primera Guerra Mundial, Rusia se expandió hacia el sur y el oeste y tomó posesión de Ucrania, el Cáucaso, Crimea y el Turkeistán occidental, la actual Asia central, hasta llegar a la frontera entre la India y Persia. Entonces, dos imperios que habían estado separados por miles de kilómetros contaban con fronteras que, en algunos lugares, se encontraban a unos pocos kilómetros de distancia.

La Revolución Rusa no puso fin al expansionismo de ese país. Cuando Lenin hizo un llamamiento a las masas del mundo para que se levantaran contra los colonialismos

opresores, dirigía su atención a la India en concreto, y animaba a los colonizados a deshacerse del yugo (británico) de la esclavitud imperial. Pero, como pronto quedó demostrado, los mismos bolcheviques no tenían demasiadas intenciones de ofrecer la autonomía a las posesiones coloniales que Rusia había adquirido a lo largo de cuatro siglos de imperialismo. Las regiones que intentaron separarse durante las posteriores guerras civiles y las insurrecciones campesinas fueron puestas en cintura con rapidez.

En 1922, cuando se creó la Unión Soviética, estaba formada por las repúblicas de Bielorrusia (Rusia Blanca), Transcaucasia (Georgia, Armenia y Azerbaijón), Ucrania y la República Socialista Federativa Soviética de Rusia, que incluía más o menos el resto. Sólo más tarde, cuando la anterior Turkestán, básicamente islámica, solicitó convertirse en una república separada e independiente, se trazaron fronteras artificiales que la dividieron no en uno, sino en cinco estados basados en «nacionalidades étnicas». Esa decisión fue tomada en 1924, el año en que Lenin murió y Iósif Stalin lo sucedió para mantenerse durante los siguientes treinta años como la mano dura del Partido Comunista.

A partir de 1939, la URSS «pacificó y absorbió» todo o parte de Polonia, Checoslovaquia, Rumania, los estados bálticos de Letonia, Estonia y Lituania y porciones de Alemania y Japón.

Casi no necesitaba que Yevgeni Molotov, del Instituto de Física Nuclear de Leningrado, me pusiera al corriente del resto. Tras la Segunda Guerra Mundial, el nombre del juego había cambiado pero los jugadores seguían siendo los mismos: ahora se llamaba Guerra Fría. El nuevo juguete que todos los jugadores clave poseían era un «artefacto» nuclear. La estrategia diplomática tomaba como modelo el «juego del gallina», en que dos coches corren uno en dirección al otro con el acelerador a fondo. El conductor que se desvía primero para evitar el choque es el perdedor, el gallina. Y Estados Unidos había acelerado mucho más que nadie. La única diferencia que percibía entre la versión automovilística de este juego y la de la Guerra Fría era que, en la primera, había una posibilidad remota de que alguien ganara.

En la semana de reuniones que teníamos programadas, Wolfgang y yo cruzamos una amplia parte del centro de Rusia, donde visitamos instalaciones y nos reunimos con grupos y personas que trabajaban en diversos ámbitos del campo nuclear. Descubrí que la máxima preocupación del Gobierno soviético no consistía en la seguridad operacional de las centrales nucleares sino en algo que me encontraba en una posición excepcional para tratar: la seguridad de los materiales nucleares, en especial de los reciclados a partir de combustibles y armamento. La mayoría de ellos, en el caso de la Unión Soviética, se situaba fuera de la república federal rusa. Ahí es donde yo encajaba.

Durante casi cinco años, Olivier y yo habíamos elaborado una base de datos diseñada para localizar, clasificar y controlar los residuos transuránicos, tóxicos y peligrosos, producidos por divisiones del Gobierno de EE. UU. y otras industrias relacionadas. El proyecto incluía a muchos grupos de todo el país y del mundo, y todos compartíamos nuestra pericia en una versión yanqui de *glasnost* y *perestroika*. Estábamos en contacto informático con la OIEA y con las bases de datos desde Monterrey a Massachusetts que controlaban el comercio de materiales, equipo y tecnología nucleares. Pero nuestros esfuerzos empezaban tan sólo a explorar la superficie de una herida muy profunda.

Pronto averigüé que el secretismo y desconfianza de la Guerra Fría, ahora en período de retroceso, había dejado unas cicatrices difíciles de eliminar, sobre todo en la Madre Tierra. Las historias terribles se multiplicaban: durante años el lema del ámbito nuclear había sido: «Que la mano izquierda no sepa lo que hace la derecha.» El ejército enterraba los residuos

en zonas después edificadas; los residuos líquidos de los reactores se inyectaban en los acuíferos, ríos y demás. Pero por lo que vi, nuestros antecesores industriales y militares occidentales parecían hermanitas de la caridad en comparación con sus homólogos rusos de los pasados cuarenta años.

Mientras nosotros llevábamos tiempo discutiendo sobre cómo localizar y desenterrar residuos, por no mencionar qué debíamos hacer con ellos una vez encontrados, en la semana en que viajamos por Rusia me enteré de que los soviéticos disponían de bombarderos Satán ICBM y Bear H, así como millares de cabezas nucleares estratégicas. Contaban con numerosas instalaciones de almacenaje para las unidades de combustible gastadas; plantas de difusión gaseosa y de separación isotópica por láser para el enriquecimiento de uranio; minas a cielo abierto y fango de lavado, y filtraciones *in situ* de depósitos de uranio a gran profundidad. Al parecer se practicaba el vertido de tritio y de circonio al Ártico y al Pacífico desde hacía décadas.

La industria nuclear soviética proporcionaba empleo a unas novecientas mil personas y por lo menos diez ciudades se dedicaban en exclusiva a esta actividad. Existían más de ciento cincuenta centros donde se usaban o producían materiales fisibles, y el proyecto de doblar el número de reactores comerciales en los próximos veinte años. Y eso era sólo el principio.

El problema que suponía el mayor pincho bajo la silla de montar, como diría Olivier, era Asia central, la zona llamada *Ortya Asya* en las lenguas turcas de la región, que comprendía las cinco repúblicas, principalmente islámicas, de Kazajstán, Kirguizistán, Uzbekistán, Tadjikistán y Turkmenistán. Cuando Karl Marx afirmó que la religión era el opio del pueblo, olvidó lo profundo que circulaba esa droga por las venas de la humanidad y que la retórica nunca había servido de antídoto. Los diez años de guerra de agresión rusa contra su vecino islámico Afganistán, el «Vietnam ruso», sólo sirvió para exacerbar ese antiquísimo cisma entre el espíritu y la materia.

Para avivar aún más el fuego del fundamentalismo, el nombre ruso para esa misma región, *Sredniya Aziya*, se refería a sólo cuatro de las repúblicas y excluía Kazajstán que, con su elevado porcentaje de población de origen étnico ruso, se consideraba parte de Rusia. Los centros de pruebas nucleares de la Unión Soviética se encontraban en Kazajstán, fronteriza con Xinjiang, el antiguo Turkestan chino, con su propia población islámica, donde desde 1964 se habían desarrollado las pruebas nucleares chinas en pleno desierto, en Lob Nor. Toda la zona era un auténtico polvorín.

Las operaciones rusas fuera de la URSS tampoco tenían mejor aspecto. Existían arsenales de armas, minas y centros de producción de combustible en Checoslovaquia y Polonia. Desde la década de los setenta, la Unión Soviética había proporcionado combustible nuclear a países como Egipto, India, Argentina, Vietnam, así como uranio muy enriquecido a los reactores de investigación de Libia, Iraq y Corea del Norte. Aun así, no había un solo control aduanero en toda la Unión Soviética que se encargara de medir de forma regular el nivel de radiación de los barcos.

Teniendo en cuenta todo esto, no se requería una imaginación demasiado fértil para adivinar por qué los rusos andaban sobre ascuas. Era obvio que la pericia de Occidente les llegaba como agua de mayo.

Y cuando se trataba de reforzar diques que hacían agua, mi filosofía había sido siempre mejor tarde que nunca.

La mítica Pandora había abierto su caja legendaria hacía tanto tiempo, que la moraleja de su relato parecía haberse perdido. Puede que vertiera al mundo todos los males que un Zeus

vengativo había soñado. Pero como Sam había dicho, quizás interpretábamos mal los mapas. Al fin y al cabo, hubo algo que se quedó en la caja sin salir jamás de ella: la esperanza. Si se miraban las cosas desde una perspectiva distinta, quizá la esperanza seguía aguardándonos dentro de la caja. Yo al menos confiaba en ello.

Acordamos con nuestros colegas soviéticos de la industria nuclear que participaríamos en el nuevo espíritu de compartir los problemas. Y es que con la reciente atmósfera de apertura y cooperación, en los últimos tiempos los científicos soviéticos obtenían permiso para cruzar el telón de acero, a diferencia de lo que ocurría en el pasado. Antes de que Wolfgang y yo abandonáramos el país, fijamos fechas para contactos de seguimiento y yo reuní incluso un puñado de esos objetos elitistas que me habían puesto en la mano toda la semana: tarjetas comerciales.

El aeropuerto de Viena estaba casi desierto a la hora en que nuestro avión llegó. Ya habíamos alcanzado el enlace por los pelos y nos daba miedo perder el vuelo. Pero el último avión hacia París se había demorado para efectuar unas reparaciones de poca importancia y el pasaje no había embarcado aún, así que facturamos las maletas. Mientras Wolfgang esperaba con los demás el autobús que nos llevaría a la pista, fui a llamar a Laf como había prometido. Wolfgang me recomendó que no tardara mucho rato, porque podíamos salir en cualquier momento.

Esperaba que no fuera demasiado tarde para llamar, pero no me esperaba la que me iba a caer. Cuando el criado que me contestó encontró a Laf y le pasó la comunicación, oí:

—Por todos los santos, Gavroche, ¿dónde estás? ¿Dónde te habías metido? —estalló Laf, nervioso—. Te hemos estado buscando toda la semana. La nota que enviaste con Volga, ¿qué hacías en la abadía de Melk? ¿Por qué no me llamaste mientras estabas en Viena, o en Leningrado? ¿Dónde estás ahora?

—Estoy aquí, en el aeropuerto de Viena —le informé—. Pero mi vuelo a París saldrá en cualquier momento.

—¿París? Estoy muy preocupado por ti, Gavroche —comentó Laf y, de repente, me pareció sincero—. ¿Por qué vas a París? ¿Sólo por lo que te dijo Volga? ¿Has hablado antes con tu madre de esto?

—Jersey no creyó oportuno mencionarme nada de este asunto a lo largo de los últimos veinticinco años —señalé—. Pero si tú lo consideras importante, por supuesto que se lo comunicaré.

—Tienes que ponerte en contacto con ella antes de hablar con nadie en París —insistió Laf—. En caso contrario, ¿cómo sabrás qué debes creer?

—Puesto que ya no creo a nadie ni nada de lo que oigo —solté con sarcasmo—, ¿qué más da si me engaña a mí misma en Idaho, Viena, Leningrado o París?

—Muchísima diferencia. —Por primera vez noté a Laf enfadado de verdad—. Sólo intento cuidar de ti, Gavroche, y tu madre también. Tenía excelentes motivos para no confiarte antes estas cuestiones; lo hizo para protegerte. Pero ahora que Earnest y tu primo Sam están muertos... —Laf se interrumpió como si acabara de recordar algo. Luego, prosiguió—: ¿Con quién estuviste en Melk, Gavroche? ¿Fue con Wolfgang Hauser? —preguntó—. ¿Viste por casualidad a alguien más mientras estuviste aquí en Viena? ¿Alguien que no fuera tus colegas del trabajo, me refiero?

No estaba segura de lo que le quería contar a Laf, y mucho menos desde una cabina. Pero estaba tan harta de todo ese secretismo y conspiración, incluso en mi propia familia, sobre todo en mi propia familia, que decidí acabar con todo.

—Wolfgang y yo pasamos la mañana en Melk con un individuo llamado padre Virgilio —conté.

La línea quedó impregnada de silencio, de modo que añadí:

—La tarde anterior almorcé con un atractivo diablo que afirmaba ser mi abuelo...

—Ya está bien, Gavroche —me espetó Laf desde el otro lado de la línea en un tono que apenas reconocí como suyo—. Conozco a ese tal Virgilio Santorini; es un hombre muy peligroso, como supongo que tú misma descubrirás con el tiempo. En cuanto al otro, ese «abuelo» tuyo, sólo espero que acudiera a ti como amigo. No me cuentes más, no podemos comentarlo ahora, porque has tomado tantas decisiones equivocadas e insensatas desde que nos despedimos en Idaho que no sé qué hacer. Aunque hasta ahora no has cumplido nada de lo prometido, júrame otra cosa: que llamarás a tu madre antes de ver a la persona que tienes previsto visitar en París. Es de vital importancia, al margen de cualquier otra decisión insensata que quieras tomar.

No sabía muy bien qué decir. Admito que estaba apesadumbrada; no había oído nunca a Laf tan disgustado. Pero entonces sonó la primera llamada de nuestro vuelo en alemán.

—Lo siento, Laf —susurré bajo el ruido de fondo de los altavoces—. Llamaré a Jersey en cuanto baje del avión en París, te lo juro.

El teléfono se quedó en silencio mientras seguía el barullo de los altavoces que repetían la llamada del avión primero en francés y después en inglés. Wolfgang asomó la cabeza por las puertas de cristal de la sala de espera y empezó a gesticular frenéticamente en mi dirección, pero en ese momento oí otra voz al teléfono. Era Bambi.

—Fräulein Behn —dijo—. Tu *Onkel* está tan triste por tu conversación que se ha olvidado de pasarte unos mensajes que tenía preparados. Uno es un correo electrónico que nos enviaron desde la oficina de Wolfgang. El otro es de tu colega Herr Maxfield. Ha llamado muchas veces esta semana; afirma que no te pusiste en contacto con él como pidió. Tiene un mensaje muy importante que darte. Envió un telegrama.

—Date prisa —rogué—, el avión está a punto de despegar.

—Te los leeré: son muy cortos —me informó—. El primero es de un lugar llamado Four Corners en América y dice: «Fase de investigación completada. Ten mucho cuidado con el archivo K. Datos sospechosos.»

Sabía que lo único que había en Four Corners, un lugar remoto en el desierto del suroeste, eran las ruinas de las poblaciones anasazi. El mensaje de Sam me informaba de que, según lo que había averiguado en sus investigaciones en Utah, no me fiara de los «datos» procedentes de Wolfgang «K» Hauser. Eso tenía bastante mala pinta. Pero el telegrama de Olivier era peor. Decía:

El Tanque tomó el siguiente vuelo al tuyo en dirección a Viena; sigue ahí. Quizá tú perdiste más que yo en nuestra lotería. Jason está muy bien y te manda recuerdos. Mi jefe Theron también. Recuerdos, Olivier.

Eso era impactante: la única buena noticia era que mi gato estaba bien. En cambio no era nada bueno que mi jefe, el Tanque, me hubiera seguido hasta Viena. Eso suscitaba el espectro de algo que, durante toda la semana pasada en Rusia, me había dado vueltas por la cabeza. La advertencia de Sam no hacía más que confirmarlo.

Wolfgang decía la verdad al admitir que yo había visto al padre Virgilio antes de conocerlo en la abadía de Melk. Como me señaló, había sido el día antes, en el restaurante donde el padre se disfrazó de ayudante de camarero para controlarme toda la tarde mientras conversaba con Dacian Bassarides. Ver a Virgilio desempeñar esas funciones podía explicar que, más adelante, me resultara vagamente conocido, pero no hasta tal punto. Luego me acordé de las respuestas evasivas de Wolfgang a mis preguntas sobre ese empleado misterioso llamado Hans Claus, cuyo nombre no dejaba de cambiar. Así descubrí la mentira.

Qué aliviado debió de sentirse cuando me pareció reconocer al padre Virgilio de espaldas esa noche en el viñedo. Pero en ese momento caí en la cuenta de que la persona que había visto alejarse de mí a la luz de la luna no era Virgilio sino alguien a quien había seguido muchas veces por los pasillos del complejo nuclear en Idaho, un personaje delgado que se movía con el paso dinámico de un boxeador entrenado y veterano de Vietnam. Sabía, sin el menor rastro de duda, que el hombre con el que Wolfgang había hablado de forma tan clandestina en el viñedo de Krems no era otro que mi propio jefe, Pastor Owen Dart.

Y eso me sugirió un montón de ideas sobre el posible significado de esa conexión. Para empezar, no podía pasar por alto que era Dart quien me había contratado cuando yo era una novata recién salida de la universidad, sin experiencia alguna, y me había asignado a esta misión con Wolfgang a mi regreso del entierro de Sam. Visto en perspectiva, con todos los demás datos, parecía más que oportuno.

También había sido Dart quien supuestamente había hablado con el *Washington Post* sobre mi «herencia», y quien había tenido la idea de enviar a Olivier de prisa a la oficina de correos a buscar mi paquete. Pastor Dart también había enviado a Wolfgang a perseguirme a través de dos estados hasta Jackson Hole y quien se había enfrentado a la seguridad federal para asegurarse de que me subiría a ese avión con Wolfgang. ¿Qué otra cosa podía significar, si el Tanque en persona había tomado el siguiente avión hacia Viena? Además, su encuentro secreto con Wolfgang, después de que hubiéramos ocultado los manuscritos, unido al mensaje de Olivier que indicaba que el Tanque seguía aquí en Viena, parecía tener implicaciones evidentes, aunque bien poco podía hacer al respecto yo sola esa noche.

Cuando embarcamos en el avión hacia París, algo frío y fuerte se estaba formando en mi interior. Traté de tragarme la amargura que sentía por la profundidad de la traición de Wolfgang hasta que pudiera llegar al fondo de ese lodazal de mentiras. Pero había algo más importante que no me atrevía a pensar, aunque sabía que debía hacerlo. Tenía un miedo terrible de averiguar lo que significaba el resto del mensaje de Olivier, la parte del final, porque podía ser lo más peligroso de todo.

Porque el hombre que había muerto en San Francisco en lugar de mi primo Sam se llamaba Theron, como el «jefe» de Olivier. Su nombre era Theron Vane.

FUEGO Y HIELO

DISCÍPULO: *Tenemos muchas leyendas sobre la Gran Piedra, Lama... Desde los remotos tiempos drúidicos, muchas naciones recuerdan esas leyendas de verdad sobre las energías naturales ocultas en ese extraño visitante a nuestro planeta.*

LAMA: *Lapis exilis... la piedra mencionada entre los viejos Meistersingers. El este y el oeste se entrelazan en muchos principios. Nosotros no necesitamos ir a los desiertos para oír cosas de la Piedra... Todo está indicado en el Ka-lacakra, pero sólo unos cuantos lo han comprendido.*

Las enseñanzas del Ka-lacakra, el uso de la energía primaria, ha recibido el nombre de Enseñanza del Fuego. El pueblo hindú sabe que el gran Agni, una enseñanza ancestral, será la nueva enseñanza para la nueva era. Tenemos que pensar en el futuro.

NICHOLAS ROERICH,
Shambala

Algunos dicen que el mundo acabará por el fuego,

otros dicen que será por el hielo.

Por lo que he probado del deseo

me inclino por los que creen en el fuego.

Pero si tuviera que morir dos veces,

Conozco bastante el odio

para afirmar que ser destruido por el hielo

es también adecuado

y sería suficiente.

ROBERT FROST,
Fire and Ice

Todavía no era medianoche cuando llegamos, pero el aeropuerto Charles de Gaulle estaba casi desierto. Los cambistas habían cerrado los puestos y se habían ido a casa, y las escaleras mecánicas estaban paradas para la noche dentro de sus tubos de cristal transparente. Por fortuna, no habíamos quedado con Zoé hasta el día siguiente por la mañana.

Pero que aquí fuera medianoche quería decir que en el elegante ático de Jersey en Nueva York era antes de las seis de la tarde, bastante pronto en el horario del cóctel para que fuera capaz de concentrarse si la llamaba de inmediato. Se me ocurrió también que sería mejor telefonar desde una cabina en el aeropuerto que intentar hacerlo desde el hotel que Wolfgang hubiera reservado. Una semana atrás mi pensamiento principal había sido cuándo y dónde podríamos pasar otra larga y apasionada noche delante de la chimenea del castillo, pero ahora traté de borrar todo eso de mi mente.

Averigüé cómo usar la tarjeta telefónica en la cabina. Wolfgang esperaba el equipaje en las cintas de recogida internacional de al lado, donde lo veía a través de la pared de cristal. Tras unos cuantos timbrazos, Jersey descolgó. Su voz sonaba tan clara como si estuviera a sólo unos metros de distancia y sonaba sobria, lo que no era nada habitual.

—*Bon soir* desde París, madre —la saludé con educación pero no demasiado afectuosa—. Laf insistió en que te llamara en cuanto llegara de Viena. Estoy en una cabina en medio de Charles de Gaulle, es algo más tarde de la medianoche y no estoy sola. Pero ya te habrás imaginado lo que me ha traído aquí, un pequeño asunto familiar que por lo visto olvidaste mencionarme a lo largo de estos veinticinco años. ¿Te gustaría ahorrarnos tiempo y esfuerzo y contarme lo que consideres necesario?

Jersey guardó silencio tanto rato que llegué a pensar que se le habría caído el auricular.

—¿Madre?—pregunté por fin.

—Ariel, cariño, no sabes cuánto lo siento —respondió en un tono de auténtica contrición, aunque por supuesto, no se me olvidaba que las divas son también actrices—. Verás, esperaba que si te mantenía al margen, quizá podrías disfrutar de una vida normal a pesar de todo.

Se rió y luego añadió con cierta amargura:

—Sea lo que sea eso.

—No quiero que me expliques los motivos de todo lo que has hecho o dejado de hacer todos estos años. Eso puede esperar —le aseguré.

«A mucho después —pensé—. De hecho, si tenía suerte podía llegar a ahorrarme el placer de oír esa confesión.»

Así que sugerí:

—Lo que me gustaría son algunos hechos desnudos sin más. Un breve resumen, una pista aquí y allá de lo que pasa en tu familia, en nuestra familia. ¿Te parece que es pedir demasiado?

—No sé por qué esperaba que nunca llegaría este día —soltó Jersey, casi irritada—. Pero no me había imaginado que mi propia hija me tendería una emboscada a larga distancia antes de haber tenido tiempo de tomarme una bebida preparatoria. ¿Esperas que me disculpe por toda una vida en tres minutos?

—De acuerdo, tómate el tiempo que necesites —acepté—. Laf quería que hablara contigo antes, lo que nos deja toda la noche, porque no veré a mi queridísima abuelita hasta por la mañana.

—Muy bien. ¿Qué tipo de «hechos desnudos sin más» tienes en mente? —me preguntó con frialdad.

—Por ejemplo, por qué tu madre fue a Francia y te abandonó durante la guerra y por qué te casaste o viviste con no sólo uno, sino sus tres hermanos...

—Para eso necesito un trago —interrumpió Jersey con brusquedad y me dejó colgada de la línea a cinco mil kilómetros de distancia, pagando yo.

Cuando volvió un momento después, se oía el tintineo de los cubitos en el vaso como diminutos signos de puntuación mientras hablaba. Quizá fuera el alcohol, pero su voz adquirió un tono férreo, como si acabara de colocarse una armadura.

—¿Qué te han contado exactamente? —me preguntó Jersey.

—Demasiado para mi gusto, te lo aseguro —dije—. No hace falta que vayas con miramientos a estas alturas.

—Así ya sabes lo de Augustus —sugirió.

—¿Augustus? —me extrañé.

Aunque parecía evidente que debía de referirse a que el padre de Augustus era Dacian Bassarides, ¿no era yo quién debía hacer las preguntas? Tampoco estaba segura de que tuviera que soltar todo lo que sabía a una mujer, por muy madre mía que fuera, que me había mantenido en la ignorancia sobre sus ascendientes durante tanto tiempo. Al siguiente comentario inesperado de Jersey me alegré de haber tenido por una vez el sentido común de morderme la lengua.

—Me refiero a si Lafcadio te ha explicado por qué dejé a tu padre —prosiguió Jersey, todavía capaz de articular las palabras con cuidado a pesar de la bebida.

Bueno, pues aunque no tenía ni idea de hacia dónde se dirigía la cosa, en cambio estaba segura de una cuestión: fuera lo que fuese lo que se me venía encima, era fundamental que no metiera la pata.

—¿Por qué no me das tu versión? —sugerí. Era lo único que se me ocurrió para no responder ni sí ni no.

—Está claro que no lo sabes —adivinó Jersey—. Y para serte sincera, si lo tengo que decidir yo, no sé qué hacer. Sería mucho mejor no contarte nada. Pero si tenemos en cuenta que acabas de decir que has estado en Viena y ahora te encuentras en París, mantener más tiempo el secreto podría colocarte en un grave peligro...

—¡Ya estoy en grave peligro, madre! —estallé indignada. ¡Dios mío, me habría lanzado a su cuello!

Wolfgang me echó un vistazo con una ceja levantada a través de la pared de cristal de la cabina. Me encogí de hombros como si no pasara nada e intenté sonreír.

—Me doy cuenta de que tienes todo el derecho del mundo a saberlo —comentó Jersey.

Sin embargo volvió a sumirse en el silencio como si ordenara los pensamientos. Lo único que oía era el tintineo de los cubitos de hielo a miles de kilómetros. Había pensado que ya estaba preparada para lo que me echaran. Pero cuando por fin habló, como me pasaba siempre con la familia, deseé que no lo hubiera hecho.

—Ariel, tengo una hermana... —empezó y, al ver que yo no decía nada, prosiguió—: Sería más correcto decir que tenía una hermana. No estábamos nada unidas, no la había visto en años y ahora está muerta. Pero debido a una infidelidad imperdonable de tu padre, todos esos años...

Al llegar a este punto, se le ahogaron las palabras, ¡y no era de extrañar!

—Tú también tienes una hermana, de casi tu misma edad —finalizó.

No me lo podía creer. ¿Por qué nadie me lo había dicho? Todas esas generaciones de mentiras y engaños que emergían por la garganta operística de mi diva madre me ponían enferma, aunque la culpa no era sólo suya, desde luego. Augustus había encubierto también a la perfección el asunto.

Habría hecho bien en colgar y simular que se había cortado la línea. Pero presentía que ése era sólo el gancho de izquierda y que ahora se me acercaba con rapidez el directo a la mandíbula. Contuve la respiración y esperé. Sabía que la madre en cuestión, la «*partenaire*» en la infidelidad de mi padre, no podía haber sido su actual esposa, Grace. Habría sido demasiado joven hacía unos veintipocos años, cuando Jersey dejó a mi padre. Pero Jersey seguía hablando.

—Sé que tu padre y yo te lo tendríamos que haber contado hace tiempo...

Se detuvo como si tuviera que tragarse una gran cantidad de la bebida antes de proseguir. Miré en dirección a Wolfgang, cerca de la cinta transportadora, y di gracias a Dios de que el sistema de recogida de equipajes francés fuera uno de los más lentos de Europa, lo que me daría tiempo para llegar al fondo del asunto, aunque no sabía muy bien si quería hacerlo.

—Me preguntaste por qué mi madre me abandonó —explicó Jersey—. No fue exactamente así. Zoé fue a Francia a buscar a mi hermana Halle, a quien su padre había llevado a París. Eran tiempos de guerra y...

—¿Su padre? —la interrumpí—. ¿El padre de tu hermana no era el tuyo, el piloto irlandés? No entiendo por qué me sorprendía tanto, dada la reputación de Zoé.

—Mi madre estuvo casada con otro hombre, o tal vez debería decir que tuvo un hijo con él, mi hermana. Como nuestros padres estaban en bandos opuestos durante la guerra, resulta comprensible que Halle y yo creciéramos separadas; llevamos vidas separadas. Pero cuando me dijiste que habías estado en Viena, pensé que tu tío Lafcadio te la habría presentado...

—¿A quién? —pregunté.

Noté un nudo en la boca del estómago. ¿Los padres de ambas hijas estaban en bandos opuestos durante la guerra? Pero si la hermana de Jersey estaba muerta, ¿qué mujer podría haberme presentado Laf en Viena? Entonces, Jersey me lanzó el directo que había estado esperando.

—Nunca perdonaré a tu padre Augustus, ni a mi hermana, por su traición —sentenció—. Pero la niña que tuvieron juntos, tu hermana, se ha convertido en una chica preciosa y de un talento excepcional. Durante los últimos diez años, Lafcadio ha sido su protector y una especie de Svengali. Por eso suponía que la habrías conocido: viajan juntos a todas partes.

Me puse el teléfono contra el pecho y empecé a respirar con dificultad al tiempo que deseaba que se me derrumbara el aeropuerto encima o algo por el estilo. No me podía creer lo que estaba pasando. Despacio, me volví a llevar el aparato al oído, justo a tiempo de oír cómo

Jersey decía:

—El nombre de tu hermana es Bettina von Hauser.

Laf había dicho: «Espero que os llevéis como hermanas», cuando Bettina Brunhilde «Bambi» von Hauser y yo nos conocimos, ¿no? Después, esa misma noche, cuando vino a mi habitación en el hotel, Bambi habló del «peligroso interés» de su hermano Wolfgang por mí, aunque si no recordaba mal dijo que nos podía poner en peligro a todos. ¡Dios mío! ¿Significaba eso que Wolfgang era también mi hermano?

Por fortuna, no. La madre de Wolfgang, Halle, se casó con un austríaco que murió poco después de que Wolfgang naciera, pero felizmente antes de que ella intimara con mi padre, Augustus. Pero eso no simplificaba la complejidad de la familia.

Cuando por fin colgué el teléfono, unos veinte minutos más tarde, sabía muchas más cosas sobre asuntos familiares. A mi muy trillada frase «en mi familia las relaciones son bastante complicadas» se le podría añadir con toda tranquilidad la coletilla «y no lo sabía ella bien». Pero esta vez, cuando el caldo hervía, gracias a aplicarle un poco de calor a Jersey, flotaba algo más que aire caliente en la superficie.

Según Jersey, su madre Zoé Behn, la menor de los hijos y única chica de Hieronymus y Hermione, se marchó con Pandora y, a los quince años, se había convertido en una excelente bailarina. Al igual que Isadora Duncan, una generación mayor que ella, que fue su amiga, tutora y protectora, Zoé creó pronto su estilo personal de actuación. Cuando se produjo la trágica muerte de Isadora en 1927, Zoé sólo contaba veinte años y ya era una estrella del Folies Bergère, la Opera Comique y muchos otros locales. Fue el año en que conoció a Hillmann von Hauser.

Hillmann von Hauser rondaba los cuarenta y era rico, poderoso, caballero de la Orden Teutónica, miembro de varios grupos nacionalistas alemanes clandestinos como la *Thulegesellschaft* y la *Armanenschaft* y ya en 1927 proporcionaba un importante apoyo financiero al Partido Nacionalsocialista de Adolf Hitler. Era rubio como Zoé, atractivo, corpulento y llevaba diez años casado con una mujer que pertenecía a una familia tan noble y respetada como la suya propia en Alemania; un matrimonio que tendría más adelante un hijo.

La joven Zoé era una exhibicionista casquivana. Durante cinco años había bailado desnuda en escena ante el público, como se narraba en su autobiografía, el escandaloso espectáculo de unos años veinte ya de por sí desenfundados. Por lo visto, Zoé se mostró muy satisfecha al demostrar de forma empírica que la esterilidad del matrimonio de Ritter von Hauser no se debía al marido. Zoé dio a luz a la hermana mayor de mi madre, Halle von Hauser, en 1928.

En la década que siguió a la Primera Guerra Mundial, Hillmann von Hauser y los de su clase fueron objeto de algunas de las expoliaciones que sufrieron la mayoría de alemanes. Pero un grupo que capeó muy bien la tormenta del período de entreguerras estaba formado por vanos industriales y productores de armas como los Krupp, los Thyssen y, por supuesto, el propio Ritter von Hauser. La hija de Zoé, Halle, fue adoptada en Alemania por su padre y su esposa legítima, y enviada a estudiar a las escuelas más elitistas de Francia. Por lo que Jersey sabía, su madre Zoé partió pronto hacia la isla de Jersey donde conoció y se casó impulsivamente con un joven ganadero de ovejas dedicado a la producción de lana irlandesa, y ambos permanecieron ahí con su hija Jersey hasta que, cuando estalló la Segunda Guerra Mundial, él se convirtió en un piloto heroico y Zoé regresó a Francia.

A pesar de que esta época «pastoral» del pasado de Zoé no cuadraba demasiado bien con su leyenda, alimentada por ella misma, sí que coincidía con algo de cariz histórico que me dio

escalofríos. Recordaba lo que sucedió en 1940, la misma semana que Jersey me comentó que Zoé había partido de forma inesperada hacia Francia: era la semana de la ocupación alemana. No sólo Ritter von Hauser estaba en París, como Jersey afirmó, con su hija de doce años Halle, sino que también estaba presente un conocido de Zoé.

Me acordaba también de la tarde que pasé con Laf en la piscina caliente en Sun Valley, cuando me contó que Zoé no había sido nunca «la reina de la noche como le gustaba describirse», que todo había sido un programa de propaganda diseñado por «el vendedor más inteligente de nuestro siglo», el compatriota austriaco de Zoé, Adolf Hitler, que había acudido a París esa misma semana para que le sacaran una foto delante de la torre Eiffel sonriendo como un turista, como el conquistador largo tiempo esperado de los descendientes de esos francos salios borgoñones del *Nibelungenlied*.

Tanto si la abuela Zoé resultaba ser una mujer de vida alegre o una simple bailarina, si había trabajado para la OSS o la Resistencia francesa durante la guerra como aseguraba Wolfgang, o si como aseguraba Laf había sido una colaboradora nazi, al día siguiente yo tendría oportunidad de valorar en persona a la Zoé Behn de carne y hueso por primera vez.

Dado el entorno de secretismo, por no decir traición, en que operaba mi familia, quizá Wolfgang no supiera que nuestras dos madres, Jersey y Halle, eran hermanastras. También era posible que ignorara que la rubia explosiva de ochenta y tres años que había encontrado tan encantadora era en realidad su abuela. Al fin y al cabo, yo no lo había descubierto hasta esa misma noche.

Pero una de las cosas que Jersey me explicó ponía de manifiesto que Wolfgang había mentido al menos en una cuestión. Estaba relacionado con la semana del entierro de Sam. Y confería mayor fuerza a los malos augurios del último mensaje de mi primo.

Antes del funeral, al igual que Augustus y Grace, Jersey había hablado con el albacea sobre la lectura del testamento; pero a diferencia de mi padre y su mujer, Jersey tenía buenos motivos para hacerlo. Conocía al señor Leo Abrahams, que había sido el abogado y albacea testamentario de tío Earnest cuando Jersey enviudó de él. Teniendo en cuenta que Sam había fallecido también, era comprensible que Jersey quisiera saber cómo iba a recibir en el futuro los pagos del patrimonio que su hijastro había administrado durante los últimos siete años. Pero eso no era todo.

Cuando Jersey descubrió que probablemente yo iba a ser la principal beneficiaria de Sam, quiso averiguar si yo comprendía lo que esa responsabilidad conllevaba, por una razón excelente. Tenía algo más que sospechas bien fundadas de lo que Sam había heredado de su padre. Tal vez mi madre no estaba tan borracha como parecía ese día en el cementerio. Visto en perspectiva, su sorprendente comportamiento nos había concedido un respiro de la compañía de Augustus y Grace y nos permitió comer a solas. Pero cuando Jersey se percató de que yo no sabía nada de nada, decidió que en cuanto el resto de la familia se fuera de la ciudad, me cogería por banda y me pondría al corriente de todo.

Jersey había llevado algo suyo al entierro y aunque no podía contarme mucho ahora, lo poco que me comunicó fue suficiente. Tenía la intención de dármele después de nuestra charla, pero desapareció. De modo que tras pensárselo mucho, preparó un paquete envuelto en papel marrón y me lo mandó por correo con una nota en el interior del papel. Por desgracia, tiré el envoltorio sin verlo. Pero la breve descripción de Jersey, lo más precisa que podía permitirse en nuestra conferencia transatlántica, bastó para convencerme de que se trataba del manuscrito rúnico que yo había escondido en los manuales de la Normativa del Departamento de Defensa en el complejo nuclear, justo antes de recibir esos manuscritos

más mortíferos de Sam, que ahora se ocultaban en la Biblioteca Nacional de Austria, en Viena. De modo que el documento de Jersey era el manuscrito rúnico que Wolfgang afirmaba haber recibido de manos de Zoé y haberme enviado él mismo, un manuscrito que después Laf me había asegurado que ni Wolfgang ni Zoé podían haber poseído.

Mi madre y yo acordamos que, por prudencia, comentaríamos el resto a mi regreso. Cuando colgué el teléfono, Wolfgang esperaba fuera de la cabina con las maletas y nos dirigimos juntos hacia la parada de taxis del aeropuerto. Mientras nos adentrábamos en la noche aterciopelada parisiense, me di cuenta de que, como Laf me había advertido repetidamente, podía estar metiéndome en la jaula del león sin el látigo.

De hecho, como ahora consideraba con tristeza, era muy posible que Wolfgang no hubiera visto jamás el manuscrito rúnico hasta esa noche que pasó en mi habitación en Idaho, tras el alud, mientras yo estaba sedada y fuera de combate. Y si eso era cierto, comprendí con un escalofrío terrible lo que significaría: que el hombre que viajaba a mi lado en el taxi, en una autopista francesa en plena noche, me había engañado en todo lo que me había dicho o hecho desde el mismo momento en que nos conocimos.

El coche se detuvo en una callejuela de la orilla izquierda, delante del Reáais Christine; Wolfgang bajó, pagó al conductor y tocó el timbre en la entrada.

—Nuestro avión llegó bastante tarde —explicó Wolfgang al recepcionista en un francés impecable—. Todavía no hemos cenado. ¿Podría darnos la llave de la habitación y guardarnos el equipaje mientras vamos a tomar algo?

El hombre aceptó, Wolfgang le ofreció una buena propina por la llave de la habitación y bajamos una manzana hasta donde había aún luces encendidas en un restaurante elegante y acogedor con numerosas mesas llenas de lo que parecían ser personas que cenaban después de una velada en el teatro.

Nos trajeron las *coq miles* con un surtido exquisito de marisco sazonado con especias mediterráneas. Una buena comida y un vino con cuerpo tenían alguna característica especial que siempre lograba relajarme y apaciguarme, y reducir mi instinto de supervivencia cuando más agudizado lo necesitaba.

—Menuda conversación tan larga con Estados Unidos —comentó Wolfgang al llegar después la ensalada verde—. ¿Hablas muy a menudo con tu madre?

—Por lo menos una vez cada pocos años, sin falta, llueva o truene —le dije.

—¿Guarda quizá relación esta llamada con la que hiciste antes a tu tío? —sugirió—. Has estado muy callada desde que salimos de Viena y eso no es normal en ti.

—Suelo hablar más de la cuenta —corroboré—. Pero respecto a mi familia, me suelo mostrar reticente. Claro que, ahora que resulta que tú y yo somos parientes, supongo que apenas hay nada que no podamos comentarnos. Es decir, si ambos decidiéramos decir la verdad, para variar.

—Ah —dijo Wolfgang con calma, mirando el plato.

Cogió un panecillo crujiente, lo partió por la mitad y se dedicó a observarlo como si esperara que contuviera la clave de algún misterio. Por fin, me miró con esos increíbles ojos turquesa que siempre me hacían temblar las rodillas. Pero esta vez sabía que debía concentrarme en la mente y no en la materia.

—Te toca —le indiqué—. Pero te advierto que se acabó el juego.

—Está claro que te han dicho algo que me ha hecho quedar en mal lugar —dijo Wolfgang con calma—. Pero antes de que trate de darte mi versión de la historia, me gustaría preguntarte qué sabes exactamente.

—¿Por qué es eso lo primero que me pregunta todo el mundo? —exclamé, mientras clavaba el tenedor en la ensalada unas cuantas veces. Después dejé el tenedor, lo miré a los ojos y afirmé—: Creo que aunque conocieras a Zoé Behn el año pasado, sabías que era tu abuela, lo que convierte a sus hijas, tu madre y la mía, en hermanastras. Y sé que ni tú ni Zoé me remitisteis ese manuscrito rúnico. Mi madre acaba de informarme de que me lo envió ella. Me ha escondido la verdad mucho tiempo pero no es una mentirosa. Ojalá pudiera decir lo mismo de ti. Lo único que tengo que agradecerte es que me salvaras la vida en un alud. En lo demás, tal como lo veo, me has engañado desde el momento en que nos encontramos en la cima de esa montaña y te exijo que me digas por qué, esta noche.

Wolfgang me observaba con asombro. Admito que unos cuantos camareros y otros comensales habían dirigido la vista en nuestra dirección a pesar de que había conseguido controlar bastante bien el tono de voz. Entonces, cuando menos me lo esperaba, Wolfgang sonrió.

—¿Lo único? —mencionó, con una ceja arqueada, prescindiendo del resto de mi discurso—. Yo en cambio tengo muchas cosas que agradecerte. La primera, que nunca me había enamorado. La segunda, algo que no me esperaba, que sería de una fierecilla como tú. De modo que tengo que darte las gracias por, ¿cómo lo diría un americano?, por «abrirme los ojos a la realidad».

Dejó la servilleta en la mesa y pidió la cuenta. Pero yo estaba fuera de mí y no iba a dejar que me diera largas otra vez, aunque fuera con ese mordaz retrato, por muy exacto que fuera. Indiqué al camarero que se alejara y tomé la copa de vino para darle mayor énfasis.

—Todavía no he terminado —solté con firmeza.

—Ya lo creo que sí —me aseguró en el mismo tono de voz—. ¿No se te ha ocurrido pensar que si no te comenté antes nuestro parentesco es porque todo el mundo me advirtió de la hostilidad que sientes hacia la familia Behn? ¿De que te has mantenido distante de todos excepto de tu primo Sam desde que eras una niña? ¿No ves que sabía de antemano cuál sería tu reacción si llegaba sin avisar, justo tras la muerte de ese primo, y te decía: «Hola, soy yo, tu primo Wolfgang, del que no habías oído hablar en tu vida; he venido para conducirte al seno de tu peligrosa familia a la que llevas tanto tiempo evitando»? Y en cuanto al manuscrito rúnico sobre el que afirmas que te mentí, Zoé sabía que tu madre te lo había mandado porque habían comentado el asunto. Pregúntaselo mañana, si no me crees. Lo siento, pero cuando te dije que te lo había enviado yo, fue lo único que se me ocurrió para ganarme de prisa tu confianza...

—¿Por qué no se te ocurre ninguna otra forma de «ganarte mi confianza» que no sea mentirme? —interrumpí la confesión demasiado tardía de Wolfgang.

Pero en el fondo debía admitir que mucho de lo que había dicho era cierto. Encontré a Wolfgang muy atractivo y apetecible la primera vez que puse los ojos en él, pero había dedicado mucho tiempo y esfuerzos a evitar la proximidad a toda costa, y por una razón que no podía revelar, ni entonces ni en ese momento: que Sam seguía con vida y en peligro desde todos los lados salvo el mío, y que no me podía permitir confiar en nadie en absoluto. Sin embargo, no se me escapó que había un diente que no encajaba en el engranaje que Wolfgang había montado.

—Aunque todo lo que dices fuera cierto —añadí—, eso no explica por qué me mentiste sobre el Tanque.

—¿El... tanque? —pregunto Wolfgang, confundido.

—Mí jefe, Pastor Owen Dart —expliqué—. ¿Por qué tenía tantas ganas de enviarme a esa

misión en Rusia y nos siguió después hasta Viena? ¿Por qué merodeaba esa noche en el viñedo junto a tu casa? ¿De qué hablasteis, que no podíais comentarlo delante de mí?

No sé si fueron imaginaciones mías pero diría que Wolfgang palideció. Iba a hablar pero se detuvo. Esperé que no intentara convencerme de que el hombre del viñedo era el padre Virgilio, pero eso me sugirió una pregunta más.

—¿Quién es Virgilio Santoríni? —pregunté—. Tío Laf lo conoce y afirma que es un hombre peligroso. ¿Por qué concertaste esa cita con él en la biblioteca de Melk?

—No es el momento ni el lugar que habría elegido para esta conversación, pero por lo menos no nos oye nadie —suspiró Wolfgang contrariado—. Y ahora ya casi se ha acabado todo, así que puedo contarte todo lo que quieras, si con eso consigo que por fin confíes en mí. La vida es muy compleja, Ariel, y la gente lo suele ser tanto que se escapa a nuestra comprensión...

—Por el amor de Dios, Wolfgang, son casi las dos de la madrugada. Vayamos al grano, ¿quieres? ¿Quién es Virgilio y por qué nos siguió Pastor Dart a Viena?

—Muy bien —suspiró Wolfgang, mirándome directamente a los ojos con una expresión de «tú lo has querido»—. Virgilio Santorini es un experto en textos medievales que se licenció en la Sorbona y en la Universidad de Viena. Es cierto que es sacerdote, pero no bibliotecario en la abadía de Melk. Sin embargo, goza de acceso total a sus archivos desde que su familia en Trieste donó una gran parte de su colección de libros únicos. Están pagando muchas de las restauraciones que se llevan a cabo en estos momentos en la abadía.

Nada de eso era sorprendente. Pero pronto agradecí el ruido de fondo de los platos que manejaban los camareros y algunas risas y bromas jocosas en francés procedentes de una mesa cercana porque no estaba demasiado preparada para lo que seguía.

—La familia de Virgilio Santorini figura entre los trancantes de armas más importantes de Europa del Este, en concreto en Yugoslavia y Hungría, donde han acumulado su fortuna durante generaciones —prosiguió—. Cuando mencionó que era peligroso, tu tío debía de referirse a que se afirma que la familia de Virgilio está relacionada con un grupo mafioso llamado Estrella, un consorcio que, según se cree, trafica con materiales nucleares de uso militar. Ya lo ves, como te dije antes, las personas y las situaciones son a veces más complejas de lo que se puede explicar en una simple conversación durante la cena.

De acuerdo, estaba sorprendida por esta revelación sobre el padre Virgilio, que parecía un erudito medievalista encantador, si bien algo torpe. Pero antes de seguir con el tema, procuré concentrar la atención el tiempo suficiente para oír el resto de la respuesta a mi pregunta.

—La función de Pastor Dart es aún más compleja —contó Wolfgang—. Se precisa algo más de información previa. Al llegar a Idaho, me preocupó averiguar que tu compañero de trabajo Olivier Maxfield era también tu casero, de modo que gozaba de una situación privilegiada para pincharte el teléfono y espiarte prácticamente veinticuatro horas al día. ¿Cómo podía asegurarme de que no fuera agente de nadie? Por ese motivo, en cuanto regresaste del funeral, pedí a Pastor Dart que enviara a Maxfield a interceptarte en la oficina de correos, donde yo mismo me dirigí en coche. De tu comportamiento se desprendía que Maxfield, que había llegado antes que tú, había hecho algo para levantar tus sospechas. Cuando recogiste el paquete, vi que te alejabas de Maxfield y salías a toda velocidad de la ciudad. Por eso te seguí hasta Jackson Hole.

»Sabía que tu madre te había enviado un manuscrito rúnico, pero por tu actitud de miedo y sospecha desde que nos encontramos en la montaña, resultaba evidente que a tu entender el documento que obraba en tu poder era la herencia de tu primo. Tuve la oportunidad de

verificar que se trataba de las runas de tu madre más tarde esa misma noche, mientras dormías. Deduje que ése era el único documento que habías recibido hasta entonces, lo que significaba que no tenías aún la herencia de tu primo y que la seguías esperando. Eso era muy peligroso si mis sospechas de que Maxfield intentaba conseguir los documentos eran ciertas.

» Aunque nuestro viaje a Rusia estaba planeado, Pastor Dart y yo decidimos adelantar la fecha de salida para alejarte de la vigilancia constante de Maxfield. Dart iba a quedarse en Idaho para interceptar el segundo paquete cuando llegara y asegurarse así de que no caía en malas manos. Pero tras todos esos planes preparados con tanto cuidado, llegaste tarde al vuelo de enlace hacia Salt Lake. Me quedé estupefacto cuando te vi. Por el aspecto de tu bolso (tres veces más pesado que el día anterior) y también porque mencionaste que habías hecho "un recado" entre la oficina y el aeropuerto, estaba seguro de que habías ido de nuevo a la oficina de correos y que, esa vez, habías recogido los documentos.

»¿Qué podía hacer sino llamar desde el aeropuerto de Salt Lake mientras tú estabas en los servicios, para que Pastor Dart sacara un billete de inmediato en el siguiente avión con dirección a Viena? Le di instrucciones para que nos viéramos en mi casa, en Krems, donde supuse que estaríamos a salvo de oídos indiscretos. Esperaba encontrar un modo de conseguir que dejaras los manuscritos en Austria, en lugar de correr el riesgo de llevarlos a Rusia, donde sin duda los habrían confiscado. Contacté con Dacian Bassarides y le pedí que viajara desde Francia y que se reuniera con nosotros en el restaurante de Viena. Le insinué que habías recibido la herencia y que necesitabas que te aconsejaran qué debías hacer con ella. En el restaurante, no había previsto que querría que me marchara y os dejara a solas. Pero por lo menos Virgilio permanecía atento para que Dacian no se te llevara y evitara que os reunierais conmigo en la esquina donde habíamos quedado...

Wolfgang se detuvo por primera vez y sacudió la cabeza, para añadir después:

—No sabes lo desesperado que he estado estas dos últimas semanas tratando de defenderte de ti misma.«¿De mí misma?», casi grité.

Miles de gongs sonaban en mi cerebro. Me esforcé en razonar. Veamos si lo había entendido: ese individuo acababa de confesar que desde que nos conocimos había estado adornando la verdad con bordados hasta que su versión pareció un tapiz de los Gobelinos; que me había hecho vigilar toda una tarde por un sacerdote sospechoso de traficar con armas y de tener contactos con la mafia, y que había conseguido que mi propio abuelo me convenciera de abandonar mi herencia en una biblioteca pública. ¿Me había dejado algo?

Pues la verdad es que sí: había un pequeño detalle más.

—¿Por qué tú, Pastor Dart y todos los demás queréis esos manuscritos, Wolfgang? —pregunté—. Sé que son valiosos pero, ¿qué es tan importante para que el Tanque viaje a través de medio mundo para verte unos minutos por la noche en ese viñado? ¿De qué teníais que hablar que sólo podíais comentar ahí y entonces?

Wolfgang me miró como si la respuesta fuera tan obvia que la pregunta resultara ridícula. Por segunda vez, pidió la cuenta al camarero.

—Respecto al contenido, sólo sé parte, no todo, y aun eso es difícil de explicar —dijo—. Pero en lo que se refiere a Pastor Dart, tenía que decirle dónde estaban escondidos los manuscritos en cuanto yo lo supiera, y por descontado, antes de que nos marcháramos hacia Rusia. ¿Cómo si no iba Dart a recuperarlos de la Biblioteca Nacional de Austria antes que nadie?

La palabra que me vino a la cabeza fue el famoso oy de Olivier. Por lo visto, Virgilio nos

había seguido desde el Café Central y cuando Wolfgang entregó esas tarjetas por la puerta de nuestra sala en la Biblioteca Nacional de Austria, copió uno a uno todos los títulos. Para eso, no conseguí encontrar ninguna palabra.

Mientras regresábamos por la callejuela, bastante cerca del río como para oler el aire húmedo de la noche, tenía ganas de llorar.

Wolfgang me había cogido la mano como si no hubiera pasado nada y me la estrujaba.

—Vamos a pasear junto al río un rato, ¿te parece? —sugirió.

Al final de la calle vi las luces brillantes de la île de la Cité, que parecía encontrarse bajo el agua.

«¿Qué demonios? —pensé desesperada—. Siempre puedo lanzarme al agua, o incluso echarlo a él también, sí no empieza a darme pronto respuestas como Dios manda.»

No era ni mucho menos la idea que tenía de un fin de semana con Wolfgang en París. En ese momento sentía deseos de matarlo. Al no seguir el consejo de Laf acerca de «resistirte a los hombres hasta que sepas exactamente en qué tipo de situación te has metido», había destruido todo aquello por lo que Sam había arriesgado la vida.

Bueno, ahora ya sabía en qué tipo de situación me había metido, aunque no tenía ni idea de qué tenía que hacer. Tenía ganas de gritar como una loca. ¡Seguía sin saber nada de esos dichosos manuscritos! Con sólo pensar lo que me habían costado se me revolvían las tripas. Pero la noche no se había acabado, y me prometí que obtendría algunas repuestas directas antes de que se terminara.

Caminamos por el muelle hasta donde se veía, al otro lado del agua, la fachada iluminada de Nôtre Dame, que sobresalía por detrás de su famosa pared de hiedra parcialmente sumergida en el río.

—Dices que si te miento te sientes desdichada. Pero si te cuento la verdad, también lo eres. Te quiero, ¿qué puedo decir o hacer para que estés contenta? —dijo Wolfgang, mientras me volvía la cara hacia él.

—Wolfgang, me acabas de explicar que tú, un mafioso y mi jefe Pastor Dart me habéis manipulado y traicionado, que has traicionado todo aquello por lo que luchó Sam, lo que puede que le costara la vida, ¿y esperas que esté contenta? —solté—. Estaría contenta si por una vez me dijeras la verdad por adelantado para variar, en lugar de obligarme a que te sonsaque o de tenerme en la ignorancia «por mi propio bien». Quiero que me digas ahora lo que sabes de los manuscritos de Pandora, qué relación guardan con Rusia, Asia central y las investigaciones nucleares, como sin duda la hay, y qué función desempeñáis tú y los demás en todo lo anterior.

—No has entendido nada de lo que te acabo de decir —comentó Wolfgang, contrariado—. En primer lugar, no he dicho que Virgilio fuera un mañoso, sino que procedía de una familia de traficantes de armas, lo que es distinto. Mencioné que tu tío podía haber oído hablar de contactos con la mafia: la gente como Virgilio tiene que mantener muchas veces esas relaciones para protegerse. También en mi campo, si tratáramos a todos los traficantes de armas como enemigos, toda la actividad se produciría bajo mano y perderíamos el posible control sobre el contrabando, nos cerraríamos todas las puertas.

«Cuando hablas de traición —añadió—, prescindes de una cuestión. Existe un grupo que, por lo que sé, había investigado a Samuel Behn durante muchos años, desde la muerte de su padre Earnest. Lo habían contratado a veces para ganarse su confianza. Pero al final, creo que fueron ellos quienes lo mataron.

»Esa gente afirmaba que trabajaba para el Gobierno de Estados Unidos pero de hecho se

trataba de una multinacional, controlada por un hombre con un largo expediente; un hombre llamado Theron Vane. Durante el tiempo que pasé fuera esa semana antes de ir a Sun Valley a buscarte, averigüé unos cuantos datos sobre ese hombre. El primero, que estaba en San Francisco la semana en que murió tu primo Sam. Trabajaban juntos en una misión. La segunda, que Vane se escondió de inmediato tras la muerte de Sam y no ha vuelto a aparecer. La tercera, y tienes que creerme, es que Olivier Maxfield ha sido desde que lo conoces un esbirro de Theron Vane. Maxfield fue a Idaho, consiguió ese trabajo, y entabló amistad contigo por una sola razón: porque eras la única forma que se les ocurrió de cruzar las defensas de tu primo Sam.

Me quedé de piedra. Sam me había contado que había trabajado con Theron Vane durante diez años. Ese hombre lo debió de contratar al acabar la universidad, igual que el Tanque había hecho conmigo. Sabía también que Theron Vane estaba con Sam cuando «murió» porque, según Sam, lo habían matado en su lugar. Y en ese mensaje enigmático que Olivier había dado a Laf, admitía que trabajaba para Theron Vane.

Visto con calma, era extraño que el curriculum de Olivier se ajustara tan bien al mío desde el primer día, hacía cinco años, en que nos habían asignado la dirección conjunta del mismo proyecto. Sin olvidar cómo me había conquistado para que le alquilara el piso del sótano por un precio muy barato, las comidas originales, el ofrecimiento de cuidar a mi gato y eso del extraño sueño en que yo como la Virgen María vencía al profeta mormón Moroni jugando a la máquina del millón.

Todo lo que había afirmado Wolfgang, tomado desde una perspectiva algo distinta, encajaba a la perfección. Theron Vane podía haber engañado a Sam sobre el estamento para quien trabajaba. Alguien podía haber querido terminar con Theron Vane y no con Sam. Y Wolfgang y el Tanque podían haber intentado ofrecer mayor protección a los documentos de la que Sam y yo habíamos sido capaces con nuestros torpes intentos.

Estaba hecha un lío: tenía aún millones de preguntas sin respuesta. Pero Wolfgang me estrechó entre sus brazos, ahí, junto al río, y me besó con cariño los cabellos. Luego, me separó un poco y me observó con una expresión seria.

—Te contestaré a todo lo que me has preguntado, es decir, si sé la respuesta —anunció—. Pero son más de las dos de la madrugada y, aunque no hemos quedado con Zoé hasta las once, confieso que me gustaría pasar por lo menos parte de la noche compensándote por toda la tristeza que te he causado.

Sonrió de forma irónica y añadió:

—¡Por no decir nada de lo que me ha costado a mí pasar todas las noches a solas en esos barracones rusos!

Avanzamos por el muelle, donde las luces iluminaban desde abajolas hojas nuevas que cubrían los castaños y les conferían el aspecto de velos vaporosos de orugas. El aire estaba cargado con la humedad de la primavera. Notaba que me ahogaba y sabía que tenía que soltarlo.

—¿Por qué no empiezas por Rusia? —sugerí.

—Antes que nada —empezó Wolfgang, mientras me volvía a coger la mano—, quizá te resultara extraño que durante toda nuestra estancia en la Unión Soviética, a pesar de nuestros extensos comentarios sobre la seguridad y la limpieza de los residuos nucleares, no se mencionara en ningún momento el «accidente» de Kyshtym.

En el desastre de Kyshtym de 1957, un vertedero de residuos nucleares había alcanzado la masa crítica, como un reactor sin barras de control, y expulsó residuos en una área de

seiscientos kilómetros cuadrados, más o menos, lo que ocuparía Manhattan, Jersey City, Brooklyn, Yonkers, Bronx y Queens, con una población de unas ciento cincuenta mil personas.

Los soviéticos habían encubierto este «error» durante casi veinte años, a pesar de que tuvieron que evacuar a la población de la región, cambiar el curso de un río para rodearla y cerrar todas las carreteras. El asunto no salió a la luz hasta que un científico soviético expatriado en la década de los setenta hizo sonar el silbato. Pero con el nuevo ambiente actual de *glasnost* en cooperación nuclear, cabía preguntarse por qué, cuando querían empezar de cero en todo lo demás, Kyshtym ni siquiera asomó en nuestra semana de diálogos intensivos. De repente comprendí que Wolfgang estaba hablando de un asunto importante.

—¿Crees que el «accidente» de Kyshtym no fue tal accidente? —pregunté.

Wolfgang se detuvo y me sonrió en la casi surrealista luz de la noche de la primavera parisiense.

—Excelente —dijo mientras asentía con la cabeza—. Pero es posible que ni siquiera aquellos que pusieron al descubierto el percance sospecharan la terrible realidad. Kyshtym se encuentra en los Urales, cerca de Yekaterinburg y de Cheliabinsk, dos lugares que en la actualidad siguen dedicados activamente al diseño y montaje de cabezas nucleares, y donde tú y yo, por supuesto, no fuimos invitados por motivos de seguridad. ¿Pero qué pasaría si Kyshtym no hubiera sido un vertedero de residuos de esos dos emplazamientos? ¿Qué sucedería si no se hubiera llegado a la masa crítica por accidente como todo el mundo cree? ¿Y si en cambio el incidente fuera el resultado de un experimento controlado que había concluido de forma muy distinta a la planeada?

—No es posible que te imagines que ni en los días de mayor represión los soviéticos habrían realizado una prueba nuclear en una zona poblada —objeté—. ¡Habrían estado locos de remate!—No me refiero a una prueba de armas nucleares —sentenció Wolfgang de forma enigmática, con la mirada fija al otro lado del río. Alargó un brazo hacia las negras aguas del Sena—. Hace más de cien años, el joven Nikola Tesla solía venir a nadar a este lugar del río. Había venido a París desde Croacia en 1882 para trabajar para la Continental Edison; luego partió hacia Nueva York para trabajar para el mismo Edison, con quien pronto tuvo un enfrentamiento atroz.

»Sin duda sabrás que Tesla poseía la patente original de muchos inventos, cuyo mérito y beneficios más adelante se adjudicaron otros —añadió Wolfgang, mientras caminábamos—. Fue el primero en concebir, diseñar y muchas veces construir inventos como la radio sin hilos, la turbina sin palas, el amplificador telefónico, el cable transatlántico, el mando a distancia y las técnicas de energía solar, por mencionar sólo algunos. Hay quien sostiene que también inventó artefactos "antigravedad" que poseían las propiedades superconductoras conocidas actualmente, así como un muy controvertido "rayo de la muerte" que podía barrer aviones del cielo mediante ondas sonoras. Y se afirma que en sus famosos experimentos secretos de Colorado Springs, en 1899, era capaz de cambiar las pautas climáticas.

—Conozco la historia —aseguré a Wolfgang con sequedad. Era el debate eterno entre ingenieros «prácticos», que atribuían a Tesla la invención de las técnicas de cualquier cosa, desde resucitar a los muertos hasta caminar sobre el agua, y los físicos «conceptuales», que señalaban que el autodidacta Tesla había rechazado las teorías modernas, desde la relatividad a la física cuántica. La canción de siempre sobre la dicotomía espíritu-materia.

—Pero Tesla murió antes de que se inventara la bomba atómica. Y se negaba a creer que, aun

en el caso de conseguir la división del átomo, la energía liberada pudiera llegar a controlarse —señalé, y pregunté incrédula—: ¿Cómo puedes pensar, pues, que el terrible desastre de Kyshtym de la década de los cincuenta fuera algún tipo de versión chapucera del experimento Tesla?

—No soy el único que lo cree —insistió Wolfgang—. Tesla estableció una nueva ciencia llamada telegeodinámica, cuyo objetivo consistía en desarrollar una fuente de energía ilimitada a través del dominio de las fuerzas naturales latentes en el interior de la Tierra. Creía que podría enviar información subterránea por todo el globo. Solicitó muy pocas patentes en este campo concreto, a diferencia del resto de sus descubrimientos, y sólo reveló descripciones muy vagas sobre cómo funcionarían dichos inventos. No obstante, experimentó de forma exhaustiva con los armónicos e inventó osciladores tan pequeños que cabían en el bolsillo, pero cuyas vibraciones, al aplicarlas a una estructura como el puente de Brooklyn o el Empire State Building, provocaban que oscilaran y se hicieran añicos en cuestión de minutos.

—Aclaremos las cosas —comenté—. ¿Estás diciendo que en 1957 los soviéticos habrían intentado una reacción en cadena controlada invocando de algún modo esta fuerza tipo Tesla, y que la cosa se les fue de las manos? Pero si Tesla no escribió nada sobre ello, ¿cómo sabían lo que tenían que hacer?

—Que no lo publicara no implica que no lo escribiera —aclaró Wolfgang—. De hecho, es posible que esas especificaciones se encontraran entre sus documentos, muchos de los cuales desaparecieron de forma misteriosa cuando murió en Nueva York a la edad de ochenta y siete años, curiosamente en 1943, en plena Segunda Guerra Mundial, una vez iniciada la carrera para conseguir un nuevo tipo de arma. El caso es que justo después Hitler anunció a sus confidentes que los científicos estaban a punto de desarrollar una fabulosa «superarma» que en poco tiempo pondría fin a la guerra a favor de Alemania.

Tenía el cerebro inundado de pensamientos deshilvanados: Nikola Tesla de Yugoslavia, Virgilio de Trieste, Volga Dragonoff, que recibió ese nombre de Pandora debido a las «fuerzas del dragón» de la tierra y que procedía del Cáucaso.

—¿Qué relación guarda eso con los manuscritos de Pandora? —quise saber, dudando de si estaría preparada para la respuesta.

Pero Wolfgang se había detenido en seco en el camino para observar a través de la niebla que se elevaba en el campo de Marte hacia donde la torre Eiffel se mostraba como una aparición frente a nosotros. A ambos lados, se leía un mensaje en letras de neón: *Deux Cents Ans* («doscientos años»).

¡Dios mío! Miré enseguida a Wolfgang, que se había echado a reír.

—Aunque te lo mencioné la semana pasada, se me había olvidado —me dijo—. Este año, 1989, es el doscientos aniversario de la revolución francesa. El mismo año de ese hecho histórico Klaproth descubrió en Sajonia un nuevo elemento: el uranio. Lo bautizó con el nombre del planeta Urano, que otro alemán, Herschel, había descubierto junto con su hermana en su observatorio de Inglaterra menos de diez años antes. Estos tres acontecimientos señalaron el principio del fin del anterior eón del que nos habló tu abuelo, y se empezó a considerar a Urano como el planeta que regía la nueva era: la de Acuario. Creo que los manuscritos de Pandora tratan de eso. ¿Ves la conexión?

Iba a decir que no pero de repente me pareció que sí.

—¿Prometeo? —pregunté.

Wolfgang, apartó los ojos de las luces de neón y los dirigió hacia mí con una expresión de

sorpresa.

—Exacto —corroboró—. En el mito, Prometeo robaba el fuego de los dioses y se lo entregaba a los hombres, del mismo modo que en la era entrante, como dijo Dacian Bassarides, el portador de agua vierte una fuerza fantástica de vida a la humanidad. Estos regalos suelen dejar de ser bendiciones para convertirse en maldiciones. En el mito de Prometeo, Zeus nos dio a Pandora. Ella abrió una caja, en realidad un frasco, y liberó todos los males al mundo. Pero hay quien cree que la historia de Prometeo y Pandora no fue sólo un mito. Sospecho que tu abuela Pandora figuraba entre ellos.

—¿Crees que los manuscritos que recogió Pandora indican cómo construir un reactor nuclear, o cómo dar con las fuerzas de energía de la Tierra? —pregunté—. Tenía entendido que sus documentos eran antiguos o por lo menos muy anteriores a la tecnología o los inventos modernos.

—La mayoría de los inventos se definirían mejor como descubrimientos, o mejor aún, redescubrimientos —dijo Wolfgang—. No sé si los antiguos poseían esos saberes, pero sé que existen lugares en el planeta donde los componentes de reacciones en cadena sostenibles (materiales radiactivos, agua pesada y otros ingredientes) se presentan juntos de forma natural. Se ha comentado a menudo que la Biblia y otros textos de épocas remotas describen escenas muy parecidas a explosiones atómicas, como la destrucción de Sodoma y Gomorra, por mencionar alguna, del mismo modo que existen lugares específicos en la superficie terrestre que constituyen excelentes conductores de los vórtices de poder de Tesla, la creación artificial de truenos y relámpagos y las oscilaciones armónicas. En la mayoría de esos sitios, los antiguos habían construido monumentos, erigido grandes piedras o dejado arte rupestre de importancia chamanística, mucho antes de la historia escrita.

—Pero aunque alguien reuniera todos los documentos de Pandora, los tradujera, descifrara, interpretara y comprendiera, ¿qué podría hacer ese alguien con los conocimientos? —solté contrariada—. ¿Por qué sería tan peligroso?

—Puesto que sólo he ojeado los documentos un momento, no sé todas las respuestas —afirmó Wolfgang—. Pero sí sé dos cosas. Ante todo, que los primeros filósofos, desde Pitágoras hasta Platón, creían que la Tierra era una esfera suspendida en el espacio a través del equilibrio y en sintonía con la armonía de las esferas. Sin embargo, los detalles de las fuentes de poder siempre se mantuvieron ocultos, puesto que se consideraba que eran un elemento clave de los misterios.

»En su lecho de muerte, antes de beberse la cicuta, Sócrates dijo a sus discípulos que la Tierra, vista desde arriba, "recordaba una de esas pelotas confeccionadas con doce trozos de piel de distintos colores". Ésa no es la descripción de una esfera sino del mayor polígono pitagórico, el dodecaedro, una figura de doce lados, donde cada cara es un pentágono. Se trataba de la forma más sagrada para Pitágoras y sus seguidores. Imaginaban la Tierra como un cristal gigantesco (hoy en día seguimos hablando de receptores por cristal), un transmisor que controlaba la energía celeste o de las profundidades terrestres. Estaban convencidos de que se podía usar para el control psíquico a gran escala a partir de la manipulación de los puntos clave de presión. Aún más, imaginaban que las fuerzas del interior de la Tierra, sí se «sintonizaban» de forma adecuada, vibrarían como un diapasón en correspondencia armónica con el cielo.

'—Muy bien —comenté—. Digamos que la Tierra es un entramado gigantesco de energía, como todo el mundo parece creer. Entonces entendería por qué cualquiera que persiga el poder, quiera apoderarse de ese mapa de puntos que lo desencadenan. Pero en cuanto nos

referimos a los «misterios», no podemos olvidar que Sócrates y Pitágoras, a pesar de todos los secretos que sabían, o quizá debido a ellos, fueron eliminados a petición popular. Esos «conocimientos ocultos» no los salvaron a la larga.

»En cualquier caso —añadí—, dijiste que sabías dos cosas sobre los documentos de Pandora, ¿cuál es la segunda?

—La segunda es lo que creía Nikola Tesla, que no difiere demasiado de lo que acabo de describirte —respondió Wolfgang—. Tesla pensaba que la Tierra contenía una forma de corriente alterna que se expandía y contraía continuamente a un ritmo que era difícil pero no imposible de medir, algo así como el ritmo de la respiración o de los latidos cardíacos. Afirmaba que si colocaba una carga de TNT en el lugar adecuado y en el momento oportuno, cuando se iniciaba una contracción, podría dividir la Tierra en fragmentos del mismo modo que «un chico podría partir una manzana». Y que al dar con esa corriente, ese entramado de energía, podría controlar un poder ilimitado. Según palabras de Tesla: «Por primera vez en la historia, el hombre posee los conocimientos con los que puede interferir en los procesos cósmicos.»

Me cago en dios.

Wolfgang levantó por unos instantes la mirada hacia la torre Eiffel, con su pequeña señal luminosa de la cima perdida entre la niebla plateada. Luego, me rodeó con el brazo mientras permanecíamos ahí de pie, en silencio.

—Si Tesla, como Prometeo, entregó a la humanidad una nueva forma de fuego —sentenció Wolfgang—> quizá lo que sabía Pandora resulte ser a la vez el regalo y el castigo del mundo.

EL BIEN Y EL MAL

SÓCRATES: *Hablas del bien y del mal.*

GLAUCÓN: *Es cierto.*

SÓCRATES: *Me gustaría saber si los comprendes como yo.*

PLATÓN, *La República*

A pesar de mis buenos propósitos y de todos mis planes, me encontré en la cama con dosel de una suite renacentista del Reiais Christine, haciendo el amor con Wolfgang toda la noche, o lo que quedaba de ella, con una pasión tan intensa, tan absorbente, que me dio la impresión de haber estado en brazos de un vampiro en lugar de un funcionario austriaco.

Había un jardincito fuera de nuestra habitación. Wolfgang estaba de pie en el ventanal, contemplándolo, cuando abrí los ojos por la mañana. Su espléndido cuerpo desnudo se perfilaba contra la red de ramas negras y húmedas con su manto de hojas verde claro que ondeaba al otro lado de la ventana. Recordé la primera mañana en mi habitación, cuando salió del saco de dormir y se volvió para vestirse, antes de acercarse para besarme por primera vez.

Bueno, ya no era una casi virgen que se sonrojaba: la vida se había encargado de ello. Pero sabía que ese hombre que había vuelto a acelerarme el corazón toda la noche seguía albergando el mismo enigma que cuando nos conocimos, mucho antes de que supiera que era mi primo. Y a pesar de las observaciones filosóficas sobre espíritu y materia, debía admitir que lo que había recibido de Wolfgang no tenía nada que ver con el enriquecimiento espiritual. Me hubiera gustado saber en qué lugar me dejaba eso.

Wolfgang abrió las ventanas que daban al jardín y se acercó para sentarse en la cama. Retiró la sábana y me acarició hasta que empecé a temblar otra vez.

—Qué bonita eres —dijo.

No me lo podía creer pero mi cuerpo deseaba más.

—¿No tenemos una cita inminente para almorzar a la que no deberíamos faltar? —me obligué a mencionar.

—Las mujeres francesas siempre llegan tarde —comentó mientras me lamía los dedos y me miraba pensativo—. Desprendes algo, un perfume exótico, erótico, que me vuelve salvaje. Sin embargo, tengo la sensación de que estamos envueltos en un velo mágico que nadie debe penetrar, o se romperá el hechizo.

Esa descripción se ajustaba perfectametne al modo en que yo me sentía: nos había rodeado un cierto aire irreal desde el principio, una ilusión tan poderosa que a menudo parecía peligrosa.

—Sólo son las nueve —susurró Wolfgang, con los labios jugando en mi pecho—. Nos podríamos saltar el desayuno, ¿no?, si vamos a almorzar pronto...

Les Deux Magots es uno de los cafés más famosos de París. En su día había sido el lugar de encuentro favorito de los intelectuales así como de los artistas contraculturales, dos grupos que en Francia muchas veces coinciden. Todo el mundo, desde Hemingway a De Beauvoir y Sartre, lo había frecuentado. Y, al parecer, Zoé Behn también.

Cuando cruzamos la plaza de Saint-Germain-des-Prés, con sus castaños ya en flor, Wolfgang la señaló, sentada sola en una mesa del rincón, en el solárium exterior rodeado de paredes de cristal que daba a la plaza abierta. Accedimos al restaurante y pasamos las famosas estatuas de madera, los dos *magots*. Esas figuras orientales, con sus vestidos azules, verdes y dorados, rodeadas de espejos, elevadas en tronos por encima del bar, eran como los Elías de las calles de París, conducidos hacia el cielo en carros de fuego.

Salimos a la terraza acristalada. Mientras avanzábamos hacia Zoé, estudié a esa mujer, mí infame abuela, de la que se habían dicho y escrito tantas anécdotas escandalosas a lo largo de los años. Tal vez tenía ochenta y tres años, pero sentada ahí, sorbiendo el champán, parecía que la vida que había llevado, con vino, hombres y baile en abundancia, no le había sentado nada mal. Estaba bien «erguida en la silla de montar», como diría Olivier, con un porte orgulloso que complementaba una piel fina y tersa, y una fantástica trenza de cabellos blancos que le llegaba casi hasta la cintura. La fortaleza que se mostraba en su expresión me hizo recordar el comentario de Laf acerca de que, cuando era niña, tenía la autosuficiencia de Atila.

Cuando llegamos a la mesa, me estudió con unos ojos de color aguamarina, un tono entre el turquesa de Wolfgang y el famoso azul frío de mi madre. Wolfgang me presentó y me ofreció una silla cuando Zoé asintió. Se dirigió a Wolfgang, en un inglés salpicado por una mezcla de acentos, sin apartar los ojos de mí.

—El parecido es realmente asombroso —le comentó—. ¡Me hubiera gustado ver la reacción de Dacian cuando la conoció!—Al principio casi no le salían las palabras —admitió Wolfgang.

—No me gustaría parecer maleducada —se disculpó Zoé—, pero comprenderás que Pandora era excepcional, y ahora que está muerta es increíble encontrar a alguien que es casi su encarnación hasta el último detalle. Has hecho bien al intentar alejarte en lo posible de tu familia durante todos estos años. Ver esta réplica sorprendente de Pandora con mayor frecuencia nos habría obligado a tomar sales o a acabar bebiendo algo más fuerte que el champán. Era alguien a quien se debía tener en cuenta, te lo aseguro.

Por primera vez sonrió y observé un destello de esa sensualidad lánguida que le había dado fama, una cualidad que, por lo que recordaba, durante cuatro décadas había hecho hincar de rodillas a nobles y magnates, quienes depositaron riquezas a sus pies.

—¿Estabas muy unida a mi abuela? —pregunté. Entonces, me acordé de que Zoé era también mi abuela y añadí—: Me refiero a...

—Ya sé a lo que te refieres. No te disculpes —me cortó en seco Zoé—. Un día quizás aprendas la lección más importante que podría enseñarte: en esta vida podrás hacer y decir lo que quieras siempre y cuando no te disculpes por ello.

Tuve la sensación de que, en el caso de Zoé, esta regla general le había resultado muy útil en más de una ocasión.

Pidió al camarero que sirviera champán en dos copas más que estaban en la mesa, a la espera de nuestra llegada. Ya estaban medio llenas con una misteriosa mezcla púrpura que el camarero convirtió en una nube al verter el líquido.

—Esta bebida se llama *la Zoé* —nos informó—. Como mi nombre, significa «vida». Ideé este mejunje una noche en Maxim's hace... ¡madre mía, hace tantos años! En París, todos los que querían estar a la moda lo bebían. Quería conocerte aquí, en Les Deux Magots, para brindar por la vida. Como nadie viene tan temprano también podemos hablar en privado. Me gustaría hablarte del *magot* que falta y cómo se relaciona con nosotros.

»Luego, como también se da el caso de que nadie almuerza hasta las dos, más o menos, he reservado una mesa en la Closerie des Lilas, dentro de unas horas. Espero que en el hotel donde os hospedáis os hayan servido un buen desayuno.

Adopté una expresión impávida e intenté desesperadamente que mi rostro delator no se sonrojara al recordar el «desayuno» que habíamos tomado esa mañana. Wolfgang me estrujó la mano bajo la mesa.

—Una ración de aceitunas —indicó Wolfgang al camarero en francés. Cuando éste se marchó, comentó a Zoé—: En América no toman alcohol tan temprano sin comer nada para acompañarlo.

«Excepto mi disipada familia», pensé. Levantamos las copas y brindamos por la vida. Con el primer sorbo, el gusto embriagador y oscuro de esa bebida me supo a peligro.

—Ariel... —pronunció Zoé con un tono casi de propiedad, que quedó explicado por sus siguientes palabras—, puesto que tu madre ha mantenido siempre nuestra relación en secreto, quizá no te hayan dicho que fui yo quien elegí tu nombre. ¿Imaginas por qué te llamé así?

—Wolfgang me contó que Ariel era uno de los nombres de Jerusalén y que significa «leona de Dios» —dije—. Pero siempre había imaginado que me llamaba así por Ariel, el pequeño espíritu que el mago Próspero tenía esclavizado en *La tempestad* de Shakespeare.

—No, de hecho es por el nombre de otro espíritu que más adelante tomó como modelo a ése —afirmó Zoé, que citó en alemán:

Ariel bewegt den Sang in himmlisch reinen Tönen;

viele Fratzen lockt sein Klang, doch lockt er auch die Schönen...

Gab die liebende Natur, gab der Geist euch Flügel,

Folget meiner leichten Spur! Aufzum Rosenhügel!

—«Ariel canta y toca el, esto, el arpa —traduje—. Si la naturaleza te dio alas, sigue mis pasos hacia una colina de rosas.» ¿De dónde es?

—De *Fausto* —respondió Wolfgang—. Es la escena que se desarrolla en la cima de la montaña Brocken, la noche llamada *Walpurgisnacht*, una antigua fiesta germana que Goethe invoca en esta obra. La palabra significa «la noche en que limpian los bosques con fuego».

Zoé observó a Wolfgang como si lo que acababa de mencionar tuviese algún significado tácito. Luego, mi siempre encantadora abuelita quitó la espoleta de la granada de mano.

—Esa parte de *Fausto*, la escena de la limpieza, es cuando el espíritu Ariel limpia a Fausto de la amargura y el sufrimiento que ha causado a los demás —nos informó—. Ten en cuenta que muchas veces Fausto los había dañado sin querer, en su búsqueda de una mayor sabiduría como mago. Era el fragmento favorito de Afortunado, ¿sabes? Le caían las lágrimas cada vez que lo oía. —Después de tal afirmación, añadió—: La gente no cae en la cuenta de que la noche en que murió, el 30 de abril de 1945, era la víspera del primero de mayo, lo que equivale a decir que él y Eva se suicidaron en la *Walpurgisnacht*.

—¿Afortunado? —exclamó Wolfgang, confundido—. Pero el 30 de abril de 1945 es una fecha famosa: es el día en que Hitler se suicidó. ¿Era él «Afortunado»?

Entonces me acordé de que Wolfgang no había estado presente cuando Laf contó la historia en la que reveló el simpático mote con que mi familia apodaba al tirano más cruel del mundo.—Pues claro —le comenté con cinismo—, un amigo de la familia, por lo visto. Me sorprende que no te hayas enterado.

Pero había algo que todavía no me habían contado y que habría preferido no saber.

—No exactamente un amigo —aclaró Zoé con una notable sangre fría—. Se podría decir que era casi un miembro de la familia.

Mientras me recuperaba de ese comentario, añadió:

—Lo conocía desde que era una niña. Lo cierto es que Afortunado era un hombre corriente con habilidades, orígenes y formación corrientes, pero consciente de que su gran fortaleza radicaba precisamente en la simplicidad. Eso era lo que muchos consideraban más aterrador, porque debajo había algo primario que resonaba en el interior de las personas sin que tuvieran consciencia de ello. Lo de Afortunado era más que mera hipnosis, como muchos quieren creer. Todo lo que lo rodeaba era arquetípico: tocaba un punto genuino en todos. —Hizo una pausa y añadió de forma espeluznante—: Al fin y al cabo él no apretó en persona el gatillo trece millones de veces, ni tampoco dio órdenes por escrito para que lo hicieran otros. Afortunado sabía que bastaba con que la gente sintiera que tenía permiso para hacer lo que estaba oculto en su interior, lo que acechaba en su corazón.

Me sentía enferma de verdad. Zoé me miraba con frialdad con esos ojos azules mientras seguía sorbiendo su champán teñido de color ciruela, con aspecto de sangre. De repente, la luz del sol era fría. Era cierto, Laf y todos los demás me habían advertido de que Zoé era una colaboradora nazi. Pero eso había sido antes de estar ahí sentada, tomando una bebida que llevaba su nombre y escuchando la espeluznante noticia de sus propios labios. ¡Y había sido antes de saber que esa mujer fría que tenía ante mí era mi abuela! No me extrañaba que Jersey renunciara a ella. Aunque sentía náuseas, me limité a apretar los dientes y a mantener la compostura. Dejé con cuidado el vaso de veneno púrpura y me erguí para enfrentarme a ella cara a cara.

—A ver si lo entiendo: ¿crees que hay algo «primario» y «arquetípico» que hace que la gente corriente «resuene» ante la idea del genocidio? —le pregunté—. ¿Crees que tu amiguito Afortunado era un tipo cualquiera con una idea cuya hora había llegado? ¿Crees que sólo necesitamos el permiso de una persona con autoridad para que la mayoría de gente juegue a «sigamos al Führer y hagamos lo mismo que él»? Pues déjame que te diga, señora mía, que

no hay nada primario, arquetípico, metafórico ni genético que me impulsara a emprender una acción sin el conocimiento total y consciente de mis actos y mis motivaciones.

—He vivido lo bastante —prosiguió Zoé con calma— para ver qué fuerzas se desencadenan al establecer contacto a niveles tan profundos, incluidos los que has visto desencadenarse por los manuscritos de Pandora. Así que permíteme que te pregunte una cosa: ¿no fuiste tú quien pidió esta cita de hoy? ¿Eres «plenamente consciente» entonces de que la fecha que has elegido, el 20 de abril de 1989, conmemora el centésimo aniversario del nacimiento de Adolf Hitler? ¿Es eso una simple coincidencia?

Sentí un escalofrío horrible, pero que muy horrible, mientras miraba esos ojos gélidos y claros de mi terrible, pero que muy terrible abuela. Por desgracia para mí, todavía no había terminado.

—Ahora, te voy a contar algo que tendrás que creer. Quien no comprenda la mente de Adolf Hitler, nunca entenderá a Pandora Bassarides ni sus manuscritos ni los motivos reales durante *die Familie Behn*.

—Esperaba que Wolfgang te lo hubiera dejado claro —le dije con frialdad—. He venido a París por un motivo. Creía que podías ser la única persona viva que me explicaría el misterio del legado de Pandora y que me desentrañaría los muchos secretos referentes a su relación con nuestra familia. No he venido a oír propaganda nazi; he venido por la verdad.

—Ya veo, jovencita: quieres que todo sea cierto o falso, bueno o malo, blanco o negro. Pero la vida no es así, ni lo ha sido jamás. Las semillas están en todos nosotros. Se riegan ambos aspectos a la vez y crecen uno al lado del otro. Y en lo que respecta a nuestra familia, tu familia, hay muchas cosas que sería insensato no contemplar sólo porque no puedes clasificar las cosas en compartimientos. No siempre es fácil separar el grano de la paja, incluso después de haber cosechado.

—Caray, nunca he sido un genio para descifrar parábolas —solté—. Pero si tu idea de la «verdad» es que todos somos posibles asesinos en serie a no ser que tropecemos con la gente adecuada, no estoy de acuerdo contigo. ¿Qué provoca que la gente «civilizada» se levante una mañana, vaya a ver a los vecinos, los meta en vagones de carga, los tatúe con números de serie y los embarque a algún sitio para exterminarlos de forma metódica?

—Ésa no es la pregunta adecuada —dijo Zoé, como si fuera el eco de Dacian Bassarides.

—Muy bien, ¿cuál es entonces? —quise saber.

—La pregunta adecuada es: ¿Qué provoca que crean que no pueden hacer eso?

Me quedé mirándola largo rato. Tenía que admitir, aunque sólo fuera en mi interior, que ésa era la pregunta adecuada. Aun así estaba claro que el punto de vista de Zoé y el mío partían de premisas muy distintas. Yo Había adoptado el supuesto, algo ingenuo, de que todas las personas eran buenas por naturaleza, pero capaces de ser conducidas hacia actos malvados a gran escala a través de las manipulaciones hipnóticas y oscuras de un solo hombre. Por otra parte Zoé, que, no lo olvidemos, había conocido a ese hombre, sostenía que todos estábamos provistos con semillas del bien y del mal, y que lo único que bastaba para inclinar la balanza hacia el lado negativo era un ligero empujón. ¿Cuál era el ingrediente secreto que yacía a gran profundidad en todas las sociedades cuerdas, que nos impide matar a nuestros vecinos porque no nos gusta el corte de pelo que llevan o cómo cortan el césped de su jardín? ¿Acaso no era eso lo que Hitler más detestaba de los gitanos, eslavos, mediterráneos y judíos: que eran distintos?

Y de hecho, yo tendría que saber mejor que nadie que el odio tribal y el genocidio no eran una leyenda perdida entre las nieblas de lo remoto y lejano. Todavía retumbaba en mi

mente, del primer día en la escuela en Idaho. Sam me había acompañado y cuando pasamos delante de otros chicos por el pasillo, uno había susurrado lo bastante alto para que Sam lo oyera: «El único indio bueno es un indio muerto.»

Dios mío.

Me ponía enferma que cada vez que arañaba un poco más en la superficie de la historia familiar encontrara algo desagradable, espeluznante o inaceptable, pero comprendía que fuera lo que fuese lo que mi recién encontrada abuela fascista tenía que contarme, podría resultar necesario para acercarme al centro que Dacian había denominado verdad, como mínimo respecto a la familia. Así que me tragué mi amargura y asentí a Zoé para que prosiguiera. Dejó la copa y entornó los ojos.

—Para que captes algo de esto, tanto si te gusta como si no, debes entender primero que la naturaleza de las relaciones que nuestra familia tenía con Afortunado diferían de las que éste tenía con otros.

«Algunos creían que lo conocían bien. Como Rudolph Hess, que bautizó a su hijo con el apodo "secreto" de Afortunado: Wolf, es decir, lobo. Más en sintonía estaba Joseph Goebbels, que tuvo seis preciosos hijos rubios. Un número interesante, el seis. Se llamaban Helga, Hilde, Helmut, Holde, Hedde y Heidi.

Me miró intensamente y luego, añadió:

—¿Sabes qué les sucedió a esos niños rubios de Goebbels cuyos nombres empezaban por H? También fueron sacrificados en la *Wa-purgisnacht*: envenenados con cianuro en el bunker de Hitler en Berlín por sus propios padres, quienes mataron a su perro Blondi del mismo modo y luego se suicidaron.

—¿Sacrificados? ¿Qué demonios quieres decir? —exclamé.

—La víspera del primero de mayo es la noche del sacrificio y la purgación —me explicó Zoé—. El día siguiente recibía antes el nombre de *beltaine*, los fuegos de Bel o Baal, la sexta estación del calendario celta y el punto central del año pagano. La noche en que Hitler se suicidó, el 30 de abril, recibía en tiempos remotos el nombre de Noche de la Muerte. Se trata del único día santo pagano que no se convirtió nunca al calendario cristiano y que posee aún su poder primario original intacto.

—¿Así que la gente que murió en el bunker de Hitler sacrificó a sus hijos en algún tipo de... rito pagano? —pregunté horrorizada.

Zoé no me respondió directamente.

—El acontecimiento más importante de esa noche fue el primero: un matrimonio entre dos personas que sabían que pronto estarían muertas —dijo Zoé—. El novio era Adolf Hitler, por supuesto. Pero, ¿quién era la novia en esta boda celebrada en un momento tan peculiar? Una mujer insignificante que cumplía una función importante y que de forma muy interesante se llamaba Eva, como la primera mujer de la Biblia, la madre de la humanidad. Su apellido describe el color de la tierra, la *prima materia* que sirve de base a todas las transmutaciones alquímicas. Era Eva Braun.

Y con ese comentario, Zoé empezó su relato...

EL SEÑOR BROWN

—Y hay un hombre cuyo nombre desconocemos, que trabaja en la sombra para sus propios fines... ¿Quién es? No lo sabemos. Se refieren a él con el poco comprometido nombre de «señor Brown». Pero una cosa sí es cierta: es el mayor genio criminal de su época. Controla una organización extraordinaria. Originó y financió gran parte de la propaganda pacifista durante la guerra. Tiene espías en todas partes...

—¿Podría describirlo?

—No me fijé. Era muy corriente, como cualquier otro.

AGATHA CHRISTIE» *El misterioso señor Brown* (1922)

Los nombres y las palabras eran importantes para Afortunado. Palabras como «providencia», «sino» y «destino» aparecen docenas de veces en las páginas de *Mein Kampf*, como cuando afirma que «hoy parece providencial que el destino eligiera Braunau am Inn como mi ciudad natal». El Inn es uno de los cuatro ríos que nacen cerca de un punto elevado de los Alpes suizos y que forman una cruz que se extiende por el mapa de Europa para desembocar en cuatro mares. El Inn es el último afluente del Danubio cuando abandona Alemania y cruza Austria, Checoslovaquia, Hungría, Yugoslavia, Rumania y Bulgaria, y desemboca por fin en el mar Negro. En el norte, el brazo de la cruz está formado por el Rin, que recorre Alemania y Holanda y desemboca en el mar del Norte. El Ródano fluye hacia el este y el sur a través de Francia y llega al Mediterráneo. El Ticino se une al Po en Italia y desemboca en el Adriático. Cuatro ríos, cuatro direcciones.



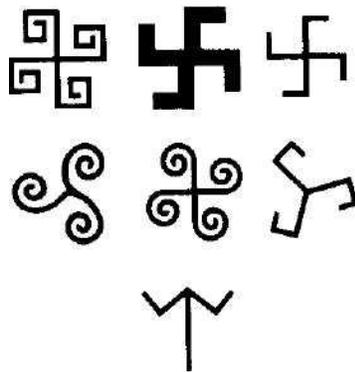
La división de un espacio en cuatro partes, como los cuatro ríos del Edén, o cruzar dos líneas

y que sus extremos terminen en ángulo recto era también un signo antiguo de poder enorme denominado Cruz de los Magos. En sánscrito, el nombre era *svastika*, uno de los primeros símbolos de la humanidad. Describe cuatro elementos (tierra, aire, fuego y agua) y un quinto elemento oculto en el centro, el eje polar, el gozne sobre el que el mundo gira y a cuyo alrededor se mueven las osas celestiales.

En el lugar donde nacen esos cuatro ríos, se encuentra el Pequeño San Bernardo, el paso que los romanos denominaban *Alpi Graie*, el *alp* griego, considerado el camino que tomó Hércules en su regreso a Grecia y la ruta que siguió Aníbal para llegar a Italia. Antes de la época de César existía en ese lugar un templo dedicado a Júpiter y a finales del siglo pasado, una comunidad utópica que posee

cierta importancia en mi historia. El eje más importante de los pueblos germanos, conectado geománticamente con ese mismo punto, era el *Irmisul*, que se situaba en el bosque sagrado en *Externsteine*, una piedra que sobresale por encima del bosque de Teutoburgo, en Westfalia. Marcaba el lugar sagrado donde las tribus teutonas hicieron retroceder a los romanos en el año 9 d.C, lo que obligó a Roma a abandonar su provincia norteña de Germania. Cuando Carlomagno venció a los sajones en el 772, lo primero que hizo fue destruir este famoso pilar junto con su arboleda sagrada, porque comprendió que el *Irmisul* significaba mucho más que una fecha importante en la historia teutona: la tradición popular afirmaba que desde los albores del tiempo, en ese lugar se había levantado un pilar.

Irmis Saule, “ el sendero de Hermann ” era el nexo que conectaba el cielo y la tierra. El dios nórdico Hermann y sus variaciones *Ir*, *Tyr*, *Tiu* o *Ziu*, no era otro que el dios guerrero del cielo, Zeus. Su piedra, el *Irmisul*, estaba tallada con la forma de la runa *Tyr*, la forma nórdica mas antigua de la esvástica:



Guido von List, el mismo ocultista vienes que a principios de siglo, durante un ataque de ceguera, redescubrió el significado perdido de las runas, también había fundado veinte años antes la Sociedad *Iduna*, un grupo esotérico llamado así en honor de la diosa teutona *Idún*, que lleva las manzanas mágicas de la inmortalidad. Al igual que el *Idas* romano, que dio nombre a los *idus* o punto medio de un mes, *Idún* era la diosa del eterno retorno. La raíz sánscrita constituía también una de las dos grandes fuerzas, *ida* y *píngala*, que formaban el sendero serpenteante de la transformación.

En plena Primera Guerra Mundial, Guido von List anunció su última y más poderosa

profecía, inspirada en la *Edda*, las famosas sagas islandesas que relatan la batalla final del mundo en los últimos días. En la leyenda, todos los guerreros que mueren en la llanura de Ida «renovación brillante» vuelven a nacer de inmediato en cuanto son asesinados. List predijo que quienes muriesen en el campo de batalla por los ideales contenidos en las runas participarían en el eterno retorno: los que cayeran en la Primera Guerra Mundial, la guerra que había de acabar con todas las guerras, se reencarnarían de inmediato, al igual que los soldados de la llanura mitológica de Ida.

Los recién renacidos se unirían para formar una fuerza que alcanzaría su máximo poder cuando la mayoría de ellos cumpliera dieciocho años. Esta fuerza despertaría el espíritu dormido de *der Starke von Oben* («el fuerte de las alturas»), que invocaría a los antiguos dioses teutones y cambiaría el mundo. Un examen astrológico reveló que ese espíritu se manifestaría hacia finales de 1932 y desataría el poder de las runas, que había permanecido dormido durante dos mil años, desde la época de la conquista romana.

Cuando Adolf Hitler llegó a la cancillería de Alemania, el 30 de enero de 1933, ordenó de inmediato la reconstrucción y la consagración de la Irminsul destruida por Carlomagno. En la cercana Paderborn, Himmler remodeló el castillo de Wewelsburg para la Orden de los Caballeros Teutónicos. Cuando Hitler ordenó a su arquitecto, Albert Speer, que copiara en los terrenos de Nuremberg el diseño del templo de Zeus en Pérgamo, en la costa turca, el Instituto Alemán de Zahoríes no se limitó a rastrear la zona para localizar las principales fuerzas terrestres, sino que determinó a partir de las interpretaciones arquitectónicas que la estructura del templo de cuatrocientos metros donde iba a colocarse el podio de Hitler no estaría bien situado para controlar todos los poderes geománticos. De modo que el emplazamiento del edificio se trasladó unos centenares de metros de distancia hacia el oeste, lo que obligó a drenar un lago y desviar una vía férrea.

Sobre el estadio, Hitler mandó colocar una enorme águila con las alas abiertas con la forma de la runa Tyr para simbolizar a la vez el *Weibaarin*, el águila hembra consorte de Zeus, y la *Weberin*, la tejedora o hilandera del destino del mundo en los últimos días. Hitler contó a Speer que esta imagen le había sido revelada en un sueño que tuvo tras haber quedado ciego (muy a la imagen de List) debido al gas mostaza, mientras luchaba en el Frente Occidental durante la Primera Guerra Mundial. Esos dos elementos, el águila y la araña, el vuelo y el tejido, las fuerzas del cielo y la cueva, se combinaban en un único espíritu heráldico que un día serviría de sol y luna para guiar su Orden Santa.

El 9 de noviembre de 1918, la noticia de que el kaiser Guillermo II había abdicado y que el nuevo Gobierno socialista había hecho un llamamiento a la paz desencadenó un segundo sueño profético de Afortunado: Wotan acudiría para guiarlo a él y a Alemania hacia la grandeza. Escribió este poema:

*Muchas veces acudo en noches amargas al roble de Wotan en el claro
e invoco a los poderes oscuros para que tejan una unión,
esos poderes rúnicos que la luna crea con su embrujo de hechicera;
y todos aquéllos forjados con la luz del día son derrotados por su
fórmula mágica...*

Hitler solía afirmar que consideraba Berlín como la sede de su nueva orden religiosa y

Munich, como su corazón.

Pero esa noche, en las tinieblas de su mente, vio que desde tiempos inmemoriales Nuremberg había sido el centro espiritual, el alma del pueblo alemán, la montaña donde dormía el dios Wotan. Albert Speer bautizó a su creación en la plaza de armas de Nuremberg como Catedral de la Luz, lo que se adecuaba a alguien que deseaba representarse a sí mismo simbólicamente como *der Starke von Oben*, el eje entre el cielo y la tierra, la puerta que conectaba pasado y futuro.

La palabra operante en el Partido Nacionalsocialista era «nacionalista». Los nazis estaban interesados en encontrar las raíces de la genealogía aria, la geomántica, los misterios y lo oculto. Buscaron en pozos» manantiales y cementerios antiguos, y documentaron el legado conservado en las piedras erigidas por toda Europa. Enviaron expediciones secretas a las montañas Pamir y a los Pirineos, donde revolvieron las cuevas en busca de documentos perdidos, sellados en ánforas de arcilla durante miles de años, que pudieran revelar la verdad de su linaje sagrado y sabiduría perdida.

Se creía que había mucha información cifrada de forma secreta en las epopeyas nacionales de los países nórdicos y se dedicaron a interpretarlas. Muchas pistas señalaban en dirección a la historia de la guerra de Troya. En las famosas sagas islandesas del siglo XIII, la *Eddaprosai*ca y la *Heimskringla*, Odín era el rey de la antigua Tyrland, llamada así en honor del dios nórdico Tyr, un reino conocido también con el nombre de Troya. Se cree que la saga *Ragnarok*, el Crepúsculo de los dioses, en la que Richard Wagner basó su ópera *Die Götterdämmerung*, es una descripción de ese largo y devastador conflicto, con Odín como rey Príamo.

Gracias a su boda con la sibila troyana, Odín obtuvo el regalo de la profecía y predijo la destrucción de Troya; también vio que después le esperaba un futuro glorioso en el norte. Odín partió en peregrinación por las tierras nórdicas junto con su familia, muchos troyanos y gran cantidad de valiosos tesoros. Dondequiera que se detenían en esta migración, los habitantes locales los consideraban más como dioses que como hombres; Odín y sus hijos recibieron todas las tierras que quisieron, porque llevaron con ellos el regalo de cosechas abundantes y, según se creía, controlaban el clima.

Odín nombró a sus tres primeros hijos reyes de Sajonia, Franconia y Westfalia; en Jutlandia (Schleswig-Holstein y Dinamarca) proclamó rey a su cuarto hijo, y en Sviythiod (Suecia), al quinto; un sexto se convirtió en rey de Noruega. En cada lugar donde se establecieron, enterraron uno de los tesoros sagrados que habían llevado con ellos desde Troya, la espada de Hércules o la lanza de Aquiles, por ejemplo, como la base para proteger sus reinos y para formar el eje geomántico que los conectaba: la estrella de seis puntas de la runa Hagal.

Odín, hechicero de enormes poderes y sabiduría equiparable a la de Salomón, desafió más adelante al dios Wotan. La esposa de Odín, la sibila, una profetisa procedente de Marpessos, a los pies del monte Ida en la actual Turquía, pertenecía a una larga línea de mujeres que registraban la historia de los reyes troyanos y profetizaban el futuro de sus descendientes: sus escritos se denominaban también oráculos sibilinos.

Después de la guerra de Troya, se redactaron dos copias de estos oráculos sibilinos y se trasladaron por motivos de seguridad a la colonia griega de Eritras, en la costa turca, y a las cuevas de Cumas, al norte de Nápoles. Más adelante, en el año 600 a.C, la última descendiente de las sibilas troyanas llevó los libros de Cumas a Roma y los ofreció al rey romano Tarquino. El monarca los conservó en un refugio bien custodiado, donde

permanecían aún durante la época imperial porque esos documentos eran de gran valor no sólo para los descendientes teutones de Wotan, sino también para los romanos: Rómulo y Remo, los fundadores de Roma, eran descendientes de Eneas, el héroe troyano del poema épico de Virgilio, la *Eneida*. Cuando Virgilio murió, el emperador Augusto situó su tumba junto a la carretera de Nápoles a Cumas, donde Eneas había descendido a las regiones infernales. La cultura romana disfrutó de un «Reich de mil años» desde su fundación en el año 753 a.C. hasta su conversión al cristianismo bajo el reinado de Constantino, quien en el 330 d.C. trasladó nuevamente la capital imperial a la región de Troya. Una segunda fase duró hasta la conquista de Constantinopla por los turcos otomanos en 1453, mil años después de la caída del Imperio Romano Occidental frente a los germanos. De modo que desde el punto de vista mitológico esas dos culturas, la teutona y la romana pueden considerarse como dos ramas de la misma vid: descendientes ambas de Troya.

Los germanos se consideraban a sí mismos los hijos «legítimamente elegidos», cuyo antepasado Wotan no sólo era un héroe como Eneas sino también un líder de sangre real y un dios. No aceptaban la teoría de que la cultura había llegado al norte pagano de manos de Carlomagno y de los francos carolingios, usurpadores que se arrastraron a Roma para besar el anillo pontificio y ser coronados emperadores del Sacro Imperio Romano.

Cuando la ecléctica carrera de Zoé por los dos milenios hubo concluido, nos contó el modo en que estaban entrelazados esos Reich de mil años.

—Desde una edad muy temprana, Hitler acudió a una escuela para chicos en la abadía benedictina de Lambach. Según contaba él mismo, cuando cantaba en el coro quedaba embriagado por el esplendor solemne de las fiestas eclesiásticas y aspiraba a convertirse en un monje negro, como se denominaba a los benedictinos.

Eso me sugirió los comentarios de Virgilio sobre san Bernardo, patrón de los templarios, quien sin la ayuda de nadie había convertido la orden benedictina en la más poderosa de Europa.

Según Zoé, Benito, coetáneo del rey Arturo y de Atila rey de los hunos, construyó trece monasterios situados en importantes centros religiosos paganos o cerca de ellos. Doce se encontraban fuera de Roma, en Subiaco, a muy poca distancia de las ruinas del palacio del emperador Nerón frente al Sacro Speco, una famosa gruta oracular donde el propio Benito había vivido varios años como ermitaño. Cuando algunos monjes de órdenes vecinas intentaron envenenar al entrometido Benito, que se había propuesto «purificarlos», éste se marchó y se estableció en el emplazamiento de la antigua ciudad de Cassino, entre Roma y Nápoles, donde construyó su legendario decimotercer monasterio: Montecassino.

En plena Segunda Guerra Mundial, cuando los Aliados desembarcaron en Nápoles, tras la caída del Gobierno de Mussolini, los alemanes estuvieron seis meses defendiendo Montecassino en una de las batallas más largas de la guerra. Los bombardeos aliados redujeron la montaña a escombros. Aun así, el ejército alemán, que ya había trasladado los muchos tesoros y archivos del monasterio para su seguridad, luchó entre las ruinas en un intento desesperado por conservar la montaña.

—Defendieron fanáticamente Montecassino por orden expresa de Hitler —afirmó Zoé—. Al igual que ocurría con el monte Pamir en Asia central, los zahones y científicos geománticos habían asegurado a Hitler que Montecassino, en Italia, era uno de los puntos clave del inmenso entramado de poder que circundaba la tierra.

—Sí, eso le comentaba a Ariel ayer por la noche —explicó Wolfgang—. Al parecer esos lugares están conectados con el eón entrante. Y las acciones de Hitler también.

—Ya lo creo —corroboró Zoé—. Un acontecimiento importante lo confirma. Desde que el horóscopo de Afortunado le predijo que sólo sería destruido por su propia mano, sus íntimos le conocían como «el hombre que no puede ser asesinado». El último atentado contra su vida, en su cuartel general «el portillo de los lobos», se produjo el 20 de julio de 1944 por obra de Claus Schenk von Stauffenberg, un atractivo héroe de guerra, aristócrata y místico. Dado que su nombre se conecta simbólicamente con la era entrante (*Schenk* significa «el que lleva una copa» y *Stauf*, «jarra»), muchos consideraron a Stauffenberg el «portador de agua» que nos conduciría hacia la nueva era mediante la destrucción del gran adversario. Más importante aún era que Stauffenberg, al igual que Wotan, había perdido, o quizás entregado, un ojo en la guerra.

»Pero de nuevo Afortunado hizo honor a su apodo —añadió Zoé—. Después, cuando se quitó la vida, eligió el cianuro, una bala y el fuego (también simbólicos), la triple muerte celta, como *die Götter-dämmerung*.

—Ésa es una descripción muy artística para alguien que era un homicida maniaco —indiqué—. Sólo hay que echar un vistazo a las muertes de Mussolini y de Hitler: al primero lo colgaron en la plaza del pueblo como si fuera una salchicha, mientras que el segundo fue incinerado con una lata de gasolina. Yo no considero que esa forma de morir sea heroica ni noble, ni mucho menos un crepúsculo de los dioses. Sin olvidar los millones de personas que Hitler eliminó en el Holocausto antes de acabar consigo mismo.

—¿Sabes lo que significa la palabra holocausto? —preguntó Zoé.

—*Holo-kaustos* —respondió Wolfgang—. Significa totalmente quemado, ¿verdad? En griego, si se consideraba que una ofrenda animal era un buen sacrificio, la denominaban «completamente consumida por el fuego». Eso quería decir que los dioses habían aceptado lo que se les había enviado. Para los griegos, sin embargo, se trataba más de una acción de gracias por los dones ya recibidos, mientras que para los semitas este tipo de cosas eran la expiación por los pecados anteriores de la tribu.

¿Qué demonios estaban diciendo? Me recordé a mí misma que estaba emparentada con esos dos individuos que estaban ahí sentados, charlando tan tranquilos, incluso con cierta alegría, del mayor asesinato en serie como si se tratara de algún rito religioso atávico. ¿Acaso no tenían bastante con sugerir que Hitler había preparado que lo encendieran como una antorcha y que había practicado un ritual pagano en el que habían intervenido seis niños, un perro y un grupito de amigos en un bunker subterráneo en la noche de *Walpurgisnacht* para que su muerte recordara el autosacrificio de un héroe teutón? Pero si lo entendía bien, lo que ahora insinuaban era aún peor.

—No podéis hablar en serio —solté—. No estaréis diciendo que la muerte de Hitler formaba parte de algún terrible rito divino que implicaba el asesinato a gran escala para tratar de purificar la tierra y los linajes de todo el mundo debido a una profecía sobre un avatar de una nueva era, ¿verdad?

—Es algo un poco más complicado —me informó Zoé—. Cuando llegaste, te dije que te explicaría lo del mago que falta en los *deux magots*. Algunos opinan que es Baltasar, que ofreció el regalo de la mirra amarga, por las lágrimas de arrepentimiento. Pero de hecho era Gaspar, cuyo regalo fue el incienso: una ofrenda de sacrificio.

—Como la muerte de Kaspar Hauser —dije, al recordar el relato de Wolfgang en nuestro viaje a la abadía de Melk.

—¿Has visitado la tumba de Kaspar Hauser en Ansbach? —preguntó Zoé—. Está en un pequeño cementerio con muros de piedra y lleno de flores. A la izquierda de la tumba, una

lápida que indica *Morgenstern*, «lucero del alba» en alemán, la estrella de cinco puntas de Venus. La piedra de la derecha es *Gehrig*, «el arquero», es decir el centauro celestial Sagitario, que procede de la palabra *ger*, «saeta», en alto alemán antiguo. ¿Una coincidencia? Más bien un mensaje.

—¿Un mensaje? —me extrañé.

—El centauro sacrificó su vida para intercambiar su lugar con Prometeo en el Hades. Sigue estando asociado con los *suffs* y las escuelas místicas orientales. La estrella de cinco puntas de Venus era el símbolo del sacrificio necesario para la iniciación a los misterios pitagóricos. Creo que el mensaje que debe leerse en la tumba de Kaspar Hauser es que, al inicio de cada nueva era, deben realizarse sacrificios, voluntarios o involuntarios.

Zoé sonrió de forma extraña y sus fríos ojos aguamarina me atravesaron.—En nuestra historia se produjo un sacrificio de este tipo: la muerte de la sobrina de Afortunado, la hija de su hermana Angela. Quizá la única mujer a quien Afortunado quiso jamás —concluyó Zoé—. Estudiaba ópera, como Pandora, y habría llegado a ser una cantante excelente. Pero se disparó un tiro con el revólver de Afortunado, por motivos que nunca llegaron a explicarse. Se llamaba Geli Raubal, un diminutivo de Angeli, «angelito». Este término procede de *ángeles*, que significa «mensajero». Como verás, al igual que en el caso de Kaspar Hauser, podía tratarse de un mensajero simbólico que murió por lo que otros andaban buscando.

—¿Y qué andaban buscando? —quise saber.

—El conocimiento del eterno retorno; el círculo mágico de Pandora — sentenció Zoé—. Sencillamente, el poder de la vida tras la muerte.

EL MENSAJERO

La creencia de [los tracios] en su inmortalidad adquiere la siguiente forma... Cada cinco años, eligen a uno de ellos al azar y lo envían a Zalmoxis como mensajero... para pedir lo que quieren,.. Algunos sostienen jabalinas y puntas de lanza apuntando hacia arriba mientras otros sujetan las manos y los pies del mensajero y lo balancean para lanzarlo sobre las puntas. Si resulta muerto, creen que el dios los bendice con su favor, pero si vive, culpan a su propio mal carácter y envían a otro mensajero en [su] lugar.

He oído un relato distinto de los griegos:... Zalmoxis era un hombre que vivió en Samos, donde era esclavo en la casa de Pitágoras... Después de ganarse la libertad y de amasar una fortuna regresó a su Tracia natal... donde se entrevistó con los dirigentes y les indicó que ni él ni ellos, ni ninguno de sus descendientes moriría jamás.

HERODOTO,

Historias

Y aquellos de los discípulos que escaparon al incendio fueron Lydis, Archippos y Zalmoxis, el esclavo de Pitágoras quien, según se dice, había enseñado la filosofía pitagórica a los druidas celtas.

HIPÓLITO, obispo de Porto Romano,
Philosophoumena

He escapado yo solo para anunciártelo.

Job 1,15-16-17-19

*Camulodunum, Britania: primavera
del año 60 d. C.*

FRACTIO

Tomó Jesús pan y lo bendijo... y dándoselo a sus discípulos dijo: «Tomad y comed, éste es mi cuerpo.» Tomó luego el cáliz y dio las gradas... diciendo: «Bebed todos de él;pues ésta es mi sangre.»

Evangelio según san Mateo

26,26-28

Hará Yahvé Sebaot a todos los pueblos en este monte un convite de manjares frescos, convite de buenos vinos: manjares de tuétanos, vinos depurados; consumirá en este monte el velo que cubre a todos los pueblos y la cobertura que cubre a todas las gentes, consumirá a la Muerte definitivamente.

Isaías 25, 6-7

La hierba a sus pies formaba una tupida alfombra verde esmeralda que aliviaba su alma tras otro largo y arduo invierno bajo el yugo romano. Se mantenía bien erguida y orgullosa en el carro de mimbre, sobre el montículo de césped, mientras sujetaba las riendas con suavidad y la brisa matinal le levantaba de los hombros los cabellos pelirrojos, que le caían hacia la cintura como una ola.

Ese último año había sido peor que los quince anteriores bajo la ocupación romana, porque el joven emperador Nerón había resultado ser más codicioso que su padrastro Claudio, a quien él mismo había envenenado según apuntaban los rumores.

Ahora, muchos colonos romanos oportunistas echaban a los bretones nativos de sus tierras con el apoyo de guarniciones de soldados legionarios. Hacía pocos meses, cuando murió su marido, ella misma, una reina orgullosa de la casa real de icenios, y sus dos hijas pequeñas, habían sido violadas por oficiales romanos, que las sacaron de su hogar y las golpearon en público con barras de hierro. El emperador Nerón había confiscado sus vastas tierras, y las riquezas y posesiones más preciadas de la familia partían, junto con las de muchos más, hacia Roma. Pero a pesar de todas esas tragedias, sabía que había salido mejor parada que muchos otros: los bretones eran capturados en todas partes y los vendían en grupos encadenados para construir ciudades romanas, cuarteles romanos, acueductos romanos y carreteras romanas. ¿Qué elección les quedaba como bretones? Sólo la libertad o la muerte.

Se mantuvo en silencio, junto a sus hijas que la acompañaban en el carro, mientras los caballos pateaban el césped. Supervisó la multitud que formaba un amplio círculo alrededor de los límites del extenso campo abierto y que la observaba: todos aguardaban para ver lo que haría.

Cuando por fin guardaron silencio, ató las riendas en la perilla, abrió los pliegues de su túnica multicolor, sacó la liebre y la mantuvo por encima de su cabeza para que todos la vieran. Era una liebre blanca sagrada, criada por los druidas para este fin. Entre los ochenta mil hombres, mujeres y niños congregados en la hierba no se oyó el menor ruido. Sólo el relincho de un caballo rompió el silencio interminable. Entonces, soltó la liebre.

Al principio, el animal permaneció en el montículo de hierba, aturdido ante los miles de humanos que lo rodeaban, plantados como árboles de piedra, esperando en silencio. Luego, se lanzó en una alocada carrera montículo abajo y cruzó sin pensárselo el campo abierto: una mancha blanca por encima del manto verde. Corrió en dirección al suroeste, alejándose del sol, y cuando la muchedumbre lo vio, se unieron todos en una sola voz para soltar alaridos de júbilo y de guerra a la vez que lanzaban los tartanes al aire como si fuera una lluvia de cuadros escoceses.

Porque habían visto que la liebre profética avanzaba en dirección a Camulodunum. Los ejércitos de Budicca ahí reunidos podrían llegar a esa localidad al caer la noche si se daban prisa. Y al amanecer, dieciséis años de abusos padecidos por los bretones y sus tierras quedarían eliminados en una orgía alimentada con sangre romana.

Isla de Mona, Britania: primavera del año 60 d. C.

CONSIGNATIO

Aquí, en el extremo del mundo, en su último palmo de libertad, hemos vivido sin ser abordados hasta la fecha, defendidos por la lejanía y el olvido. Ahora, los lugares más alejados de Britania se ven expuestos... nada más que el mar, las rocas y los romanos hostiles, cuya arrogancia no puede engañarse con la docilidad ni con el modesto autocontrol. Predadores del mundo... [Ni] el Este ni el Oeste los ha saciado... saquean, asesinan, roban, lo que denominan de forma errónea imperio. Han convertido el mundo en un páramo yermo y lo llaman paz.

TÁCITO, *Agrícola*,

«cita del jefe británico Calgaco, acerca de los romanos»

Es un derecho básico del hombre morir y matar por la tierra donde vive, y castigar con excepcional severidad a todos los miembros de su propia estirpe que se hayan calentado las manos en el hogar de los invasores.

WINSTON CHURCHILL,

Historia de los pueblos de habla inglesa

No era una simple cuestión de lograr el control o la sumisión de los nativos a corto plazo, como Suetonio Paulino sabía de sobra. Había empezado su carrera en las montañas Atlas subyugando los alzamientos beréberes contra la ocupación romana. Como había capeado muchas campañas de ese tipo, Suetonio estaba bien preparado para el combate en terreno difícil o para una feroz oposición en la lucha hombre a hombre.

Pero en los dos años transcurridos desde que el emperador Nerón lo había nombrado gobernador de Britania, Suetonio había entendido que esos druidas eran distintos. Gobernantes, a la vez que profetas, fueran hombre o mujer, ostentaban el más elevado rango sacerdotal en la tierra y su pueblo los consideraba casi como dioses. Suetonio sabía sin duda alguna que a la larga sólo había una forma de controlarlos: tenían que ser aniquilados por completo.

Su santuario principal se encontraba frente a la costa de Cambria, en la isla de Mona, la vaca, mote de Brígida, una diosa luna de la fecundidad parecida a Deméter. Creían que la diosa los protegía y que los guerreros que morían en combate rejuvenecían en su caldero de renacimiento. El pasadizo subterráneo hacia el caldero se situaba bajo un lago que yacía cerca de la gruta sagrada de Mona.

Suetonio Paulino tuvo que emplear dos años de secretos y engaños para determinar cuál era

el momento más propicio para golpear este bastión cerca de la costa sin posibilidades de defensa ni de retirada. Al final averiguó que cada año todos los sacerdotes druidicos de importancia se congregaban allí el primer día del mes romano de mayo. Era el día que los celtas denominaban *beltaine*, por los *taine* o fuegos que encendían la noche anterior para limpiar y purificar los bosques sagrados, como preparación para la visita anual de la Gran Madre que traía consigo el mes de la fertilidad. Se trataba del día más sagrado del año, cuando los druidas no trabajaban ni llevaban armas y, por lo tanto, Suetonio esperaba que sería cuando menos prevenidos estarían frente a un ataque. Disponía de una flotilla de barcos de poco calado, construidos para hacer llegar las tropas desde tierra a través del corto pero muchas veces violento estrecho. La víspera del primero de mayo, al anochecer, navegaron con sigilo sobre la espuma del mar, rodearon la costa por el extremo sur de la isla y desembarcaron lejos de tierra firme, en el oeste, en Holyhead.

En ese lugar, mientras los barcos se deslizaban silenciosos hacia la costa, ya se estaban celebrando las ceremonias del ritual de purificación, aunque todavía no había oscurecido. Unas figuras que llevaban antorchas encendidas se movían en las sombras, entre las arboledas que se extendían a lo largo de la playa. El sol empezaba a hundirse con lentitud en el mar rojizo cuando los soldados romanos colocaron su equipo en la arena y avanzaron entre el vaivén de las olas. Pero de repente se detuvieron ante el espectáculo al que se enfrentaban.

Un grupo de personas, todas vestidas de negro, llegó a la playa avanzando como un implacable muro humano. Los sacerdotes varones caminaban con los brazos levantados hacia el cielo y gritaban maldiciones y juramentos a pleno pulmón. Las mujeres, con los cabellos despeinados y enredados, revoloteaban entre ellos como insectos, con las antorchas en alto. Entonces, en una súbita oleada, las mujeres salieron corriendo, gritando como fieras, a través de la playa guijarrosa hacia los soldados romanos.

Los oficiales de Suetonio observaban impotentes cómo las tropas permanecían inmóviles en la orilla, intimidadas, paralizadas por esa banda de arpías aulladoras que parecían salidas del mismísimo Hades. Suetonio avanzó entre las líneas a medida que las mujeres enloquecidas corrían hacia ellos; gritó órdenes y maldiciones a los soldados por encima del ruido ensordecedor de los druidas, hasta que por último los oficiales recobraron la calma y empezaron a seguir su ejemplo. «¡Acabad con ellas!», la orden fue recorriendo el escalafón de mando. Las mujeres, con sus alaridos y las antorchas encendidas, se les venían encima mientras los gritos ensordecedores de los sacerdotes druidas resonaban en sus oídos.

En el último instante posible, los soldados atacaron.

José de Arimatea estaba junto a Lovernios en el borde del acantilado. No podía evitar recordar esa otra puesta de sol en que desde lo alto de otro acantilado había observado con su amigo cómo el sol descendía y el mar se teñía de rojo, hacía veinticinco años, en otra costa de otro país, cuando todo había empezado. Cuando quizá se podía haber impedido. Pero ahora, con los oídos llenos de los gritos de la playa, se volvió horrorizado hacia Lovernios.

—¡Debemos intervenir! —gritó José, que cogió a su amigo del brazo—. ¡Tenemos que ayudarlos! ¡Tenemos que hacer algo para detenerlo! ¡Ni siquiera se defienden! Los romanos usan sus propias antorchas para atacarlos; ¡les han prendido fuego a los cabellos y las ropas! ¡Los están masacrando!

El druida permaneció inmóvil. Sólo se estremeció ligeramente cuando, por encima del

terrible clamor y griterío, oyó el ruido de las hachas detrás de las rocas y comprendió por primera vez lo que los romanos traían entre manos: querían destruir el bosque sagrado.

Lovernios no miró a José. Tampoco echó un vistazo a la carnicería de la playa, que no sólo representaba la masacre de su pueblo, sino también la destrucción de todo aquello en lo que creía y que valoraba; el ocaso de su modo de vida, incluso de sus dioses. En lugar de eso, contempló el mar como si en ese crepúsculo occidental vislumbrara otro lugar, otro tiempo en el pasado remoto o en el futuro aún más remoto. Cuando por fin habló, a José le pareció que sus palabras sonaban lejanas y extrañas, como el eco en un pozo frío, húmedo y sin fondo.

—Cuando Esus murió, contabas con la fortaleza de tu sabiduría —recordó a José—. Sabías lo que tenías que hacer y lo llevaste a cabo. Intentaste comprender el significado de su vida y de su muerte, y en estos casi treinta años nunca has cejado en tu empeño. Sin embargo, la sabiduría verdadera no sólo radica en saber lo que se puede o no se puede hacer, sino en saber lo que hay que hacer. Y también en saber cuál es, ¿cómo lo dijiste entonces, hace tanto tiempo?, el *kairos*: el instante crítico.

—Por favor, Lovernios, estamos en el instante crítico. ¡Dios mío! —exclamó José. Pero resultaba obvio, incluso en su apremio, que la situación no tenía solución posible. Cayó de rodillas allí mismo, en el acantilado, se cubrió la cara con las manos y rezó mientras el crujir de los árboles talados se mezclaba con los gritos aterradores. Oía ambos sonidos de la muerte juntos, empujados como espectros por las aguas silenciosas. Pasado un momento, José notó que Lovernios le apoyaba una mano reconfortante en la cabeza mientras le decía con una voz tranquila, como si hubiera encontrado una esperanza oculta que sólo él fuera capaz de percibir:

—Los dioses exigen dos cosas —afirmó—. Debemos partir enseguida, esta noche, y sacrificar todos los objetos poderosos que poseemos; lanzarlos a las aguas sagradas del Llyn Cerrig Bach, el lago de las piedrecitas.

—¿Y después qué? —susurró José.

—Si eso no surte efecto —concluyó Lovernios con solemnidad—, puede darse el caso de que tengamos que enviar al mensajero...

El mensajero del sur llegó al lado opuesto de la isla tras el amanecer, cuando Suetonio Paulino observaba caer el último árbol. Era un árbol antiguo, el más viejo de los miles que poblaban el bosque que la legión había tardado toda la noche en talar.

Ese árbol medía unos veinte metros de circunferencia: los ingenieros de la guarnición habían calculado que tenía el tamaño de una galera con todos los remos. Una vez en el suelo, tenía la altura de uno de esos edificios de tres plantas que habían construido en la costa africana cuando era gobernador de Mauritania.

«¿Cuántos años puede llegar a tener un árbol? —se preguntó Suetonio—. ¿Alcanzarían sus anillos, si tuviera tiempo de contarlos, el número de vidas que han segado los soldados esta noche? ¿Marca la muerte de este árbol, lo mismo que sucedió con otros árboles santos, la muerte de los druidas, como ellos parecen creer?»

Alejó esos pensamientos para concentrarse en cuestiones más prácticas y dispuso a sus hombres para que recogieran los cadáveres vestidos de negro de los druidas y prepararan hogueras para incinerarlos. Después, recordó la instrucción principal del emperador Nerón y envió un grupo de soldados a explorar la isla. Nerón había escrito que tenía motivos para creer, por lo que sabía de su fallecido padrastro (y tío abuelo) Claudio, que los druidas poseían tesoros muy valiosos en bastiones como éste de Mona. Nerón deseaba que lo

informaran enseguida de cualquier hallazgo.

Una vez puesto en marcha ese importante asunto, Suetonio Paulino se acordó del mensajero y pidió que lo condujeran ante él. El soldado tenía un aspecto deplorable debido al cansancio del largo viaje. Además, según habían informado a Suetonio, la apariencia mojada y desaliñada del hombre se debía a que hacía sólo un rato había tenido que lanzarse al agua junto con su caballo para cruzar el corto estrecho que separaba la isla. Se llevaron el caballo, todavía ensillado a pesar de su inmersión en el canal, mientras conducían al mensajero junto al gobernador.

—Tómate el tiempo que quieras; recupera el aliento —lo tranquilizó Suetonio—. Por muy importante que sean las noticias que traes, no te mueras antes de comunicármelas.

—Camulodunum —masculló el mensajero.

Suetonio se dio cuenta del mal aspecto que tenía el hombre: sus labios entreabiertos estaban manchados de sangre y tierra, tenía la mirada perdida y los cabellos cortos despeinados como los cadáveres de esos druidas que cubrían el suelo a su alrededor.

Suetonio chasqueó los dedos para que le trajeran un odre de agua y se lo ofreció al mensajero. Cuando éste hubo bebido y limpiado el polvo que le reseca la garganta, el gobernador asintió para que prosiguiera. Pero el soldado seguía como ido. Aunque todos sus hombres eran soldados experimentados, pensó que quizá la visión de esos cadáveres de hombres y mujeres que casi los rodeaban le habría hecho perder la razón unos instantes.

—Tranquilízate —ordenó Suetonio con firmeza—. Has recorrido más de trescientos kilómetros a un ritmo sin duda vertiginoso. Tienes algo urgente que contarme sobre Camulodunum.

—Están todos muertos —soltó con voz ronca el mensajero—. Millares, decenas de millares, todos muertos. Y la ciudad, el templo claudio, quemados por completo.

El hombre se echó a llorar.

Suetonio primero se sorprendió y luego se enfureció. Echó la mano hacia atrás para abofetear con fuerza la cara del mensajero.

—¡Eres soldado! —le recordó—. En nombre de Júpiter, serénate. ¿Qué ha sucedido en Camulodunum? ¿Ha habido un terremoto? ¿Un incendio?

—Un alzamiento de los nativos, señor —respondió el mensajero mientras intentaba tomar aire—. Los icenios y los trinobantos, puede que también algunas tribus de Corn Wall, no estamos seguros aún...

—¿Y dónde estaba la novena legión Hispana mientras tanto? —quiso saber Suetonio con voz glacial—. ¿Acaso estaba el comandante zurciéndose la toga mientras tribus de nativos descalzos quemaban las ciudades que debería estar defendiendo?

—No son provincianos descalzos, señor, sino ejércitos bien armados, puede que doscientos mil soldados o más —le informó el mensajero—. El comandante Petilio Cerealis me envió aquí, tan rápido como pudiera cruzar el país. La mitad de la novena legión ha sido destruida: dos mil quinientos de los hombres con los que yo estaba y que acudieron a la ciudad para intentar rescatarla. El procurador romano Deciano ha huido al continente con sus oficiales y Petilio se ha atrincherado en su propia fortaleza a la espera de los refuerzos que le ruega le envíe.

—Tonterías. ¿Cómo va a destrozar un puñado de bretones primitivos e incultos media guarnición romana y ahuyentar al administrador colonial en jefe? —replicó Suetonio, que no intentó ocultar en absoluto su desprecio por una gente a la que detestaba. Después escupió

al suelo y añadió—: Ni siquiera son buenos esclavos... ¡cómo van a ser buenos soldados!
—Pero disponen de muchas armas, caballos y carros —indicó el soldado—. Las mujeres luchan junto a los hombres y son mucho más sanguinarias. Las atrocidades que presencié en Camulodunum, señor, rayan en lo indecible. Se encarnizaron con viejos y jóvenes, civiles y soldados, madres e hijos por igual, sin distinciones, siempre que se trate de romanos o de nuestros colaboradores. He visto cadáveres de mujeres romanas con los bebés que mamaban pegados aún al pecho. Y cómo crucificaban a los hombres por las calles, que los dioses me perdonen por decirlo, pero les cortaban partes del cuerpo y se las cosían a los labios mientras seguían respirando...

El mensajero se detuvo, con los ojos nublados por una mirada de terror que el arduo viaje no había conseguido mitigar.

—¿Y qué comandante ejemplar se supone que los ha dirigido en esta expedición? —preguntó Suetonio con repugnancia tras un suspiro.

—Su líder era Budicca, la reina de los icenios, señor —dijo el mensajero.

—¿Esos salvajes han seguido a una mujer al combate? —exclamó Suetonio, que se mostró sorprendido por primera vez.

—Por favor, señor —añadió el mensajero—, el comandante Petilio le ruega que se dé prisa. Por lo que he visto con mis propios ojos, la rebelión dista mucho de haber terminado; aumenta a medida que se vierte sangre. Camulodunum ha caído. Ahora se dirigen a Londinium.

Londinium, Britania: principios de la primavera del año 61 d. C.

COMMIXTIO

Se ha producido y se producirán muchos tipos de destrucción en masa de seres humanos, los mayores por medio del fuego y el agua; otros, menores, por medio de millares de otros infortunios.

PLATÓN,

Timeo

Londinium no había sido la mayor ciudad de Britania, ni la más antigua ni la más importante, como muy bien sabía José de Arimatea. Pero había sido una de las más bonitas, situada en el seno plácido y ancho del gran río. Ahora, mientras recorría por última vez su orilla, Londinium ya no existía: lo que antes era una colonia bulliciosa había quedado reducido a un montón de cenizas rojas.

José observó a los romanos, al otro lado del río, que conducían a sus grupos encadenados de trabajadores nativos por entre los escombros. Y comprendió todo lo que se había perdido

con la destrucción de esa ciudad, y el tiempo que pagarían los bretones ese acto de venganza, por muy justificada que fuera.

Los romanos, al percatarse de que la ciudad era indefendible, la abandonaron hasta poder reunir una fuerza mayor. Ahora, con tres ciudades romanas destruidas, incluida Verulamium, habían aplastado la insurrección. Habían puesto a los rebeldes, que carecían de todo recurso para luchar contra las armadas y preparadas legiones romanas, contra sus propios carros y los habían masacrado; asesinado de forma metódica junto con sus caballos y animales de carga.

Budicca y sus hijas estaban muertas. Se habían envenenado ellas mismas al preferir el perdón de Dios antes que el futuro en manos de los romanos. Y puesto que para continuar con la venganza y la guerra los rebeldes habían abandonado sus hogares la primavera anterior en lugar de sembrar los campos, la tierra permanecía baldía y la hambruna había causado estragos durante todo el invierno.

Los romanos disponían ahora de un suministro interminable de trabajadores esclavos y propiciaban el crecimiento y desarrollo de cualquier colonia con más pobladores que nunca. José sabía que pronto habrían reconstruido Londinium, esta vez con piedras y ladrillos para una mayor estabilidad y fortaleza, en lugar de usar arcilla y adobe. Construirían fortificaciones y cuarteles. Cualquier cortesía fingida que hubieran mostrado en el pasado hacia los nativos, por exigua que fuese, quedaría completamente suprimida.

La noche de las muertes en los bosques santos de la isla de Mona, cuando José lanzó los objetos sagrados del Maestro junto con los de los druidas al Llyn Cerrig Bach y contempló cómo desaparecían bajo las aguas oscuras del lago, comprendió que era el final de una era. ¿Qué había conseguido de todo lo que había esperado y planeado? ¿Qué sería de los objetos que el Maestro quería que conservara? ¿Volverían los objetos, o el Maestro, a resurgir algún día?

Habían pasado treinta años desde la muerte del Maestro. José contaba casi setenta y todo por lo que había luchado tanto por conservar parecía desmoronarse. Cuando regresó al sur el año anterior, por ejemplo, descubrió que su pequeña iglesia de tepe en Glastonbury, al igual que la mayoría del sur de Britania, había ardido en cenizas durante el año de revuelta civil.

Era como si todo aquello por lo que había vivido y por lo que el Maestro había muerto se desvaneciera como una nube que flotaba hacia el horizonte. Incluso las palabras del Maestro que él y Miriam habían luchado tanto y durante tanto tiempo por conservar volvían a estar encerradas en cilindros de arcilla, ocultos en una cueva de las colinas de Cambria. Y al carecer de una tradición orgullosa como la de los druidas, una tradición oral que el mismo Maestro había esperado que serviría para mantener sus palabras y acciones para siempre en el recuerdo, era como si todas sus vidas, incluida la del Maestro, se perdieran en terreno de nadie, en algún lugar entre el recuerdo y el mito.

La historia la escriben los vencedores, como se solía indicar. Pero la historia era lo que ya había sucedido, lo que había pasado y concluido, pensó José. ¿Y el futuro? Eso era lo que quería averiguar en su vuelta al norte. Porque, si bien durante esos treinta años los druidas habían ayudado a José a propagar la filosofía del Maestro en Britania y al otro lado de los estrechos, en Irlanda y en Galia, en esos momentos eran perseguidos como animales salvajes por los romanos.

Aun así, dado su profundo sentimiento religioso hacia la vida y la tierra, su antigua cultura celta y ese peculiar sentido místico que alimentaban en ellos y en los demás, José esperaba que le ayudaran a recuperar la misión que el Maestro le había encomendado tantos años

atrás. Incluso era posible que le pusieran en contacto con el Maestro en persona. Por eso se había ofrecido como mensajero.

Por primera vez en treinta años, José sabía con certeza que algo muy importante iba a suceder, aunque no podía predecir si sería para bien o para mal.

Black Lake, Britania: beltaine del año 61 d.C.

EL ENVÍO DEL MENSAJERO

Los hombres sensatos deben pedir todas las cosas buenas a los dioses, mi querida Clea.

PLUTARCO, *Isis y Osiris*
a Clea, sacerdotisa de Delfos

cocinados y uno quemado, y los colocó en un recipiente.

Sostuvo el recipiente frente a cada hombre para que fueran extrayendo porciones.

Lovernios se quedó con la última. Cuando José abrió la mano, vio que no había elegido el fragmento ennegrecido de torta. Observó a los demás con una mezcla de alivio e incomodidad mientras uno por uno iban levantando la vista de la mano. En ese momento, Belinus, el joven alto y atractivo con la barba y los cabellos rojizos, el hijo de Lovernios, sonrió ampliamente a la luz del fuego. Su mano abierta contenía el fragmento quemado y lo mostraba para que todos lo vieran. Su sonrisa era tan radiante que, por un breve momento, le recordó al Maestro.

Era medianoche cuando los centinelas romanos partieron por fin de la zona y se pudo encender el fuego sin peligro. El resto de la tribu se mantuvo a distancia, protegida por la oscuridad del bosque.

José, con los otros tres hombres que habían sido elegidos, estaba junto al fuego y observaba en silencio cómo Lovernios, con el rostro iluminado por las llamas, mezclaba un poco de agua del lago con la harina de cinco granos que habían traído y preparaba una torta, que luego envolvía con hojas húmedas y cocinaba en las brasas. Cuando la torta estuvo lista, la abrió y quemó un poco una parte; luego la dividió en cinco trozos, cuatro Aunque José no quería alterar la ceremonia bajo ningún concepto, no se le había ocurrido que Belinus sería el elegido.

—¡No! —se oyó decir a sí mismo en voz alta.

Lovernios puso la mano en el brazo de José y con el otro brazo rodeó los hombros de su hijo y lo estrechó, casi con orgullo.

—Deja que sea yo en lugar de tu hijo —pidió José a Lovernios—. Sólo tiene treinta y tres años y toda una vida por delante. Yo tengo casi setenta y he fracasado.

Lovernios echó hacia atrás la cabeza y soltó una gran carcajada, lo que a José no le pareció demasiado adecuado dadas las circunstancias.—En ese caso, amigo mío —indicó

Lovernios—, ¿por qué te ofreces voluntario? ¿De qué nos servirías a nosotros y mucho menos a los dioses? Belinus es el ejemplar perfecto: fuerte, sano, intachable. Sabe ser el siervo perfecto para someterse a la voluntad de Dios. Pregúntale si se siente feliz de ser nuestro mensajero.

A la cabeza de José acudió el recuerdo de la última cena del Maestro, cuando lavó los pies a los demás. No entendía por qué, pero cada vez que pensaba en algo emotivo, en lugar de recibir inspiración sólo le venían ganas de llorar. Belinus le sonrió de forma casi beatífica y se metió feliz el pedazo de torta en la boca. Una vez que lo hubo tragado, se acercó a José y lo estrechó entre sus brazos, balanceándolo con suavidad igual que Lovernios había hecho en su día hacía tantos años.

—José, José —dijo—. No voy a morir, ¿sabes? Voy a entrar en la vida eterna. Deberías alegrarte por mí. Cuando vea a tu Esus, al otro lado, le daré recuerdos de tu parte.

José se cubrió los ojos con la mano y estalló en sollozos, pero Belinus se limitó a mirar a Lovernios y a encogerse de hombros, desconcertado. Su expresión decía: «Todos estos años viviendo entre druidas y sigue pensando como un pagano o un romano.»

Mientras José intentaba serenarse, llamaron a los demás para que salieran del bosque. Una por una, las personas de las tribus celtas fueron saliendo de detrás de los matorrales, se acercaron al fuego para recibir la bendición, llevaron sus tesoros de oro o cobre a la orilla del lago y los encomendaron a las aguas. Cuando todas las vasijas, torques e incluso cadenas de esclavo hubieron desaparecido, avanzaron en fila india tras Lovernios para alejarse del fuego y rodear el lago hacia las tierras bajas donde se encontraban las turberas. Las nubes susurraban a la luna y mandaban una luz fantasmagórica hacia la tierra.

En el borde de la abertura insondable de la turbera, Belinus se arrodilló y alzó las manos. Los dos hombres más jóvenes que se habían ofrecido como voluntarios con José y Lovernios le quitaron las vestiduras y otros adornos para cumplir con su función. Lovernios esperó hasta que su hijo estuvo totalmente desnudo y le entregó la banda de piel de zorro. Belinus se la pasó por el hombro y luego inclinó la cabeza y puso las manos a la espalda para que las ataran con correas de cuero. Los hombres le pasaron también una soga de cuero por el cuello. Belinus con la cabeza aún agachada hacia la turbera dijo en voz baja:

—Madre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

José sintió que esas palabras le traspasaban el alma. Observó, conteniendo el aliento, cómo Lovernios alargaba la mano hacia el saco de cuero y extraía un hacha de caza muy afilada. La mantuvo por encima de su cabeza y levantó los ojos al cielo. La luna apareció por detrás de las nubes e inundó de luz el paisaje. Los celtas guardaron silencio al borde de la turbera; a José le recordaron un bosque de árboles que rezaban. Lovernios entonó con su voz grave:

—Ésta es la muerte por fuego. Por el trueno de dios, te encomendamos a Taranis.

Belinus se mantuvo absolutamente inmóvil cuando el hacha voló a sus espaldas, rápida y segura, aunque a José le pareció oír que soltaba un grito ahogado cuando la hoja de metal afilado le golpeó la parte posterior del cráneo con un crujido quebradizo. Belinus cayó de bruces.

Los dos hombres jóvenes se apresuraron a apretar la soga mientras Lovernios, con un tirón fuerte, arrancaba el hacha de la cabeza de su hijo.

—Esta es la muerte por aire —pronunció Lovernios—. Te encomendamos a Esus.

José oyó el ruido en medio del silencio: el sonido de la tráquea al partirse.

Los dos hombres, a los que ahora se unió José, levantaron el maltrecho pero hermoso cuerpo de Belinus y lo pusieron boca abajo sobre las aguas salobres. Lovernios dijo entonces las

últimas palabras que se pronunciarían esa noche:

—Ésta es la muerte por agua. Te encomendamos a Teutates.

José contempló cómo la turbera engullía el cuerpo, que desapareció sin dejar rastro, tragado por la tierra.

Pero antes de que se desvaneciera, a José le pareció ver, solo por un instante, que algo se movía en las espesas aguas negras. Le pareció ver a Dios con los brazos abiertos, recibiendo el cuerpo de Belinus. Y Dios sonreía.

UTOPIÍA

Quien crea que es portador de la mejor sangre y la haya usado de forma, consciente para guiar a la nación, mantendrá ese liderazgo y no renunciará a él..

Su imagen fatal... será como una Orden Santa.. Es nuestro deseo que este estado subsista miles de años. Nos satisface saber que el futuro nos pertenece.

ADOLF HITLER,

en el sexto Congreso del Partido, discurso «Reich de mil años»

He considerado un deber para con mis congéneres registrar estas advertencias de la raza venidera.

EDWARD BULWER, Lord Lytton

conseguir mejores variedades de plantas y de razas de ganado, y Erasmus pasaba todos los veranos en los Alpes para visitar el lugar donde invertía el dinero. Todo eso era contrario a las ideas de Clio. Aunque criada como suiza protestante, había recibido una

La Closerie des Lilas sigue siendo uno de los restaurantes más encantadores de París, con flores abundantes durante todo el año. Me resultaba un escenario de lo más inadecuado para nuestra incursión por la Alemania y Austria nazis, atrapados en el letal abrazo de mi abuela de ojos azules Zoé. Montones de lilas blancas nos recibieron a la llegada. Teníamos una mesa junto a la terraza, donde unos enrejados estaban cubiertos de parras.

Zoé nos dijo que había encargado el almuerzo por adelantado. Así que, en cuanto el *sommelier* nos hubo traído el vino, se lo hubo dado a probar y nos hubo servido, ella prosiguió con el tema que nos ocupaba: nuestra familia.

—Como os he mencionado antes —empezó—, en lo alto de los Alpes suizos, cerca del paso de San Bernardino, nacen cuatro ríos. En ese lugar existió hace un siglo una comunidad utópica. Mi abuela Clio, una mujer que no se hizo famosa pero que posee una enorme importancia en nuestra historia, vivió ahí durante varios años con mi abuelo Erasmus Behn, uno de los principales fundadores de la comunidad.

De repente se me encendió una bombilla al recordar lo que Dacian Bassarides me había contado sobre las utopías mientras estábamos juntos a las puertas del Hofburg en Viena: que los idealistas que pretenden crear una civilización mejor suelen empezar por intentar mejorar la raza humana.

—Un mundo perfecto en la cima de una montaña, el retorno a la edad dorada —prosiguió Zoé—. El siglo pasado, todo el mundo buscaba ese tipo de cosas, y muchos lo siguen haciendo hoy en día. Pero como también dije, la vida no es sencilla ni tampoco en blanco y negro. No sería de extrañar que ese deseo de mi abuelo por alcanzar la utopía fuera, en el fondo, lo que ocasionó toda la infelicidad posterior. No recuerdo lo que almorzamos ese día. En cambio, me acuerdo perfectamente de todos los detalles del relato de Zoé. A medida que las piezas iban encajando en su sitio, empecé a ver cómo las acciones de una pequeña familia podían constituir de hecho ese gozne o eje que Dacian había mencionado, a cuyo alrededor giran las cosas como los animales en un tiovivo, como el Zodíaco parece dar vueltas alrededor de esa estrella situada en el extremo de la cola de la Osa Menor.

Escuché con interés la historia que Zoé inició sobre el jardín del Edén particular de nuestra familia. Es decir, antes de la caída.

Mi abuela Clio (contó Zoé) era la hija única de una familia suiza que, como muchas otras familias ricas de la época, mostraba gran diversidad de intereses en el ámbito académico. Entre ellos figuraban los viajes y la investigación de las culturas y reinos perdidos de muchas tierras. Clio también estaba interesada en las investigaciones sobre la antigüedad. No sólo se dedicaba al estudio de libros polvorientos, sino que sentía pasión por un campo que no se inventó hasta hace poco: la arqueología sobre el terreno.

Cuando contaba veinte años, Clio ya había emprendido numerosos viajes de este tipo con su padre hacia regiones recónditas y exóticas del mundo. Se unió al aventurero Heinrich Schliemann, que había amasado una fortuna gracias al suministro de armamento militar durante la guerra de Crimea y la gastaba con generosidad en búsquedas oportunistas y muy propagandísticas de los reinos perdidos de Micenas y Troya. Clio había pasado su corta vida estudiando lenguas antiguas y rastreando el origen de muchos objetos que conocía a partir de documentos deteriorados que hallaba en tumbas, cementerios y cuevas. Había usado con éxito sus conocimientos para localizar emplazamientos perdidos de poder y grandeza, así como para encontrar objetos físicos de gran valor, del mismo modo que Schliemann, a partir de la atenta lectura de los clásicos, había conseguido por fin encontrar las tumbas de

Micenas, que contenían el mayor tesoro antiguo del mundo.

En 1866, cuando tenía veintiún años, Clio conoció a un hombre y se casó con él. Se trataba de un holandés que, como Schliemann, se había enriquecido con los desastres de la guerra. Ese hombre, Erasmus Behn, que había invertido en los proyectos arqueológicos de Schliemann, era viudo y tenía un hijo pequeño, Hieronymus, quien más adelante sería mi padre. Si la gran fortuna acumulada por Heinrich Schliemann con la venta de armamento fue dedicada casi en exclusiva a la violación y saqueo del pasado de la humanidad, la fortuna de mi abuelo Erasmus Behn se destinó a una transformación absoluta del futuro de los hombres, que estaría moldeado a su imagen. Y algo más.

Entre los intereses de Erasmus Behn figuraba una comunidad utópica que ayudaba a financiar en Suiza. Se basaba en muchas teorías nuevas, que incluían la «tría», la elección y separación genética que acaparó gran parte del interés científico de su época: la selección de la raza. En esas utopías se investigaban las técnicas para educación liberal, con gran variedad de gustos y poco habitual para una chica de su época. Si bien el hombre con el que se había casado era rico, inteligente y atractivo, no tardó en desilusionarse de todo lo que rodeaba a Erasmus Behn, en especial su idea de perfeccionar el mundo.

Pronto se dio cuenta de que se había atado a un calvinista adusto de principios estrictos que consideraba a mujeres y niños poco más que muebles, mientras se situaba a sí mismo y a los de su clase por encima de casi todo el mundo.

Clio descubrió también que Erasmus no se había casado con ella sólo por su belleza rubia, su cuerpo saludable o su inteligencia notable, sino para asegurarse el enorme patrimonio que ella, como hija única, recibiría a la muerte de su padre y, lo que era más importante, la colección de objetos, talismanes y rollos de gran valor histórico que ella había ayudado a reunir y que también heredaría de su familia.

Erasmus parecía fascinado hasta la obsesión por saber más sobre los secretos del pasado, así como sobre los poderes que podrían recogerse en el futuro, mientras que permanecía prácticamente ajeno a las exigencias del presente. Cuando Clio le dio una hija, dos años después de casarse, Erasmus no acudió más a su lecho, puesto que ya había cumplido con sus deberes genéticos. Al fin y al cabo, si se contaba al hijo que había tenido en su anterior matrimonio, había cumplido ese deber no sólo una, sino dos veces. Aunque en el siglo pasado solía darse esta situación en los matrimonios de clase alta, los progresos de nuestra familia iban pronto a dar un giro distinto e insólito.

Los veranos, Erasmus llevaba a Clio a visitar su proyecto utópico de los Alpes. Pronto resultó evidente que no podía seguir dilapidando tanto dinero en ese proyecto, año tras año. Pero eso no era lo único que atraía su interés por la región. En las cercanías, había algo que podía tener gran valor: los santuarios paganos que mencioné y también unas cuevas, algunas de ellas de la época del Neanderthal que, dada su inaccesibilidad, eran poco conocidas y permanecían inexploradas, salvo por un grupo de gitanos nómadas que en ocasiones pasaban el verano cerca de aquel lugar. Erasmus imaginaba objetos de oro y otras maravillas, incitado en gran medida por los recientes y asombrosos éxitos de Schliemann, y esperaba encontrar algo de valor o de gran poder. Curiosamente, Clio aceptó.

Clio no necesitaba que le insistieran demasiado para organizar a los gitanos de modo que la ayudaran en su gran pasión: la arqueología. El verano después de nacer su hija, partió con un grupo. Cuando exploraron las grutas alpinas juntos, Clio descubrió que los gitanos conocían muy bien el significado de los objetos que desenterraban y la historia que los rodeaba, incluso de tiempos remotos. Cada vez iba dejando una parte mayor de su colección en sus

manos para que la guardaran a buen recaudo. Descubrió también una gran sabiduría en el modo de actuar de aquella gente y se sintió muy atraída por ellos, en especial por uno.

Las expediciones de Clio con los gitanos empezaron pronto a dirigirse más lejos. Regresaba con cerámicas y objetos interesantes. La pieza más extraordinaria, que encontró en una cueva entre Interlaken y Berna, era una estatuilla de una antigua diosa osa, junto con un oso totémico. En esa misma gruta, a mayor profundidad, había unas interesantes ánforas de arcilla que parecían muy antiguas y contenían unos rollos que se puso a descifrar de inmediato.

A su regreso a Holanda ese mismo otoño, Clio se enfureció cuando descubrió que Erasmus se había apropiado de parte de sus documentos y había vendido algunas piezas para impulsar los beneficios cada vez menores de inversiones poco afortunadas. Y lo que era aún peor, se había apoderado también de varias notas y traducciones de Clio, de lo que ella consideraba los documentos más valiosos desde el punto de vista histórico.

Cuando le pidió explicaciones, la réplica de Erasmus consistió en llamarle la atención por esos rollos que acababa de descubrir y que había dejado en manos de los gitanos. Esperaba que le conducirían a mayores tesoros e insistió en que, como marido, le pertenecían. Sin decírselo a Erasmus, Clio cogió cuanto le quedaba de valor y lo guardó en una caja de seguridad.

Las peleas que tuvieron los siguientes seis meses fueron repetidas, acaloradas e interminables, tal como pudo comprobar el hijo de nueve años de Erasmus, Hieronymus. Esas discusiones entre su padre y lo que él consideraba una madrastra difícil y tempestuosa, que se negaba a cumplir las peticiones de su padre, plantó en la mente joven del niño unas semillas que más adelante producirían un fruto sombrío y peligroso.

El verano de 1870, cuando Hieronymus tenía diez años y su hermanita acababa de cumplir dos, el padre de Clio murió y ésta heredó su valioso tesoro en manuscritos y objetos. Con gran sensatez, el padre de Clio dejó el dinero en fideicomiso para ella y sus descendientes, junto con un mensaje privado que sólo ella podía abrir. Basada en esta última carta de su padre, Clio organizó una larga excursión con los gitanos más allá de la frontera suiza hacia Italia, de modo que dejaba a los niños al cuidado de su padre. Pero esa vez Erasmus insistió en acompañarla. Empezaba a sospechar que su joven esposa le ocultaba gran parte de lo que descubría y creía saber por qué.

Una noche Clio desapareció con los gitanos y dejó una nota indicando que regresaría al acabar el verano. Pero no fue así. A partir de ese momento, los acontecimientos se sucedieron con tal rapidez que era como si los dirigiera una mano invisible.

El 19 de julio de 1870 estalló la guerra franco-prusiana, seguida de un caos terrible. La comunidad utópica se disolvió cuando los fondos que recibía quedaron interrumpidos por la guerra. Erasmus Behn, con dos niños a su cargo, una mujer que se había marchado y una fortuna en decadencia, decidió que debía volver a casa sin demora para intentar poner a salvo los documentos y objetos de Clio que obraban aún en su poder, por si Holanda era invadida. Erasmus resultó herido al cruzar la zona de combate entre Suiza y Bélgica. Apenas consiguió entrar en Holanda con los niños antes de morir. La iglesia local utilizó el poco dinero que le quedaba para proporcionar estudios a su hijo. La hija que había tenido con Clio fue enviada a un orfanato. Que la guerra nos separe parece ser el destino eterno de nuestra familia, como el de muchas otras. En este caso, sin embargo, nunca se llegó a saber si la separación permanente de Clio fue accidental o premeditada. Si no hubiera estallado la guerra, ¿habría vuelto?

Ocho años después de la muerte de Erasmus Behn, su hijo Hieronymus terminó los estudios y se preparó para la única profesión posible para un muchacho con recursos limitados, si se exceptúa la milicia: el ministerio calvinista. Esa preparación no hizo más que fortalecer unas creencias muy arraigadas ya a lo largo de los diez años de convivencia con su padre. Las ideas que le inculcó la Iglesia se convirtieron en su principal pasión.

Hieronymus Behn se sentía muy dolido con su madrastra Clio. Estaba convencido de que había robado a su padre, y también a él, todo aquello para lo que, en el sentido calvinista, habían sido «elegidos». Había abandonado a su padre cuando la guerra para irse con los gitanos y llevarse cualquier cosa de valor que poseyera la familia. En lo más profundo de su alma, Hieronymus sospechaba cosas aún peores de ella porque, ¿quién podía saber a qué conducirían las pasiones desenfrenadas de una mujer así? Lástima que su padre no se hubieraimpuesto a su esposa, como sin duda era su derecho a los ojos de Dios y de la ley. Hieronymus creía que todo lo que Clio poseía, incluso antes de casarse con su padre, le pertenecía por derecho.

Por culpa de su madrastra Clio, él no había recibido más que una pobre formación. No le importaba en absoluto lo que había sido de su hermanastra pequeña, que había sido enviada Dios sabía dónde. Al fin y al cabo, tenía parte de la sangre de Clio. Lo que él quería era su herencia. Examinó los papeles de su padre, que la Iglesia le había guardado. Tenía pues una idea muy precisa de la naturaleza y el valor de los objetos y documentos que su madrastra había atesorado y que había impedido que su padre viera o vendiese. Ahora serían mucho más preciados, puesto que el valor de tales cosas era más conocido. Decidió que algún día encontraría a su madrastra y recuperaría lo que por nacimiento le correspondía. Tal vez habían de pasar años, pero ese día había de llegar.

En 1899 todos los países de Europa celebraban de forma prematura el fin del último siglo de nuestro milenio, lo que no sucedía en realidad hasta el año 1901. El palacio Schönbrunn de Viena estaba iluminado por primera vez con electricidad, en las orillas de los ríos de muchas ciudades se prepararon nonas Ferris y en todas partes florecía la tecnología moderna.

Sin embargo, ningún invento tuvo una acogida tan formidable de la prensa y la opinión pública como un hallazgo que se produjo el día de Navidad de 1899, cuando unos trabajadores reparaban una conducción de agua en los cimientos del castillo que domina la ciudad de Salzburgo y dieron con una gran fuente dorada que se suponía mil años anterior a la época de Cristo.

Llegaron expertos y se elaboraron diversas teorías acerca del origen de la fuente. Algunos creían que procedía del primer templo de Salomón; otros, que había figurado entre los objetos fundidos para elaborar el becerro de oro y que después había recuperado su forma original. Había quien afirmaba que el diseño era griego y quien aseguraba que era macedonio o frigio. Puesto que esas culturas habían comerciado entre sí durante miles de años, lo único en lo que hubo consenso era en que la fuente era antigua y de origen oriental. Iba a mostrarse al público en el castillo Hohensalzburg durante todo el mes de enero de 1900 antes de llevarla a la tesorería real de Viena.

Hieronymus Behn, que tenía ya casi cuarenta años, se había pasado los últimos veinte buscando a la mujer que le había robado la herencia y arruinado toda su existencia. Cuando vio la noticia en la prensa holandesa con la descripción de la fuente de Salzburgo, estuvo seguro de cómo encontrarla. Uno de los pocos rollos que su padre había conseguido arrebatar a Clio obraba aún en poder de Hieronymus, junto con la única copia de la investigación exhaustiva que su madrastra había llevado a cabo sobre el documento. Si no se

equivocaba, ese rollo estaba directamente relacionado con la fuente de Salzburgo que acababa de aparecer.

Cogió un tren de Amsterdam a Salzburgo y llegó el día antes de que se inaugurara la exposición. Se dirigió a pie de la estación al castillo y se puso en contacto con el conservador. No estaba interesado en la fuente, sino en la mujer que sin duda viajaría a Salzburgo para verla, de modo que quería tirar el anzuelo con rapidez y eficacia.

Después de entregar el rollo al conservador, Hieronymus le proporcionó los papeles de Clio, afirmando que pertenecían a su difunto padre, Erasmus Behn, un reputado mecenas de Schhemann. Hieronymus aceptó de buen grado la petición del museo de que estipulara que los documentos no habían sido todavía autenticados y sólo pidió que en la inauguración de la exposición se hiciera público como mínimo el contenido general y el nombre del donador, su padre. Como había estudiado las notas de la investigación a fondo, Hieronymus sabía que cuando salieran a la luz, atraerían la atención de todos, incluida la de su madrastra.

En el rollo que Clio y su padre habían encontrado en una ánfora de arcilla en Tierra Santa se afirmaba que en su día la fuente había formado parte de la decoración de un escudo griego y que más adelante se había incorporado a los tesoros de Herodes el Grande. Estaba guardada en el reino del hijo de Herodes, Herodes Antipas, en el palacio de Machareus, cuando en ese lugar se encarceló y decapitó a Juan Bautista. Después, Antipas llevó la fuente a Roma, donde pasó por las manos de tres emperadores: Calígula, Claudio y Nerón.

Las investigaciones posteriores de Clio indicaban que Nerón creía que la fuente poseía propiedades ocultas insólitas y la había transportado de Roma a Subiaco para colocarla en la famosa cueva oracular, al otro lado del valle, frente a su palacio de verano. Tras el asesinato de Nerón, la fuente permaneció en la gruta durante casi quinientos años. Esa misma cueva en Subiaco se convirtió en el año 500 d.C. en el famoso retiro ermitaño de san Benito. Según Clio, una vez descubierta la fuente, pasó a manos de la orden benedictina, los monjes negros, y sus poderes de reliquia sagrada les permitió convertir con éxito las tierras alemanas hasta constituir la fuerza monástica más poderosa de la Europa continental.

El primer encuentro entre Hieronymus Behn y su largo tiempo ausente madrastra Clio no fue lo que ninguno de ambos había imaginado. Ella, que a sus cincuenta y cinco años seguía siendo una belleza, y él, un holandés rubio y atractivo que no llegaba a los cuarenta, formaban una pareja increíble. Al poco tiempo Hieronymus averiguó que, del mismo modo que él quería compensar injusticias pasadas, Clio también. Injusticias para con ella.

Clio le explicó que regresó a la comunidad utópica al final del verano como había prometido, y que allí le informaron que se había disuelto por falta de fondos y que su marido se había llevado los niños de vuelta a Holanda. Tras la guerra, se puso en contacto con el Gobierno de Países Bajos y éste le informó que su familia, desaparecida en zona de guerra, se daba por muerta.

Durante los treinta años que Hieronymus se había sentido molesto con Clio y planeaba exigir la indemnización y retribución correspondiente, ella había vivido en Suiza entre los gitanos, como antes, convencida de que su familia llevaba tiempo muerta. Hacía poco había adoptado incluso a una niña para sustituir a su única hija y esperaba enseñarle las mismas lenguas y técnicas de investigación que ella misma, bajo la tutela de su padre, había adquirido también a muy temprana edad.

Cuando se enteró de que su hija natural estaba viva pero que hacía treinta años había ingresado en un orfanato, y que Hieronymus Behn no había hecho nada para encontrar a su hermanastra durante todo ese tiempo, Clio comprendió que el hombre que tenía ante ella,

tan atractivo y apuesto como su padre, era también igual de cruel y egocéntrico. Clio le ofreció un acuerdo que requería un compromiso por ambas partes.

Puesto que Hieronymus no guardaba parentesco alguno con ella, no le debía nada, dijo. Pero si usaba sus conexiones en la Iglesia calvinista para descubrir el orfanato donde había sido enviada su hermana, la localizaba y la llevaba a Suiza para que su madre pudiera por fin verla, Clio dispondría una importante suma de dinero de su patrimonio para cada uno de los dos. Hieronymus aceptó encantado. Pero no imaginaba lo que luego acabó sucediendo.

Wolfgang y yo guardábamos un silencio tan tenso que casi se podía cortar con un cuchillo. Y Zoé prosiguió su relato.

—La largo tiempo perdida hermanastra que mi padre se dedicó a buscar, una hermanastra que por desgracia para ambos llegó a encontrar, era la mujer que pronto se convertiría en su esposa: Hermione.

Wolfgang miraba a Zoé con una expresión que no supe identificar. Entrecerró los ojos.

—Es decir que tus padres...

—Eran hermanastros —terminó Zoé—. Pero no he terminado todavía.

—Ya he oído bastante —solté con brusquedad.

Así que esa era la razón por la que todos habían mantenido siempre las relaciones familiares en secreto. Creí que me iba a dar un ataque. No podía respirar. Quería huir de la habitación. Pero Zoé no me iba a dejar.

—Los manuscritos han pasado a tus manos —comentó—. Pero no podrás protegerlos ni usarlos si no lo sabes todo.

Con el rabillo del ojo vi que Wolfgang levantaba la copa de vino y daba un buen trago. Había permanecido muy callado y evasivo todo ese rato. Me hubiera gustado saber cómo se lo tomaba. Al fin y al cabo, Zoé era también su abuela. Recé para que ésa fuera la última sorpresita que quedaba. ¿Qué podía ser peor?

—A través de sus contactos con la Iglesia calvinista —siguió Zoé—, Hieronymus localizó el orfanato y averiguó que, cuando contaba dieciséis años, su hermanastra Hermione había partido hacia Sudáfrica con otras chicas como esposas bóer por correo. La guerra había terminado, así que zarpó en barco hacia El Cabo para encontrarla.

Zoé me observó con atención y añadió:

—Christian Alexander acababa de morir debido a complicaciones de una herida de guerra. Hermione heredó su fortuna, incluidas grandes concesiones en minería y minerales, pero estaba también embarazada de un segundo hijo. Estaba fuera de sí por la pena y el miedo al futuro que le esperaba: una viuda sola con dos hijos en un país dividido por la guerra. Cuando el atractivo Hieronymus Behn llegó afirmando ser su primo...

«¡Un momento!», me gritó el cerebro mientras intentaba hacer encajar todos los datos. Había algo que no casaba. Y esta vez sabía lo que era.

—¿Dos hijos? —dije horrorizada—. ¿Era Christian Alexander padre de los dos hijos de Hermione: Lafcadio y Earnest? ¿Cómo es posible?

—Es la mentira que se esconde tras todo lo demás —afirmó Zoé—. Earnest descubrió el auténtico pasado de nuestra familia, aunque tardó muchos años en comprender la traición de que él y Lafcadio habían sido objeto al separarlos de niños y mentirles sobre quién era el padre de Earnest. En realidad eran hermanos de sangre, hijos de los mismos padres: Hermione y Christian Alexander. Earnest vino a Europa poco antes de la muerte de Pandora para pedirle explicaciones. Ella tenía que saberlo, dijo, ¿por qué no se lo había contado?

—Será mejor que nos lo cuentes —rogué a Zoé—. Desde el principio, incluida la conexión de

Pandora.

Y así lo hizo. Cuando Hieronymus Behn llegó a Sudáfrica el verano de 1900, era un ministro calvinista de casi cuarenta años con un objetivo: encontrar a su hermanastra y conducirla hasta su madre largo tiempo perdida para obtener así la herencia que, a su entender, le debía su madrastra.

Encontró a esa hermosa hermana rubia, que acababa de enviudar a los treinta y dos años y era rica. Tenía intereses en minerales y un patrimonio que dirigir, un hijo de seis meses (tío Lafcadio) y otro en camino (tío Earnest). Hieronymus detectó un potencial enorme para él en esa situación. Con rapidez y sin piedad, decidió matar dos pájaros de un tiro.

Tras afirmar que era su primo y que la había estado buscando durante años, Hieronymus la convenció de que estaba loco por ella. Hermione, huérfana desde los dos años, no tenía forma de saber que el hombre que afirmaba ser su primo era de hecho su hermanastro. Se enamoró perdidamente de él, se casaron a las pocas semanas y él asumió el control de las propiedades de su primer marido.

Pero Hieronymus sabía que tendría que revelar la auténtica relación que los unía antes de llevar a Hermione a Europa, o de lo contrario no podría obtener nada de Clio. Existía un problema adicional: si Hermione revelaba a su madre su nuevo matrimonio, Hieronymus ya podía irse olvidando de la herencia. Además, cuando Hermione se enterara de cómo la había engañado, era posible que intentara anular el matrimonio alegando consanguinidad. Sin embargo, Hieronymus sabía que eso sería difícil si ambos tenían un hijo juntos.

Ante el temor de que no fueran capaces de engendrar un hijo, la única garantía que se le ocurrió a Hieronymus fue la de convencer a Hermione para que lo nombrara padre legítimo de Earnest en su certificado de nacimiento. Cuando años después Earnest averiguó, a partir de sus propias investigaciones, que era sólo un año menor que Lafcadio, y no dos como siempre habían creído, aquél empezó a sospechar y profundizó en la búsqueda.

Para mí también empezaban a encajar muchas cosas, gracias a esa desagradable revelación. Como por ejemplo, el hecho de que el pequeño Lafcadio fuera enviado a un lugar como Salzburgo, donde no conocía a nadie, en cuanto alcanzó la edad escolar. Si se hubiese quedado en Sudáfrica, tarde o temprano habría oído en boca de terceros detalles sobre las circunstancias de la muerte de su padre, el precipitado matrimonio entre su madre y su padrastro y el prematuro nacimiento de Earnest. También tenía sentido que, cuando Hermione quedó embarazada de Zoé, Hieronymus hiciera las maletas y trasladara a toda la familia a Viena, donde nadie sabía nada sobre sus orígenes y donde, según había contado Laf, mantuvo a su esposa como una prisionera en su propia casa.

Ese panorama dejaba claros los motivos por los que Lafcadio estaba tan alterado por mi encuentro con Zoé y, ni que decir tiene, porqué le resultaba tan desagradable esa mujer. En el fondo, ella representaba la única prueba de las relaciones carnales de Hermione con su hermano. Pero con cada aspecto que parecía aclararse, era como si otros se volvieran más oscuros.

—¿Dónde encaja Pandora en todo esto? —pregunté a Zoé.

—Había una persona —respondió—, que había conocido a Hieronymus y a Hermione antes, como hermanos, y que los volvió a ver más tarde como marido y mujer. Era la niña que Clío había adoptado y tomado a su cargo en Suiza para sustituir a la hija que había perdido. Cuando Hieronymus Behn llevó a Hermione a Suiza para la reunión prometida con su madre, Clio firmó los documentos que donaban una gran parte de su fideicomiso a su hija y su hijastro, sin saber los lazos carnales y legales que ambos habían contraído. Cuando se

marcharon, descubrió que, al igual que su padre en el pasado, Hieronymus se había apropiado de algunos de los rollos antiguos que a su entender le pertenecían por designio divino. Unos rollos que para entonces pertenecían a la hija adoptiva de Clio. Aunque le llevó muchos años dar con ellos, esa hija al final los encontró. Por supuesto, se trataba de Pandora.

El resto del relato era fácil de deducir a partir de lo que ya sabía de Laf, Dacian y los demás: cómo Hieronymus no reconoció a la niña que había visto breves momentos, convertida en una hermosa mujer; cómo Pandora se infiltró en la casa Behn, en Viena, con la ayuda del compañero de universidad de Hitler, Gustl, y trabó amistad con su hermana adoptiva, la encarcelada Hermione, y cómo Pandora hizo chantaje a Hieronymus y consiguió que Lafcadio regresara a casa para ver a Hermione en su lecho de muerte. Pero quedaba una cuestión sin explicar. Según el relato de Dacian, Hieronymus obligó a Pandora a casarse con él y luego la echó a la calle cuando ella le robó algo muy preciado. ¿Y no se había ido Zoé también con Pandora y los gitanos? Además, si la historia de Laf era cierta, ambas chicas habían hecho buenas migas con Adolf Hitler desde el primer momento.

—¿Qué tiene que ver Hitler con esta historia? —quise saber—. Por lo que nos has contado, resulta obvio que lo que se llevó Pandora eran los manuscritos de Clio. Pero si hasta vuestro amigo Afortunado los quería, ¿por qué fue de excursión con vosotros, como el día del tio vivo en el Prater que Laf me contó? ¿Por qué os llevó al Hofburg a ver la espada y la lanza? ¿Por qué era tan amigo de Pandora y Dacian, si sabía de su ascendencia romaní?

—Cuando Afortunado conoció a Pandora y a Dacian en Salzburgo —dijo Zoé—, sabía que buscaban a Hieronymus Behn, el mismo hombre que, doce años atrás, había armado un gran revuelo con las revelaciones acerca de la posible historia y procedencia de la fuente de Juan Bautista. El propio Afortunado, que entonces sólo contaba once años, había acudido con su clase del colegio a ver el famoso objeto. Soñaba con poseerlo, al igual que los otros objetos sagrados. Cuando vivió en Viena, había averiguado muchas cosas sobre la familia Behn. Aunque no se ha llegado a demostrar, estoy segura de que mi padre fue una de las primeras personas en prestar apoyo a Afortunado, sin duda una de las principales. Y como dices, es evidente que Afortunado conocía muchas cosas sobre los orígenes de Pandora. Dacian se vio obligado a huir al sur de Francia donde, gracias a mis poco usuales contactos, conseguí ayudarlo durante la guerra. Y mientras Afortunado intentaba no llamar mucho la atención al respecto, no permitió que nadie tocara a Pandora en toda la guerra, aunque sabía que ella y Dacian eran romanís, porque creía que era la única que poseía la clave para ese poder que él andaba buscando.

—Cuando dices romaní, ¿a qué te refieres exactamente? —interrumpió Wolfgang en un tono extraño. Se había mantenido muy callado durante esta parte final de la historia.

—Gitanos —dijo Zoé. Y se dirigió a mí para explicarme—: La niña que Clio adoptó, Pandora, era la sobrina de Aszi Atzingansi, un hombre de distinguida sangre romaní que la había ayudado a recuperar muchos textos antiguos, incluidos los oráculos de Cumas. Aunque no existen pruebas fehacientes, Pandora creyó siempre que Aszi fue el gran amor de Clio. Como le conté a Wolfgang el año pasado cuando acudió a mí en un *Heuriger* de Viena, son las almas más antiguas las que conservan y mantienen viva la sabiduría ancestral. Pandora era una de esas almas antiguas, como la mayoría de romanís. Dacian estaba muy interesado en que te conociera porque cree que tú eres otra de ellas.

—Un momento —volvió a interrumpir Wolfgang, esta vez con mayor firmeza—. ¿No me estarás diciendo que Pandora y Dacian Bassarides, los padres de Augustus Behn, los abuelos

de Ariel, eran gitanos?

Zoé lo observó con una sonrisita extraña y arqueó una ceja.

¿Pero no había sido Wolfgang quien me había presentado a Dacian? Entonces recordé con cierta inquietud que Dacian no había mencionado nuestros orígenes gitanos en presencia de Wolfgang y que, de hecho, me había advertido que yo tampoco se lo comentara. Si miraba hacia atrás, con lo ingenuo que había sido Dacian en otros temas, como la espada y la lanza, e incluso en lo referente a dónde escondíamos los manuscritos de Pandora, el hecho de que pidiera a Wolfgang que nos dejara solos durante la parte de nuestra conversación referente a los asuntos familiares me pareció de repente un detalle revelador. Y todavía más cuando Zoé añadió de forma enigmática:

—Tu madre estaría orgullosa de esa pregunta. Wolfgang estaba tan exhausto como yo después de las semanas que nos habíamos pasado recorriendo Europa y la Unión Soviética, por no decir nada del exceso de datos que habíamos reunido. Se durmió después de cenar, en el primer tramo de nuestro viaje de casi veinticuatro horas de regreso a Idaho.

Aunque tenía muchos temas que comentar, sabía que me convenía disponer de un poco de tiempo para pensar y tratar de averiguar en qué situación me encontraba. Así que pedí un café solo a la azafata y me concentré para repasar todo lo que había averiguado.

Un mes atrás, la teoría de Zoé me habría parecido una locura: eso de que Afortunado se hubiera usado a sí mismo, a su sobrina, su perro, sus amigos y los hijos de éstos, del mismo modo que había «usado» antes a millones de gitanos, judíos y miembros de otras razas, en algún tipo de sacrificio pagano en masa; una «acción» chamanística para dar comienzo a la nueva era. Pero lo cierto es que Hitler estaba rodeado de mucha gente que, como él mismo, creían en tonterías. El hogar mágico al estilo de la Atlántida de los arios en el Polo Norte, la destrucción final del mundo mediante el fuego y el hielo, el poder de los objetos sagrados y la sangre «purificada» para obrar milagros terrestres. Sin olvidar, como Wolfgang había señalado, la creencia en un arma de destrucción a gran escala que era conocida y redescubierta una y otra vez desde tiempos remotos.

Para quienes querían dar marcha atrás al reloj y regresar a una edad dorada que creían había existido en tiempos paganos, un peligro sobre el que Dacian Bassarides me había advertido, el sacrificio humano muy bien podía formar parte del sistema. De modo que, por desagradable que me resultara la idea, vista en el contexto del sistema de creencias nazis, no era nada descabellada.

Pero a pesar del proceso de elección y separación, que tal vez fuera útil, me encontraba siempre con una pared de piedra cuando volvía al frustrante tema de las relaciones reales de mi familia con Adolf Hitler y su camarilla. No tenía ni idea de por dónde empezar. Entonces, me vino a la cabeza esa composición de William Blake:

Te doy el cabo de una cuerda dorada, haz con ella un ovillo: Te conducirá a las puertas del cielo, construidas en el muro de Jerusalén.

Si pudiera encontrar el principio de mi cuerda dorada, es decir, dónde y cómo había empezado para mí la historia, sería sin duda un comienzo.

Sabía, de hecho, dónde había caído por primera vez en este laberinto: fue la noche que regresé del entierro de Sam en mitad de la tormenta de nieve, cuando estuve a punto de hundirme en la nieve. Entonces contesté el teléfono y mi padre, Augustus, me informó de que la «herencia» tal vez incluía algo de gran valor que no esperaba: los manuscritos de Pandora.

Pero analizado en perspectiva, de pronto se me ocurrió que quizá desde esa primera llamada

telefónica, en lugar de ir en pos de esa verdad que reclamaba sin cesar, tal vez había estado cerrando los ojos cada vez que la tenía delante de las narices. ¿No me había dicho Dacian Bassandes que era fundamental formular las preguntas adecuadas? ¿Y que el proceso solía ser más importante que el resultado? Había algo que relacionaba todas esas cosas aparentemente inconexas y aunque fuera como intentar encontrar una pieza que faltaba entre todo el montón del rompecabezas, tenía que solucionarlo.

Fue entonces cuando lo comprendí.

Todo ese tiempo había elegido y separado trocitos de cuerda cuando debería haber buscado lo que Sam llamaba el «tantra» de todo el conjunto, es decir, lo que mantenía unido el tapiz, como en las culturas orientales el tantra ligaba el destino a la vida y la muerte. Sam decía que existía incluso en el reino animal; que una araña hembra devora al macho si éste abandona la telaraña por el mismo camino por el que entró, de modo que demuestra que reconoce la pauta. Bueno, pues por fin reconocí la pauta que me faltaba. Sentí que se me formaba un nudo en la boca del estómago.

Aunque todos los miembros de la familia me habían contado historias que se contradecían, había una persona cuyas propias historias estaban llenas de giros, cambios y contradicciones internas. Y aunque la historia o la genealogía de cada persona podía haber acabado siendo distinta de lo que yo creía al principio, había alguien de quien ahora me daba cuenta de que no sabía casi nada consistente. Era cierto que todos me habían alertado en su contra desde el principio, incluida, como ahora me percataba de forma terrible, su propia hermana.

Era el hombre que tenía sentado a mi lado en el avión, con la cabeza oscura y despeinada reclinada sobre mi hombro, de modo que apenas distinguía sus rasgos. Era mi colega, primo y antiguo amante, Wolfgang K. Hauser de Krems, Österreich. Y aunque hacía sólo unas semanas que había creído que Wolfgang era mi propio destino en la Tierra, a la cruda luz de la realidad me vi obligada a reconocer que cada una de sus mentiras había dado lugar a otra mentira desde el mismo momento en que había aparecido por sorpresa en Idaho mientras yo estaba en San Francisco, en el entierro de Sam.

Y hablando del entierro, ¿no me había dicho Sam que todo había sido organizado con la bendición de las más altas esferas del Gobierno estadounidense, lo que contradecía las afirmaciones de Wolfgang respecto a quiénes eran los jefes de Olivier y Theron Vane? ¿Y no había señalado Zoé que Wolfgang había acudido a ella en Viena para sonsacarle información, y no a la inversa?

Pero lo que más me costaba digerir era que Wolfgang se había apoderado de los manuscritos de Pandora ante mis propias narices, haciendo gala de la misma habilidad melosa que había utilizado para ganarse mi cuerpo y mi confianza.

Había bastantes pistas de intereses arios en su castillo tipo Valhala y en la formación que recibió de una madre que había sido educada, a su vez, por un nazi. Y esa pregunta directa de Wolfgang a Zoé: «¿No me estarás diciendo que los abuelos de Ariel eran gitanos?», ¿qué más podía significar?

Después de haberme tragado tantas mentiras como para ahogar a un jabalí, me pregunté cuándo dejaría de mentirme a mí misma.

Ahora que en los lugares más recónditos de mi mente temía que Wolfgang Hauser fuera el eslabón perdido que unía toda esa enmarañada, mezclada y confusa telaraña de mito e intriga, esperaba ser capaz de retroceder sobre mis pasos con cuidado para sacar de ella a Sam y salir con vida.

URANO

Me gustaría ahora comentar el gran acontecimiento espiritual que se ha producido... la liberación de energía atómica... Me gustaría llamar su atención sobre las palabras «liberación de energía». La liberación consiste en la clave de la nueva era, como lo ha sido siempre con el aspirante orientado espiritualmente. Esta liberación se ha iniciado con la liberación de un aspecto de la materia y de algunas fuerzas del alma del interior del átomo... Para la materia en sí, una iniciación enorme y poderosa que iguala las iniciaciones que liberan las almas de los hombres... Ha llegado la hora de la fuerza salvadora.

Externalisation of the Hierarchy,

«DK the Tibetan», canalizada por

Alice Bailey, el 9 de agosto de 1945

El ciclo de Urano empieza cuando el planeta alcanza el nudo norte, el último paso

heliocéntrico de Urano sobre su nódulo norte se produjo el 20 de julio de 1945, de modo significativo cuatro días antes de la primera explosión atómica en Alamogordo, Nuevo México, que marcó sin duda el inicio de una nueva era, para bien o para mal... Los acontecimientos no nos pasan a nosotros, nosotros pasamos a los acontecimientos.

DANE RUDHYAR,

Astrological Timing

Lo más importante en la vida de cualquier hombre es descubrir el objetivo secreto de su encarnación y seguirlo con tanta cautela como pasión... el Urano que hay en nosotros es la Santa Lanza de la leyenda. En las manos del rey santo construyó el templo del Grial, en las de Klingsor, el jardín de los hechizos malvados... Urano es la serpiente Ureo del simbolismo egipcio, lento aunque súbito señor de la vida y la muerte. Cuesta mucho moverlo, pero una vez en marcha, es irresistible... Si no se le permite crear, devora

Aleister Crowley,

Uranus

ALEISTER CROWLEY, *Uranus*

Antes de formular ningún plan real de acción tenía que encontrar a Sam. Por terrible que fuera enfrentarme a él y revelarle mis múltiples y estrepitosos fracasos, entre los que destacaban mis jueguitos con Wolfgang mientras Roma ardía en llamas, de repente caí en la cuenta de que, gracias a mí, Sam podía encontrarse en mayor peligro que cuando lo dejé si alguien se había enterado de que seguía con vida.

Durante el resto del viaje Wolfgang guardó silencio, algo poco usual en él y que me fue de perlas. Cuando aterrizamos en Idaho, acordamos que iríamos a la oficina para avisar al Tanque de que ya habíamos vuelto de Viena sanos y salvos. Yo me pasaría un momento por casa para dejar el equipaje antes de ir al trabajo. La única arma que me quedaba en mi muy reducido arsenal era que Wolfgang no sospechaba aún que yo sospechaba de él, así que tenía que actuar deprisa.

Sabía que Olivier estaría en la oficina a esa hora, pasadas las diez de la mañana, lo que me permitiría llamar al abuelo de Sam, Oso Oscuro, desde casa. Aunque la línea estuviera pinchada podría intentar hacerle llegar a Sam el mensaje de que había regresado a la ciudad. Al subir por la carretera vi el coche de Olivier en el camino de entrada y también otro automóvil aparcado arriba, cerca de los buzones. Se trataba de un utilitario que, según se deducía de la matrícula, era de alquiler. Puesto que la casa más cercana estaba bastante más adelante, supuse que Olivier tenía compañía, lo último que me faltaba en ese momento. Me había adentrado en el camino para dar la vuelta y pensar otro plan cuando Olivier asomó la cabeza por la puerta trasera con una expresión algo salvaje y los cabellos rizados más despeinados que de costumbre. Lanzó una mano hacia mí y gesticuló para que me diera prisa en entrar. En contra de lo que aconsejaba la sensatez, apagué el motor, bajé y cogí el

abrigo y el bolso. Pero antes de que pudiera decir palabra, Olivier salió y me agarró con fuerza del brazo.

—¿Dónde demonios te habías metido? —siseó algo histérico—. No has contestado a uno solo de mis mensajes en estas dos semanas. ¿Tienes idea de lo que ha pasado por aquí?

—Pues no —admití, mientras empezaba a sentir auténtico miedo. Señalé en dirección al coche aparcado en la carretera y pregunté—: ¿Quién es tu invitado?

—Es tu invitada, querida mía —me informó Olivier—. Llegó desde Salt Lake ayer por la noche y estuvo en mi piso, donde había calefacción, hasta hace un momento, que la bajé a tu sótano junto con el pequeño argonauta.

«¿Invitada; así pues, una mujer?», pensé.

—Me da la impresión de que nos hemos ido todos al monte Carajo gracias a ti —añadió Olivier apesadumbrado, mientras me seguía escaleras abajo hacia mi piso.

Cuando entré en el salón de mi sótano, me esperaba más de una sorpresa. En la mesa del rincón estaba mi nueva hermanastra con la que había hablado tan sólo dos días antes desde una cabina en el aeropuerto de Viena: Bettina Brunhilde von Hauser.

Olivier tenía razón: su presencia en mi casa era un mal augurio. Pero no tuve que contener el aliento. Bambi se levantó y cruzó la habitación hacia mí. Llevaba otro de esos monos increíbles, éste de un tono *biscotti* que le daba el aspecto de haberse sumergido en una cuba llena de caramelo. Jason trotó a su lado y no me hizo el menor caso. Colgué el abrigo y el bolso en el perchero, fuera de su alcance.

—Fräulein Behn, quiero decir, Ariel —empezó Bambi, que se corrigió enseguida—. Tu *Onkel* me ha enviado en cuanto ha comprendido la gravedad que ha adquirido la situación.

Eché un vistazo a Olivier con esos ojos moteados de oro y se sonrojó un poco.

—Supongo que ésta es la señal para que desaparezca —dijo Olivier.

—¿Por qué? —le pregunté, para añadir—: ¿No tienes micrófonos en el piso además de haberme pinchado el teléfono? Si no, ¿por qué iba a tenerte tu jefe aquí tanto tiempo espiándome?

—Me parece que deberías contárselo —me sorprendió Bambi al informar a Olivier—. Explícale lo que me dijiste ayer por la noche. Luego, le contaré el resto lo mejor que pueda.

—Trabajo para un grupo que me envió aquí hace cinco años, cuando el Tanque te contrató —explicó Olivier—. No estábamos seguros de qué miembros de tu familia estaban implicados en este asunto tan complejo, pero teníamos mucha información sobre Pastor Darty sus esbirros. Los observábamos muy de cerca. Nos pareció sospechoso que Dart te contratara en cuanto acabaste los estudios para ponerte directamente a sus órdenes, a pesar de que tu curriculum no era nada excepcional. Excepto, claro está, lo más importante: la estrecha relación que te unía a tu primo Sam.

La cosa iba a peor. El Tanque era el malvado que me temía y que su apodo de Príncipe de la Oscuridad había proclamado siempre. Se me ocurrió una pregunta importante.

—¿Sabía Sam que me espiabais? ¿O le espiabais también a él, aunque trabajara para tu jefe, Theron Vane?

—No somos espías —me aclaró Olivier—. Somos un organismo internacional como la Interpol, que coopera para detectar actividades ilegales, sobre todo el contrabando de armas espaciales. Hemos averiguado que muchas de las personas dedicadas a este tipo de actividades han conseguido infiltrarse en cargos de importancia en las instituciones encargadas de controlarlos. Entre los primeros de la lista se encuentran los departamentos dedicados a la lucha contra el narcotráfico e incluso el KGB y la CÍA. Creemos que es posible

que en poco tiempo vendan en el mercado «productos peligrosos», incluidos materiales nucleares, del mismo modo que en estos momentos están vendiendo a sus propios agentes secretos al mejor postor.

Ese era el discurso más largo que le había oído a Olivier y el más serio, pero no había respondido a mi pregunta.

—Si no me espiabais, ¿por qué tenía el teléfono pinchado? —insistí—. ¿Por qué trabajabas en secreto? ¿Por qué no recogiste el manuscrito de la oficina de correos antes de que yo fuera a buscarlo?

—Me enviaron aquí para protegerte en cuanto supimos lo que andaban buscando —me contó Olivier—. Aunque la mayoría de veces, he acabado protegiéndote de ti misma.

«Alusiones a Herr Wolfgang», pensé.

—Cuando vi el manuscrito rúnico por la ventanilla del coche, comprendí que no eran los documentos que tu primo había descrito a mi gente. Cuando te quedaste hasta tarde a trabajar en la oficina, te observé para ver dónde planeabas esconderlo, en la Normativa del Departamento de Defensa, ¡una magnífica elección! Lo extraje, naturalmente, e hice copias para que no se perdiera para siempre. Bambi dice que Lafcadio teme que los otros documentos, los que pertenecían a tu primo, hayan caído ya en manos de su hermano.

Me sentí aliviada al saber que por lo menos un documento, el manuscrito rúnico, obraba en otras manos aparte de las de mi familia. Y también que Olivier estuviera, como esperaba, en mi bando. Pero mi preocupación por la verdad me había llevado a una observación clave: que el verdadero peligro de esos documentos emanaba de otro aspecto. No podía olvidar lo que Sam me había contado después de describir cómo Theron Vane había muerto en su lugar cuando estalló esa bomba, algo que me repitió cuando me advirtió que fuera discreta al controlar la oficina de correos o el buzón. Dijo que si alguien sabía dónde conseguir una copia de esos manuscritos, le podía resultar más sencillo si uno de nosotros estaba muerto. Ahora comprendía que esa advertencia precavida no estaba motivada por que aquel material fuera la única versión existente, sino más bien porque Sam era la única persona que sabía dónde se ocultaban los originales de Pandora. Lo cual sugería que los individuos que andaban tras los documentos no sólo querían saber su contenido, sino asegurarse de que nadie más lo sabía. De modo que los documentos ahora en manos de Wolfgang y el Tanque serían la única versión si Sam estuviese muerto. No costaba mucho imaginarse lo que venía después de eso. Por una vez, intenté no cerrar los ojos.

—El Tanque está metido en esto. Tu telegrama me previno pero me llegó demasiado tarde —informé a Olivier—. Wolfgang tiene los manuscritos, aunque ambos intentasteis advertirme respecto a él.

—Tengo la impresión de que mi hermano se ha enamorado de ti de verdad —comentó Bambi—. Si te hubiera conocido antes es posible que ese amor le hubiera obligado a reconsiderar su escala de valores y lo hubiera salvado. Wolfgang es una persona instruida con ideales elevados, aunque equivocados. Me imagino que lo sorprendió descubrir que también es capaz de albergar pasiones fuertes. Pero es demasiado tarde para la salvación o para charlar. ¿Dónde está ahora mi hermano?

—Fue a la oficina desde el aeropuerto —indiqué—. Tengo que reunirme con él enseguida.

—Pues debemos actuar sin demora —afirmó Bambi—. Si descubre que Olivier tampoco está ahí, vendrá hacia aquí. Si cree que sabes dónde escondió tu primo los manuscritos originales, estarás en un peligro terrible. Tenemos que detener a mi hermano antes de que mate a otra

persona.

La miré horrorizada mientras Olivier me ponía una mano con suavidad en el brazo. ¿Qué me estaba diciendo? Pero por supuesto, lo sabía. Supongo que de algún modo lo había sabido desde el principio.

—No estamos seguros —precisó Olivier a Bambi.

Oí un ligero zumbido en los oídos como si fuera a desmayarme. Entonces escuché la voz de Bambi como si estuviera muy lejos.

—Yo sí estoy segura. Mi hermano Wolfgang asesinó a Samuel Behn. El hombre con quien había pasado esas noches de amor tempestuoso era un asesino despiadado que, mientras me tenía entre sus brazos, estaba convencido de que había matado a Sam. Me dieron ganas de tomarme un buen trago de absenta con opio, o incluso un poco de esa cicuta que llevó a Sócrates al nirvana, aunque ahora lo más oportuno sería salir a la carretera. ¿Pero hacia dónde?

Olivier iba a hacerme alguna sugerencia cuando oímos un ruido extraño. Nos miramos un instante antes de descubrir lo que era: alguien llamaba al timbre que nadie usaba, en el extremo opuesto de la casa. Puesto que la puerta delantera estaba separada de la carretera por una bajada digna de un paracaidista hacia el patio delantero, la mayoría de gente llegaba por la puerta trasera, fuera del camino de entrada.

Corrimos hacia las ventanas altas que rodeaban el salón del sótano y echamos un vistazo. Sólo alcanzábamos a ver la carretera pero no a la persona que estaba en la entrada. Había un Land Rover enorme con matrícula de Idaho aparcado detrás del coche de Bambi. Tenía la silueta de un oso pardo rampante, dibujada en el guardabarros delantero. Sonreí. Tal vez las cosas empezaban a mejorar.

—¿Lo reconoces? —me preguntó Olivier.

—El coche no, sólo el oso. Ve a abrir; mientras, Bambi y yo cogemos a Jason, y abrigos y zapatos decentes para todos nosotros. Puede que vayamos de excursión al campo.

—¿Pero quién es? —quiso saber Olivier—. A estas alturas, no me puedo arriesgar a abrir la puerta a no ser que estés bien segura de quién es.

—Lo estoy —afirmé—. Es un oso que ha conducido hasta aquí desde Lapwai, a ochocientos kilómetros. Es un emisario de mi querido difunto primo Sam.

Bambi y Olivier parecieron algo desconcertados por el aspecto de Oso Oscuro. Como la mayoría de nez percé, era un hombre muy atractivo, con una nariz recta, barbilla hendida, rasgos marcados, piernas largas y hombros anchos, las trenzas de cabellos oscuros salpicadas de blanco y esos ojos plateados bajo unas cejas oscuras que, como los de Sam, parecían cristales que podían penetrar el corazón del tiempo.

Llevaba una chaqueta con flecos y bordada con cuentas, y una manta por encima del hombro. Avanzó hacia mí y me estrechó la mano en un saludo firme y caluroso.

Como he mencionado, yo no era santo de la devoción de Oso Oscuro, debido en gran parte a mi extraña familia. Pero ese apretón de manos me quería comunicar sin duda que sabía y valoraba que ayudara a Sam. Claro que entonces ni él ni Sam sabían todavía hasta qué punto la había fastidiado yo solita. Presenté a Oso Oscuro a los demás.

—Ha oído tu corazón y sabe la decisión que has tomado —me dijo Oso Oscuro, que nunca se andaba con rodeos—. Lo aprueba. Te pide que vengas.

Sam me había leído los pensamientos a distancia. No me sorprendía. Siempre había sido capaz de saber lo que pensaba desde muy lejos. ¿Y no había tenido la impresión de que

andaba tras las huellas de mis mocasines psicológicos todas esas semanas?

—No mencionó a nadie más —añadió Oso Oscuro, que señaló a Olivier y a Bambi—. Sólo tenía que llevarte a ti.

Eso me ponía en un dilema. Tenía a dos personas dispuestas a decirme la verdad, una verdad que podía resultar fundamental no sólo para mi seguridad, sino también para la de Sam.

—¿Quién se supone que lo envía? —preguntó Olivier—. ¿Adonde te lleva y por qué no quiere que vayamos contigo?

Antes de saber cómo responder, Bambi resolvió el problema, aunque debo admitir que no sé muy bien cómo lo logró.

—Soy la hija de Halle —dijo a Oso Oscuro—. He venido desde Viena para revelar lo que sé sobre el hombre que era el padre de Sam y el padrastro de Ariel: Earnest Behn.

—¡ Ah! —soltó Oso Oscuro, inexpresivo—. Ya veo.

Metí a Jason en la mochila y le di una palmadita. No quería dejarlo solo en la casa porque no estaba segura de adonde nos dirigiáramos ni del tiempo que estaría fuera. Me colgué la bolsa al hombro junto con la cartera de siempre, recogí lo que creía que podríamos necesitar en una excursión por las montañas con Jason. Me subí al asiento delantero del Land Rover de Oso Oscuro; Olivier y Bambi se sentaron detrás. Eso me permitía, mientras escuchaba la historia de Bambi, mirar por el retrovisor para asegurarme de que no nos seguían.

—Muy bien, chicos —dije a Bambi y a Olivier, una vez que salimos de la ciudad y nos dirigimos rumbo al norte por las montañas Rocosas—. No os puedo decir adonde vamos porque yo tampoco lo sé. Pero sé a qué persona nos lleva a ver Oso Oscuro, y os aseguro que vale la pena el viaje. Vamos a llegar al fondo de la cuestión de una vez por todas.

Olivier me miraba con una expresión confundida y después, poco a poco, la luz de la comprensión se fue reflejando en su rostro.

—¡Dios mío, no me digas que no está muerto! —gritó.

Asentí con un gesto. Como mínimo había logrado una cosa todo ese tiempo: mantener la existencia de Sam en secreto a todo el mundo. Pero eso debía cambiar si queríamos aclarar todo aquel lío.

—Pero si Sam está vivo, ¿a quién mató Wolfgang? —preguntó Bambi, más rápida para sacar conclusiones de lo que creí cuando la conocí.

Dirigí la mirada a Olivier, algo incómoda.

—Oh, no —dijo éste cuando lo comprendió—. En todo este mes notaba que algo iba mal. No era normal que nos comunicáramos en persona durante una misión, pero sabía que Theron Vane había ido a San Francisco la semana que mataron a tu primo. Me resultaba extraño no recibir ninguna noticia tras el brutal asesinato de alguien que nos estaba ayudando en un caso en el que llevaba trabajando cinco años. Incluso pensé en ponerme en contacto con Theron por mi cuenta, pero decidí que debía de haber algún motivo de peso para que se mantuviera en silencio.

Y tras un instante, añadió con una sonrisa triste:

—Y se ve que lo había.

Mientras remontábamos el paisaje boscoso con los ríos rápidos y oscuros y las pendientes escarpadas con cascadas centelleantes, miré entre los pinos e inspiré el aroma de la vegetación, mientras escuchaba el relato de Bambi. A medida que lo narraba, las pocas piezas que faltaban en el rompecabezas y que llevaba tanto tiempo buscando y esquivando encajaron en su sitio.

—Mi madre Halle fue educada por su padre, Hillmann von Hauser —comentó—. Como

verás, Wolfgang y yo usamos también el apellido de nuestro abuelo.

—Según tenía entendido a raíz de una conversación telefónica con mi madre Jersey, tú y Wolfgang sois hijos de padres distintos —indiqué, sin querer sacar a relucir la paternidad ilegítima de Bambi por parte de mi detestable padre, Augustus. Pero me aguardaba una sorpresa más.

—De padres distintos, sí, pero con el mismo apellido —me corrigió Bambi—. El padre de Wolfgang, el marido legal de mi madre Halle, era Earnest Behn.

Ya no me sorprendían este tipo de revelaciones acerca de mi familia. Pero a la vista de lo que Bambi había mencionado antes respecto a que Wolfgang había sido el artífice de la muerte de Sam, me daba cuenta de que ese punto era de una importancia capital ya que significaba que Sam y Wolfgang compartían el mismo padre, Earnest. Eran hermanastros, igual que Bambi y yo éramos hermanas por parte de padre. Miré a Oso Oscuro, que me miró de reojo mientras conducía, y asintió para corroborarlo.

—Sí, lo sabía —afirmó—. Conocí a Earnest Behn durante muchos años. Era un hombre muy atractivo y rico. Vino al norte de Idaho mucho antes de la guerra para comprar propiedades mineras, veinte mil hectáreas al norte de Lapwai, que contenían muchas montañas sin explotar y grutas llenas de recursos minerales, un gran pedazo de la Madre Tierra. Con la guerra se hizo mucho más rico, por supuesto.

»Tras el conflicto, cuando Earnest tenía más de cuarenta años, regresó a Europa, se casó con una mujer joven llamada Halle y se quedó en ese continente cierto tiempo. Tuvieron un hijo, Wolfgang. De repente, Earnest volvió a su propiedad al norte de Lapwai sin la mujer ni el niño. Dijo que habían muerto. Pidió permiso para casarse con mi hija Nube Clara, a quien conocía desde que era una niña. Ella se sentía muy atraída por él pero no era... lo acostumbrado. Earnest Behn era un hombre blanco procedente de tierras extranjeras. ¿Cómo sabíamos que estaría dispuesto a aprender nuestras costumbres? ¿Cómo sabíamos que no se iría del país otra vez, quizá para no volver jamás?

»Cuando le pregunté si amaba a mi hija, Earnest Behn respondió que no se creía capaz de amar a nadie, observación que, para ser sincero, mi gente no puede comprender. Admitir tal cosa equivale a decir que uno ya está muerto. Aun así, me prometió que cuidaría de ella y que cualquier hijo que tuvieran crecería en la reserva, entre nuestra gente; una promesa que no cumplió. Porque cuando Nube Clara murió, Earnest se llevó a su hijo Sam de la reserva. Cuando se casó con tu madre Jersey temimos haber perdido a Sam para siempre.

Oso Oscuro lo dijo sin amargura, aunque parecía como si estuviera sumido en sus pensamientos.

—Earnest Behn dijo también algo muy extraño antes de casarse con mi hija —añadió—: «Espero poder limpiar la mancha de mi corrupción.» Nunca comentó lo que significaba, ni aceptó la tienda de sudor para purificarse.

Algo de eso encendió una bombilla.

—Has mencionado que Earnest Behn compró tierras en América antes de la Segunda Guerra Mundial —dije—. ¿Cuándo fue, exactamente?

—En 1923 —respondió Oso Oscuro.

La fecha no dejaba lugar a dudas, aunque después de unos cálculos rápidos no tenía sentido.

—Pero Earnest nació en 1902 —objeté—. En 1923 sólo tenía veintiún años. ¿Por qué iba su padre a confiar a un hombre tan joven la compra y dirección de tanto terreno en un país extranjero...?

Pero Olivier y Bambi me estaban mirando con los ojos muy abiertos.

—¡Dios mío! —exclamé.

Así que ésa era la «corrupción» de la que nuestra familia nunca había hablado, sin duda con toda la razón del mundo, como si no bastara con la bigamia, el secuestro, el incesto, el fascismo y el asesinato. Al final de nuestro trayecto de dos horas por el Bitterroot Range de las Rocosas, al aunar mis conocimientos con los de Bambi y Oso Oscuro, até muchos cabos. Y me di cuenta de que debía a mis dos abuelas una disculpa, sobre todo a Zoé.

El *putsch* de Hitler en Munich tuvo lugar el 9 de noviembre de 1923. En esa época no se preveía ninguna guerra, pero Hieronymus Behn sabía que siempre habría una. Y también sabía en qué bando quería situarse. Envió a Earnest a Estados Unidos para establecer su presencia minera en ese país. Diez años más tarde, en 1933, el año en que Hitler se convirtió en canciller de Alemania, Hieronymus envió a su otro hijo, que por entonces ya había cumplido los veintiuno: mi padre Augustus. Ambos jóvenes hacían las veces de topo y excavaban las montañas y las cuevas del Nuevo Mundo para almacenar gran cantidad de minerales para el momento en que el mundo entrara en otra guerra.

Uno voló al este, a Pennsylvania: mi padre. El otro voló al oeste, a Idaho: Earnest. Y un tercero voló sobre el nido del cuco. Ésa fue Zoé.

Aunque Zoé hubiera dejado a sus padres para escaparse con los gitanos, parece que cuando creció, Hieronymus Behn quiso que su hija y única descendiente real «criara con sangre buena». Envió a su colega y amigo Hillmann von Hauser a París para que la sedujera. Fueran cuales fuesen las circunstancias de esa relación desde el punto de vista de Zoé, lo cierto es que le quitaron a su hija Halle para que la criaran su padre y la cumplidora aunque estéril esposa alemana de éste. Zoé se casó con un irlandés y tuvo otra hija: mi madre Jersey.

Por otra parte, además de secuestrar a mi padre Augustus de Pandora, Hieronymus Behn se apoderó también de los dos hijos que su hermana-esposa Hermione había concebido con Christian Alexander: Laf, mediante su adopción, y Earnest, al cambiar el certificado de nacimiento para figurar en él como su padre real. Eso significaba que las dos hijas de Zoé, mi madre Jersey y su hermana Halle, eran las únicas nietas reales de Hieronymus Behn. Por lo tanto, no era de extrañar que, tal como revelaba la historia, Hieronymus pretendiera casarlas con esos dos «hijos» adecuados: Halle con Earnest y Jersey con Augustus. Con esa manipulación, Hieronymus esperaba asegurar que los futuros beneficiarios de su fortuna y poder estarían ligados a su propio linaje, a través de Zoé.

El principal obstáculo fue, por supuesto, que había casado a la hermana equivocada con el hermano erróneo. Mi padre Augustus, amante del prestigio y el poder, habría resultado perfecto para Halle, que había recibido la mejor preparación aria que una chica rubia y bonita de padres nazis podría desear. El resultado de esa unión era Bambi. En cuanto a Earnest y mi madre Jersey, cuando se encontraron en una etapa posterior de su vida, fueron todo lo felices que cabe esperar de dos personas tan traumatizadas emocionalmente.

Así que la corrupción de la que Earnest no consiguió lavarse nunca era algo que sólo había comprendido después de haberse casado con Halle von Hauser. No sólo lo que el papáito de su esposa había hecho durante la guerra como fabricante de armas, algo de lo que ella se sentía muy orgullosa, sino también dónde habían ido a parar todos los minerales que el mismo Earnest había puesto a lo largo de los años en manos de su «neutral» padre holandés, Hieronymus Behn.

Earnest empezó a descubrir, de forma lenta y dolorosa, los orígenes de la familia que nadie conocía del todo. Cuando resultó evidente que él, Augustus y Hieronymus habían amasado su enorme fortuna mediante el sufrimiento de otras personas, y en el caso de Hieronymus

con pleno conocimiento de causa, le supuso un duro golpe. Pero cuando averiguó que ese hombre al que siempre había considerado su padre lo había usado no sólo para criar una raza superior, sino también para controlar el mundo, a Earnest le resultó casi imposible vivir. La madre de las chicas, Zoé, se había adentrado en la Francia ocupada para intentar persuadir a su anterior seductor de que la dejara llevarse a su hija Halle del territorio ocupado por Alemania y quedó atrapada, al igual que Pandora y Laf en Viena. A Zoé le debió de resultar de lo más irónico sentarse a la mesa en París conmigo, al lado de mi propio y atractivo seductor nazi, como si fuera una nueva versión de su vida de entreguerras.

La auténtica ironía, para todas esas personas, era que sus contactos con Hieronymus Behn, Hillmann von Hauser y Adolf Hitler no sólo les habían permitido sobrevivir a la guerra, según contó Bambi, sino que en el caso de Pandora y de Zoé proteger o rescatar a cientos de personas con total impunidad. Entre ellas se incluía el marido de Pandora, Dacian Bassarides, que con la ayuda de Zoé había dirigido un ruta gitana para huir por el sur de Francia desde París.

—¿Sabe Wolfgang algo de esta historia, o que Sam es su hermano? —pregunté a Bambi.

Permaneció en silencio un momento y me miró muy serio con sus ojos moteados de oro.

—No estoy segura —comentó por fin—. Pero sí sé que está muy influenciado por mi madre. Ése es el principal motivo por el que Lafcadio lo desprecia tanto, aunque no haya querido comentarlo. He obtenido algo de información de Lafcadio, quien debió de averiguarlo de Earnest hace muchos años, cuando éste se desplazó desde Idaho a Viena para hablar con Pandora. Por lo visto ella sabía toda la historia. ¡Por supuesto!

Me acordé de las palabras de Wolfgang cuando contemplaba el Danubio mientras estábamos juntos bajo el techo de cristal de su castillo, antes de hacer el amor: «Mi padre me llevó a verla cuando no era más que un niño. Recuerdo que cantó *Das himmlische Leben*. Me miró con esos ojos. Tus mismos ojos.»

—Después de casarse con mi hija —dijo Oso Oscuro—, Earnest Behn volvió dos veces a Europa. Cuando Sam tenía tres años, Earnest fue a hablar con Pandora, la madre de su hermano Augustus, sobre un asunto familiar importante. El segundo viaje fue para asistir al entierro de Pandora, justo tras la muerte de Nube Clara, y se llevó a Sam con él. Pandora le había legado algo que tenía que recoger en persona, me dijo. Cuando regresó a Idaho, dejó la reserva para no volver.

Me quedaba aún una pregunta. Por fortuna me había acostumbrado tanto a las respuestas espeluznantes que ya apenas me afectaban.

—¿Por qué fuiste a vivir con tío Lafcadio después de que tu madre muriese? —pregunté a Bambi—. ¿Conocías ya bien a tío Laf?

—Mi madre no está muerta. Sigue viva, me temo, aunque no la he visto desde que me fui de casa hará diez años —sentenció Bambi, entornando los ojos—. Pero creía que lo habrías comprendido: todo este tiempo ha sido ella la que ha permanecido oculta entre las sombras, detrás de todo este asunto.

Si la madre de Bambi, Halle von Hauser, estaba «detrás de todo este asunto» como afirmaba Bambi, y si era de verdad tan terrible que su marido huyó y se casó con Nube Clara, y que hasta su hija Bambi se marchó de casa a los quince años para vivir con tío Laf, estaba claro lo que eso sugería sobre la relación de Wolfgang con el lado tenebroso de nuestra familia.

—¿Y dónde interviene Augustus? —pregunté a Olivier.

—Tu padre ocupa un lugar destacado en nuestra lista —fue su respuesta—. Por lo visto, su relación amorosa con la madre de Bambi terminó hace años y los dos han contraído nuevos

matrimonios, pero parecen entenderse a la perfección. Hace diez años, tu padre ayudó a Halle von Hauser a adquirir una posición destacada en Washington, con lo que ahora puede ejercer gran influencia política, tanto aquí como en el extranjero. Lo cierto es que resulta algo delicado desentrañar con quién están relacionados esos dos. Gracias a su cargo en las juntas de varios museos y en uno de los periódicos más importantes, Halle es la persona con más influencia social de la capital y...

Me cago en dios.

—¿No será ese periódico el *Washington Post* por un casual? —le interrumpí—. ¿Y el marido actual de Halle, no se llamará Voorheer-LeBlanc? Ese nombre emana aires entre holandeses y belgas, de la misma región que el nuevo paraíso de Himmler.

Olivier sonrió.

—Se ve que te has documentado —dijo.

Había elegido un nombre de pila distinto, como Helena, por si alguien mencionaba un nombre tan fácil de recordar como Halle. Recordaba también el interés que mi padre y mi madrastra Grace habían mostrado esa noche durante la cena en San Francisco por averiguar lo que yo sabía de la herencia. Después, habían concedido una rueda de prensa para obtener más información del albacea testamentario, lo que les había proporcionado una tapadera excelente para que alguien me llamara y tratara de sonsacarme, quizá con más éxito, qué manuscritos se incluían en el patrimonio de Sam. Cuando la señora Voorheer-LeBlanc del *Washington Post* llamó más tarde, no dijo que fuera periodista, sólo comentó que quería comprar los manuscritos. A estas alturas, me quedaban pocas dudas de que fuera la madre de Wolfgang y Bambi: Halle von Hauser.

¿Sabía Jersey que su hermana estaba viva, o lo que ella y mi padre se traían entre manos desde que salieron de la cama? No me lo había comentado, pero Oso Oscuro me explicó por qué.

—Como es natural, tuve muchas sospechas respecto a la repentina y misteriosa muerte de la primera mujer y del hijo de Earnest —dijo—. Pero no tuve ninguna prueba de que estuvieran vivos hasta el reciente viaje de investigación de Sam a Utah. Sam cree que tu madre y Earnest pensaron que la mejor forma de proteger a sus hijos del pasado consistía en guardar silencio. Estaba dispuesta a seguir con ese tema cuando Oso Oscuro redujo la velocidad del Land Rover hasta casi detenerlo y salió con cuidado de la carretera en dirección al bosque. El suelo, cubierto por una tupida capa de paja, desprendía una fragancia embriagadora a nuestro paso. Bambi, Olivier y yo nos sumimos en el silencio mientras contemplábamos cómo Oso Oscuro maniobraba con precaución el enorme vehículo a través de senderos angostos entre los árboles, tan justito como cuando se enhebra una aguja de bordar. Tras lo que pareció una eternidad, el terreno empezó a ascender gradualmente hasta que por fin nos encaminamos hacia la cima. Cuando el terreno abrupto se volvió demasiado escarpado, Oso Oscuro se detuvo en el borde de una estrecha grieta y paró el motor. Se volvió hacia mí.

—Te tengo que llevar hasta el río y mi nieto vendrá a reunirse con nosotros —me indicó—. Espera que te lleve sólo a ti, así que quizá los demás deberían quedarse aquí y esperar en el coche.

Miré a Olivier y a Bambi con una ceja levantada para saber qué opinaban.—Me gustaría acompañarte —comentó Bambi—. Y ayudar en todo lo que pueda. Me siento responsable de gran parte de lo que os ha pasado a ti y a tu primo. —De inmediato, rectificó y prosiguió—:

Quiero decir, nuestro primo. Si te hubiera contado todo lo de mi hermano en cuanto me enteré de que lo habías conocido, puede que nada de esto hubiera pasado.

—Decidido, pues —anunció Olivier, que adornó su acento de Quebec con el hablar del Oeste americano—. Ningún vaquero que se precie dejaría trotar a dos potrillas solas por estas colinas, forastero.

Se quedó boquiabierto cuando Bambi extrajo del bolsillo de la chaqueta una pequeña Browning automática, con la que apuntó al techo con una profesionalidad que ya quería para sí Bonnie y hasta el mismísimo Clyde. Olivier siempre había proclamado que buscaba la *cowgirl* de sus sueños, pero ahora levantó las manos.

—¡Por todos los santos! —gritó—. Guarda eso antes de que alguien se haga daño. ¿De dónde lo has sacado?

—Mi abuelo Hillmann era entrenador del grupo avanzado en el *Ballermann Gewehrschiessen*, el club de tiradores, en el centro de Alemania. En casa, todos tuvimos que aprender a disparar —informó a Olivier—. Obtuve el título con mención especial para la Walther, la Luger, el Mauser y todos los modelos de Browning, y tengo licencia para llevar ésta para mi protección personal.

Correcto. Nunca se sabe cuándo alguien va a intentar agredir a una violoncelista rubia de veinticinco años. Sobre todo, en una familia como la nuestra.

—Deja que la lleve —pedí a Olivier—. Puede resultarnos útil.

Seguimos a pie a Oso Oscuro por el desfiladero largo y rocoso. Hacia la cima, la marcha adquirió dificultad ya que se soltaban trozos grandes de la rocalla y salían rodando bajo nuestros pies. La verdad es que no me apetecía enfrentarme a otro alud. No era posible superar esquiando diez mil toneladas de rocas que se desmoronan.

Llegamos a lo alto del acantilado, situado a unos sesenta metros por encima de un valle con muchos árboles, cortado por la cinta ancha y cristalina de un río, y algo que reconocí de inmediato y que me indicó con exactitud dónde estábamos: el lugar favorito de Sam al norte de Idaho, las cataratas Mesa.

En este punto, el río era ancho y las cascadas caían en una sola capa refulgente, tan dorada bajo el sol como los cabellos de Bambi. Sólo el vapor arremolinado que se elevaba sin cesar de la base indicaba el volumen de agua que en esa zona fragmentaba las rocas del lecho en guijarros. Hacía años, en la adolescencia, estuve en ese lugar con Sam. Era la última salida antes de empezar la universidad y quería enseñármelo.

—Es mi escondite secreto, listilla —me informó—. Lo encontré una vez que fui a pescar solo, cuando era bastante pequeño. Nadie ha estado ahí desde hace mucho tiempo, quizá miles de años.

Unidos de la mano, vadeamos las aguas poco profundas de la parte superior de la catarata y ascendimos por la cara de la roca al otro lado del acantilado. Encontramos una estrecha grieta en la roca, casi invisible hasta que se llegaba a ella, y tan cerca de la caída del agua que tenía los lados cubiertos de musgo debido a las constantes salpicaduras. Sam se deslizó de lado por la rendija y me tiró de la mano tras él.

Estábamos en el interior de una gran cueva, detrás del agua ensordecedora que caía como una cortina delante mismo de nosotros. Nos adentramos en la gruta unos cuantos metros hasta que la oscuridad nos engulló. Sam sacó una linterna y la encendió.

Era del todo increíble. Las paredes y el techo de la cueva eran un país mágico de cristales de los más variados colores. Por todas partes se formaban arco iris, refractados en el vapor que se arremolinaba alrededor de nosotros y de los millares de prismas.

—Si alguna vez quiero esconderme, u ocultarte a ti o cualquier cosa que considere preciada —me dijo Sam en medio del silencio que se formaba tras el vacío del ruido atronador de las aguas—, no se me ocurriría ningún sitio mejor que aquí.

Y ahora, en lo alto del acantilado que daba a la catarata en compañía de Oso Oscuro, Olivier y Bambi, supe con toda certeza por qué nos habían traído a aquel lugar. Supe con exactitud lo que se escondía en esa cueva.

Tardamos media hora en llegar al río desde el acantilado, abriéndonos paso por el terreno rocoso a través del bosque y de la espesa maleza. Cuando por fin llegamos a un punto nivelado del terraplén por encima de la catarata, me volví hacia los demás y expliqué intentando hacerme oír a pesar del ruido del agua:

—Ahora tendremos que vadear un trozo. Vamos al otro lado de la cascada. No hay otro lugar en kilómetros donde el agua sea tan poco profunda que permita avanzar sin peligro.

—Ningún lugar está exento de peligro para mí —confesó Olivier, que me miraba con sus enormes ojos oscuros—. Siento tener que anunciarlo tan tarde, pero no sé nadar.

—Pues es demasiado arriesgado —le confirmé—. Aunque el agua nos llegará sólo hasta las rodillas, cerca de la catarata la corriente es muy fuerte y rápida. Será mejor que te quedes aquí mientras cruzamos y encontramos a Sam.

Oso Oscuro, que ya no estaba para estos trotes, accedió a esperar en la orilla con Olivier. Mientras Bambi y yo nos quitábamos los zapatos y nos remangábamos los pantalones para caminar por el río, dejé la mochila en el suelo al lado de Olivier. Para mi sorpresa, vi asomar la cabeza negra de Jason. ¡Me había olvidado de él por completo! Fijó los ojos en las aguas que discurrían silenciosas delante de mí e irguió las orejas con entusiasmo ante una piscina de tal tamaño.

—Ni se te ocurra —le ordené con firmeza. Volví a meterlo en la mochila y se la pasé a Olivier mientras comentaba:

—Sólo nos faltaría eso, que saltara el gato por la borda. Tendrás que encargarte de él —indicé a Olivier y señalé a Jason con el dedo para añadir—: Y se acabaron los arenques ahumados del casero aquí presente si te portas mal mientras no estoy.

A medida que Bambi y yo nos íbamos adentrando en las aguas cogidas de la mano, sentí el primer ramalazo de pánico. El agua estaba mucho más fría y la corriente era mucho más fuerte de lo que recordaba de la vez anterior. De pronto comprendí por qué. Sam me había llevado a finales del verano, la época más calurosa del año, y tan seca que señalaba el inicio de la época de los incendios forestales.

Pero ahora acababa de producirse el deshielo de la primavera, cuando los ríos se encuentran en su momento más caudaloso. El agua nos golpeaba con tanta fuerza que tenía que deslizar los pies por el suelo guijarroso. Si levantaba uno, por poco que fuera, la corriente se me podría llevar con facilidad. Y peor aún, de la fuerza de las aguas, que sólo me llegaban aún a media pantorrilla, se desprendía que si nos acababan cubriendo hasta más arriba de las rodillas, no podríamos avanzar.

Iba a gritar a Bambi por encima del ruido del agua que sería mejor que diéramos marcha atrás hacia la orilla cuando vi que algo se movía a más de quince metros de distancia, en la otra orilla del río. Miré en esa dirección y en la ribera opuesta vi la silueta alta y esbelta de Sam, recortada contra la luz brillante del sol. Tenía la mano levantada para indicarnos que nos detuviéramos donde estábamos, se quitó los mocasines y se metió en el río. Cuando llegó lo bastante cerca de nosotras, vi que llevaba atada a la cintura una cuerda, cuyo extremo sin duda había fijado en la orilla. Nos alcanzó, me agarró por los hombros y me gritó para que lo

oyera:

—¡Gracias a Dios! Fijaré este extremo al otro lado y os ayudaré a cruzar.

Una vez que Oso Oscuro hubo atado la cuerda a un árbol, Sam, Bambi y yo empezamos a abrirnos paso siguiendo la cuerda hasta la otra orilla. Aunque el agua no nos había cubierto hasta más de medio muslo, cuando por fin llegamos yo estaba exhausta debido a la tensión y al esfuerzo que había supuesto sujetarme a la cuerda y mantener el equilibrio. Y a Bambi le pasaba otro tanto.

Sam se subió a una pendiente rocosa y nos ayudó por turno. Después, sin mediar palabra (estábamos tan cerca de la cascada que sólo nos oíríamos si nos desgañitábamos), Sam empezó a bajar por la cara rocosa de la catarata hacia un pequeño saliente y alargó las manos hacia Bambi. La tomó por la cintura desde abajo mientras yo intentaba ayudarla desde arriba en su precario descenso. Y entonces, sin previo aviso, sucedió algo terrible.

Sam estaba ahí de pie, descalzo en medio del vapor arremolinado en ese estrecho reborde de la roca a unos pocos centímetros de Bambi, y sus cabellos largos y oscuros ondeaban y se mezclaban con los mechones dorados de ella. Cuando todavía la sujetaba por la cintura y sus ojos plateados sonrieron a los dorados de Bambi, experimenté una súbita punzada de dolor.

¿Qué demonios me pasaba? No era el mejor momento para caer en las garras del horrendo dragón verde de los celos. Además, ¿quién era yo para sentirme así? Yo había estado a punto de destruirlos a todos al hacer caso omiso de los ruegos de cordura que recibí por todas partes y al lanzarme a mi pequeña odisea de lujuria sexual. Además, debía admitir que Sam nunca, jamás, ni una sola vez, ni de palabra ni de hecho, me había dicho que él y yo fuéramos nada más que hermanos de sangre. ¿Por qué entonces no podía permanecer lo bastante indiferente o incluso lo bastante preocupada por él como para mostrarle el mismo amor, franqueza, confianza y apoyo que él me había dispensado cuando se percató de lo que sentía por Wolfgang Hauser? Pero, Dios mío, es que no podía. Mientras los observaba era como si alguien me clavara un cuchillo en el corazón y hurgara con él en la herida. Pero no era el momento ni el lugar más adecuado para perder el control.

Todos estos pensamientos me cruzaron por la cabeza en los breves segundos (aunque a mí me parecieron horas) en que Sam y Bambi se quedaron como perdidos sin remedio en la mirada del otro. Luego, Sam hizo pasar a Bambi por la grieta de la roca y alargó los brazos hacia mí.

Cuando me bajó a la plataforma rocosa, me acercó los labios al oído.

—¿Quién es? —me gritó por encima del estruendo del agua.

—¡Mi hermana! —respondí siguiendo el mismo procedimiento.

Se echó hacia atrás para mirarme, sacudió la cabeza y rió, aunque no oí la carcajada. Luego me hizo entrar en la cueva y me siguió con rapidez.

La linterna de Sam nos guió a través del centelleante laberinto cortado por el goteo del agua en la roca sólida a lo largo de los eones. Nos adentramos más en la montaña hasta que llegamos a un lugar donde podíamos hablar sin que nos molestara el ruido distante del agua. Entonces presenté a Sam a Bambi.

—Muy bien, amigas mías. —La voz de Sam resonó contra las estalagmitas de la gruta de cristal—. Me gustaría tomarme un respiro para admirar toda la belleza que ha cruzado los páramos por mí, pero me temo que nos espera mucho trabajo.

—Bettina y yo tenemos muchas cosas que contarte, y Olivier también —comunicué a Sam—. Podría ser peligroso llevarnos los manuscritos de Pandora, que deduzco están aquí, hasta que lo sepas todo. Además, ¿dónde ibas a encontrar un mejor escondite para guardarlos?

—No pienso ocultarlos más —replicó Sam—. A mi entender, ya llevan escondidos demasiado tiempo. La honestidad es la mejor política: ese lema es tuyo, listilla; tú me lo enseñaste.

Y tras sonreír a Bambi, Sam añadió:

—¿Sabías que el tótem de tu hermana es un león de montaña, un puma? Me gustaría saber cuál sería el tuyo.

Cuando Bambi le devolvió la sonrisa, los dedos me temblaron; quizá fuera la fría humedad de la gruta.

—Si no vas a esconderlos —pregunté a Sam con los labios insensibles—, ¿qué harás? Todo el mundo está buscando los condenados manuscritos de Pandora.

—Mi abuelo ha tenido una idea fantástica. ¿No os lo ha dicho? —comentó Sam—. Cree que ya va siendo hora de que la nación india haga algo para nuestras reservas, algo que además sería muy positivo para la Madre Tierra.

Bambi y yo permanecemos calladas, de modo que Sam prosiguió:

—Oso Oscuro cree que ha llegado el momento de abrir la primera editorial india electrónica de Norteamérica.

Sam había sellado los manuscritos en unos tubos delgados, opacos y herméticos de plexiglás, que estaban amontonados al fondo de la cueva. Si no sabías lo que buscabas, con esa poca luz parecían tan sólo otro grupo de estalagmitas que se elevaban del suelo.

Esa mañana, en la montaña por encima de Sheep Meadow, Sam me había contado que había transcrito en papel corriente la colección de pergaminos, paneles delgados de madera y rollos de cobre de Pandora, heredada a través de su padre. También me informó de que había sellado los originales en «recipientes herméticos» y que los había escondido en un lugar donde creía que «nunca los encontrarían». La copia en papel corriente que Sam había preparado, la única copia según aseguró, era el conjunto de documentos que había recogido del banco de San Francisco cuando asesinaron a Theron Vane y que echó al correo con mi dirección. Esos eran los manuscritos que yo había paseado por medio mundo y que había introducido de forma tan concienzuda en los libros de la Biblioteca Nacional de Austria. Documentos que, por lo que dijo Wolfgang, obraban en manos del padre Virgilio y del Tanque.

La idea de Oso Oscuro, explicó Sam, era que recogiéramos todos los manuscritos originales sellados en recipientes que había en la gruta y que los volviéramos a transcribir y a traducir al inglés, esta vez junto con el manuscrito rúnico de origen desconocido que recibí de Jersey. Luego, publicaríamos las traducciones, una a una, en una red informática para la formación y aleccionamiento del público en general.

Después de la publicación, Oso Oscuro opinaba que lo mejor sería repartir las fuentes antiguas (las delicadas láminas de estaño y los rollos de pergamino) entre varios museos y bibliotecas indios de Norteamérica que dispusieran de los medios para conservarlos y manejarlos de forma adecuada.

A diferencia de los famosos *Manuscritos del mar Muerto*, de antigüedad parecida, que habían obrado en poder de unos cuantos acaparadores totalitaristas durante los últimos cuarenta años, el maravilloso tesoro de curiosidades de Clio y Pandora estaría a disposición de los eruditos de todos los campos para su estudio y análisis. Si nosotros mismos los traducíamos, nos aseguraríamos de que nada se perdía ni se desviaba. Y si averiguábamos algo peligroso, como por ejemplo, que había algún lugar de la Madre Tierra que podía manipularse pero que

era sagrado o vulnerable, o ambas cosas, como esas insinuaciones de Wolfgang sobre los inventos de Tesla, divulgaríamos esa información para que se emprendieran acciones destinadas a proteger esos sitios.

Los tres formamos una cadena para sacar los tubos de plexiglás: a través de la rendija de la cueva Bambi se los daba a Sam, que los anudaba entre sí con cordel en tres grandes bultos mientras yo ascendía por la roca hasta lo alto del acantilado. Luego, Sam izó los bultos y yo los subí desde arriba con una cuerda más gruesa. Los dejé junto a la catarata hasta que los otros se unieron a mí.

Aunque cada tubo de plexiglás por separado era ligero como una pluma, al unirlos pesaban bastante; calculé que mi paquete y el de Bambi debían de acercarse a los diez kilos cada uno, y el de Sam parecía más pesado aún. Por otra parte, aunque los tubos estaban muy bien sellados, a Sam le daba miedo que, con lo delicados que eran muchos de los objetos, si entraba un poco de agua en alguno, o incluso si sudaba, se destruyera parte del valioso contenido.

Así que llevábamos los bultos a la espalda, por encima de la línea de agua, con los tubos en horizontal desde la cintura hasta más arriba de los hombros. Sam nos los fijó a la espalda con un nudo de briol como el que usan los montañeros, por si alguno de nosotros perdía pie y tenía que soltar de prisa el paquete. Esperábamos que la incomodidad de la carga quedaría compensada por el peso, que nos serviría para agarrarnos mejor al lecho del río contra la fuerza del agua.

Pero justo antes de meterme en la corriente, dirigí la vista hacia Oso Oscuro, que nos esperaba al otro lado junto a Olivier. Este último parecía tenso y llevaba mi mochila puesta, con Jason en su interior. Entré con cuidado en el agua helada y avanzamos por el río en fila india: Sam iba al frente de la procesión para mantener la cuerda tirante, Bambi en el medio y yo detrás, en la retaguardia. Los tres nos sujetábamos con fuerza a la cuerda. Tenía que concentrarme al máximo para mantener las rodillas flexibles y el cuerpo equilibrado al mismo tiempo que plantaba los pies con firmeza en la roca resbaladiza e irregular que cubría el lecho del río. Ya me había adentrado bastante antes de darme cuenta de que algo iba muy mal. Sam se había detenido en seco en mitad de la corriente.

En la orilla, en el linde del bosque, había las dos personas que menos ganas tenía de ver en el mundo: mi jefe Pastor Owen Dart y Herr Doctor Wolfgang K. Hauser de Krems, Österreich. Wolfgang sujetaba a Olivier y le apuntaba a la garganta con una pistola. Oso Oscuro, a pocos metros de distancia, estaba atado a un árbol.

¿Cómo nos habrían encontrado, a cientos de kilómetros y en plena naturaleza? Entonces caí en la cuenta de que, cuando Oso Oscuro había entrado en la casa, habíamos dejado los coches sin vigilancia unos instantes. No se precisaba más tiempo para colocar un dispositivo de localización en los vehículos. Por lo visto, Wolfgang había aprendido la lección la última vez que me siguió.

Incluso a esa distancia distinguí sus ojos color turquesa, fijos en nosotros tres; primero descansaron un momento en Bambi y en mí, y después lanzaron chispas a Sam, como si no dieran crédito a lo que veían.

Quise llorar. Pero mi deseo más inmediato era seguir con vida, una perspectiva no muy probable en ese momento. De repente, me percaté de que el Tanque llevaba un cuchillo de caza en la mano. Con la otra sujetó con firmeza la cuerda que estaba atada al árbol situado a su lado y a la que todos nos agarrábamos como único medio de supervivencia en las aguas rápidas. Cuando comprendí que la iba a partir por la mitad, una punzada de miedo me

recorrió la espalda. Pero vi que Wolfgang sacudía la cabeza y decía algo al Tanque, que apartaba la mano a la vez que asentía y nos miraba.

Bambi, Sam y yo seguíamos en mitad de la corriente, inmóviles como estatuas, y recé para que, contra todo pronóstico, Wolfgang hubiese cambiado de parecer; no sé, como si le hubieran practicado un trasplante total de personalidad en las pocas horas transcurridas desde que nos separamos. Al fin y al cabo, intenté razonar, si su objetivo era destruir todo rastro de esos documentos para que la copia preparada por Sam, que ahora obraba en manos de su equipo, fuera la única versión existente, no había motivo para que el Tanque no nos lanzara a la cascada como si fuéramos cebos para alimentar a los peces.

Pero claro está, había un motivo que no tardé en deducir. Si caíamos por la catarata ahora, los manuscritos de Pandora se vendrían con nosotros, ¡pero no se destruirían si flotaban! Docenas de mensajes en botellas modernas descenderían centenares de kilómetros por el río Salmón, se incorporarían al Snake y al Columbia y desembocarían en el mar. Si se esparcían de tal forma, ¿cómo iban a reunidos y destruirlos todos antes de que alguien los encontrara? Había que capturar o destruir los mensajes y sus botellas antes de acabar con los mensajeros. En ese instante, Sam gesticuló por detrás de la espalda para que Bambi y yo nos acercáramos a él. ¡Cuando hubimos cerrado filas, Sam me miró por encima del hombro y me guiñó el ojo! ¿Qué demonios quería decirme con eso?

A unos treinta pasos, Wolfgang vadeaba hacia nosotros con los zapatos y los calcetines puestos, sin haberse molestado siquiera en remangarse los pantalones. Sujetaba a Olivier delante de él a modo de escudo mientras le apuntaba a la cabeza con la pistola. El Tanque los seguía muy de cerca, con una pistola en una mano y el cuchillo en la otra. Tenía que reconocerlo: Wolfgang debía de estar al corriente de la destreza de su hermana pequeña en el manejo de las armas y no quería correr ningún riesgo. Me sentía desolada por Olivier, y no sólo porque me caía muy bien. Si nosotros tres intentábamos atacar a los otros, a los que superábamos en número, era posible que le costara la vida ya que no sabía nadar.

A pesar de que era difícil mantener la moral en esas circunstancias, me concentré en lo que podría significar el guiño de Sam. Era evidente que se guardaba alguna carta en la manga. Conocía a Sam y sabía que, cuando decidiera actuar, tendríamos que pensar deprisa e intervenir con rapidez. Pero cuando finalmente sucedió, fue algo que jamás se me habría ocurrido.

Wolfgang y el Tanque avanzaban con cuidado a lo largo de la cuerda, que les quedaba corriente abajo, como a nosotros, para usarla como barrera, lo que resultó ser su gran error. Para observar cómo progresaban me tenía que inclinar hacia la izquierda puesto que Bambi, situada detrás de Sam, se ladeaba hacia la derecha para ver.

Cuando llegaron a mitad del río, Wolfgang, que seguía cogiendo a Olivier por el cuello, se apartó de la cuerda para que el Tanque pudiera adelantarlo y alcanzar a Sam. Cuando Wolfgang, con Olivier pálido y con aspecto enfermizo a punta de pistola, lo dejó pasar, Dart avanzó despacio hacia los cilindros que cargaba Sam, sin soltar la pistola ni el cuchillo.

Entonces, como si nada, casi como si ayudara al Tanque, Sam cogió la cuerda que fijaba el paquete de tubos a su espalda y antes de que nadie adivinara lo que iba a hacer, tiró del nudo de briol y soltó la cuerda. El botín de tubos de plexiglás huecos empezó a desplazarse con rapidez corriente abajo, en dirección a la catarata.

Si mal no recuerdo, fue entonces cuando se montó.

Pastor Dart dejó caer el cuchillo al agua y se abalanzó por encima de la cuerda que nos llegaba a la cintura para agarrar el iceberg que se alejaba flotando. Pero en ese instante, Sam

hundió la cuerda en el agua y el Tanque, que la esperaba más alta, perdió el equilibrio y cayó de bruces en las veloces aguas. Sam soltó entonces de golpe la cuerda y ésta enganchó al Tanque, que quedó colgando como un montón de ropa mojada.

Mientras el Tanque luchaba por librarse de la cuerda, Wolfgang lanzó a Olivier a un lado para poder disparar bien a la masa que partía veloz antes de que desapareciera. Pero al hacerlo, un ovillo negro y enfadado, que llevaba demasiado tiempo retenido en la mochila de Olivier, le explotó a Wolfgang en la cara. No tenía ni idea de que Jason tuviera tantas uñas, ni que pudiera esgrimir las con una precisión tan rápida y certera. Cuando Wolfgang se llevó los brazos a la cara para protegerse, Jason se encaramó a ellos e incluso a su cabeza y desapareció tras él. La pistola de Wolfgang voló por el aire gracias a una rauda Browning y a una Bambi de muchos recursos. Wolfgang exclamó algunas maldiciones sobre el estruendo de la cascada, pero eso no lo detuvo. Se sujetó la mano ensangrentada y saltó por encima de la cuerda para perseguir al grupo de tubos que desaparecía, pero Sam salió disparado contra su costado y ambos cayeron juntos. Eché un vistazo rápido a nuestro alrededor para intentar distinguir a Olivier, pero se había desvanecido con la misma velocidad que mi gato.

Todo eso sucedió en cuestión de segundos. Por fin, me libré del paquete de tubos que me limitaba los movimientos y lo anudé a la cuerda para mantenerlos a salvo. Luego agarré al Tanque, cuya arma había desaparecido también, mientras intentaba incorporarse en las aguas turbulentas. Bambi lo apuntó con el arma para que yo le quitara la corbata y le atara con ella las muñecas a la cuerda, junto a mi carga.

Bambi empezó a quitarse también el paquete de la espalda y yo avancé por la cuerda hacia Wolfgang y Sam, que seguían forcejeando en el agua. Por encima de mi hombro, Bambi soltó un grito desgarrador. Me volví de inmediato para seguir su mirada y vi el cuerpo medio sumergido de Olivier que se agitaba desesperado mucho más abajo que nosotros, quizás a unos veinte metros, y que se dirigía directo a la cascada.

Intentaba decidir qué debía hacer, cuando delante de mí Wolfgang sacó a Sam del agua, le dio un golpe fuerte en la mandíbula, lo volvió a sumergir en el río y partió rumbo a su esquivo objetivo.

Sam se levantó, miró corriente abajo y vio a Olivier. Antes de que yo tuviera tiempo de pensar, se zambulló en las mismas aguas rápidas que se llevaban veloces a Olivier hacia la catarata. A cierta distancia de ellos, Wolfgang, todavía de pie y con el iceberg casi a su alcance, se abalanzó para aferrado, pero falló y perdió el equilibrio. Cayó y el agua lo arrastró también a él.

Bambi había logrado sacarse el paquete y atarlo sin que se le mojara el arma. Con la pistola aún en la mano, recorrió la poca distancia que nos separaba, hasta unos pocos metros más abajo de la cuerda, y me gritó al oído:

—¡Dios mío!, ¿no podemos hacer nada? ¡Se van a matar los tres!

Desde luego, daba esa impresión, pero no se me ocurría cómo impedirlo. Aun en el caso de que llegara a uno de los extremos de la cuerda que cruzaba el río, la soltara y la lanzara para que se agarraran, el cabo era demasiado corto para que llegara tan abajo. Contemplamos horrorizadas la espantosa escena que se desarrollaba ante nosotras: tres hombres y un iceberg de cristal arrastrados de forma inexorable por las aguas tenebrosas y cristalinas hacia el acantilado. Estaba sin aliento.

Bambi se pasó la pistola a la mano derecha, la mano con que los violoncelistas sujetan el arco, y cogió la mía con la izquierda, mientras veíamos el montón de tubos que contenían los mortíferos manuscritos de Pandora moverse a cámara lenta hacia el borde del abismo, donde

dieron una graciosa vuelta, como una bailarina, antes de deslizarse silenciosos hacia abajo. Un momento después, la *cabeza* oscura de Wolfgang los siguió igual de silenciosa.

Vimos a Sam que, con brazadas rápidas, alcanzaba el cuerpo posiblemente sin vida de Olivier, demasiado tarde para que ninguno de los dos consiguiera escapar a la terrible corriente. Bambi y yo, con el rugido del agua en los oídos, contemplamos en silencio cómo el resto de nuestra generación, salvo nosotras dos, doblaba veloz el precipicio hacia el olvido.

Mientras permanecía en las aguas rápidas y frías, no tuve lágrimas ni de perdón ni de remordimiento. No sentía nada por todos los que habían creado o perpetuado ese lodazal de traiciones y que, en su mayoría, resultaron ser miembros de mi horrenda familia. Pero tenía aún algo a lo que aferrarme, del mismo modo que me había agarrado a la cuerda, algo que me mantendría viva frente a tantos infortunios insoportables. Era lo único que había quedado en el fondo de la caja de Pandora cuando todo lo demás salió: la esperanza.

Me volví para salir del río, pero Bambi seguía cogiéndome de la mano.

—¿Qué vamos a hacer ahora? —me preguntó por encima del ruido de las aguas, de esas aguas que acababan de llevarse ante mis ojos todo lo que quería en esta vida.

—Lo primero es encontrar a mi gato —respondí también a gritos.

Bambi ató nuestros cilindros entre sí y los llevó flotando hasta la ribera mientras yo arrastraba en el agua el cuerpo del terrible Tanque, boca arriba, y lo depositaba sin ningún miramiento en la orilla. Bambi lo apuntó con la pistola y yo liberé al abuelo de Sam, Oso Oscuro, que nos ayudó a atar a Pastor Dart al árbol en su lugar: ojo por ojo, imbécil. Luego, los tres salimos río abajo en busca de Jason.

No entenderé nunca cómo supe que Jason era la clave del problema o que estaría vivo y a flote. Pero conocía el comportamiento de Jason todo lo bien que se puede conocer a un gato. Sus instintos naturales eran, faltaría más, los del héroe mitológico de quien tomaba su nombre: navegaba en el agua como un argonauta.

Aunque nunca antes había bajado por una catarata de tales dimensiones, algo más de diez metros de altura por unos treinta de ancho, era imposible mantenerlo alejado de los toboganes acuáticos, todavía más altos, de los parques de atracciones, y estaba acostumbrado a nadar en las aguas rápidas del Snake. El río sería más lento y mucho más tranquilo después de la cascada, de modo que estaba segura de que, si Jason había superado la caída sin romperse ningún hueso, lo encontraríamos vivo.

Y a Jason le encantaba recoger cosas, ya fuera su pelota de goma en el río o un resguardo amarillo de correos en la nieve. ¿Por qué no un iceberg de tubos de plexiglás que contenían manuscritos valiosos? Por no mencionar los cuerpos de Olivier, Sam o Wolfgang, vivos o muertos. Primero encontramos a Jason, «feliz como una almeja en la marea alta», como diría Olivier, retozando en un remanso tranquilo bajo la cascada. El objeto a cuyo alrededor nadaba con cierto orgullo era el montón de tubos de plástico, cuya cuerda había quedado atascada en una roca. Unos cuantos tubos se habían soltado y flotaban cerca con un aspecto algo peor.

Puesto que Bambi y yo ya estábamos caladas hasta los huesos, nos adentramos en las aguas y sacamos los tubos junto con Jason, mientras Oso Oscuro seguía a pie por la orilla todo lo que se podía. Cuando tuvimos los cilindros a buen recaudo, ya había vuelto.

—No conseguí llegar más lejos, la orilla se pierde en la maleza —me informó—. Pero los he visto desde arriba. No están lejos. He visto tres cabezas que flotaban en un brazo que sobresale algo del río.

—¿Vivos? —le pregunté.

—Eso creo —respondió Oso Oscuro—. Pero las paredes son escarpadas y resbaladizas. No podemos llegar de ese modo, los tendremos que subir hasta aquí por el agua.

La pendiente era mucho más pronunciada y el agua, mucho más profunda en esa parte del río. A pesar de que Oso Oscuro, Bambi y yo éramos buenos nadadores, nos atamos unos cuantos recipientes sueltos alrededor del tórax a modo de flotadores. Bambi escondió el arma entre un arbusto. Luego, uno por uno, nos metimos en el río.

Los encontramos a algo más de un kilómetro y nos esperaba una sorpresa. Sam no estaba sujetando a Olivier, sino a Wolfgang, que tenía los ojos cerrados. Lo sostenía por debajo de la barbilla como un socorrista mientras cerca de ahí Olivier flotaba, contento como unas Pascuas.

—¡Hombres al agua! —gritó cuando vio que nuestra flotilla se acercaba a nado—. ¡Y mujeres y nativos al rescate!

Cuando llegamos a su altura, exclamé:

—Gracias a Dios que estás vivo; ¡creía que no sabías nadar!

—Y yo también —corroboró—. Me ha salvado la mochila. Me ha mantenido a flote aunque se me llevó la cascada. ¡Qué miedo! En cuanto llegué aquí abajo, salí a la superficie como una burbuja.

¡Pues claro! La botella de plástico enorme que siempre llevaba de excursión para filtrar el agua. Llena de aire, le había salvado la vida.

—¿Y vosotros, cómo estáis? —pregunté a Sam, muy preocupada.

Tenía un aspecto horroroso, pero no tan malo como Wolfgang, que debía de haber perdido mucha sangre entre los arañazos del gato en la cara y la herida de Bambi en la mano.

—Creo que se ha roto una pierna al caer —nos informó Sam, que aún lo sujetaba en el agua—. Me imagino que se ha desmayado de dolor.—Nosotros lo llevaremos —indicó Bambi—, porque tenemos que regresar a nado.

Ayudó a Oso Oscuro a tomar a Wolfgang de las manos de Sam y yo enseñé a Olivier cómo propulsar su ahora flotante cuerpo contra la suave corriente de esta parte del río. Cuando nos encaramamos a la orilla, Oso Oscuro cargó el cuerpo de Wolfgang en brazos y recorrimos el camino de vuelta para recoger al Tanque y los otros tubos. Olivier, que llevaba a Jason, apuntaba con la pistola de Bambi a nuestro futuro jefe para que anduviera frente a nosotros hacia el coche, mientras Sam, Bambi y yo transportábamos nuestros preciados tesoros.

Sam, cubierto de barro y desaliñado, ocupó el asiento delantero del Land Rover, a mi lado; mientras que Olivier, Bambi, los cilindros y nuestros rehenes se acomodaron en la espaciosa parte trasera. Yo estaba rendida. A pesar de toda la parte de mí que había invertido en esos manuscritos, casi deseaba que hubieran desaparecido bajo la superficie cristalina pero peligrosa del río. Tenía la imaginación tan agotada por todo lo que había pasado que no podía pensar en nada.

—¿Y ahora qué? —pregunté al grupo, que parecía tan destrozado y confundido como yo.

—Lo primero que haré será echar todas mis credenciales de seguridad nuclear al buzón más cercano y usar unas cuantas de las otras que tengo para entregar a estos dos individuos a las autoridades por intentar una matanza. Ya discutiremos el resto de cargos más adelante —dijo Olivier.

—Por lo que a mí respecta —afirmó Bambi con orgullo—, Oso Oscuro me preguntó mientras volvíamos del río si Lafcadio y yo podríamos emplear nuestros numerosos contactos para ayudarlo a seleccionar las mejores instituciones arqueológicas y académicas

de otras partes del mundo para que revisen y certifiquen los documentos originales. Lo haremos encantados. En cuanto a mi hermano, tal como dice Lafcadio, a lo largo de su vida ha sembrado todo lo que ahora recogerá.

Yo no estaba aún preparada para pensar en el inconsciente Wolfgang, que yacía empapado en el asiento de atrás junto al Tanque.

—Los manuscritos no estarán del todo a salvo hasta que hayamos capturado a unas cuantas personas más, incluido tu padre y la madre de Bettina, quienes no dejarían una piedra sin remover para conseguirlos —advirtió Sam.

A pesar de los sentimientos que me inspiraba mi impenitente padre, me invadió una tristeza comprensible al ver cómo habían acabado las cosas y, a juzgar por la expresión de Bambi, a ella le pasaba lo mismo.—Hasta que no tengamos a todos los culpables fuera de combate —añadió Sam—, seguiré trabajando para proteger y descifrar esos documentos.

Pero yo no tenía ni idea de qué rumbo debía seguir ahora. No dejaba de imaginarme lo que sería la vida después de esas semanas en que todo había cambiado de forma tan irreversible. Me había quedado sin trabajo, sin nuevos amigos, sin misión y sin peligro.

—Yo no tengo ni idea de lo que debo hacer —admití a todos en general.

—Oh, a ti te espera el trabajo más importante —soltó Sam con una sonrisa irónica y enfangada, y esperé a que cayera el otro mocasín—. Vas a aprender a bailar —sentenció.

LA DANZA

Mándala significa «círculo» y, más en concreto, círculo mágico... Me he encontrado con casos de mujeres que no dibujaban mándalas pero que, en cambio, los bailaban. En la India [eso recibe] un nombre especial... mándala nrithya, la «danza mándala».

CARL G. JUNG

En el éxtasis del baile, el hombre cruza el abismo entre este y el otro mundo... Cabe suponer que la danza en círculo ya existía de forma permanente en la cultura paleolítica, el primer estadio perceptible de civilización humana.

CURT SACHS,

World History of the Dance

La forma de baile más antigua parece ser el Reigen, o danza en círculo [que] simboliza una realidad de la máxima importancia en la vida de los hombres primitivos, el reino sagrado, el círculo mágico... En el círculo mágico se liberan todos los poderes demoníacos.

SUSANNE K. LANGER,

Así pues, habíamos completado el círculo, pero mis días de danza no habían empezado aún. Olivier llamó desde una cabina y consiguió que los federales enviaran una delegación desde Boise para que se encontraran con nosotros en la ciudad, recogieran al Tanque y a Wolfgang, y los pusieran a buen recaudo. La información que disponía de ellos, incluida la traición, el espionaje internacional, la asociación con traficantes de armas y contrabandistas nucleares extranjeros, el intento de homicidio múltiple en un río y el asesinato de Theron Vane, agente de alto nivel del Gobierno, no era nada, desde mi punto de vista, comparado con lo que Wolfgang había cometido: el intento de asesinato de su propio hermanastro, Sam.

En la ciudad, Olivier garabateó sobre una carpeta apoyada en el Land Rover de Oso Oscuro y rellenó los formularios necesarios para trasladar a sus dos prisioneros. Los federales se encargaron primero del Tanque, debido a su elevada posición como jefe del complejo nuclear, y se lo llevaron en el coche blindado para su traslado inmediato a una cárcel federal, a la espera de juicio.

Mientras tanto, Wolfgang, herido e inofensivo pero ahora sentado en el asiento posterior, pidió hablar conmigo a solas dentro del coche. Así que los demás salieron y esperaron fuera, y yo me volví para mirarlo a la cara, llena de arañazos de gato, mientras él me devolvía la mirada con un dolor apenas contenido. Parecía tratarse de algo más que la mano herida o la pierna rota. Esos ojos turquesa, que tan poco tiempo atrás me hacían temblar las rodillas, ahora me hacían sentir aislada y asustada por todo lo que había pasado entre nosotros desde que nos conocimos.

—¿Te imaginas el dolor que siento al mirarte, Ariel? —dijo Wolfgang—. Creía que sabías que te quería. Y luego descubro que sólo me has contado mentiras. ¿Yo le había contado mentiras? A eso le llamo yo ver la paja en el ojo ajeno. ¡Dios mío! Si durante semanas cada vez que levantaba una piedra, me encontraba con otra mentira debajo. Le había pedido explicaciones a Wolfgang un montón de veces, sólo para oír más mentiras, sólo para tragármelas todas y cada una con la misma facilidad que la anterior, sólo para acabar entre sus brazos en la cama, una y otra vez. Puesto que había defendido su última postura a punta de pistola, consideré que lo más prudente sería ahorrarme cualquier comentario.

—Sabías que Sam estaba vivo y me lo ocultaste —soltó Wolfgang con gran amargura—. Me has mentido desde el principio.

—¡Estabas intentado asesinarlo, Wolfgang! —señalé lo que resultaba obvio—. ¿Habrías

matado también a tu hermana? ¿Me ibas a matar a mí?

—Te quiero —dijo con los labios apretados, haciendo caso omiso de mi pregunta mientras otra oleada de dolor lo sacudía. Cuando se hubo recuperado prosiguió—: No os iba a matar a ninguno de vosotros; no digas locuras. ¿Te parezco acaso un maníaco homicida? Sólo quería esas reliquias que son tan importantes. ¿Es que no lo comprendes, Ariel? Tú y yo habríamos utilizado esa información de la forma adecuada. ¡Podríamos haber logrado tantas cosas! Gracias a esos manuscritos, habríamos creado juntos un mundo mejor.

Se detuvo y luego añadió con cuidado:

—Sé lo que pensaste después de lo de París, después de que Zoé hablase contigo. Fue por mi pregunta sobre los gitanos, ¿verdad? Me di cuenta en el viaje de vuelta en avión y te tendría que haber dicho algo entonces. Sólo me sorprendió, eso fue todo. No habría supuesto ninguna diferencia, tienes que creerme. No me habría importado...

—¿Que no te habría importado? —exploté furiosa—. ¿De qué demonios me estás hablando? ¿Te refieres a que te habrías rebajado a seguir acostándote conmigo a pesar de que por mis venas corre sangre mancillada? Dios mío, ¿pero qué clase de persona eres? ¿No comprendes cómo me siento al saber que intentaste matar a Sam con esa bomba en San Francisco? Trataste de matarlo, Wolfgang. ¡Y sabías a ciencia cierta que Sam era tu propio hermano!

—¡No lo es! —casi aulló Wolfgang, con la cara pálida por un dolor que expresaba, con sólo mirarlo, todo lo que se había callado.

Olivier había echado un vistazo por la ventanilla, alarmado, y se dispuso a abrir la puerta del coche, pero le indiqué con un gesto que no lo hiciera. Temblaba de pies a cabeza con una emoción que era incapaz de definir con palabras. Se me llenaron los ojos de lágrimas. Miré de nuevo a Wolfgang, inspiré profundamente y con toda la calma y claridad que conseguí reunir sin desmoronarme le dije:

—Sí, Wolfgang, es tu hermano. Después de eso me volví, salí del coche y cerré la puerta a mis espaldas.

Oso Oscuro, una de las personas más organizadas de la tierra, habría sido un directivo excelente en cualquier gran empresa si no hubiera estado tan ligado a tareas más importantes destinadas a conservar las raíces de su pueblo y a desentrañar los misterios de la vida. Mientras tanto, también consiguió organizar el proyecto de Sam y mío.

En opinión de Oso Oscuro era demasiado peligroso soltarnos, «darnos a conocer» como quien dice, hasta que Olivier y su gente hubieran capturado a unos cuantos malos más. Una vez más gracias a Oso Oscuro, contaban ahora con más argumentos en ese sentido. Los archivos privados de tío Earnest (la información desagradable que Zoé había averiguado sobre la familia Behn) aparecieron de forma anónima entre un cúmulo de viejas reclamaciones de propiedad de décadas atrás, en una caja de seguridad de la reserva de Lapwai.

Aunque Earnest hubiera purgado la existencia misma de Halle y de Wolfgang de su mente, como Oso Oscuro nos informó, ese nuevo tesoro incluía documentación acerca de la función de nuestra familia, incluido mi padre, como financieros largo tiempo ocultos que apoyaban su propio concepto de supremacía racial y que colocaban las armas de destrucción a gran escala al servicio de su desagradable visión del nuevo orden mundial.

La parte más agradable de la familia me reservaba unas cuantas sorpresas. Tal como Sam había sospechado y Dacian Bassarides corroboraba ahora, el legado de Pandora se había repartido entre los cuatro «niños Behn». Al parecer, tras nuestro encuentro en Viena, Dacian

había llegado a algunas conclusiones por su cuenta. Se encargó de preparar una reconciliación pendiente entre Lafcadio y Zoé, lo que acabaría con todas esas décadas de amargura familiar que había estado fomentada por un hombre que llevaba largo tiempo muerto.

No fue necesario que Dacian convenciera a Laf ni a Zoé de que yo sería quien había de encajar todas las piezas como en su día hizo Pandora, para separarlas de nuevo, veinticinco años atrás, mediante los términos de su testamento. Tío Laf me remitió una caja del vino elaborado en las bodegas de Dacian con una nota de éste donde detallaba el patrimonio de Pandora, que durante todos esos años tanto interés había despertado. A partir de esa información y con una llamada pertinente a mi madre y varias charlas con Oso Oscuro, la imagen resultaba de lo más claro.

En primer lugar, estaba el manuscrito rúnico que mi madre me envió desde San Francisco y que Olivier recuperó de donde lo escondí en la Normativa del DDD, en el complejo nuclear. Me acordaba de que Laf me comentó que Pandora se había dedicado a copiar runas apartir de las piedras erigidas en toda Europa: esas runas constituían el legado que dejó a mi padre. Cuando Jersey descubrió la relación de Augustus con su hermana, elaboró una copia clandestina de ese manuscrito. Aunque mi padre poseía aún el original, más adelante Earnest aconsejó a Jersey que guardara su copia para dármele cuando hubiera crecido, del mismo modo que él conservaba su parte del legado de Pandora para Sam.

Eso me llevaba al segundo conjunto, que Earnest heredó y que luego recibió Sam. Se trataba de las tablillas, las telas y los rollos curiosos y deteriorados que habíamos rescatado con tanto riesgo de la cueva de cristal; el conjunto que todos deseaban con tanta pasión, que se habían lanzado en su busca por el sendero tenebroso del asesinato y del crimen. No costaba adivinar el motivo particular de Wolfgang, dado lo que parecía su preocupación obsesiva: que su padre lo hubiera abandonado y hubiera dejado todo su patrimonio, incluso esas reliquias, a su hijo menor e indio americano: Sam.

Tal como Dacian Bassarides me había indicado en Viena, una cuarta parte del rompecabezas, incluso la mitad, apenas servía de nada sin el resto. Y por lo que Volga Dragonoff me contó durante nuestra charla en un gélido comedor soviético, incluso si se disponía de todas las piezas juntas en un montón, era preciso ser un iniciado en la forma adecuada de pensar, como afirmaba creer que yo era, para montar el rompecabezas.

Sólo había una persona que me podía haber proporcionado ese entrenamiento, aunque yo no lo supiera. Se trataba de Sam. Las dos personas que conservaban las otras piezas del rompecabezas, Lafcadio y Zoé, habían enviado copias de su parte de la herencia de Pandora, que habían confiado a Bambi para que me las entregara cuando vino a advertirme sobre Wolfgang. Ahora que obraban también en mi poder, me sentía preparada para iniciar el ataque.

Oso Oscuro había ideado un plan muy ingenioso para que Sam y yo no tuviéramos que albergarnos en cobertizos y refugios de montaña remotos mientras completábamos el proyecto, un plan que ya había puesto en marcha hacía semanas, en cuanto Sam volvió de Salt Lake con las pruebas que obtuvo sobre la familia. Tenía a punto todas las provisiones que íbamos a necesitar para pasarnos seis meses como mínimo «en el campo», lo que nos permitiría empezar y acabar el proyecto en relativo secreto.

Nos había preparado caballos de carga, un suministro suficiente de alimentos setos y remedios caseros a base de hierbas, un tipi y mucha ropa térmica e impermeable, así como dos ordenadores portátiles con sus correspondientes paquetes de baterías, equipados con el

mejor software del mercado en muchos idiomas, tanto antiguos como modernos, para facilitarnos la traducción. Y un encantador terreno privado regado por un riachuelo de agua rápida y limpia, a un solo día de camino del lago Pend Oreille y del parque nacional de Kootenay, en esa región de Idaho que se adentra en el territorio de Columbia Británica y, por lo tanto, si fuera necesario, al alcance del son de los tambores de muchas tribus indias. La única población en cincuenta kilómetros era un lugar pequeño (de ochocientos habitantes) que llevaba el inverosímil nombre de Troya.

Mi salvador moreno de ojos verdes, Jason, nos acompañó en esta excursión, aunque algo a su pesar hasta que echó un vistazo a su riachuelo privado de aguas rápidas. Al final de cada semana, Oso Oscuro nos enviaba un mensajero anónimo en un caballo appaloosa moteado para que nos dejara unos cuantos alimentos de primera necesidad y recogiera los documentos que hubiésemos acabado de transcribir y traducir para transportarlos a paraderos desconocidos, o que sólo Oso Oscuro conocía.

—Si hubiese sabido antes este sistema indio de transporte clandestino —me comentó Sam—, me habría ahorrado muchas molestias y quebraderos de cabeza cuando heredé estas cosas.

Me había olvidado de lo que era vivir al aire libre en el campo, donde se recibe el agua potable, la comida y el aire de manos de la tierra, sin ningún intermediario que los diluya o contamine. Fue una experiencia estimulante desde el primer momento en que instalamos el tipi y nos metimos dentro. Aunque Sam y yo plantamos las pocas variedades de cultivo de temporada corta que crecerían en esta zona tan alejada, y que todos los días teníamos que pescar y recolectar para comer, nos pasábamos la mayor parte del tiempo traduciendo manuscritos. Y cuanto más traducíamos, más fascinante era.

Incluían una procesión de historias y misterios que parecían surgir de la voz profunda y silenciosa de un pasado desconocido y hasta el momento inédito. Ese pasado empezó a emerger de la niebla que lo ocultaba, generada por una máquina que, por lo que vi, historiadores y biógrafos habían mantenido en marcha durante milenios.

—Se me ha ocurrido una idea —dije a Sam una noche junto al fuego cuando llevábamos más o menos un mes trabajando—. En estos relatos pocas veces aparece ningún tipo de sociedad superior que invade y subyuga a una inferior, es más bien al contrario, si las comparas a ambas en términos de capacidades científicas o artísticas. La historia consiste básicamente en el registro de los extraordinarios despliegues de valor de los conquistadores. Pero esa «superioridad» suele basarse en haber conseguido derrotar y esclavizar a los otros.—Estás captando la idea —afirmó Sam—. Lástima que no seas india: habrías nacido con ella. El autor favorito de Hitler cuando era pequeño era un tipo llamado Karl May, que escribió historias de indios y vaqueros para los niños alemanes. ¿A que no adivinas quién ganaba siempre en esas historias?

Era la primera nota amarga que le había oído a Sam respecto a esa parte de su cultura que yo, como americana no indígena, quizá nunca alcanzaría a comprender del todo.

—Le salvaste la vida a Wolfgang —indiqué—. Por lo que nos contó Bambi, ahora sabes que te odiaba, que había puesto esa bomba que casi te mató. Si lo hubieras sabido entonces, ¿te habrías esforzado tanto en rescatarlo?

—¿Te refieres a si soy tan altruista como para perdonar a alguien que disfrutaría erradicando a la gente como yo? ¿Algo así como: «no es mal tipo, es mi hermano»? —dijo Sam.

Después, sonrió, se levantó de la silla donde estaba reclinado junto al fuego y me puso de pie frente a él.

—Ya lo sabía entonces —afirmó.

—¿Sabías que Wolfgang había intentado matarte? —pregunté, sorprendida.

—Me imagino que me crearás muy noble de carácter en este momento, ¿no? —prosiguió—. Pues déjame que te diga que no me parece que una persona tan malvada como él deba librarse con sólo una pierna rota y una asfixia rápida e indolora en el río. Opino que habría que arrastrar su bonito nombre ario por el fango y que se tendría que pasar el resto de una larga vida en la cárcel.

Supongo que cuando por fin destapabas la amargura de Sam, te encontrabas con que el tarro estaba bastante lleno. Sam descansaba sus manos en mis hombros. Estábamos de pie en el centro del tipi, uno frente al otro junto al fuego, y me observaba con una expresión extraña.

Cerré los ojos y recordé otro fuego en un castillo y la llama insaciable que había despertado en mí el tacto y el olor de ese hombre al que acabábamos de evaluar y desestimar de forma tan irrevocable. Un hombre tan lleno de odio que había intentado asesinar a su propio hermano, el mismo hermano que le acabaría salvando la vida a pesar de saberlo todo. Por mucho que Wolfgang afirmara su amor por mí, me preguntaba si era cierto. Me preguntaba si yo lo había querido nunca.

Cuando abrí los ojos, Sam me estudiaba con atención, como si buscara alguna respuesta oculta a una pregunta tácita. Me acordé de sus palabras esa mañana en la cima de la montaña: «¿Tienes idea de lo peligrosa que puede resultarnos esta "amistad" tuya tan inoportuna?» ¿Ya lo sabía entonces? Pues ahora ya lo había descubierto por mi cuenta, ¿no?

—Intenté advertirte —dijo Sam—. No sospechaba nada de forma consciente hasta que fui a Salt Lake. Pero cuando empecé a atar cabos sueltos a partir de los documentos familiares y a comprender la situación, cuando me di cuenta de que la persona con la que habías iniciado una relación, Wolfgang Hauser, podía tratarse del mismo hombre que había asesinado a Theron Vane, no supe qué hacer. Era consciente de lo peligroso que podía resultar para mí: era a mí a quien perseguía. Pero no podía creer que llegara a hacerte daño. Te envié esa nota para que te andaras con cuidado. Además, ya no eres una niña. Quería que hicieras lo mejor para ti.

—Caray, pues qué magnánimo por tu parte —le espeté bastante furiosa y contrariada—. ¿Creíste que sería «mejor para mí» dejar que siguiera haciendo el amor y enamorándome de un hombre que podía destruirnos a ambos?

Sam se estremeció como si le hubiera lanzado un golpe real y me di cuenta de lo mucho que habría intentado cerrar los ojos a lo que sucedió en realidad entre Wolfgang y yo. Por último inspiró profundamente y habló muy tranquilo.

—Si quisieras atiborrarte de alcohol o de alguna droga peligrosa, tampoco te lo impediría, Ariel. Eres responsable de tus propias decisiones y acciones. Pero eso no era amor y tú lo sabes: el amor no es algo que quieres hacer con alguien.

—No estoy segura de saber lo que es el amor —afirmé, y era cierto.

Recordé el comentario de Oso Oscuro acerca de que el padre de Sam, Earnest, se creía incapaz de experimentar tal sentimiento. Así que quizá para los nez percé yo también estuviera como muerta.

—Me parece que yo lo sé. ¿Quieres que te lo explique? —me preguntó Sam, que seguía observándome.

Me sentía muy vacía pero asentí para que prosiguiera.

—Para mí, el amor es cuando sabes que la persona que quieres forma parte de ti y que llevas dentro de ti una parte de esa persona —dijo Sam—. No puedes usar, manipular o engañar a

alguien a quien quieres de verdad, porque te estarías usando, manipulando o engañando a ti mismo. ¿Tiene eso sentido?

—¿Es decir, que si Wolfgang me mintió, de hecho se estaba mintiendo a sí mismo? —solté con toda la ironía del mundo.

—No, a él no le hacía falta engañarse a sí mismo, ¿no? —me lanzó Sam de vuelta—. ¿No se te olvida un detallito? Te acostaste con él y tú también le mentías.

Me quedé estupefacta, pero era cierto. Había tenido la relación más íntima posible con un hombre en quien en realidad no confiaba. Un hombre al que nunca me abrí del todo, por propia voluntad, para contarle la verdad completa de nada. Era un trago amargo, pero en el fondo siempre fui consciente de lo que era Wolfgang.

—Hace tiempo que te entregué parte de mi corazón y parte de mi alma, Ariel. Ya lo sabes —prosiguió Sam. Me sonrió con picardía—. Pero existen algunos compromisos antes de que te ceda parte de mi cuerpo —añadió.

—¿Tu... cuerpo? —mascullé—. Pero si creía que te gustaba Bambi.

La cabeza me daba vueltas.

—Ya lo sé —aseguró Sam con una sonrisa—. Cuando vi la expresión de tu cara mientras sujetaba a Bettina junto a la cascada, pensé por primera vez que quizás había alguna esperanza para nosotros, con o sin Wolfgang.

Me alborotó los cabellos y sin más, dijo:

—Te quiero, listilla. Supongo que siempre te he querido.

Lo admito, estaba atónita. Me quedé ahí de pie, como en una nube, sin saber qué hacer. ¿Estaba preparada para todo aquello?

De forma bastante extraña, Sam había empezado a retirar los sacos de dormir y las bolsas, para dejar vacío el espacio que ocupaba el centro del tipi, alrededor del pequeño hogar rodeado de piedras.

—¿Qué estás haciendo? —pregunté.

—De hecho sólo es un compromiso —explicó Sam, que seguía amontonando mantas a un lado.

Se levantó y sacudió la cabellera negra hacia atrás con impaciencia.

—No esperarás que siga amando a alguien que no sabe bailar, ¿verdad? —soltó.

Como me había dicho Dacian, el proceso era más importante que el resultado.

Durante ese último mes en que Sam y yo habíamos compartido una existencia fraternal, hasta que bailamos, no habría logrado comprender en absoluto los manuscritos que estábamos traduciendo; que todo eso del entramado del mundo, la trama y la urdimbre, el *yin* y el *yang*, los enlaces alquímicos y el ritual dionisiaco se reducía a una sola cuestión: la transformación. Los manuscritos trataban precisamente de eso.

Bailamos toda la noche. Sam tenía cintas de bailes y cantos indios que pusimos en un cásete portátil, pero danzamos al son de cualquier música (desde la cingara de tío Laf hasta las rapsodias húngaras y las canciones celtas favoritas de Jersey que, según nos contó a Sam y a mí, se bailaban a un ritmo frenético en cualquier boda o velatorio irlandés), rápida y lenta, apasionante y mágica, poderosa y misteriosa. Danzamos descalzos alrededor del fuego, y después fuera, en el prado oscuro de la cima de la montaña, que olía a los primeros acianos de principios del verano. Algunas veces nos tocábamos, nos cogíamos de la mano o bailábamos juntos, pero a menudo bailamos solos, una experiencia distinta y fascinante.

A medida que danzaba sin parar, me pareció que por primera vez sentía de verdad mi cuerpo, no sólo más centrado y equilibrado en sí mismo, aunque eso también era cierto, sino

también conectado por completo de algún modo misterioso con la tierra y el cielo. Noté que algunas partes de mí morían y se rompían en pedazos que se esparcían en el universo, donde se convertían en estrellas que brillaban en el espacio inmenso de la noche, ese espacio salpicado de galaxias que parecía interminable.

Danzamos durante la mañana, hasta que las brasas de nuestro hogar se extinguieron, y volvimos a bailar en el prado floreado para observar cómo los primeros rayos del alba teñían de rojo el cielo matinal. Y seguimos danzando...

No fue hasta transcurrido todo ese tiempo que algo extraño empezó a suceder, algo aterrador. Y cuando pasó, me detuve en seco. El aparato seguía emitiendo música y Sam daba vueltas. Al verme quieta, descalza entre las flores, se acercó.

—¿Por qué te has detenido?

—No lo sé —confesé—. No estoy mareada ni nada de eso, es que...

Pero no sabía cómo explicarlo.

—Baila conmigo, entonces —dijo Sam.

Se agachó para apagar la música, me estrechó entre sus brazos en el prado y nos movimos despacio en un círculo, casi flotando. Sam me abrazaba con suavidad, sólo lo suficiente para darme apoyo. Su rostro curtido, con la nariz recta, la barbilla hendida y las pestañas que proyectaban su sombra a unos pómulos fuertes, me recordaron entonces los de un poderoso espíritu protector. Acercó los labios a mis cabellos.

—He aprendido algo de los manuscritos de Pandora —me comentó—. En una primera versión de un texto alquímico medieval («El círculo mágico de Salomón el Mago» de Goethe) se afirma que los ángeles no hacen el amor como los seres humanos. No tienen cuerpo.

—¿Cómo lo hacen? —le pregunté.

—De una forma mucho mejor —respondió—. Se mezclan entre sí y durante un breve instante se convierten en un solo ser. Pero por supuesto, los ángeles no poseen substancia. Están formados por rayos de luna y polvo interestelar.—¿Te parece que somos ángeles? —sugerí, mientras me recostaba en sus brazos con una sonrisa. Sam me besó.

—Opino que deberíamos mezclar nuestro polvo interestelar, ángel —anunció.

Me llevó de la mano hacia la hierba para que me echara sobre él entre las flores silvestres.

—Quiero que hagas lo que te apetezca, o nada en absoluto —me sonrió—. Estoy a tu total disposición. Mi cuerpo es tu instrumento.

—¿Puedo tocar con él El amor brujo?—le pedí entre risas.

—Puede tocar cualquier selección que el virtuoso desee —me aseguró—. ¿Qué va a ser?

—De golpe, es como si estuviera por encima de la línea de árboles —afirmé muy seria.

—Ya estuvimos ahí y sobrevivimos —apuntó Sam en voz baja, mientras me tomaba los dedos y rozaba con ellos sus labios—. Entramos en la luz juntos una vez, Ariel. Justo después de que nuestros tótems nos encontraran, ¿recuerdas?

Asentí despacio. Sí, me acordaba.

Cuando el puma y los dos osos hubieron desaparecido de la cima de la montaña, Sam y yo permanecemos sentados largo rato, puede que horas, uno al lado del otro, sin movernos, con las puntas de los dedos en contacto. Cuando la oscuridad cedió paso al alba, tuve la molesta sensación de que algo cambiaba en mi cuerpo, algo que se movía deprisa como unas manos inquietas. De repente, empecé a alejarme de la tierra y a flotar muy alto en el aire. Me sentía completamente separada del cuerpo y aun así seguía teniendo forma y contorno, como una lágrima llena de helio y suspendida en el cielo.

Me asaltó un momento de pánico, por si me caía o porque quizás estaba muerta y me iba

para siempre de la tierra. Pero entonces comprobé que no estaba sola ahí arriba. Había alguien a mi lado: Sam. Era casi como si me hablara desde el interior de mi mente, a pesar de que si miraba hacia abajo, veía nuestros dos cuerpos sentados uno al lado del otro en la tierra.

—No mires abajo, Ariel —me susurró Sam en mi mente—. Mira hacia delante. Entremos juntos en la luz...

Era extraño, pero después nunca hablamos de ello, ni siquiera una vez. Y lo que era más extraño aún, jamás me pareció que se tratara sólo de un sueño. En cualquier caso me parecía mucho más vivido que la realidad, del mismo modo que nuestro mundo tridimensional y a todo color es mucho más consistente que una fotografía en dos dimensiones y en blanco y negro sobre un pedazo de papel. Esa experiencia poseía unas dimensiones muchísimo mayores y más profundas. Pero si tuviera que explicarlo con palabras, no sabría por dónde empezar. De niños, Sam y yo habíamos entrado juntos en la luz. Ahora íbamos a hacerlo de nuevo. Era consciente de que esta vez iba a ser muy distinta a la anterior. Los dos nos íbamos a transformar en un solo ser en esa mañana de primavera entre las flores silvestres.

Y esta vez, ya no tenía miedo.

Mientras estaba en brazos de Sam horas más tarde, en lugar de absorbida, me sentía revitalizada, como si hubieran inyectado en mis venas una sustancia ligera, burbujeante y efervescente.

—¿Cómo describirías eso? —le pregunté mientras entrelazaba sus dedos con los míos—. ¿Qué nos ha pasado?

—Si necesitas asignarle una palabra, yo diría que el término técnico es «orgasmo mutuo» —dijo Sam—. Un orgasmo mutuo muy largo. Más o menos un orgasmo mutuo ininterrumpido, largo, continuado y sin fin.

Le puse la mano en la cara.

—Por otra parte —continuó, sonriendo mientras me besaba el hombro desnudo—, podrías simplificar mucho las cosas y llamarlo amor. ¿Te sorprende?

—Nunca había sentido nada igual —admití.

—Supongo que debería sentirme aliviado —comentó Sam—. Pero para serte sincero, yo tampoco.

Se sentó y me miró ahí echada entre la hierba. Después me recorrió la piel con un dedo desde la barbilla al centro del cuerpo hasta que vibré y se agachó para besarme en los labios como si, despacio, nos vertiéramos mutuamente polvo interestelar. Era una sensación increíble.

—Me parece que estamos afinados —sentenció Sam—. Se acabaron los ensayos. ¿Qué te parece una actuación en directo?

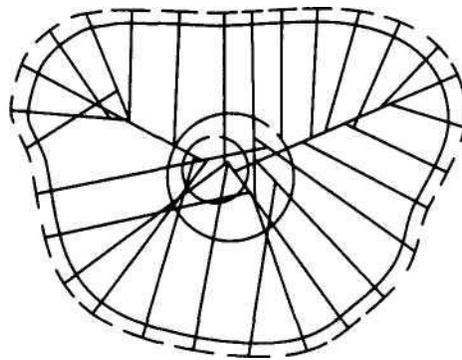
Sam y yo seguíamos en las montañas seis meses después, a principios de noviembre. Oso Oscuro nos envió raquetas para la nieve, esquís de fondo y algunas pieles de oso por si se producía la esperada primera gran nevada.

Casi habíamos terminado la traducción de los manuscritos. Los de Earnest, Lafcadio y Zoé, y también las runas que Jersey robó a Augustus. Tal como Wolfgang y los demás creían, indicaban lugares del planeta donde se formaba un entramado que, según los antiguos, no sólo poseía enormes poderes, sino que se había usado en ceremonias y rituales, documentados con todo detalle, durante un período que abarcaba como mínimo cinco mil años. El secreto más guardado de las primeras religiones de los misterios, como era el caso de los órficos, los pitagóricos o los primeros egipcios, consistía en que si se activaba este

entramado, se produciría un enlace alquímico que transformaría la Tierra y liberaría una energía que nos conectaría con el cosmos en una especie de «enlace».

—¿Sabes qué es el «centro de simetría»? —me preguntó Sam un día. Cuando sacudí la cabeza, me lo explicó—: En algunos modelos matemáticos, como en los de la teoría de catástrofes, puedes seleccionar el centro absoluto de una figura. Por ejemplo, hay un modelo para un incendio. Si el fuego se origina en el borde de un campo, sea cual sea la forma de ese campo, es posible prever dónde se extinguirá (en el centro exacto), si dibujas una línea recta en el borde de todo el contorno que marca su periferia y a partir de ella trazas otra línea con un ángulo de noventa grados. El punto donde confluyen la mayoría de rayas constituye el centro absoluto, es decir, el centro de simetría: una especie de sendero de menor resistencia. Se pueden analizar muchos modelos de campo de esa forma. Campos de luz, cerebrales, terrestres, y quizá cosmológicos. Te lo enseñaré.

Dibujó la forma en la pantalla de su ordenador:

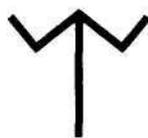


—¿Crees que esos puntos Tierra no están líneas rectas o estrellas de

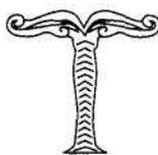
¿Crees que son importantes porque actúan como centros de simetría?

—Una especie de vórtice o de vorágine —asintió Sam—. Algo que absorbe energía hacia sí y amplifica su poder porque se trata del centro real de la forma.

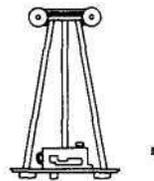
Parte del proyecto era inherente a las páginas que teníamos ante nosotros. Por ejemplo, como dedujimos de repente un día, esos esquemas patentados que Nikola Tesla había preparado para su torre alto voltaje construida en Colorado Springs, la torre que según afirmaba habría de canalizar la energía por el entramado mundial, guardaban un enorme parecido con un famoso dibujo de la primera retorta química, la crisopeya de Cleopatra, el texto alquímico más antiguo que existe. Y ambos se parecían a una *T*, la cruz de *tan*, el símbolo de poder de los primeros egipcios, así como a la runa Tyr mencionada por Zoé, que invocaba la columna mágica de Zeus. Y, de manera extraña, a la misma Irminsul destruida por Carlomagno y reconstruida mil años después en el bosque de Teutoburgo por Adolf Hitler.



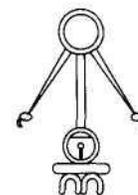
runa Tyr



Irminsul



torre de Tesla



crisopeya de Cleopatra

que estamos buscando en la simplemente conectados por seis puntas? —supuse—.

Sam y yo sabíamos que nos faltaba mucho trabajo todavía. Algunos documentos apuntaban a otros que no obraban en nuestro poder. Dedujimos dónde habían ocultado muchos de ellos hacía milenios, en una grieta del monte Ida, en la costa de Turquía, el monte Pamir, en Asia central, y una gruta donde Eurípides escribió sus obras, en el centro de Grecia, pero aunque se habían descubierto algunos documentos antiguos en esas regiones, no teníamos ninguna garantía de que los que buscábamos estuvieran ahí ahora. Decidimos que cuando termináramos la tarea que nos ocupaba trataríamos de encontrar algunos, tal como habían hecho Pandora y Clio.

Resultaba sorprendente pero, a medida que cada evento salía de nuestra caja de Pandora de revelaciones, era como si se oyera su eco en la actualidad en algún punto del planeta. Sabíamos que nos estábamos acercando a la transformación que esperábamos.

Los soviéticos se habían retirado de Afganistán en febrero. Además, otros países con muros, ya fueran políticos o físicos, empezaron a verse sacudidos por movimientos y llamamientos democráticos que avanzaban en torrentes, como agua que buscara su nivel natural, su centro de simetría.

El mes de junio, en la plaza de Tian'anmen en China, el país famoso por tener una muralla que se ve desde el espacio exterior, había estallado una protesta social. A pesar de que los tanques hicieron acto de presencia, la levadura ya había empezado a fermentar. Después, el nueve de noviembre que habíamos estado esperando, la fecha que Wolfgang había definido como un punto de inflexión para Napoleón, De Gaulle, el kaiser Guillermo y Adolf Hitler, recibimos una noticia asombrosa de Laf y Bambi desde Viena a través de nuestro appaloosa expreso: el muro de Berlín, que había separado simbólicamente el Este del Oeste durante más de veinticinco años, había caído de un día para otro. La ola gigantesca se había desatado por fin; avanzaba y nadie podría detenerla.

Pero no fue hasta finales de diciembre, casi en el nonagésimo aniversario del nacimiento de tío Laf en la provincia de Natal, en Sudáfrica, que logré el gran avance que Sam y yo andábamos buscando.

Trabajaba en el texto de un rollo largo de un lino muy frágil y antiguo, escrito en griego, que acababa de sacar de uno de los tubos de plexiglás de Sam. Estaba segura de que no lo había visto antes. Pero mientras tecleaba las palabras en el ordenador, me resultó familiar.

—¿Recuerdas un documento de Zoé que traducimos hará unos dos meses? Hablaba de una voz que llamaba a través de las aguas desde las islas de Paxos a un capitán egipcio que estaba cerca de Palodes. Le anunciaba que el gran dios Pan había muerto. —Miré a Sam, que trabajaba en su ordenador al otro lado de la habitación, sentado con las piernas cruzadas y con Jason echado cabeza abajo en su regazo, en un nirvana gatuno.

—Sí, Tiberio ordenó llevar al capitán a Capri para interrogarlo —respondió Sam—. El nombre del capitán era Tammuz que, casualmente, era el dios que moría en los antiguos misterios. Y anunció la muerte de Pan la misma semana en que murió Jesús. ¿Qué has averiguado?

—No estoy segura —respondí, sin dejar de teclear—. Pero a partir del griego que he ido captando estos últimos meses al ver cómo traducía el ordenador, me parece que esta carta contiene algún tipo de clave sobre cómo encajan las cosas entre sí a un nivel más profundo. Por desgracia, está roto y falta una parte. Pero no hay duda de que una mujer se lo escribió a un hombre. Y me da la impresión de que esa mujer es una gran conocida nuestra.

—¿Me lo lees en voz alta? —sugirió Sam y, señalando al gato que roncaba en su regazo,

añadió—: Detesto molestar a alguien sumido en una profunda contemplación
De modo que leí.

Monte Perdido, Pirineos, Galia romana

Querido José:

Siguiendo tu consejo, mi hermano Lázaro y yo hemos colocado la caja de alabastro, el cáliz y otros objetos que el Maestro tocó en sus últimos días en un lugar oculto en el interior de la montaña, donde esperamos que permanecerán a salvo hasta que sean necesarios. He preparado una lista e instrucciones para encontrarlos que te remitiré por separado.

En tu última carta decías que, como has alcanzado una avanzada edad, podrías reunirte pronto con el Maestro. Me preguntabas si yo, como la única auténtica iniciada del Maestro, estaría dispuesta a contarte mi punto de vista sobre lo que sucedió en esa última cena que celebró con sus discípulos, y cómo se relacionaría con las descripciones anteriores que te envié, escritas por otras personas presentes en ella.

Resulta imposible plasmar en palabras lo que sólo puede adivinarse a través de la experiencia, como lo que se logra mediante el proceso de iniciación, pero lo haré lo mejor que pueda.

Siempre creí que, en todo lo que dijo o hizo, el Maestro se expresaba en niveles duales, aunque realizaba una clara distinción entre ambos. Los denominaré los niveles de enseñanza y de iniciación. En la enseñanza, le gustaba usar la alegoría y la parábola para aportar un ejemplo de lo que deseaba comunicar. Pero bajo esa parábola se ocultaba siempre el segundo nivel, el nivel del símbolo que, en mi opinión, el Maestro sólo utilizaba en el contexto de la iniciación.

El Maestro me contó que un solo símbolo, elegido de esta forma, puede tocar muchos niveles en la mente del discípulo. Cuando alguien experimenta una imagen concreta de ese modo, su significado más profundo actúa en él a un nivel primario, casi físico.

De alguna forma, el Maestro era como uno de esos magos orientales con los que estudió, siempre en el sendero, buscando, rastreando, persiguiendo su estrella particular que lo había de conducir a una noche de misterio infinito. En ese sentido, se observaba cómo esparcía pistas sin cesar en ese sendero, en su búsqueda personal, para que el iniciado las recogiera y lo siguiera por el camino. Incluso ahora que han transcurrido tantos años desde que nos dejó, siento el mismo escalofrío al recordar su tono de voz que la primera vez que me dijo: «Deja tus cosas y sígueme.» Ahora comprendo que quería que lo interpretara en los dos niveles, que tenía que seguirlo no sólo a él, sino también su ejemplo en aprender a hacer las preguntas adecuadas.

Las preguntas del Maestro en esa última noche me parecieron, como siempre, mucho más importantes que sus respuestas. Afirmó a los demás que yo sabría cómo contestar su pregunta sobre el significado de la Sulamita, la amante de Salomón en El Cantar de los Cantares. Después, el Maestro ofreció su propia respuesta: «La Sulamita representa la sabiduría.» ¿Pero recuerdas que al principio mencionó que era un problema intrincado, como un «nudo»? Ya había utilizado una vez esa palabra para preguntarte qué era «inmutable e imperecedero», lo que sugiere que su respuesta en ambos casos era solamente parcial.

El Maestro consideraba que el iniciado debe esforzarse siempre en desentrañar la respuesta completa por sí mismo. En este caso, me veo capaz de sugerir la respuesta completa que tenía él en mente. La raíz griega de la palabra nudo es *gna*, saber, de la que se deriva *gnosis*, o sabiduría oculta. Existen palabras en muchos idiomas que proceden de esa raíz, pero todas ellas poseen significados que sugieren formas de adquirir ese conocimiento oculto.

Al identificar a la Sulamita con el lucero del alba, el Maestro volvió a dirigir nuestra atención hacia esos misterios. En el poema, la amada de Salomón es negra y bella: representa la materia oscura, la virgen negra de las antiguas creencias, o la piedra negra que cae del cielo.

Los tres discípulos elegidos por el maestro en su círculo más íntimo eran Simón Pedro, Santiago y Juan Zebedeo, que querían sentarse a su lado cuando llegara el reino. Pero de modo muy significativo y simbólico a mi entender, justo antes de su muerte les asignó, en cambio, misiones individuales en tres lugares muy concretos de la tierra: Santiago en Brigantium, Juan en Éfeso y Pedro en Roma. El primero es el hogar de la diosa celta Brígida; el segundo, el de la Artemisa griega o, en latín, Diana. Y Roma es el hogar de la primera Gran Madre frigia, la piedra negra transportada desde Anatolia central, que ahora se conserva en la colina palatina. Si se unen las iniciales de esas tres ciudades se forma la expresión BER, el acrónimo de esa diosa, bajo la forma de oso.

Estos tres lugares de la tierra representan tres caras de una diosa anterior, una diosa representada por la Sulamita en el poema.

Así que la pregunta del Maestro sobre la identidad auténtica de la mujer morena de El Cantar de los Cantares nos conduce directamente al centro de su mensaje: que ese poema era una fórmula de iniciación que debían seguir sólo quienes estaban decididos a emprender la Gran Tarea. El matrimonio entre el rey blanco del manzanar y la virgen morena del viñedo representa la unión entre lo divino y lo carnal, que yace en el mismo centro de los misterios. Cuando terminé de leer y levanté la vista, Sam, todavía con Jason en el regazo, me sonreía con ironía.

—Ése fue uno de los que traduje antes de que Wolfgang se llevara las copias de mis manuscritos —me contó—. Si significa lo que da a entender, daría al traste con las ideas de los que insisten en las viejas teorías del celibato, pero me resultaría difícil de creer. ¿Y por qué dices que se relaciona con la «voz a través de las aguas» o con la muerte del gran dios Pan?

—Puede que se trate de lo que conecta todos los manuscritos de Pandora entre sí —le dije—. Lo que nos indica esta carta, creo, es que la iniciación, cualquier iniciación, requiere algún tipo de muerte. La muerte respecto al mundo, la muerte del ego, la muerte de un «yo anterior». No olvides que los dioses que intercambiaban posiciones todos los años en Delfos eran Apolo, el rey de la manzana, y Dioniso, el dios del viñedo, los mismos oficios que los protagonistas de El Cantar de los Cantares. Del mismo modo, el nacimiento y el bautismo de un nuevo eón, de un mundo feliz, precisa la muerte de la anterior forma de pensar, del anterior sistema de creencias, incluso la muerte de los anteriores dioses.

—De modo que el nudo es otro modo de mirar la trama y la urdimbre —comentó Sam.

Entonces se me ocurrió otra idea y recuperé en pantalla uno de los documentos de tío Laf que había traducido poco antes.

—¿Recuerdas todo eso de los templarios de San Bernardo y el templo de Salomón? ¿A que no adivinas qué emblema figuraba en su bandera según este documento? La calavera y los huesos cruzados, el mismo que el del escuadrón principal de la muerte de la SS de Heinrich Himmler. Pero en este documento no significa muerte, sino vida.

—¿Y eso?

—En el panteón griego hay dos personajes importantes que aparecen una y otra vez en estos manuscritos —le indiqué—. Atenea y Dioniso. ¿Qué tienen en común?

—Atenea era diosa del Estado —dijo Sam—. También de la familia, el hogar y el telar, por lo tanto, del orden. Que recibe el nombre de *cosmos* en griego. Mientras que Dioniso era el señor del caos. Sus fiestas paganas, que tienen su continuación en algunas cristianas, como el carnaval, eran como una autorización para beber y para los actos disipados y alocados. Están conectados con la antigua cosmogonía, donde el cosmos suele nacer del caos.

—He encontrado otra conexión, en la forma en que ambos nacieron —apunté—. La madre embarazada de Dioniso, Semele, fue fulminada por el padre de éste, Zeus, cuando se le apareció en forma de rayo. Zeus cogió a su hijo aún no nacido de entre las cenizas de su madre y se lo cosió a su propia carne. Más adelante, Dioniso nacería del muslo de Zeus. Por ese motivo se decía que había nacido dos veces y se le llamaba dios de la doble puerta...

—Y Zeus se tragó a Atenea que después nació de su frente —terminó Sam—. De modo que siempre podía leerle el pensamiento. Ya lo entiendo. Uno nació del cráneo y el otro del muslo del padre. La calavera y los huesos cruzados, dos tipos de creación o generación, la espiritual y la profana, que sólo unidas son completas o sagradas, ¿es eso?

Me acordé de las palabras de san Bernardo en sus comentarios de El Cantar de los Cantares: «El amor divino se consigue a partir del amor carnal.»

—Estoy segura de lo que indica esta historia sobre los misterios —informé a Sam—. El mensaje es sin duda que no hay muerte sin sexo.

—¿Perdona, cómo dices? —preguntó Sam.

—Las bacterias no mueren, se dividen —le aclaré—. Los clones mantienen el mismo material de forma mimeográfica. Los seres humanos son los únicos animales que conocen y prevén la muerte. Es la base de cualquier religión y de todas las experiencias religiosas. No sólo el espíritu, sino la relación entre la vida y la muerte, el espíritu y la materia.

—Nuestro sistema nervioso posee dos ramas que unen la conciencia a las emociones y componen el denominado sistema craneo-sacro. Conectan el encéfalo con el sacro —corroboró Sam—. En muchos idiomas esa calavera y los huesos cruzados, donde la rótula se conecta con el fémur, se asocian con propiedades generativas poderosas, en palabras como «genio» y *genoux*. Existen muchos indicios, físicos y lingüísticos, para la famosa expresión de Pitágoras: tal arriba, tal abajo.

—Ésa era la función de Dioniso en la mitología: conectar lo sagrado con lo profano —afirmé—. El único modo de lograrlo era hibridar. Arrancar a las mujeres del telar, del hogar y de la casa para que subieran a la montaña y bailaran y retozaran con jóvenes pastores. Dioniso destruyó su ciudad natal, Tebas, no una sino dos veces. O mejor dicho, se destruyeron ellos mismos.

—Una vez fue debido al incesto —dijo Sam—. Edipo había matado a su padre, se había coronado rey en su lugar y se había casado con su propia madre. Si pienso en nuestra familia, comprendo lo que dices. ¿Pero qué hay de la segunda vez?

—Fue cuando el joven rey de Tebas, Penteo, se negó a dejar que las mujeres, incluida su propia madre, tomaran parte en la celebración de los misterios de Dioniso en lo alto de la montaña —le expliqué—. Penteo afirmaba que el señor de la danza no era un dios verdadero, ni tampoco hijo de Zeus. De hecho, quería que las mujeres permanecieran en sus casas por la noche para que los propietarios de tierras tuvieran la seguridad de que sus descendientes y herederos no eran hijos de sátiros ni de pastores.

—¿Qué le sucedió al joven rey de Tebas? —quiso saber Sam.

—Su madre se volvió loca —respondí—. Cometió canibalismo sobre su propio hijo.

—Eso es bastante espeluznante —soltó Sam. Luego, añadió con una sonrisa irónica—: Lo que quieres decir es que Dioniso, el dios de la era entrante, nos trae la tan esperada respuesta a la pregunta de Freud: «¿Qué quieren las mujeres?» Lo que quieres es una noche libre de vez en cuando para irte por la montaña y bailar, emborracharte y retozar con jóvenes pastores, ¿es eso?

—Hombre, pues no iría mal para desatascar esas líneas de sangre tan coaguladas —acepté—. Nadie parece haber sugerido nunca a tipos como Hitler o Wolfgang la idea de que la hibridación confiere fortaleza. Me parece que un poco de polen de pastor respondería también a la pregunta de Zoé: «¿Qué provoca que crean que no pueden hacer eso?» En mi opinión es como lo que me dijiste acerca del amor y las mentiras. Si se lo haces a otra persona, te lo haces a ti mismo.

—Ayer averigüé algo que tal vez conecte todo esto entre sí—mencionó Sam con una de sus miradas traviesas—. Los esenios que vivían en Qumrán en tiempos de Jesús creían que Adán tenía una esposa secreta, una primera esposa que precedió a Eva. Se llamaba Lilit, que significa «buho», sabiduría, *sophia*. Pero Lilit abandonó a Adán. ¿Sabes por qué?

—Ni idea —confesé.

—Adán no le dejaba estar sobre él —dijo Sam, que al ver mi cara se echó a reír—. Hablo en serio, de verdad. Me parece que he encontrado algo. Escucha. Se incorporó en la piel de oso y me miró.

—Lilit no es sólo la sabiduría: es la Madre Tierra —empezó—, lo bastante sabia para mantener toda la vida si no la aprisionamos y le concedemos la libertad para hacer lo que mejor sabe hacer. Quizás el misterio sea la sabiduría antigua: cómo usar los ritmos naturales de la Tierra y las energías que nos mantienen con vida en lugar de construir presas en los ríos, que constituyen sus arterias, de extraer minerales de su vientre, de cortar los árboles que usa para respirar o de levantar paredes que reducen toda vida a espacios delimitados.

»Ya sabes que la nación india es un matriarcado —prosiguió Sam—. Pero tal vez ignores esta profecía de los navajos. Durante los últimos días, cualquier territorio en que las mujeres hayan quedado reducidas a siervas bajo la tiranía del hombre o donde se haya distribuido la tierra según algún tipo de acaparamiento de tierras patriarcal será destruido al final de los tiempos en la segunda inundación.

»Así que, en lo que respecta a la Madre Tierra —concluyó Sam con una sonrisa—. Es mejor que a partir de ahora la dejemos estar sobre nosotros, como se merece. Igual que tú y yo.

Y decía la verdad.